

EL  
BUQUE  
DEL  
DIABLO

ILDEFONSO ARENAS



13

El Imperio otomano se alió con Alemania y Austria-Hungría en la Primera Guerra Mundial. Eso dio lugar, entre otras consecuencias catastróficas, a que la guerra durase dos años más de lo que habría debido, a las dos revoluciones rusas de 1917 y a la dictadura bolchevique, al genocidio del pueblo armenio, a quince millones de muertos y a la desmembración del Imperio otomano, con el nacimiento en Oriente Medio de una miríada de nuevos estados cuya inestabilidad social, económica y política sigue sin resolverse un siglo después.

Si en los albores de la I Guerra Mundial el crucero de batalla alemán SMS Goeben, aislado en medio del Mediterráneo, no hubiera esquivado a fuerza de audacia y astucia a las armadas francesa y británica, para buscar refugio más allá de los Dardanelos, nada de todo eso habría ocurrido.

Esta es la historia no solo del Goeben, sino también del hombre que lo comandaba, la historia de un hombre que, actuando por su cuenta, bajo su propio criterio, cambió el destino del mundo.

Ildefonso Arenas

---

## **El buque del diablo**



Título original: *El buque del diablo*  
Ildefonso Arenas, 2018

---

Revisión: 1.0  
15/11/2019

*The Goeben was steaming on an unobstructed course for the Dardanelles, carrying with her for the peoples of the East and Middle East more slaughter, more misery and more ruin than has ever before been borne within the compass of a ship.*

(El Goeben navegaba sin obstrucción hacia los Dardanelos, llevando consigo para los pueblos de Oriente y Oriente Próximo más miseria, muerte y ruina de la que nunca había sido llevada por un barco).

Sir Winston Churchill  
*The World Crisis 1911-1918*

(original en inglés y traducción de Penguin Random House)

*A la memoria de Francisco Montoya Ramos,  
ingeniero agrónomo.*

Son varios los amigos que me han ayudado a terminar este libro, tantos que necesitaría varias páginas para citarlos a todos. Mi agradecimiento, desde aquí, a todos ellos, aunque no querría dejar de citar a Javier González Juliá, Kurt Schleicher Tafel, José Manuel Bretón Dellmans y Arturo Reig Tapia, por las muchas horas que han dedicado a que este libro sea como es.

## Lunes, 11 de noviembre de 1912

A don Juan Mir, notario, la vida le trataba bien. Había prosperado desde un modesto despacho en la calle Aribau a repartirse sobre dos plantas en un gran edificio de Diagonal con Casanova. El entresuelo albergaba la notaría. Él, los suyos y el servicio vivían en el principal. Su esposa —doña Mercè— y él tenían tres hijas, las cuales, aunque no le daban disgustos, le preocupaban. Esa mañana, viéndolas desayunar entre risas, cotilleos y malignidades, incluso más de lo normal. Don Juan, o don Joan para según qué conocidos, no era un anciano, que a los sesenta no llegaba ni estaba mal de salud. Salvo por una barriga considerable se podría decir que aún estaba en forma, pero en Barcelona no era inusual que los notarios, y los registradores, y los altos funcionarios en general, falleciesen antes de tiempo. Desde hacía tres años, hasta más. Los disturbios de 1909 no fueron tan apocalípticos como para perturbar la salud de los que no salieron de casa, como él, pero sí determinaron un gran temor a que se repitieran. Era un sentimiento muy extendido entre los que más tenían que perder si el populacho —sindicalistas, socialistas, anarquistas, anticlericales y separatistas, entre otras gentes de mal vivir— volviese a entrar en erupción. Que las medidas del capitán general Weyler fueran tan eficaces no le tranquilizaba, convencido de que todo lo que pudiera ir mal no tardaría en ir a peor. Su preocupación, aun así, no era que ardieran más iglesias. Aceptaba con algún cinismo que a Barcelona no le vino mal librarse de las ochenta y dos quemadas por las turbas; a fin de cuentas, las que sobrevivieron aún eran demasiadas. Lo que le angustiaba era pensar qué pasaría cuando se retirase. Por mucho que ahorrraba, temía que a fuerza de solo patrimonio tendría difícil darse la vejez que merecía, y eso en el supuesto de que no debiera cargar con alguna de sus hijas, si no conseguía casarlas a todas.

La mayor, Montserrat, era la mejor oficial de notaría de Barcelona, en la general opinión del gremio notarial. Diez años antes, cuando aún era una mocosa, él sostenía que las mujeres no deberían invadir el mundo del conocimiento, privativo de los hombres. A eso se debía su irritación cuando aquellas pestes de marimachos sufragistas insistían en acceder a la sabiduría, empezando por ocupar en las universidades pupitres que no les correspondían, pretendiendo alcanzar conocimientos inadecuados para sus funciones naturales —ocuparse de

la casa, de traer al mundo cuantos hijos quisiera el Señor y mirar hacia otro lado cuando el marido cometiese algún pecadillo venial—, aunque moderó su opinión al ver a Montse husmear, sonsacar y aprender de sus oficiales, un proceso tan constante que desde hacía dos años era la que llevaba las riendas de casi todo, y con mano de hierro, como un Rocafort de las notarías. No era una belleza, don que perfeccionaba con una leve cojera, fruto de una poliomielitis que padeció de niña. Quizá por ambas causas, más la evidencia de que la segunda era una belleza deslumbrante y la pequeña no estaba mal del todo, su carácter, que nunca fue meloso, había evolucionado a seco, reservado y a menudo desagradable. Un talante ideal para gobernar una gran notaría, pero inadecuado para pescar marido. Don Joan ya se había resignado a que la Montse no le daría nietos, por mucho que su mujer encadenara una novena con otra donde siempre pedía lo mismo, que a la mayor le saliera novio. Solo le quedaba la esperanza de traspasar la notaría y sus dependencias a un joven funcionario que aún no tuviera plantilla propia, y que a cambio de su cartera de clientes aceptara quedarse con Montserrat a título de *oficial en cap*, aunque aún faltaba lo bastante para verse tan mayor como para empezar a buscarlo.

Meritxell era otra preocupación, pero distinta. Ya desde pequeña la preciosa *senyoreta* tuvo claro que su destino era una buena boda, para después ser una gran dama de la burguesía catalana, y si se diera el caso también de la española. Era consciente de todo eso antes de que se le declarase quien a la vuelta de un mes, o poco más, sería su dueño y señor hasta que la muerte los separase. Una declaración que no le pilló de sorpresa, pues al poco de que le presentaran al no muy apuesto joven tuvo claro que al infeliz se le caían los pantalones por ella. Un magnífico partido, dictaminó doña Mercè, pues era un oficial naval de muy buena familia y además estaba podrido de dinero. Esto lo precisaba su iconoclasta y muy divertida cómplice, la cual, como todas las Mir, llevaba el nombre de una virgen catalana: Queralt. Solo se llevaban un año y desde muy pequeñas eran inseparables. Era lo que Meritxell más añoraría cuando se casara, ya que Pascual, su marido, acababa de ser designado agregado naval a la no reabierta embajada en Constantinopla. Estaba cerrada desde 1909, como tantas otras, ya que a raíz de la guerra de Marruecos el Estado se quedó sin fondos para mantener no pocas representaciones diplomáticas. Sin embargo, la bonanza económica de 1911 llevó al gobierno Canalejas a reabrir unas cuantas; una sería la del Imperio otomano, con residencia en Constantinopla. De momento la cubría un ministro residente, Germán de Ory. Aunque ya vivía en Constantinopla, en un *yali* de Büyükdere, no mostraba interés en ocupar la residencia oficial, un hostel de peregrinos casi en ruinas conocido por Hospicio de Tierra Santa. Las obras de acondicionamiento avanzaban con lentitud, de modo que don Pascual y doña Meritxell aún tendrían por delante muchos meses de vivir en Madrid antes de iniciar el camino de la Sublime Puerta. Un porvenir agradable y prometedor, salvo por la pena de que Meritxell pronto dejaría Barcelona para regresar de uvas a peras. No era el único dolor; el otro consistía en que don Joan debía correr con los gastos del banquete, y

dado que doña Mercè y Meritzell se habían coaligado en organizar un bodón por todo lo alto, el buen notario palidecía cuando calculaba en cuánto se le pondría el cataclismo. Era de reconocer que don Joan, como todo irreprochable hombre de leyes catalán, era bastante agarrado.

De Queralt le preocupaba su frustración de no poder estudiar ingeniería. Una vez tuvo claro que la Escuela Técnica Superior de Ingeniería Industrial de Barcelona era para ella inabordable, y que su triste destino era elegir entre los menos despreciables de los escasos oficios decorosos que la sociedad catalana reservaba para las señoritas de buena familia, se lanzó sobre los idiomas. Se matriculó en las pocas escuelas que ofrecían titulación, con buenos resultados, ya que a sus veinte años hablaba un francés perfecto, un inglés fluido y un alemán aceptable, a los que pronto se unirían un italiano y un Orta Türkçe que, aun no siendo la única lengua de los otomanos, hacía fácil entenderse si no se hablaba lejos de Constantinopla. El Orta Türkçe habría sorprendido a cualquiera no muy puesto en los Mir, aunque para Meritzell no había misterio: dentro de no mucho su hermana y ella se reunirían donde se juntan el Bósforo y el Cuerno de Oro. Esa era la causa de que Queralt ingresara en la Caja de Pensiones casi todo lo que ganaba en el consulado alemán. Don Joan y el cónsul se conocían desde cuando llegó este a Paseo de Gracia con Mallorca. Se lo presentó su antecesor, con el que don Juan mantenía una buena relación. Era natural que al traspasarse las responsabilidades hicieran lo propio con los contactos. De ahí venía que *Herr Uwe von Gösseln* y don Juan Mir fueran lo bastante amigos como para que aquel cenara de vez en cuando en Diagonal con Casanova. En una de aquellas cenas familiares Von Gösseln se quedó prendado de la hija menor de su notario. A eso se debía que desde hacía un año *Fräulein* Mir llevara el consulado con la misma eficacia que cualquier funcionario destinado sin ganas en la peligrosa ciudad, y también de que a las nueve se levantara de la mesa, diera un beso a don Joan, otro a doña Mercè y se fuese a trabajar.

\* \* \*

Uwe von Gösseln tenía sesenta y dos años. Era diplomático desde hacía treinta. De los otros treinta y dos la primera mitad se la llevó una educación militar, aunque no porque su padre, general de brigada Ludwig, barón Von Gösseln, pusiera empeño en ello. Lo ponía la sociedad en que vivían, y eso que su madre trampeaba lo que podía para que Prusia no le arrebatara sus cuatro hijos Varones. Les dio una educación donde las humanidades pesaban bastante; a eso debía Uwe su buen gusto, así como su dominio del francés y el inglés; el español llegó más tarde a su vida, y por eso lo hablaba peor. Aun así, pese al empeño de su madre, a los dieciséis años sentó plaza en el 6° de Ulanos. Hasta los treinta y dos vistió el uniforme del KPA o Real Ejército Prusiano. Entonces, una mala caída de un

caballo le dejó una cadera tan averiada que nadie puso pegas cuando pidió el retiro con honor, el que le correspondía por haber ganado en Sedán una Eisernekreuz. Pudo seguir en el KPA, como tantos lisiados y mutilados dedicados a la enseñanza, pero la verdadera razón era que a la vuelta de unos años dejaría de ser un oficial como tantos otros, los que no se casan más pronto de los treinta, para volverse un solterón sospechoso. De ahí su empeño en no dar pistas, para lo cual decidió, como primera medida, cambiar de aires.

Ingresar en el servicio diplomático le fue fácil, porque no había muchos oficiales condecorados que hablaran dos idiomas. Pronto consiguió su primer destino: consejero cultural en la embajada de Madrid. A ese siguieron otros, hasta que bordeando los cincuenta le ofrecieron el consulado general de Barcelona. Ni se lo pensó, porque no solo adoraba España, sino porque allí nadie se haría cruces ante un cónsul cincuentón, solterón y al que atendía un apuesto mayordomo griego que le tenía como a un príncipe. Llevaba doce años bastante felices en un gran piso del Paseo de Gracia que solo en su mitad era consulado; el resto, residencia del cónsul. En sus primeros años de vivir en Barcelona viajaba mucho, acompañado de su fidelísimo mayordomo, pero en los dos últimos no se movía de ahí. Esa mañana, dolorido por el último ataque de la implacable gota, echaba de menos a su madre. Jamás le confesó su secreto. No hacía falta, pues ella lo intuía, pero jamás hizo comentarios. Nunca se lo agradeció bastante, se decía estirando la mano hacia tres folios mecanografiados, entregados a su mecánico por el factor del expreso de Madrid, el de la MZA. Ya los había leído, pero su complejidad merecía una segunda lectura. Von Gösseln, pese a los muchos años transcurridos, no conseguía dejar de ser un concienzudo capitán de Estado Mayor del Könighch Preußische Armee.

El embajador le comunicaba la próxima llegada a Barcelona de la Mittelmeerisches Kreuzergeschwader —Escuadra de Cruceros del Mediterráneo—, integrada por el Großer Kreuzer SMS<sup>[1]</sup> *Goeben* y el Kleiner Kreuzer SMS *Breslau* —gran crucero *Goeben* y crucero ligero *Breslau*—, y de paso le contaba que la tal fuerza se había creado días antes, por ser deseo del káiser reforzar la presencia del Reich en el Mediterráneo. La inestabilidad en los Balcanes justificaba destacar allí una escuadra de tamaño reducido pero de potencia formidable, pues el *Goeben* no solo sería el buque de batalla más moderno de los que flotaban en el Mediterráneo, sino el más poderoso y veloz de las armadas en presencia: británica, francesa, italiana, austrohúngara, griega, española y otomana. La misión de la escuadra duraría dos años, en los cuales visitaría los principales puertos del Mediterráneo, cumpliendo así su objetivo principal: mostrar la bandera. El secundario sería contribuir al esfuerzo industrial del Reich. Como sin duda el cónsul sabía —en el diplomático palabreo del embajador Von Ratibor-Corvey eso significaba «dado que no tienes ni la menor idea, te lo cuento»—, el programa de construcción naval emprendido en 1907 por el almirante Von Tirpitz era muy gravoso para las arcas públicas, y no solo por los costes de los buques, sino por hacer necesaria la edificación de inmensos

astilleros. Su rendimiento mejoraría si en ellos se construyesen, además, naves de batalla para terceros países. Desde la botadura en 1906 del inglés HMS<sup>[2]</sup> *Dreadnought*, no había potencia de importancia que no construyera barcos del mismo tipo; era claro que las claves de la guerra naval acababan de cambiar, a un punto tal que todo lo que hasta entonces flotaba se podía dar por obsoleto. En la ribera norte del Mediterráneo, en particular, los construían Francia, el Imperio austrohúngaro, Italia, España y el Imperio otomano. En eso se veía difícil participar, pero pronto se iniciarían varios proyectos de construcción de cruceros, y en estos sí creía Berlín que habría oportunidades para sus astilleros. A eso se debía que la primera escala de la *Mittelmeerisches Kreuzergeschwader* —la terminología naval del Reich le dejaba sin respiración— fuera Barcelona.

En España, el monopolio de la construcción naval militar estaba en manos de la SECN, o Sociedad Española de Construcción Naval. Era española solo de nombre, ya que los accionistas mayoritarios eran John Brown y Vickers-Amstrong, las cuales, con toda desfachatez, anteponian los intereses británicos a los españoles. El gobierno del rey Alfonso XIII, pese a la ruina en que había quedado el país tras la guerra de 1898, juzgó que debía emprender un plan de reconstrucción de su maltrecha flota. El plan, conocido por Maura-Ferrándiz, se formalizó en 1907. Ese mismo año se arboló la quilla del *España*, primer acorazado de una serie de tres. Aunque se botó en 1909 seguía sin ser operativo. La causa del retraso era la pésima calidad del diseño, tan acusada que la prestigiosa publicación especializada *Jane's Fighting Ships* definía los *España* como los más lentos, peor armados y deficientemente blindados de todos los *dreadnoughts* construidos o en construcción. Eso provocó duras críticas en la Marina Real, pero no se veía forma de renegociar el contrato con la muy británica SECN. El plan, no obstante, comprendía la construcción de dos grandes cruceros y tres más de tipo ligero. Se iniciaría en 1914, y en ellos el káiser veía una excelente oportunidad, basada en la fuerte impresión que dejó en un embajador español el SMS *Von der Tann*. El rey tenía tan presente la entusiasta descripción que le pasó el marqués de Villaurrutia tras la revista de 1911, que aceptó la invitación del kaiser para visitar el *Goeben* cuando carboneara en Barcelona, y así comprobar por sí mismo que superaba los 28 nudos de andar, casi el doble que los *España* y mucho más que cualquier navío que flotara en el Mediterráneo.

«La visita Real tendrá lugar el viernes 15. El rey Alfonso y su séquito, en el que figurarán los ministros de Marina y de Fomento, así como el embajador Ratibor-Corvey, llegarán en el tren real en las primeras horas de dicho día 15. El cónsul general deberá coordinar con el Konteradmiral Trummler la preparación de lo que sea necesario para que la visita sea tan fructífera como desea el káiser, para lo cual deberá estar presente en el puerto de Barcelona cuando arriben nuestros barcos».

En un *post scriptum* se le decía que el *Goeben* había ganado Vigo en arribada forzosa, pues el Nachrichtenoffizier —oficial de información— sufrió un ataque de apendicitis derivado en peritonitis. Como no se recuperaría en muchos meses,

si lo hacía, la Kaiserliche Marine había enviado un sustituto, al alférez de navío Wichelhausen. Llegaría a la estación Termino en un tren de la TBF, en la mañana del martes 12. El embajador esperaba del cónsul que le atendiese hasta la llegada del *Goeben*.

\* \* \*

Rolf Wichelhausen tenía veintidós años y aún no se creía estar a bordo de aquel coche cama de la CIWL<sup>[3]</sup>. Formaba desde los diecisiete en la KM o Kaiserliche Marine (Marina Imperial). A esa edad ingresó en la Marineakademie de Kiel. Se graduó a los veinte como alférez de fragata. Su promoción fue la última de Kiel; la siguiente se formaría en la nueva y más amplia Marineakademie de Flensburg-Mürwik. La KM sufría un fuerte déficit de personal; lo provocaba el gran programa de construcción emprendido por Von Tirpitz. La planificación de 1910 preveía la entrega de tres grandes unidades, así como numerosos cruceros, torpederos y submarinos. Al haber escasez de hombres, el Alto Mando hacía juegos malabares para cubrir las dotaciones; eso daba lugar a que se acortaran los periodos de instrucción. Era lo que sucedía con el primer Großer Kreuzer<sup>[4]</sup> de la Hochseeflotte —flota de alta mar—, el *Von der Tann*. El Alto Mando necesitaba el revolucionario navío —primera gran unidad movida por turbinas— para mostrar la bandera en Brasil y Argentina, pues ambas planeaban encargar sendos *dreadnoughts*. Aunque los ingleses parecían tener el contrato en el bolsillo, la Blohm & Voss no perdía la esperanza de hacerse con un pedido. A eso se debió la decisión de Tirpitz: arrebatarse al buque de línea —*linienschiff*— *Rheinland* la mitad de sus tripulantes y destinarlos al *Von der Tann*, para que así emprendiera cuanto antes una misión más comercial que diplomática.

Los oficiales recién graduados menos prometedores recibían su primer destino en tierra o en buques menores. A eso se debía que Wichelhausen, penúltimo de su promoción, se preguntase por cuál milagro habría ido a parar al flamante *Von der Tann*. Su hermano Jürgen, arquitecto —Rolf era el único Wichelhausen al servicio del káiser—, achacaba la razón a que hablaba un buen inglés, un aceptable francés y se defendía en italiano, ruso y español. No era el único Wichelhausen en hablar unas cuantas lenguas, pues en eso era donde más se notaba la influencia de la *mater familiae*, una Von Bülow convencida de que limitarse al propio idioma era la causa principal de que los alemanes resultaran tan paletos. Ella no pensaba consentir que sus hijos fueran unos patanes incapaces de charlar con nadie que no fuera de su pueblo. A eso se debió el conseguirles profesores nativos que les hicieran hablar inglés y francés sin apenas acento, y a los que mostraban una mejor disposición les añadía refuerzos de italiano, ruso y español. Solo esas lenguas. A su mercantil juicio, las habladas por menos de cincuenta millones de posibles clientes no justificaban el coste de

aprenderlas.

En septiembre de aquel 1910, y nada más incorporarse al *Von der Tann*, su comandante, el Kapitän-zur-See —capitán de navío— Robert Mischke, le dijo que contaba con él para entenderse con las autoridades argentinas y brasileñas con las que pudieran tratar durante la travesía que iniciarían meses después, con el crucero ligero *Bremen*. Para Mischke los idiomas español y portugués venían a ser lo mismo, pero él sabía que no lo eran, y si bien se bandeaba en español no tenía la menor idea de portugués. Poseía, sin embargo, el supremo don de aprender idiomas con facilidad, el propio del que con cuatro años se veía forzado a solo entenderse con gente que le hablaba en inglés y en francés. Así, con ayuda de una gramática, un diccionario y cuatro libros, pudo hacer un buen papel, escoltando a Mischke, una vez fondeados en la bahía de Guanabara, frente a Río de Janeiro. Estuvieron allí del 14 al 23 de marzo de 1911, preparando la visita del presidente de la república, Hermes Rodrigues da Fonseca. No obstante, él y otros jóvenes oficiales del *Bremen* y del *Von der Tann* tuvieron tiempo para enamorarse tan perdidamente de Río, y de sus aclamadísimas *garotinhas*, que acabaron preguntándose cómo habrían podido vivir lejos de tan maravillosa ciudad los veintipocos años de sus vidas.

Tras dos días en Itajaí fondearon en Bahía Blanca. Mischke, Berg y Mahrholz, sus oficiales de maquinaria y artillería, y Wichelhausen, giraron una visita de seis días a Buenos Aires, para explicar allí las maravillas del *Von der Tann*. Volvieron al barco encantados del trato recibido, aunque atacados de nostalgia. No obstante, al llegar a Kiel, tras tocar en Bahía y en Santa Cruz de Tenerife, las penas sentimentales de oficiales y tripulantes ya eran historia; en eso influyó saber que su barco era el seleccionado para representar a la KM en la revista naval que se celebraría en Spithead, frente a Portsmouth, del 19 al 28 de junio. Llevarían dos pasajeros extraordinarios: el Kronprinz Wilhelm y la Kronprinzessin Cecile, cosa que a la tripulación la henchía de orgullo. A Wichelhausen le motivaba incluso más, ya que durante la revista sería relevado de su puesto en la torre Alsen para sumarse al *staff* de Mischke, el cual preveía que su buque sería el más visitado de los cerca de doscientos que se darían cita para rendir honores al nuevo rey de los británicos.

Fondearon en Spithead el miércoles 21, flanqueados a babor por el crucero de batalla HMS *Indefatigable*, el más reciente de los buques de su clase. A estribor aparecía el crucero español *Reina Regente*. A proa, un exótico crucero chino de nombre *Hai Chi*. A popa, el acorazado americano USS *Delaware*, entregado también el año 1910. El *Reina Regente* lucía colores Victorianos —casco negro, superestructuras blancas y chimeneas amarillas—; sus vecinos, al igual que casi todos los demás, se mostraban en diferentes tonalidades de gris. El *Von der Tann* lucía la librea de la KM desde la entrega del *Nassau*, el primero de sus *dreadnoughts*: casco en gris medio, superestructuras en gris claro y caparachos en gris muy oscuro. Sumando esa librea que tanto alegraba sus tétricas líneas a la gran armonía de sus proporciones, y a que aún no equipaba las antiestéticas redes

antitorpedo, era natural que las encuestas oficiosas lo señalaran como el más agraciado de los navíos en presencia. Otras encuestas, menos frívolas, lo definían como el más interesante, por su propulsión revolucionaria, por la distribución de su artillería y por sus especificaciones de blindaje y velocidad. La KM mentía un poquito en cuanto a la última, ya que no daba los trabajosos 26 nudos de su contraparte inglés, el contrahecho *Indefatigable*. Superaba los 28, y a ritmo de combate, marchando a revientacalderas, Mischke afirmaba que daría 30. Su barco, que pese a estar clasificado como Großer Kreuzer era tan crucero de batalla como el *Indefatigable*, superaba de lejos al inglés en velocidad, blindaje y artillería, pues si bien las ocho piezas de los seis primeros cruceros de batalla británicos eran del calibre 305 mm, las ocho del alemán, de 283 mm y de diseño muy moderno, permitían disparar a un ritmo superior al de las británicas. Ningún oficial del *Von der Tann* dudaba de que, de llegar a vérselas a cañonazos, el *Indefatigable* sería pan comido para ellos, pero en eso preferían no pensar. Era mejor disfrutar la encantadora semana de verano, donde lo mismo recibían visitas admiradas que las realizaba el propio Mischke, siempre acompañado de su imprescindible Wichelhausen.

La revista, celebrada el día 24, fue un tormento que no se acababa nunca. El rey George, a bordo del yate real *Victoria & Albert*, recorría las filas y filas de buques a una velocidad lo bastante baja como para garantizarse tres ¡hurras! por navío, y así hasta dar un buen vistazo a los 183. Wichelhausen se preguntaba si no acabaría tan aburrido como lo estaban él y los demás oficiales, formados en la cubierta engalanada del *Von der Tann*. No solo les hastiaba la revista. Mischke, con buen criterio, no daba permiso para bajar a tierra, ni a la tripulación ni a los oficiales. Portsmouth era una ciudad pequeña, incapaz de recibir cada tarde a veinte mil marinos sedientos. Ni habría cerveza para todos ni putas para todos, así que todo el mundo se quedó a bordo. Así, al volver a Kiel el 29 de junio nadie se mostró entristecido. Era porque la filosofía de la KM no era oceánica. Estaba concebida para operar cerca de sus bases, de modo que las facilidades de alojamiento, incluso en las naves modernas, eran mediocres; nadie se quejaba porque los tripulantes dormían en barracones aceptablemente cómodos. A Wichelhausen no le hacía feliz saber que su porvenir sería de continuo y monótono adiestramiento, frecuentes ejercicios y elaboración de las tácticas de la *Aufklärungsstreitkräfte* —grupo de exploración— de la Hochseeflotte, cuya creación se acababa de confiar al vicealmirante Bachmann y que de momento solo contaba con el *Von der Tan* y el *Blücher*, pese a que este, más pequeño, lento y peor armado, no era un crucero de batalla. Así pasó para él un año en el que no se aburrió mucho. Los ejercicios de tiro eran frecuentes, y en ellos se pudo distinguir de sus iguales, lo bastante para pensar que algún día se le confiaría la dirección de tiro de algún gran buque, lo que para un oficial de artillería representaba el máximo esperable de una vida de servicio. Los ejercicios se intensificaron tras la llegada del *Moltke*, en septiembre de 1911. Un buque tres mil toneladas mayor que el *Von der Tann*, armado con cinco torres del 283 en vez de

cuatro, tan veloz como para frisar los treinta nudos y más estable que el *Von der Tann* a la hora de disparar andanadas completas. Era lógico que Bachmann izara en él su pabellón, cosa que siempre apenaba un poco a los tripulantes del que hasta entonces fuera el buque insignia, pero se lo callaban. Era ley de vida e iba en el sueldo.

La KM recibió su tercer Großer Kreuzer el *Goeben*, en julio de 1912. La planificación iniciada en 1908 se cumplía con rigor. El *Von der Tan* llegó en 1910, el *Moltke* en 1911 y el *Goeben* en 1912; el *Seydlitz* lo haría en 1913, el *Derfflinger* en 1914 y el *Lützow* en 1915. El Vizeadmiral Bachmann había trazado un exhaustivo programa de maniobras, pues al ya contar con tres buques su escuadra de exploración podía llamarse así con propiedad. Se podría contar con ella, de hacer falta que abriera paso a una Hochseeflotte capaz de medirse con la First Atlantic Fleet, lo que Bachmann daba por probable de ahí a cinco años. Sin embargo, y rompiendo la tradición, no movía su pabellón del *Moltke* al *Goeben*. Hizo bien, pues a finales de octubre una nueva crisis vino a zarandear el Mediterráneo. Parecía una guerra regional; Serbia, Grecia, Bulgaria y Montenegro contra el Imperio otomano, aunque podría evolucionar a más si Rusia se sumaba, cosa que a ninguna potencia ribereña le convenía, de modo que de un día para otro se organizó una fuerza disuasoria capaz de impedir un ataque búlgaro a Constantinopla. El káiser Wilhelm y su pensador naval, Tirpitz, decidieron incrementar la presencia imperial en el Mediterráneo, donde hasta entonces solo tres buques escuela mostraban el pabellón alemán. En consecuencia, se creó la Mittelmeeres Kreuzergeschwader y se la equipó con el más moderno Großer Kreuzer, y con el más reciente de los cruceros ligeros. Tras eso los acontecimientos se desencadenaron, comenzando por la interrupción de los permisos en los dos buques, su alistamiento de víveres, municiones y uniformes de aguas cálidas, el despliegue de los barcos de apoyo y, finalmente, su despacho al Mediterráneo a las órdenes del contralmirante Konrad Trummler, al que caía el mando de rebote, pues el seleccionado por Tirpitz, el de igual empleo Wilhelm Souchon, se divorciaba en esos mismos días. Así, el *Goeben* y el *Breslau* se hicieron a la mar al amanecer del 5 de noviembre de 1912, rumbo a su primera escala: Barcelona.

El recién ascendido alférez de navío Wichelhausen estaba de guardia el 5 de noviembre, de modo que pudo ver salir al *Goeben*. Sus afortunados tripulantes tenían por delante una gran aventura. Ya le habría gustado ser del *Goeben*, pero de nada valía rezongar. Tampoco le valió de nada, cuatro días después, preguntarse si algún Dios travieso habría oído sus plegarias. Desde que a primera hora del sábado 9 Mischke le dijera que a partir de aquel momento era el Nachrichtenoffizier del Konteradmiral Trummler, al cual se debería presentar en Barcelona el 12 de aquel mes, para lo cual debía tomar el primer tren a Berlín, visitar en el Estado Mayor a un oficial cuyos datos le tendía en un papel, tras eso poner en orden sus asuntos para no menos de un año, despedirse de quien tuviera que hacerlo y tomar el domingo 10, en la Anhalter Bahnhof, el expreso

Stuttgart-Lyon, no había tenido un momento de respiro.

En Berlín se le dijo que su función sería sustituir a un Kapitänleutnant —teniente de navío—; se le daba el puesto, que por grado no le correspondía, gracias a los excelentes informes del Kapitän-zur-See Mischke y a no haber encontrado un oficial de la graduación adecuada que hablara los mismos idiomas que hablaba él. A Trummler, consultado por radio, le costó dar su aprobación, aunque se resignó a padecerlo tras decirsele que no encontraban otro. Le advertían de todo eso para que fuera consciente de que Trummler le recibiría con prevención, de modo que a la menor metedura de pata le pondría en el primer barco que saliese para Kiel, así que «ni se confíe ni se relaje, pues estará usted a prueba; que no se le olvide», y no se le olvidaba.

Ya se lo llevaba el sueño, mecido por el recuerdo de que a partir del día siguiente la fuerza compuesta por el *Goeben* y el *Breslau* se llamaría Mittelmeerdivision, abreviada en MD. Un nombre preferible al espanto anterior. Cuando le tocase hablar con periodistas ya no tendría que padecer el dolor de deletrear y traducir aquel horror de la lengua naval alemana, se decía según caía en un profundo sueño, el propio de un joven oficial que pone rumbo a la mayor aventura de su vida.

## Martes, 12 de noviembre de 1912

Queralt Mir recorría el andén de la Estación Termino por donde aparecería el tren correo procedente de Portbou. Lo hacía desde las diez y media, con la certeza de que antes de las once no llegaría nada de allí lejos, aunque ya veía que cometió un pecado de optimismo. Entretenía el tiempo paseando por el andén, estudiando las fascinantes locomotoras. Le abatía decirse que jamás podría diseñar una, con lo mucho que le gustaría saber hacerlo, pero ser española, bien claro se lo habían dicho, era incompatible con ser ingeniera. Cuando menos, con aprender a serlo.

Tenía un aspecto, suponía, muy apropiado a la ocasión; *dress tea* blanco bastante ceñido, adornado con unos discretos encajes y un chal color perla, más una pabela igualmente blanca, tanto como los botines, los guantes y la sombrilla. El conjunto lo redondeaba un collar de perlas, un zafiro en cada oreja, un gran bolso también blanco y un Vacheron & Constantin de oro, talla cadete. Nada más. Ni pulseras, ni colgantes, ni anillos ni abalorios. Su aspecto, sentenció Meritxell, era profesional, como debe ser el de toda oficial de consulado que recibe un supuestamente apuesto, y de buena estatura —los bajitos no le gustaban mucho; dado que cuando se subía en sus botines pasaba con holgura del metro y ochenta, era raro que le presentasen a barcelonés alguno que le despertara curiosidad—, al que llevaría de inmediato al Hotel España, junto al Liceu. Lo haría en el Horch del cónsul, conducido por su mecánico. Más allá, según fuera el caballero. Si era un imbécil le pondría en manos del mecánico y allá se las componga usted, pero si fuera un tipo interesante se instalaría en el bar del hotel y entretendría el tiempo hasta que su presa colgara sus ropas, se aseara —daba por seguro que bajaría del TBF<sup>[5]</sup> en un estado lamentable— y volviese a dejarse ver. Tenía instrucciones de comer con él allí mismo, en el afamado restaurante del hotel, y tras eso llevarlo al consulado. Más allá no tenía planes. Demasiadas incógnitas a despejar.

Se acercaba un tren, aunque no lo veía. Se le oía, nada más. El sonido le resultaba familiar; por la pinta, una locomotora Henschel. La 7721, se dijo poco después, ya con la bestia bien a la vista. Era una de las tres que la MZA había cedido al TBF hasta que llegaran las suyas. Con ese mastodonte tirando del tren, este solo podía ser el de Portbou, de modo que desplegó un gran cartón que traía en su bolso y en el que había escrito la palabra mágica: «WICHELHAUSEN».

Se había situado veinte metros antes de la topera donde se detenía la humeante 7721 para evitar que su precioso vestido blanco se volviera negro. El tren debía de ir lleno, aunque la multitud no la distraía. Solo se preocupaba de posibles oficiales de la KM. Cuando la masa clareaba empezó a inquietarse, pero ahí reparó en un individuo de aire despistado y demasiado alto para ser de allí. Portaba un bolsón de tipo naval, vestía un traje gris, un sombrero también gris y oteaba en todas direcciones, hasta reparar en el cartel enarbolado por la chica deliciosa vestida de blanco. Su primera reacción fue sonreír, y a la señorita Mir le pareció que no era una sonrisa fea. Nada fea, no señor.

—¿Herr Wichelhausen?

—Mejor si me llama Rolf a secas, señorita.

Una sorpresa, y no la disimuló. La consecuencia fue una gran sonrisa, de un tipo que debería usarse con cuidado, prudencia y mesura, ya que los apuestos oficiales de la KM no podían conocer su extrema peligrosidad.

—Mir. Queralt Mir. El cónsul Von Gösseln me ha dicho que usted es mío hasta después de comer. ¿Vamos?

\* \* \*

Queralt entretenía la espera en el salón del hotel. Lo hacía sin ayuda de periódicos o revistas. Le bastaba con dejar volar la imaginación. Andaba concentrada en los fáciles modales del que no sería un Von, aunque tampoco un patán. No aparentaba muchos más años que los suyos, pero aun así daba pruebas de aplomo y maestría social, tanto en la forma en que se presentó como en la muy respetuosa de seguir sus explicaciones según recorrían el trecho hasta el hotel. Daba la impresión de hombre agradable, maduro aunque joven, bien educado y de gran cortesía, en absoluto afectada. Redondeaba todos esos dones con una sonrisa de dientes razonablemente blancos, en la que parecían formar casi todos, más unos ojos azules muy oscuros, al menos a la luz del sol. Ya se preguntaba cómo tendría otras cosas cuando un revuelo muy acusado la sacó de sus reflexiones.

—¡Han matado a Canalejas!

Ahí dejó de pensar en sus asuntos. Conocía los planes del cónsul —gracias a ellos estaba en ese salón elegantísimo—, así que no necesitaba decirse que acababan de saltar por los aires.

\* \* \*

Rolf necesitó veinte minutos para colgar su ropa, repasarse la barba y

ducharse; tras eso llamó a la camarera, para que le dejaran su traje tan bien como fuera posible, y ya uniformado emprendió el camino del salón. Lo hizo por las escaleras, canturreando el alegre *Muss I Denn*; estaba contento, por no tener nada que hacer en al menos veinte horas y por la perspectiva de pasar algunas con una chica sugestiva, mucho menos estirada que las acaballadas prusianas con que solía tratar, y que coronaba su exquisitez con unos enormes fanales intensamente grises. Sin embargo, al llegar al salón entendió que algo no iba bien. No solo por ver a *Fräulein* Mir de pie, dialogando animadamente con tres o cuatro circunspectos caballeros, sino porque se habían formado varios corros, todos ellos muy vociferantes. Como empezó a sospechar en Portbou, la cultura local parecía que se basaba en hablar todos a la vez, y además a gritos.

—¿Ocurre algo?

—Sí. Han matado al presidente del gobierno. Me temo que los planes de su embajador están *kaputt*. Y los nuestros de comer aquí, también. Debemos ir con el cónsul. ¿Nos marchamos?

\* \* \*

A Von Gösseln le sorprendió verlos tan pronto. Según instruyó a Queralt, no debían aparecer por allí antes de las cinco, para que a él le diera tiempo a echarse una muy necesitada siesta —la gota no le dejaba dormir—, aunque al minuto tuvo claro que sí, que todo cambiaba. Daba por hecho que la visita de don Alfonso sería el primer compromiso real en ser anulado, de lo cual daba sinceras y efusivas gracias al Dios de los anarquistas.

—¿Me pedirías una conferencia con el embajador?

Los operadores de la SGT eran tan antipáticos con el cónsul del Deutsches Reich como con cualquier hijo de vecino, pero Queralt, a quien los dioses habían bendecido con una voz arrulladora, no tardó en escuchar que, si bien las líneas estaban saturadas, en minutos tendría su conferencia. De ahí que, no mucho después, el cónsul, ella y el marino recapitulaban.

—El embajador cree que la visita se cancelará, si bien aún no ha podido hablar con la Casa Real. Deberemos, así pues, permanecer atentos a lo que nos diga. Por mi parte no habrá problema, pues no tengo nada que hacer salvo permanecer atento en este sofá, pero ustedes no tienen por qué permanecer atentos a nada. Les sugiero que se vayan a comer y disfruten del día, y que luego, por la tarde, vuelvan por aquí. ¿Qué les parece?

A Queralt le parecía bien. A Wichelhausen, también. De ahí que no dudara en levantarse y tender la mano a una señorita que cada minuto que pasaba le gustaba más.

\* \* \*

En Els Quatre Gats era difícil conseguir mesa, pero ese día estaba medio vacío. Queralt y Rolf aguardaban charlando animadamente sendas *botifarra amb mongetes*, una especie de *bratwurst* con judías, que así la señorita lo describió al caballero.

—Lo que ha pasado en Madrid, ¿sucede mucho por aquí?

—Sí, a menudo. Es parte del folklore nacional. Los que matan son anarquistas, o eso dicen, porque igual han sido manipulados para que hagan lo que hacen. Los que asesinaban en otros tiempos tenían otras etiquetas, aunque a efectos prácticos son siempre los mismos. Fíjese cómo será de antigua la costumbre, que hace cuatro siglos aquí, en Barcelona, casi se cargan a un rey. Tampoco entonces se supo, si se quiso saber, quién puso el arma en la mano del asesino. Aquí sucederá lo mismo, como cuando liquidaron a Cánovas en el 97 o a Prim en el 70. O en la boda del rey Alfonso, en 1906, cuando un anarquista le tiró una bomba. Él y la reina salieron indemnes, pero hubo muertos. O lo del 93, cuando intentaron matar en el Liceu a no recuerdo cuál político. Otro anarquista le tiró dos bombas con muy mala puntería, porque solo se cargó a veinte desgraciados sentados en platea. La favorita de la prensa, entonces y ahora, es la masonería, bien porque mate directamente, bien porque manipule a los anarquistas, que deben de ser idiotas, para que carguen con las culpas. Ya verá usted, si no, lo poco que tardan en achacarle, a la tal masonería, lo de Canalejas.

—¿Usted piensa que son otros? Los de hoy, quiero decir.

Queralt se lo quedó pensando. No quería contestar lo primero que le viniese a la boca, ni quedar como una *senyoreta* frívola, de muchos pájaros en la cabeza y tonta de capirote. Sabía jugar a eso, como cualquier mujer que merezca la pena, pero con el oficial alemán intuía que no sería una buena opción.

—Hay muchos candidatos. Podría ser cosa de los sindicalistas, que detestan a los liberales, o de los socialistas, que ni a tiros ganan unas elecciones, o de los catalanistas, que veían mal la salida que Canalejas quería dar a lo que llaman ellos «problema catalán». No obstante, si es verdad lo que dice ahí —señalaba un ejemplar del *Diario de Barcelona*, edición vespertina, donde se relataba que un anarquista, de nombre Pardiñas, había pegado un tiro al presidente Canalejas mientras observaba el escaparate de la librería San Martín, para suicidarse acto seguido; la lectura en voz alta de la breve reseña, culminada con una cínica sentencia, «los libros, en este país, son cosa peligrosa», levantaba en el agradable rostro del oficial una sonrisa prometedora; el gesto de saberse frente a una mujer que, además de atractiva, era inteligente—, no se dan las condiciones de un asesinato como Dios manda, pues ni Canalejas debía estar allí, ni acostumbraba a estar por allí, ni Pardiñas tenía forma de largarse sin que lo pillaran. Eso refuerza

que Pardiñas era un anarquista *comme il faut*. Si se tratara de una conspiración de las bien hechas, habrían organizado algo como lo de Prim: cuarenta y dos años que han pasado y sigue sin saberse quiénes y por qué se lo cargaron.

Rolf también se quedó pensando, camuflado tras la butifarra que le había tocado en suerte. Solo al cabo del minuto que le llevó engullir el primer trozo se atrevió a decir algo.

—Esto es Cataluña, ¿verdad?

—Desde que nos inventaron los fenicios, así es. Los más catalanistas dicen que los fenicios, en realidad, eran comerciantes catalanes que llevaron allá lejos, al Líbano, su expansión de mercados, y es que Cataluña, según ellos, es una nación ya desde la Edad de Piedra, pero eso yo no me lo acabo de creer.

El oficial alemán no entendía la broma, ni tampoco la exageración, aunque no por eso se abstuvo de sonreír.

—Usted es catalana, supongo.

—De quilla a perilla, sí señor.

Tampoco lo entendió, pero siguió sin preguntar. Pese a ser marino, y a que hablar español era una de las causas de verse allí, los términos navales del país no le sonaban.

—Si es así, ¿qué significa «problema catalán»?

—Oh, pues una cosa muy sencilla; el deseo de unos cuantos, nadie sabe cuántos, de que Cataluña se independice de la España que nos esclaviza —tono entre cómico y engolado—, y ocupemos así nuestro lugar en el mundo y en la historia.

—¿De verdad España les esclaviza? —Tono de asombro.

—Ni borracha diría yo eso, pero algunos lo aseguran, y unos cuantos, e insisto en que no se sabe cuántos, se lo creen.

Nueva ronda de prensamientos esforzados.

—En Alemania también nos pasa, con Bayern. Bueno, con Baviera, pero allí no matan a nadie por esas cosas.

—Pues aquí sí que se mata. Cantidades, se matan. De la última matanza solo han pasado tres años. Cerca de cien muertos, quinientos y pico malheridos, docenas de casas quemadas, más de ochenta iglesias abrasadas, dos mil y pico encarcelados y, de postre, cinco desgraciados fusilados. Hubo más, y más graves, aunque hace ya tiempo. Las más sonadas tuvieron lugar en 1835. Ni fueron el mismo día ni en el mismo sitio, aunque todas sucedieron en verano. Se les llamó *bullangues*, tumulto en catalán. No recuerdo las cifras, pero hubo cientos de muertos, miles de heridos y docenas de iglesias, monasterios y conventos arrasados. Ya ve; lo de hoy, después de todo, no es para tanto.

El amable oficial no tuvo reparo en mostrarse anonadado.

—¿Todo eso fue por lo que me acaba de contar?

—No, claro. Concurrieron más factores. Las catástrofes, si lo piensa, rara vez son por una sola causa. Suelen deberse a la suma de varias. En el caso de la Semana Trágica, que así llaman en Madrid a lo de 1909, lo que dio lugar a la

tragedia, porque aquello fue una gran tragedia, fue de lo más complejo.

No era la primera vez que la señorita Mir describía la Semana Trágica, pero sí la primera en que lo hacía sin que la interrumpieran, según la inveterada costumbre de los machos del país si eran mujeres las que hablaban. Por otra parte, tampoco era su relato. Era del cónsul, al que se lo había oído en alemán, en francés y en inglés, aunque nunca en español, ni tampoco en catalán, pese a que los farfullaba con fluidez. Solo las gotitas cáusticas no eran del cónsul. Eran de su padre.

—En 1909 teníamos una guerra en Melilla, no sé si lo sabía. —El oficial puso cara de no saber nada de guerras en Melilla, ni tampoco de Melilla—; la presión del enemigo, unos moros malísimos, requería enviar refuerzos, pero el país estaba en la ruina y no quedaban tropas de reemplazo, de modo que, con poco juicio, se decidió llamar a los reservistas catalanes. Una medida muy mal recibida por la clase obrera, ya que, con acuerdo a la ley, cualquiera que pagara diez reales se libraba de ir. Diez reales no los ganaban muchos en un mes de matarse a trabajar, de modo que aquella discriminación a favor de los que tenían dinero fue la primera causa de indignación ciudadana, y es que nuestro país, Rolf, siempre ha estado muy en contra del servicio militar —el oficial asintió, con pesimismo; en Alemania estaba empezando a pasar lo mismo—, porque no es para todos; es solo para los pobres. Luego vino que no pocos reservistas eran maridos y padres, y al marchar a la guerra dejaban a sus familias en la miseria. La suma de todo eso, más algo de agitación socialista, dio lugar a un motín en los muelles donde se hacinaban las tropas a la espera de subir a los barcos. Los disturbios se propagaron a la ciudad como la bencina en llamas, de modo que a las pocas horas las calles estaban tomadas por una masa incontrolable. Ahí se sumaron los anticlericales y los anarquistas, y tras ellos los independentistas. Un disparate, pues el independentismo catalán es un movimiento privaticio de la burguesía católica rural, incompatible con las turbas proletarias que pegan fuego a las iglesias, pero así es la masa cuando enloquece.

—¿Usted lo vio? Sería muy pequeña, ¿no?

—Diecisiete añitos, y sí, desde casa. Papá no nos dejaba salir, aunque a través de los visillos veíamos a las turbas bajar por la Diagonal, empuñando armas de fortuna... Palos, garrotes, guadañas y cosas por el estilo. Y antorchas. Muchas antorchas. Daban miedo, pero aun así, viéndoles marchar y cantar, se hacía difícil no pensar en la Bastilla. Esos infelices igual se veían a sí mismos tomando una bastilla, y se puede comprender. A la gente pobre no se la podía tratar peor, o eso decía mi padre, que como es notario sabe qué pasa con la propiedad privada en este injusto país. Las revoluciones son siempre horribles, sobre todo si las miras con los ojos de la princesa de Lamballe —el oficial se abstuvo de preguntar quién diablos fue la princesa de Lamballe—, pero al tiempo son hermosas, porque la gente, cuando se levanta contra los opresores, los que sean, siempre resulta hermosa. ¿Qué tal la butifarra? ¿Le ha gustado?

El oficial estuvo a punto de sobresaltarse. Le asombraba la diabólica forma que

tenía la *Fräulein* de cambiar de universo.

—Sí, mucho. Estaba muy buena. Siga, por favor.

—Si quiere oír detalles, le advierto que hay muchísimos. Cinco días de disturbios dan para todos los episodios imaginables. ¿Quiere saber de algunos?

—Prefiero la versión abreviada, si no le desilusiona. No es que no sienta curiosidad, pero intuyo que sería cosa de horas, y las pocas que tenemos preferiría dedicarlas a otras cosas.

—¿Por ejemplo?

El alférez de navío prefirió callar que su opción favorita sería volver al hotel, ganar su habitación con la bella bien abarloada de su cintura y, una vez a salvo de miradas hostiles, dejar en libertad sus peores instintos, y no solo por el secular apetito carnal que todo macho saludable siente a la vista de una hembra deseable, sino por sospechar que la tal estaría de acuerdo.

—Oh, pues ver Barcelona y todo eso, ya sabe... —Tono escasamente convincente; suficiente para provocar una sonrisa.

—Bueno. Pues marchemos, que hay mucho para ver.

Levantó la mano, haciendo como que firmaba en el aire. Sería lo que haría poco después, en la factura. Una pena que su apuesto *Nachrichtenoffizier* no se atreviese a pedir lo que temía ella le pidiera, porque no estaba segura de saber negarse.

\* \* \*

—Ratibor-Corvey confirma que no hay visita. Lo telegrafió a Berlín. Al poco le dijeron que su barco —por el oficial— tiene previsto llegar entre las diez y las once de mañana, y que al no haber visita no hará otra cosa que carbonear, para zarpar cuanto antes. Lo más prudente será que se retire lo más pronto que pueda y que mañana esté antes de las diez en el muelle de España, que allí es donde fondean los buques de guerra. Por lo demás —Queralt sabía que cuando el cónsul decía «por lo demás» era que deseaba ser dejado en paz, cosa explicable por el mal aspecto que tenía, la pata derecha en alto y el pie sobre un escabel—, espero que su estancia le haya resultado agradable.

—Ya lo creo que sí. *Fräulein* Mir me cuida muy bien.

Todos sonrieron —el cónsul Von Gösseln algo trabajosamente—, al tiempo que *Fräulein* Mir se levantaba de su silla, imitada en el acto por el *Oberleutnant-zur-See*.

—Espero que cuando vuelvan a tocar aquí ya esté lo bastante bien como para ir a saludarles. Me gustaría saber qué tiene su maldito barco para que don Alfonso quiera venir a verlo.

El oficial se limitó a seguir sonriendo, al tiempo de ver, con el rabillo del ojo, que su señorita catalana favorita emprendía el camino de la puerta. La noche, que

se insinuaba, les esperaba fuera, en el Paseo de Gracia.

## Miércoles, 13 de noviembre de 1912

El sol les regalaba una neblinosa mañana de otoño, muy adecuada para observar desde un averiado muelle de Poniente —un temporal lo devastó semanas antes— cómo un majestuoso *Großer Kreuzer* ciaba despacio hasta quedar amarrado al de España. Los observadores eran un elegante oficial de la KM y una señorita bastante alta, vestida de gris perla, que parecía hechizada por la extraña belleza del airoso armatoste. Llegado ese momento, el de tender estachas para sujetar la mole al muelle, ambos emprendieron el camino hacia el barco. No era un gran paseo, aunque a ella se le hizo corto. Seguramente, por no saber cuándo se vería otra vez con el culpable de que la noche antes, tras confesarse con la risueña Meritxell, no lograra pegar ojo.

—¿Volverán ustedes aquí, a Barcelona?

—Mientras haya esperanza de que su armada nos compre un barco, seguro. Cuando su rey diga qué día le va bien, el almirante hará lo que sea para estar aquí.

—Salvo por eso, ¿no volverían?

—Pues no lo sé. La misión de la MD es mostrar la bandera donde haya cañonazos, y aquí parece que no los hay.

No era de las mejores noticias, aunque la concentración de la *senyoreta* no estaba en eso. La popa del *Goeben* estaba como a cien metros. Apenas quedaba tiempo para salir de dudas.

—¿Me escribirá usted?

El oficial se detuvo, para volverse a la un tanto sonrojada señorita y sonreírle abiertamente.

—Cuenta con ello. Lo haré al consulado desde cada puerto en que toquemos, y vamos a tocar en muchos.

—¿Cómo les llegan las cartas, si nunca están más de dos días en el mismo sitio?

No era una súbita inspiración. Una noche de no dormir da lugar a que una se haga infinitas preguntas.

—Bastará con que me escriba, en un sobre del consulado, al Alto Mando de la KM, especificando que la carta es para el *Großer Kreuzer Goeben*. Allí ya sabrán cómo hacérmela llegar.

Estaban ya en el través de babor. La escala real ya estaba tendida. En ella se

leía que aquel enorme buque, tanto que su eslora frisaba los doscientos metros, se llamaba SMS *Goeben*.

—Bien, Rolf. Que tenga muy buena suerte.

Ella soñaba con una escena de tipo apasionado, aunque intuía imposible conseguir que su joven oficial perdiera la formalidad, por mucho que pareciese gustarle. Un agradable paseo a la luz de la luna y una larga cena en el primoroso restaurante Los Caracoles, el de la calle Escudellers, daban con creces para que una señorita inteligente percibiera que su muy correcto invitado habría preferido comérsela a ella en lugar de a la lubina, pero se confundía. Lo supo cuando el oficial dejó su bolsa en el suelo, le pasó una mano por la espalda —quizá demasiado abajo— y le plantó un beso de los de verdad, en plenos morros y durante un tiempo que a ella le supo a eternidad.

—No voy a poder sacarte de mi cabeza, Queralt. Nunca.

—A mí me pasará eso mismo.

Le sorprendió escuchar su propio susurro. Era como si no fuera ella la que hablase. De no valorar mucho esas tonterías románticas, era como sí lo hubiera hecho su corazón.

—Adiós, Queralt. No me olvides.

Ya no le quedaban palabras. Solo sonrisas. Lo vio caminar hasta la escala real y detenerse frente a dos centinelas y un suboficial que le saludaban a la prusiana, con total rigidez.

—¡Oberleutnant-zur-See Wichelhausen!

—¡Bienvenido al *Goeben*, Herr Oberleutnant!

Según recorría la escala se volvió para regalar una última sonrisa. Como buen oficial de artillería tenía una vista excelente, tanto como para ver que a la señorita vestida de gris perla le caían por las mejillas linos gruesos lagrimones.

\* \* \*

Al Konteradmiral Trummler no le gustaba que su Nachrichtenoffizier fuera un crío de veintidós años, por mucho que dijera Mischke. Sin embargo, y tras oírle relatar las jornadas de Río, Buenos Aires y Spithead, se mostró algo más tranquilo.

—No sé si en la Marineakademie le detallaron las funciones del oficial de información. —Wichelhausen compuso un gesto de no tenerlo claro—. Debe saber que cada buque, a partir de un cierto porte, tiene uno. En tiempos de paz, y si no se aparta mucho de nuestras costas, la función la desempeña cualquier oficial de a bordo, pero si es como este, y en una travesía por aguas lejanas, el oficial de información solo se ocupa de eso, de la información. El Nachrichtenoffizier trabaja para el jefe de la escuadra, o sea, para mí. —Se señalaba el pecho con el pulgar—. Su función será tenerme al corriente de todo lo que llegue, por radiotelegrafía, telegrama o correo postal, tanto al *Goeben* como al

*Breslau* y a nuestros buques de apoyo. Será lo mismo para las comunicaciones que nos lleguen de los puertos ribereños, de sus comandancias navales, de los estados mayores de las armadas de los países que visitemos y de los buques, fondeados o en el mar, que nos digan alguna cosa, o se la digan a terceros por radiotelegrafía, y si se hallan cerca y los vemos, por banderas o semáforo. También se ocupará de tratar con la prensa, cuando nos toque hablar con ella. Será el primer interlocutor con las autoridades a quienes debemos tratar, y con los mandos de los buques con quienes tengamos que hablar. Lo hará en todos los idiomas que domine. Es una lástima que no hable alguno más.

Wichelhausen se preguntaba, perplejo, por qué un oficial que hablaba francés, inglés, italiano, español, portugués y ruso era poco para Trummler.

—¿Le sería posible aprender turco?

Se lo pensó, aunque no mucho. Los alféreces de navío no deben dudar cuando les interpelan almirantes.

—Sin duda, pero a bordo no tengo con qué. En el primer puerto que toquemos buscaré una gramática de Orta Türkçe, un diccionario y algún manual de aprendizaje sin profesor. Con eso, al menos, podré aprender a leer un texto.

—El primer puerto será El Pireo. El *Breslau* nos estará esperando. Pida por radio que le vayan buscando lo que necesite.

—Así lo haré, aunque ahora que lo pienso —expresión de súbita inspiración— podría buscarlo aquí. El cónsul Von Gösseln tiene una excelente biblioteca, y muchos contactos. No creo que me llevase más allá de unas horas hacerme con lo necesario.

—Conforme. Deje lo que haya traído a Quaritsch, el Zahlmeister —el sobrecargo pagador—, y zarpe de inmediato. Tiene hasta las siete. A esa hora cenó con mi Estado Mayor, aquí, en esta cámara. Será cuando le presente a su jefe directo y al resto del equipo. Bien, pues desaparezca ya mismo. *Volle Fahrt voraus!*

[6]

\* \* \*

En horario laboral quien abría la puerta era una joven auxiliar, pero esa mañana estaba en otras cosas, de modo que quien lo hizo fue la oficial consular. Lo último que habría podido pensar, de ser esa mañana capaz de pensar algo, era que un apuesto marino del que se había despedido un par de horas antes, con el dolor de saber que pronto la olvidaría y que jamás se verían otra vez, sería el que le sonreiría del modo irresistible que usaba para bajar de los trenes. Ahí renunció a cualquier actividad intelectual. Era más adecuado dejarse caer en los brazos del que hizo bien en agarrarla, pues habría podido estrellarse.

—¿Qué haces aquí?

Una pregunta muy lógica, tras un par de minutos de besos, más lágrimas y un

discreto achuchón mutuo.

—Misión oficial. El almirante me ha ordenado aprender Orta Türkçe, para que de aquí a una semana pueda leerle los periódicos de Constantinopla. Pensé que podrías ayudarme..., y bueno, eso es todo. Que si me puedes echar una mano.

A Queralt le bastaron unos segundos para empuñar su pabela, su bolso y su sombrilla. Más allá, una por inesperada menos feliz sonrisa de los dioses.

\* \* \*

La Librería Millá, en la calle de San Pablo, no estaba lejos. Podrían coger un tranvía, pero les apetecía caminar. A Queralt le habría gustado hacerlo de la mano, pero alguien les podría ver, y para qué necesitaba rila nada más, de modo que marchaban por la Ronda de San Antonio hacia donde no hacía mucho había ella comprado el material necesario para estudiar turco por su cuenta. Charlaban según caminaban; no de amor, sino de gramática turca. Dado que Rolf no debía volver al *Goeben* hasta las siete menos cuarto, y como apenas pasaban de las doce, si remataban la obligación les quedaría tiempo para la pasión. De ahí que los verbos turcos dominaran la escena.

Encontrar lo que buscaban les fue sencillo, pues ella recordaba el rincón de seis meses antes. Al cabo de un cuarto de hora se sentaban en la misma mesa del cercano Els Quatre Gats, donde la *senyoreta* Mir no estaba segura de si habían comido veintitrés horas antes o veintidós meses antes. Un fenómeno que para ella era nuevo: perder la noción del tiempo. Igual era por eso que cuando casi clareaba sentenciase una bostezante Meritxell: «Te has enamorado como una burra, ¡idiota!».

—El Türkçe es aglutinante. ¿Conoces las definiciones de Humboldt? —El oficial compuso una excelente cara de no tener maldita Idea—. «Agglutinante» significa que las palabras se forman uniendo entre sí otras palabras. Como el alemán, pero sin declinaciones. El idioma pega unas con otras a base de sufijos. Tiene de bueno que se aprende con facilidad, en cuanto se le coge maña, pero la precisión es difusa. Para uno que no lo domine hay riesgo de pensar una cosa y decir la contraria. Es un problema que se cura con la práctica y se atenúa con la prudencia. No es el único. Hay otro, mucho peor: se basa en el alfabeto árabe. —Al oficial se le dispararon las cejas—. Tu cara de horror es la de todos los que llegan a Constantinopla, o Istanbul, al decir de los turcos, e intentan comprender. A eso se debe que poco a poco se desarrolle una versión basada en el alfabeto romano. No es oficial, porque hay una gran oposición religiosa, pero se tolera. Su nivel de aceptación en la sociedad no es tan alto como para que ya existan periódicos en Orta Türkçe romanizado, pero sí para que se impriman hojas de noticias, las cuales circulan con normalidad entre los ministerios y las representaciones extranjeras, y entre las empresas establecidas en Karaköy, el puerto principal. Así,

trampeando a un estilo difícil de comprender no ya para un alemán, sino para un español, los otomanos, o los turcos, consiguen comunicarse con los europeos cuando no se pueden servir de una lengua común, como el francés o el inglés.

—En lo que acabamos de comprar, ¿hay documentación de ese Türkçe romanizado?

—La básica. Suficiente para desde ahí profundizar. Por cierto, ¿Constantinopla es de los puertos que más vais a visitar?

—Pues no lo sé, pero si Trummler me ha mandado comprar todos estos libros será porque así es. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque dentro de dos meses mi hermana Meritxell se casa con el futuro agregado naval de la embajada española en Constantinopla. No sabe cuándo tendrá que ir allí, pero si algo tengo claro es que no pienso dejarla sola frente a los turcos.

—Ya. ¿Eso lo decidiste hace mucho?

—Un minuto.

Se sonrieron, gesto que al momento complementaron tendiéndose las manos por encima de la mesa. Desde no muy lejos una camarera entristecida los miraba con envidia. Lo que daría ella por vivir lo que vivía la puta señoritinga esa.

\* \* \*

Se despedían a media eslora del *Goeben*, lo bastante lejos de la escala real para que nadie los oyera.

—Aún no me has dicho por qué me besaste aquí, esta mañana. Eso no se hace, ¿sabes? Y menos sin avisar.

Tono dulcísimo, incompatible con las palabras.

—Me moría de ganas desde que te vi en el andén, alzando el cartelón. Me has vuelto loco de remate, ¿sabes, bruja?

—Eso se lo dirás a todas.

—De momento eres la primera.

Él sabía que mentía y ella sospechaba que lo hacía, pero no le daban importancia. Aún estaban lejos de llegar a eso.

—¿Qué harás ahora?

—Presentarme a Trummler, mostrar mi botín, cenar con los tipos con quienes voy a vivir *un* par de años y, cuando buenamente pueda, buscar mi yacija, cerrar los ojos y pensar en los tuyos. Los tienes divinos, ¿sabes? ¿Te lo han dicho alguna vez?

—Muchísimas.

Al oficial se le dispararon las cejas. Aún estaba lejos de comprender el afilado sentido del humor de *Fräulein* Mir.

—Aunque nunca terminé besando a quien me lo decía.

Ya no hubo palabras. Solo un largo beso, cronometrado con disimulo por el atónito suboficial jefe de la guardia.

—*İyi geceler, hayirli geceler, aşkim.*

—¡¿...?!

—Buenas noches, amor mío. Que duermas bien.

—¿En catalán?

—¡En turco, idiota!

El último beso, y desde ahí un alegre romper marcha rumbo a una escala donde dos marineros y el suboficial se cuadraban con respeto. Para los tripulantes de un barco de guerra es siempre bueno saber que alguno de los oficiales de a bordo no es, como lo son casi todos, un *arschlöcher* de solemnidad.

\* \* \*

Konrad Trummler tenía cuarenta y ocho años, aunque aparentaba más, quizá por su esencia de adusto, antipático y seco almirante alemán, o así le veía el aprensivo Wichelhausen. En ese momento presidía una mesa no muy larga. Pendientes de sus palabras, y sentados en lugares prefijados, se alineaban el Asto<sup>[7]</sup>, capitán de corbeta Buße; sería su jefe, tomo lo era de varios oficiales que ya iría conociendo, empezando por un tal Mutz que se ocupaba del B-Dienst<sup>[8]</sup>; y con el que compartiría una cabina tan espartana que sus pocos muebles eran metálicos; el comandante del *Goeben* —capitán de navío Philipp—, su primer oficial —capitán de corbeta Madlung—, el director de tiro y el oficial de derrota —de iguales empleos Knispel y Zirzow—, y cuatro tenientes de navío —Krüger, Hilgendorff, Rosentreter y Freudenberg—, de los que no había podido captar a qué se dedicaban. Según le dijo el Asto antes de sentarse, la mesa no era la de todos los días. Trummler quería presentar a los mandos del *Goeben* el más reciente miembro de su Estado Mayor y comentar las nuevas órdenes de Berlín. A eso se debía la presencia de tantos oficiales. Por lo general, a las cenas del almirante solo asistían el Asto y los tenientes de navío a sus órdenes. Wichelhausen solo era un humilde alférez de navío, aunque ocupaba un puesto de Kapitänleutnant, de modo que, no por grado sino por competencias, cada noche ocuparía su sitio a la mesa del Konteradmiral.

Tras las presentaciones, el Asto explicó que se cancelaba la escala en El Pireo, pues tenían la nueva orden de ganar Constantinopla tan pronto como permitieran las máquinas. Si fuera posible recorrer las dos mil millas que les separaban de allí a su máximo andar, pues que así se hiciese. Ahí tomó la palabra el Korvettenkapitän Zirzow, para explicar que de llegar a estibar la máxima carga de combustible, 3100 toneladas, y de no carbonear a lo largo de la travesía, no se deberían rebasar los veinticuatro nudos. De proceder así, fondearían en

Constantinopla en ochenta y cuatro horas. Completar la estiba de todo ese carbón, y dado que no se iba ni por la mitad, no finalizaría más pronto de las diez de la mañana del día siguiente, jueves 14. Si se zarpase a esa hora podrían echar el ancla en Karaköy a medianoche del 17, con un resto en las carboneras de cien toneladas. Ahí el almirante, que parecía despreciar los detalles, hizo un gesto a Buße, para que ordenase al contramaestre que sirviera la cena. Media hora después, el más reciente miembro del Estado Mayor de la MD opinaba que allí no se comía mal del todo. Al tiempo evocaba la sucia y tenebrosa, pero aun así encantadora Barcelona. No solo por la excelente cocina de Los Caracoles. La compañía tenía más culpa de que no lograra olvidarla.

## Jueves, 14 de noviembre de 1912

El *Goeben*, al separarse del muelle, componía una estampa majestuosa, como reconocían las docenas de curiosos que presenciaban el espectáculo, unos en el devastado muelle de España y otros en el arrasado de Poniente. Había unos cuantos periodistas, algunos corresponsales extranjeros y hasta media docena de oficiales de marina un tanto apenados, por saber que jamás podrían mandar un buque tan formidable como esa maravilla de *Goeben*. También había dos mujeres, en el muelle de Poniente. Observaban, con binoculares de teatro, los airosos movimientos de una mole que a la más alta no le habrían dicho nada tres días antes, aunque ahora le parecía la prolongación natural del adorable ladrón que se había quedado con su alma. La menos alta, de facciones más armoniosas —se daba más que un aire, según Francesc Macià, su padrino, a la *Madame* Récamier que retratará François Gérard—, no lo veía con entusiasmo. Estaba en ese muelle menos por curiosidad que por funcionalidad, ya que después su hermana y ella irían de modistas; gracias a eso don Joan les prestó su Hispano-Suiza —el automóvil de la familia— y a Tomás, el mecánico de la familia. También gracias a eso llegaron a tiempo de presenciar la escena, pero no muy concentradas en el barco. Solo se fijaban en lo que ya sabían se llamaba *punte de maniobra*, donde contaban una docena de severos individuos en largas levitas azul oscuro y gorras blancas. Queralt ya sabía que la función de Rolf no era dirigir maniobras, aunque sospechaba que no estaría lejos del almirante, y ese sí que debía de andar por allí. Una sospecha fundada, ya que al poco de que se moviera el armatoste se permitió un chillido de alegría, para tras eso señalar en la dirección adecuada.

—¿Cuál es?

—Segunda fila. El más alto.

—Tú y tus altísimos. Un día te perderás por uno.

Queralt no quiso comentar que antes de pechar con un tipo tan canijo como Pascual se abriría las venas.

—¿Qué te parece?

—Pues, vaya..., no está mal del todo.

«Con un pedrusco en mitá los piños te darías tú», sentenciaba Queralt para sí en su más brutal fraseo, el de las colegialas que saltaban a la comba en la calle de

Sant Gervasi tras fumarse los ejercicios espirituales con que las torturaban en la Escola de les Dames Negres, el colegio de monjas francesas donde la mejor sociedad de Barcelona enviaba sus retoñas a fin no solo de que las desasnasen, sino de que salieran de allí convertidas en unas perfectas señoritas, del tipo que redondea su virtud y su atractivo con el dominio del francés. Como alguna vez protestaba su espantada madre, Queralt quizá fuera, cuando menos de talante y de modales, el hijo varón que Dios no les había querido dar.

—Mejor será que no te hagas ilusiones. A ver si hay suerte y se te pasa pronto.

—Por ahora veo difícil que se me pase.

—¿Tan fuerte te ha dado?

—Me temo que sí.

—Pues, hija..., si hubierais hecho algo... Pero no pasasteis de daros un besito, ¿no?

—¿Por «hubierais hecho algo» quieres decir «si os hubierais ido a la cama»?

Meritxell asintió, boquiabierta; no era una señorita pacata e incapaz de llamar a las cosas por su nombre, y hasta sabía decir palabrotas en muy buen tono y con gran convicción, pero la franqueza brutal de su hermana solía desarmarla.

—Pues no, aunque no por falta de ganas. Por mi parte, desde luego. Por la suya..., intuyo que también, pero es un tipo muy formal. Muy de la vieja escuela.

—Si te lo hubiera propuesto, ¿lo habrías hecho?

—¿El qué? ¿Tirármelo?

Meritxell dudaba entre boquiabrirse de puro espanto y echarse a reír. Optó por lo segundo, aunque nada convencida.

—No puedes ser más bestia, Queralt.

Ahora reían las dos. El *Goeben*, por su parte, ya doblaba el muelle de Poniente, rumbo a la bocana y arrojando densas columnas de humo por sus dos robustas chimeneas. Una posición relativa ideal para que un oficial de información virase sus ojos a estribor y se le inflamara el corazón.

—Te saluda con la mano. Y sonrío.

Meritxell, concentrada en sus binoculares, lo decía sin advertir que su hermana estaba en lo mismo.

—¡Me ha visto, me ha visto!

Lo decía braceando y dando saltitos sobre sus empinados botines, lo que tenía su mérito y su riesgo. Lo primero, porque alguna vez se le había doblado un tacón, para dar en el suelo con sus huesos. Lo segundo, porque una señorita de la mejor sociedad catalana jamás debe dar saltos en los muelles, y menos saludar con alborozo a un crucero de batalla. Si algo aprenden pronto las jóvenes damas de su clase social, es lo necesario, lo imprescindible, de la circunspección. Acodado en el quitavientos del puente de maniobra, Rolf revivía los acontecimientos del día. Pretendía que no se le olvidase nada de lo que varios oficiales le habían mostrado a lo largo de la mañana y buena parte de la tarde. Las novedades, aun así, no eran excesivas. El *Goeben* no era mucho más que un *Von der Tann* alargado en quince metros y con tres más de manga. La primera

consecuencia era que las cabinas de la oficialidad eran menos opresivas que las del *Von der Tann*. Una mejora natural, ya que la dotación de los dos buques era similar, pese a la diferencia de tamaño y arqueo: 43 oficiales en los dos casos, más 1010 marineros en el *Von der Tann* contra los 1019 del *Goeben*. El Estado Mayor del almirante no abultaba demasiado: apenas seis oficiales, a los que se sumaban uno adicional, un suboficial y dos marineros especialistas, adscritos al B-Dienst; permanecían pendientes de sus radios, para captar mensajes, descifrar lo que se pudiera y, llegado el caso, interferir las llamadas de algún barco que no se hallara lejos. En cuanto a su propia cabina, situada muy a popa, disfrutaba de un ojo de buey, privilegio muy valorado en los barcos de guerra. Gracias a eso, él y Mutz, con quien se habían caído de maravilla, podrían descansar bien ventilados, una vez lograra él acostumbrarse a las vibraciones y al rumor de las hélices girando varios metros bajo él.

El sistema de comunicaciones fue lo que más le interesó. No solo era ultramoderno, sino que poseía una inusitada capacidad de recepción. Su propósito era mantener el contacto con las unidades desplazadas a ultramar. Hasta 1871 la presencia colonial de Alemania era nula, pero la política de Bismarck determinó un crecimiento prodigioso, aunque imposible de proteger de la Royal Navy. Esto se agravaba en el caso de las últimas adquisiciones: las Carolinas, las Marianas y las Palaos. Los tres archipiélagos pasaron a ser alemanes al acabar la guerra entre los Estados Unidos y España a cambio de veinticinco millones de pesetas. Eran territorios indefendibles a poco que una hipotética guerra con la Entente durase más de unas semanas. Una guerra cuya primera consecuencia sería el corte de los cables submarinos que, partiendo del Reich, pasaban por Inglaterra. Esta no necesitaba en sus barcos radios de gran potencia, ya que la información operativa se distribuía entre sus enclaves a través de los cables submarinos; desde ahí, ya por radio, a los cruceros de la Royal Navy, presentes en todos los rincones del mundo. Para evitar que a las pocas horas de iniciarse la guerra los *kreuzer* quedaran desconectados de Alemania, se construyó una estación radiotelegráfica en Nauen, cerca de Berlín, en la que se instalaron equipos de onda corta de muy gran potencia. No alcanzó su plena capacidad hasta 1910, a tiempo de comunicar con el *Von der Tann* durante su misión en Brasil y Argentina. La experiencia fue satisfactoria, y eso a pesar de que los equipos del *Von der Tann* eran menos avanzados que los del *Goeben*. Su mayor potencia fue la sorpresa más agradable con la que se dio el Nachrichtenoffizier en su recorrido por la nave.

Siendo él de artillería era natural que dedicase a eso su mayor atención. La novedad con respecto al *Von der Tann* no era que los cañones de la batería principal fueran diez en vez de ocho, sino que los del *Goeben* medían 50 calibres, contra los 45 de los que montaba el *Von der Tann*. Eso significaba veintidós hectómetros más en alcance, según decía el segundo director de tiro cuando le mostraba la fabulosa Bertha. Esa era otra, la denominación de las torres. En la KM se identificaban como A, B, C, D, E y F —no había buques con más de seis— pero

tal cosa solía dar lugar a confusiones, de modo que se usaban nemotécnicos. El *Von der Tann* empleaba nombres de gestas militares prusianas, lo que fueron Alsen, Bautzen, Culm y Düppel, pero en el prosaico *Goeben* se preferían los identificativos del Telégrafo Imperial: Anna, Bertha, Casar, Dora y Emil.

El Oberstabsingenieur Breuer estaba enamorado de sus turbinas Parsons y sus calderas Schultz-Thornycroft. Explicaba que fueron diseñadas para entregar 52 000 caballos en tiro natural y así dar una velocidad de 25 nudos, pero en pruebas de seis horas, recorriendo las veintiocho millas de la Kurische Nehrung, se alcanzaron 85 661 caballos en tiro forzado, dando una velocidad sostenida de 28,4 nudos, lo cual, para una maquinaria sin rodar, era un logro extraordinario. Todo eso no maravillaba demasiado a un Wichelhausen saturado de prodigios. Le bastaba con saber que si algún día debieran escapar de un crucero de batalla inglés, a veintiocho nudos ninguno les podría dar caza. Un sentimiento de lo más tranquilizador.

Sentía un gran bienestar en aquel rincón del puente, viendo pasar un mar apenas revuelto. Un sentimiento no solo provocado por saberse a bordo de un navío en verdad fantástico. En realidad, así se sentía desde que, nada más doblar el muelle de Poniente, se diese a través de sus Zeiss con la sonrisa de una Queralt que se había quedado con su alma. Eso no tenía sentido, se criticaba. Trummler dijo que no había planes de volver a Barcelona. En cosa de días Queralt se volvería un recuerdo difuso, como alguna otra chica cuya imagen ya se había disuelto en la estela de su vida. Mejor haría si se la sacaba de la cabeza. Del corazón no hacía falta. El corazón solo es una estación de bombeo. Cuando menos, el de un oficial de la KM.

Aun así, era muy agradable recrear aquellos ojos grises.

Más aún, evocar el gusto exquisito de unos labios que se negaban fieramente a ser desinstalados.

Lo peor de todo, el tacto entregado y voluptuoso de un prodigioso tafanario de pedernal, al que no le importaba que las señoritas de la más distinguida sociedad no deben dejarse palpar los cuartos traseros sin un anillo en la mano izquierda.

Mucho se temía, era verdad, que no conseguiría sacarla de su cabeza. Cuando menos, no hasta Constantinopla.

## Lunes, 18 de noviembre de 1912

El sol ya estaba muy alto sobre la parte asiática de la inmensa Constantinopla. Una ciudad donde los lunes la gente parecía no ir a trabajar, o no la muchedumbre que se amontonaba en los muelles de lo que Zirzow, que años antes había tocado allí, llamaba Gálata, el nombre de una vieja colonia genovesa en la desembocadura del Cuerno de Oro, el cual en realidad se llamaba Altin Boynuz, si bien eso lo sabía poca gente, o eso creía él. «Cuerno de Oro» era un apodo que se remontaba muy lejos, a épocas que rondarían la prehistoria. Lo que importaba para Buße era que «Cuerno de Oro» lo entendía todo el mundo, mientras que «Altin Boynuz» igual no lo decían ni los otomanos.

El *Goeben* y el *Breslau* permanecían fondeados a la gira, sujetos por el ancla de popa; eso implicaba el riesgo de llevarse algo por delante al bornear empujados por la corriente que bajaba del mar Negro, aunque a Trummler no le preocupaba. Constantinopla parecía un puerto seguro, pero aun así prefería que sus barcos se mantuvieran orientados al mar de Mármara, por si fuera necesario segar la cadena del ancla y dar avante sin más. A tal fin, y como segunda precaución, no mandó apagar las calderas, sino retirarlas a templones, listas para subir presión. Madlung estimaba en cuatro nudos la corriente superficial. Venía del mar Negro, de agua menos salada que la del Mármara por desembocar en él los ríos más caudalosos del continente. La supuesta seguridad de Constantinopla, decía Trummler, se veía desmentida por innumerables barquichuelas y esquifes tripulados por sujetos de aire amistoso, que ganaban los costados de los buques alemanes y a grandes voces ofrecían fruta fresca y alimentos exóticos, aunque también aullaban maravillas sobre tabaco, telas, alfombras y joyas de todo tipo, e incluso artículos que no mostraban pero sí describían, por mucho que los oficiales asomados a la borda no consiguieran identificarlos.

—¿Usted sabe de qué hablan, Wichelhausen?

—De vírgenes, *Herr* Admiral. Del tipo más intacto.

Trummler había vivido demasiado como para asombrarse, aunque no pasaba lo mismo con sus oficiales.

—¿Dónde las llevan? Es que no las veo. —El primer oficial.

—¿Proponen acaso que las subamos a bordo?

—No lo creo, *Herr Kommandant* —por Philipp—. Es un bien que se lleva mal con la luz del sol. He creído entender, eso sí, que pretenden llevarnos adónde las esconden. Lo que hacen estos tipos lo he visto en más sitios. En Tenerife lo llamaban *cambullón*. Tocamos allí un par de veces, y lo cierto fue que no solo nos ofrecían de todo, sino que a unos precios asombrosos.

—¿Vírgenes también?

—Los informes que me llegaron más tarde indicaban que las de allí no eran de las más intactas. *Herr Admiral*.

Tímidas aunque incontenibles sonrisas navales.

—Se acerca una lancha con la bandera del Reich, al NE.

Orientaron sus prismáticos adonde señalaba Mutz. No tardaron en centrar al que parecía ocupante principal, un tipo de aire solemne, buen mostacho y elegante *morning dress*. En pie tras el timonel se veía a un segundo individuo, uniformado de marino y con los distintivos de un capitán de fragata.

—El barón Wangenheim y el agregado naval, supongo.

Trummler iniciaba un soliloquio, cosa no infrecuente. De ahí que sus oficiales más próximos comenzaran a saber que Von Tirpitz le previno contra el embajador Hans, barón Von Wangenheim. Le tenía por un intrigante que jamás hablaba claro, lo que meses antes, cuando envenenaba la embajada de Atenas, puso al káiser en alguna dificultad, y no lo hizo mucho mejor en México de 1904 a 1908, pero el caso era que al káiser le caía bien, tanto que Bethmann-Hollweg no le pudo adjudicar un destino donde intrigara un poco menos. En Constantinopla llevaba camino de complicar las cosas aún más de lo que ya lo estaban, por su descarado apoyo a la gran apuesta del káiser: el teniente coronel Enver Paşa. En ese punto dejó de hablar, porque la motora ya estaba cerca, pero no por eso dejó de rememorar las palabras de Von Tirpitz, el cual siguió explicando cosas del tal Enver Paşa, empezando por que se llamaba Ismail-Enver, aunque solo para los íntimos. Paşa era un título equivalente al inglés *Sir*; se concedía solamente a militares que se hubieran distinguido, y Enver lo hizo tan bien en la guerra contra Italia que le dieron el Paşa y el ascenso a teniente coronel. Venía de una familia con posibles, tantos que le pagaron una educación premilitar alemana, gracias a la cual no solo dominaba la lengua de Clausewitz, sino que hacía suyas todas y cada una de las palabras que a este le dictaron Scharnhorst y Gneisenau, las publicadas en *Von Krieg*. Tras pasar por las escuelas militares otomanas se graduó de teniente a los veintidós. A los veinticinco, 1906, era comandante. Ahí tuvo sus primeros encontronazos con la clase dirigente, la que se agrupaba en un partido llamado *Freiheits und Einigkeitspartei*<sup>[9]</sup>, respaldado por Inglaterra. Fueron tan graves que formó uno propio con otros tan insumisos como él. Lo llamaron *Íttihat ve Terakki Cemiyeti*, o *Komitee fur Einheit und Fortschritt*. La prensa británica lo bautizó CUP, por *Committee of Unión and Progress*, y como era la dominante no solo en Istanbul, sino en buena parte del mundo, incluso los otomanos la

llamaban CUP<sup>[10]</sup>, en femenino. La gente prefería decir Jön Türkler —Jóvenes Turcos—, por sus cabecillas. Esto sería irrelevante para quien no conociera el Imperio otomano, aunque no para los que decían Istanbul en lugar de Constantinopla. La etnia turca quería el poder, aunque lo tenía difícil, pues si bien dominaba Kostantiniyye, Tracia y parte de Anatolia, en el resto del caótico Imperio mandaba mucho menos. En la parte asiática, la más extensa, los árabes serían la etnia dominante si fueran una sola. Para fortuna de los turcos estaban no ya desunidos, sino enfrentados por cuestiones tan vitales como la pureza de sangre de unos descendientes del Profeta frente a la de otros descendientes del Profeta. En ese incomprensible ambiente sociopolítico la voz del *major* Enver comenzó a sonar entre los estudiosos de la selva política otomana, y más a raíz de la revolución de 1908. Una vez aquietadas las aguas políticas, Enver fue designado *attaché* en Berlín, y ahí fue cuando el káiser se convenció de que un día u otro sería el hombre fuerte de Istanbul. Volvió allí en 1911, forzado por la guerra con Italia. Las consecuencias de la tal fueron desastrosas, pues el ejército imperial, muy mal mandado, se dejó arrebatar Libia y el Dodecaneso. Para la CUP también fueron malas, pues la Unión Liberal la echó a la calle. Ahí seguían, conspirando a todas horas. El ya notorio Enver Paşa, apodado *Napoleonlik* —Napoleoncito—, era de los que más, con la entusiasta colaboración de Wangenheim. Según Tirpitz, aquel gozaba de un fácil acceso al sultán, un Mehmed V Reşad que no sabía dónde tenía la mano derecha, y al gran visir o primer ministro, un tipo muy mayor llamado Kâmil Paşa que tampoco era muy listo. También, según Tirpitz, era cuestión de semanas que la CUP diera un golpe de estado, y si lograba consolidarse, lo que al juicio del káiser era seguro, la influencia del Reich pasaría de irrelevante a decisiva. Sobre todo si Trummler, y los cañones del *Goeben*, le daban su apoyo.

—Philipp, ¿está dada la escala?

A Philipp le molestaba esa clase de preguntas, pero se lo callaba. Al ser el *Goeben* un «buque blanco» —en la jerga de la KM se decía del que padecía un almirante; a los que se libraban de tal pesadilla se les llamaba «buques marrones»—, y si el almirante carecía de sensibilidad, prudencia y buen estilo —defectos no comunes entre los almirantes alemanes—, el Kommandant efectivo sería el almirante, mientras que el designado por la KM para mandar el barco sería su chico de los recados, pero así estaban las cosas y de nada valía protestar, y aún menos enfadarse.

—Sí, *Herr* Admiral. Por el través, a estribor. Justo adónde aproa la lancha del embajador.

\* \* \*

En la cámara del almirante, sentados a una mesa poblada de tazas de té, de café, de botellas de agua del manantial de la Reina Regente y de bandejas de *panellets* —embarcadas en Barcelona—, Trummler, Buße, Wichelhausen, Philipp y los Korvettenkapitänen Madlung, Knispel y Zirzow permanecían atentos a lo que les explicaba Von Wangenheim, al que a veces punteaba su *attaché*, Fregattenkapitän Humann. Llevaban así un buen rato, el que necesitó el embajador para ofrecer un detallado «quién es quién» en el gobierno del Osmanisches Reich, extendido por Humann al alto mando naval. A esas alturas de la reunión era claro para todos que la gran apuesta del káiser, Enver Paşa, estaba llamada también a ser la gran apuesta de la MD.

—El gobierno del sultán Mehmed se lleva fatal con los vecinos. Tanto, que ahora mismo están en guerra con Montenegro, Bulgaria, Grecia y Serbia. Tras Serbia está Rusia, que suspira por el Bósforo desde Alexander Nevsky. Ya estarían aquí, en Istanbul, si no sucediera que Francia, Italia, los austríacos, los ingleses y el Reich prefieren no valorar una Rusia con libre acceso al Mediterráneo. A eso se debe que se concentren fuerzas en al Adriático, el Egeo y aquí. Ustedes son los primeros en llegar, pero la BMF<sup>[11]</sup> no tardará. Los ingleses desprecian a los turcos, aunque prefieren que por ahora nada cambie. No sé si están ustedes al corriente de que hace dos años les encargaron la construcción de un acorazado. Dada la penuria económica de los astilleros británicos, dudo que vean con buenos ojos que todo esto —señalaba en la dirección de Karaköy— salte por los aires antes de haber cobrado, aunque cualquiera sabe con esa gente.

—¿De qué acorazado nos habla, embajador?

Era una pregunta lógica en un almirante, y era obvio que Humann traía pensada la respuesta. No necesitó más que un leve gesto de Wangenheim para empezar.

—En 1909 la flota otomana no valía para nada. Entonces llegaron noticias de que la griega se rearmaba. Eso encendió las alarmas. Tras mirar en Francia y en Inglaterra terminaron en el Reich. Querían un *Von der Tann*, pero a la vista de lo que tendrían que pagar se inclinaron por dos viejos *linienschiffe*, el *Kurfürst Friedrich Wilhelm* y el *Weissenburg*. Ambos llegaron aquí con tripulaciones alemanas, listos para operar. Se les rebautizó *Barbaros Hayreddin* y *Turgut Reis*. Su buen estado, sin embargo, les duró semanas, porque la Marina otomana no sabía mantenerlos. Ni siquiera contaban con un dique seco. Un buque de guerra, bien lo sabemos, requiere un mantenimiento continuado, pero sus dotaciones no pasaban de baldearles las cubiertas. La consecuencia fue que durante la guerra contra Italia de 1911 ni se hicieron a la mar. Se la pasaron fondeados en Beirut, sin hacer nada para impedir la catástrofe final: el Imperio perdió Tripolitania, Cirenaica y el Dodecaneso. Una de las últimas medidas de la CUP, escarmentada de la nula utilidad de los buques viejos, preocupada por las noticias que llegaban de Grecia y presionada por los ingleses, fue firmar un contrato con Vickers para construir un acorazado de la clase *King George V*. Sería como los de la Royal Navy,

con algo más de manga. Según creo, aún no lo han botado. El gobierno de la Unión Liberal habla de comprar un segundo buque cuando el primero ya flote, pero no es seguro. En general, los ancianos de la Unión Liberal son impredecibles, quizá por intuir que no van a durar mucho.

El Konteradmiral elevó sus cejas, inquisitivo.

—La guerra la llevan tan mal que hay rumores de golpe de estado. Es por la presión de los búlgaros, que avanzan por Tracia sin que se les contenga, derechos a tomar el Bósforo. La CUP reclama medidas enérgicas, y dice que, si el gobierno del gran visir no las toma, ellos lo harán. Ahora bien, una cosa es el convencimiento general de que se avecina un golpe y otra es que quienes hoy gobiernan son los que son. Debo comunicarles, pues, el vivo interés del gran visir en visitar el *Goeben*, aunque no por curiosidad naval, sino por verificar su talante —señalaba con el dedo a Trummler—, por si los búlgaros se siguen acercando. Dicho de otro modo, si podría contar con la MD para detenerlos cuando amenacen el Bósforo.

—No tengo instrucciones de Tirpitz para proceder así.

—Lo sé, pero no tardarán en llegarle. Según creo, las potencias que han acordado establecer aquí una fuerza naval de disuasión están también de acuerdo en abrir fuego contra los búlgaros si llegan a quince kilómetros de Constantinopla.

—¿Qué potencias son esas, embajador?

—Francia, Inglaterra, Holanda, Italia, Rusia, Rumania, España y nosotros mismos. Entre todas, salvo Rusia, que no piensa mojarse, destacaremos aquí doce unidades de combate. Según apunté, serán los cruceros ingleses *Hampshire* y *Weymouth*, los franceses *Victor Hugo* y *Leon Gambetta*, los austríacos *Aspern* y *Admiral Spaun*, los italianos *Benedetto Brin*, *Emmanuele Filiberto* y *Coatit*, el holandés *Gelderland*, el rumano *Elisabeta* y el español *Reina Regente*. De momento solo hemos llegado nosotros y los españoles. Por cierto, el comandante del crucero español es un tipo interesante. Me lo presentó Nazim Paşa, el ministro de Marina. Se llama Miranda. No estaría de más que alguna noche le invitase a cenar, en el *Goeben*. Igual tiene alguna influencia en los planes de construcción de su condenada Marina Real.

Trummler se encogió de hombros.

—Le avanzo también que un día de estos, aún no sé cuál, el sultán Mehmed Reçad querrá verle, a usted y a quienes quiera que le acompañen. Yo iré también, por supuesto.

—¿Qué clase de tipo es el sultán?

—Sesenta y ocho. Distráido. Despistado. Confuso. Disperso. Ideal para ser mangoneado. Tiene un sentido posesivo de la monarquía, pero ahí acaban sus dones políticos. Ocupa el trono porque la CUP le puso ahí tras deponer a su hermano Abdul Hamid II, que no era tonto, pero estaba como una cabra. Mehmed no tiene la menor idea de cómo es el mundo real. En vez de intentar

comprenderlo, se oculta en su palacio, protegido por las cuatro esposas que le quedan, la más joven un primor de veintidós añitos. No crean que son tantas. Abdul Hamid, sin ir más lejos, tuvo trece; bueno, tiene, porque no le han quitado ninguna. Mehmed vive aislado de la realidad, de los problemas y de cualquier cosa que le moleste. De ahí que cuando la CUP quiera dar el golpe Mehmed se quedará tan tranquilo, sin mover un dedo. Después de todo, los de la CUP serán los mismos que le sentaron en el trono hace tres años.

De nuevo cayó el silencio. Lo rompió Trummler.

—Es la hora de comer, siquiera en Alemania. ¿Les gustaría compartir un muy sobrio *lunch* de la Kaiserliche Marine?

## Miércoles, 20 de noviembre de 1912

Wichelhausen había llegado a Kabataş en un bote de servicio. Era el muelle más cercano al barrio de Gümüssuyu, donde se situaba la colosal embajada del Deutsches Reich. La razón de que caminara por las empinadas callejuelas de Beyoğlu, escoltado por cuatro marineros armados, era que portaba una carta de Trummler para Wangenheim. Wichelhausen conocía el texto. Decía que, según instrucciones del Estado Mayor de Von Tirpitz, si los búlgaros amenazasen la línea Karaburun-Durusu-Tayakadin, la MD debería entrar en el mar Negro, situarse a distancia de tiro de las vanguardias búlgaras y abrir fuego sin avisar y sin contemplaciones, en la mejor tradición prusiana.

Wangenheim sentenció que la decisión de Tirpitz era correcta, si bien la intervención de la MD no sería necesaria de momento, pues los búlgaros aún estaban lejos. A la caída de la tarde Humann les llevaría noticias, si las hubiera, junto a la fecha de la visita al *Goeben* del gran visir Kâmil Paşa. Wichelhausen, ahí, expuso dos asuntos: uno, que se gestionase la presencia de un artillero de la MD en las líneas otomanas, para que corrigiera el tiro y no cayeran granadas donde no debían; otro, que las tripulaciones del *Goeben* y el *Breslau* querían bajar a tierra, pero Trummler, antes de autorizarlo, quería conocer la opinión del embajador. Wangenheim contestó que sí a lo primero. A lo segundo, ningún inconveniente si marchaban en grupos. Constantinopla era una ciudad peligrosa, sobre todo para los marinos incautos, y el principal peligro lo constituía la muy corrupta policía. Con los que marcharan de a diez nadie se metería, pero ¡ay! del que pillaran aislado. La temible Barcelona, puesta junto a Constantinopla, sería como Lourdes.

Wichelhausen, antes de regresar, se pasó por la estafeta de la embajada para entregar un sobre dirigido al consulado alemán en Barcelona. Dentro había otro sobre, más pequeño, que albergaba la primera de sus cartas a *Fräulein* Mir. Quería dar así la impresión de una carta oficial, de una embajada regular a un consulado regular, aunque una vez abierta quien lo hiciera, que con suerte sería la propia Queralt, vería que no era oficial, sino muy personal. No le llevó mucho rato escribirla, porque las palabras le surgían a borbotones. Otra prueba más de que

algo iba mal, se decía con pesimismo. A sus veintidós años ni de lejos era esa la primera carta de amor que componía, pero en todas las demás hubo de retorcerse las meninges para dar con las palabras. En aquella primera para Queralt, en la que mezclaba el alemán con el español y con el turco, su cerebro no las dictaba. Más bien, las despeñaba.

Ya cerca de Kabataş le llegó un sonido muy fuerte, de sirena de gran barco, pero no era la del *Goeben*. Era la del *Vineta*, un crucero acorazado de la clase *Victoria Luise*. Él y su gemelo, el *Hertha*, eran los mayores buques escuela de la KM. Se presentaba en Constantinopla con un contingente de ciento y pico cadetes, aunque no era eso lo importante, dijo Trummler del que pronto sería el tercer buque de su MD. Era que tenía sitio para no menos de mil quinientos hombres armados hasta los dientes.

## Sábado, 23 de noviembre de 1912

Dos días antes, un carguero austriaco procedente de Ragusa fondeó frente a Kadikoy. Traía 576 soldados croatas y bosnios, aportados por el Imperio austrohúngaro al esfuerzo internacional para contener el avance búlgaro sobre Istanbul. A la mañana siguiente comenzaron a traspasarse al *Vineta*. Se tardó más de lo previsto, de modo que Trummler, contra las angustiadas peticiones del gran visir, no pudo zarpar el propio día 22. Lo hizo al amanecer del 23. En cabeza de la formación, el torpedero *Peleng-i Derya* señalaba el camino del Bósforo, o Boğaziçi, como se decía en turco. Le seguía el *Goeben*, a este el *Vineta* y cerraba la formación el *Breslau*. El primer objetivo, una vez en el mar Negro, era desembarcar en Kumkoy el contingente bosnio-croata, más una sección de ametralladoras del *Breslau*. El segundo consistía en ocupar posiciones de tiro a dos millas de la costa, para desde ahí abrir un doble fuego. El *Vineta* dedicaría sus piezas del 210 y del 150 a las posiciones búlgaras en Karaburun y Durusu. El *Goeben* tiraría sobre Tayakadin con las de Casar y Dora. Las otras no participarían, por haberse traspasado a los pañoles de popa la reserva entera de granadas explosivas, las propias y las almacenadas en los polvorines de Ístinye, hasta entonces reservadas al *Barbaros Hayreddin* y al *Turgut Reis*.

El bombardeo se inició a las 14:00. El tiro no era rápido, para no recalentar los frenos hidráulicos y ajustar bien la puntería. Esta la dirigía el teniente de navío Krüger en un punto elevado de la línea otomana. Desde ahí observaba la caída de los proyectiles del 283 —323 kilogramos, de los que treinta eran explosivos— sobre las posiciones búlgaras. El *Goeben* disparó doscientos proyectiles, con efectos devastadores, pues al cabo de dos horas Krüger comunicaba que la infantería búlgara se retiraba. Todo un éxito, afirmaba Philipp. El *Goeben*, hasta ese día, solo había disparado en ejercicios. De ahí su satisfacción por la puntería de sus artilleros. Esperaba que no fuera peor el día en que disparasen contra buques enemigos, pero esa sería otra preocupación. La del momento era ganar alta mar, en previsión de un ataque de las lanchas torpederas búlgaras. Una vez allí navegarían en círculos a baja velocidad, para pasar la noche a cubierto de asechanzas y, de paso, ejercitarse con los torpederos otomanos, a fin no solo de

protegerse mutuamente, sino de comprenderse los unos a los otros, por si en el futuro fuera necesario colaborar más estrechamente. Trummler no creía probable que tal cosa sucediera, pero el mar enseña que, si algo es necesario, es pensar que cualquier cosa puede ocurrir en cualquier momento. Por ejemplo, que los búlgaros no desistieran y a la mañana siguiente debieran volver a empezar. Aún quedaba suficiente munición, así que no sería un problema. Sí lo sería que Alemania se viese aún más comprometida en una guerra donde quizá tuviese algo que ganar, pero también mucho que perder. De ahí que, a su juicio, cuanto menos disparase la MD, mejor.

## Miércoles, 4 de diciembre de 1912

Trummler sabía del armisticio entre la Liga Balcánica —los países en guerra con el Imperio otomano— y el gobierno de Kâmil Paşa. La MD había culminado la campaña sin bajas y tras hacer un buen papel. Pensaba, por eso, que su estancia en Constantinopla, ciudad que detestaba, pronto acabaría; incluso podría suceder que Tirpitz viera la situación tan consolidada como para devolver el *Goeben* a Wilhelmshaven y él a un puesto en el Estado Mayor. Si le dio la MD fue porque Souchon no estaba en condiciones de aceptarla, de modo que tenía con él una deuda de honor. A diferencia de la mayoría de los almirantes menores de cincuenta años, Trummler no suspiraba por un mando a flote. Lo suyo eran la tierra firme, las mesas, los mapas y los sesudos informes de los estados mayores. De ahí su paternal sonrisa, un punto empañada por el pesimismo de Wangenheim, a cuyo descarnado juicio el armisticio del 3 de diciembre era una monumental bajada de pantalones —los del gran visir, los de sus ministros y hasta los del sultán—, que si bien traía una deseada paz, hacía mangas y capirotos con valiosas posesiones imperiales, las cuales, junto a las catastróficas pérdidas de un año antes, no solo sumarían una superficie similar a media Europa, sino varios millones de súbditos. Una de las ciudades perdidas, Selânik, no solo era la segunda más próspera del Imperio, sino que allí ondeaba la bandera otomana, y antes la de Bizancio, desde hacía mil años. Wangenheim decía que los Paşas no transigirían; de ahí su pronóstico: «en un mes, la CUP en el poder». Una profecía inquietante. A eso se debió el ordenar a Wichelhausen que invitase a cenar al *attaché*, con instrucciones categóricas: nada de pasarlo bien. Su cometido sería verificar qué había de verdad en el vaticinio del embajador, y nada más. Si para eso debía tomarse una copa, bueno, pero solo una. Le sacaría, sobre todo, su mejor predicción de lo que haría Enver Paşa. Si era verdad lo que se murmuraba, que Humann —nacido en Izmir; vivir allí su infancia le valió, entre otras cosas, para compartir ama de cría con Ismail Enver— era uña y roña con el reconocido número uno de la CUP, tendría una buena idea de sus propósitos y sus preparativos, cuando menos a efectos del golpe de estado. No se privó de aclarar al abrumado Wichelhausen que aquella era la clase de información con la que

saldría de su cuarentena, la de ser un Nachrichtenoffizier de solo veintidós años.

\* \* \*

El local, en la Grand Rue, era el mejor que Wichelhausen había pisado en Istanbul. La cena, en consonancia, fue la más exquisita desde aquella en Los Caracoles que daba señales de diluirse, y es que casi un mes puede pesar demasiado en la memoria, o eso afirmaba un teniente Mutz que también echaba de menos unos ojos grises. Los suyos vivían en Flensburg, que tampoco estaba cerca. Tarde o temprano el *Goeben* echaría el ancla en el Jade, y de ahí a Flensburg solo había dos horas, de modo que Mutz no lo tenía tan mal como él, pero dejó su reflexión al ver regresar a su anfitrión, empeñado en que pagara la embajada, mucho más rumbosa que la KM. Le había esperado según vagabundeaba la mirada por un establecimiento decorado con un gusto que no parecía otomano, ni musulmán. Fue lo primero que le aclaró Humann nada más sentarse.

—Es catalán. Mejor dicho, su dueño lo es, pero lo mantiene oculto porque aquí ningún catalán dice que lo es. Por si no lo sabes —se tuteaban desde poco antes de zarpar hacia el mar Negro—, los catalanes dejaron a su paso por Anatolia y Tracia una fama tal que cuando las madres de por aquí ven que sus niños no quieren tomarse su cena, les hacen saber que, o se la comen sin chistar, o por la noche vendrán los catalanes y se los llevarán.

—¿Tan malos son?

—Los de ahora, no sé. Los almogávares de hace seiscientos años desde luego que lo eran, aunque también es verdad que no mucho peores que los bizantinos de sus tiempos.

—Me gustaría saber un poco más de todo eso. Es que... tengo una especie de novia. Una catalana. De Barcelona. Trabaja en el consulado alemán. Es algo así como la oficial mayor.

Humann compuso un gesto de reconocimiento. En la cuenca del Mediterráneo, bien lo sabía, no era fácil dar con señoritas así de independientes.

—Bien, pues toma nota. Verás...

Le llevó diez minutos referir al perplejo Wichelhausen la conmovedora historia de los adorables Ramón Muntaner, Rutger von Blume, Berenguer d'Entença y Bernat de Rocafort.

—Entiendo que no habrá muchos por aquí.

—Sí los hay. Como en cualquier puerto. Su cultura es el comercio, y donde mejor se comercia es en los puertos. Se camuflan, eso sí. El dueño de aquí, por ejemplo, se dice de Burgos, pero el acentazo le delata. Son cuitas ridículas, pero el carácter catalán es así: no van de frente contra los acontecimientos, porque saben que hacerlo suele implicar estrellarse. Prefieren dar un resguardo a los escollos y seguir a rumbo, sin más.

—Un filosofía muy loable.

—No siempre. Los otomanos llevan siglos haciendo eso mismo, aunque no consiguen resolver el peor de sus problemas: la multiculturalidad. En otras palabras, no tienen un sentimiento de uniformidad. De patria común. Cada uno barre para sus propios intereses, los de su etnia en general, si no los de su bolsillo en particular, y si bien eso les funcionó hasta los tiempos de Selim II, desde ahí todo son goteras. De ser, como eran entonces, el imperio mayor del planeta, hoy están a un paso de saltar por los aires. El otomano es el imperio de la desidia y el desinterés. De la inercia, también. Y de la corrupción. Es un sistema tan podrido que solo permite hacerse una pregunta: si acabará por irse al diablo tras quedar reducido a nada, o si aparecerá un tipo con honestidad, cabeza, voluntad y apoyos que imponga el orden y que, como primera medida, decrete que toda la maldita gentuza se ponga de inmediato a trabajar. Dicho sea de paso, esto último es algo que a ninguna de sus etnias le gusta.

—¿Dirías tú que tal mesías existe?

Humann se lo quedó pensando, al tiempo de dar un sorbo a un excelente *single malt*, el mismo que había recomendado a su hechizado inferior, el cual, todo lo indicaba, estaba muy poco vivido. Lo bastante para no saber que donde no se pueda pedir un *single malt* de veinte años, lo mejor es irse y no volver.

—Hay tres que darían el perfil. Se les conoce, coloquialmente, por los Tres Paşas: Cemal, Enver y Talat. Son amigos, son competentes y se compenetran bien. Por separado yo diría que no valen demasiado. Ahora, de tres en fondo sí parecen capaces de meter en vereda esta colosal casa de putas.

—¿Los ves con ganas de dar un golpe de estado?

—¿Te ha mandado Trummler que me lo preguntes?

—Sí —tono de gran sencillez—. No quiere dar un solo paso sin estar seguro del terreno que pisa.

—¿Y por qué no habla con Wangenheim?

—Ya lo ha hecho, pero dice que no contesta para que le comprendan. Que no dice las cosas claras, vaya.

El *attaché* se lo quedó pensando, unos segundos.

—Sí, es una de las más acusadas características personales de Su Excelencia el embajador imperial. Para un almirante que lo ve todo en blanco y negro debe de ser muy molesto.

—Puedo asegurarte que así lo encuentra él.

—Si le llevas una respuesta, ¿te apuntas un tanto?

—Y de los gordos. Es que me tiene a prueba. Por mis pocos años. Su hombre, un Kapitänleutnant de treinta y tantos, se puso a morir en el paralelo de Vigo. Lo desembarcaron allí. A mí me sacaron del *Von der Tann* y me pusieron en un tren rumbo a Barcelona, donde tocaría el Goeben. Allí Trummler dijo que me aceptaba porque no había disponible ningún Kapitänleutnant con idiomas, pero que una sola metedura de pata y me ponía en el primer barco. Por lo que me ha dicho esta

mañana, si vuelvo con la respuesta que te pido descansará en paz, y yo seré, al fin, un Nachrichtenoffizier de pleno derecho.

—Te comprendo. De soportar jefes *arschlöcher* podría dar conferencias. Puedes decirle que no sucederá nada mientras no concluya la conferencia de Londres, la del 14 de diciembre. Estarán los serbios, los griegos, los montenegrinos y los búlgaros, además de los otomanos, los ingleses y los franceses. Nosotros no, pero así es la diplomacia del káiser. Si la conferencia no depara un acuerdo que mejore lo establecido para los otomanos en el armisticio de ayer, los acontecimientos se precipitarán sin posibilidad de que Kâmil Paşa pueda interponerse. A su alcance solo habrá dos opciones: ponerse a salvo u organizar un baño de sangre. La CUP quiere llegar hasta el final, y si eso implica derrocar al sultán y proclamar una república, pues también.

—Son palabras mayores.

—Sí, pero no hay mentidero donde no se comenten.

—¿Eso no es arriesgado, para los Paşas?

—No. Lo tienen muy atornillado. En realidad, es su forma de indicar al gran visir que haga las maletas. Si es prudente y se toma las cosas como debe, le concederán un retiro dorado, como al anterior sultán, Abdul Hamid II. Le subieron con su equipaje, sus mujeres y sus innumerables hijos al SMS *Lorelei*, que andaba en esos días amarrado en Constantinopla, y le deportaron a un palacio fantástico, en Selânik. Conozco los detalles porque yo era el comandante del *Lorelei*. Allí habría seguido, pero al volverse griega la condenada Selânik el gran visir le buscó un sitio por aquí cerca, donde no moleste mucho. Lo meterá, creo, en el palacio Beylerbeyl, en el Bósforo. Si el gran visir se porta bien cuando le peguen la patada en el culo, le buscarán un buen *yali*, que otra cosa no habrá en el Bósforo, pero *yalis* estupendos hay a patadas, y lo tendrán allí hasta que deje de ser una molestia. Ya ves, todo está bien estudiado.

Lo que había dicho Trummler de «uña y roña» debía de ser verdad, se decía un admirado Wichelhausen.

—¿Y qué sucedería después?

—Lo normal sería que los cañones hablen de nuevo, aunque con otros mandos al frente de las tropas. Mandos impregnados del espíritu de los Paşas, en absoluto blandengues. Sería una guerra inspirada en la Vernichtungsstrategie<sup>[12]</sup> de Gneisenau, al cual Enver venera no ya como a un santo, sino como al mismísimo Dios. No creo que a las naciones coaligadas les apetezca ver sus ciudades arrasadas, sus hombres empalados, sus mujeres violadas y sus hijos degollados, de modo que ahí acabarían las ganas de llegar hasta el final que pudieran tener. Tras eso, con el norte y el oeste bajo control, los Paşas se volverían contra su segundo gran enemigo: los armenios.

A Wichelhausen le costaba mantener la concentración. No solo por el buen *malt*, sino porque Humann, según se calentaba, despeñaba sus ideas más y más deprisa; sumando eso a que hablaba de cosas de las que un joven oficial rara vez

tiene idea, su capacidad de comprender estaba cerca de colapsarse.

—Son una etnia que infecta el este de Anatolia. No se llevan bien con los turcos, por cuestiones religiosas. Son cristianos antiguos, del siglo IV. Tan compatibles con los turcos como la nitroglicerina y la danza del vientre. —Al Nachrichtenoffizier se le disparó una ceja; como todos los oficiales del *Goeben*, sabía de un determinado folklore turco, si bien carecía de información presencial —. Aun así, hasta mediados del siglo pasado convivían en paz, pero tras la guerra de Crimea los ingleses comenzaron a enmierdar, como hacen allá donde les dejan. Primero sermonean, luego hacen apostolado de la democracia y de toda esa basura, y después entregan armas. Les suele bastar con eso para que se organicen meriendas de categoría. Los armenios, una vez calentados por los británicos, se lanzaron a una política de hostigamiento que acabará por llevarlos al exterminio. Con Abdul Hamid II tenían esperanzas, pues no era mala persona y le asqueaban las medidas extremas, pero con los Paşas lo van a tener fatal. En cuanto se les presente la oportunidad, que Dios se apiade de los armenios, porque no lo hará nadie más.

Un silencio accidental. Era porque llegaba un solemne *mâitre* con la cuenta, la cual Humann despachó con patricia indiferencia. Mientras, al artero Wichelhausen, ya muy harto de sabiduría sociopolítica, le rebullía una idea en la cabeza.

—Oye, lo que dijiste antes sobre «danzas del vientre», ¿de qué va? ¿Es una figura de dicción o es algo real?

—Entiendo que te suena el concepto.

—Sí. En la cámara de oficiales no se habla de otra cosa.

—¿Te han dado detalles?

—Muy confusos.

—¿Te gustaría formarte una opinión personal?

—Ya lo creo que sí. ¿Nos daría tiempo?

Humann consultó su Patek Philippe. Faltaban minutos para las diez de la noche. Dos horas bastarían para iniciar al camarada en una de las mejores cosas del Islam.

—En la Meşrutiyet, a dos minutos de aquí, hay un antro especializado en diplomáticos. Sus especialidades son dos. La primera, representar coreografías de magníficas bailarinas semidesnudas que se menean de un modo indescriptible. La segunda, solo para clientes de confianza, es ofrecer en privado los mismos bailes, a efectuar por las danzarinas más solicitadas, con la salvedad de que ya no van semidesnudas. Por la factura no te preocupes, que también paga la embajada. En cuanto a tu protección personal, tampoco, porque las artistas son muy miradas con la cosa de la higiene. Tú no tienes un aspecto cochambroso, de modo que aprobarás con nota, ya lo verás. A ellas las desinfectan y desinsectan a diario, como a los tranvías de Berlín, de modo que los riesgos de salir de allí con una plaga de ladillas otomanas es mínimo. Bien, ¿qué me dices?

Al Oberleutnant-zur-See, que ya se levantaba, los ojillos habían comenzado a brillarle cual fanales.

## Sábado, 7 de diciembre de 1912

Era un día especial en el *Goeben*, en el *Breslau* y en el *Vineta*. El 7 de diciembre, Sankt Nicklaus, los niños alemanes encuentran en sus zapatos los juguetes que un santo bondadoso ha dejado allí de madrugada. Los tripulantes de la MD estaban muy crecidos para pensar en juguetes, pero a más de dos tercios la infancia no les quedaba demasiado lejos, y por ello agradecían las bobadas que los contramaestres les dejaban para uso y disfrute a lo largo del día, uno en que la disciplina se relajaba un poquito, bajando a mínimos los baldeos de cubiertas y las limpiezas no imprescindibles. A eso se debía una general alegría, pese a que la mañana era de perros y el frío de Constantinopla se colaba en los huesos de los que permanecían en el exterior. Trummler, aun así, estaba cómodo en el puente de maniobra, en compañía del tembloroso Asto y de su aterido Estado Mayor, estudiando con sus prismáticos la muy armoniosa Süleymaniye Camii, la cual, encaramada en la más alta de las colinas de la ciudad vieja, presidía como una diosa pétreo el embrujado panorama de Istanbul bajo la nieve. Se le veía contento. Berlín había contestado a su petición de dos días antes, la que transmitió una vez puesto al corriente por su oficial de información. La respuesta de Tirpitz, recibida minutos antes, decía lo siguiente:

«Se acepta la sugerencia del KA Trummler. Las tropas de Kumkoy reembarcarán en el *Vineta* para ser llevadas a Imbross, donde serán desembarcadas. El *Goeben* seguirá en Constantinopla, pendiente de las novedades y en comunicación con el embajador Wangenheim y el agregado naval Humann. AvT».

El Nachrichtenoffizier también estaba contento: acababan de llegarle las dos primeras cartas de Queralt, en sobres oficiales del consulado imperial en Barcelona. Temía encontrarse con palabras cautelosas, propias de una señorita cuya loca pasión, si para ella lo había sido —tampoco fue para tanto, reconocía con ecuanimidad—, estaría desvaneciéndose, pero no. Queralt era tan expresiva por escrito como de palabra, tanto que había debido de quedarse a milímetros de mandarle, como anexo a su impecable caligrafía, un ejemplar de sus bragas empapadas. Constatarlo le produjo una gran alegría, la de ver que aquel sueño de Barcelona seguía vivo, aunque también le hacía sentir cierta incomodidad. La de

saberse infiel. Ciertamente que, según la opinión más extendida, irse de putas tras un mes embarcado no contaba como infidelidad, pero aun así sentía una dolorosa sensación de culpabilidad, agravada por haber repetido al día siguiente, acompañado de Mutz. A título de disculpa se dijo, inspirado por su práctico amigo, que sus respectivas «chicas» no tenían la menor idea de lo que aquellas bailarinas de los bajos dominaban, y que acceder a su sabiduría les permitiría, en el futuro, sugerirles determinadas pautas operativas en las camas, los baños, las butacas, las sillas, tumbadas, en pie, arrodilladas o en cualquiera de las infinitas formas en que aquellas otomanas prodigiosas demostraban su dominio del oficio. En lo que no podrían adiestrarlas sería en bailar como ellas, meneando sus caderas de una forma cuyos precarios conocimientos de fisiología femenina encontraban imposible, aunque según Humann ya existían academias especializadas en el muy turco Friedrichstädt<sup>[13]</sup>. A su cínico juicio, era una mera cuestión de tiempo que las alemanas más listas aprendieran a bailar como las turcas.

La segunda carta incluía un dato específico: Meritxell, la belleza de la familia, se casaría el 26 de enero en la catedral de Barcelona con el capitán de corbeta don Pascual Moreno. El banquete nupcial se celebraría en el Hotel España, donde la feliz pareja pasaría su noche de bodas, para iniciar al día siguiente un interminable viaje nupcial por Francia, Suiza, Austria e Italia, y cuyo punto culminante sería la Ciudad del Vaticano, donde a mediados de abril visitarían a Su Santidad el Papa Pío X y recibirían la bendición apostólica, esa que toda pareja de recién casados necesita para disfrutar una vida exenta de pecado. Todo eso, explicado en términos un tanto sarcásticos, lo acompañaba con una invitación firmada por los padrinos, donde había escrito «daría lo que me pidieran por tenerte a mi lado ese día», cosa que le provocó una cierta confusión, la de no saber si su chica estaba enamorada tan perdidamente que rondaba la demencia o, por el contrario, era una cursi de muchísimo cuidado. El tiempo lo diría, se contestaba preguntándose, al tiempo, si a Mutz le quedaría fuelle para una misión de caza y descubierta por las seductoras callejuelas de Beyoğlu.

## Jueves, 23 de enero de 1913

Trummler y su Estado Mayor estaban al tanto desde la noche antes, cuando Humann les trasladó la sugerencia de Wangenheim de hacerse a la mar, reunirse con el *Breslau* y el *Vineta* en Imbross y ahí observar la marcha de los acontecimientos. Trummler, ya familiarizado con los usos del tortuoso embajador y de su enigmático *attaché*, preguntó si él recomendaba eso también, para escuchar que no, por si algún día, en el futuro, alguien considerase que tal cosa fue un abandonar a los amigos en el momento de la verdad, con el efecto indeseable de que la supuesta gran influencia de Alemania en la política exterior de un nuevo gobierno de la Sublime Puerta se viera perjudicada.

—¿Qué carajo es una Sublime Puerta?

El Asto y sus oficiales sabían que a Trummler le fastidiaban los misteriosos términos de que solían servirse tanto el embajador como su agregado. Sabían, también, que se habría dejado cortar un brazo antes de confesar ignorancia, salvo si estaba tan irritado como esa noche, y no solo por las oscuras palabras de Humann, sino porque desde hacía unos días sufría una fuerte crisis de dispepsia, lo cual le ponía de un pésimo humor.

—La Sublime Puerta, o Bâb-ı Âlî, es el nombre de un portalón situado cerca de Topkapi, donde habitaba el sultán hasta mediados del XIX. La tal puerta, estilo turco tradicional, conduce a un gran palacio de aire italiano. Una parte ardió hace años, pero la que no se quemó alberga ministerios importantes, así como las oficinas del gran visir. En terminología periodística, sin embargo, cuando alguien habla de la Sublime Puerta se refiere al gobierno del gran visir y no a sus oficinas, lo que desde luego es un disparate, pero ya saben cómo es la prensa.

—Un misterio menos. Explíquenos qué pasará mañana.

El tono de Trummler era de los que no dejan espacio a las fintas. Era de los que solo aceptan un lenguaje claro, el cual, pensaba Wichelhausen, era el natural de Humann, aunque solo para charlar con personas de inteligencia despierta, lo que no solía caracterizar a los almirantes. Al menos, a los alemanes.

—Solo sabemos que se trata de una gran conspiración en la que participa mucha gente, que son muy pocos los al tanto, que los acontecimientos se

desencadenarán en algún momento de la tarde, y que serán rápidos y violentos. A la hora de la cena el nuevo gobierno emitirá un comunicado dando cuenta de su existencia y de la nueva situación del Imperio. No puedo decir más, porque ni el embajador ni yo sabemos más. Solo me atrevo a decir que, de ir todo bien, la presencia del *Goeben* aquí, anclado frente a Karaköy, será tenida en cuenta. De ir todo mal, también, porque los inspiradores del golpe, si logran sobrevivir, tratarán de subir a bordo a lo largo de la tarde o de la noche, cuando menos mientras no se interpongan entre los muelles y el *Goeben* naves hostiles que lo impidan. De suceder esto último, lo que no podrá ser más lamentable, deberá usted tener pensado qué hacer y cómo seguir, porque cualquier decisión que tome, sea la que sea, será debidamente malinterpretada.

El Konteradmiral torció el gesto.

—Espero que no nos pidan que participemos.

—Yo también, aunque nunca se sabe. El *Goeben* podría marcar la diferencia entre ganar o perder, pero a un coste diplomático tan desmesurado que no sé si el káiser lo querría pagar.

Trummler no estaba seguro de que Seiner Majestät no se atreviera con eso, pero el que de ningún modo lo haría sería él. De ahí que comenzase a trazar las líneas generales de un mensaje a Von Tirpitz, encriptado con el mayor cuidado, que lanzaría en cuanto se librara del muy pesado Humann. Al tiempo se levantó. Con él, los demás. Minutos después, ya junto a la escalerilla en cuyo pie seguía bien amarrada la lancha del attaché, un preocupado Wichelhausen tomó a este del brazo.

—¿Qué piensas que pasará? ¿A qué caballo apostarías?

—Al que vaya a ganar.

Wichelhausen tardó unos segundos en contestar.

—¿Sugieres que juguemos a dos barajas?

—Eso mismo. Hasta la vista y vuelve pronto con Trummler. Me consta que necesitará tus buenos oficios.

Wichelhausen lo vio descender por la escalerilla; no mucho más, porque un cabo se le acercaba dando fuertes voces:

—¡*Herr* Oberleutnant, el Konteradmiral le llama!

\* \* \*

El día transcurría en paz, aunque las rutinas en el *Goeben* no eran las de siempre. Las calderas, por ejemplo, estaban encendidas y levantando presión. No se hacía con descaro, pero la chimenea de más a popa desprendía una columna de humo que no era el hilillo de todos los días. De ser necesaria una explicación, Madlung la tenía lista: «labores de mantenimiento, limpieza de colectores y conductos». Las piezas de la batería principal permanecían trincadas a crujía y

enclavadas a mínima elevación, con los cubrebocas en su sitio, pero en las barbetas reinaba una gran actividad, la de apilar a disponibilidad inmediata la totalidad de las granadas explosivas, por si se hacía necesario bombardear la confiada ciudad, la cual veía en el *Goeben* no ya un buque amigo, sino como parte de un paisaje de donde habían desaparecido los demás buques de guerra. El último de los cambios se registraba en la caseta del B-Dienst. Los escuchas permanecían en alerta, tomando nota de todo lo que sonase a noticia, por mucho que su capacidad de comprensión fuera limitada. En el caso particular del turco se las apañaban con la no siempre suficiente ayuda del Nachrichtenoffizier. Los telegrafistas habían seguido un curso impartido por el amable alférez de navío, aunque pese a su buena voluntad aquello no les daba para comprender más allá de unas docenas de palabras y expresiones comunes. Aun así, pese a la limitada capacidad receptiva-comprensiva del *Goeben*, a las 14:00 había seguridad, en la cámara del almirante, de que aún no pasaba nada.

Los primeros signos de que algo raro sucedía se detectaron a las 14:45. A partir de ahí, en ritmo creciente, se sumaron las emisoras radiotelegráficas activas en Constantinopla, igual que unas cuantas de las que hasta entonces no se sabía nada. Los escuchas del B-Dienst, que solían rastrear el espectro-radio de la ciudad, hasta ese día no tenían idea de que hubiera tantas emisoras clandestinas. Muy pocas emitían en turco. Buena parte lo hacían en idiomas no basados en el alfabeto romano. De entre las que se comprendían, casi todas transmitían en inglés y en francés, sin encriptar. Todo eso indicaba un segundo hecho del que hasta entonces solo se sospechaba: Istanbul quizá fuera, de las capitales europeas, la que registraba una mayor concentración de informadores, o espías, por hectómetro cuadrado.

Una hora después la confusión era total. Si bien a Trummler no le gustaba intercambiar mensajes radiotelegráficos con la embajada, no se opuso a que Wichelhausen conectara con Humann a través del B-Dienst, sin el identificativo del *Goeben*. Al cabo de un rato —la comunicación en Morse, aun en el caso de radiotelegrafistas avezados, era lenta—, sabía de Humann que la situación se veía igual de confusa en la legación, que Wangenheim había ido a la oficina del gran visir y que todo comenzó en la Sublime Puerta, donde se concentraba un grupo de simpatizantes de la CUP, al que se unió Enver Paşa montado en un brioso corcel blanco, nada menos, y que tras eso forzaron la entrada, llevándose por delante a quien tratara de impedirlo. Tras eso todo eran rumores. Lo único que parecía confirmado era que la gente de Enver Paşa se había cargado al ministro Nazim Paşa. Más allá, nada, si bien aceptaba el encargo de informar a la que tuviera noticias. Trummler no se tranquilizó. Lo único claro era que la intentona fue violenta, con muertos, y qué muertos, porque un ministro no es un muerto cualquiera, ni en Constantinopla ni en ningún otro sitio. Sus oficiales permanecían en silencio. Los jefes indecisos no inspiran confianza, y un subordinado sin confianza es incapaz de proponer iniciativas. Salvo el

Nachrichtenoﬃzieren. Suya fue la de transmitir a Tirpitz un mensaje cifrado, el cual quizá fuera el primero que le llegaba en alemán, pues no parecía que, con el embajador disputando protagonismos, alguien se hubiera ocupado de informar a Berlín. Trummler, en el acto, le mandó hacerlo como si fuera idea suya, cosa también propia de su peculiar personalidad. Desde ahí todo volvió a ser un quedar a la espera, sin más.

Caía la noche cuando Humann les hizo saber que al embajador le gustaría ofrecerles el relato de lo acaecido. Se convino enviar dos lanchas. La tranquilidad reinaba en Beyoğlu, pero Humann no respondía de lo que sucediera en el brazo de mar comprendido entre Karaköy y el *Goeben*. De ahí la escolta y de ahí sus ametralladoras MG-08, montadas en afustes Schlittenlafette y en manos de unos artilleros que no vacilarían en disparar de acercárseles algo mayor que una piragua.

Una hora después, en la cámara del almirante —además de Wangenheim y Humann estaban Trummler, Buße, Philipp, Madlung y Wichelhausen—, el Asto recapitulaba:

—Si he comprendido bien, miembros armados del ejército y de la CUP, encabezados por Enver Paşa, Cemal Paşa y Talat Paşa, han tomado el edificio situado tras la Sublime Puerta, disparando contra quienquiera que se les opusiese y dejando a su paso un reguero de muertos, siendo uno el ministro de la Guerra. Después obligaron a dimitir al gran visir Kâmil Paşa, llevaron su dimisión al sultán Mehmed, el cual tragó, y luego se hicieron con las guarniciones del Ejército y de la Marina en las áreas de Constantinopla y el Bósforo. Tras eso explicaron los hechos a los embajadores de Alemania, Inglaterra y Francia, pusieron la ciudad en estado de sitio y anunciaron que mañana el Imperio otomano tendrá un nuevo gobierno. ¿Es así?

—Lo ha captado usted muy bien, Korvettenkapitän. Solo se le ha escapado un detalle: quien ha informado a los embajadores ha sido Enver Paşa. Lo ha hecho de uno en uno, en pie y en un pasillo. El primero fui yo. El segundo fue Lowther, mi admirado colega británico. Tenía muy mala cara. Si el golpe se consolida, cosa probable, su labor se habrá venido abajo, salvo la difusión de su vehemente aversión a los judíos, en lo cual ha sido por demás eficaz, pues ha calado muy hondo en todos los grupos políticos, sobre todo entre los árabes. Por lo demás, y conociendo el proceder usual de su gobierno, lo más probable será que salga para Londres en el primer barco y no vuelva jamás.

—¿Le caía bien?

—Es un buen profesional. Muy cortés. Tan de fiar como una mamba negra, pero nos pagan para eso.

~¿Ha informado a Berlín de todo esto, excelencia?

—Todavía no. Sería mejor hacerlo a través de sus equipos de comunicación, sin duda más seguros que los míos. Si le parece bien, podemos preparar un informe, cifrarlo y enviarlo.

—Ustedes dos podrían preparar un buen borrador —por el *attaché* y el *Nachrichtenoffizier*, que se cuadraban—. ¿Le parece bien? —Al embajador, que asentía—. Pues en marcha.

\* \* \*

Medianoche. Desde los telémetros del *Goeben* la ciudad parecía la de siempre. Su iluminación, de suyo fantasmagórica, no disminuía. Si acaso, en los muelles de Karaköy y Eminönü se percibía menos bullicio del usual. Las conclusiones del embajador y del almirante coincidían: reinaba la calma, y eso, a nueve horas del golpe, significaba que a la CUP le había salido bien.

—¿Nos puede hablar ahora del futuro?

El embajador había preferido no decir nada de lo que ocurriría tras amanecer, para no contaminar con sus opiniones lo que pretendía ser una objetiva descripción de un golpe de estado. Una vez enviado el mensaje a Von Tirpitz, y con abundante café sobre la mesa, ya no tenía reparo en explicar qué pasaría; no solo a partir de sus reflexiones personales, sino de lo que Enver Paşa le había explicado al estilo peripatético, paseando a lo largo de un pasillo tomado por sus fieles.

—Los Paşas ya tienen gobierno. Los cargos de gran visir y ministro de la Guerra son para un general, Mahmud Shevket Paşa. Un tipo mayor, muy manejable. De los Paşas solo Talat estará en el gobierno, de ministro del Interior, aunque por poco tiempo, el que considere Ismail razonable para que las aguas se aquieten y él, y Cemal, ocupen las poltronas de Guerra y de Marina. El que ponen al cargo de esta, un tal Çürüksulu Mahmud Paşa, es un calco del otro Mahmud: militar, anciano, disciplinado y tonto. De los demás no hay nada reseñable. La maquillarán, pero lo que disfruta el Imperio desde hace unas horas es una dictadura como Dios manda, y a su frente hay un triunvirato similar al de Octavio, Marco Antonio y Lépido, aunque con una diferencia: Enver, Talat y Cemal son amigos, se necesitan, piensan igual y se llevan bien. De momento, pues, no hay riesgo de una guerra civil entre facciones, o entre dictadores. Que siga sin haberlo dentro de un tiempo..., pues a saber, aunque para entonces igual estamos en guerra, y lo que pase con los Paşas dejaría de ser una preocupación.

—¿Piensa Su Excelencia que la intención del nuevo gobierno es respetar la paz y dar por bueno el armisticio?

El embajador se quedó mirando a Trummler unos largos segundos. «Qué tipo más idiota», parecía pensar.

—De ninguna manera. El pretexto del golpe, no sé si lo he dicho, es oponerse a la pretensión búlgara de quedarse con Edirne. Además de ser una ciudad grande,

y próspera, fue capital del Imperio durante siglo y pico, de modo que como excusa del golpe va muy bien. Kâmil había pactado su cesión a Bulgaria, igual que la de Selânik a Grecia, para contentar a los ingleses. A través de Lowther le habían hecho llegar advertencias horribles sobre lo desamparado que se quedaría el Imperio si rehusaban su recomendación; por ejemplo, que se verían con una revuelta generalizada en Palestina. Los Paşas, muy mal pensados, opinaban que, además de todo eso, los bolsillos de Kâmil se verían llenos de oro inglés. Inglaterra, por su parte, quiere tener apaciguados a griegos y búlgaros, por si todo salta por los aires y los Imperios Centrales, más Italia, se lían a cañonazos con Francia, Rusia y ella misma. Fuera por lo que fuese, Kâmil había ya dado la orden de tragar y firmar. Imaginen la cara que pondrán los ingleses, los búlgaros y los griegos, cuando a primera hora de mañana, en Londres, aparezca la delegación otomana mostrando un telegrama en el que se le ordena volver a Constantinopla, para dejar claro que no es una finta negociadora, sino un romper con todo y hacer que hablen los cañones.

—Si la guerra se reanuda, igual nos piden ayuda.

El Kommandant Philipp había pensado en voz alta.

—Deberíamos pedir instrucciones para el caso de que suceda eso. Mientras, quizá debemos llevar el *Goeben* al Mármara.

El embajador, que parecía tener todo eso muy pensado, denegaba suavemente con la cabeza.

—El anuncio del nuevo gobierno tendrá lugar al amanecer. En Londres serán las cinco. En Berlín, las seis. Será el momento de lanzar un mensaje a Berlín, explicando lo que acabo de relatar. Por mucho que se lo piensen Tirpitz y Bethmann-Hollweg, más lo que añada el káiser, asumirán que la del *Goeben* no es una situación para esperar sin hacer nada, de modo que algo dirán. Si mis cálculos son buenos, a media tarde le ordenarán, mi estimado Konteradmiral, que se quede aquí pero que haga el relleno de víveres y carbón, por si hay que salir corriendo. Ah, y que suspenda los permisos. Esto último, seguro.

## Viernes, 14 de marzo de 1913

El *Goeben* y el *Breslau* levantaban presión desde medianoche. Al amanecer dejarían Karaköy rumbo a los Dardanelos y al mar Egeo. Navegarían a catorce nudos, la velocidad económica del *Goeben*, para echar el ancla frente a Tesalónica en las primeras horas del domingo 16 de marzo, iniciando así el primer «mostrar la bandera» del Konteradmiral Trummeler. El propósito formal era garantizar al rey Jorge I de Grecia, que por primera vez visitaba la ciudad, la buena voluntad del Imperio alemán, y también que no tenía nada que temer de la MD, ahora reforzada en otros dos cruceros ligeros, el *Dresden* y el *Straßburg*. La guerra del Imperio otomano con la Coalición Balcánica no había terminado, pero ya no se oían cañonazos. Era como si los beligerantes aceptaran *de facto* lo que aún no estaba en documentos, y mientras los diplomáticos discutían los últimos flecos los ejércitos se dieran un descanso vigilante, pendientes de lo que hacían amigos y enemigos, aunque sin disparar un tiro.

Tranquilizar a Jorge I no era el único interés del káiser. También pretendía revivir las otrora excelentes relaciones con Bulgaria. Su zar, Ferdinand I, que también estaría en Tesalónica, aun siendo un príncipe de la familia Saxe, Coburg und Gotha —de ella descendían casi todas las casas reinantes europeas; era general opinión que Albert von Saxe-Coburg-Gotha hizo en su momento un muy meritorio trabajo con la feísima reina Victoria—, se había vuelto un completo búlgaro. Sin embargo, y según informes de Bethmann-Hollweg, su fervor patriótico y sus ansias expansionistas parecían haber mermado, gracias a una epidemia de cólera que ya le costaba diez mil muertos. A eso se sumaba la desconfianza de sus vecinos del oeste, los impredecibles serbios, de modo que a juicio del káiser podría ser una buena ocasión para cizañar un poquito. De ahí que la presencia de la MD en Tesalónica fuese tan imponente. Se pretendía que aquel zar de origen alemán valorase la conveniencia de alinearse con sus ancestros. Que tal cosa incomodase a los Paşas era un riesgo asumible. Si en algún momento que cada día parecía menos lejano los imperios centrales fueran a la guerra, necesitarían el control del Bósforo y los Dardanelos, y dado lo poco que se fiaban de los Paşas, empeñados en un irritante jugar a dos barajas, contar con un

aliado capaz de bloquear el Bósforo en pocos días —si no lo consiguió en diciembre fue gracias a la KM—, sería una importante ventaja estratégica.

Mientras la MD iniciaba su campaña diplomática, la feliz Europa disfrutaba los más brillantes días de la fabulosa Belle Epoque. Era tan divina, tan espléndida, que los cruceros alemanes de ningún modo desentonaban, como tampoco lo hacían los británicos. Los banquetes y los bailes que se celebraban en sus toldillas en absoluto hacían pensar que la paz continental, vieja de cuarenta y dos años, estaba cerca de saltar por los aires.

## Martes, 18 de marzo de 1913

El día era tranquilo en los buques alemanes fondeados en el antepuerto de Tesalónica. No había sucedido nada de interés a bordo de ninguno. En tierra, sí, aunque leve. Solo afectó al Konteradmiral, al Asto y al Nachrichtenoffizier, invitados a cenar, con muchos otros, por el rey Jorge. Una cena muy anodina, y ni siquiera de calidad. La intendencia de la casa real griega, por lo visto, aún seguía en guerra. La visita sería correspondida por el rey en la mañana del 19. Ahí acabarían las obligaciones diplomáticas de la MD, aunque sus cruceros no se harían a la mar hasta el jueves 20. Revisando todo eso estaban el Asto, el Nachrichtenoffizier y el primer oficial cuando se les dijo que una lancha venía dando pantocazos y que señalaba por semáforo que alguien quería subir al *Goeben*. Poco después, un aprensivo Nachrichtenoffizier daba la novedad al somnoliento Konteradmiral:

—A primera hora de la tarde, un individuo ha disparado al rey Jorge cuando paseaba junto a la Torre Blanca, cerca del puerto. Murió en el acto. Su cadáver será expuesto no se sabe dónde ni a qué hora. Por el momento solo se ha dispuesto su traslado a El Pireo en el yate real, sin más detalles.

Trummler, hombre de no muchas palabras, se quedó sin ninguna. El Asto no tenía muchas más. Al oficial de información, sin embargo, se le habían ocurrido unas cuantas.

—Si lo van a llevar a El Pireo en su yate, a los mandos superiores quizá les agrade contar con una escolta.

—Sea más claro, Wichelhausen —dijo el impaciente Asto.

—Cuatro cruceros alemanes flanqueando en alta mar al difunto rey Jorge I de Grecia, *Herr Korvettenkapitän*.

El Konteradmiral asumió la expresión de a quien se le ilumina una gran bombilla sobre la cabeza.

—Buße, baje a tierra e informe a quien diablos tengan los griegos para ser informados de que la MD formará a proa, a popa y por las bandas del yate real.

—*Jawohl, Herr Admiral!*

Para Buße ya bastaba, pero no para Wichelhausen.

—*Herr Admiral*, esta noche había quedado usted para cenar en el *Reina*

*Regente* con el almirante español, Augusto Miranda, y con sus oficiales. Quizá fuera bueno cancelar el compromiso.

—Por supuesto que sí, maldita sea. Ya se me había olvidado. A él le parecerá bien, porque la muerte del rey nos pone a todos del revés, pero no se lo diga por banderas. Vaya usted a su barco y se lo explica de palabra con cara de gran pesar, el mismo que siento yo por aplazar esa puta cena. ¿Conforme? Pues en marcha.

## Martes, 1 de abril de 1913

La MD estuvo en Tesalónica hasta el 25 de marzo, esperando la llegada de la enlutada reina Olga. Una vez el ataúd a bordo del *Amphitrite IV*, el vetusto yate de la casa real griega, la flotilla fúnebre se hizo a la mar. En la semana transcurrida desde que Alexandros Schinas se cargase al rey Jorge, un buen número de barcos había ganado Tesalónica, para sumarse a la escolta de honor. Destacaban el HMS *Inflexible*, buque insignia de Sir Archibald Berkeley Milne, comandante de la BMF, y el HMS *Indefatigable*, al cual Wichelhausen recordaba con simpatía, pues al ser vecino del *Von der Tann* en Spithead tuvo algún trato con sus amistosos y corteses oficiales. En Tesalónica no pudo comprobar si seguían siendo así de agradables, porque fondearon a última hora del 24; tras eso no se volvieron a ver a distancia de banderas hasta esa mañana de abril, el *Inflexible* fondeado tan a la gira como el *Goeben* frente al antepuerto de El Pireo.

—Una motora deja el *Inflexible* y viene hacia nosotros.

El capitán de navío Philipp enfiló sus prismáticos —era imposible verle sin ellos— a donde señalaba el serviola.

—Avisé a Wichelhausen. Por la pinta, esto es para él.

\* \* \*

El oficial se presentó a sí mismo en la plataforma de abordaje, donde Wichelhausen había bajado a esperarle.

—Subteniente Conyngham-Denison, Royal Navy. Le ruego me disculpe, porque no sé una palabra de alemán.

El joven teniente, de aspecto agradable, se cuadraba en la pequeña plataforma, con marcialidad, aunque sin rigidez.

—Oberleutnant-zur-See Wichelhausen. Rolf Wichelhausen. Encantado de conocerle, subteniente Conyngham-Denison.

—Edward. El placer es mío, Rolf. Por cierto, ¿no tiene usted un Von? Creía que todos los oficiales alemanes tenían uno.

—Sí, pero hay excepciones —el inglés sonrió con amplitud; gesto devuelto en el acto—. ¿Qué podemos hacer por usted?

—Oh, poca cosa. Nuestro nuevo patrón, el almirante Milne, coincidió ayer con uno de sus príncipes, creo que dijo Henry, o Heinrich, o algo así. Le invitó a visitar el *Inflexible*. Su príncipe dijo que sí, que bueno, y que transmitiría la invitación al almirante Trummler, para que se sumase. Milne, que tiene un gran entrenamiento «de corte», sabe que a los príncipes se les olvidan las cosas, de modo que me ha enviado a repetir la invitación a su almirante. Sé que lo protocolario es más complicado que todo eso, pero él pensó, y yo también, que los marinos podemos entendernos sin formalidades palaciegas.

—Opino lo mismo. ¿Quiere subir conmigo y se lo cuenta usted al almirante? Habla un buen inglés.

Le señalaba la escala, con naval cortesía. Los tenientes de la Royal Navy y de la Kaiserliche Marine eran muy parecidos, pensaban los dos sin saber que pensaban lo mismo, por mucho que todos ellos estuvieran convencidos de que, a la vuelta de muy poco, se pondrían a matarse los unos a los otros.

\* \* \*

Ajustar la visita no fue fácil. No con el *entourage* del Prinz Heinrich, porque con los ingleses bastó lo que hablaron Conyngham-Denison y Wichelhausen. Este, después, tuvo que bajar a tierra, ir a la embajada del Reich en Atenas, donde residía el Prinz, y allí ponerse de acuerdo con su estirado *aide-de-camp*. Tras eso le quedaba volver al *Goeben* a todo andar, informar al Konteradmiral, que ya estaba vestido de gala, y con él, Buße y Philipp, abordar la lancha del almirante. De ahí, derechos al embarcadero, para esperar a que del Horch imperial descendieran el Prinz, su *aide-de-camp* y un Kapitänleutnant muy joven, que sería otro príncipe, o un duque, o alguien de similar calaña. El Prinz vestía de impecable Großadmiral, y sus acompañantes iban, cuando menos, de medio pontifical. A Wichelhausen le resultaba un punto acomplejante su muy sobria facha, pues por no tener no tenía ni bicornio, aunque a un humilde alférez de navío no se le podía pedir más. Así, en una pausada travesía —se pretendía que a Seiner Hoheit el Prinz Heinrich no le alcanzara una gota de agua—, ganaron el través del *Inflexible*, donde aguardaban, solemnes, un almirante inglés con larga experiencia en pisar moquetas palaciegas —más que de hollar cubiertas, había murmurado el maligno *aide-de-camp*— y los integrantes de su Estado Mayor, donde solo disonaba Conyngham-Denison. La visita comprendía un paseo por una cubierta que había ya perdido el tono tostado de la teka calafateada con alquitrán. La del *Goeben* aún lucía un vistoso color canela, pero la del *Inflexible*, tras cinco años de servicio, se había vuelto indisimuladamente gris.

El grupo británico —almirante, *aide-de-camp* y comandante de la nave— y el

alemán —príncipe de sangre real, *aide-de-camp*, contralmirante y comandante del *Goeben*— se habían retirado a la cámara del almirante para tomar un té que ya duraba media hora, y más que duraría, susurraba Conyngham-Denison en la oreja de Wichelhausen, según paladeaban sendas *indian tonic water* acodados en un respiradero de la toldilla. De ahí saltaron a comparar las vidas en los cruceros de batalla británicos y en los alemanes. El resultado era favorable a la Royal Navy. Las cabinas de los oficiales eran más grandes, la comida era mejor, ni a los oficiales ni a la marinería se les torturaba con ceremonias religiosas, era posible usar las cubiertas para juegos y deportes y, lo mejor, tanto en su atracadero de Malta como en los puertos que visitaban la vida social era intensa, tanto que rara era la semana sin un banquete seguido de baile de gala en la toldilla.

La del *Goeben* no se podía comparar; Wichelhausen lo explicaba de un modo parcial, pues de tamaños de cabinas y calidad alimenticia prefería no decir nada, no fuese a incurrir en alta traición. Él, como no pocos a bordo, llevaba fatal la pía personalidad de Trummler y de Philipp, que los domingos congregaban a todos para forzarles a tragarse un sermón insufrible. Usar las cubiertas para deportes como fútbol, o críquet, o *lawntennis*, o *croquet*, o incluso golf —limitado al *putter*—, estaba permitido en los *capital ships* mientras estuvieran fondeados, pero esa exquisita permisividad ni se la planteaba el Almirantazgo alemán, porque al ser una marina de aguas territoriales, no pensada para salir al mar a otra cosa que no fueran maniobras o buscar batalla, nadie pensaba en actividades que no fueran las tablas de gimnasia con que a diario se les torturaba. Y algo de boxeo, también. En conjunto, nada que alegrase la tediosa vida de la tripulación. Eso se vio agravado durante la estancia frente a Constantinopla, unas veces ante Karaköy, otras junto a Kabataş, algunas delante de Üsküdar y las menos en Kadikoy, si bien durante las últimas semanas, y por recomendación de Humann, apenas se movieron de Kumkapi, donde los buques que se dirigían al mar Negro esperaban al práctico sin el que nadie osaba entrar en el tenebroso Boğaziçi. La consecuencia fue que, salvo en los permisos, la tripulación se aburría poco menos que a morir. La toldilla del *Goeben* seguía virgen de banquetes y de bailes, y al paso que iban así seguirían *ad æternum*, comentaba Wichelhausen a su nuevo amigo inglés, el cual asentía con simpatía. La propia que suelen sentir, los unos por los otros, los oficiales de información de veintitrés años mal cumplidos.

\* \* \*

A la cena solo asistían Trummler y los oficiales del Estado Mayor. Estos guardaban silencio, a la espera de que aquel se dignase contarles qué tal les había ido, a él y al Prinz Heinrich, en su té con Milne. Un silencio que ya se hacía incómodo cuando, justo en el postre, Trummler, al fin, abrió su boca y habló.

—No he visto jamás un mando superior tan pagado de sí mismo, tan frívolo, tan indiscreto y tan inadecuado para mandar una escuadra tan poderosa como la suya. Lo que cuentan de Milne sin duda es cierto: lo suyo es navegar sobre la moqueta de los palacios, la hierba de los campos de golf y los mármoles de los salones, no sobre las cubiertas de las naves de batalla. El Prinz Heinrich dice que cuando Fisher, el padre de la moderna Real Navy, supo hace seis meses que Churchill le daba la BMF, entró en erupción. Conocía bien a Milne, pues le tuvo a sus órdenes cuando mandaba la BMF, hace diez años. Ya entonces le tenía por un fante que si ascendía y ascendía, era gracias a su amistad con la reina Alexandra, la esposa de Eduardo VII. Era tan estrecha que le trataba de Arky-Barky. Según dicen, se corría de gusto cada vez que Milne le dedicaba una orquídea. Sí, no pongan esas caras —el alzamiento de cejas era general—; es que las cultiva; se le dan bien, tanto como las señoras. El tipo, en verdad, responde como pocos a la facha de un almirante de opereta: de poca tripa, conserva casi todo su pelo y lo lleva como la barba, teñido en una interesante mezcla de caoba y gris plata. Todo esto, a nuestros efectos, no cuenta. Lo que sí cuenta es que todas esas cosas que nosotros valoramos, como el entrenamiento y las maniobras, a él le tienen sin cuidado. Lo que le gusta es llegar a un puerto elegante, como Niza, Venecia o Montecarlo, y decir al cónsul que organice un banquete a bordo para estrechar relaciones con las fuerzas vivas, seguido de baile de gala. El otro se queda sin culo a fuerza de invitar a todo el mundo. A los tres o cuatro días, que Milne no ha pasado a bordo, pues siempre hay cosas interesantes que hacer en tierra, se celebra el tal banquete seguido del consabido baile, y hasta otra, pues el *Inflexible* zarpa justo al amanecer. En fin, que un almirante así, lo menos parecido a un Collingwood, es lo que mejor nos vendría tener enfrente cuando empiecen los cañonazos.

El espíritu de la mesa empezó a relajarse. La última época de Trummler era complicada, pues seguía delicado del estómago, pero el haber dejado atrás la fastidiosa reunión con Milne y el Prinz Heinrich hacía que su alma respirara en paz, y con ella las de todos los a sus órdenes. También le alegraba saber que un buen amigo, el vicealmirante Hugo von Pohl, acababa de ser designado jefe del Estado Mayor de la KM. Sería su jefe directo, concluyendo así su etapa de confesarse con Von Tirpitz, de trato muy difícil. Von Pohl era un marino de convicciones parecidas a las suyas, de modo que su vida sería más fácil, causa final de su buen humor. De ahí que sus oficiales casi aplaudieran al oír que antes de volver a Istanbul tocarían en Brindisi, para dejar allí al Prinz Heinrich y para repostar de casi todo, empezando por el carbón. También se aprovisionarían de fruta, verduras, legumbres y, sobre todo, pasta. Spaghettini, tortellini, fettuccini y todos los *ini* que vendieran en Brindisi. La dieta de la tripulación le daba igual, pero no que su médico de Constantinopla le aconsejara ingerir mucha pasta, para estabilizar su estómago. Por lo visto, y si se cocinaba de un modo sencillo, *al dente*, no había nada mejor para una viscera tan levantisca como la suya, de modo que su Estado Mayor pasó a tenerlo claro; en cosa de pocos días, su dieta sería de

pasta, más pasta y mucha más pasta. Bien, se decía Wichelhausen con su invencible optimismo: mejor que la basura que los contra maestros adquirirían en los mercaduchos cercanos a Eminönü, donde jamás podía librarse de ser su intérprete, sí que sería.

## Sábado, 5 de abril de 1913

Llegaron a Brindisi al amanecer; sin embargo, amarrar el *Goeben* al muelle de Secca dell'Arco no fue sencillo, porque los remolcadores no habían visto muchos buques de 25400 toneladas a plena carga, 186 metros de eslora, 30 de manga y 9 de calado. No fue hasta las diez que los contraмаestres, auxiliados por el oficial de información, se lanzaron por los proveedores. Se pasaron la mañana negociando, a fin de que por la tarde llegaran al *Goeben* las viandas por las que suspiraba el almirante. Dado el trajín de carromatos en torno al barco, era comprensible que nadie reparara en un *cabriolet* que se detenía cerca de la escala real, del que descendía una pareja que a pasos un punto dubitativos se detenía frente a los centinelas. El oficial de información, que aún seguía en *prevengan*, por si debía echar otra mano a los contraмаestres, supo de todo eso cuando un marinero le vino a buscar, al grito de «¡tiene visita. Herr Oberleutnant!».

No tenía la menor idea de quiénes podrían ser, aunque las facciones de la mujer, ciertamente agradadas, le resultaban familiares. En cuanto al hombre, solo era un tipo bajito y nada corpulento. Por lo demás, ambos lucían sonrisas amistosas.

—Oberleutnant-zur-See Wichelhausen, Kaiserliche Marine. Me han dicho que preguntan por mí.

Lo dijo en italiano, por pensar que sería lo más lógico. Le sorprendió que la mujer respondiera en español.

—Meritxell Mir, señora de Moreno. Usted se escribe con mi hermana Queralt, ¿no es así?

Una sorpresa muy agradable. La escenificó mostrando su mejor sonrisa, de un tipo que la mujer sabía identificar, porque le respondió del mismo modo.

—Estamos aquí de luna de miel. Quizá lo recuerde.

—Sí, claro. Queralt me tiene al corriente. Mi enhorabuena por su matrimonio. Usted también es marino, ¿verdad?

—Capitán de corbeta Pascual Moreno. Encantado de conocerle. Su barco es impresionante, si me permite que lo diga.

—¿Les gustaría verlo?

—Por supuesto, salvo si eso le supone un problema.

—Seguro que no. Hoy llevamos docenas de visitas. Estaremos encantados de tener una más. ¿Me siguen?

Empezó a subir la escala real, con una elegancia de movimientos que Meritxell tenía muy metabolizada, de las muchas veces que su hermana le había explicado el fenómeno. Cierta, un tipo imponente, se decía con una íntima envidia según se asía del brazo de su encantado marido. Tal y como empezaba la visita, los dos pasarían, al fin, una tarde interesante.

## Martes, 17 de junio de 1913

El *Goeben* llevaba tres días en Nápoles y aún estaría tres más. Sería una visita más extensa de lo usual. Los motivos eran diversos. El que se hizo público era un banquete de gala, para conmemorar el vigesimoquinto aniversario de la entronización del káiser. El oculto era dar un recorrido a las máquinas, un tanto fatigadas tras meses de idas y venidas por el Mediterráneo. El de menor importancia era dar un descanso a la tripulación, la cual soñaba con Nápoles desde que se supieron rumbo al Mediterráneo. Los marinos de guerra son conscientes desde tiempo inmemorial de que si existe una ciudad hospitalaria es Nápoles. El conocimiento de tal cosa trasciende sobre las nacionalidades, porque los marinos lo comentan a poco que coincidan en algún puerto, y de ahí se corre a todos los hermanos de armas en cada país. La fama de Nápoles era conocida en la KM desde los primeros cruceros de la fragata escuela *Gneisenau*; en 1913 no había un solo marino alemán que no suspirase por conocer la prodigiosa ciudad donde tan bien se comía, mejor se bebía y en cuanto a los demás pecados capitales no hacía falta decir más; bastaba con pasarse direcciones, los unos a los otros.

Pese a que Nápoles era un puerto popular, el *Goeben*, el *Breslau* y el *Straßburg* eran los únicos navíos de combate presentes en la dársena; el primero amarrado en el Molo dei Cantieri dei Mediterrani y los otros, abarloados el uno del otro, en el de San Gennaro. Días antes se despidieron del *Dresden*, que seguía camino a Tsingtao a través del canal de Suez. Allí formaría en la escuadra del Reichsgraf von Spee, la cual, con él, sería fuerte en dos cruceros acorazados y cuatro ligeros, a todas luces insuficiente para proteger de la Royal Navy las posesiones alemanas en el Pacífico, aunque mejor era eso que nada. En la última ocasión de los cuatro buques juntos, cenando los comandantes con Trummler y su Asto, alguien reparó en que tras El Pireo no coincidieron con buque inglés alguno. El del *Strassburg* recordaba las estadías, en orden; Brindisi, Karaköy, Izmir, Kovel, El Pireo de nuevo, Mersin, Iskenderun, Beirut, Haifa, Jaffa, Alejandría, Port Said, otra vez El Pireo, Venecia, Pola y Nápoles. En ninguno vieron buques de la BME No solo eso, sino que los cónsules y vicecónsules explicaban después que rara vez pasaban más de siete días sin que aparecieran el *Inflexible*, el *Indomitable* o el *Indefatigable*, con algún crucero y varios destructores. Parecía que Milne no solo quería mostrar

la Cruz de San Jorge allá donde poco antes flamease la de Hierro, sino hacerlo a lo grande, para dejar claro cuál armada era la más fuerte o cuál de los almirantes, él o Trummler, el más poderoso.

A Wichelhausen le sorprendía que Trummler no quisiera volver a Istanbul, donde días antes los anti-CUP se habían cargado al gran visir Mahmud Shevket Paşa. Wangenheim decía —por mensaje cifrado— que los asesinos solo consiguieron acelerar los planes de la CUP. De ahí que nadie se sorprendiera por el fulminante nombramiento de Said Halim Paşa. Tampoco sorprendió que a las pocas horas se anunciara un nuevo gobierno, donde los Jóvenes Turcos se quitaban la careta: Enver Paşa ocupaba la cartera de Guerra y Cemal Paşa la de Marina.

Se habían dado los toldos en la cubierta de popa. El banquete y el baile se celebrarían allí, bajo los cañones de Casar y Dora. Con el acontecimiento ya muy a la vista, Trummler comenzó a mostrarse preocupado. El exquisito sentido de la organización de la KM rara vez dejaba nada sin cubrir o sin un responsable al que fusilar, pero el caso era que, con la pérdida del oficial abandonado en Vigo, Trummler se quedó sin nadie que supiera disponer una mesa de cincuenta y ocho comensales. La mantelería, la vajilla, la cubertería y la cristalería estaban a bordo, pero nadie sabía configurar todo eso de modo que ningún invitado de los muy comidos y muy bebidos encogiera la nariz. El encargo de averiguarlo recayó en Wichelhausen, al cual se le iluminó la mente según recordaba escenas de su niñez. Con ese motivo arrumbó al consulado alemán, se apoderó del teléfono y con la impagable ayuda de una telefonista deseosa de ser útil logró dar con su madre. *Frau* Wilhelmine Wichelhausen había organizado cenas más fastuosas que la planeada por Trummler, así que no le fue difícil explicar a su aprensivo hijo cómo salir del atolladero. Al cabo de una hora, con interrupciones imputables a la Società Industriale Elettrochimica di Pont Saint Martin, según el cónsul la culpable de que los servicios telefónicos italianos apenas mejorasen al tam-tam, Wichelhausen dejó el consulado solo un poco más optimista, pues la disposición de las mesas también era su responsabilidad. Consciente de lo poco que daban de sí los camareros de a bordo, recurrió a los colegas más jóvenes y generosos, empezando por Mutz. Les llevó una hora, pero al ver el resultado Trummler dejó asomar una sonrisa, la de ver que ni en Maxims habrían dispuesto algo tan elegante. «Otro punto para mí», suspiró el aliviado Wichelhausen. Desde la escala en Brindisi especulaba con un permiso de dos semanas, el mínimo para ganar Barcelona desde algún puerto italiano, pasar allí un par de días y volver en el primer barco, aunque para eso haría falta que Trummler, o Von Pohl, decidieran dejar al *Goeben* en el Tirreno siquiera un mes. Era consciente de que la situación general no ayudaba, pues los búlgaros no estaban contentos con la paz firmada en Londres el 30 de mayo, hasta el punto de que, según el cónsul de Nápoles, se daba por seguro que los cañones volverían a retumbar. En cualquier caso, aquella no era una preocupación inmediata. Lo era contribuir a que Trummler

resplandeciese. Tras eso ya podría descansar en paz.

## Jueves, 19 de junio de 1913

Trummler había invitado a cenar a los comandantes y primeros oficiales de sus tres naves, además de al Asto, sus tenientes de navío y el oficial de información. Estaba satisfecho y se notaba, porque no era dado a disimular sus emociones cuando se daba el raro caso de que padeciese alguna. Las razones de que rezumara optimismo eran dos: lo bien que había salido el banquete conmemorativo del jubileo del káiser y el habersele comunicado que su relevo, el Konteradmiral Wilhelm Souchon, llegaría en agosto. Tras anunciar tan deseada cosa —no era exactamente impopular, pero ni sus oficiales ni los tripulantes le tenían un apego especial, quizá por su empeño en no dejarse ver por ninguna parte del barco— les habló unos minutos del que sería su nuevo jefe, con el que, salvo la edad, poco tenía en común. La fama de Souchon era de audaz e inconformista, mientras que Trummler, convencido de que las normas existen para ser aplicadas a rajatabla, si bien admitía que a Souchon solían salirle bien sus atrevidas acciones, no se mostraba seguro de que un Konteradmiral aficionado a pensar por su cuenta fuera el mando ideal de una fuerza que a menudo se quedaba incomunicada. Por lo demás, en su escaso trato previo con Souchon había comprobado que, al menos en lo personal, era un perfecto caballero, por mucho que sus convicciones morales no fueran ortodoxas. Se le reprochaba que fuera un hombre no ya divorciado, sino vuelto a casar, y encima con una mujer más joven y, por lo que se sabía, mucho más atractiva de lo usual en las esposas de almirantes a punto de ingresar en la cincuentena.

Wichelhausen no llegó a preguntarse la razón de que su jefe fuera tan descortés hacia el colega que le sustituiría, porque su atención se desplazaba con brusquedad a otro universo: Trummler anunciaba que los planes en vigor seguirían siendo los mismos para el *Breslau* y el *Straßburg*. El *Goeben* se reuniría con ellos, en El Pireo, el día 27; antes debía dirigirse a Barcelona tan deprisa como para fondear al amanecer del domingo 22, a tiempo de recibir al rey de España, don Alfonso XIII, al filo del mediodía. Los detalles de la visita se los había hecho llegar el embajador Ratibor-Corvey: el rey viajaría en el tren real, acompañado de su ayudante naval, el ministro de Marina, varios oficiales del Estado Mayor de la armada, el presidente de la Junta de Construcción Naval y el propio embajador. La

razón de visitarles en domingo, día inapropiado en las costumbres españolas para nada que no fuera ir a misa o masacrar toros, era que el rey no tendría un momento libre durante los siguientes días laborables, por padecer un programa muy apretado de audiencias y reuniones, de modo que si el Imperio alemán quería que visitara el *Goeben* no quedaba otra que fondear en Barcelona, según amanecía, el domingo 22 de junio de 1913.

Nadie puso pegas, pero había dudas. La principal, qué comía el rey de España, pues era claro que además de mostrarle la nave deberían echarle de comer. Trummler, que no había pensado en eso —no solía prestar atención a los detalles; opinaba que tales cosas existen para que los estados mayores tengan algo que hacer—, no se molestó en darle vueltas. Se limitó a ordenar a Buße que compulsara eso, por telegrafía, con el embajador Ratibor-Corvey. Tras eso dio por concluida la reunión-cena en su estilo habitual: levantándose de un modo trabajoso al tiempo de murmurar un «buenas noches, caballeros» que casi todos sus acompañantes tomaron por un genuino «¡id todos al diablo!».

Media hora después Wichelhausen redactaba la lista de asuntos a contrastar con Ratibor-Corvey. Aún no eran las nueve, de modo que, si se daba prisa, el telegrafista la podría poner en el éter a tiempo de ser vista en la embajada muy poco después, ya que en Madrid era una hora menos. Tras eso, él ya podría pensar en cómo convertir aquello en algo de utilidad personal.

## Domingo, 22 de junio de 1913

La comandancia del puerto les había señalado el amarradero de siete meses antes. Wichelhausen estudiaba los alrededores del muelle, reviviendo detalles que le parecían lejanísimos, aunque quizá solo sucediera que los vivió en un neblinoso noviembre. Aquel amanecer era de un esplendoroso verano recién estrenado. En esos pensamientos andaba sumido cuando se fijó en un Horch negro que parecía esperar a que la enorme nave de batalla terminara de amarrarse al muelle. Parecía el mismo en que le llevaron y le trajeron durante dos días prodigiosos. Un vistazo exploratorio y ya no necesitó esforzarse más; en pie, algo apartados del Horch, un cónsul con chistera y bastón, y una inolvidable oficial de consulado. Wichelhausen no era un hombre al que se pudiera definir como emotivo, pero el caso fue que su corazón empezó a latir muy deprisa, y más aún cuando, ya con ayuda de sus Zeiss, pudo reconocer una sonrisa deslumbrante.

—El cónsul alemán nos espera en el muelle.

Philipp era en ese momento quien mandaba en el puente. Al Konteradmiral solían pegársele las sábanas.

—Esperemos que sea por algo bueno.

—¿Me da su permiso para bajar a tierra, y preguntar?

—Por mí haga lo que quiera. Usted sabrá.

El *Goeben* aún no estaba fijado al muelle, pero un contramaestre ya tendía la escala real. Un minuto después Wichelhausen se cuadraba frente al cónsul, muy solemnes los dos.

—Me alegra volver a verle, Oberleutnant. Supongo que se acuerda de *Fräulein* Mir. —Sendas y muy amplias sonrisas—. Ya veo que sí. Bien, les traigo algunas noticias. Son para el almirante, aunque igual viene bien que se las avance a usted, por el tiempo. Es que dentro de muy poco se volverá crítico.

—Si hay que actuar, mejor si me dice lo que sea.

—Como quiera. El rey no viene a ver su barco porque tenga un desmedido interés, sino porque visitarlo le viene bien para camuflar una de sus canas al aire. Wichelhausen puso cara de no comprender.

—Quiere pasar un par de noches con una de sus damas de compañía. Una

*vedette* de veinticinco añitos que cada tarde llena el teatro Arnau, el más grande de Barcelona. Esta noche no hay función, ni mañana tampoco, de modo que la ocasión es de las que un rey como Alfonso XIII ni borracho deja pasar. A esos efectos, y a fin de que la reina Ena no se mosquee más de lo que lo ya está, la excusa perfecta es el *Goeben*, ya ve usted qué cosas.

Era lo primero que decía la oficial consular. Al de información le sonó a música celestial, aunque convino consigo mismo en que mejor sería volver a poner los pies en la tierra.

—¿En qué nos afecta todo eso?

—En que aparecerá sobre las doce, comerá con ustedes y escuchará lo que tengan que decirle, aunque con la cabeza sabrá Dios dónde. A las cinco se hará humo, si no antes. Eso significa que tienen cuatro horas, con suerte cinco, para explicarle a él, al ministro y al resto de la banda, lo que haga falta para que la Junta de Construcción Naval nos pida oferta para el diseño de dos cruceros grandísimos, potentísimos y carísimos.

—¿En qué lengua se lo debemos explicar?

—El habla un francés y un inglés perfectos, pero de alemán no sabe una palabra. El ministro de Marina, que es médico y no se sabe que jamás haya visto un barco, habla latín, o eso se murmura. De sus acompañantes, tanto los civiles como los militares, Ratibor-Corvey dice que solo hablan español. ¿Serán ustedes capaces de contarles lo que sea en español?

—Me temo que a bordo solo yo lo hablo.

—Lo habla bien. Con acento, pero eso es hasta bueno.

—Se lo propondré al Konteradmiral. ¿Al rey le parecerá mal que quien le cuente las cosas sea un simple teniente?

—Según Ratibor-Corvey, el rey es inteligente, y a un tipo inteligente no le importa quién cuente las cosas si las cuenta con precisión y concisión. Aunque solo tiene veintisiete años ha demostrado varias veces que tiene la cabeza sobre los hombros. Si fuera menos golfo sería el mejor rey que ha tenido esta pobre gente —Von Gösseln señalaba en derredor, indiscriminadamente— desde que Fernando de Aragón, que también se las traía, subió al cielo de los rijosos, pero esa es otra historia.

Una nueva ronda de pensamientos profundos, dentro de lo poco que la contemplación de unos determinados ojos grises dejaba concentrarse al oficial de información.

—Si no hay más que me deba contar, deberíamos subir a bordo y hablar con el almirante.

—Sí lo hay. Ratibor-Corvey nos hizo saber, ayer, que don Alfonso no come cualquier cosa. Últimamente no se sale del pescado, y no cualquiera. Salvo la lubina y la merluza no hay nada que le guste. Dado que hoy es domingo, que no hay mercados abiertos ni se puede comprar pescado en cantidad suficiente para no menos de veinte comensales, y que a ustedes no les quedaría más remedio que servir la bazofia que lleven a bordo, me tomé la libertad de hacerme con unos

cuantos pescados. Los tenemos ahí. —Von Gösseln señalaba el Horch—. Han pasado la tarde y la noche puestos en hielo, pero acabarán estropeándose si no los guardan en las cámaras del barco. Sugeriría no esperar el visto bueno del almirante para que los suban.

—Esperen aquí un momento, por favor.

Pocos minutos después le vieron regresar con dos marineros y el contramaestre de cocinas. No tardaron en verlos desaparecer, cargados de sacos un tanto aromáticos.

—Parece que tu bellissimo chico es más espabilado de lo que se acostumbra en su gremio, Queralt. Enhorabuena.

Solo fue un susurro. Aun así, a la joven oficial del consulado le hizo sonreír y enrojecer, a partes iguales.

\* \* \*

Las presentaciones las hizo el embajador Maximilian von Ratibor und Corvey, Prinz zu Hohenlohe-Schillingsfürst, nada más abordar la toldilla. Un embajador vestido con la solemnidad propia de los embajadores imperiales: chaqué impecable y chistera muy alta. El imponente conde de Gimeno también iba que daba gloria verlo. El segundo jefe del Estado Mayor de la Marina, don Antonio Perea, del que decía Von Gösseln que a la vuelta de un consejo de ministros sería el nuevo titular del Estado Mayor, desentonaba un poquito, pues si bien iba de bicornio parecía como si se lo hubieran prestado. El caso de don Valeriano Weyler, capitán general de Cataluña, era peor: su alzada era tan escasa que nada podía quedarle como Dios manda; su estatura, se murmuraba tanto en Barcelona como en Cuba —en ambos lugares muchos escupían sí alguien decía «Weyler»—, era la causa principal de su extraordinaria, insuperable mala leche. Los ayudantes, identificables gracias a un cordón de hombro a pescuezo en forma de catenaria —era como lo describía una frustrada ingeniera—, iban correctos, sin más. Quien no se preocupó de manifestarse formidable, ni siquiera espectacular, era el rey, pues solo vestía un *morning dress* muy bien cortado, sin duda obra de algún carísimo sastre de Saville Rd (era notorio que sentía un sublime desdén por los cortadores indígenas). Quizá fuera lo adecuado para presenciar una carrera de caballos bajo uno de sus títulos proletarios, como el de duque de Toledo, pero al cónsul, y a su oficial, les parecía inapropiado para visitar un crucero de batalla de la KM. Debía de ser, reflexionaba la escéptica Queralt, una inconsciente forma de hacer saber que aquel formidable *Goeben*, y sus mil y pico tripulantes, se la traían floja. Él había venido a Barcelona para holgar con Raquel Meller, y el resto era coreografía.

El embajador y el cónsul habrían podido hacer de intérpretes, aunque al no saber una palabra de barcos de guerra propusieron que los detalles los explicara

el *speaker* habitual del *Goeben* cuando era necesario darlos en español, inglés, portugués, italiano, ruso, francés o turco: el teniente Wichelhausen. Don Alfonso compuso un gesto de admiración ante tan colosal capacidad de dar detalles. Desde ahí, con elogiada docilidad, se situó a estribor de un teniente no mucho más joven que él, y así comenzó el periplo real a lo largo, lo ancho, lo alto y lo bajo del *Goeben*. Un periplo que se llevó su buena hora y media, tiempo en el que nadie osó resoplar pese a que no pocos sentían impaciencia, pero al mostrarse Su Majestad interesado en la catarata de datos, experiencias y anécdotas que despeñaba el elocuente teniente, a menudo apoyado por el capitán de corbeta responsable de cada sección del barco según lo recorrían, nadie se permitió gestos de fatiga o de hastío. Así llegó la hora del aperitivo, que para comer aún era pronto; no según los usos alemanes, pero a los oficiales del *Goeben* ya se les había dicho que los españoles seguían otro ritmo. En la toldilla se desplegaba la mesa donde las autoridades —entre la comitiva real y los oficiales del *Goeben* eran veintidós personas y una mujer, o así los contaba el capitán general— engullirían un menú tirando a frugal: ensalada, embutidos italianos y lomos de merluza, cocidos y untados de mahonesa —«el plato preferido de Su Majestad», había susurrado Ratibor-Corvey—, o lubinas al horno, a elegir. Satisfacer a don Alfonso, sin embargo, supuso vencer un último problema, pues ningún cocinero de a bordo sabía no ya ligar una mahonesa, sino qué maldita cosa sería eso; por fortuna, el cónsul, que se hallaba bien al quite, pidió a su eficaz oficial que les echara una mano. A eso se debió que mientras la comitiva inspeccionaba la torre Bertha, *Fräulein* Mir, protegida con un delantal de la KM, mostrase a los cocineros cómo ligar la exquisita salsa que un extraordinario almirante francés, Michel de la Galissonnière, descubriera en Mahón siglo y pico antes, para llevarla con él a Francia y hacer que Antoine Carême la elevase a obra de arte.

En el tiempo del aperitivo, los integrantes de la comitiva, en pie y resguardados del sol bajo el gran toldo, formaban corros. En el del rey figuraban el conde Gimeno, el vicealmirante Perea, el contralmirante Trummler y el embajador Ratibor-Corvey. El teniente Wichelhausen, ya cumplida su misión, se había retirado a un extremo de la cubierta en compañía de la oficial consular. A esta nadie le había pedido que se uniese al grupo, aunque dado que sin ella no habría mahonesa, todo el mundo prefirió mirar hacia otro lado. El rey, un punto aburrido con la chachara del embajador y la contracháchara del acalorado vicealmirante, decidido y firme partidario de los cruceros de batalla ingleses, no miraba para otro lado, sino precisamente a la oficial consular, quizá sintiendo alguna envidia por un teniente Wichelhausen que sin duda se aburría menos que él.

—¿De veras piensa, mi estimado vicealmirante Perea, que no merece la pena pedir al Imperio alemán una oferta para el diseño de los cruceros descritos en el plan Maura-Ferrándiz?

El vicealmirante aprovechó la maniobra de tomar todos asiento a la muy larga mesa para pensarse la respuesta. Decidió que mostrar firmeza en presencia del

rey Alfonso y del ministro Gimeno sería bueno para que los condenados alemanes dejaran de dar la lata. Su fanatismo en favor de la tecnología naval británica no era un secreto, hasta el punto de que ninguno de sus iguales se preguntaba la razón de su contumaz empeñamiento. Bien sabían que cuando un alto funcionario español, ya fuera civil, judicial o militar, manifestaba una firme determinación en favor de algo difícilmente defendible, cuando no injusto de solemnidad, bastaba con pensar unos segundos para dái con la más fidedigna y verosímil de las explicaciones.

—Pienso que no, embajador. Nuestras necesidades se cubren a la perfección con el plan Maura-Ferrándiz. Las urgentes, las correspondientes a naves de combate acorazadas, están cerca de satisfacerse con los tres buques de la clase *España*, como Su Excelencia no ignora. Las que vienen a continuación, las de contar con dos cruceros destinados a explorar, aunque con capacidad de combatir contra unidades pesadas, se cubrirían sin problemas con unidades de la clase *Indefatigable*. En el Estado Mayor preferiríamos que fueran del tipo *Queen Mary*, más moderno, aunque tal cosa supondría dos problemas graves. Uno, que el dique seco Reina Victoria Eugenia, inaugurado el día 7 del pasado mes, solo es válido para buques de hasta 180 metros de eslora. A los *Indefatigable* les faltan centímetros para llegar a esa cifra, pero los *Queen Mary* pasan de 215, de modo que harían necesario prolongar el dique, lo que no sería barato. El otro es que la optimización logística nos hace preferir las torres dobles del 305, las que montan los *Indefatigable* y los *España*. Si en vez de buques de la clase *Indefatigable* nos dotáramos de unidades como este magnífico *Goeben*, nos encontraríamos con un sistema de armas tan diferente que sería necesario doblar las inversiones ya efectuadas. Hoy tenemos, entregadas o en construcción, veinticuatro piezas del 305 y doce torres dobles, con sus correspondientes barbetas, a las que se suman seis piezas de respeto. Construir dieciséis más para dos *Indefatigable* supondría un coste nulo en diseño y experimentación, lo que no sería el caso si eligiéramos un *Goeben*. Repito, en suma, que, si alguna vez he visto un navío al que me gustaría ver flotar bajo pabellón español es el *Goeben*, pero no nos lo podemos permitir.

El príncipe Von Ratibor und Corvey tenía un buen conocimiento de los buques británicos y también de los españoles. A eso se sumaba un sentido de la diplomacia del todo prusiano, el que tiene por norma llamar a las cosas por su nombre, pese a que al hacerlo se hieran susceptibilidades. Con el rey delante, y siendo notorio que carecía de susceptibilidad naval, pensó que no pasaría nada por arrear un bajonazo al estúpido vicealmirante que tanto empeño ponía en negarles el pan y la sal.

—¿Está usted al tanto de lo que dice la publicación británica *Jane's Fighting Ships*, y recalco «británica», del *España*? ¿Y de sus comentarios acerca de la extrema fragilidad de la coraza horizontal de los cruceros de batalla de la clase *Indefatigable*?

El aludido palideció ante aquel ataque a quemarropa. Le habían hablado de lo impertinente que podía llegar a ser el embajador alemán, aunque jamás le habría

supuesto capaz de llegar a tanto. El conde de Gímeno, por su parte, seguía comiendo, indiferente. Aquel fuego cruzado sobre acorazados y cruceros le resultaba no ya incomprensible, sino absurdo. Para él, un médico nada brillante, los buques de combate no eran otra cosa que juguetes ridículos sin los que la vieja Europa viviría mucho más tranquila, sin tanto riesgo de guerras carísimas. Don Alfonso, por último, no se perdía un gesto de ninguno de los contendientes. De sobra sabía que no habría dinero para cruceros de batalla en menos de cuatro años, y a saber en cuántos más si la guerra se declaraba, pero quería escuchar los argumentos del uno y del otro. Más que nada, para en su momento hacer unas risas con sus primos, el rey George y el káiser Wilhelm.

—¡Lo que insinúa Su Excelencia es altamente ofensivo!

«Ya estamos», parecía expresar el rey según torcía el gesto. Era muy difícil, si no imposible, reinar sobre unos bárbaros incapaces de argumentar con serena placidez, o al menos sin nombrarse los muertos, o las madres, los unos a los otros.

—Yo no estaría en contra de recibir una propuesta del Imperio alemán. A la hora de adjudicar concursos nunca es malo contar con varias, ¿verdad? —El ministro Gimeno asintió vigorosamente, pero sin decir nada—. Bien. Ahora, ¿podrían explicarme —dirigiéndose a Ratibor-Corvey y Trummler— cómo han hecho esta mahonesa? Yo pensaba que, siendo una salsa española, nadie que no fuera francés podría ligarla tan exquisitamente bien.

El embajador sonrió. Tras aquella luz verde de don Alfonso, a ver quién sería capaz de plantarse y decir que no, que con ustedes ni hablamos. En cuanto al misterio del que se había servido el rey como si se tratara de una muleta, lo más fácil y cortés sería pasar los trastos al responsable primero: el siempre solemne, por demás prusiano, cónsul Von Gösseln.

—El mérito es de la oficial consular, la señorita Mir —la señalaba con el dedo, a lo cual ella, desprevenida, correspondía sonrojándose aparatosamente—; según se inspeccionaban los cañones del barco se nos hizo saber que los cocineros, alarmados, no sabían qué cosa era una mahonesa. De no haber venido la señorita Mir, sin la cual, por cierto, no suelo ir a ninguna parte, no se habría sabido por dónde salir, pero ella, con gran arrojo, se puso un delantal y en pocos minutos enseñó a no sé cuántos suboficiales algo con lo que, a partir de hoy, se comerá mucho mejor en este afortunado buque de la Kaiserliche Marine.

Cuando un rey está presente nadie osa decir nada sin antes ver qué hace SM, aunque al ver a don Alfonso prorrumper en carcajadas nadie se demoró en hacer lo mismo.

—Le doy las gracias en nombre de mi estómago, señorita.

La tal respondió con su mejor sonrisa. El oficial de información, por su parte, la miraba embelesado.

—¿Es usted alemana?

De nuevo el rey, sin duda deseoso de que la conversación se aliviara. Ya estaba bien de cosas serias.

—No, majestad. Catalana y muy catalana.

—Ya veo. Hablarás catalán, supongo.

En el mundo diplomático se sabía que desde Carlos III los monarcas españoles tuteaban a todos los indígenas, incluso si eran el abad de Montserrat. Sin embargo, con los extranjeros, aunque hablaran español, se mantenían en un cauto «usted».

—Sí, el de la calle. Lo que hablábamos las niñas en los recreos y con cuidado de que las monjas no se dieran cuenta.

—¿Las monjas no lo hablaban?

—Sí, claro, pero desde lo de 1909 no se salen del latín. Bueno, y del castellano. Al menos, en el colegio al que iba yo.

El monarca invirtió unos segundos en observar la expresión de don Valeriano, el cual parecía concentrado en sus uñas impecables. Consciente de la fama de carnicero despiadado que su leal servidor se había labrado en Barcelona, prefirió cambiar de tema, no fuera que la conversación se adentrara en derroteros incómodos; no parecía que la exquisitamente bien vestida señorita, cuyo castellano carecía de acento, fuera una independentista feroz, pero un buen rey es consciente de que quien la evita, la mata, y además ya iba siendo tarde, según le advertía su ayuda de campo señalando con un dedo su muñeca izquierda.

—Les agradezco la mañana tan interesante que me han regalado, así como lo mucho que me han hecho aprender —señalaba con toda intención al teniente Wichelhausen—, y de la mahonesa ya no les digo nada —sonrisas generalizadas, así como un nuevo y encantador rubor femenino—, pero el caso es que debo marchar. La vida de un rey a menudo no permite quedarse donde uno está tan en la gloria como estoy yo ahora mismo, pero créanme si les digo que no me queda más remedio.

Se levantó, y con él los demás. Minutos después la comitiva real era historia en la toldilla del *Goeben*, salvo el cónsul y su oficial, los cuales, como no tenían que subir a ningún tren ni tirarse a ninguna cupletista, se despedían de Philipp entre grandes sonrisas. Habían ya terminado con Trummler, con lo cual Wichelhausen se dijo que llegaba su momento.

—*Herr Admiral*, ¿me daría su permiso para bajar a tierra y volver por la noche, un poquito tarde?

—¿Cómo cuánto de tarde?

—De madrugada. Como no zarpamos hasta mañana...

—Ya. ¿Y qué pretende usted hacer en tierra?

—Tengo una deuda de agradecimiento con el cónsul.

—Querrá decir con su oficial. —La mirada de Trummler era más amistosa que de costumbre; contra lo que muchos opinaban, había sido joven alguna vez, en un tiempo inmemorial, muy lejano—. Bien. Deje alto el pabellón y recuerde que a las seis aparejamos, con usted o sin usted. Buena suerte y buena caza.

\* \* \*

—¿Les dejo en algún sitio?

—En la Librería Millá. El teniente necesita unos libros.

El teniente sujetó sus cejas, con esfuerzo. El cónsul, por su parte, no dijo nada. No a ellos. Al mecánico, sí:

—Rambla de Capuchinos con San Pablo, haga el favor.

No mucho después, y tras despedirse del cónsul, los que tanto deseaban quedarse a solas se miraban, sonrientes.

—Yo no quiero comprar libros.

—Era una excusa para el cónsul. Tengo mejores planes.

—¿...?

—Empiezan en el Hotel España. Lo recuerdas, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Ayer reservé la *suite* nupcial. A nombre del consulado. Sin más detalles, y no nos pedirán ninguno.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la pedí para esa noche y la de hoy. Luego cogí la llave y me la guardé. Ya ves, un crimen perfecto.

Se miraban, con intensidad, a la sombra de un chopo negro cuyas raíces desbordaban el alcorque.

—No sé qué decir.

—Ni falta que hace. Venga, vamos.

Le cogió de la mano y le tomó a remolque. Si algo había pasado a no importarle nada, era el qué dirán.

\* \* \*

Aún era de día, pero las sombras en la calle de San Pablo ya eran muy largas. Eso lo apreciaba un teniente que miraba con cuidado por la ventana, para no ser visto, y es que asomarse al exterior vestido de Adán, en calles muy estrechas, no es saludable. No sabía qué hora era, ni le importaba. En todo caso, no era tan tarde como para salir a cenar, suponiendo que debieran salir a cenar. Era una de las varias cosas que para su muy organizada mentalidad prusiana estaban poco claras.

Queralt le aguardaba en la bañera, la melena envuelta en una toalla. Le miraba con intensidad no estrictamente amorosa. Era una catalana muy práctica, y en ese momento solo pretendía valorar lo que, con las prisas y con el atropello general

de los acontecimientos, no había podido examinar con objetividad. Aprovechaba la lentitud de movimientos de un inestable oficial que temía estrellarse por culpa de algún resbalón, para mejor apreciar cómo estaba construido. Ya sabía que bastante bien, aunque hasta verle frente a ella, tratando de ganar las aguas de la bañera, no fue consciente de que tenía un hombre de primera. Se corrigió al momento, porque tener, lo que se diría tener, pues no lo tenía. No aún. Se lo había tirado, simplemente. Y con muchas ganas, las necesarias para compensar el íntimo espanto que sentía desde que supo de la llegada del *Goeben*, el de temer que saldría tan mal librada de su primer encuentro carnal como la pobre Meritxell. De ahí que aún sintiera el íntimo calorcillo de la segunda o tercera gran sorpresa: no le había dolido nada.

—Estás muy bien armado. *Herr Oberleutnant*.

—Muchas gracias, pero dime contra qué comparas.

—Contra nada por observación directa. Por si no lo sabes, las mujeres nos contamos cosas, y de una forma tan descarnada que os horrorizaría. Tengo informes directos de amigas, primas y compañeras. Bueno, y de mi hermana. Según afirman, la media estimada en *klar zum feuer eröffnen* ni de lejos alcanza las dos pulgadas de grosor y los cinco calibres o más con que Wotan te ha bendecido, porque tiene que ser Wotan. El Dios de los cristianos, un perfecto inútil, no se ocupa de las cosas importantes.

Le sonreía, con una mezcla de picardía y mala intención que su presa encontraba irresistible.

—Espero no haberte defraudado.

—No seas tonto. Claro que no.

—Es que la primera vez de una pareja suele ser desastrosa. Me preocupa mucho que para ti lo haya sido.

—Pues no, aunque supongo que todo mejora con el tiempo. ¿Y para ti? ¿Ha sido un desastre? Si piensas que no tenía la menor idea de cómo se hacen estas cosas, y que nada más comenzar empecé a sentir que la vida se me iba, lo normal es que sentencies que soy un saco de patatas. ¿No es así?

Él no podía evitar el reír de buena gana. Ella no tardó en acompañarle. No dejaron eso hasta besarse sobre las aguas medio hirvientes. Era la primera vez desde que ganara ella el baño caminando con cuidado, el de rezar para que Rolf no se diera cuenta de lo mucho que le temblaban las piernas. Intuía que jamás es bueno dejar saber al hombre que una se ha quedado cual muñecona de trapo, no sea que se crezca demasiado.

—Tu hermana es muy simpática. Me cayó muy bien.

—Tú también a ella. Me lo contó al pasar por Barcelona camino de Madrid. Es ahí donde viven, a la espera de que la maldita embajada en Constantinopla se abra de una vez.

—Quizá le quede un poquito. Las aguas políticas, tras el golpe de la CUP, no se han aquietado mucho. No todavía.

—¿Qué cosa es la CUP?

Lo explicó, sin extenderse y sin excesivos detalles. La ocasión no era para dar conferencias.

—¿Cómo es Constantinopla?

—Sucia. Ruinosa. Fétida. Un laberinto de callejuelas estrechas, carcomidas, apestosas y muy mal pavimentadas, si lo están. Cochambrosa, en una palabra. Lo que más aterra es la enorme cantidad de perros abandonados. Los grandes no vacilan en atacar a las personas si ven que llevan algo de comer. Los indígenas no les hacen caso, de lo acostumbrados que ya están, pero a los que no lo somos nos hacen caminar con los ojos muy abiertos. En Beyoğlu, el barrio de las embajadas, hay algo más de control. Sigue sin ser un lugar seguro, sobre todo de noche, pero no es tan horrendo como lo que hay al otro lado del puente de Gálata, la ciudad vieja. Por cierto, di a tu hermana que de ninguna de las maneras acepte vivir en el lado sur del Cuerno de Oro. Si no pudieran residir en el palacete de la embajada, que lo he visto y desde fuera no es gran cosa, que les busquen un piso entre la Grand Rue de Pera y la Mejrutiyet Caddesi. Es la zona de Beyoğlu más vigilada, porque ahí se juntan las embajadas de Rusia, Holanda, Francia e Italia, y la española cuando la reabran. La policía otomana es tremendamente corrupta, nada de fiar, pero si les das buenas propinas, y las embajadas desde luego se las dan, hacen bien su trabajo.

Queralt componía una vez más en su cabeza la imagen de sí misma pasando una temporada en Constantinopla. Un sueño iniciado seis meses antes y que, mucho se lo temía, se iba transformando en imperiosa necesidad.

—¿Qué tal funcionan allí las cosas? ¿Son europeos?

—Lo intentan, pero les falta mucho. Para que te hagas una idea: tienen una red de tranvías que cubre buena parte de la ciudad vieja y de Beyoğlu, pero marchan arrastrados por caballos y, a causa de la guerra, la que aún no se sabe si ha terminado, las bestias se las llevó el ejército. Ahora no hay tranvías ni forma de ir de un lado para otro que no sea en coche, si tienes uno. Se ven muy pocos, porque la bencina escasea. Tengo entendido que han contratado en Alemania la instalación de catenarias, así como nuevos tranvías con motores eléctricos, aunque por mucha prisa que se den aún estarán meses, o años, sin transporte público. Las basuras, que antes se recogían con carros arrastrados por caballos, ahora se trasladan por tracción humana; si esto te parece horrible, piensa que Constantinopla no es llana; es una sucesión de colinas, unidas por callejuelas tan empinadas que a menudo les ponen peldaños. Gracias a eso varios cientos de desgraciados, los que tiran de los carros y hacen falta diez o doce para vencer las pendientes, pueden comer. Solo hay alumbrado público en las avenidas principales, de modo que a la caída de la noche caminar por las que no lo son es un riesgo claro y cierto, además de que igual te matas, pues el pavimento es cualquier cosa menos regular. Hay muchas más desgracias, tantas que prefiero no abrumarte, aunque a los efectos de tu hermana queda una, y muy seria: las costumbres. La tolerancia religiosa es grande, porque ninguna confesión es tan

fuerte como para imponerse a las demás, pero aun así es una ciudad musulmana. Muchos hombres visten a la europea, pero a las mujeres se les aconseja no exagerar. Vamos, que si vas por una calle, incluso una de Beyoğlu, vestida como ibas esta mañana, te arriesgas a que unas cuantas arpías te arranquen el pelo a tirones y te muelan a patadas. Ya ves: una ciudad deliciosa.

Queralt se lo quedó pensando, preocupada. No por ella misma, sino por Meritxell. Bien sabía que su capacidad de alzarse sobre las dificultades no estaba muy desarrollada.

—¿Cómo irán allí?

—En barco. El Ministerio les paga sus pasajes, pero a él, como es marino, el de los acompañantes le saldrá gratis, y por lo menos se llevarán a Petra, nuestra doncella de toda la vida. De las dos, quiero decir, pues en casa tenemos unas cuantas. Bueno, y no te digo nada si además me llevan con ellos.

A Queralt le gustó ver que a Rolf se le iluminaba la cara.

—¿Cómo te las compondrás para que lo hagan?

—Meritxell se quedará preñada cualquier día. Estará encantada de que no la deje sola. Si sucede antes de que se vayan iré con ellos, en el barco. Si es después, por tren hasta Viena y desde allí en el *Orient Express*. Ya ves, todo está previsto.

Él renunció a preguntar si no le daría miedo viajar sola y tan lejos. Estaba claro que su chica no era de las asustadizas.

—Te queda tiempo en el *Goeben*, ¿no? ¿Dos años? Bueno. Cuando sepa que me pongo en marcha te lo haré saber. ¿Constantinopla seguirá siendo vuestro puerto preferencial?

—Eso creo, pero no quiero depender de los planes de Trummler para volver a verte.

—Ni yo tampoco, pero ya me dirás qué podemos hacer.

—Para empezar, tengo derecho a un permiso. Algunos oficiales ya están pidiendo los suyos. Serían dos semanas más otra para el viaje. Podríamos quedar en Viena, o en Venecia...

Queralt cerró los ojos, extasiada. No quería ni plantearse qué debería decir en casa para conseguir el *nihil obstat*. Era una joven adelantada por demás a su tiempo y a su cultura, pero don Joan y doña Mercè ni de lejos lo estaban. Solo de pensar en la cara que pondrían los dos, y sobre todo ella, de saber lo que llevaba horas perpetrando, le daban escalofríos.

Aunque también podría ser que la culpa de los tales la tuviera su bravo Nachrichtenoffizier, que ya parecía tener ganas de abandonar el estado anfibio. Todo indicaba que la tregua concluía y que comenzaba la tercera campaña.

\* \* \*

En el recién inaugurado verano de 1913 los fulgores de la Belle Epoque seguían deslumbrando a Europa, cuando menos a la civilizada, o a la que tenía más dinero. Los puertos del Mediterráneo, las aún embrionarias zonas de vacaciones de las costas francesas e italianas, y en menor medida las austriacas y las españolas, refulgían de alegría y despreocupación, sobre todo al llegar la noche, cuando las luces de los teatros, los restaurantes, las terrazas y los bares hacían pensar que los augurios de cierta clase de prensa, la empeñada en amargar la vida de los infelices que la leían, no podían ser más infundados. Algo así parecía suceder en la Rambla de Capuchinos, pues salvo en los días de Navidad Queralt no recordaba un domingo a esas horas con tantísima gente paseando arriba y abajo.

—¿Encontraremos algún sitio donde nos den de cenar?

Al teniente le pasaba lo que a su barco: de vez en cuando necesitaba repostar. A Queralt, no. Si por ella fuese habrían seguido con lo mismo hasta las cuatro, la hora en que había pedido al irónico recepcionista del hotel que le consiguiera un coche de la Compañía General. Eso no significaba que no se le hubiera despertado el apetito, aunque no el de masticar. No quería parecer ausente o abstraída, pero necesitaba una poca introspección. Sobre todo, para saber si no le habría pasado lo que tanto temía, que ya no podría vivir sin *eso*. Pues igual sí. Los síntomas eran aterradores. El peor, quizá, el haber perdido todas las vergüenzas. En el último encuentro, agotadoramente largo, había terminado por darle igual cómo ponerse, o qué imagen ofrecer. Se había visto tan desatada, tan fuera de sí misma, que a cualquier cosa que le hubiera pedido Rolf habría dicho que sí. Eso no podía ser muy sano, ni muy decente, pero el caso era que sus bajos no podían sentirse mejor. Qué maravilloso es el pecado de amar, se decía dejando escapar una sonrisa de gataza. Sin duda, el más mortal de todos. Nada más decírselo giró sobre sus pies, se abrazó al Oberleutnant-zur-See y le colocó un beso tan intenso que les miraba la gente, pero eso, como todo desde que llegaron al Hotel España, le daba lo mismo. A Queralt Mir, esa noche, todo le daba lo mismo.

\* \* \*

El teniente se había quedado exangüe. De bruces sobre la cama respiraba de un modo muy profundo. Ella no tenía sueño. No tanto que le hiciera capitular. Contemplar al amante tanto tiempo imaginado era placentero. No solo le dejaría un recuerdo al que agarrarse, y en el que inspirarse cuando verse sola le resultara insoportable, sino que le provocaba una emoción indefinible. Debía de ser amor, pero esos razonamientos se los guardaba para ella, pues de ningún modo quería quedar como una cursi. Ni siquiera frente a sí misma.

Reclinada en el cabecero veía pasar el tiempo desde la última vez que le deseara un feliz aunque breve descanso, porque a las tres y media ella tocaría diana. Se preguntaba si con media hora tendrían bastante. Al momento se

contestó que no. Ignoraba cuánto necesitaba un alférez de navío para verse sobre sus talones irreprochablemente uniformado, aunque sin afeitar —un detalle de inexperiencia: cuando revisó la espectacular *suite* nupcial no se le ocurrió acopiar más instrumentos de puesta en facha que dos cepillos de dientes—; igual no era de fácil despertar, así que mejor si ella, sin hacer ruido, empezaba por sí misma. Su Vacheron decía que las dos ya quedaban atrás, de modo que, lo primero de todo, correspondía tomar asiento en el bidé. Según se lavaba recordaba, con una sonrisa desvaída, la dulzura de su amante cuando hizo eso mismo tras el primer o el segundo interludio, que no estaba segura. Sentir su hábil mano derecha lavoteando aquel exquisito rincón de su ser había despertado, de nuevo, la fiera insaciable que llevaba dentro, aunque prefirió contenerse, para retener por más tiempo el calor que le dejaba la doble caricia, la del agua caliente y la de una mano grande y fuerte, aunque igual de cálida. Un recuerdo que sería no solo amable, sino deliciosamente funcional. Esa noche, sin pretenderlo, se había enterado de unas cuantas cosas que ignoraba o que no tenía muy claras. Una era el hasta entonces desconocido propósito existencial de lo que Meritxell llamaba *bouton de rose*. Fue la primera de las sorpresas comprender que aquello era una especie de Bendix femenino. Estaba claro que de ahí a que se volvieran a ver, en Viena o donde fuese, su Bendix y ella se harían una grata compañía.

Había cerrado la puerta con cuidado, para que a él no le despertara el ruido de la ducha. Una precaución inútil, pues al poco de sentir el agua corretear sobre sus hombros encontró que no estaba sola. Sería una ocasión de simple alegría, pero determinados indicios avisaban de que no era una visita desinteresada. Su teniente se presentaba en lo que llamaba *klar zum feuer eröffnen*, expresión que a ella le hacía llorar de risa, y encima «vestido». Su expresión, un tanto rígida, no daba pistas, aunque comenzó a intuir lo que se acercaba cuando sintió que la hacía girar sobre sus pies, y tras eso inclinarla lo bastante como para no tener más remedio que agarrarse a los grifos. Tras eso, y sin transición, un simple volverse loca. De atar.

\* \* \*

Las cuatro menos cinco. El Oberleutnant-zur-See, en estado de revista. Ella, muy desmadejada. No podía decírselo a sí misma de otra forma. El último ataque, si bien breve, fue de consecuencias tan cataclísmicas que había terminado por dejarse caer en la bañera con la tensión por los tobillos, sentada como un pelele desguazado, mientras él, en pie a su lado, se lavoteaba tan tranquilo, y encima canturreando el *Muss I Denn*, la terrible cancioncilla de cazadores del arma submarina.

—*Alies Klar?*

—*Alies Klar*, amor mío. Vamos.

El último vistazo a la *suite*. Qué feliz había sido, allí.

\* \* \*

Se despedían cerca de la escala real, ante la mirada cómplice de dos centinelas. Al *Nachrichtenoffizier* no se le recordaba un grito, una mala palabra o una queja. La opinión casi unánime de los tripulantes que alguna vez le trataban era no ya favorable, sino que, pese a ser prusiano —el acento le delataba—, en absoluto tenía que ver con el resto de los oficiales de a bordo. A eso se debía que los centinelas los mirasen con simpatía. Tanto a él como a ella, pues la reconocían. Debían agradecerle que durante la cena, en la que se sirvieron los pescados no consumidos de los muchos que trajeron ella y el cónsul, muchos de los del *Goeben* conocieran el sabor de la salsa mahonesa.

—Soñar con dos semanas contigo no me va a dejar vivir.

—A mí tampoco. Será difícil, pero ya me las apañaré.

Le vio subir por la plancha con el paso elástico de siempre, saludar una última vez y desaparecer en el interior del buque. Un *Goeben* de cuya chimenea popel brotaba una columna de humo. Nada quedaba por hacer allí. Era hora de volver a casa y afrontar un interrogatorio que predecía penoso, pero aun así le daba igual. Esa noche se había hecho una mujer en todos y cada uno de los sentidos del término. Un mal rato con doña Mercè y don Joan era un precio razonable.

Caminó unos metros, hasta el Hispano-Suiza que les había venido a buscar desde su parada en el Are del Teatre. Se volvió, para dirigir un último vistazo al imponente *Goeben*, y así vio algo que la conmovió profundamente; los centinelas, sin que nadie se lo mandase, le presentaban armas. Y le sonreían.

## Viernes, 1 de agosto de 1913

Un mes en El Pireo. No se le hizo largo, pues a una media de setenta hombres por día casi todos exploraron Atenas y los alrededores. Wichelhausen también tuvo su semana de asueto, aunque siempre a tiro de volver al barco en menos de dos horas. Así, hasta el día 29. Mutz y él hacían fotografías en la Acrópolis cuando escucharon, arrastradas por el viento, las horrísonas sirenas del *Goeben* y el *Breslau*. Era la señal de dejar cualquier cosa en que anduvieran ocupados y volver al barco.

—Orden de Von Pohl; ganar Albania y quedar a distancia de tiro de las posiciones serbias. A las seis zarparemos hacia la desembocadura del Bojana. ¿Está claro para todo el mundo?

Un mes antes se había reanudado la guerra de otomanos, búlgaros, serbios, griegos y montenegrinos, si bien ahora ya no era de dos bandos, sino de tres: búlgaros contra serbios y otomanos, y griegos contra búlgaros y montenegrinos. Un *merder* balcánico, explicaba Buße. A Wichelhausen le dejaba indiferente; como a la mayoría de los oficiales jóvenes, las tragedias ocultas en las guerras le daban igual. Aún no había desarrollado el sentido crítico necesario para valorar su profesión desde un punto de vista moral. Seguramente, se decía las pocas veces que pensaba en eso, porque aún no había visto de cerca un muerto en combate. Para bien o para mal, él era un simple oficial prusiano y trataba de no hacerse preguntas.

Las repercusiones para la MD del renacer de aquella estúpida guerra serían mínimas, o así decía Buße, aunque a los efectos de Wichelhausen les hacían dejar unas aguas bastante amistosas para, de haber muy mala suerte, abrir fuego contra unos tipos que no les habían hecho nada. Dios quisiera que todo eso acabara pronto, que la paz se hiciera estable y así pudiera él disfrutar su mes de permiso. Había indicios de que a finales de agosto ganarían Pola, para un recorrido de las máquinas y una revisión del casco en la gran base naval austrohúngara. El *Goeben* tenía problemas que afectaban a su velocidad. Era de lamentar que al diseñar los cascos de los *Moltke*, *Goeben* y *Seydlitz* no se tuvieran en cuenta las experiencias americanas con las rodas de bulbo, a efectos de alcanzar una mayor velocidad con menor consumo de carbón. Se había oído hablar de planes para modificar las

rodas de los tres, aumentarles el arrufo y dotarles de una proa tipo *clipper*, pero con los nubarrones de guerra en el horizonte Von Tirpitz jamás dejaría los tres buques seis meses en el dique seco. De todos modos, lo único de importancia para él era que de finales de septiembre a mediados de octubre se le abriría una ventana de bienestar. De inmensa dicha. Seguía sin sacarse a Queralt de la cabeza, con el agravante de que ahora era una Queralt física, sólida, tangible, no una vivencia onírica de unos días lejanísimos. «Acabarás casándote con ella, *arschlöcher*», profetizaba Mutz. Pues igual tenía razón.

## Jueves, 21 de agosto de 1913

Fondeaban en Pola. Venían de tocar en Brindisi y en Syros, una isla de las Cícladas donde residía una influyente colonia germana y que podría ser un buen lugar para carbonear de algún *collier*. Tenían mes y medio por delante. Los trabajos afectarían al global de la dotación, además de al personal de la base naval y a un grupo de operarios enviados por la Blohm & Voss, la empresa que construyó el *Goeben*. Philipp había organizado un plan de permisos al que podrían acogerse tanto los oficiales como los miembros de la tripulación, tras establecerse los correspondientes turnos. Trummler no se sabía si se acogió a su propio programa o simplemente se fue sin despedirse, lo que a nadie le importó. Más interesaban las referencias de Souchon; marino vocacional, amante del mar, hijo de un retratista y nieto de un banquero, en la Marineakademie desde los diecisiete — primero de su promoción— y hablaba un buen inglés. Había estado a flote la mayor parte de su carrera, en la que llegó a ocupar la jefatura del Estado Mayor del Extremo Oriente, el mando del *linienschiff Wettin* y la segunda comandancia de la II Escuadra de Combate. Estar a las órdenes de un tipo tan distinto de Trummler podría merecer la pena, pensaba Buße. La vida en el *Goeben*, gozando de climas templados y de cálidas hospitalidades en los puertos ribereños, tenía ventajas pecuniarias, ya que los destinos en ultramar acarreaban un plus por servicio constante y separación familiar. A Wichelhausen todo eso le daba igual. No era hombre de fortuna, pero su familia tenía una, de modo que los marcos, para él, no eran una prioridad. Lo serían dentro de poco, pues las vacaciones serían de todo lujo, lo que implicaría no solo dejar su saldo a cero, sino pegar a su madre un buen sablazo. Sería el primero que le daba, de modo que, por ahí, sin preocupaciones. Las tenía en el silencio de Queralt, explicable por lo mucho que tardaban sus cartas en llegar. A eso se debió que su primer paseo en tierra, la mañana de atracar en el muelle de armamento para desamunicionar el buque, fue visitar la oficina de la KM habilitada en la base naval, para llamar desde allí al consulado en Barcelona. No fue una charla muy larga, pero sí esperanzadora: Queralt había logrado burlar las suspicacias de la escamadísima doña Mercè, a un punto tal que el lunes 8 de septiembre la podría recoger en la Staatsbahnhof de Viena, en el andén del expreso Lyon-Ginebra-Zúrich-Viena; sería el mismo que

debería tomar el viernes 19, para llegar a Barcelona en la mañana del 22 de aquel bienaventurado septiembre de 1913.

No podía estar más claro que los dioses le sonreían.

## Sábado, 6 de septiembre de 1913

Queralt llevaba poco equipaje; una maleta Louis Vuitton préstamo de su hermana —la mediana del juego de tres piezas que había sufrido la más dura luna de miel de los tiempos históricos—, y un bolsón de mano a juego, aunque suyo propio; lo consiguió como descuento en especie cuando compró el conjunto con dinero de su padre, a fin de que Meritxell viajara como lo que a fin de cuentas era: una gran dama de la burguesía catalana. Las dos piezas descansaban en la bandeja situada sobre su cabeza, en el vagón de primera del TBF que a la vuelta de dos horas la dejaría en Portbou. Allí esperaría hora y media para tomar el tren de la PLM<sup>[14]</sup> que, tras parar en miles de sitios, la dejaría de madrugada en Lyon Bellegarde-sur-Valserine; allí aguardaría otro buen rato hasta el momento de abordar un *voiture lits* de la CIWL del que se bajaría, esperaba que aún viva, en la Staatsbahnhof de Viena, para en el mismo andén dejarse caer muerta de amor, y de agotamiento, en los brazos del que cuando hablaba con ella misma ya no era «su chico». Había sido ascendido al empleo de novio, aunque salvo Meritxell nadie lo sabía. Ni él.

Meritxell llevaba una semana en casa, en su vieja cama, su viejo cuarto y su viejo baño. Desde su vertiginoso regreso de Italia solo habían podido secretar unos minutos, encerradas en el baño con el pretexto de desmaquillarse. Pascual no se sabía si estaba o no muy enamorado, pero sí que parecía sentir celos hasta del aire, y quizá de lo que más era de la exquisita intimidad entre dos hermanas que habían pasado muy poquitos días, en sus respectivas vidas, sin verse y sin hablarse. De ahí su gran alegría cuando supo que Pascual la dejaba venir a Barcelona, porque tenía que dar unas conferencias en la Escuela Naval de San Carlos, en Cádiz, y al no poder llevarla con él tampoco pasaba nada por que marchara unos días con su indeseable familia de catalanes peseteros, que así los veía el malnacido, explicaba Meritxell entre sollozos y con sus manos entre las de Queralt. A partir de ahí, despeñadas a borbotones, sus cien mil ilustraciones, desde que la vieron marchar hacia la *suite* nupcial hasta esa misma noche. Aún les quedaba el trámite de colgar las ropas de la recién llegada bajo el maternal control de doña Mercè, que tanto había echado de menos a la más dulce de sus hijas, y luego el de cenar todos juntos a una mesa que resplandecía, y después el de hacer a los papás un ratito de mimos y de confidencias cariñosas, empezando

por la indescriptible audiencia con un Pío X que la trató como si ella fuera la mismísima reina Ena. Todo perfecto, aunque solo tras cerrar la puerta del cuarto que de nuevo era el de las dos pudo Queralt asomarse al verdadero sentir de su hermana.

En verdad, sentenciaba Queralt un rato después, para tener un marido como Pascual mejor era vestir santos. De ahí que le asaltara un cierto pudor al explicar a su hermana lo que ocurre cuando enseñas a ligar una mahonesa en las cocinas de un crucero de batalla, y después el rey Alfonso se la come, y hasta moja pan y se chupa los dedos, el muy guarro. Ya en ese momento Meritxell se quedó por demás boquiabierta, olvidada de sus desdichas, para desencajarse de mandíbula cuando empezó a escuchar qué otras cosas podían suceder en la *suite* nupcial donde había perdido ella su muy escocida virginidad.

—¿Y de veras no te dolió?

—Nada de nada. Menos mal que, después, vimos la prueba del nueve ahí en medio, en la bajera. Si no igual habría pensado, contra lo que le advertí, que aquella tarde yo no debutaba.

—Y... ¿cómo la tenía?

Un susurro de sonrisa traviesa, propio de dos hermanas que lo compartían todo. Queralt, también sonriente, llevó sus manos sobre su cabeza, separadas en la extensión de un buen salchichón Riera Ordeix, en expresión de inconmensurabilidad.

—Haaala... Exageras, ¿verdad?

—Pues no demasiado. ¿Qué tal es Pascual, de ahí?

Meritxell componía un gesto de duda metafísica según extendía las palmas ante sí, enfrentadas la una con la otra y a una distancia no mayor del canto de un misal, o un breviario.

—Ahora exageras tú, pero a la baja.

—Pues no sé si por dicha o por desdicha, pero no mucho.

—¿Y cómo es que con eso te pudo hacer daño?

—Pues por no saber.

—¿Cómo que no sabía? ¿Un marino de treinta y dos añazos?

—Como lo estás oyendo. Me lo dijo al final, disculpándose por la carnicería: esa noche no solo debutaba yo. Él, también.

—*Valga'm Déu!* —Queralt, atónita, se llevaba las manos a la cabeza—. Y luego, ¿qué pasó? ¿Volvió a la carga?

—Pues no. Se quedó frito, roncando como un cabestro.

—¿Y tú?

—Pues hecha una Magdalena, pero con cuidado de no hacer ruido, por si se despertaba y seguía donde lo dejó. Un temor inútil, porque no es de los que recargan la pieza en cinco minutos. Lo suyo es cinco días, si hay suerte.

—¿Por qué? No es tan mayor.

—No me lo ha dicho, pero intuyo que se trata del pecado. Es tan meapilas, tan chupacirios, que la cosa sexual no es más, para él, que un conjunto de cochinas

con el que hay que transigir si se quieren dar marineritos a la patria. Para que te hagas una idea: no he conseguido que me vea desnuda. En el asunto, siempre con el camisón y él con el pijama. Y la luz apagada. Lo de arrancarme las bragas con los dientes —Queralt reía, bajito pero sin poderse contener; no habría debido ser tan explícita cuando le contó eso— no está en las ordenanzas navales.

—Será en las españolas.

—Será eso, sí —suspiraba—. Lo único que me ha dicho es que para la cosa de la procreación hay que dejar pasar no menos de cinco días, porque si no el caldillo sale muy aguado. De ahí que se aguante las ganas, si es que las tiene.

—¿Y si hace las cosas así por qué aún no estás preñada?

—Esa es otra: cuando al fin se anima no tiene control sobre sí mismo, de modo que la mitad de las veces hace fuego antes de cuando debería, y lejos de donde debería. Creo que se dice...*ejaculatio ante portas*, o algo así. Me lo dijo mi ginecólogo hace días. Fui a verle temiendo que no quedarme fuera por mi culpa. Me hizo contarle de pe a pa lo que hacíamos, y aunque me daba vergüenza se lo expliqué, pero no me dijo nada de interés. Solo que tuviera paciencia y cariño, y no dejara que me asaltaran los nervios. Según me contaba todo eso yo no podía sacar los ojos del crucifijo que tenía sobre la mesa. Qué podría decir él, pensaba yo, si también era de la cofradía. La de los píos.

—Pues podrías tomar tú la iniciativa y enseñarle a follar como Dios manda. No es nada difícil.

Por la cara que ponía Meritxell, Queralt deducía que no se veía predicando a su marido las ciencias amoratorias.

—¿Dónde aprendió tu Rolf? ¿Se lo preguntaste?

—No hacía falta. Se le notaba un entrenamiento exhaustivo, muy profesional. Para las cosas serias, nada de aficionadas.

—¿Y eso no te decepcionó?

—Para nada. El sexo es algo que se aprende. Mejor un hombre que ya venga enseñado que uno al que tengas que contárselo todo, sobre todo si tú tampoco sabes nada.

Meritxell asentía, la expresión un punto perdida y la mirada fija en ninguna parte.

—¿Tú aún le quieres?

Se lo pensó, un largo minuto.

—No sé si alguna vez le he querido, y tampoco sé si de veras siento algo por él. Es tan distinto al marino encantador que me hacía la corte, que me mandaba flores, que me decía cosas galantes... ¿Cómo empezaste tú con el tuyo?

—¿No te lo conté?

—Sí, pero no fuiste muy explícita, que digamos.

Queralt se lo pensó, para decidir que con todo lo que ya le había contado, no pasaría nada por explicar eso también.

—Fui a buscarle a la estación el día que se cargaron a Canalejas. Comí con él, cené con él, me acompañó a casa... Bueno, eso lo sabes. Al día siguiente fui a

buscarle a su hotel. Ya junto a su barco, nos despedíamos al pie de la escala..., cuando me agarra del culo y me planta un beso de los que no se acaban nunca.

Meritxell, involuntariamente, se desorbitó de mirada.

—¿Y no le diste una bofetada?

—¿Por qué? Si lo estaba deseando. Y el muy cabrito se daba cuenta. Sabe mucho de mujeres, me parece. Y eso sí que me mosquea. Por si se da con otra que le pase lo que a mí.

No pudo ser más de verdad que lo estaba deseando. Como lo seguía deseando nueve meses después, embarcada en un tren bamboleante que ya dejaba Figueras atrás. La pesadilla ferroviaria no había hecho más que comenzar, pero si los dioses lo quisieran, hasta la Staatsbahnhof de Viena y los brazos de su novio solo faltaban cuarenta y seis horas.

Para la gran habitación con baño y cama de matrimonio del Hotel Sacher, una o dos más.

## Viernes, 12 de septiembre de 1913

Les parecía increíble, pero siendo aquel su quinto día en Viena, y viviendo en el Sacher, aún no habían catado la *sachertorte*, la famosa tarta de chocolate y mermelada de albaricoque que la desdichada káiserin Elisabeth, Sissi para las noveluchas estúpidas, se zampaba de incógnito cuando pecaba contra la dieta. Se aplicaban a eso tras haber vuelto del Musikverein, donde asistieron a un ensayo de la Wiener Philharmoniker, empeñada en que sonase como era debido el *Allegro molto vivace* de la Patética, cuando menos a las exigentes orejas del Kapellmeister Weingartner. No era un ensayo abierto al público, pero el director del Sacher les había conseguido un pase de proscenio, del tipo «solo para gente importante».

—Hoy te has aburrido.

Lo decía según recortaba con su tenedor un pedacito de aquel pecado contra las caderas. Por fortuna, se decía en un vaivén de su mente iconoclasta, todavía tenía margen.

—No es así. Solo pasaba que tenía un poquito de sueño.

—Si durmieras más tendrías algo menos, y si me dejaras dormir yo también estaría más despierta.

—No te habías quejado.

—Y no lo hago. Me limito a constatar un hecho.

—¿Preferirías que durmiéramos más?

—De ninguna de las maneras. Estamos muy bien así.

Se sonreían, felices, casi al tiempo de seguir masticando. Rara vez se preguntaban qué hacer a continuación. Queralt se había hecho con un mapa y una guía, y con ambos en la mano precedía como una suerte de Aufklärungsstreitkräfte. En cuanto al encantado Rolf, se dejaba llevar. Aquella tarde saldrían a dar un paseo por los alrededores del ayuntamiento y de la Heldenplatz, para cenar en algún restaurante húngaro, regresar al hotel, ganar el dormitorio y entregarse a sí mismos con alguna urgencia. Queralt sospechaba que al día siguiente se hallaría en estado impuro, y dudaba que bajo esas condiciones ni a ella le apeteciera ni a él tampoco. En realidad, tampoco tenía esa tarde muchas ganas, aunque por la noche probablemente sucedería lo usual: una vez metidos en harina, el deseo se le despertaba en el mejor estilo de las tigresas

hambrientas.

Alguna vez se preguntaba si esa sería la clave de la felicidad conyugal, para responderse que no. Sin eso, y a sus edades, sería difícil que la hubiera, pero solo con eso resultaría imposible. A esa convicción se debía que alguna que otra vez, por lo general en momentos de soledad y hacer fuerza, especulara sobre una posible vida en común con el perfecto caballero del presente. No siempre le salía un «por qué no», ni un por qué no podrían seguir así hasta que la vida les permitiera estabilizarse, aunque desde ahí prefería no especular. Más prudente sería exprimir la dicha de aquellos días perfectos, y una vez en Barcelona pensar de un modo más serio. A eso se debió su sorpresa cuando, sin previo aviso, Rolf se arrancó en el que ya sabía ella era su estilo natural, tanto para lo profesional como para todo lo demás; directo, preciso y sin engolamiento alguno.

—Si algo no quiero, en esta vida, es despertar por la mañana sin sentir tu hocico enterrado en mi sobaco y sin tu mano plantada en las joyas de mi corona.

Queralt se echó a reír, aunque también se sonrojó un poquito. Era verdad que la luz del sol solía sorprenderlos así, desnudos y abrazados de un modo indecoroso, pero le desconcertaba la objetiva forma en que Rolf aireaba el fenómeno.

—Cuando esté a bordo de un barco, en el mar, no me quedará otra que aguantarme, pero en tierra la idea de no poder comenzar así los días me resulta muy penosa.

—¿Has pensado algo, para remediarlo?

—De momento me limito a poner juntos los ingredientes, aunque hay algo evidente: tú tienes tu vida en Barcelona y yo la mía en Wilhelmshaven. Bastante lejos, la una de la otra.

—Es cierto, sí. ¿Alguna solución?

—Pues no, pero hay algo que sí es claro: para estar juntos, uno de los dos tendrá que ir a vivir con el otro.

Parecía que hablaba en serio. Se notaba en que dejaba su tenedor en el plato. Ella, instintivamente, hizo lo mismo.

—Supongo que ahora me dirás que soy yo la que debe hacer las maletas, ¿verdad?

—No. Estoy más por lo contrario. —Queralt, con los ojos como platos, demostró que sí se sorprendía—. No soy un hombre de fortuna. Vivo de mí sueldo, y el de un Oberleutnant no es gran cosa. Ninguno se casa mientras no es Kapitänleutnant. En mi caso, y en tiempo de paz, eso significa no menos de veintiocho años, con suerte. No quiero esperar tanto a que seas mi pesadilla de los amaneceres, la que me viola según se levanta el sol. Por eso estoy pensando en dejar la Marina e irme a Barcelona.

Tardó en responder. Un hombre dispuesto a dejar su carrera, que a sus veintitrés años parecía de lo más prometedora, por querer estar más tiempo con su mujer... Al decirse lo último interrumpió su razonamiento, porque le había dado un escalofrío: igual Rolf estaba disertando sobre matrimonios.

—¿Hablas en serio?

—Sí. —Su estilo nativo, sin pompa y sin énfasis; muy desconcertante para una chica que vivía en el mundo de la prosopopeya y la exuberancia, contaminado con más frecuencia de la que aceptaría por la lectura de apasionada basura romántica—. Repito que no soy un tipo de fortuna, pero mi madre tiene una. De hecho, estas vacaciones salen de mis ahorros, aunque no me habría llegado si ella no me hubiera echado una mano. Supongo que, si me retiro de la Marina, y a partir del año que viene tendría opción a ello sin perder mi derecho a una pensión cuando sea viejecito, me dejaría un dinero suficiente para buscarme la vida en Barcelona. Por lo que me han contado, y lo poco que llevo visto, vuestro puerto no solo es importante, sino que crece por momentos. Calculo que habrá hueco para un consignatario alemán con buenos contactos en Alemania, los de mi familia, y en España, los tuyos. Por eso me parece más lógica la opción de ser yo el que se mueva siguiendo a su mujer, y no al revés. Además, en Barcelona podrías trabajar conmigo, ser mi socia y no solo mi esposa —un segundo vuelco de corazón—, mientras en Wilhelmshaven lo más que podrías hacer sería dar clases en algún Gymnasium, que los hay a patadas. Cerca de las bases navales siempre hay muchísimos niños. Los marinos de guerra, por lo visto, nos reproducimos a destajo.

—Meritxell dice que lo mismo pasa en España.

No quería cambiar de tema, pero le daba un punto de pavor que Rolf se refiriese a ella en calidad de «mujer», y «esposa», sin pizca de apasionamiento. Él, por su parte, se limitó a encogerse de hombros. La demografía militar no le interesaba.

—Simplificando, en septiembre del año que viene cumpliré ocho de pertenecer a la Kaiserliche Marine, y con ello alcanzaré mi derecho a colgar el uniforme. Dado que aún falta un año, ¿qué te parecería empezar a pensarlo?

—¿Podrías ser más específico?

Se tomó unos segundos para responder. A Queralt no le alarmó; bien sabía que Rolf, siempre que se trataba de algo importante, seleccionaba con cuidado las palabras.

-Tener un marido emigrante y oficial de la KM en la reserva, viviendo en Barcelona y tratando de abrirse camino en el enrevesado negocio de la consignación naval.

No le llevó muchos segundos decidir que lo mejor sería dejarse llevar. Para volverse atrás siempre tendría tiempo.

—¿Estás pidiéndome que me case contigo?

—Sí, claro. ¿No lo había hecho ya?

No era la escena ultrarromántica, con música de violines y un arcoíris flotando sobre los dos, del tipo con el que soñaba demasiado a menudo, aunque tampoco estaba mal. Para escena novelesca, la que tuvo Meritxell con Pascual. Cierto que no pudo ser más divina, más de dejarles sin respiración, a su hermana cuando la vivió y a ella cuando la escuchó, pero a la vista de cómo les iba, se quedaba con la

suya.

—¿Estás seguro?

—De mí, por supuesto. De ti, me lo tienes que decir.

No necesitó reflexionar. Las palabras le salían del alma.

—Pues bueno, vale: sí, estoy segura.

Volvieron a sonreírse, para emprenderla de nuevo con la *sachertorte*. Un detalle que a ella no se le olvidaría, y no por ella misma, sino para poderlo explicar a su hermana cuando volvieran a verse, con suerte por Navidad.

—De lo que no estoy seguro es de que nos vayan a dejar.

—¿Quiénes? Por mi familia espero cantidad de problemas, por supuesto, pero ya los resolveré. ¿Lo dices por la tuya?

—No. Mi madre ya sabe quién eres, y cómo eres, y solo quiere que vayamos a Berlín para conocerte. Ya ves, por los míos sin problemas. Los espero por la guerra. En el *Goeben* estamos convencidos de que será inevitable. Contra Francia por unas razones, contra Inglaterra por otras y contra Rusia porque hace años les atraparon en unas alianzas que no les dejarán quedarse al margen. Si se declarase antes de pasar a la reserva me tendría que quedar. Si fuera después, mi deber de patriota sería volver. Aquí, en el Mediterráneo, los embajadores se desviven para que Alemania esté bien respaldada cuando empiecen los cañonazos. Si vamos tantas veces a Italia es para reforzar a los partidarios de hacer honor a lo firmado y estar codo a codo con Alemania, Wangenheim, el de Istanbul, sostiene que, pese a las simpatías de los Paşas, y de las metedoras de pata de los ingleses, Inglaterra sigue controlando el Imperio otomano. El *Goeben*, yendo a lo nuestro, necesita tres meses en un astillero alemán, y no uno y medio en uno austríaco. Los operarios de Pola ni de lejos están al nivel de los nuestros, los de la Blohm & Voss. Tampoco el material es igual. Estamos cambiando miles de tubos, pero no son de la misma calidad que los nuestros, por que las calderas austríacas, que son pírotubulares, no los necesitan tan sólidos. En fin, que no quiero aburrirte, pero lo que más nos quita el sueño es pensar que la guerra se organice de la noche a la mañana y nos coja en medio del Mediterráneo, sin un puerto donde guarecernos y sin poder atravesar Gibraltar.

—¿Y qué sucedería?

—Los acuerdos internacionales dicen que si te quedas en un puerto neutral el buque será internado y la tripulación recluida, y tras eso a esperar que acabe la guerra, pero nosotros sabemos que si nos atraparan en Barcelona, por poner un ejemplo, los ingleses tardarían más o tardarían menos, pero acabarían por hacerse con el *Goeben*. De ahí que, aunque Trummler no lo haya dicho, lo natural será que lo volemos en alta mar.

—¿Y quién os recogería?

—Nadie. En los botes cabemos los mil y pico que somos. Desde ahí, una costa neutral. Lo malo es que, si se organiza una guerra entre la Entente y los imperios, con Italia indecisa, las únicas costas amigables serían las italianas, las españolas y

las otomanas. Quizá por eso Trummler prefiere mantenerse al este del Mediterráneo. Es lo que nos deja un mayor margen de maniobra en caso de chispazo y guerra inmediata.

La conversación se había puesto indeseablemente seria, la *sachertorte* agonizaba y Queralt quería que de nuevo saliera el sol. A eso se debió que, acercándose a su novio, murmurara:

—¿Estarías en contra de una siesta, y después pasear?

—¿Siesta con ropa?

—Sin ella.

La mirada de la chica morena de ojos grises y larga melena suelta se había vuelto definitivamente pecadora, se decía el solemne *mâitre*. Segundos después los vio levantarse y desaparecer. No le costó trabajo imaginar qué pensaban hacer.

## Jueves, 23 de octubre de 1913

Dejaron Pola sin excesiva pena, porque ofrecía pocos atractivos a unos marinos que añoraban Nápoles y Constantinopla. Cabo de Istria, cerca de Trieste, sería su fondeadero durante no se sabía cuántos días, aunque no serían muchos, porque la segunda guerra de los Balcanes había terminado y ellos tendrían que volver a mostrar la bandera por ahí. En Trieste los esperaba el Konteradmiral Souchon. Buße y Madlung le fueron a buscar en la mejor motora. Si bien los oficiales del *Goeben* no mostraban disgusto por librarse de Trummler, Wichelhausen estaba preocupado. Temía que Souchon desdeñase un oficial de información de solo veintitrés años. Verse devuelto al Reich sería trágico, pues en pocos meses Queralt sentaría sus reales en Istanbul para no menos de un año, el mismo que al *Goeben* le quedaba de misión. Si acabara en Wilhelmshaven tendría difícil verla con una frecuencia razonable. Su esperanza era que Souchon respondiese a lo que habían explicado los que sabían algo de su vida.

Nada más subir a bordo, a los briosos sonos del *Preußen Gloria*, Souchon dejó claro que nada tenía que ver con Trummler. Mandó que la tripulación formara en la toldilla —lo que jamás aquel había hecho— y como por mucho que se apretasen no cabían, autorizó que ocuparan los caparachos de Casar y de Dora, y que quien se atreviera tomase asiento sobre las piezas del 283. Él, en pie junto a la bandera popel, una vez que Philipp dijera que la dotación estaba presente y formada, pidió silencio y se presentó a sí mismo con palabras breves y sencillas, en un hablar tranquilo y pausado, calculado para ser entendido hasta por el más lento de los tripulantes. En realidad no dijo gran cosa, si bien dejó claro que la misión de la MD no variaba, que a la mañana siguiente zarparían rumbo a Corfú y que aprovecharía esa primera jornada en el mar para conocer tanto al buque como a su tripulación. A eso siguieron los vivas de rigor, por la KM, por el káiser y por la patria, y todos a sus puestos. A partir de ahí comenzaba el programa de reuniones, siendo la primera, y la que Wichelhausen más temía, con su Estado Mayor.

Buße, una vez todos sentados, presentó a su equipo, refiriendo de un modo conciso lo que hacía cada uno. Souchon escuchaba sin decir palabra y sin tomar notas, evidentemente concentrado. Solo abrió la boca tras oír que su

Nachrichtenoﬃzler era un Oberleutnant-zur-See, y fue para indicar a Buße que no necesitaba escuchar las razones de que así fuera, porque ya se las habían explicado. Tras eso añadió que su antecesor le había dado las mejores referencias de su Estado Mayor, y a él, en consecuencia, le valían todos y cada uno de sus integrantes, de modo que no habría relevos. A Wichelhausen le costó disimular un suspiro de alivio, el de ver no solo que sus temores de ser devuelto al Reich se desvanecían, sino el de intuir que Souchon sería un jefe más sencillo, más práctico y más competente, que un Trummler al que pensaba olvidar en ese mismo instante.

## Miércoles, 24 de diciembre de 1913

Llevaban cinco días en Izmir, y allí seguirían hasta celebrar el nuevo año. Izmir tenía un cuarto de millón de almas, de las que más de la mitad eran de ascendencia griega. Una primera consecuencia era que había consulado alemán. Una segunda era que la mitad de los habitantes eran cristianos. A eso se debía que Souchon la eligiera para pasar la Navidad, tras establecer un programa de bajadas a tierra que a las tripulaciones, tras dos meses de vagabundear por el Egeo, les alegró bastante. Reinaba el buen humor, estimulado por la excelente relación que sostenía el almirante con las dos tripulaciones, la del *Goeben* y la del *Breslau*, en este había hecho algo que a Trummler jamás se le ocurrió: quedarse a dormir un par de noches, inspeccionando el navío tan a fondo como hizo con su *Flaggschiff*. En el *Goeben* se le veía por todas partes, aunque sin ocupar el espacio del Kommandant. Su comportamiento, fuera de su cámara, era el de un pasajero distinguido. Souchon había estado embarcado casi toda su carrera, y conocía los malestares de los «buques blancos». De ningún modo provocaría que allí, en el *Goeben*, pasara lo usual, aunque sin renunciar a dejarse ver en los sollados, y no de almirante con bicornio, sino tocado con un sencillo *mütze* o gorro cuartelero. En sus paseos por el barco, siempre acompañado de Buße, paraba donde le daba la gana y hablaba con cualquiera, lo mismo con un maquinista que con un carbonero, un repostero, un serviola o un artillero. Una sencillez de trato consistente con su nada estirado aspecto: más bien bajo, bastante cuadrado, de gran cabeza pero de rasgos no aristocráticos, y aire general tirando a desgarrado. Le habían visto llegar luciendo un poblado bigote, pero a los pocos días les sorprendió verle impecablemente rasurado. Ni dijo por qué ni nadie osó preguntárselo, aunque a partir de Sankt Nicklaus volvió a dejárselo crecer. En aquella víspera de Navidad la pelusa que asomaba sobre su labio superior hacía pensar en un felpudo adolescente, porque a proyecto de mostacho no llegaba, lo cual se comentaba de un modo festivo, aunque con respeto. Souchon, sin que sus oficiales entendieran por qué, se había ganado a la gente.

Aquella detención de dos semanas no solo sería para pasar unas fiestas agradables. Las máquinas necesitaban un recorrido, ya que desde Istria, dos meses hacía ya, se habían dejado ver en Siros, Mersin, Iskenderun, Latakia, de

nuevo Iskenderun, Beirut, Alejandría, otra vez Iskenderun, Mersin una segunda vez, Alanya y Antalya. Salvo Alejandría, todos eran puertos otomanos. Souchon no siguió en ellos las pautas de Trummler: dejarse ver de lejos y poco más. Hacía que Wichelhausen se viera en el muelle con el previamente avisado cónsul alemán —si lo había—; después, con o sin él, se llegase a la capitanía del puerto, y tras asegurarse de que hablaba con los tipos adecuados ofreciera, en nombre del almirante jefe de la MD, una cena de gala, bajo los toldos si el tiempo acompañaba y si no en su cámara. A eso se debía que jamás habían zarpado de donde fuera sin haber visto en sus cubiertas al alcalde, al jefe de la guarnición y al capitán del puerto. Unos personajes que cuando dejaban el barco se mostraban encantados, tanto por las atenciones recibidas como por la hospitalidad y la gran amabilidad del almirante, al cual servía de intérprete un oficial que a esas alturas se defendía en un turco sencillito pero impecable. Para Souchon no solo era seguir sus órdenes, sino estrechar las relaciones con las fuerzas vivas de tantos puertos como pudiera. Como daba la guerra por segura, quería contar con atracaderos donde la MD fuera bien recibida. No solo eso: si por designio divino el Imperio otomano se alinease con el Reich, Iskenderun y Mersin serían excelentes bases para los submarinos alemanes. Souchon, un profesional de la guerra, estaba convencido de que se tardaría más o se tardaría menos, pero un día no lejano tocaría izar en el tope de sus buques la Reichskriegsflagge, o bandera de combate de la Kaiserliche Marine.

Lo de Alejandría fue distinto. Siendo un puerto egipcio, también era una base de la BMF. Siempre había buques británicos, y así sucedió, que al amanecer del cuarto de los siete días que permanecieron allí vieron llegar al crucero de batalla *Indefatigable* y al crucero acorazado *Defence*. El primero lucía la enseña del contralmirante Troubridge, segundo jefe de la BMF. Ahí Souchon demostró su talante diplomático, al enviar a Wichelhausen con una invitación a Troubridge para cenar en el *Goeben*, en devolución de la visita que meses antes hizo Trummler al vicealmirante Milne. El amable subteniente Conyngham-Denison ahora servía en el *Indefatigable*, lo que hizo el trámite muy fácil. Así, al cabo de unos minutos Troubridge hizo saber que aceptaba encantado y que se presentaría en el *Goeben* con algunos oficiales de sus dos buques, además de con unas cuantas botellas, al atardecer del día siguiente, domingo 7 de diciembre.

Fue una cena por demás agradable, sobre todo por la calidad de los vinos —españoles, comprados en Barcelona, e italianos, adquiridos en Brindisi—, el café turco, el magnífico Knockando *single-malt* que trajo Troubridge, los habanos de la reserva personal de Trummler, que había olvidado llevarse con él y, sobre todo, por la chispeante conversación. Pensando en lo último, Souchon se hizo acompañar de los oficiales con un mejor inglés. Él lo hablaba muy bien, aunque se perdía los giros coloquiales de Troubridge, que se complacía en mostrarse como hijo de la más sofisticada educación británica. Wichelhausen, que había mamado el inglés de los diplomáticos, sí los captaba, y los traducía si hacía falta, pero no al alemán, sino a un inglés menos sofisticado, menos de Gosport y más del Foreign

Office. Así, Souchon y los suyos supieron, entre otras cosas, que un ascendiente de Troubridge, *Sir Thomas*, se distinguió en Aboukir, lo que dejaba claros los respectivos abolengos navales de ambos contralmirantes. Souchon no podía presumir de antepasados que hubieran batallado en el mar, como no los tenía ningún almirante alemán. La Kaiserliche Marine, y antes la Koniglich Preußische Marine, eran demasiado jóvenes para que nadie presumiera de antepasados ilustres. Cuando menos, a flote.

Wichelhausen, pese a disfrutar la muy larga velada —bajo los toldos; hacía una divina noche de Alejandría—, tomó algunos apuntes para sí mismo. Uno era que *Sir Ernest Troubridge*, un hombre apuesto y de trato encantador, parecía un tipo con el que se puede contar cuando todo va bien, pero a saber qué pasaría si las dificultades se amontonaran. Otro, que el comandante del *Indefatigable*, capitán Charles FitzGerald Sowerby, de muy exquisitas maneras, quizás echaba en falta la vida diplomática, ya que hasta pocos meses antes era el *attaché* naval de la embajada británica en Washington. Otro más, que el comandante del *Defence*, capitán Fawcet Wray, daba el patrón de tipo hipercauteloso; nada que hiciera recordar al temerario Nelson que mandaba el *Agamemnon*. Si en el año que aún duraría la misión del *Goeben* estallara la guerra y se las vieran contra los tres agradables caballeros, bien podría suceder que, pese a contar con una fuerza muy superior, sus peculiares cualidades dejaran a la MD un hueco por el cual escapar.

Le había gustado, sobre todo, comprobar que su par en el otro lado de la mesa, el subteniente Conyngham-Denison, era un tipo magnífico, en absoluto estirado pese a ser, que así lo dejó caer Troubridge, el segundo hijo de un duque dueño de no sabía él cuántos castillos. Sentía un punto de angustia al pensar que, pudiendo llegar a ser unos amigos estupendos, de los que se disfrutaban mutuamente toda la vida, en cuestión de meses, si no semanas, podrían verse a través de las lentes de sus respectivos telémetros para después hacerse pedazos el uno al otro. Más de una vez se había preguntado si la guerra no sería, en realidad, una inmensa estupidez. Aquella noche de temperatura deliciosa, bajo la luna de Alejandría, iluminados por los farolillos que colgaban de los toldos, y explicando a Edward cómo era su novia tras saber que su amigo se acababa de prometer con una chica de Peebles, tan escocesa como él, volvió a preguntárselo, con más intensidad que jamás en su vida.

## **Viernes, 23 de enero de 1914**

Pascual y Meritxell habían llegado a media mañana, en un incómodo coche cama Saint Denis de la MZA. No era una visita sin propósito, sino antesala del viaje que semanas después emprenderían a la exótica Constantinopla. Pascual debía estar de regreso en Madrid en la mañana del lunes 26. Él solo, pues Meritxell se quedaría en Barcelona, disfrutando los mimos de su madre y sus hermanas; buena falta le hacían, pues el trámite de gestar el primero de los Moreno-Mir no le sentaba bien. Llevaba un embarazo de náuseas a todas horas e hinchazón generalizada, de modo que a Pascual no le quedó más opción que ocuparse de la fastidiosa tarea de llenar los baúles y llevar a un guardamuebles lo que no quería ceder en el alquiler de la vivienda familiar, un gran piso en la elegante calle Ayala. Tras eso, firmar el contrato de alquiler con un diplomático belga, entregarle las llaves y llegarse a Barcelona conduciendo su Mercedes, el cual viajaría con ellos a Constantinopla, o Istanbul, como en el Ministerio le recomendaban se acostumbrase a decir. Él, Meritxell, Queralt y Petra se harían a la mar algún día de febrero, aún no sabía en cuál barco. Solo que sería un mercante mixto, de carga y pasaje, y que tocarían en unos cuantos puertos antes de alcanzar Constantinopla. La selección de barco y naviera corría por cuenta del Ministerio, pero este, siguiendo una práctica de años, se inclinó por fijar un límite de coste para el servicio, dejando en libertad al interesado para que negociara lo que prefiriese, poniendo él la diferencia o quedándose con lo que sobrase, de ser el caso.

Pascual las dejó nada más llegar. Había quedado con un amigo de la Academia de San Carlos que se había pasado al sector privado. Dado el reducido número de barcos con que contaba la armada, las posibilidades de algún día mandar uno rondaban lo infinitesimal; la marina mercante, por el contrario, se desarrollaba con saludable velocidad, y por ello echaba mano de todos los tenientes de navío que podía. Su amigo había preparado una comida, en un buen restaurante, con el consignatario de la Isleña Marítima de Mallorca; esta contaba con un nuevo buque de carga y pasaje con el que inauguraría la ruta Barcelona-Mallorca-Marsella-Génova-Nápoles-Malta-El Pireo-Constantinopla. El buque *Rey Jaime I* solo desplazaba 2400 toneladas, pero podía con cien pasajeros en dos clases y mil toneladas de mercancías. Para el consignatario sería un placer conseguirle dos

camarotes de cubierta y un cuarto de baño a compartir. Uno sería para don Pascual y su señora, y el otro para su cuñada y la doncella, en el entendimiento de que a Queralt no le importaría dormir con la que veintiún años antes le cambiaba los pañales. El precio del servicio, por fin, sería mucho menor que la cifra límite fijada por la Dirección del Servicio Exterior.

Salió del restaurante muy contento, pese a la horrorosa perspectiva de navegar casi un mes con una esposa que amenazaba vomitar al niño por las amuras. Le aliviaba un tanto saber que su cuñada les ayudaría en el trance a flote y en los de instalarse, gestar y parir en una ciudad con fama de hostil. Queralt, hasta entonces, no le resultaba simpática. La tenía por respondona, obstinada, manipuladora e insumisa, lo que al decir de Meritxell le garantizaba un excelente porvenir de *tieta*, pero la mano que aceptaba echarles le granjeaba sus más fraternales sentimientos. Una Queralt que llevaba horas confesándose con su hermana, tras auxiliarla en la tercera vomitona de la jornada.

—¿Y cómo te fue por Viena?

—Ya te le dije. ¿No te acuerdas?

—Sí, pero fue por teléfono, con Pascual rondando por la casa, y así no vale, porque si me río a carcajadas se mosquea. Mientras no me lo digas mirándome a los ojitos, solas las dos, y yo pueda mearme de risa, no me lo creeré.

—Bueno, pues como quieras. Verás...

Un cuarto de hora después, la desconcertada Meritxell se retorció las manos con mezcla de asombro y espanto, aquel por lo mucho que le había hecho reír su descarada hermana, y este por la mezcla de horror y envidia que le había hecho sentir.

—¿Y de veras piensas que os saldrá bien? Si es que no puede ser una cosa más disparatada, mujer.

—Lo será, pero a nosotros nos vale.

—¿De verdad le ves viniéndose aquí? ¿Dejar su carrera para volverse un vulgar consignatario?

—Un vulgar consignatario, en Barcelona, gana diez veces más, por lo menos, que un teniente de la Marina Imperial. No creas que al acabar la *sachertorte* dejamos el asunto. No fue que ya solo habláramos de cosas prosaicas, pero de vez en cuando lo revisábamos. Entre polvo y polvo, para ser exacta.

—Jesús!

Meritxell se tapó la cara con las manos, aunque sin poder contener una nueva y estruendosa carcajada; la descarnada forma de hablar de su hermana sería de lo más basto, grosero y vituperable, pero le hacía reír como nada en este mundo, y solo ella sabía lo mucho que lo echaba en falta.

—¿Y tú qué tal estás? Por cierto, que se te han puesto unas tetas enormes. Pascual estará encantado, ¿no?

—Ni se da cuenta. De esto —se tocaba la tripa—, pues sí, claro. En su mundo ya se murmuraba. La beata de mi suegra me descomponía con su preguntita, «este mes, ¿tampoco?». Lo dijimos en Nochebuena. Ya me dejará en paz, suponía, pero

no. Debe de creer que soy de cristal, porque no para de decir a Pascual que no me deje hacer nada. Ni salir a la calle. Por eso estoy encantada de que nos larguemos. Sé que la vida en Constantinopla será difícil, aunque con tal de no aguantarlas, a ella y a mis cuñadas, menuda *penya d'escurçons*, me doy por contenta.

Queralt sabía que cuando a su hermana le asomaba el catalán era que no podía estar más cabreada.

—¿Has podido aprender algo de turco?

—No. Yo no soy como tú. Necesito un profesor. Los libros a palo seco no me sirven. Había pensado que, ahora que vamos a estar solas algo más de dos semanas, podrías enseñarme algo. Y a Petra también. ¿La ves contenta de venirse con nosotros?

—Pienso que sí. Su destino en este mundo es criar niños y niñas Mir. La perspectiva de ocuparse de tu criatura, toda para ella, le insufla vida. El viaje, cruzar el mar, una nueva casa, un nuevo país, un nuevo idioma..., pues le tiene sin cuidado.

—¿Cuántos años tiene? ¿Tú lo sabes?

Queralt se lo pensaba mientras contaba con los dedos.

—Llegó del pueblo con dieciséis, contigo de días en la cuna, o eso cuenta mamá. Tú tienes veintidós. Eso significa..., pues treinta y ocho. Una edad perfecta para volverse otomana. Habrás pensado en tener servicio indígena, ¿verdad?

—Claro, aunque no sé hasta dónde podrá pagar Pascual. Es un militar diplomático de un país pobre y de un estado tacaño. Tanto que, de chalecito con jardín, leches. Un piso, espero que grande, cerca de la embajada. Dice que será suficiente para nosotros dos, tú, lo que venga, Petra, un ayuda de cámara que además conduzca y dos criadas, pero vete tú a saber. ¿Tu Rolf te ha contado muchas cosas de Constantinopla?

—Unas cuantas. A ver, por dónde comenzaría yo...

## Miércoles, 18 de febrero de 1914

El *Goeben* quedó amarrado al muelle de los Cantieri dei Mediterrani sin apenas ayuda de los remolcadores, lo que valió al Kommandant Philipp una cálida felicitación del Konteradmiral. No era la primera vez que Souchon exhibía su gran sentido de la cortesía, pero a sus oficiales, que tenían presentes los destemplados modales de Trummler, les seguía sorprendiendo. Y encantando.

Desde que dejaran Izmir el 2 de enero habían tocado en El Píreo, Siracusa, Messina —visitaron allí al almirantísimo Augustin Boué de Lapeyrère, cuya enseña gualdrapeaba en el *cuirassé Voltaire*, Souchon se llevó a Wichelhausen, pues del almirantísimo se sabía que preferiría ser colgado a decir una palabra en la lengua de los eternos enemigos de La France—, la isla Madalena, La Spezia, Génova —se quedaron una semana, esperando al acorazado *Conte di Cavour*, en la que izaba su pabellón el jefe supremo de la Regia Marina, vicealmirante Ludovico, Duca degli Abruzzi; un tipo interesante, con más de científico que de guerrero de los mares; a Souchon le cayó estupendamente—, la isla de Santa Margherita y, al fin, Nápoles. Se quedarían un par de semanas, para regocijo de la tripulación y grandes dolores de cabeza del cónsul y del embajador, pues el programa de visitas a la MD incluía la del rey Vittorio Emanuele III, al que acompañaría su primer ministro, Giovanni Giolitti.

Todo eso implicaba una gran acumulación de trabajo para Wichelhausen, pero no le preocupaba. No había tardado en establecer con Souchon la misma relación de confianza profesional que llegó a tener con Trummler, e incluso la reforzó durante los días en La Spezia y Génova. Su almirante apenas sabía unas palabras de italiano, así que no pudo venirle mejor tener a sus órdenes un Nachrichtenoffizier que se bandeaba con soltura en el idioma. Lo aprendió de los criados y en las calles, durante los veraneos de su niñez en Positano, donde su madre tenía una villa y adonde pensaba regresar el día que sus articulaciones declararan que ya no soportaban el clima de Berlín. Una relación de confianza que le permitió plantear, con un punto de timidez, la petición de un permiso de veinticuatro horas, desde la tarde del jueves 19 hasta la cena del día siguiente. Con el *Goeben* recién llegado a puerto la sobrecarga de obligaciones aún no era grave, ya que la primera gran visita y el primer banquete no tendrían lugar antes

del 21, y la todavía no confirmada del rey sería en los primeros días de marzo, de modo que Souchon se lo concedió, aunque sin dejar de preguntar por qué lo pedía.

—Herr Admiral, mañana, día 19, fondeará en este puerto un barco español que se llama *Rey Jaime I*. Transporta mercancías y pasajeros. Uno de ellos es el recién nombrado agregado naval a la embajada española en Istanbul. Le acompañan su mujer, embarazada, y una cuñada conocida en el *Goeben*, pues trabajaba de oficial en el consulado de Barcelona; fue allí donde la conocí. Estuvo con el cónsul y el embajador durante la visita del rey Alfonso, y gracias a ella la comida no fue un desastre. Aquella noche cenamos juntos, y a los postres nos prometimos. Nos hemos visto muy poco desde aquel día. Desearíamos tener unas horas para nosotros, si usted lo autoriza.

—Algo me habían contado de la tal visita. Una mahonesa extraordinaria, ¿no? —Wichelhausen asintió—. Presente mis respetos a la bella joven. El agregado, ¿podría ser un contacto interesante, si volviéramos a tocar en Istanbul?

—Pienso que sí. Nos visitó hace un año, en Brindisi. Si ocurre lo que tememos, y si nos pilla en Istanbul, tener un contacto en la embajada de un país neutral nos podría venir bien.

—Avánceme que le invitaremos a cenar, a bordo, la próxima vez que toquemos en Istanbul. Pásenlo ustedes muy bien.

## Domingo, 15 de marzo de 1914

Souchon solía compartir sus pensamientos, o al menos una parte, con el Asto y los oficiales de su Estado Mayor. A eso se debía la unánime sospecha de que los dos últimos meses, de incierto vagabundeo por el Tirreno y el Jónico, tenían un propósito diplomático, quizás el de recordar al gobierno italiano, y a su rey, que los tratados se firman para ser cumplidos, que faltaba poco para pasar de las musas al teatro y que tanto el káiser como su *kanzler* encontraban demasiado tibio el talante del gobierno italiano. Una muestra de dicha tibieza fue la cancelación, dos días antes de la fecha comprometida, de la visita del rey Vittorio Emanuele. La excusa, transmitida por un enojado embajador Von Flotow, era una crisis parlamentaria que amenazaba dejar al primer ministro Giolitti en una incómoda minoría. El rey, por otra parte, ya de antes pensaba recibir al káiser en Venecia, de modo que cuando llegara ese momento podría satisfacer su curiosidad por el *Großer Kreuzer* el cual, como era natural, estaría cerca de su káiser cuando este pisara suelo italiano. Fuera por lo que fuese, tras dejar Nápoles, de cuyo Grand Hotel Parker's y de su habitación 109 Wichelhausen se llevaba un recuerdo muy cálido, habían tocado en Taormina, Taranto, Brindisi y Rodono, para después echar el ancla frente a la desembocadura del Bojana. De allí siguieron a Pola, con la intención de que Souchon y el anciano almirante Anton Haus, comandante en jefe de la armada austrohúngara, pudieran no solo conocerse, sino dejar establecido que, si estallara, la guerra entre la Triple Alianza y la Entente, la MD se sumaría a la flota austrohúngara. Tenía órdenes de Von Pohl de aceptar el compromiso, por mucho que los dos estuvieran convencidos de que la decisión final, el día que debieran tomarla, dependería de muchas más cosas que de lo acordado con el fósil al mando de la no despreciable armada del otro fósil, el káiser Franz-Josef.

Al día siguiente, 15 de marzo, fondeaban en Alberoni, el extremo sur del Lido de Venecia. La misión del *Goeben* durante algo más de un mes sería escoltar al SMY *Hohenzollern*, el cual ya estaba en Venecia. Si bien a Souchon no se le habían dicho las fechas exactas, sabía que Seiner Majestät, acompañado de la káiserin Auguste, llegaría en el tren imperial para días después embarcar en el yate imperial, disfrutar de un agradable crucero por el Adriático y fondear frente a la

Villa Imperial, en la isla de Corfú. La forma en que regresaría después a Berlín él no la sabía, ni le importaba. Solo tenía claro que aquel crucero sería una fuente inagotable de preocupaciones. El primer dolor de cabeza, que según Von Flotow acaecería el 26 de marzo, sería la visita del rey Vittorio Emanuele, acompañado del káiser, en la que a Souchon le tocaría mostrarles las entrañas del *Goeben*. Más allá, no sabía nada. En todo caso, que permanecer allí, anclado frente a la boca sur del Lido, a la vista de la maravillosa Venecia sin poder bajar a tierra —las órdenes de Von Pohl eran categóricas—, era un suplicio de Tántalo en versión naval.

\* \* \*

Queralt, acodada en la proa del *Rey Jaime I*, se sujetaba de un pasamanos. No era la única en hacerlo, aunque los demás eran del recio género masculino. La contemplación de Istanbul —se obstinaba en emplear el nombre que le daban los turcos—, según el barco ganaba la dársena que formaban el Bósforo y el Cuerno de Oro, era un espectáculo que justificaba soportar el tremendo frío del amanecer, el helado viento del norte y las ráfagas de nieve que barrían las cubiertas. Bien abrigada, tanto que solo se le veían los ojos, se admiraba de la extraña belleza de lo que su guía llamaba Península Histórica; quizá la tal belleza venía de ser un día por demás hostil, con gruesos nubarrones negros cubriendo casi todo el cielo, aunque con un hueco de menor espesor sobre lo que según su mapa se llamaba Kadikoy. A través del hueco los rayos de un sol aún muy bajo caían de un modo radiante sobre la ciudad amurallada, iluminando a trozos áreas no muy grandes. Regalaban, en especial, la imagen incomparable de una gran mezquita, plantada en el punto más alto de lo que veía según el *Rey Jaime I* viraba para enfilarse lo que ya sabía se llamaba Eminönü y donde muy probablemente acabaría por amarrar. Una mezquita cuyo nombre le había repetido Rolf, porque según él se veía desde toda la ciudad: Süleymaniye. La verdad, aceptaba, era que su novio era bueno en describir lugares, ambientes y edificios. Gracias a lo que a ratos perdidos le contó en el Parker's, nada de lo que veía le sorprendía, pero no por eso dejaba de admirarlo. Istanbul reunía los ingredientes necesarios para fascinar a cualquiera. Si no tanto, a una chica tan criticablemente desinhibida como ella seguro que sí.

## Sábado, 28 de marzo de 1914

Se dirigían a Corfú siguiendo al *Hohenzollern*. Llegarían a media mañana del día siguiente, con tiempo sobrado para que la pareja real desembarcara frente a su magnífica villa, la cual reunía, o eso se decía, las exquisitas condiciones de suntuosidad en que a Wilhelm II le gustaba flotar. No la disfrutaba en estricta intimidad familiar, también se decía. Solían visitarle soberanos y príncipes de sangre real, aunque parecía no hacer ascos a presidentes de repúblicas e incluso a primeros ministros, pese a lo vulgares y ordinarios que solían ser casi todos ellos.

La vida en Alberoni terminó por ser más satisfactoria de lo temido, a partir de que un incidente desgraciado llevase al káiser a dejarlos bajar a tierra. Sucedió el 21, cuando dos *vaporettos* atiborrados de pasajeros chocaron en aguas del puerto, a la vista del *Goeben*, para irse a pique acto seguido. Las autoridades portuarias los auxiliaron con la rapidez y la eficacia propias de las autoridades portuarias italianas. Pese a eso, y gracias a la fulminante intervención de las lanchas y chalupas del *Goeben*, solo se ahogaron cincuenta turistas, aunque por fortuna no de los más acaudalados; esos, como era natural, no se desplazaban en despreciables medios públicos. Fue una desgracia colosal, había unanimidad en eso, pero dado que sin la participación del *Goeben* habría sido mucho peor, la prensa local comenzó a preguntarse por qué a los heroicos tripulantes del buque alemán no se les veía por los cafés de una ciudad deseosa de mostrarles su agradecimiento. A eso se debió que dos días después los canales y los *campi* comenzaran a llenarse de atractivos y elegantes marinos *tedeschi*, exquisitamente limpios y bien uniformados, a los que se recibía en todas partes del modo más cálido. En los innumerables lupanares de la Giudecca, donde más.

También salió muy bien la visita del rey Vittorio Emanuele y la reina Elena, escoltados por el káiser y la káiserin. Fue una doble visita, ya que las soberanas mostraban interés por la parte humana del buque —cocinas, sollados, aseos y enfermería—, mientras el rey, y el káiser con él, preferían ocuparse de cañones, blindajes, máquinas y calderas. De los soberanos se ocuparon Souchon y Philipp, auxiliados por los *aides-de-camp*. De las soberanas se hizo cargo Wichelhausen, que por hablar italiano sería el más adecuado para explicar a la reina y a la emperatriz lo bien que comían, bebían, se lavaban y se vestían, y se les cuidaba

cuando enfermaban, los mil cien hombres del *Goeben*. La reina tenía cuarenta y un años, y arrastraba los efectos de cuatro partos, pero seguía siendo una mujer guapísima, lo cual se comentaba en todos los rincones del *Goeben*. La káiserin Auguste no podía competir con ella, pues los cincuenta y seis años de sus cuadernas —era un año mayor que su marido—, a los que se sumaban siete partos nada fáciles, la envejecían de un modo indisimulable, con los naturales efectos en el grado de veneración de la marinería, la cual murmuraba que, al lado de la fascinante reina Elena, parecía su abuela.

A Souchon se le dijo que la real pareja no solo dedicaría las próximas semanas a lo muelle de la vida en tierra. Pensaba efectuar excursiones de pocas noches a bordo del *Hohenzollern*. Se contaba con el *Goeben* para garantizar la seguridad del káiser y la káiserin, de modo que su tripulación jamás debería pasar una noche fuera del barco, y solo podría bajar a tierra con permiso del *aide-de-camp* del káiser. En cuanto a las obligaciones de Souchon, se contaría con él si se recibían visitas de autoridades navales o militares, de las cuales el *aide-de-camp* que le informaba no tenía idea de cuándo serían, o decía no tenerla. Por lo demás, «abúrranse ustedes lo menos que puedan», y eso fue todo. Sería un tiempo nada estimulante, aunque un hecho alteraría la fastidiosa rutina; el 4 de abril llegaría desde Venecia el nuevo comandante del *Goeben*, capitán de navío Richard Ackermann. Lo haría en el *Breslau*, que le habría recogido en Venecia. Salvo esa interrupción de la rutina, no hubo mucho más en el largo mes que el SMS *Goeben* dedicó a proteger al SMY *Hohenzollern*. Sin embargo, y contra lo que habría preferido la tripulación, los días sin misión de vigilancia no se dedicaron a holgar. Por el contrario, a la que Ackermann tenía noticias de que Seiner Majestät no necesitaba escolta, el *Goeben* aparejaba para ejercicios! En parte lo hacía por su necesidad de conocer el barco y a su tripulación, cosa que solo se comprueba en el mar, pero el motivo fundamental era lo que Souchon le dijo al poco de presentársele: venteara la guerra, y esperaba de Ackermann que cuando llegara el momento su buque se hallara en orden de combate.

En el más perfecto de los posibles.

## Jueves, 14 de mayo de 1914

Habían amarrado casi en el mismo lugar de año y medio antes. Nada más fijarse a la boya tenían a Wangenheim y a Humann subiendo por la escala. El trámite de las presentaciones fue muy rápido; tras eso Souchon fue puesto al día. En síntesis, en Constantinopla tenía lugar un duelo de influencias que rayaba en lo sangriento, con el embajador *Sir* Louis du Pan Mallet tirando de una manga del gran visir y él haciendo lo mismo de la otra. Los dos tenían en el gobierno partidarios y detractores, situación del agrado del gran visir, ya que de aquella competición en hacerse querer solo podían salir ventajas y beneficios para el Imperio. A la cabeza de los proalemanes se situaba el príncipe Enver Paşa. El tratamiento de Alteza Imperial lo ganó hacía dos meses, al casarse con una diminuta princesa de veintitrés añitos —él tenía treinta y siete y tampoco era muy grande— llamada Emine Naciye, hija del príncipe Süleyman y nieta del llorado sultán Abdülmecid I. Así se consumó su ingreso en la familia real en calidad de *damat*, un término sin equivalencia en alemán, aunque podría traducirse por «el que pega el braguetazo». Lo cierto era que Ismail Enver había pegado uno colosal, pues no solo se invulnerabilizaba frente a cualquier asechanza social o económica —la minúscula Emine Naciye venía con una inmensa dote—, sino que se afianzaba sobre sus hasta entonces iguales Cemal Paşa y Talat Paşa, y de paso se blindaba frente el gran visir Said Halim. Gracias a tan afortunado matrimonio, era el indiscutible hombre fuerte del Imperio, llamado a ser el próximo gran visir.

Souchon escuchaba en silencio, flanqueado por Buße, sus tenientes de navío, el oficial de información, el capitán Ackermann y el primer oficial Madlung. Hasta ese momento le sonaba casi todo, pues Wichelhausen le tenía bien al corriente.

Aunque un tanto disminuida desde que la CUP tomara el poder, la influencia británica seguía siendo dominante, sobre todo en la Marina. En esta, y aunque con bastante repugnancia por parte de Enver Paşa, pero con el apoyo del ministro Cemal Paşa, la presencia de una fuerte comisión de ayuda para la modernización, presidida por el contralmirante *Sir* Arthur Limpus, desde 1912 hacía sentir su peso entre los almirantes otomanos. *Sir* Arthur era un especialista en infraestructuras, y como tal aplicaba sus conocimientos, y los del numeroso personal británico a

sus órdenes, en adaptar los recursos industriales otomanos a la próxima entrega de dos acorazados construidos en astilleros británicos. Fueron adquiridos tras grandes sacrificios económicos, hasta el punto de que buena parte de su precio se pagó con loterías populares. Contar con ellos consolidaba el resurgir de la vapuleada dignidad imperial, tan grande que, por mucho que fastidiase a Enver Paşa, rompía en favor de Inglaterra el equilibrio de simpatías en el gobierno del sultán. Se suponía que ganarían aguas otomanas en tres o cuatro meses, y hasta se decía que Mallet se las compuso para que a la ceremonia de recepción de la primera nave, que para el Imperio otomano sería un acontecimiento histórico, asistiera el rey George V, acompañado de los pesos pesados de su gobierno: el primer ministro Herbert Asquith, el secretario de Asuntos Exteriores Edward Grey y el primer lord del Almirantazgo, Winston Churchill.

El más potente de los buques, el *Reşadiye*, era otomano desde nada más tenderse su quilla. Lo habría sido también un gemelo suyo que no llegó a iniciarse por insuficiencia presupuestaria. Dado que seguía siendo necesario un segundo acorazado, Cemal Paşa sondeó la posibilidad de hacerse con alguno de los que se construían en Inglaterra por cuenta de las marinas chilena y brasileña. No tardó en llegar a un acuerdo con Brasil, en virtud del cual un acorazado en fase de armamento, llamado *Rio do Janeiro* y que la marina brasileña no podía pagar por culpa de la caída del precio del caucho, sería transferido a la otomana bajo el nombre *Sultán Osmân-ı Ewel*. Le faltaba más para quedar terminado que al *Reşadiye*; aun así, se daba por seguro que fondearía frente a Karaköy en septiembre de 1914. Por si eso fuera poco, el 23 de abril se acordó con Armstrong-Whitworth la construcción de un segundo *Reşadiye* que se llamaría *Fatih*, dos cruceros ligeros, cuatro destructores y dos submarinos. Según esos planes, la quilla del *Fatih* se arbolaría en una ceremonia programada para el 11 de junio. Igualmente, a primeros de julio zarparía para Barrow-in-Furness, donde se construía el *Reşadiye* y se haría lo mismo con el *Fatih*, el transporte *Reşid Paşa*, con quinientos tripulantes a bordo, los necesarios para que el *Reşadiye* llegase a Istanbul a primeros de agosto. Un segundo barco, de nombre *Neşid Paşa*, y también con quinientos oficiales y marineros, zarparía de Iskenderun a mediados de julio rumbo a Newcastle, para tripular el *Sultán Osmân-ı Ewel*. Los partidarios de ligar la suerte del Imperio a la de Inglaterra se mostraban exultantes, y muy alicaídos los que preferían al Deutsches Reich, y eso a pesar de que habían vuelto a comunicarse con este por ferrocarril, ya que durante las guerras balcánicas la línea Viena-Budapest-Bucarest-Istanbul quedó cortada en Bucarest. La restauración del servicio era crucial para el Imperio, pues al ser los mares una propiedad británica, lo que no contradecía ni el más firme partidario de Alemania, la capacidad de importar y exportar por tierra era una garantía de independencia.

Si en lo naval prevalecía lo inglés, en tierra sucedía lo contrario, gracias a la

decisiva influencia del príncipe Ismail Enver Paşa, que había pedido al káiser, en un viaje relámpago a Berlín, un apoyo militar de gran envergadura, con objeto de analizar el estado de los ejércitos otomanos y proponer mejoras en cuanto a organización, adiestramiento, equipamiento, armamento e infraestructuras. El káiser respondió de inmediato, creando la misión y poniendo a su frente a un hombre de su confianza, el teniente general Otto Liman von Sanders, el cual necesitó muy pocos días para ganarse la confianza de sus contrapartes otomanos, tanto por hablar su idioma como por su actitud y sus modales, mucho más cercanos que los de *Sir Arthur*, incapaz de decir «buenos días» sin asistencia de intérprete.

La conclusión de Wangenheim era que no podía contarse con que el Imperio otomano se alineara con la Triple Alianza si estallaba la guerra con la Entente. No mientras el peso de Inglaterra siguiera siendo decisivo. Una vez llegaran el *Reşadiye* y el *Sultán Osmán-ı Ewel*, dicho peso sería imposible de contrarrestar. Aun así convenía mantener la excelente relación con los tres Paşas, para contar, cuando menos, con que su neutralidad, tras estallar la guerra, fuera del tipo que cierra el Bósforo al contrabando militar. Con ese motivo les anunciaba que al día siguiente, viernes 15, el ministro Cemal Paşa visitaría el *Goeben*. Aún más importante sería la cena del sábado 16, la que daría en su palacio el príncipe Enver Paşa en honor del Konteradmiral Souchon, el Kommandant Ackermann y los oficiales que les acompañasen. Tras eso la MD no quedaría libre para zarpar y desaparecer, pues el sultán Mehmed deseaba conocer al Konteradmiral, y a tal fin le recibiría en audiencia, en compañía del embajador Wangenheim, a mediodía del viernes 22, en su colosal palacio de Dolmabahçe. Tras eso, las obligaciones de la MD en Istanbul, cuando menos hasta otoño, habrían concluido.

\* \* \*

Souchon, Ackermann y Wangenheim se despedían en la toldilla. Humann y Wichelhausen conversaban, algo apartados. Así el segundo supo que la vida de su prometida era incómoda, por cuestiones de intendencia que a su cuñado le superaban. Pese a eso, Queralt, que a Humann no había podido caerle mejor, hasta el punto de que si fuese alemana le ofrecería un empleo, esperaba ver pronto a su novio, y ya se las apañaría Humann para que supiera dónde y cuándo. Él sugería el excelente Pera Palas Oteli, el más de lujo de Istanbul y que fue, a su entrada en servicio —finales del XIX—, el primer hotel de la ciudad que contaba con iluminación eléctrica y agua caliente en las habitaciones. A causa de tales virtudes, y algunas más, el general Liman von Sanders había plantado la tienda en una de sus *suites*, pese a disponer de un *yali*. Si Wichelhausen lograba camelar a Souchon, Humann le conseguiría una reserva para dos noches. De postre le

recomendaba visitar al capitán Moreno, para invitarle a cenar en el *Goeben*, tal y como dijo Souchon. Si todo iba bien, y se apuntaban no solo el capitán, sino el embajador y los consejeros ya presentes en Istanbul, él se las compondría para que Wangenheim y él mismo fueran de la partida. Con eso, pensaba él, su idilio con la estupenda *senyoreta* se vería tan favorecido que las cosas les resultarían más fáciles, cosa que les vendría bien sí, como él profetizaba, el *Goeben* estaba destinado a tener amarradero fijo frente al sucio, caótico y ruinoso Karaköy.

\* \* \*

Queralt, reclinada en un sofá con largos y no muy limpios años de servicio, aparentaba leer un artículo de Julio Camba, «Los Bailes de Carnaval», fechado en Berlín y que se publicaba en el último *Blanco y Negro* llegado a la embajada, pero en realidad observaba con disimulo a su hermana y a su cuñado, dedicados por entonces a su entretenimiento favorito: discutir. En esa ocasión confrontaban sus criterios sobre las reducidas dimensiones del piso que les había buscado el incompetente mayordomo de la embajada, las cuales se complementaban con una suciedad de lustros, un errático suministro de agua caliente y un hedor insoportable que subía no se sabía si por los patios, las cañerías o directamente de la calle, una polvorienta, ruidosa y fétida Meçrutiyet Caddesi en cuyo número 74, tercero sin ascensor, había Pascual encontrado el purgatorio, y Meritxell el infierno.

Era la hora que los ingleses recomendaban para beberse una taza de té, y eso hacían, aunque no el civilizado Earl Grey que trasegaban en el *Rey Jaime I*. Era un té de manzana intrusivamente aromático, fortísimo, tanto que a Meritxell le provocaba unas arcadas que, pese a ir ya por el sexto mes, no le abandonaban. Una hora que sería la de haber llegado del trabajo si Pascual disfrutase de algo a lo que pudiera llamarse así, pero el caso era que no tenía, o no el suficiente, hasta el punto de que todos los días le tenían de vuelta poco después de mediodía, para comer, discutir, echarse la siesta, levantarse, discutir, merendar, discutir, salir a pasear —en silencio—, tomar algún batido de frutas en una de las agradables terrazas de Beyoğlu —el único lugar donde no discutían, quizá porque Pascual, cuando salía con sus *mujeres*, permanecía en guardia todo el tiempo— y volver a casa, para cenar, discutir un poquito más y quedarse a solas en lo que llamaba «su despacho», mientras Queralt hacía lo posible por consolar a una Meritxell que no cesaba de lamentar haber seguido a su marido a ese fragante culo del mundo, con lo felices que serían las dos en su amplio y bonito dormitorio, con su estupendo cuarto de baño donde jamás faltaba el agua caliente, y donde podían pasear vestidas como les diese la gana, y no como en aquella Constantinopla repugnante, con el pelo cubierto por un hiyab que, más que un velo, era una invitación a criar

piojos. Meritxell no podía estar más hasta el gorro, y consolarla no era cosa que pudiera realizar con la debida convicción, pues ella también lo estaba, si bien que por razones distintas. La principal, que si Pascual tenía «despacho» era por haberse visto ella en la obligación de dormir con Petra, que aun siendo la persona más dócil, limpia y silenciosa del universo, no dejaba de ser una mujer que la observaría con estupor si ella dedicara unos minutos al placer de recordar, y al aún más pecaminoso de imaginar. Ambos pasatiempos, qué remedio, los había relegado a la bañera, si el agua no se cortaba en mitad del llenado y si lo que brotaba del *rubinetto* no se volvía de un marrón pestilente. También le abatía el pésimo humor de su hermana, en trance de volverse una bruja insufrible, y no solo para su desventurado esposo, sino para ella. Era inocente de sus muchos males, pero aun así se tragaba sus infinitos despechos, sus pavorosas frustraciones y su muy penoso estreñimiento. Este lo achacaba, quizá con razón, a la comida turca, tan especiada que para un tubo digestivo tan delicado como el suyo resultaba indigerible; lo peor era su displicente pasar por alto que la despreocupada Queralt comía de todo sin por eso dejar de funcionar como su Vacheron & Constantin. Un reloj que le hacía sentir un punto de cercanía con los suyos, los que dejó en Barcelona por apoyar a su desvalida hermana en los penosos trances de gestar, parir y amamantar en un país lejano, extraño y hostil, aunque solo para Meritxell, pues ella se sentía en Istanbul tan a sus anchas como en Barcelona. La mayor diferencia estaba en las burradas que los hombres le soltaban por la calle, pues a diferencia de las que oía en su ciudad natal, las muy guturales de allí no las entendía. Su dominio del idioma, que para el poco tiempo que llevaba en Beyoğlu era notable, aún no le daba para certificar que los otomanos eran más, igual o menos cafres que los catalanes. En esas reflexiones andaba sumida, desconectada de la necesidad de cambiar de fregonas, cuando sonó el aldabón. Eso le hizo saltar del sofá como un salmón de un río, pues a pesar de que una señorita distinguida jamás debe abrir la puerta, que para eso está el servicio, ella cobijaba la secreta esperanza de que aquella tarde alguien llamaría, y que quien había dado el fuerte golpe de aldaba era el más hermoso alférez de navío del mundo entero.

—La señorita Mir, supongo.

No le dejó seguir. Prefirió lanzarse a sus brazos, los cuales la recogieron con ansia espachurrante. Solo un tiempo después, una vez aquietadas las impacientes aguas del reencuentro, el impecable alférez se atrevió a decir algo.

—No te hagas ilusiones. No he venido a raptarte. No esta tarde. Sucede que debo hablar con tu cuñado, si anda por aquí.

—¿...?

—Mi almirante y mi embajador le invitan a cenar, a él, a su propio embajador y a quienes quieran traer con ellos, esposas y cuñadas incluidas. Por el Reich formarán el Estado Mayor de la MD, los oficiales del *Goeben* y un servidor, además de un *attaché* que sospecho sueña contigo. ¿Cómo lo ves?

—Fenomenal. Sobre todo, por mi hermana. Necesita un chispazo de sentirse importante. Lo está pasando fatal, ¿sabes?

—¿La preñez?

—No. Por ahí todo va bien. Cosas del alma, diría yo. Venga, ven. Están tomando el té.

Le tomó a remolque, feliz.

## Domingo, 17 de mayo de 1914

En la toldilla del *Goeben*, con una copa de Taittinger en una mano y un cigarrillo turco en la otra, contemplando una ciudad que al atardecer era bellísima, dejándose acariciar por la brisa del Bósforo y observando a pocos metros cómo el hombre de su vida explicaba cortésmente al agregado cultural español cómo se orientaría la torre Dora si hubiera que combatir, Queralt se decía que pocas mujeres a lo largo de sus vidas habrían sentido la inmensa dicha, la inexpresable ligereza de alma que la embargaba. Lejos de tales pensamientos, pese a ser difícil no echar de vez en cuando un vistazo a la espigada, elegante y en verdad vistosa hermana política del agregado naval español, el embajador De Ory, el barón Von Wangenheim y el contralmirante Souchon, con sendas copas en sus manos, hablaban de barcos.

—¿Teme su gobierno que los dos nuevos acorazados de la marina otomana descompensen el equilibrio del Mediterráneo?

Era una pregunta como cualquier otra. Wangenheim no sentía interés por lo que pudiera pensar el gobierno español, ni sobre aquello ni sobre ninguna otra cosa. Solo intentaba determinar si Germán de Ory era un tipo lo bastante inteligente como para gastar algo de tiempo en hacerle suyo, cosa que cuando estallara la guerra podría ser de utilidad. Por lo demás, le parecía un perfecto imbécil, pero tratar amablemente con perfectos imbéciles se da en primero de ser un diplomático.

—Ignoro si mi gobierno ha pensado en eso, ni si tiene alguna intención de hacerlo. Si nuestro ministro de Marina me preguntara, y no creo que lo haga, le diría que la entrega de los dos navíos, y de catorce más que los ingleses añadieran, no alteraría el tal equilibrio, pues la marina otomana, tristemente, ni tiene hombres preparados para tripularlos más allá de salir a dar una vuelta por el Mármara, ni cuenta con instalaciones, herramientas, materiales, personal y conocimientos avanzados de moderna ingeniería naval para mantenerlos no ya en estado de servicio, sino en condiciones de combate.

Don Germán de Ory nunca lo sabría, pero acababa de ascender de perfecto imbécil a individuo interesante.

—¿Por qué piensa eso, si me permite que se lo pregunte?

No había sinuosidad diplomática en la pregunta de Souchon. Solo quería saber por qué aquel tipo lo sabía, pues hasta entonces suponía que aquello era un secreto bien guardado.

—El que lo piensa es mi agregado naval —señalaba con el dedo al que a diez metros de allí estudiaba las tuercas que sujetaban el caparacho de la torre Dora—, que hace bien su trabajo. No es que le hagan mucho caso en la Sublime Puerta —señalaba con desgana el palacio Topkapi, reluciente a la luz del sol poniente—, porque a nosotros hace siglos que dejaron de hacernos caso, pero ha sabido entenderse con algunos oficiales otomanos que hablan un francés potable, o un inglés comprensible, y así ha podido comprobar que la otomana no es una raza bien dotada para guardar secretos. Supongo que usted ya lo sabe, aunque si no fuese así le diría que bastan dos copas, y unas pocas libras esterlinas, para que todo el mundo abra su boca. Que digan o no la verdad carece de importancia. Solo es cuestión de hablar con muchos y, a la vista de lo que hayan murmurado entre todos, sacar factor común. El correspondiente a los dos acorazados es el que acabo de contarles, lo cual, mi estimado barón von Wangenheim, no creo que le coja de sorpresa.

El barón sonrió con evidente complicidad.

—No, cierto. Algo nos habían contado de todo eso.

De Ory, encantado de que un hombre tan imponente como el embajador alemán le hiciera caso, se animó a proseguir.

—Lo más grave, según creemos, es que no han construido un dique seco, y sin eso a ver cómo van a mantener dos naves de veintitantas mil toneladas. Dicen que con el dique flotante que tienen allí se las pueden apañar —señalaba en la dirección de Ístinye, invisible desde la toldilla del *Goeben*—, pero mi agregado y yo lo encontramos dudoso.

Wangenheim, tras una veloz evaluación, decidió que una leve indiscreción bien valía ganarse al embajador español.

—Hacen bien. Es un dique para un crucero ligero cuya eslora no supere los cien metros, ni su manga los veinte. Los *King George V* son tan grandes como el *Goeben*. Está usted en lo cierto, Germán. Los otomanos van a sacar un partido de sus acorazados similar al que sacaron del *Barbaros Hayreddin*.

—No sé qué diablos es un *Barbaros Hayreddin*.

El barón y el almirante se miraron, sonrientes. Les gustaba el estilo del embajador español. Por lo demás, lo que parecía preguntar caía en el área de conocimientos del segundo.

—El *Barbaros Hayreddin* y uno parecido, el *Turgut Reis*...

## Lunes, 18 de mayo de 1914

Queralt se había despertado como a Rolf le gustaba ensoñar: bajo el sol de un alba tibia, el hocico enterrado en el peludo sobaco de su hombre y su mano más hábil peligrosamente cerca de las joyas de la corona. La cama, en verdad grande, se daba un aire a un campo de batalla, los dos apenas tapados por una sábana emburruñada. Un momento de gloria y esplendor amoroso que la mujer adoraba estirar, pero la naturaleza es implacable, sobre todo con las vejigas femeninas, de modo que con gran cuidado se desacopló lo suficiente para incorporarse sin miedo a despertar al hermoso durmiente. Desde ahí, una docena de pasos inseguros y a salvo en un cuarto de baño no solo limpio, amplio y luminoso, sino europeo. Eso, para ella, era de agradecer, pues el estilo turco de aliviarse no le gustaba mucho. Era de natural flexible y adaptable a casi todo, aunque verse acuclillada en el momento de hacer fuerza lo encontraba patético. Y ridículo. Peor aún, de lo más disfuncional. En su opinión, determinados actos naturales suelen requerir una cierta concentración, la cual no se alcanza por las buenas, sino tras un proceso de reflexión en el cual se agradece contar con un *Blanco y Negro*. Tal proceso era incompatible con verse cual ave de corral encaramada en palo de gallinero, con la fatal consecuencia de que a menudo el intento abortaba por la imposibilidad de mantener más allá de dos minutos una postura definitivamente infrahumana. En su caso, y aun así, los dos minutos solían bastar, aunque no en el de su hermana. Quizás eso contribuía de un modo decisivo a su pertinaz bloqueo aliviatrix, con las subsiguientes molestias y servidumbres inducidas, siendo la peor el pésimo humor que le provocaba cada intento fallido. A ella no le pasaba eso, pero aun así agradecía sentarse como una persona y entenderse con la naturaleza como toda buena señorita de clase alta, que para eso lo era. O lo había sido, en Barcelona. En Istanbul no estaba segura de pertenecer a ninguna clase alta. Era familia de un alto funcionario diplomático, sí, pero de una paupérrima potencia de segundo nivel. La consecuencia, por lo menos a efectos de reconocimiento social, era tristísima: en los dos meses que llevaban varados en el siniestro piso de la Meçrutiyet Caddesi, el de un único aseo y por si fuese poco a la turca, solo una vez asistieron a una recepción de corte diplomático, y con reservas, pues no tuvo lugar en ninguna embajada, sino en un barco de guerra y

sospechaba que no por méritos patrios, sino gracias al idilio que sostenía ella con su oficial de información. Por lo demás, aún estaba por verse que del agregado naval a la embajada española hubiera ser alguno en Constantinopla que se acordase.

\* \* \*

La terraza del Pera Palas, si hacía buen tiempo, era un lugar ideal para desayunar, y no solo por lo bueno que solía estar todo, sino por las vistas pasmosas a la ribera sur del Cuerno de Oro. Los dos se acostumbraron en el Sacher a desayunar en el comedor, por evitar el sofoco de que las camareras mirasen con reprobación el campo de Agramante que solían dejar tras una noche apasionada. En cambio, cenar cualquier cosa que les subiera el servicio de habitaciones sí les gustaba, por el inmenso placer de quitárselo todo nada más desaparecer el tal servicio y sentarse a engullir al modo de Adán y Eva. Quizá lo hicieran esa noche, pero Queralt no quería pensar en eso. Era consciente de que tras aquel breve parpadeo el *Goeben* dejaría Istanbul por un tiempo imprecisable, quizá para siempre, si era cierto que se pensaba sustituirlo por el *Moltke*, y ella se quedaría desamparada y perdida en el horrible piso de cagar en cuclillas. Lo peor de todo era saber que, por mucho que se lo pidieran el cuerpo y el alma, no podría desertar al menos en seis meses. Tres, los que faltaban para el parto. Tres más, hasta que Meritxell se sintiera lo bastante fuerte para decirle adiós con la mayor pena que pudiese fingir y volver a una Barcelona que recordaba como el no va más de la civilización. Faltaba mucho para eso, y no parecía prometedor. Si el *Goeben* recuperaba su boya en Wilhelmshaven ella tendría que replantearse su vida. Que la quería pasar con Rolf estaba fuera de discusión, y pensaba que para él también, pero una cosa era la mutua voluntad y otra los obstáculos que deberían superar, bien para volverse alemana y ser la feliz, muy disciplinada esposa de un alférez de navío en Wilhelmshaven, bien para ser la encantada socia de un consignatario alemán reciclado en catalán y acreditado en Barcelona. En cualquier caso, concluyó al ver llegar al camarero con una gran bandeja, no era una cosa que debiera pensar ese día. Era mejor decidir qué harían tras despachar el copioso desayuno que había pedido Rolf y el algo menos truculento con que se conformaba ella. Quizá podrían pasear por la Constantinopla de los visitantes ociosos, los que solo entendían de mezquitas y museos. Los dos ya lo habían hecho, aunque por separado. Rolf y Mutz disfrazados de civiles, y ella y Meritxell de musulmanas, en ambos casos para no sufrir miradas suspicaces. Quizá fuera por eso que le apeteciera llegarse a Sultanahmed en su precioso vestido rojo fuego, bajo su pamea y su sombrilla, bien asida del imponente Oberleutnant-zur-See. En esas fachas nadie se metería con ellos, aunque si alguien se lo planteara debería echar un vistazo al cinturón del teniente, de donde pendía la funda de

una Luger Marinepistole 04, el arma de los oficiales de la Kaiserliche Marine.

—¿Tú también piensas que habrá guerra?

—No me atrevo a opinar. Lo más que puedo decir es que los indicios casan unos con otros, sin que falle uno.

Lo decía con sencillez, sin emoción. Ella sabía que la procesión iba por dentro. Las horas que habían pasado juntos no eran tantas como para decir que lo conocía como si lo hubiera parido, pero los intensos días de Viena le habían servido para detectar si estaba o no preocupado. Aquella mañana lo estaba, pese a que jamás lo confesaría.

—¿Cuándo será?

—Ni la menor idea. La situación europea, dice Souchon, es la de un pañol de cordita en pleno verano. Una chispa bastaría para que todo saltara por los aires. Hace dos años, en la primera guerra balcánica, estuvo cerca de saltar, pero Tirpitz la paró al decir a Bethmann-Hollweg que la KM no estaba lista, por el ensanchamiento del canal de Kiel y porque no se habían recibido los barcos de los programas de 1910 y 1911, necesarios para tener alguna oportunidad frente a la Royal Navy.

—¿Hoy ya no pasa eso?

—No. El canal se reinaugura el mes que viene, y los barcos que aún faltan, el *Derfflinger*, el *Kronprinz*, el *Konig*, el *Markgraf* y el *Großer Kuifürst*, estarán listos en tres o cuatro meses.

—Si la chispa saltase hoy, ¿los otomanos se os unirían?

—Es improbable. Los ingleses, ya oíste anoche a Wangenheim, les tienen cogidos de sus partes nobles. Las económicas. No tanto como para que se pongan de su lado, pero sí para impedir que se pongan del nuestro. Mucho tendrían que meter la pata para que así fuese, y cuesta imaginar a un gobierno inglés, con su experiencia de siglos, cagándola de un modo tal que a estos —señalaba en derredor— les dé por venirse con nosotros.

—Pero no es imposible.

—No, cierto. Nada lo es. Supongo que por eso nos tienen aquí, con la falta que hacemos en la *Aufklärungsstreitkräfte*.

Queralt renunció a saber qué diablos sería eso.

—Si brotara el chispazo, ¿volveríais aquí?

—Dependería de dónde nos pillara.

Queralt intuía que Rolf no podía dar detalles de los planes que tuvieran. Jamás lo había hecho, pero ella no dejaba de ser familia del agregado naval de una potencia extranjera, y por tanto sospechosa de oír para la tal potencia, o para otras. De ningún modo quería que su novio se pudiera mosquear; ella solo pretendía saber cuándo podría, una vez se despidieran al día siguiente, volver a despertar con el hocico en su pecho.

—Me gustaría volver a ver la Mezquita Azul.

Él no dijo nada. Se limitó a levantarse, muy disciplinado.

## Martes, 19 de mayo de 1914

Un Wichelhausen entristecido esperaba en Karaköy la llegada de un lanchón, el que a las diez de la mañana llevaría de regreso al *Goeben* a los tripulantes que habían disfrutado un permiso de veinticuatro horas. Estaba tan concentrado en dar con una excusa que le permitiera disfrutar unas pocas más en tierra, que no se apercibía de que los marineros repartidos por el muelle oteaban al noreste con gesto preocupado. Cuando reparó en el hecho no le costó entender: una densa columna de humo se alzaba no muy lejos, en algún punto cercano al Bósforo. Casi al mismo tiempo se acercaba el lanchón, aunque las voces que les llegaban no eran las usuales, las de apremiar. Sonaban distintas, muy fuertes, hasta el punto de que aun antes de amarrar ya distinguía la en verdad poderosa voz de un contramaestre que pedía voluntarios para combatir un incendio que amenazaba la ciudad. La respuesta fue unánime por parte de los que aguardaban en el muelle, como ya lo fue la de quienes descendían, con aire resuelto, no de uno, sino de tres lanchones, totalizando ciento cincuenta hombres entre los unos y los otros. Muchos eran fogoneros y carboneros tiznados de carbón, lo cual les confería un aspecto terrible. Cargaban con los útiles de vérselas con incendios, el horror más temido en un buque de guerra: cuerdas, hachas, escalas y mangueras. Encabezados por dos policías otomanos que habían pedido ayuda en el *Goeben*, rompieron marcha rumbo al incendio, con dos oficiales al frente. Uno, un teniente que había venido en el primer lanchón; el otro, un Wichelhausen resuelto a cumplir con el deber de los oficiales de la KM cuando fondean en puertos extranjeros: colaborar en toda catástrofe que acaezca, como si aquello, en lugar de Beyoğlu, fuera Kiel.

El incendio devoraba un cuartel construido por ingenieros franceses durante la guerra de Crimea. Su estructura era de madera, por lo que no solo ardía como una tea, sino que se derrumbaba por momentos. En su cualidad de cuartel estaba deshabitado, pero su enfermería rebosaba. Los bomberos, que no eran muchos, hacían lo que podían frente a unas llamaradas incontenibles; los pocos soldados de la guarnición se afanaban en sacar del inmenso fogón a los doscientos internos del hospital, así como a varias docenas de arrestados de los que casi nadie se

acordaba. Los marinos del *Goeben*, encabezados por el único de sus oficiales capaz de comprender a los desbordados bomberos y de sincronizarse con la desorganizada tropa otomana, se concentraban en la enfermería con disciplina ejemplar, tan ejemplar que no les dejó ponerse a salvo cuando uno de los techados empezó a desplomarse. Desde ahí, la prioridad de los supervivientes fue auxiliar a sus camaradas, unos aplastados, otros abrasados y buena parte ambas cosas. Dos suboficiales y tres marineros fueron extraídos con aspecto de no seguir mucho más entre los vivos; una docena más mostraban evidencias de no tenerlo mucho mejor. Wichelhausen, a quien una viga le falló por centímetros la cabeza, pese a todo no salió muy mal librado; apenas un antebrazo tolerablemente achicharrado y un uniforme irrecuperable. Al tiempo, y ya evacuado, el en otro tiempo airoso cuartel de Taçkiçla'da terminaba de venirse abajo entre llamas, humo y nubes de polvo. Ya solo era cosa de concentrar los esfuerzos de los bomberos y los soldados, así como los de numerosos marinos procedentes de otros barcos, en evitar que las llamas se contagiaran al vecino Beyoğlu. Pasadas dos horas se dio por alcanzado el objetivo, con el explicable alivio de la multitud. A la llegada de los representantes del gobierno, Talat Pasa en cabeza, los más graves ya estaban en un hospital; con ellos, los cinco marinos de peor pronóstico, a los que se sumaron varios de sus compañeros, encabezados por el chamuscado Wichelhausen, para no dejarlos solos frente a la sospechosa medicina otomana. Una vez desinfectado y vendado por un enfermero de gran mostacho, se cuadró frente al ministro de la Guerra, que no podía dejar de personarse donde un incendio había liquidado veinte soldados otomanos, siete bomberos y tres marinos alemanes. Al verse frente al altísimo teniente —había treinta centímetros de diferencia entre los dos—, le reconoció en el acto, pues era de los que tres días antes habían cenado en su palacio con Souchon, el cual presenciaba la escena con marcial solemnidad. Eso le valió, a Wichelhausen, un abrazo a la turca inmortalizado por los fotógrafos que perseguían a Enver Paşa como los peces piloto a los tiburones. El *Nachrichtenoﬃzierung* se lo tomó con indiferencia. Su mente, distraída, se concentraba en que ya tenía la excusa para otras dos noches en el Pera Palas.

## Viernes, 22 de mayo de 1914

Las noches fueron tres. La primera se debió a que Souchon, preocupado por su Nachrichtenoffizier, le hizo reconocer por el jefe de sus oficiales médicos, el cual se limitó a cambiar el vendaje por uno mejor hecho, a base de asépticos apósitos alemanes. Tras eso le preguntó si prefería ser cuidado en la enfermería del buque, para escuchar, con una media sonrisa, que su oficial de información encontraría cuidados comparables, aunque más tiernos, si le dejaba dormir en tierra, esa noche. Lo autorizó, pero con orden de verle a las diez de la mañana con los periódicos del día, que serían sabrosos. Hora y media después, tras haberse cambiado, se veía llamando a la puerta de Meçrutiyet Caddesi, 74, para ser recibido con alborozo y no solo de novia, sino de cuñados. Se mostraban preocupados por las noticias y alarmados por lo aparatoso del vendaje. Cenó con ellos, al tiempo de relatar lo sucedido desde que reparara en el humo que se alzaba del viejo Taçkiçla'da. No pudieron ganar el Pera Palas —a pocos números de la misma Meçrutiyet— hasta cerca de las nueve, debiendo aceptar, por el camino, cantidad de aplausos —él llevaba su guerrera como lo haría un húsar, con el brazo izquierdo fuera y luciendo su aparatoso vendaje—, lo cual a Queralt le hacía sentir una satisfacción de la que no sabía si arrepentirse, pues Rolf, todo sencillez, no cesaba de protestar, alegando que solo había cumplido con el deber de todo marino alemán.

Habían pedido que les compraran dos ejemplares de los periódicos. El gerente se los entregó al desayunar, y así vieron, con sorpresa de Rolf y enorme orgullo de Queralt, que la primera página del *Tanin*, el más influyente —ya podía serlo, explicaba Queralt en castellano, pues era el órgano extraoficial de la CUP—, traía la fotografía del abrazo entre Enver Paşa y el heroico teniente alemán, que así rezaba el pie. Seguía un artículo del fundador del periódico, Mehmed Tevfik, ensalzatorio hasta lo ridículo con los héroes sigfrídicos a quienes Istanbul debía infinidad de vidas, las que se habrían perdido de no intervenir los valientes marinos del *Goeben*, o así lo traducía el entusiasta gerente. Ninguno de los otros periódicos, *Serbestî*, *Takvi-i Vekayi*, *Tercüman-i Hakikat*<sup>[15]</sup> y *El Tiempo* —uno rarísimo escrito en ladino, el castellano arcaico del que se servía la comunidad de

sefardíes—, traía fotografías, aunque todos hablaban de la decisiva participación del *Goeben*, al que su generosidad le costó tres muertos y muchos heridos. La reacción natural de Rolf habría sido encogerse de hombros, aunque se lo tomó mejor al escuchar del gerente que no habría factura, pues para el Pera Palas era el mayor de los honores haber acogido al hombre que todo el mundo en Constantinopla querría estrechar su mano, empezando por él mismo, que para eso se la tendía. Una devoción aprovechada por la joven señorita, pidiéndole que les reservara el mismo cuarto dos noches más, a lo cual dijo que sí, que faltaría más. Tras eso emprendieron el camino del amarradero, sin preocuparse de que después Queralt debería volver sola, pues se había camuflado de musulmana modesta, ferviente y devota.

La limitada traducción de Wichelhausen, incapaz de recordar todo lo que dijo el gerente, no calmaba la curiosidad de Souchon, Ackermann y los oficiales superiores, pero la llegada de Wangenheim y Humann puso de relieve todo lo que aún permanecía oculto bajo los garabatos arábigos. El alborozo en la cámara de Souchon era considerable, aunque la consciencia de tener tres muertos dos cubiertas más abajo le ponía una lógica sordina, y más tras saber que Enver Paşa proponía enterrarlos ese mismo atardecer en la esquina de los héroes del cementerio de Ferikoy, tras rendirles los más solemnes honores militares. La gran noticia la traía Wangenheim, la de que un *aide-de-camp* le había llevado una invitación del sultán para el mediodía del viernes 22. Souchon arrugó el ceño, pero tampoco era cosa de declinar el gran honor, el suyo y el de sus oficiales, incluyendo al que aparecía en el *Tanin* con el ministro de la Guerra. Un oficial que ya maniobraba para quitarse de ahí en medio. Ardía en deseos de volver a ser mimado por la que o bien había recibido entrenamiento en alguna institución amorosa local, o bien poseía una imaginación portentosa, porque las exhibiciones de talento con que le obsequió las noches anteriores superaban, de mucho, cualquier cosa con que hubiera él podido soñar.

La recogió a media tarde, agradeciendo la mirada cómplice de Meritxell y la distraída de Pascual; debía de costarle un gran esfuerzo darse por no enterado de la criticable, pecadora indiferencia, con que su cuñada se saltaba la reglamentación fornicatriz de la severa moral ultracatólica española. En Barcelona ni por ensoñación podría comportarse tan alocadamente, pero Istanbul, por fortuna para ella, estaba demasiado lejos.

La mañana del 21 se pareció a la del 20, si bien los periódicos eran menos, pues algunos no eran diarios. El *Tanin*, en particular, traía una gran foto, donde aparecían mezclados altos oficiales otomanos y alemanes, tomada en el entierro de los héroes. Él habría dado lo que le hubieran pedido por volver a tierra una vez despachado con Souchon, pero no era posible, ya que a mediodía vendrían los tres Paşas con fotógrafos y periodistas, otomanos y extranjeros, para dar fe de la gran amistad y profundo hermanamiento entre Istanbul y el *Goeben*, si no entre los dos imperios. Una ocasión tan interminable como se acostumbraba en la

cultura turca y de la que no pudo librarse, ya que hubo de formar para una foto de seis bajo el toldo tendido sobre las piezas de Casar, en pie junto a Buße y el jefe de prensa, y tras los sentados Souchon, Ackermann y el jefe de protocolo del ministro de la Guerra, un tal Fuat Bey. Solo pudo verse marchando por la Meçrutiyet Caddesi a la caída de la tarde, aunque con tiempo para cenar en el Pera Palas con la que definía como su prometida cuando hablaba con sus compañeros.

La fotografía para la que tan a disgusto había posado venía en la contraportada del *Tanin*, con la mención especial de que el Deniz Üsteğmen Wichelhausen era el héroe al que Istanbul jamás podría olvidar, lo cual no endulzó la tristeza de Queralt cuando ya en el muelle, a las diez de la mañana, Rolf recibió un mensaje de Buße donde le hacía saber que se contaba con él para la recepción del sultán en Dolmabahçe, y que tras eso se harían a la mar. Salvo hecatombes mucho peores que un incendio, nada podría concederles una noche más, lo que acrecentaba la dolorosa certidumbre de que no había planes de regresar a Istanbul antes del otoño. De ahí que a Queralt le resultara imposible contener sus lágrimas, indiferente a las miradas de los numerosos marinos del *Goeben*, los mismos que la veían abrazada por el muy popular Nachrichtenoffizier. No le tenían por un héroe, ya que solo había hecho lo que los demás, entrar en una enfermería candente donde había heridos y enfermos, pero sí por un oficial que no se desentendía de sus hombres cuando a la muerte ya se la olía. El tipo de oficial que ningún soldado deja de seguir adonde sea cuando manda ir allí, él a la cabeza. Sumando eso a su historia de muchos meses en el *Goeben*, era natural que a Queralt la mirasen con simpatía. Siendo de la clase de mujer que ninguno rechazaría, la encontraban por demás digna de sus más platónicos sentimientos, y más viéndola sollozar en los brazos de un Oberleutnant-zur-See por el que todos ellos se cambiarían sin vacilar.

## Domingo, 28 de junio de 1914

Haifa no les gustaba. La ciudad era horrenda, la vecindad se componía de árabes hostiles de los que nadie se fiaba y de antipáticos judíos que no se fiaban de nadie, y en cuanto a mujeres parecía no haberlas. Fondearon allí por refrescar la buena relación con el comandante de la plaza, el mismo que conocieron catorce meses antes y que tan amablemente se brindó a facilitarles fondeadero cuando volvieran por allí. Lo hicieron a diecisiete nudos, aunque no por consumir menos carbón, sino porque los tubos de vapor registraban alarmantes fugas a poco que subiera la presión. Ackermann pensaba cambiar en Pola cuantos fuera posible, pero el Admiral Haus no terminaba de señalar fecha.

Por la noche darían una pequeña recepción. Contaban con el comandante de la plaza, sus oficiales de rango más elevado y al menos una mujer por cada uno de ellos, aunque si alguno se presentaba con todas las que tuviera nadie le diría nada. La rutina de dar banquetes ya solo era eso, una rutina, de modo que nadie necesitaba los servicios del Nachrichtenoffizier. Este, que bien sabía le buscarían a poco que alguien dudara en la colocación de una segunda pala de pescado —por ejemplo—, se había refugiado en la caseta del B-Dienst, acompañando a su amigo Mutz, que hacía el relevo de uno de sus hombres. Permanecía en una escucha desganada de lo que de vez en cuando emitía el HMS *Gloucester*, un crucero ligero anclado no lejos de allí. Wichelhausen mataba el tiempo componiendo la lista de los puertos donde habían tocado desde que se soltaron de su boya frente a Karaköy; del 23 al 25 de mayo, Alejandrópolis; del 26 de mayo al 1 de junio, Izmir; el 3 de junio, Fethiye; el 4, Melisse; del 5 al 12, Iskenderun; 13 y 14, Mersin; 15, Latakia; 16, Trípoli; 17, Saida; 18, Haifa, pero el gobernador había marchado a Jerusalén, de modo que fue una visita baldía; 19, alta mar; del 20 al 24, Port Said, y del 25 al 27, Jaffa. Lo previsto era marchar a la deshabitada rada de Akko, y desde ahí ya diría Souchon, porque si vagabundeaban en el extremo sureste del Mediterráneo era por esperar lejos de la BMF el momento de arrumbar a Pola.

En esas reflexiones andaba cuando Mutz llamó su atención. Al poco él también veía que un chorro de señales morse colapsaba el espectro radio del B-Dienst. Tras ser puestos a escuchar otros dos marineros, se hacía evidente que una tempestad de puntos y rayas se abatía sobre sus antenas. Una orgía de

información que los especialistas del B-Dienst se veían incapaces de transcribir en su totalidad, aunque una vez comparadas unas hojas con otras Wichelhausen encontró un factor común:

«Sarajevo, EH Franz-Ferdinand y H Sophie asesinados».

Tras repasar los papeles se dijo que aquellos mensajes, unos en clave, otros en abierto, unos en inglés, otros en francés, alguno en alemán y otro en turco, venían a decir lo mismo. Sin más, se dirigió a la cámara del almirante. Suponía que los radiotelegrafistas del *Goeben* le habrían puesto al corriente, aunque no parecía el caso, porque Souchon, Buße y Ackermann departían tranquilamente tras humeantes tazas de té.

—*Herr* Admiral, Mutz y yo pensamos que debería ver esto. —Le tendía una cuartilla, con un texto complementado por varias procedencias. Souchon no tardó mucho en hablar.

—Ackermann, que se confirme con Berlín y con Pola.

Tras eso Wichelhausen regresó a la caseta del B-Dienst, para volver a los pocos minutos con más papeles en la mano.

—El *Gloucester* acaba de transmitir un mensaje codificado, en el que nos cita. Lo sabemos porque señala GO, nuestro identificativo radio. Lo ha hecho al minuto del último nuestro.

Souchon se pensó las palabras durante casi un minuto.

—Ackermann, zarpamos a medianoche. Que se levante presión con lentitud, para no alertar al *Gloucester*. Buße, haga saber a Haus que necesitamos, con carácter indemorable, un dique seco, espacio en algún muelle y todos sus caldereros. Más: un mensaje a Von Pohl; es preciso que nos ponga en Pola diez mil tubos válidos para vapor recalentado y alta presión, máxima calidad, y con ellos caldereros de refuerzo; que lo pongan todo en un tren y lo envíen a Pola de inmediato. Estaremos allí no antes del 4 de junio y no más tarde del 8. Wichelhausen, la recepción comprometida para esta noche queda suspendida. Dígaselo al gobernador. No le cuente que las noticias de Sarajevo nos hacen cambiar de planes. Por lo demás —se levantaba—, quisiera confundirme, pero todo indica que la chispa que tanto temíamos ha saltado en Sarajevo. Es una mera cuestión de tiempo que llegue a los pañoles. Desde ahí, que Dios nos asista.

## Viernes, 10 de julio de 1914

La compuerta del dique II estaba bien abierta. El *Goeben* avanzaba con lentitud, contenido a babor y estribor por sendos remolcadores, y a proa por gruesos cables de sirga de los que tiraban cuatro chocolateras. La maniobra se llevó una hora, pero a su término la compuerta se cerró con solemnidad. Ahí las bombas iniciaron el achique del agua salada en que flotaba el *Großer Kreuzer*. Al cabo de otra hora descansaba sobre almohadas agrupadas en castilletes, picaderos de pantoque y puntales de guayacán, una madera caribeña por demás resistente. Media hora después, cuando el fondo del dique se mostraba despejado, se desplegaron los andamios necesarios para limpiar la obra viva, liberar las tomas de agua obstruidas y desincrustar una irregular pátina de adherencias. Wichelhausen se admiraba de que, habiendo pasado menos de diez meses desde que visitaron el mismo dique, se hubiera formado una costra semejante. Retendría el buque algo más de dos nudos si fuera capaz de dar su máxima velocidad, lo cual, y si les dieran el tiempo y los medios necesarios, sucedería en veinte días, o algo menos.

Permanecerían en el dique hasta el mediodía siguiente, un tiempo en el que se trabajaría de un modo frenético, gracias a la interesada cortesía del Admiral Haus. Al tiempo se iniciaría el desmontaje de los primeros tubos, los de las cámaras de calderas I y III, que llevaban horas apagadas. La cifra fijada por el jefe de máquinas era 9576, lo que llevaría no menos de tres semanas, aunque tras la instalación de los nuevos, no todos llegados con los veinte caldereros alistados en Wilhelmshaven, la potencia máxima del sistema de impulsión superaría los 85 000 caballos, la necesaria para dar los veintiocho nudos con que, llegado el caso, burlarían sin problemas a La Royale y a la BMP.

Parte de la tripulación se repartía por las riberas del dique. Wichelhausen seguía en la caseta del B-Dienst, pendiente de lo que transmitía el *Black Prince*, que les seguía desde Otranto. Al pasar frente a ese punto vieron cuatro cruceros acorazados británicos, uno ligero y varios destructores. Se cruzaron con toda cortesía, saludando al pabellón del contralmirante Troubridge, que gualdrapeaba en el tope del *Defence*. Troubridge hacía lo propio con la enseña del Konteradmiral Souchon, con lo que ambos dejaban patente su gran sentido de la

caballerosidad naval, pese a estar convencidos de que al cabo de no mucho volverían a saludarse. Al cañón.

Se distraía levantando la breve lista de los puertos donde fondearon tras dejar Haifa. El primero fue Akko. El 30 de junio y el 1 de julio estuvieron en Famagusta. Tocar allí no estaba en los planes de Souchon, pero instrucciones de Von Pohl, ordenando hacer pensar a los ingleses que todo seguía como antes, le llevaron a fondear. Al día siguiente lo hicieron en Larnaka, para permitir a varios tripulantes, el Nachrichtenoffizier al frente, asistir al famoso Festival de Kataklysmós, en demostración de que nada cambiaba en el *Goeben*, solo interesado en asuntos de paz, alegría y buen talante. Lo propio de los últimos aunque deslumbrantes destellos de la Belle Epoque.

Tras pasar en alta mar la noche del 3 fondearon en Kandia, donde pasaron dos días. El 6 y el 7 se detuvieron en Patras, en la entrada del canal de Corinto, de nuevo en agasajo a las autoridades y mostrando su bandera de paz. El 8 anclaron en Corfú. Se hicieron a la mar en la mañana del 9, para cruzar el angosto canal de Otranto y así demostrar que no podían estar más en paz con todo el mundo, y en especial con los cruceros de la BMF, los cuales, tan hipócritas como la MD, les saludaban con espléndida cortesía naval. Desde allí navegaron a media máquina la noche del 9 al 10, para ganar Pola según amanecía. Wichelhausen tenía pensado llegar a la oficina de la KM y desde allí llamar a Humann en demanda de novedades, aunque sospechaba que tampoco él sabría nada nuevo.

También Souchon dejó el *Goeben*, en su caso para comer con Haus. Al poco de volver llamó al Asto, a sus oficiales y al Kommandant Ackermann. Así supieron que los ministros austrohúngaros estaban por pasar a Serbia una factura de la que no levantara cabeza, incluso si con eso se veían en guerra con Rusia. Eso activaría el sistema de alianzas vigente desde muchos años antes, de modo que Rusia tiraría de Francia y de Inglaterra, con sus respectivas colonias, y Alemania e Italia se unirían al Imperio austrohúngaro. Lo que se discutía en Viena no era el actuar, sino cómo hacerlo. La idea con más adeptos era plantear a Serbia un ultimátum inaceptable, empezando por la entrega de las organizaciones que hubieran financiado a los autores del crimen, el desarme de su ejército y una descomunal compensación económica. Con eso se provocaría la guerra, sin que pudiera decirse que Austria-Hungría la deseaba. Lo más de preocupar era que ya se contaba con un rango de fechas. Dado que el presidente francés y varios de sus ministros habían anunciado una visita de estado a San Petersburgo, adonde irían en barco, presentar el ultimátum entre los días 26 y 29 de julio sería lo más favorable para los austrohúngaros, pues podría suceder que la población francesa, nada deseosa de otra guerra —la de 1870 seguía escociendo—, forzase a su gobierno a no hacer nada. El riesgo de una guerra europea quedaría minimizado, para disgusto del káiser Wilhelm, pero esa sería otra historia. En todo caso, el deber de Haus y de Souchon era considerar que a partir del 30 de julio podrían estar en guerra contra La Royale y la BMF, con o sin la colaboración de la Regia Marina, y a eso, en la meditada opinión de Haus, era en lo que ambos

debían aplicarse.

Haus le pasó un informe sobre las fracciones de La Royale y de la Royal Navy desplegadas en el Mediterráneo, levantado a partir de informaciones recogidas en los puertos ribereños. Souchon contaba con otra información, menos extensa, generada por los agentes alemanes desplegados en los puntos cruciales del Mittelmeer. Wichelhausen contaba con una tercera, de pocas palabras aunque muy sabrosa; se la explicó Humann por teléfono, en italiano, un par de horas antes.

Las dos primeras coincidían en lo esencial: La Royale contaba en Toulon con el *Courbet*, un moderno acorazado bien armado, pero que solo daba veintiún nudos, con seis más antiguos de 18000 toneladas, con otros cinco, aún más viejos, de 15 000, y con siete cruceros acorazados de 13 000. Era una fuerza importante, decisiva si la dedicaban a escoltar convoyes, y era de prever que sería eso lo que harían cuando estallase la guerra, pues buena parte de la infantería francesa estaba en Argelia. Para impedir que la MD ganara el Atlántico no valdría, una vez el *Goeben* fuera capaz de dar su máxima velocidad. Esto último, Souchon no necesitó explicarlo, no era el criterio de Haus, el cual no disimulaba su convicción de que ambos buques serían suyos a la que sonara el primer cañonazo.

La BMP seguía como en la última evaluación. Era fuerte en tres cruceros de batalla —*Indefatigable*, *Inflexible* e *Indomitable*—, cuatro cruceros acorazados —*Duke of Edinburgh*, *Black Prince*, *Defence* y *Warrior*—, cuatro ligeros —*Dublin*, *Weymouth*, *Gloucester* y *Chatham*—, dieciséis destructores y tres submarinos. Según Berlín, Milne se quedaría con los tres cruceros de batalla y Troubridge con los cruceros acorazados, repartiéndose los ligeros y los destructores. En su evaluación, y en la de Souchon también, Milne dedicaría sus unidades más veloces al *Goeben* y al *Breslau*, mientras que Troubridge sellaría el canal de Otranto.

La evaluación de Wichelhausen apuntaba una incógnita inesperada: según fuentes de las que Humann solo dijo que no eran otomanas, los quinientos tripulantes para el *Reşadiye* habían zarpado en el *Resid Paya*, para llegar a Narrow-in-Furness hacia el 15 de julio. Los quinientos del *Neyhid Paya*, que tripularían el *Sultán Osmân-ı Ewel*, saldrían el día 28. Sin embargo, entraba en lo posible que se llevaran un chasco, pues Churchill se mostraba decidido a embargar los cuatro acorazados que se construían en Inglaterra para potencias extranjeras: dos ya terminados, el *Reşadiye* y el *Almirante Latorre*, otro que casi lo estaba, el *Sultân Osmân-ı Ewel*, y un cuarto, el también chileno *Almirante Cochrane*, que aún estaba en grada. Ese criterio lo compartían Churchill, el primer lord del Mar —vicealmirante Louis de Battenberg— y el segundo —vicealmirante Jellicoe—; los tres, al igual que muchos otros altos mandos de la Royal Navy, estaban convencidos de que si la guerra estallaba y tenían que vérselas con la Hochseeflotte, el acorazado chileno y los dos otomanos constituirían una ventaja suplementaria que la Royal Navy no debía perder, por fastidiosas que pudieran

ser las incomodidades diplomáticas con Chüe y con el Imperio otomano.

Souchon era hombre de gestos contenidos, pero no se ahorró una pronunciada elevación de cejas. En el acto mandó a Buße que confirmara con Berlín aquella bomba. Conociendo a la CUP, a los Paşas y en especial a Enver, daba por seguro que harían de la «incomodidad diplomática» un *casus belli*. Si Wangenheim los manipulaba tan sabiamente como acostumbraba, podría crear un estado de opinión muy contrario a Inglaterra y, por oposición, favorable a los intereses alemanes. Uno de estos podría ser que, si la MD se veía cercada, encontrara refugio en Istanbul. Sería cuestión de valorar las diversas opciones, pero lo que un mes antes era improbable, ver al Imperio otomano unido a los Imperios Centrales, lo que traía Wichelhausen, si se confirmara, lo convertía en posibilidad. Evocando lo que dijo un mes antes, el que Churchill embargara el *Reşadiye* y el *Sultán Osmân-ı Ewel* sería la más colosal metedura de pata del Imperio británico en sus muchos siglos de historia.

\* \* \*

Germán de Ory había dejado a su familia en España. No se le criticaba, pues Constantinopla era un destino duro para las esposas y los hijos, aunque algún comentario hiriente le llegaba de vez en cuando, del que solía pasar con majestuosa displicencia. Las mujeres que se casan con diplomáticos españoles saben que también se casan con España, y que ser la esposa de un embajador entraña más obligaciones que sonreír como una tonta cuando haya que hacerlo. Ser embajador de España es un honor grandísimo, pero también un sacrificio si el país de residencia es de los que no apasionan a un casado con hijos. Lo mismo sucedía con los consejeros ya incorporados —el de cultura y el de comercio; los restantes hacían lo posible por no dejarse convencer—, con el secretario, y seguramente pasaría también con el agregado militar, que aun habiendo aceptado la misión se parapetaba tras un oportuno cólico nefrítico. La excepción era el agregado naval, que no solo trajo a su esposa, sino también a su cuñada, porque la primera estaba en trance de alumbrar. Don Germán sintió no poderle facilitar un alojamiento en consonancia con su rango, aunque gracias a una reciente gestión en la secretaría del gran visir albergaba la esperanza de poderle acomodar en un piso mejor. Pensaba decírselo a la hora de comer, cuando se juntarían los cinco diplomáticos en el piso de Pascual, para dar cuenta, todos ellos más las *mujeres* del anfitrión, de una riquísima paella del *senyoret*. Era, esa, una inusitada propiedad de la cuñada del agregado: cocinaba exquisitamente, sobre todo algunos de los más sabrosos platos de la cocina tradicional española, y nada lo es más que una paella. La chica lo pelaba todo, de modo que podía comerse con el cucharón. A tanto no llegaban, aunque amenazaban hacerlo en expresión de

reconocimiento por el supremo arte de la senyoreta. Era inevitable, según comían y bebían —el agregado trajo con él una buena reserva de caldos magníficos—, que hablaran del extraño mundo que los rodeaba, del aún más raro que habían dejado atrás, y de las trapisondas que organizaban aquellos burros de la CUP, y también de las putadas que les hacían sus supuestos aliados. A la que habían sacado más punta era la de los barcos que Churchill pensaba guindarles. No lo sabían por el ministro Cemal Paşa, pese a visitarle con alguna frecuencia, sino por un cotilleo del embajador español en Londres. Hasta sería posible, presentían, que Cemal aún no tuviera idea de la jugarreta que le iban a gastar. Lo comentarían durante la comida, porque sus consejeros tenían las orejas muy abiertas y lo mismo traían novedades. Deberían dejarlo para la sobremesa, el momento en que los caballeros se sacuden a las siempre fastidiosas mujeres, y envueltos en una niebla de buenos habanos, y trasegando algún coñac, al fin pueden hablar de sus cosas, pero en la casa de Pascual no se podía, porque no había un saloncito al que se pudieran retirar. A eso se debía que las señoras estuvieran presentes, la esposa concentrada en su labor de punto y la cuñada-cocinera en algún libro ridículo. Al embajador De Ory ni por ensalmo se le habría ocurrido que la usualmente ausente señorita de las sobremesas se vería, esa misma tarde, con el *attaché* alemán.

## Viernes, 17 de julio de 1914

Humann y Queralt quedaban en lugares donde pasaran inadvertidos, como la terraza del Pera Palas. Allí nadie se fijaría en un tipo de aspecto común, trajeado como un otomano adaptado a los usos continentales, que tomaba un té acompañado de una otomana que se cubría del modo más ortodoxo.

—¿Paella, hoy también?

—Dos platos cada uno. Los empujaron con un Vega Sicilia de 1909. Luego, una tarta de limón que les supo tan a gloria que hasta se chupaban los dedos. Una vez el Hennessy en la mesa, solo les faltaba levitar. De hecho, se fueron a dar una vuelta. Decían que para bajar la paella, pero mi hermana y yo sospechamos que acabarían en algún antro de bailarinas golfas. EUa prefiere no darse por enterada, porque ya está de siete meses y acepta que Pascual no es de piedra. Bueno, todo esto es lo de menos. Lo que importa es lo que contaron.

Habría querido encender un cigarrillo, pero ni en la terraza del Pera Palas estaba bien visto que las musulmanas fumasen. Le habría venido bien para recordar los detalles, pues por razones obvias no tomaba notas, pero esos eran sus bueyes y con ellos tenía que arar, así que prosiguió bajo la muy atenta mirada del bien camuflado Fregattenkapitän.

—La decisión de incautar los tres acorazados está tomada, pero sin hacerla pública. La toman porque si la guerra empezara este verano, la Royal Navy se vería con veinticuatro acorazados contra diecisiete de la Kaiserliche Marine, y a sus almirantes no les parece una ventaja suficiente. Ahora, no dirán nada mientras no haya cañonazos. Si, por lo que fuera, terminase por no haberlos, entregarían los buques con toda normalidad, achacando los retrasos, con su más británica desfachatez, a problemas técnicos de última hora. Con Chile lo tendrán fácil, porque sus líos con Argentina están resueltos, o dormidos, y a los argentinos, además, los norteamericanos les retienen sus barcos, porque no pagan. En consecuencia, Churchill se quedará con el *Almirante Latorre*, lo rebautizará HMS *Canadá* y ya está, derecho a la Flota del Atlántico, porque solo hay que cambiarle la bandera. Al término de la guerra lo devolverán a Chile, debidamente revisado. Chile solo ha pagado un tercio. Cuando se lo devuelvan no tendrá que abonar una libra más. Si lo hundís vosotros —el *attaché*, a quien su más atractiva espía

señalaba con el dedo, sonrió—, cosa no imposible, les darán otro igual de potente y también sin pagar. Con eso Churchill está seguro de que Chile tragará no ya sin protestar, sino encantada de la vida.

Una pausa, un trago de té y de nuevo a rumbo.

—Lo de los otomanos es peor. El embajador Mallet, que pesca salmones en las Trossachs, dice que se lo tomarán a mal, porque los barcos ya están pagados, si bien los turcos deben aún tres millones de libras a los bancos que les prestaron el dinero, el Perrier a la cabeza. Les costaron siete millones y medio, y más de la mitad salieron de loterías y cuestaciones populares. Aun así. Mallet sostiene que, pataletas aparte, no puede pasar nada, porque los Paşas tienen claro que Inglaterra los tiene bien cogidos de los cataplines. —Humann volvió a sonreír, divertido por las perlas castellanas disueltas en el excelente alemán de la *Fräulein* —, así que ni se plantea regresar a Constantinopla renunciando a sus idílicas vacaciones. Dice que su segundo, Beaumont, está capacitado para defender el fuerte hasta su regreso. Todo se debería reducir, piensa él, a una compensación económica. Eso es lo malo, que nadie quiere oír una palabra de devolver siete millones y medio de libras. El que los otomanos necesiten los barcos para protegerse de amenazas griegas y rusas, dice Churchill, se desmontará por sí solo cuando empiecen los tiros, pues para nada necesitarán los rusos un tercer frente, y de los griegos ya se ocuparán ellos. Churchill, en cualquier caso, ha despachado un crucero a Barrow-in-Furness. Su misión es interferir las comunicaciones radio entre el *Reşid Paşa* y la embajada otomana, y si llegase a ser necesario desplegar una guardia de Royal Marines en torno al *Reşadiye*, no sea que al comandante otomano, del que se dice que tiene los bigotes muy buen puestos, le dé por abordarlo y se organice una merienda de garabatillo. Por el momento van tirando a base de cantarle cada día una milonga, explicándole por qué tampoco les pueden dar el barco esa mañana y que ya se lo darán a la semana siguiente. Cuando no se inventan una fuga en una caldera es una torre que no gira, o que los retretes otomanos aún no han llegado. Esa es otra, que los ingleses, cuando se hagan con ambos barcos, deberán cambiar unas cuantas cosas, empezando por las letrinas, y es que tanto el *Reşadiye* como el otro están acondicionados para la peculiar manera de cagar que tienen los turcos —el agregado Humann reía sin disimulo ante la muy malvada sonrisa de la *senyoreta*—; lo que no saben si cambiarán o no son las cabinas de los oficiales, que se han decorado a la turca; según quienes las han visto, son como de *Las mil y una noches*. Los ingleses, en suma, son conscientes de que no podrán estirar la situación muchos más días, pero también lo son de que, lo más tardar a fin de mes, habrá guerra.

—¿Lo creen seguro?

—Churchill, Asquith y los demás pesos pesados, sí. El único en pensar que aún se puede hacer algo es Grey. Sus contactos en Viena dicen que, si bien se trabaja desde hace días en el ultimátum que piensan presentar a Serbia no después del 23, aún hay oposición en el gobierno austrohúngaro, y que tampoco ven claro lo

que piensa el káiser Wilhelm, el cual actúa como si quisiera limitar la confrontación militar a un asunto balcánico, ni mejor ni peor que los del año pasado. A esos efectos Grey ha movilizado a sus embajadores, para predicar la prudencia y la templanza, tanto en París como en Berlín, en Roma, en Viena y en San Petersburgo. Y eso es todo. De Ory ya no dijo nada más, o si lo hizo no fue relevante, porque si no me acordaría.

—¿Y quién le cuenta eso? ¿No te parece que, para ser una potencia no implicada, España está demasiado bien informada?

—Eso mismo se pregunta mi cuñado, pero De Ory dice que todo es fruto de una estrategia británica. Según ha podido comprobar su íntimo amigo y en verdad conectadísimo Alfonso Merry del Val, nuestro embajador en Londres, sus colegas de Holanda, Suecia, Japón e incluso Brasil están exactamente igual de al tanto. Quizá se trate de que los países condenados a ser neutrales, preocupados por los efectos de una guerra que afecte a casi toda la Europa central, se afanen sobre las cancillerías austrohúngara y alemana, rusa y francesa, y así, entre todos, logren calmar las aguas. Él, de todos modos, ni sabe cómo Merry del Val, con el que habla por teléfono cada tres o cuatro días, consigue la información, ni le preocupa no saberlo. Su filosofía, en eso, es «hágase el milagro, hágalo el diablo».

—Una sabia forma de pensar. Otra cosa: esto que haces por nosotros, ¿te supone alguna forma de peligro?

—No lo creo. Yo no hago preguntas. Me limito a tomar nota mental de lo que dicen unos cuantos idiotas según se zampan mis paellas. Lo más que me podría pasar sería que me devolvieran a España en el primer barco, lo que no me daría mucha pena, ¿sabes? —Humann asintió, comprensivo—. Estoy hasta el culo de Constantinopla, de los musulmanes y de los otomanos. Si no fuera por mi hermana ya me habría largado. Si os ayudo, en lo poquito que puedo, bien sabes tú a qué se debe.

—Igual estás volviéndote prusiana.

—De corazón ya lo soy.

Ahora se sonreían, el uno a la otra.

—Rolf tiene mucha, muchísima suerte. ¿Tu cuñado no sospecha? Él sabe que sois algo más que amigos, ¿no?

—Sí, pero Pascual, como buen aristócrata español, siente un absoluto desprecio por las mujeres. Por todas, empezando por la suya. Si en Trento se ponía en duda que tuviéramos alma, él añade que tampoco tenemos cerebro. No le cabría en la cabeza que yo pudiera contar por ahí las cosas que deja caer el bocazas de su embajador en la mesa de mis paellas.

Sonreía de nuevo, aunque con alguna tristeza. No por ella. Por su hermana. De no suceder algún milagro, al lado de su marido tenía por delante una vida de mortal aburrimiento.

\* \* \*

—¿Cómo marchan nuestros tubos?

—Esta mañana íbamos por dos mil. Ya casi hemos consumido los que nos llegaron de la Blohm &Voss. Cuando se nos acaben instalaremos los austríacos. No es que sean peores, pero están pensados para calderas pirotubulares, y las nuestras son acuotubulares. Es de temer que no resistan las mismas presiones y temperaturas que los de la Blohm &Voss.

Souchon solo tenía una somera idea de las diferencias entre uno y otro tipo de calderas navales, pero en ese momento no quería saber más. No tenía tiempo.

—¿Cuánto daríamos con los dos mil ya cambiados?

—No más de veintidós nudos.

Del jefe de máquinas Souchon pasó al Kommandant.

—Ackermann, consiga más caldereros, austríacos o de donde diablos sea. Si hace falta que yo hable con Haus, me lo dice. Lo que sea, con tal que, si tuviéramos que marchar sin previo aviso, al menos diéramos veinticinco nudos. ¿Conforme?

El Kapitän-zur-See Ackermann se cuadró.

—Hable con el jefe de los caldereros, los de Wilhelmshaven. Dígale que los necesitaremos después de marchar de aquí si por entonces no han cambiado todos los tubos. Ofrézcale un dinero, aunque al tiempo le dice que son militarizables, y que, si alguno decidiera desobedecer y quedarse, al llegar a Wilhelmshaven se daría con un consejo de guerra, por desertión. Que les quede muy claro que si se ponen tontos igual acaban fusilados. Ah, y que no se desembarquen los tubos por instalar. Nos los llevaremos, para cambiarlos en cuanto tengamos unos días de paz. ¿Humann ha dicho algo nuevo?

Se había vuelto hacia Wichelhausen, sin transición. Era su estado natural y ya estaban acostumbrados, de modo que su Nachrichtenoffizier esperaba que le cayera la pregunta en cualquier momento. De ahí que, sin más detalles que los imprescindibles, ofreciera el pintoresco relato de lo que había oído Humann de Queralt. Jamás lo confirmaría por teléfono, y en eso hacía muy bien, pero la cantidad de cosas españolas que citaba el otro solo podían haber salido de una determinada boca.

—A eso añadió que Wangenheim cenaba hoy con los Paşas, así que aprovechará para cabrearlos aún más de lo que ya están. Dice también que Wangenheim los ve maduros para empezar a negociar un tratado de defensa mutua entre el Osmanisches Reich y el Deutsches Reich. El gran visir sigue sin aceptar que los ingleses le toman el pelo con el *Reşadiye*, si no por otra cosa por las muchas reverencias que le hicieron el mes pasado, cuando fue a Barrow-in-

Furness a ver cómo tendían la quilla del *Fatih*. Cemal dice que mientras Churchill no haga público que se queda con los barcos, el gran visir no se lo creerá, pero el día en que se vea frente a la cruda realidad cambiará de bando con armas y bagajes, lívido de ira.

El Konteradmiral guardó un silencio de casi dos minutos. Nadie se atrevió a decir nada.

—La fecha del jueves 23 para presentar el ultimátum austrohúngaro a Serbia, ¿cómo es de firme? O de probable.

—Humann dice que a él y a Wangenheim se lo parece.

—Esta noche debo cenar con Haus. Usted vendrá conmigo —por Buße, que asentía—. Usted también —por Wichelhausen, que no disimulaba su perplejidad—; si tenemos que hablar de informaciones diplomáticas oficiosas recogidas por nuestros escuchas en terceros países, usted será el mejor para explicarlas. Por lo demás, pienso que volveremos de la cena convencidos de que sí, de que habrá un ultimátum austríaco puesto el día 23 sobre los cojones del rey de Serbia, su majestad Petar I Karadordevic, que así es como lo llama Haus. Me lo ha repetido tantas veces, de tanto como le odia, que me resulta imposible olvidarlo. Siendo así, la última fecha para dejar Pola sin que las circunstancias nos obliguen a quedarnos es el 22 de julio. ¿Cuántos tubos habríamos cambiado para entonces?

—Más de cuatro mil.

—¿Qué velocidad daríamos?

—No menos de veinticuatro nudos.

—Pues con eso nos apañaremos. Ackermann, el 22 al anochecer deberemos estar listos para irnos. ¿Todos de acuerdo?

Una mirada circular. Bien sabían, Souchon el primero, que no hacía falta, pero la cortesía nunca sobra. Ni siquiera en la cámara de un heterodoxo almirante alemán.

—Pues a cenar, caballeros.

## Sábado, 25 de julio de 1914

Wichelhausen esperaba que comenzara la reunión de la mañana. Una que para él sería diferente. Para empezar, no ganaría mar abierto con el *Goeben*. Se quedaría en Pirán, para recoger un par de periodistas, otro de fotógrafos y dos *camaramen* que había enviado Berlín. Habría de conducirlos al mar en la motora más grande, y una vez a la vista del barco debería explicarles lo que veían para que hicieran bien su trabajo, el cual consistiría en fotografiarlo y filmarlo desde todos los ángulos imaginables, bien detenido sobre las olas, bien dando avance a velocidad moderada o bien marchando a toda máquina, lo último porque las tremendas ondas de cabeza que formaban las rodas de los *schlachtskreuzer* quedaban de maravilla en los noticiarios. Tras eso abordarían el *Goeben*, se les echaría de comer, Ackermann se dejaría entrevistar y tras eso los dejaría en Pirán. Era uno de los odiosos deberes de un oficial de información, así que de nada valía quejarse. Además, eran obligaciones de paz. Las que les aguardaban a la vuelta de unos días serían muchísimo peores.

Haus había hecho saber a Souchon, la noche antes, que a última hora de la mañana el embajador austrohúngaro en Belgrado, barón Giesl von Gieslingen, había entregado al ministro serbio de asuntos exteriores. Lazar Pacu, un ultimátum de diez puntos. El más imposible de tragar era el de permitir a la policía austrohúngara investigar en Belgrado, y en el conjunto de Serbia, la trama que había financiado y armado a los terroristas serbo-bosnios que asesinaron al heredero de la corona y a su esposa. Haus opinaba que ningún estado consciente de su dignidad aceptaría tal cosa, y menos aún si se sentía respaldado por la gran madre Rusia, de modo que para él era claro que Serbia, cuando llegara el momento de contestar, diría que de ninguna de las maneras. Así la guerra podría comenzar cuando estaba previsto que lo hiciera desde los funerales del Reichskronprinz y su esposa; el 28 de julio, al mes justo del asesinato.

La reunión en que Souchon informaba de todo eso era la primera de las dos del día, una costumbre iniciada tras fondear en Piran, más cerca de Trieste que de Pola, el jueves 23. Participaban los de siempre: Souchon, Buße, sus tenientes de navío, Wichelhausen, Ackermann y Madlung. Los nueve constituían el comité de crisis de la MD. La que afrontaban era muy seria, o eso se desprendía de los

mensajes de Berlín. El antepenúltimo, del Estado Mayor de Von Tirpitz, explicaba que Arthur Zimmermann, secretario de Estado de Asuntos Exteriores, informó el día 21 al embajador francés Cambon, y al encargado de negocios ruso, que la postura del káiser con respecto a las decisiones del Imperio austrohúngaro era de no intervenir, no participar y no aconsejar. Aquello era un asunto de la estricta competencia del káiser Franz-Joseph y de su gobierno; el Deutsches Reich no tenía nada que decir. Una excelente afirmación, si bien Souchon encontraba dudoso que, a esas alturas, alguien se la creyera.

El penúltimo, de la misma secretaría, les hacía saber que Su Majestad Imperial se había hecho a la mar en el *Hohenzollern*, escoltado por el *Seydlitz* y el *Moltke*, iniciando así su acostumbrado crucero de verano, del que no pensaba regresar hasta mediados de agosto. Nadie les contaba nunca esas cosas, pero si Von Tirpitz lo hacía debía de ser para transmitir normalidad, del tipo «aquí no pasa nada, porque si pasase algo el káiser no se iría de vacaciones». Eso significaba, opinaba el cínico Madlung, que sí pasaba. De lo contrario, nadie les diría una palabra.

El último, de Von Pohl, era muy de su estilo: daba orden a Souchon de permanecer cerca de Pola, pero al tiempo le ordenaba que alistase a la MD para ganar el oeste del Mediterráneo, atravesar Gibraltar y reunirse con la Hochseeflotte en aguas alemanas. Con el mundo en situación de saltar en pedazos en cosa de dos semanas, Pohl debería ser consciente de que los ingleses y los franceses no le dejarían atravesar Gibraltar, incluso sin la guerra declarada, y si por algún milagro lograba cruzar, a ver cómo se las podría componer para esquivar a los veinte acorazados y más de treinta cruceros que destacaría Churchill para cazarlo. Era una orden estúpida, y aunque allí no se tenía una gran opinión de Von Pohl, tan imbécil no podía ser. Algo habría detrás, aunque no eran capaces de imaginarlo. Ahí pensaba tomar la palabra Souchon —el que conducía la reunión era Buße—, aunque se detuvo al observar un gesto de Wichelhausen. Parecía tener algo que decir, y le invitó a que lo hiciera.

Lo que pretendía Wichelhausen relatar era el resumen de una larga conversación con Humann, celebrada la noche antes en el consulado alemán de Pirán. En síntesis, porque no quería impacientar a nadie y menos a Souchon, Humann había sabido vía Wangenheim que los Paşas estaban furiosos con los ingleses por el retraso en la entrega de los barcos, aunque no podían hacer nada que no fuera protestar a su encargado de negocios, un engreído y de veras insoportable Arthur Beaumont, mientras Churchill no hiciera público que se quedaba con ellos. Su furia era tan grande que no solo aceptaban negociar un tratado de ayuda mutua con Alemania, sino que lo proponían ellos mismos. Tras eso Humann le contó que, por sus otras fuentes, sabía de una charla privada de Sir Edward Grey donde había dejado caer que días antes, el 21 a más precisión, el presidente Poincaré había dicho en San Petersburgo al primer ministro ruso, Goremykin, que Francia, si llegara el caso, haría honor a sus compromisos con Rusia. El ruso comentó a su vez que había rechazado una propuesta británica de

celebrar una reunión con los austríacos para resolver el conflicto sin usar las armas. Tras saberlo *Sir Edward* instruyó a su embajador en Rusia, Buchanan, para que presionase al ministro de Asuntos Exteriores, Sazonov, a fin de que aceptara reunirse con su igual austrohúngaro. No se hacía ilusiones por ninguna de las dos partes, sobre todo por la de Viena, ya que su embajador allí, Bunsen, transmitía las cada día más encendidas declaraciones en favor de aplastar a Serbia, excretadas por personalidades que mejor harían si se moderasen. Por último, el embajador inglés en Belgrado, Crackanthorpe, comunicaba que la melodramática postura del gobierno serbio era resistir hasta la muerte, si bien él calculaba que a tanto no se llegaría, por la inequívoca posición rusa en favor de su aliado más eslavo. Según todo eso, la opinión de dicha fuente, siempre bien informada, era que la guerra era inminente. Aun así, la opinión de *Sir Edward*, y la del gobierno británico, no debía de ser tan pesimista, pues a la caída de la tarde del viernes 24 se fueron, todos ellos, a sus respectivos *cottages*, con propósito de pasar un agradable fin de semana.

Ahora sí era el turno de Souchon:

—Parece claro que a partir del 28 Austria y Serbia estarán en guerra. En pocos días la Entente lo estará contra la Triple Alianza. Nosotros, por ahora, solo tenemos orden de permanecer aquí, en Pirán. El día que Inglaterra se sume a la guerra nos será imposible cruzar el canal de Otranto, de modo que nuestra primera medida será salir del Adriático el 31 como muy tarde. Intuyo que dentro de poco empezarán a llegar órdenes y contraórdenes. Si les hacemos caso nos volverán locos, así que centrémonos en lo que vemos desde aquí. Una vez al otro lado de Otranto, y a la vista de lo que dice Humann, lo natural sería marchar a los Dardanelos, pero no tengo claro que allí se nos reciba bien. Al menos, hoy. Harán falta más ingredientes para que salga un buen guiso, y el principal será que Londres haga oficial que se queda con los barcos. Mientras no lo haga no se puede contar con una bienvenida calurosa, de modo que, hasta entonces, haremos lo que debe hacer una fuerza de combate: dificultar el envío a Francia del XIX Cuerpo de Ejército. Desde ahí todo son incógnitas. También lo son a partir de ahora mismo, si lo piensan. Hoy es 25 y pueden pasar infinidad de cosas. ¿Por la tarde —por Wichelhausen— podría llamar a Humann?

El Nachrichtenoffizier asintió. Ya contaba con hacerlo.

—Ya se han cambiado 4460 tubos. Si los días que vamos a estar en Pirán los dedicáramos a cambiar más, en vez de hacer prácticas de artillería, ¿daríamos algún nudo más?

—*Herr Admiral*, los cinco mil tubos aún por cambiar se reparten por las veinticuatro calderas del barco, porque no se han cambiado caldera por caldera, sino en función de su historial. Para cambiar un tubo hace falta, lo primero, apagar la caldera. Se necesitan treinta y seis horas para poder sustituir el primer tubo, porque si la caldera no está fría no se puede trabajar, y sí se pudiera el encastre de los tubos no sería de confianza. De hacer falta que nos pusiéramos en marcha sin previo aviso, el tiempo necesario para subir presión no sería seis

horas; eso es lo que hace falta cuando se retiran a templones y se conserva una cierta temperatura. Para subir presión desde una caldera fría se necesitan doce. Habría que añadir a eso el tiempo necesario para dejar las calderas en condiciones de funcionar, lo que también llevaría un tiempo, pues se habrían cambiado tubos hasta inmediatamente antes de la orden de marchar. Unas cosas con otras, tres horas más. A mi juicio, detenernos treinta y seis horas, para después no poder dar avance antes de quince más, sería peligroso. Podríamos volvernos austríacos sin querer.

—Vale. Seguiremos con el plan previsto. ¿Carbón?

—Tres mil cien toneladas. Bituminoso, primera calidad.

—Bien. Que las calderas permanezcan encendidas a baja presión, listas para dar avance a las dos horas de que se nos diga, o de que así lo decidamos. ¿Alguna pregunta? —No las hubo; en las reuniones con Souchon nadie se levantaba con dudas—. Pues andando. Wichelhausen, procure que nuestro *Goeben* salga lo más airoso posible. Ackermann, cuando empiece la función mande usted enjarciar todas las banderas de combate. Que resultemos tan elegantes y tan imponentes como sea posible.

Sonreía, y con él sus oficiales. El buen humor no era incompatible con la eficacia ni con la eficiencia. Cuando menos, en la *Mittelmeerdivision* del Konteradmiral Wilhelm Souchon.

## Lunes, 27 de julio de 1914

La torre Cäsar disparaba contra un blanco arrastrado por la motora más potente. La distancia era ciento sesenta hectómetros. Se usaban granadas inertes y cañas subcalibradas de 88 milímetros. El *Goeben* no había disparado mucho, pero en su periodo de instrucción hizo el fuego suficiente para que Ackermann no quisiera desgastar aún más sus cañas del 283, por ser dudoso que se pudieran cambiar en Istanbul, si terminaban allí. Su vida media oscilaba entre 250 y 300 descargas; más allá, el rayado del ánima quedaba tan desgastado que no lograba imprimir al proyectil el régimen de giro necesario para garantizar la puntería. De ahí que practicasen con cañas subcalibradas, unas fundas que se introducían por la boca del cañón hasta llegar a la recámara. La pieza se convertía en una comparativamente inofensiva del 88, pero sin que los proyectiles perdieran las propiedades balísticas de los 283, ni tampoco su alcance, pues aun disparando solo con la carga delantera, la de 26 kilos de cordita —la trasera pesaba tres veces más—, el menor peso del proyectil permitía impulsarlo a ciento setenta hectómetros. El *Goeben* no llevaba cañas subcalibradas para todas sus piezas, de modo que aquella mañana solo se usaban en la torre Casar; los artilleros destinados en las otras torres se turnaban para participar en el juego, aunque quienes más se divertían eran los directores de tiro, el capitán de corbeta Knispel y el teniente de navío Krüger. Ya se veía que sería Knispel quien pagaría una ronda de cerveza cuando un señalero pasó un mensaje al Konteradmiral. Lo leyó en segundos. Tras eso se volvió a los oficiales presentes en el puente, y anunció que, según hacía saber Haus, el gobierno serbio rechazaba el ultimátum austrohúngaro presentado el día 23. Nadie dijo nada. Permanecían pendientes del Konteradmiral, al que veían preocupantemente serio.

—Ackermann, interrumpa los ejercicios. Volvemos a Pirán. Que se transmita un mensaje al Vizeadmiral von Pohl, copiando el texto del Admiral Haus. Eso es todo, por ahora.

Le vieron retirarse a su cámara. Nadie hizo comentarios. Todos preferían quedarse a solas con sus pensamientos.

\* \* \*

Wichelhausen rara vez se presentaba con otra cosa que un cuaderno para tomar notas y un puñado de lápices, pero ese anochecer traía también un ejemplar del periódico vienés *Die Neue Zeitung*, del día 24, que se había llevado del consulado. La primera página era un artículo a cuatro columnas con el texto del ultimátum y con una sesuda reflexión editorial, según la cual cabía deducir que a la nación serbia le vendría muy bien un apocalipsis. Souchon no dijo nada. Se limitó a menear su gran cabeza en gesto de desánimo, aunque no lo sintiera. Él era un guerrero, y en la guerra era donde de verdad estaba en su salsa.

—¿Algo nuevo, Wichelhausen?

—Según parece, los Paşas encuentran oposición en el gran visir para sacar adelante un tratado con Alemania. Su principal punto de apoyo es el asunto de los barcos. Inglaterra se reafirma en que las causas del retraso en la entrega son las habituales de todos los grandes buques de combate. A ellos les pasa lo mismo con los suyos, dicen. Total, que mientras Churchill no tire la bomba, los Paşas están atados de pies y manos. Lo que sí perciben es un empeño inusitado de Beaumont en visitarlos a todos, el gran visir al que más. Ese redoblar la presión diplomática es otro síntoma de que dentro de poco les darán una noticia que Beaumont teme dar, y por eso se pone a son de temporal. La fuente confidencial de Humann dice que Grey ha transmitido a sus embajadores en Rusia y Francia que la opinión del pueblo británico está en contra de ir a la guerra por una causa tan incomprensible para su mentalidad como el lío de Serbia y los austríacos. También dice que el rey George ha dicho a su primo el príncipe Heinrich que Inglaterra se inclina por la neutralidad. —Souchon levantó las cejas; si eso fuera verdad el futuro de la MD sería más alegre—. Asimismo, ayer día 26 Grey propuso al embajador alemán, Lichnowsky, una reunión de primeros ministros, Alemania, Austria-Hungría, Francia, Rusia e Inglaterra, en la idea de que si los cinco se sentaran a una misma mesa la catástrofe que se cierne sobre la Europa continental se desvanecería. Lichnowsky se manifestó a favor, dando su palabra de que haría cuanto se hallase a su alcance para que así fuese. Por último, la noticia de que la Royal Navy se concentraba en sus fondeaderos de guerra, el Firth of Forth para los cruceros de batalla y Scapa Flow para los acorazados, ha electrizado a la población, por interpretar, ayudada por el *Times*, que aquella era la demostración inequívoca de que el Reino Unido haría honor a los compromisos con Francia y Rusia.

—¿Y eso ha sido esta mañana?

—Más bien a primera hora de la tarde. *Herr Admiral*.

—Bien, pues aquí no podemos seguir, por mucho que se hayan olvidado de nosotros. Ackermann, informe a Von Pohl de que nos haremos a la mar en la

madrugada del 29. Tocaremos en Brindisi para repostar y ver cómo están allí las cosas. Si para entonces aún no estamos en guerra con Inglaterra seguiremos adelante, a ser posible con las carboneras llenas. Si no...

## Martes, 28 de julio de 1914

Se presentía que aquel era el último día de paz. El decaimiento a que tal cosa daba lugar lo acrecentaba un cielo gris, tirando a negro, que amenazaba regalarles una gran tormenta de verano. La tripulación se deshacía de todo lo que pudiese alimentar un incendio, lo primero en que se debe pensar cuando toca combatir. Eso mantenía ocupado a casi todo el mundo, aunque no tanto como a los radiotelegrafistas, los del *Goeben* y los del B-Dienst. Los continuos telegramas que llegaban de Berlín no eran los únicos. Los de Haus, que ya debía de ver al *Goeben* como un buque austrohúngaro, también eran frecuentes, aunque no se podían comparar a la tempestad de señales que llegaban de todas partes. Otro presagio, decía Souchon en la reunión de la mañana, de que la guerra era inminente.

El que concentraba mayor interés era de Von Pohl. Más largo de lo usual, aunque no más claro. En su análisis de situación, la MD debería buscar refugio en aguas otomanas, en el caso de que Souchon no quisiera ponerse a las órdenes de Haus. Von Pohl no recomendaba unirse a la flota italiana, pues los indicios apuntaban a que Italia se mantendría en la neutralidad. A título de comentario final parecía dejar a Souchon en libertad de hacer con la MD lo que juzgara oportuno, aunque con una condición: que no se arriesgase a caer en manos inglesas o francesas. Antes de llegar a eso, que hundiera sus buques.

—Un niño de seis años nos habría podido decir lo mismo.

La queja de Madlung era lógica. Aquello, lejos de ser un catálogo de oportunidades, era un «allá os las apañéis».

—¿Le presionamos para que los turcos nos reciban bien?

—Presionar a Von Pohl es presionar a una piedra, y no porque sea un cabezón, sino porque no pinta nada.

Souchon se decía que Buße tenía razón al opinar así de Von Pohl, pero él no le podía respaldar.

—Buße, prepare un mensaje para Von Tirpitz, copiando a Von Pohl. Si terminamos en Constantinopla, que sea porque se nos espera. Si no, mejor hundirnos. Wichelhausen, ¿podríamos hoy saber algo más del señor Churchill y los barcos?

—Quedé con Humann en hablar a las seis de la tarde. No está seguro de que

para entonces tenga nada nuevo que contar, porque su fuente, o su origen, está en Londres, y la comunicación ya es muy difícil. Si Austria-Hungría declara hoy la guerra, sus enlaces telefónicos con Francia quedarían suspendidos, y para llegar a Londres hay que pasar por París. Quizá funcionara una segunda vía, por Holanda, pero tampoco duraría mucho. De todos modos, su fuente decía que Churchill hará pública la incautación nada más saberse que hay guerra entre Viena y Belgrado. Si eso es hoy, quizá sepamos algo por la noche.

\* \* \*

Pascual Moreno rara vez comía fuera de su casa. Su delicado estómago y su irritable intestino detestaban las recetas otomanas. Se resignaba cuando le tocaba comer con algún oficial de la Marina, si bien, como siempre pagaba él, se las apañaba para que fuera en algún carísimo restaurante que sirviera platos «a la europea». Salvo en esas ocasiones, y alguna muy rara en que De Ory invitaba, cada día se presentaba en casa poco antes de la una. Le aguardaban una copa de Amontillado del Duque —poseía un considerable alijo— y una mesa no de diario, sino de gran gala. La que solía cocinar era Petra, que lo hacía del modo más casero, familiar y monótono imaginable. Meritxell no se prodigaba en la cocina, lo cual era de agradecer. Queralt lo hacía cuando había invitados amantes de sus paellas, pero en un día normal, de diario, se quedaba muy al margen, salvo en los últimos, cosa que a Pascual no le hacía sospechar. La explicación oficial era el supuesto cansancio de la esforzada Petra. La real era provocar su mejor humor, el que le hacía ser amable y lenguaraz. Su repertorio, aun así, era limitado, porque rara vez dejaba de hablar de trabajo, de política y de diplomacia, lo cual, por otra parte, no tenía nada de particular, dado el tiempo tan preocupante que vivían. Tampoco se daba cuenta de que alguna vez Queralt hacía preguntas que no se correspondían con su condición de mujer ignorante y de cabeza hueca, pero como las formulaba envueltas en otras más propias de señorita de su casa y sus labores, las contestaba sin sospechar que, con perversa delicadeza, le interrogaban de un modo implacable. Como aquel día. Estaba encantado de la vida gracias a que su cuñada le había cocinado una exquisita lubina, con cebolla y patatas muy pasadas. Gracias a eso no tuvo reparo en comentar que Churchill había emitido un comunicado, anunciando la incautación de dos acorazados otomanos y uno chileno, tal y como Germán comentó, en esa misma mesa, unos días antes.

Dos horas después, con Pascual durmiendo una plácida siesta —no era un español de cabezada en el sofá; su estilo era el tradicional, de pijama y pantuflas— en compañía de su desmesurada esposa, Queralt cogía su maletín de dibujo y emprendía el camino del cercano Pera Palas. No pintaba muy bien, aunque sabía dibujar con la maestría de un ingeniero frustrado, y nada mejor para camuflar sus

estancias en la terraza del hotel que plasmar *sketches* de la omnipresente Süleymaniye. No tenía nada de particular que algún parroquiano se le acercara, interesado por la maestría con el carboncillo de la indiscutible turca, sobre todo si estaba sentada; en pie desentonaba, y aún más si abría sus ojos, pues el gris acero que mostraban no tenía nada de otomano. Eso era lo que sucedía esa tarde. Minutos después, el caballero que había curioseado el estudio de la resignada Süleymaniye, se marchaba dando su mejor velocidad. Llevaba con él una noticia que cambiaría el destino del mundo.

\* \* \*

—¿Y bien?

Souchon no era hombre de pocas palabras, pero cuando la impaciencia le devoraba resultaba muy lacónico.

—Churchill ha hecho público que se queda con los tres barcos, el chileno y los otomanos. El *Reşadiye* pasa a ser el HMS *Erin*. El *Sultân Osmân-ı Ewel* es ahora el HMS *Agincourt*. Los oficiales y marineros a bordo del *Reşid Paşa* y del *Neşhid Paşa* han sido amablemente invitados a irse a tomar por culo. No se lo dijeron encantadores diplomáticos del Foreign Office, sino antipáticos oficiales al mando de sendas compañías de Royal Marines, con las armas cargadas y las bayonetas caladas.

—Los ingleses jamás cambian: tras sus perfectos modales y sus mágicas palabras, siempre hay bayonetas.

Souchon sabía de qué hablaba. En sus tiempos de Tsingtao, donde había servido de 1901 a 1904 como jefe del Estado Mayor de la Ostasiatisches Kreuzergeschwader, tuvo trato con marinos ingleses. De ahí le venía no solo su buen inglés, sino cierto conocimiento del alma británica; cuando menos, la que flotaba.

Ackermann tenía preguntas más inmediatas:

—¿Los Paşas ya están al corriente?

—A las seis de la tarde, hora de Constantinopla, no sabían nada. En Londres eran las cuatro. En buena lógica, el Almirantazgo informaría primero al Foreign Office, y *Sir* Edward Grey convocaría más o menos de inmediato al embajador otomano. Primero que se vieran, hablaran, que Grey le diera explicaciones, y que luego el embajador regresase a la embajada, ordenase la traducción al turco, y que sus radiotelegrafistas transmitieran el telegrama, ya serían la siete de Londres. O las nueve de la Sublime Puerta. Wangenheim llamó a Cemal Paşa nada más conocer la noticia, y el otro no sabía nada. Humann dice que salió zumbando al Ministerio de la Guerra. Me jugaría unos marcos a que, ahora mismo —las siete y diez, hora de la Europa Central; las ocho y diez en Constantinopla—, los Paşas

están cabreadísimos, quizá llamando al estupendo Beaumont para recitarle los nombres ingleses de unos barcos pagados con el esfuerzo sobrehumano de millones de honrados ciudadanos otomanos.

—No quisiera estar en sus pantalones —decía Buße.

—Todo eso nos vendrá bien dentro de no mucho. Ahora vamos a lo crucial: según informa Von Pohl —Souchon blandía un mensaje recién llegado—, el Imperio austrohúngaro ha declarado la guerra al reino de Serbia. No hará más de dos horas. También ha hecho pública la movilización de sus ejércitos. Por ahora no hay reacción de Serbia ni de sus aliados, pero sin duda se conocerá mañana. La consecuencia, para nosotros, es que dejaremos Pirán a la una de la madrugada. Ackermann, ordene levantar presión con disimulo, y no antes de las diez. Que nadie pueda transmitir que las chimeneas del *Goeben* escupen más humo del normal. Una vez en el Adriático, ponga rumbo a Brindisi. Allí nos reuniremos con el *Breslau*, y supongo que se nos dirá qué pasa con los italianos. Si nos dejan carbonear, lo haremos, porque no hay nadie que sepa cuándo ni dónde lo podremos hacer otra vez. ¿A qué hora llegaríamos a Brindisi?

Ackermann no necesitó consultar sus papeles.

—Son 340 millas. Diecisiete horas a veinte nudos. Podríamos amarrar a las siete de la tarde. Para zarpar con el relleno al completo necesitaríamos alrededor de cuatrocientas toneladas, que podríamos cargar durante la noche. A las siete o las ocho de la mañana estaríamos en situación de atravesar el canal de Otranto y desde ahí marchar adónde ordene. *Herr Admiral*.

—Bien. Diga al Estado Mayor de Von Pohl qué pensamos hacer, para que avisen al cónsul en Brindisi de que necesitamos espacio en un muelle, dos remolcadores y un número suficiente de carboneros y de cintas elevadoras. Lo mismo para el *Breslau*. El cónsul, ante todo, que verifique si vamos a ser bien recibidos. ¿A qué hora se pone el sol en Brindisi?

—Poco antes de las nueve. *Herr Admiral*.

—Estupendo. Tendremos dos horas de luz para organizar el carboneo. Bien, es hora de cenar. ¿De acuerdo, en esto?

Asintieron, sonrientes. Su moral seguía muy alta.

—*Herr Admiral*, un radiograma de Von Pohl.

Souchon trabajaba en su diario. Gracias a eso no tardaba en dormirse. Aquella noche no estaba seguro de que funcionase, por las vibraciones de las calderas, así que no necesitó despejarse para coger el papel que le tendía Henke, tercer oficial de comunicaciones. El texto era breve: «Antes de Brindisi diríjase a Trieste. Contacte cónsul. Espere instrucciones. Von Pohl».

Entre Pirán y Trieste solo había veintidós millas. Menos de dos horas para fondear en el antepuerto, marchando a velocidad económica, o un poco más si atracaban, para cargar las cien toneladas de carbón que necesitarían para dejar Trieste con las carboneras al cien por cien de su capacidad.

—Déselo al Kommandant y dígame que zarparemos a las siete. Informe a Wichelhausen, porque será él quien baje a ver qué pasa con el cónsul. Buenas

noches y buena guardia.

## Miércoles, 29 de julio de 1914

El vicecónsul solo sabía que debía entregar a Souchon, o a quien enviase, un sobre traído desde Berlín por un suboficial. Wichelhausen, además de recoger el sobre, quería llamar a la embajada en Istanbul. El vicecónsul no puso pegas, pero explicó que desde la tarde anterior el servicio telefónico se había degradado a extremos inaceptables. Las llamadas a Istanbul debían cruzar dos países cuyo talante no estaba claro, de modo que le recomendaba volver, sentarse y esperar con su mayor paciencia. Wichelhausen, tras quedar en eso con el pomposo vicecónsul, se volvió por donde había venido. Sentía curiosidad por lo que habría en el sobre, aunque se preguntaba si Souchon lo haría saber. Igual eran órdenes ultrasecretas, y esas no se comparten. Solo se cumplen, y una podría ser ganar aguas internacionales y volar el *Goeben*. Dios quisiera que no fuera eso.

\* \* \*

El sobre contenía una descripción de los efectivos de La Royale de Lapeyrère y de la BMF, levantada por el Fregattenkapitän Isendahl, jefe del Servicio de Inteligencia Naval. Era un hombre conocido por muy pocos, aunque respetado como ninguno. El sobre también contenía, para gran alegría de los tenientes Mutz, Gerlach y Heinke, los códigos encriptativos que desde hacía semanas usaba la Royal Navy en el mar del Norte, que no diferirían mucho de los empleados en el Mediterráneo. Junto a ese valioso documento había un segundo, menos detallado, que describía los usos de La Royale a la hora de codificar. Hasta pocos días antes, las costumbres en el Mediterráneo de ingleses y franceses eran de transmitir en claro, quizá porque rara vez se decían algo interesante. La MD hacía lo mismo, salvo para comunicarse con Berlín. Si, a partir de lo que sucedía desde la tarde anterior, los probables enemigos dejaban de hacerlo, ellos ya no comprenderían lo que se decían, aunque quizá lo que ponía Isendahl en sus manos les permitiera descifrarlo, primer paso para esquivarlos. Según Ackermann repetía, no había historia ni tradición de conflictos con los ingleses. Por increíble que pareciese a

sus oficiales más jóvenes, Inglaterra y Alemania jamás habían estado en guerra la una contra la otra.

\* \* \*

A lo largo del día llegaron más órdenes y contraórdenes, como profetizó Souchon. Él las examinaba todas, sin moverse de su idea de ganar Brindisi, después el Jónico y desde ahí ya se vería. El nerviosismo, si no la histeria, debía de ser grande, tanto en el Estado Mayor de Von Pohl como en el de Von Tirpitz. Se percibía que no había unidad de criterio y que cada uno tiraba de un extremo del *Goeben*. Una de las sugerencias más peregrinas era ganar Malta en plena noche, atravesar el *Goeben* en la bocana del Grand Harbour y hundirlo allí, con lo cual se bloquearía durante meses la gran base británica. Un disparate, dijeron todos, pero Souchon determinó que debían contestar con ortodoxa corrección, señalando que la próxima luna nueva sería el 21 de agosto, y a esas alturas era probable que les hubieran localizado y hundido. A la respuesta inmediata, preguntando la razón de aguardar a que fuera luna nueva, Souchon mandó contestar, con toda seriedad, que ganar Malta sin ser detectados sería imposible bajo un albedo lunar superior al uno por ciento y no bajaría de ahí antes de la medianoche del 19 de agosto.

Otra menos loca, pero no mucho, pasaba por apostarse al sur de Cerdeña, para lanzarse sobre los convoyes de tropa según navegaban hacia Toulon, o Marsella, desde los puertos de Argelia. No estaba mal, decidían, aunque mejor era lo que habían pensado ellos: ganar los puertos argelinos al amanecer de la primera noche de guerra y destruir cuantos barcos hubiese allí, Dios quisiera que ya cargados con miles de legionarios y de soldados coloniales, los cuales tendrían así el gran honor de perecer por La France. La idea de atacarlos en alta mar era viable, pero el almirantísimo disponía de siete acorazados lo bastante bien armados como para liquidar al *Goeben* si entraba en su campo de tiro. En cualquier caso, responder a esa orden era delicado, tanto que prefirieron decir que procedían a estudiarla, y tras eso la sepultaron en un cajón con el debido respeto.

La tercera no era una novedad, pues ya se les había ocurrido, para rechazarla tras debatirla. Consistía en ganar los Dardanelos sin haber sido invitados y, si se les negaba el acceso, abrirse paso a cañonazos hasta el mar de Mármara. Si militarmente no era imposible, aunque sí arriesgada, en el plano diplomático sería desastrosa, tanto que prefirieron archivarla.

También llegaban noticias de interés, aunque sin consecuencias operativas. La principal, de la que supieron a mediodía, era que Rusia movilizaba sus ejércitos, tanto los desplegados frente a Prusia Oriental como los destacados en la frontera de Galitzia. Eso significaba que al día siguiente habría guerra entre Viena y Moscú,

y al otro pasaría lo mismo entre Moscú y Berlín. Para que se declarara entre París y Berlín haría falta un día más, o dos, o hasta tres. Eso significaba que, siendo aquella la tarde del 29 de julio, la guerra entre Francia y Alemania se declararía quizás el sábado 1 de agosto, y con más probabilidad el domingo 2 o el lunes 3. Considerando esas fechas como hipótesis de trabajo, se trataba de fijar una ruta y unos horarios que les permitieran situarse frente a Bône y Philippeville, los puertos argelinos donde pensaban desatar la gran carnicería, sobre las tres de la mañana del martes 4 de agosto de 1914.

\* \* \*

Wichelhausen apenas pudo hablar dos minutos con Humann, aunque fueron suficientes para saber que los Paşas estaban decididos a llegar hasta el final; si para eso debían cargarse al gran visir lo harían. La fuente Q se había secado, al cesar el tráfico telefónico a través de Austria-Hungría. Por lo demás, la fuente Q estaba muy bien. Mucho se temía Humann, eso sí, que aquella breve charla sería la última entre los dos en tanto no hablaran en persona. De todos modos, y si al día siguiente seguían en Trieste, si podía intentarlo que le llamara.

## Jueves, 30 de julio de 1914

El flujo de órdenes y contraórdenes había cesado. Quizá Von Tirpitz, que no Von Pohl, decidió que ya estaba bien de marearles. Si a Souchon le dieron la MD sería por pensar que sabría decidir a partir de lo que veía desde su puente de combate. La doctrina de Gneisenau, libertad de acción en el campo de batalla, para Von Tirpitz era el Evangelio. Uno con el que Von Pohl no comulgaba, pero el hecho de callarse quizá significara que se resignaba, o que se lo mandaban. Una pena que los almirantes mayores, por no decir ancianos, taponaran a otros más jóvenes, bien preparados, muy experimentados, con superiores conocimientos y bien al día, en armamento y en ingeniería, en táctica y en estrategia. Y en idiomas. Con fósiles como Von Pohl, Von Ingenohl y el propio Von Tirpitz, la KM jamás dejaría de ser el carísimo juguete del káiser, al cual le dolía el corazón de pensar que alguno de sus preciosos acorazados y cruceros de batalla podría resultar hundido en un combate contra la Royal Navy. En eso Souchon envidiaba la filosofía del Almirantazgo inglés, la resumida en unas heladas palabras de Lord Fisher: «Construimos buques de batalla para que nos los hundan; lo que importa es que nosotros hundamos al enemigo muchos más que él a nosotros». De ahí su convicción de que, para vencer en esa guerra inminente, la KM necesitaba en los puestos de mando guerreros como Hipper, Scheer, Bachmann o él mismo. Individuos capaces de aceptar bajas siempre que las del enemigo fueran más.

El *Goeben* estaba en orden de batalla. Las rutinas de paz se habían cancelado. Cuando dejara Trieste sería un buque preparado para luchar contra el que fuese. Bien sabía Souchon que a la mayoría de las unidades pesadas de la KM les costaría semanas alcanzar el grado de precisión y eficacia del que Ackermann estaba tan orgulloso, pero pensar en lo que harían los demás no le animaba. Prefería estar pendiente de la vecindad, consciente de que no tardaría en poblarse de buques enemigos deseosos de hacerles pedazos. Lo conseguirían, seguro, pero antes de besar ellos el fondo lo habrían hecho unos cuantos de los otros. Como todo buen almirante, sabría hundirse con su barco, aunque tras llevarse por delante tantos como pudiera.

Wichelhausen le sacó de su introspección. Había bajado a tierra para llamar a Istanbul, sin éxito. Las primeras víctimas de la guerra eran las líneas telefónicas.

Traía, eso sí, los últimos periódicos. Ahí apareció Ackermann con un mensaje de Von Pohl; Rusia decretaba la movilización general. Al poco, Bethmann-Hollweg anunciaba el estado de alarma. De ahí a la declaración de guerra solo había un paso, y por las trazas lo darían al día siguiente. Souchon y sus oficiales lo aceptaron con serenidad. Estaban preparados desde que Souchon definiera lo de Sarajevo como «la chispa». Solo había pasado un mes, pero qué mes. El que pronto empezaran los cañonazos era un alivio. La incertidumbre resultaba más penosa que verse con el enemigo. Empezaban a cenar cuando llegó Mutz, blandiendo un papel. Era un mensaje anónimo lanzado desde una fuente situada no lejos de Trieste. Decía que los serbios acababan de volar el puente sobre el Sava que unía Belgrado con Semlin, en Hungría. Tras un silencio, Souchon pensó que debía decir algo:

—El primer acto violento. Digan lo que digan los ingenuos, esto ya es irreversible. Lo mejor, en consecuencia, será que sigamos cenando. ¿Todos de acuerdo?

Lo estaban, afirmaban sonriendo. La flema de su Konteradmiral era el mejor antídoto contra el derrotismo.

## Viernes, 31 de julio de 1914

Llegaron a Brindisi al atardecer, bajo tremendos chubascos y formidables rayos, tan aparatosos que cuando alcanzaban el tope del *Goeben* lo iluminaban como si fuera un gran árbol de Navidad. El cónsul, que tenía una radio, les había dicho que la capitania del puerto les prohibía carbonear, por el riesgo de que las enormes olas les hicieran zozobrar. Unas olas que se quedaban fuera del puerto, aunque Souchon prefirió callar. Era claro que Italia no solo quería ser neutral, sino evitar conflictos con sus antiguos aliados o con sus viejos enemigos. De hecho, Mutz había captado un aviso de Troubridge a sus cruceros, prohibiéndoles acercarse a menos de seis millas de la costa italiana; sin duda quería impedir cualquier acción, incluso forzada por el temporal, que se considerase violación de aguas territoriales. El *Goeben* tenía carbón para ganar Messina, como lo tenía el *Breslau*, recién llegado de Durazzo, y cuyo comandante, Fregattenkapitän Paul Kettner, y su primer oficial, cenarían esa noche con Souchon, Ackermann, Madlung y Buße a bordo del *Goeben*.

Eran las siete, la hora en que se recrudecían los mensajes de Inteligencia Naval. El primero de aquella tarde no podía ser más expresivo: un patriota francés había matado, en un restaurante de París, al *führer* —líder— socialista Jean Jaurès, apasionado defensor de la paz y de sacrificar lo que fuera necesario para conservarla, convencido de que las guerras siempre las sufren y las pagan los mismos: los obreros y los pobres. Tras ese asesinato, los pacifistas franceses ya podían tentarse la ropa. El segundo decía que las bolsas de comercio se desplomaban, en Europa y en los Estados Unidos. El tercero, que Bélgica y Holanda decretaban la movilización. El cuarto, que Rusia no solo hacía lo mismo, sino que cerraba sus fronteras con Alemania. El quinto, que a primera hora de la mañana el embajador alemán en París, Von Schon, hacía saber al primer ministro francés, Viviani, que si Francia no declaraba su neutralidad, la guerra sería inevitable. El sexto, que dos horas antes el embajador en San Petersburgo, Graf von Pourtáles, había presentado un ultimátum, en virtud del cual Alemania se consideraría en guerra con Rusia, a las dieciocho horas del día siguiente, si esta no desactivaba la movilización de sus ejércitos. El último explicaba que Seiner Majestätt der Kaiser se había dirigido a una enfervorizada muchedumbre desde

un balcón del Alte Schloss, pidiendo sus oraciones para que Dios protegiese al ejército alemán. La muchedumbre se deshizo en aplausos. Tras eso, conmovido, pronunció unas palabras con viso de históricas: «¡A Alemania se le ha obligado a empuñar la espada!».

Una vez Wichelhausen acabara de leer, Souchon preguntó si alguien no veía claro lo que tenían por delante. No solo nadie dijo tener dudas, sino que todos volvieron a empuñar sus cubiertos, con la misma tranquila calma de su jefe.

Lo que fuese a suceder ellos no lo podían parar.

Lo que sí podían hacer era contribuir, en su calidad de guerreros, a honrar las inmortales palabras del Graf Gneisenau:

«El objetivo de la guerra es la destrucción del enemigo».

## Sábado, 1 de agosto de 1914

Dejaron Brindisi a medianoche, bajo una niebla espesa y sin avisar. Con eso evitaron que alguien lo comunicase a los cruceros de Troubridge, los que patrullaban a lo largo de los setenta y dos kilómetros que medía de ancho el canal de Otranto. Consciente de que ninguno podía estar a menos de seis millas de la costa, y aprovechando que la niebla no levantaba, Souchon ordenó navegar ceñidos a tierra y sin luces. En el B-Dienst captaban alguna comunicación del *Defence*, de tipo rutinario y en claro, y ninguna cerca del *Goeben*, que marchaba en cabeza seguido a cuatro millas por el *Breslau*. Así llegaron al cabo de Santa María de Leuca. La niebla se desvaneció al doblarlo. Pasaban, por poco, de las tres de la mañana. Era el momento, explicaba Souchon sin que fuera necesario, de aumentar a veinte nudos, a fin de recorrer las 250 millas que les separaban de su destino en algo más de doce horas. Un cálculo casi exacto, ya que fondeaban en la rada de Messina poco antes de las cuatro de la tarde. Según sus noticias aún no estaban en guerra, de modo que las autoridades portuarias no deberían obstaculizar que carbonearan, pero lo hacían. Explicaban, tras llegar junto al *Goeben* en una motora, que al estar tan próxima la guerra no podían dejar repostar a buque alguno que, antes de acabar, fuera beligerante. La solución llegó gracias a la fácil palabra de Wichelhausen, a su buen italiano y a su simpatía natural, en absoluto tedesca, como atestiguó el oficial italiano al mando. Así, a eso de las cinco, el *Goeben* y el *Breslau* se amarraban al muelle de la compañía Hugo Stinnes, donde les aguardaban tres cargueros alemanes y un buque mixto llamado *General*. Entre los cuatro aportarían el carbón que se necesitase tras estibar todo el que tenía la Hugo Stinnes. Ackermann y Kettner no creían que solo con eso llenarían sus carboneras. De nuevo Wichelhausen, armado de su sonrisa, su buen italiano, una botella de Knockando y cincuenta libras esterlinas, se dirigió a la capitanía del puerto, para regresar media hora después sin sonrisa, sin botella y sin las libras. A cambio, el *Goeben* y el *Breslau* se movían al muelle de armamento, para servirse de los búnkeress de capitanía. No era buen carbón, pero mejor eso que nada, se decía Souchon con estoica resignación.

Tenían por delante una noche de poco dormir; aun así, el carboneo no terminaría más pronto de media tarde, además de por todas las buenas razones

imaginables porque las cintas elevadoras no funcionaban, si alguna vez lo habían hecho. Era necesario llenar cubetas de ochenta kilos, izarlas con las plumas y estibarlas desde los pozos de cubierta, lo que, además de agotador, resultaba lentísimo. El tiempo no solo se les iba en eso. Madlung, tras inspeccionar los cargueros, les confiscó casi todo el carbón y la mayor parte de los víveres, para después dejarlos en libertad de quedarse allí, donde serían internados y con riesgo de ser apresados en el caso de que Itaha se alinease con la Entente, o de arrumbar a puertos más neutrales que Messina, como podría ser el de Mallorca si se daban prisa.

Lo del *General* era distinto. Mucho más grande, 8063 toneladas, traía mil de carbón, las cuales serían para el *Goeben* y el *Breslau* cuando regresaran de Bonê y Philippeville. Dado que su capitán, un oficial de la reserva naval, en caso de guerra debía ponerse a las órdenes de la KM, Souchon le ordenó desembarcar a los pasajeros, les diera dinero para regresar a Bremerhaven y despejara los accesos a los pañoles para que, dos días después, su carbón pudiera ser transferido al *Goeben* a velocidad militar. Además, y tras analizar la lista de tripulantes, la docena de marineros inscritos en la reserva naval volvían al servicio activo, siendo destinados a las carboneras del *Goeben*; ninguno tenía experiencia en el oficio, pero apilar carbón se aprende con facilidad, les explicaba el alegre Zahlmeister Quaritsch.

Los mensajes de Isendahl comenzaron a llegar después de las ocho. El primero decía que Alemania y Rusia estaban en guerra desde las seis. El segundo, que si bien no se habían roto las hostilidades con Francia, desde las siete había tropas alemanas marchando por Luxemburgo. El tercero y último informaba de que Italia no se sentía obligada por los tratados que la vinculaban a los imperios centrales, pues eran de mutua defensa, y lo que había iniciado Austria-Hungría era una guerra de agresión. A partir de ahí, el propósito del rey de Italia, y el de su gobierno, era permanecer en la más estricta neutralidad.

—Ackermann, que la gente se congregue a popa. Voy a decirles que desde las seis estamos en guerra, y que Alemania espera que cumplamos con nuestro deber. La banda de música, que se prepare. A mi señal, el *Preußen Gloria*, el *Hohenfriedberger* y el himno. Buße, ordene a Kettner que haga lo mismo.

A las nueve Souchon pensaba que convendría relajarse un poquito, ya que difícilmente llegarían más mensajes, cuando apareció Mutz con una cuartilla. El B-Dienst, en su incansable barrido de ondas, había pillado uno dirigido al almirantísimo Lapeyrère, quizá reenviado desde Toulon a Philippeville, y que seguramente procedía del Ministerio de Marina. Se le decía, en clave, aunque deshacerla fue un juego de niños, que GO y BL llegaron a Brindisi al anochecer del 31, pero al amanecer del 1 ya no estaban allí. Tras eso, que tenía permiso para zarpar de Toulon. También, que si había ordenado iniciar hostilidades contra buques alemanes o austríacos, diera contraorden, pues Francia todavía no estaba en guerra. Se le mandaba no dar orden a Bonê y Philippeville de paralizar los embarques, porque a los transportes ya se les había ordenado hacerse a la mar en

fechas y horas prefijadas, sin esperar escoltas y sin formar convoyes. El departamento de Guerra era consciente del riesgo que implicaba la presencia en Brindisi del GO y el BL, aunque lo consideraba tolerable, y en cualquier caso lo asumía.

La distancia entre Toulon y Philippeville era de 385 millas. A una media de catorce nudos, que si bien el *Courbet* podía dar bastante más los otros acorazados franceses no pasaban de ahí, no alcanzarían las costas argelinas hasta veintisiete horas después. Dada la usual inercia de La Royale, era difícil que la fuerza principal dejara Toulon antes del 3 de agosto. Si aparejaban con las primeras luces del día, no llegarían a las costas de Algeria hasta las siete de la mañana del martes 4, tres horas después del bombardeo y con la MD dando avance a veinticuatro nudos, muy al este de su curso. Una magnífica información, añadió Ackermann. De las que pueden decidir una campaña.

## Domingo, 2 de agosto de 1914

Ackermann y Kettner habían ordenado alistar los buques para un bombardeo de posiciones costeras fuertemente defendidas. El *Breslau* emplearía contra Bonê sus piezas del 105. Con suerte harían blanco en algún transporte, y aunque los proyectiles eran muy poca cosa, los de tipo explosivo podrían causar incendios excelentes. El *Goeben* bombardearía con su batería secundaria. Las granadas del 150 irían de maravilla contra los transportes, de dar con alguno, y contra los almacenes, depósitos, pañoles y tinglados. La batería principal se reservaba para un posible duelo con La Royale y, quizá, con los cruceros de batalla de la BMF, únicas unidades pesadas que les podrían perseguir. Las órdenes de Ackermann especificaban que la munición del 283 a disponer en las barbetas sería la perforante. Si debieran combatir con el *Inflexible*, el *Indomitable* o el *Indefatigable*, permanecerían en arco abierto, entre ciento sesenta y ciento setenta hectómetros, para que los proyectiles alcanzaran las cubiertas enemigas llegando desde muy alto. Según lo que decía el *Jane's* de los tres buques ingleses, el espesor de las corazas horizontales de sus pañoles de munición, 38 a 64 milímetros de mediocre acero inglés —demasiada presencia de azufre—, no resistiría el impacto de una granada perforante de 323 kilos que las alcanzara en ángulo elevado a más de mil kilómetros por hora, o eso era lo que sostenía el profeta de los artilleros, Kapitänleutnant Georg von Hase, cuyos estudios sobre la forma de centrar el tiro a más de ciento cincuenta hectómetros se consideraban la «verdad revelada» del tiro naval.

El resto de la tripulación se afanaba en revisar si la disposición del barco era la reglamentada para el orden de batalla, cuando Mutz, con aspecto de no haber dormido mucho, ganó el puente de combate y tendió al Kommandant una nueva cuartilla. Según leyó este, a las 6:53 el almirantísimo recibió un mensaje de procedencia desconocida, informando haber oído la radio del GO a corta distancia de Bizerta. No estaba codificado, ni tampoco la respuesta de Lapeyrère. En ella ordenaba la paralización del embarque del Corps d'Armée XIX, el de los soldados indígenas, y que según decía el Estado Mayor sería el primero en salir para la Francia metropolitana.

—¿Algún indicio de que Lapeyrère se ha hecho a la mar?

—Ninguno, *Herr Kommandant*. Barremos sus frecuencias de un modo continuo, pero no nos llega nada.

El día transcurría sin apenas movimiento, tanto por no llegar comunicaciones importantes como por tener tiempo sobrado para carbonear. Según determinaba el oficial encargado de la estiba, el *Goeben* zarparía con 2042 toneladas de *carbón* y *el Breslau* con 1220, suficientes para llegar a posiciones de tiro a catorce nudos y regresar a veintidós. A primera hora de la tarde comenzaron a cerrarse las escotillas. Los buques ya estaban listos para iniciar su guerra. Solo faltaba que se declarase.

Los dos buques levantaban presión desde las 18:00. Poco antes, y para satisfacción de Souchon, Mutz anunció una nueva emisión del almirantísimo, en una clave poco menos que infantil: ordenaba que los transportes permanecieran en Bonê y Philippeville mientras no llegara él, al frente de la escolta pesada.

Lo previsto era dejar Messina cuando la oscuridad fuera total. Empezarían su travesía listos para entrar en guerra, pero determinados a dar media vuelta si aquella se aplazaba. Ni Souchon ni nadie lo consideraban probable, pero siempre había esperanza. Una que comenzó a desvanecerse al anochecer, con los mensajes de Isendahl. El primero decía que a las tres de la tarde Wilhelm von Schon, embajador alemán en París, había entregado un ultimátum al primer ministro Viviani, según el cual Alemania se consideraría en guerra con Francia dieciocho horas después si esta no desactivaba la movilización general y desmilitarizaba sus fortalezas fronterizas. El segundo y último anunciaba la creación del GHQ, o Gran Cuartel General. Una institución propia del estado de guerra; el último del que Souchon tenía noticia fue el de Moltke durante la campaña de 1870. Era llamativo que aquel de 1914 lo presidiera otro Moltke, sobrino del anterior, el de papel tan capital en la historia prusiana. Por lo demás, era otro paso en el camino de abrir fuego contra todo.

A las 23:00 los cruceros comenzaron a moverse. Tenían por delante 450 millas. Las recorrerían en veintiocho horas. Si no sucedía nada extraordinario, a las 03:00 del martes 4 estarían en situación de hacer pedazos unos transportes atestados de soldados aterrados. Para una flotilla de opereta, como decía Milne de la MD, no sería un mal entrar en guerra.

## Lunes, 3 de agosto de 1914

Salvo el personal de guardia todo el mundo dormía. Una excepción era Souchon, que se quedó en el puente de maniobra rumiando sus pensamientos. Otra era Mutz, tras enviar a sus hombres a los cois. Él, incansable, seguía explorando el éter. A la una y media pescó un mensaje no codificado dirigido al almirantísimo. Como le pareció importante se dirigió al puente de combate, donde solo había oficiales de guardia, y de ahí al de maniobra. Souchon le tendió una mano nada más verle. Segundos después reconoció el buen criterio del oficial, pues hacer saber al almirantísimo que GO y BL llegaron a Messina al atardecer del domingo 2 solo podía inducir a error, el de pensar que necesitarían carbonear, lo que llevaría horas, de modo que Lapeyrère deduciría que GO y BL no saldrían al mar hasta la mañana del lunes 3. Con eso y algún imponderable, que a una escuadra de siete acorazados siempre le surge alguno, se lo tomaría con calma y dejaría Toulon lo bastante tarde como para no poder interceptar a la MD una vez bombardeadas Bonê y Philippeville. Era una buena noticia, de las que recomiendan irse a la cama, no sea que comiencen a llegar las malas.

Una hora después la radio del *Goeben* captaba un mensaje. De Von Pohl para Souchon. Le dejaba en libertad para (1) unirse a los austrohúngaros, para lo cual debería recuzar el canal de Otranto antes de que los ingleses entraran en guerra; (2) poner rumbo a Constantinopla, y de ser así Wangenheim recibiría orden de ofrecer los buques al gran visir, o (3) que internara sus buques en España o, mejor aún, los hundiera. Cualquier cosa menos que cayeran en manos francesas o británicas.

El oficial de guardia, Hilgendorff, consideró el mensaje lo bastante serio como para despertar al Konteradmiral. Este no tenía mal despertar, así que apenas gruñó cuando el oficial le tendió el mensaje. Tras quedarse solo se preguntó qué cosas estarían pasando en Berlín para que le dijeran aquello. De todos modos, concluyó al apagar la luz, en nada cambiaba el mensaje lo ya decidido: atacar a los franceses, causar tanta devastación como pudiera, esquivar a los ingleses, carbonear en Messina, salir al Jónico, donde debería combatir —estaba por ver si contra uno, dos o tres cruceros de batalla—, y desde ahí ganar el Egeo gracias a su mayor velocidad —no más de dos nudos, por desgracia—, y rezar para que

Wangenheim hiciera bien su trabajo y pudieran echar el ancla frente a Karaköy. Todo, eso sí, vinculado a que Francia declarase la guerra. De no ser así debería volver a Messina, llenar las carboneras y esperar órdenes, pero a su edad no creía en milagros. Sería imposible que los gobernantes austrohúngaros, alemanes, rusos, ingleses y franceses recuperaran la cordura lo bastante para comprender que, cuando el horror acabase, los muertos se contarían por millones y la vieja Europa se hallaría como cien años atrás. Salvo, eso sí, la colosal industria de armamento. Para ella, la guerra que se avecinaba sería la suprema sonrisa de los dioses.

A las 04:00 el B-Dienst comenzó a captar señales del eje Marsella-Toulon, a 450 millas del *Goeben*. Pese a estar en claro no decían nada de interés, salvo alguna palabra suelta del estilo *Courbet*, *Danton* o *Diderot*. Ackermann, ya en el puente y despejándose con ayuda de un café turco, al momento dedujo su significado: los acorazados menos antiguos del almirantísimo se hacían a la mar. Eran buques bien blindados y de no despreciable artillería: cuatro piezas del 305 y doce del 240. Su problema era no pasar de diecinueve nudos con las calderas revisadas y los fondos limpios, pero en condiciones normales sería raro que superaran los diecisiete. De uno en uno valían poco, pero si Lapeyrère llevaba con él a los seis, además del *Courbet*, serían enemigos formidables. De ser verdad que hasta esa hora del día 3 no dejaban Toulon, el mundo se quedaría sin saber cuántos podrían liquidar antes de irse a pique, porque contra siete seguro que les hundían. Eso le hizo decir a Mutz que se concentrara en emisiones más cercanas. Si las había, malo. Significaría que Lapeyrère desplegaba una escuadra de cruceros exploradores, y estos, más rápidos, sí que podrían dar con el *Goeben* y el *Breslau*, incluso antes de llegar a posiciones de tiro. De no haberlas sería por dos posibles razones: el B-Dienst no conseguía captarlas, o el almirantísimo, más bien, era el idiotísimo.

El día sería muy largo. En cualquier momento podrían cruzarse con un barco, quizá no de guerra y tampoco beligerante, pero si tenía radio podría lanzar un mensaje diciendo que se cruzaba con dos buques de combate navegando hacia el oeste. Si además dijera que izaban el pabellón alemán, a la MD no le quedaría otra que dar media vuelta. De ahí que lucieran grandes pabellones rusos. Un capitán conocedor de su oficio sabría que muy rara vez los buques de guerra rusos se aventuraban tan lejos del mar Negro, y que las siluetas de sus *predreadnoughts* no se parecían a la del *Goeben*, aunque no quedaba otra que confiar en los dioses del Mediterráneo, se decía Souchon. Alguna vez, cuando no tenía más remedio, participaba en las ceremonias religiosas que se organizaban para mantener tan alto como se pudiera el espíritu de la tripulación —o para conservarla debidamente atontada, opinaba el cínico Madlung—, pero no se sabía que padeciese devoción alguna. Era porque jamás confesaría que no sentía simpatía por ninguno de los numerosos dioses únicos y verdaderos. La sentía por las diosas. Era un firme adorador de Androctasia, hija de Eris, sobrina de Ares, nieta de Zeus y patrona de las carnicerías, las masacres y las catástrofes. No había diosa

más digna de las devociones de un almirante que marchaba decidido a perpetrar una matanza como Dios manda. Como las de toda la vida.

\* \* \*

Las horas transcurrían bajo la inquietud que deparaban la impaciencia, el temor a ser detectados y la ignorancia de lo que pudiera estar haciendo el enemigo, a lo que se añadía el no saber si de veras era ya «el enemigo». No lo supieron hasta las seis de la tarde, ya cerca de cruzar el meridiano de Bizerta. Fue gracias a un mensaje de Von Pohl, cuyo Estado Mayor tenía presente que sin esa confirmación la MD no podría ir más lejos. A esa hora, decía Von Pohl, Francia rechazaba el ultimátum presentado por Von Schon. Las operaciones militares comenzarían de inmediato, aunque Souchon suponía que no serían directas contra Francia. Conocía los fundamentos del Plan Schlieffen, la tesis final del Generalfeldmarschall Alfred von Schlieffen, terminada y entregada nueve años antes. Souchon sabía que falleció en 1913, de modo que se quedaría sin admirarse de la prodigiosa eficacia de su obra maestra. Esta comenzaba por invadir Luxemburgo y Bélgica, para desde ahí lanzarse sobre Francia por el viejo camino de las invasiones, el que recorrieron Blücher y Gneisenau en 1814 y 1815. Si el Plan Schlieffen no había sufrido alteraciones, los primeros cañonazos contra soldados franceses los dispararían el *Goeben* y el *Breslau* a las tres de la madrugada, nueve horas después de la declaración de guerra. Un honor al que preferiría renunciar, no porque le repugnara disparar contra un enemigo de Alemania, sino por no pasar a la historia gracias a esa tontería, pero en eso él no podía influir, de modo que mejor sería pensar en otra cosa. Por ejemplo, en un mensaje recién captado, de Milne a Lapeyrère, en claro y en inglés. Una descortesía como cualquier otra, pues en el Estado Mayor de Milne no pocos oficiales hablaban francés, pero eso era lo de menos. Lo que importaba era que Milne parecía preguntar en qué podría él ayudar al almirantísimo, para explicar a continuación que contaba con tres cruceros de batalla, cuatro cruceros acorazados, cuatro ligeros y dieciséis destructores. Una pregunta como esa solo podía significar que hasta ese momento no habían hablado de lo que habrían debido hablar, lo que definía con precisión la talla profesional de ambos vicealmirantes. Esa sí era una noticia de las que dan ánimos: saber que quienes mandaban las fuerzas que tenía enfrente no valían nada.

Al poco de aquello Mutz daba una nueva noticia. Era un probable mensaje del alto mando francés, informando a Lapeyrère, en claro, que Italia confirmaba su neutralidad y que GO y BL ya no estaban en Messina. Una hora después llegó un nuevo mensaje de Von Pohl: el Imperio otomano anunciaba su neutralidad, aunque supervisaría el tráfico militar por sus estrechos. Era una toma de posición ortodoxa. Tanto, que Souchon no veía en ella nada en contra de sus planes, los

que temía no coincidieran con los de Wangenheim, y aún menos con los de Bethmann-Hollweg. Regalar sus barcos a cambio de nada sería peor que hundirlos, aunque aún faltaba mucho para pensar en eso.

El mensaje más importante le sorprendió de sobremesa con sus oficiales. Lo firmaba Von Tirpitz y hacía el número 51 de los enviados desde que Trummler zarpara de Wühehnshaven un lejanísimo 5 de noviembre de 1912: «Alianza entre Osmanisches Reich y Deutsches Reich firmada por el gran visir. *Goeben* y *Breslau*, diríjense inmediatamente a Constantinopla».

Ackermann preguntó si debían invertir el rumbo. Se acercaban al meridiano de Cagliari, alejados de la costa de Cerdeña. Faltaba una hora para virar a babor (ellos, pues el *Breslau* ya lo haría rumbo a Bonê). La respuesta de Souchon fue que, habiendo llegado tan lejos, sería frustrante no rematar el trabajo.

—Seguimos, Ackermann. No nos vamos a retirar.

Lo correcto era solemnizar las palabras del almirante, y para eso nada mejor que cuadrarse y saludar. El problema era que seguían sentados, y encima descubiertos. Ackermann, aun así, no tardó en dar con la más adecuada fórmula verbal:

—¡A sus órdenes. *Herr Admiral!*

## Martes, 4 de agosto de 1914

Souchon había entregado sus órdenes a Kettner y Ackermann, por escrito, aún en Messina. Como buen profesional de la guerra, detestaba mandar de palabra si se trataba de asuntos importantes. Las que dio, minuciosas y precisas, especificaban que los dos cruceros se acercarían a los muelles de Bonê —el *Breslau*— y Philippeville —el *Goeben*—, a las 03:30, bajo bandera rusa; solo tras haber fijado la puntería romperían la canasta de la bandera de combate y abrirían fuego contra los buques enemigos, los edificios, los tinglados, los almacenes y los depósitos de combustible, si se conseguía identificarlos, ya que la luz del alba no garantizaría una correcta valoración, aunque a cambio dificultaría la puntería de las piezas enemigas, que las habría. Por último, que no perdieran tiempo en duelos artilleros con las defensas francesas. Terminado el bombardeo, fijarían un rumbo al oeste mientras estuvieran a la vista del enemigo, dando a entender que seguían hacia Gibraltar, para media hora después virar hacia el cabo Spartivento y allí esperarse mutuamente, para regresar a Messina bordeando la costa norte de Sicilia.

A las 03:00, cuando ya se insinuaba una tenue claridad hacia el este, sobre un mar liso cual espejo, Mutz mostró a Souchon un mensaje de Lapeyrère dirigido a Milne, redactado en francés y enviado en claro. Le recomendaba vigilar los movimientos de la Regia Marina y bloquear el canal de Otranto. De lo que sucediera en el tramo del Mediterráneo comprendido entre Toulon, Mallorca, Cerdeña y Argelia, ya se ocupaba él.

Poco después Mutz tendía dos mensajes, en francés. Del acorazado *Danton* al crucero *Descartes*, y viceversa Sonaban igual de lejanos, más allá de la línea Mahón-Oristán. Tomándolo con la debida reserva, era consistente con que Lapeyrère no desplegaba sus cruceros en búsqueda de amenazas. «¡Bien por el almirantísimo!», exclamó Souchon entre sonrisas. No muchas, pues ya veían las luces de Philippeville. El plan era ganar el puerto viniendo del este, dado que la línea costera seguía una traza norte-sur. La visibilidad, para el *Goeben*, sería excelente, lo contrario que para los franceses, cegados por el sol naciente. Se hallarían a ciento noventa hectómetros del bastión que tomaban como referencia cuando vieron salir un barco no muy grande, seguido de otro cinco minutos

después. No eran de guerra, y si transportaban tropa debían de ir medio vacíos, pues mostraban buena parte de su obra viva. Souchon ordenó esperar a cubierto de la oscuridad, no fueran a ser neutrales. Hundir un buque neutral amarrado en un puerto enemigo no era inadmisibile, pero no si ya estaba en el mar. A las 04:10 los barcos misteriosos se habían alejado lo bastante como para dar ellos avante y ocupar la posición ideal, a ciento treinta hectómetros de la bocana del puerto. Ya eran las 05:08 y el sol recién aparecido iluminaba con deslumbrante nitidez la horrenda Philippeville. Por el contrario, para quienes les observaran desde tierra el *Goeben* sería, todo lo más, una mancha borrosa escondida en el sol.

El Kapitänleutnant Knispel, que se moría de ganas, pronunció las palabras mágicas:

—*Klar zum Feuer eröffnen*<sup>[16]</sup>!

Ackermann no miró a Souchon. Él era quien mandaba en el *Goeben*. Souchon, en ese momento, solo era un invitado de lujo.

—*Feuer frei*<sup>[17]</sup>!

El *Goeben* montaba en cada banda seis piezas LK/45 de 150 mm y 45 calibres; disparaban granadas perforantes, incendiarias y explosivas, todas del mismo peso: 45,3 kg. Para Philippeville prescindía de las perforantes. En veinte minutos, las seis piezas de cada banda dispararon treinta y seis andanadas completas, dieciocho por banda, lo que traducido a cifras supuso más de nueve toneladas de acero muy fragmentable y explosivo potentísimo, arrojadas a más de ochocientos kilómetros por hora en un área de ciento cincuenta metros de profundidad y dos mil de anchura. El resultado fue un purgatorio de incendios incontenibles, en verdad grandiosos. Sin embargo, no había en el puerto barcos de transporte con aspecto de llevar a bordo legionarios o tropas indígenas. La gloria jamás es completa, de modo que Souchon, al mandar retirarse, lo hizo con la frustración de no haber podido achicharrar unos cuantos regimientos de infantería colonial. Si algún día se lo reprocharan, no le quedaría otra que contestar: «Se hizo lo que se pudo».

\* \* \*

A las nueve de la mañana el *Goeben* y el *Breslau* se identificaban el uno al otro, quince millas al sur del cabo Spartivento. El reconocimiento fue fácil, pues la silueta del *Goeben* de ningún modo recordaría la de un acorazado francés, y la del *Breslau*, con sus cuatro altas chimeneas en candela, no tenía parangón en ningún barco de su porte que flotara en el Mediterráneo. Así, tras un breve diálogo por semáforo, iniciaron a veinte nudos, rumbo 0-9-0, el camino de Messina. En las carboneras del *Goeben* quedaban 1250 toneladas de carbón. Con eso podrían cubrir las 300 millas hasta Messina en quince horas. Tendrían otras veinte para traspasar al *Goeben* las mil y pico que dejaron en el Genera/. Tras eso se harían a

la mar, ganarían el Jónico de noche cerrada, bien ceñidos a la costa, y desde ahí ya se vería. En ese momento, las 09:15, se sabían en guerra con Francia, pero no con Inglaterra, pues en otro caso ya lo habrían comunicado, Von Pohl o Von Tirpitz.

A las 09:30 el *Breslau*, que marchaba en cabeza, señaló por semáforo dos penachos de humo. Los que fueran venían de vuelta encontrada y a buena velocidad, de modo que la sospecha de Ackermann, acorazados franceses, no tardó en evaporarse. Una nueva señal del *Breslau* les sacó de dudas: palos tripodes, grandes cofas. El sello de los *cats*, el apodo con que Jack Fisher cristianó a la creación que glorificaba su carrera: los *battlecruisers*. Poco después los veían los serviolas, y a no tardar se medían con los telémetros estereoscópicos Zeiss de la dirección de tiro —muy superiores a los de coincidencia Barr & Stroud que montaban los ingleses, opinaban quienes podían comparar—; Souchon no sabía si ya estaban en guerra con la BMF, aunque asumió que sí, ordenando al *Breslau*, por radio y en clave, que se alejase diez millas al norte y ahí volviese al 0-9-0. Si había que combatir no quería dejar una presa fácil entre los dientes del inglés. Por entonces lucían colores alemanes, aunque no los de Souchon; la distancia en que se cruzarían con los ingleses, ya parcialmente identificados —el de cabeza podría ser el *Indomitable* o el *Inflexible*, pero el otro era el *Indefatigable*—, no subía de ochenta hectómetros. Mejor no dar muestras de cortesía, como izar el gallardete del almirante, saludar con banderas o transmitir por semáforo un mensaje de buenos deseos. En las condiciones que vivían, elevar banderas de salutación se podría confundir con izar el pabellón de combate, y el destello de un semáforo se podría tomar por el fogonazo de un cañón. Mejor no arriesgarse, y más a la vista de que los ingleses hacían lo mismo. Pasaban de largo sin mostrar gente sobre las cubiertas, como pasaba en el *Goeben*; eso significaba que se hallaban tan en zafarrancho de combate como ellos. Tendrían cargadas las piezas, y sus directores de tiro cantarían las distancias como lo hacían los suyos, pero sin mostrar gestos hostiles, empezando por mantener orientadas a crujía las torres de su batería principal. Lo que no se podía ver era si llevaban los cubrebocas puestos. En el *Goeben* se habían retirado en Messina, pues se suponían en guerra, pero el estado administrativo de los ingleses no era ese, pues en otro caso habrían orientado las piezas hacia ellos.

Marchaban a no menos de veintidós nudos, informaba la dirección de tiro. En cosa de minutos se quedaron muy atrás, aunque al llegar a seis millas comenzaron a virar y a separarse, de modo que a las 09:50 les perseguían con descaro, el *Indefatigable* abierto al norte y el *Indomitable*, que ya lo habían identificado, al sur. Navegaban con los cubrebocas retirados. Inglaterra y Alemania no estaban en guerra, pero quienes mandaban esos barcos contaban con que lo estarían dentro de muy poco.

Mutz indicaba que uno de los dos transmitía un largo mensaje codificado, aunque la palabra GO se repetía.

—El *Indefatigable* lo manda el capitán Charles FitzGerald Sowerby. Le conocimos en diciembre, en Alejandría. El comandante del *Indomitable* es el

capitán Francis William Kennedy. Cincuenta y un años. Más antiguo que Sowerby; seguramente hace de comodoro. Es de los más expertos capitanes en activo.

—Gracias, Wichelhausen. ¿Se darían un aire a Müne?

—Kennedy, no. Si pudiera, no dudaría en abrir fuego.

No siempre iban a encontrar marinos de salón, se decía Souchon justo antes de tocar el hombro de Ackermann.

—Está claro que nos van a perseguir hasta una de dos: que les den permiso para disparar o que los dejemos atrás. Prefiero lo segundo, y supongo que usted también. —Ackermann asintió—. Hable con Breuer; necesitamos que haga volar al *Goeben*. Que ponga todos los fogoneros que tenga, y que pida refuerzos si le hacen falta, pero que no bajemos de veinticuatro nudos.

Ackermann se cuadró y se lanzó escaleras abajo. Souchon volvió a fijar sus prismáticos en el *Indomitable*, donde con toda probabilidad habría un capitán Kennedy haciendo lo propio.

—Gerlach: mensaje a Von Pohl y a Von Tirpitz. Perseguidos por *Indomitable* e *Indefatigable*. Por ahora no disparan. Latitud, longitud, rumbo y velocidad. Envíelo cuanto antes.

El mensaje de respuesta, firmado por Von Tirpitz, llegó a las 11:30. La situación con los perseguidores era la misma, pero las mediciones telemétricas decían que de noventa hectómetros se había subido a noventa y cuatro. El retraso, además, no era el mismo en los dos buques; el *Indefatigable*, por la razón que fuera, ya estaba en noventa y seis. Si la menor velocidad de los ingleses era sistemática, en siete horas estarían fuera de su alcance artillero, y en cuatro más no se verían ni sus humos.

Faltaba mucho para eso, de todos modos. Faltaba, también, un tercer crucero de batalla, que a saber dónde andaría, pero de momento interesaba más la respuesta de Von Tirpitz:

«Embajador inglés presenta a las 11:00 ultimátum inaceptable, con expiración a sus 23:00, medianoche del Reich. Desde las 00:00 horas considérese en guerra con la BMF. AvT».

Nadie hizo comentarios, aunque ninguno dejó de mirar su reloj. Las doce menos veinticinco. Si el capitán Kennedy fuera de la escuela de Nelson abriría fuego, como en la célebre ocasión en que aquel orientó su catalejo al buque insignia, para después afirmar que no vio la orden de retirarse, cosa muy lógica porque había mirado con el ojo que le cegaron en Córcega; tras eso siguió adelante contra la flota enemiga refugiada en Copenhague, persiguiendo la victoria y la gloria. Kennedy no parecía del mismo pelaje, cosa que ninguno de los oficiales que rodeaban a Souchon le reprocharía.

\* \* \*

—¡Humo al 1-8-0!

Todos en el puente de maniobra miraron al sur.

—¿La hora?

—Una y treinta y cinco.

—¡Crucero ligero de cuatro chimeneas, tipo Town!

La voz venía del vigía instalado en la diminuta cofa del mástil principal. Los Town, de los que había cuatro en la BMF, eran difíciles de distinguir unos de otros, pero eso no importaba. El alivio en el puente venía de saber que no era el *Inflexible*.

—El Town transmite con el indicativo del HMS *Dublin*.

Souchon, pensativo, tardó un minuto en reaccionar.

—Ackermann, que se nos una el *Breslau*, a proa, por si se nos cruza el *Dublin*.  
¿Cómo vamos de carbón?

—Si conseguimos mantener los veinticuatro y un tercio, llegaremos a Messina con cien toneladas.

—¿Fugas?

—Por ahora no demasiadas. Se cierran las espitas, se anula el tubo y ya está, pero la presión general disminuye. Si no perdiéramos más de treinta tubos, y es probable que así sea, nos mantendríamos en los veinticuatro nudos.

Mutz se les acercó. Solía enviar a un marinero-mensajero, pero cuando el asunto era importante prefería personarse.

—Hemos cazado un mensaje de no sabemos quién. Está en claro y en francés. Dice que el *Indefatigable* se dejó en Malta cien fogoneros que no llegaron a tiempo al barco.

Souchon se dijo que, con una guerra inminente, él no habría dado permiso a cien fogoneros; una irresponsabilidad muy propia de un Milne o un Sowerby. Seguía pendiente de sus perseguidores. Cabeceaban bastante, pues la mar se rizaba por momentos. Levantaban tremendas ondas de cabeza, y el de más a babor de vez en cuando encapillaba un buen cáncamo, por marchar un tanto desequilibrado. Si su razonamiento era correcto, no deberían tardar en abandonar la caza. Por eso habrían llamado al *Dublin*, para que no les perdiera de vista cuando ellos se retiraran. Este, a su vez, no cortaba el rumbo del *Goeben*, sino que se situaba un punto abierto por el través del *Indomitable*.

—El *Breslau* se nos incorpora.

—Estupendo. ¿Qué tal los hombres, ahí abajo?

—Es un infierno. Se han habilitado turnos de media hora, porque los fogoneros se mueren. Respiran chispas y ceniza, más que aire. Se renueva con ventiladores, pero son insuficientes. Ya tenemos tres quemados, por chorros de vapor hirviente al estallar algún tubo, aunque no están en peligro. Me temo, aun así, que llegaremos a Messina con unos cuantos muertos.

Souchon torció el gesto, disgustado. A menor velocidad no pasaría eso, pero a menor velocidad llegarían a Messina después de medianoche, si llegaban, porque los cruceros ingleses abrirían fuego justo a esa hora. Resultaba doloroso, pero no

tenía más remedio que ordenar el sacrificio de aquellos pobres diablos, esos cuyo fin en esta vida era escaldarse vivos.

—Quiero bajar a verlos.

—Se pondrá perdido. *Herr Konteradmiral*. Además, donde más falta nos hace usted es aquí.

—No lo dudo, pero los hombres merecen ver a su almirante pasándolas tan putas como ellos. Y a usted también.

Buße procedió a cuadrarse, a falta de mejores palabras, si bien a Wichelhausen le pareció que sin el debido entusiasmo. Para según qué, Trummler debía de parecerle preferible.

—El *Indefatigable* ha desaparecido.

Souchon volvió a empuñar sus Zeiss mientras Buße le miraba de reojo, con expresión de «a ver si así se le pasa». Efectivamente, ya solo había un crucero de batalla inglés, y a ojo de buen marino le pareció que algo más lejos de cien hectómetros. Solo el *Dublin* insistía en morderles los calcañares.

—¿A cuánto estamos del meridiano de Favignana?

—Algo menos de una hora.

—Bien. Ackermann, ceñidos a la costa. Creo que los ingleses no se quieren adentrar en aguas italianas. Si se van, o si se abren más de cien hectómetros al norte, será la confirmación.

—¿Nos aportaría eso algo?

—Sí. Que no nos seguirían hasta Messina. No nos verían fondear. Con suerte, tampoco aparejar. ¿Vamos, Buße?

Si un defecto tenía Souchon era que ni se le olvidaba nada ni se dejaba distraer. Media hora después ya estaba de regreso, con Buße. Ackermann, que había bajado con ellos, seguía en las entrañas del barco. Reclutaba hombres no esenciales para la defensa del buque, oficiales incluidos. Gracias a eso, y al cabo de quince minutos, el *Nachrichtenoffizier* se vio barriando cenizas incandescentes, en compañía de algunos otros alféreces y tenientes que hacían lo mismo, todos ellos descamisados, ennegrecidos y sudorosos. A él no le incomodaba tan infernal trabajo, por mucho que la tos de su faringe irritada le hiciera pensar que acabaría escupiendo los pulmones, una profecía que no se le ablandaba pese a los frecuentes tragos de buena limonada que les servían, aterrados, los niños de las cocinas. Tampoco le arredraba el penetrante zumbido de las turbinas, ni la terrorífica vibración de los mamparos, ni el frecuente siseo de alguna fuga de vapor. Esto daba lugar a que algún suboficial se lanzara sobre la espita de seguridad del tubo desertor, aunque a veces llegaba tarde y una ducha de vapor recalentado a muy alta presión alcanzaba de lleno la cabeza, o el pecho, de algún fogonero desdichado. Habían sacado en angarillas un par de ellos, solo de aquella cámara de calderas III, y los que aún saldrían, pero el *Nachrichtenoffizier*, aun así, no maldecía el estar allí. Se trataba de no bajar de veinticuatro nudos, y si el precio era ese lo pagaba con gusto. Lo que fuera, con tal de volver a disfrutar el tacto exquisito de las sábanas de satén del Pera Palas Oteh.

Con el cabo San Vito por el través vieron al *Indomitable* dar media vuelta y desaparecer. Ya solo les seguía el *Dublin*.

—El *Dublin* transmite posición y velocidad.

El que informaba era Gerlach, primer oficial de comunicaciones; no era su turno, pero el que debería estar allí, Heinke, paleaba carbón de los búnkeres exteriores a los interiores, para que allí otros desgraciados los llevaran a la cámara de calderas que pillara más cerca. El trabajo de fogonero era horrible, aunque preferible a palear carbón desde los búnkeres exteriores, pues la ventilación era mínima, el polvo lo impregnaba todo y el riesgo de asfixia no tenía nada de teórico. Ya llevaban un muerto, un señalero llamado Westphal; jamás habría podido imaginar que acabaría sofocado en las profundidades del barco, cuando su puesto estaba en la cubierta más alta.

—Kennedy habrá pensado que a sus 23:00 ya estaremos muy dentro de aguas italianas. Si para él y para Milne ya es claro que no podrán atacarnos antes de que venza el ultimátum, lo normal será que vayan a carbonear al puerto más próximo. Malta está demasiado lejos para que vuelvan mañana, si quisieran ocupar una posición entre nosotros y los franceses. ¿Hay algún sitio más cercano donde puedan carbonear?

El ennegrecido Nachrichtenoffizier —tres turnos de veinte minutos con dos descansos de diez era lo señalado para los fogoneros, titulares y de fortuna— estaba para informar, y eso hizo:

—Yo diría que Bizerta. En Túnez.

—¿A cuánto está de aquí, del cabo San Vito?

A eso contestó el capitán de corbeta Zirzow.

—Ciento cuarenta millas. *Herr Konteradmiral*.

—A veinte nudos, siete horas para ir y siete para regresar. Dedicando diez a carbonear, mañana estarán por aquí a estas mismas tres de la tarde. Si bajamos a dieciséis nudos, ¿a qué hora llegaríamos a Messina?

—Sobre las doce y media.

—Siendo así, da igual llegar a medianoche que al amanecer, porque no podremos carbonear en plena noche. Ackermann, reducimos a 16. En Cefalú, a 14. Cuando veamos las Lípari, a 12. Si el *Dublin* desaparece, a 10. Mensaje al *General*: que se preparen para traspasarnos todo el carbón que les quede, y que manden a la Hugo Stinnes comprar el que puedan a los almacenes del puerto. Si pasado mañana doblamos el cabo Matapán preferiría que nos quedaran no menos de mil toneladas.

Aún no habían hablado de los planes de Souchon una vez dejaran Messina, pero los acababa de anunciar. Dejar atrás el cabo Matapán solo significaba una cosa: Istanbul.

\* \* \*

Medianoche. La hora de pegarse con los ingleses. No había ninguno a la vista, pues el *Dublin* desapareció con las últimas luces del día, pero su radio indicaba que no estaba lejos y que con razonable seguridad pasaría la noche frente a la entrada norte del estrecho de Messina. Souchon, Buße, Ackermann y los demás oficiales en el puente alto —preferían seguir allí; la noche no podía ser más de idílico verano mediterráneo—, pensaban en sus opciones una vez echaran el ancla en la gran rada de Messina.

Navegaban en soledad desde media tarde, ya que Souchon ordenó a Kettner que se adelantase, a fin de conseguir que desde nada más amanecer todo estuviera listo en la Hugo Stinnes. Por lo demás, seguían en el olvido de Von Pohl. Solo les había preguntado por su estimación de llegar a Constantinopla. Souchon se limitó a contestar que no estaba en condiciones de pronosticar, pues ignoraba qué clase de oposición encontrarían en el Jónico. Si consiguieran desembarazarse de la BMF necesitarían carbonear a media travesía, y no sabían ni dónde ni de quién. Por lo demás, la moral de la MD seguía muy alta.

## Miércoles, 5 de agosto de 1914

El oficial de guardia, Bieler, llamó al comandante a las 05:30, cuando los vigías, faltando ya poco para Messina, divisaron una escuadrilla de destructores. Debían de ser italianos, pero hasta no tener confirmación era mejor tocar alarma y ordenar zafarrancho de combate. No estuvieron así muchos minutos, pues el jefe de la escuadrilla se identificó por semáforo a cinco mil metros, indicando que deseaba enviar un oficial. Aquello caía en los dominios del Nachrichtenoffizier, tanto por sus cometidos como por ser el que hablaba un mejor italiano, de modo que le recibió al pie de la escala. El oficial quería saber adónde iban —las convenciones internacionales garantizaban el libre paso por los estrechos a los buques beligerantes—, y al oír que a Messina quiso saber si pensaban fondear por mucho tiempo. Cuando supo que solo el necesario para carbonear de barcos alemanes, pareció quedar satisfecho, de modo que volvió a su buque tras decir que podían seguir. Minutos después, tras explicar a Souchon, Buße, Ackermann y Madlung la breve conversación, Wichelhausen asistió a un debate sobre las verdaderas intenciones de un aliado que había dejado de serlo por preferir una neutralidad sospechosa. Souchon lo zanjó encogiéndose de hombros. Lo que hubiera detrás lo sabrían en Messina. Por lo demás, avante poca, pues quedaban menos de trescientas toneladas de carbón. Su idea era volver a la cama siquiera una hora, pero ahí Ackermann dijo que, aprovechando la detención, pensaba despedir al marinero Westphal. Lo harían al estilo naval: en un saco, acompañado de una granada del 88 y envuelto en la Reichkriegsflagge. Él presidiría el acto —la parte religiosa iría por cuenta de un ministro que hasta horas antes no era popular, aunque tras verle palear carbón como un desgraciado más ya le llegaban miradas de simpatía—, para lo que se valdría sin ayuda, pero al ser Westphal el primer tripulante que caía en la recién iniciada guerra, podría ser bueno para la moral colectiva ver al Konteradmiral junto al Kommandant en la melancólica ceremonia. Souchon no lo dudó, como no lo hizo ninguno de los oficiales que no estaban de guardia. Una triste forma de comenzar el día, pero el que más y el que menos pensaba que todos los de a bordo se lo debían. A Westphal.

\* \* \*

Faltaban minutos para las siete cuando se aborloaban al *General* y a uno de los cargueros. El *Breslau* llevaba dos horas en la misma disposición, con un vapor a cada lado. Los capitanes de los tres mercantes mostraban desánimo; siendo imposible ganar Pola o Trieste, porque los ingleses los apresarían en el canal de Otranto, y aún más salir al Atlántico para volver al Reich, solo les quedaba dejarse internar. Existía la posibilidad, eso sí, de que sus armadores vendieran los barcos a colegas italianos, y así ellos podrían volver, en tren. Si no los vendieran sería imposible, pues la policía italiana no les permitiría dejar sus barcos. A eso se debía que colaborasen sin reticencias con el amable almirante que tan comprensivo se mostraba, y que aceptaba el compromiso de informar a la KM de la precaria situación en que se quedarían las tres tripulaciones, sin carbón, sin dinero e internadas en un puerto de apariencia neutral, aunque con visos de volverse hostil. Para el *General* —su capitán, teniente de navío Fiedler, acababa de volver al servicio activo— había otros planes. Su mayor velocidad, y la facilidad con que podía disfrazarse, llevaron a Souchon a convertirlo en crucero auxiliar y *collier* ocasional, cuando menos mientras no ganasen los Dardanelos. A eso se debía que le dejaran cien toneladas de carbón, suficientes para ganar un puerto griego, reabastecerse y desde ahí reunirse con la MD. De ir bien las cosas, en Istanbul.

Llevaban medio día carboneando, y necesitarían otro más. Habían cambiado los turnos de guardia; si antes eran de cuatro horas de servicio seguidas de cuatro de descanso, ahora eran de cuatro de servicio seguidas de otras tantas de pallear carbón. Se les servían líquidos a discreción —agua, té, café o zumos—, la banda del barco amenizaba su trabajo con piezas populares, y cuando alguno decaía de verdad, sin sospechas de teatro, se le hacía descansar media hora en algún camarote del *General*, y si quería se le dejaba darse un chapuzón, para después volver al tajo. Las autoridades no les dejaban amarrar en el muelle de la Hugo Stinnes, de modo que la forma de llenar las carboneras era rupestre: pequeñas barcazas recogían el carbón del búnker de la Hugo Stinnes —donde ya lo habían metido en toda suerte de capachos— y lo llevaban a los cargueros. Allí los subían a brazo y volvían por más. En los cargueros los pasaban de la banda en que se descargaban a la otra, y en esta los militarizados tripulantes los izaban al *Goeben* por medio de las plumas. Desde ahí era responsabilidad de los carboneros, reforzados por fogoneros y artilleros, vaciarlos en las carboneras, devolver los capachos a los cargueros y vuelta de nuevo a empezar. Todo ello sucedía frente a la mirada expectante, un punto morbosa, de una muchedumbre que parecía no tener nada que hacer. Les observaba en pie sobre los muelles, sentada en las terrazas y hasta rodeando los buques en barcas, chalupas, góndolas, golondrinas y, en general, cualquier cosa que flotara. Los periódicos se sumaban al

espectáculo con titulares dramáticos: «Preparándose para morir», «Alemanes prestos a emprender el último combate», y delirios así. Souchon se los hacía leer por Wichelhausen, aunque no por curiosidad ni por morbo, sino por saber qué cosas transmitirían a Malta y a Bizerta los espías desplegados en Messina, pues seguro que habría cantidad.

La actividad radioléctrica no cesaba, y la diplomática tampoco. El cónsul se había puesto a la disposición de Souchon, aunque solo para decirle que negociar con el capitán del puerto era difícil. Como buen funcionario siciliano estaba dispuesto a dejarse sobornar, pero con la guerra recién iniciada y sin saber con qué carta se quería quedar el *signore* Giolitti, prefería poner cara de tener las manos atadas y no arriesgarse a perder la poltrona por una queja que presentaran los embajadores inglés o francés. En cuanto a la radio, les había llegado una felicitación por el éxito del bombardeo. Los puertos de Bonê y Philippeville estaban tan dañados que no embarcaba nadie, y tampoco en Bizerta; los mandos franceses preferían perder un día, o dos, y no un barco en el que hubiera embarcado un batallón, de modo que la más cordial enhorabuena del káiser a la MD. Souchon no quiso responder, pero los que más le conocían, Wichelhausen entre ellos, pensaban que aquello, para él, no significaba nada. Los oropeles no le importaban, lo que quizás explicara que solo hubiera izado su pabellón al llegar a Istanbul. Quizá fuera bueno que lo hiciera esa tarde, se decían según veían acercarse, poco antes de las siete, una motora con varios oficiales a bordo, en el blanco uniforme de la Regia Marina. Le tocó a Wichelhausen recibirlos y estar presente cuando, sentados en la cámara del Admiral, explicaron a Souchon y Ackermann a qué venían. En síntesis —le tocó también simplificar, pues eran de verbo ampuloso—, las leyes internacionales decían que los barcos de guerra beligerantes podían fondear en puertos neutrales un máximo de veinticuatro horas, para desembarcar enfermos, heridos y prisioneros, así como provisionarse de medicinas, agua y víveres, pero solo eso. De carbón, nada. La vista gorda que se había hecho hasta entonces, nacida de la vieja hermandad extinguida, debía cesar de inmediato. Era una posibilidad con la que se contaba, de modo que a ninguno de los tres le costó interpretar su papel en la comedia. El de Souchon, de solemne almirante ultrajado e indignado. El de Ackermann, de sombrío comandante de acorazado que se preguntaba, en cerrado alemán de Ostpreußen, si no sería mejor dejar hablar a los cañones del *Goeben* y devolver Messina a la Edad de Piedra; total, puestos a estar en guerra con tres potencias, daba igual estarlo con cuatro; el prudente traductor se abstuvo de trasladar ese comentario, pero ver palidecer a uno de los oficiales italianos le hizo sospechar que comprendía el alemán. El papel del Nachrichtenoffizier, todo amabilidad, no solo era traducir, sino ser constructivo; en eso tuvo éxito, pues los oficiales italianos, tras una breve reflexión, aceptaron que las veinticuatro horas deberían contarse a partir de que la MD supiera de aquella ley, que por lo visto ignoraba, y no desde cuando llegaron, de modo que tras dar su permiso para seguir como hasta entonces hasta las siete de la tarde siguiente, se volvieron por donde habían

venido, un tanto aprensivos tras observar que los artilleros retiraban los cubrebocas de las sobrecogedoras piezas del 283.

Se acercaba la hora de cenar, y con ella los mensajes de Isendahl. Este no les hacía perder tiempo con noticias de los frentes; eso ya lo hacía el Estado Mayor de Von Pohl; él solo hablaba de asuntos que les interesasen. No era que Churchill había dicho, en público, que la BMF era lo bastante poderosa para que nunca más un buque pirata germano —expresión que hizo reír al barco entero— bombardease plazas aliadas en el Mediterráneo. Otra, que ninguno de los tres cruceros de batalla de la BMF estaba en buena forma; necesitaban un recorrido general, pues andaban tres o cuatro nudos por debajo de su velocidad nominal. Otra, que la división de cruceros acorazados del contralmirante Troubridge, reforzada con dos ligeros y varios destructores, no se movía del canal de Otranto. La última, que el Imperio otomano, aun habiendo proclamado su neutralidad, había sembrado de minas el acceso norte del Bósforo y el oeste de los Dardanelos; había también habilitado un corredor de seguridad, pero solo podrían atravesarlo aquellos barcos en que hubiera embarcado un piloto de la Marina otomana.

—Dice que, si llegamos a los Dardanelos, ni se nos ocurra entrar sin piloto. Las minas no son contra nosotros, pero podrían acabar con nosotros. Ha sido un buen detalle de Isendahl.

Levantaron las copas por una de las mejores cabezas de la KM. Un brindis al que Mutz fue invitado a unirse. Traía media docena de mensajes enemigos que días antes no pasarían de ser cotilleos, pero con la guerra en marcha igual significaban algo. Los más señalaban una gran actividad radioeléctrica en el canal de Otranto. No había descifrado los textos, aunque sí los indicativos del *Defence* y el *Warrior*. Había otros en que, sin pillar el indicativo, logró identificar la fuente, como en el caso del *Gloucester*, lo tuvieron una semana siendo su sombra, y gracias a eso Mutz sabía distinguir entre sus operadores; la radio de cada barco, explicaba, tenía su propia personalidad; se manifestaba en los parásitos y en los chasquidos, como también la tenía cada radiotelegrafista; su ritmo de marcación, las pausas y las repeticiones cuando se confundía permitían identificarlos. A eso se debía su seguridad de que el *Gloucester* no estaba ni en Otranto ni en Malta. Estaba a unas seis millas al este de Taormina, en la salida sur del estrecho de Messina. Esperándoles.

## Jueves, 6 de agosto de 1914

La estiba se interrumpió entre medianoche y las cuatro de la madrugada; no por falta de mano de obra, sino por el agotamiento de los civiles sicilianos que transportaban carbón de los almacenes del puerto a los de la Hugo Stinnes, y el no menor de los empleados de esta. Se progresaba, pese a todo, lo suficiente para que reinase la tranquilidad en la cámara del almirante. Solo hubo una crisis a mediodía, cuando se vio que al *Breslau* ya no llegaba carbón. Los búnkeres de la Hugo Stinnes se acercaban a su límite, y en los almacenes del puerto ya no había gran cosa; el poco que aún quedaba por cargar era para el *Goeben*, pero Souchon no quería dejar al *Breslau* con menos de 500 toneladas, pues con eso, si había que correr frente a los ingleses, igual no podía pasar del cabo Matapán. En Messina, les habían explicado, permanecía fondeado un viejo *collier* inglés, de nombre *Wilster*, con 495 toneladas de carbón galés. Su capitán parecía esperar a que algún colega muy necesitado se las comprase, siempre que no fuera un enemigo de Inglaterra. Wichelhausen, conocedor de las excelentes propiedades del *single malt*, sobre todo si se combinaban con las no peores de un buen fajo de libras, se hizo llevar al *Wilster*. Al cabo de una hora el *collier* levaba el ancla y se hacía remolcar hasta la banda de babor del crucero ligero. Al Nachrichtenoffizier aquello le costó un cierto mareo, y un caminar algo inseguro por la cubierta del *Goeben*, aunque menos bamboleante del que acusaba el capitán del *Wilster* por la suya. Gracias a la feliz gestión, a las dos de la tarde las carboneras del *Breslau* contenían 920 toneladas y las del *Goeben* 2160. Con eso no llegarían a los Dardanelos, pero ya se habían organizado desde Berlín tres puntos de encuentro con *colliers* fletados por diversos vicecónsules alemanes repartidos por el Egeo; en realidad, los tales vicecónsules eran agentes de una organización llamada Etappendienst, tan secreta que muy pocos alemanes la conocían. Souchon, consciente de que la noche sería dramática, envió a todo el mundo a descansar hasta las seis, salvo el personal de guardia y una mínima dotación de fogoneros. Su trabajo era levantar presión, de modo que a las siete, la hora de aparejar, ambas naves pudieran dar su mejor velocidad.

Seguían llegando mensajes. Los pasaban a Wichelhausen, una de cuyas funciones era preparar resúmenes para ser leídos por el Konteradmiral, el

Kommandant y los oficiales superiores, aunque uno que llegó a las diez de la mañana le llevó a informar a Souchon. Decía que ir más allá de los Dardanelos era imposible, pues el gran visir había prohibido el acceso al mar de Mármara. Souchon no llegó a encogerse de hombros, aunque por poco. Aquella sería la preocupación de varios días después. Lo que monopolizaba su capacidad intelectual era el futuro inmediato, una vez salieran al Jónico. Suponiendo que Milne mantuviese al *Indomitable* y al *Indefatigable* bloqueando el oeste, lo natural sería darse con el *Inflexible*, el *Gloucester* y unos cuantos destructores. Sería una buena oportunidad de comprobar lo que decía Von Hase. Este sostenía que, uno contra uno, ninguno de los seis primeros *battlecruisers* tendría posibilidades frente a un *schlachtskreuzer* de la primera generación, de igual modo que ninguno de la segunda tendría mucho que hacer frente a un *schlachtskreuzer* equivalente. Von Hase añadía que sería un enfrentamiento improbable, pues los ingleses siempre buscaban una superioridad de dos a uno, pero aquel atardecer podría suceder que Milne y él verificaran qué había de cierto en eso. De ahí venía su íntima confianza en que Milne no buscaría combate. Según el B-Dienst, Milne seguía enviando señales desde La Valetta, uno de sus cruceros de combate había dejado Bizerta poco antes del mediodía y un segundo, que fondeó a última hora del martes 4, seguía carboneando. Por mucha prisa que se diera el primero, no podría cubrir las 270 millas que le separaban de la boca sur del estrecho de Messina en menos de catorce horas. Serían las dos de la madrugada cuando se le viera frente a Siracusa, y a esas horas la MD se hallaría más allá de Crotona, 150 millas al noreste de un *Indefatigable* que hubiese arrumbado al borde occidental del estrecho de Messina y no al meridiano de Catania. Definitivamente, lo más probable sería que solo el *Gloucester* les aguardase frente a Taormina. De ser así, Müne se habría hecho, él solo, el nudo de la soga con que le colgarían.

\* \* \*

Las siete menos cuarto. Las chimeneas de los buques alemanes lanzaban densas humaredas. En ambos, a las seis y media, los tripulantes se congregaron en las toldillas. Se trataba de hacerles oír sendas y vibrantes arengas patrióticas. Bien sabían los mil quinientos marineros, suboficiales y oficiales de los dos barcos, alejados de su patria y de sus familias desde hacía veintiún meses, que los dulces tiempos de vagabundeo por el Mediterráneo de la Belle Epoque quedaban atrás. Ahora estaban en guerra, con un futuro incierto y con la inmediata perspectiva de vérselas frente a unos enemigos despiadados, los mismos que hasta poco antes eran alegres colegas con los que tomar una cerveza, si coincidían con ellos en algún puerto encantado de recibirles, a ellos y a los otros. A eso se debía el cuidado con que Ackermann y Kettner prepararon sus palabras. No querían que fueran tan vacías como suelen ser las arengas militares, cuya esencia viene a

significar «Aceptad con alegría que os van a triturar porque al káiser le ha salido de sus malditas pelotas». Para evitar tan penoso sentimiento se harían acompañar de sus bandas de música, las cuales sabían qué debían tocar: el majestuoso himno nacional, el desafiante *Preußen Gloria*, el dinámico *Koniggratzer*, el animoso *Fehrbelliner*, el vibrante *Hohenfriedberger* y de colofón un *Yorckscher Marsch* que muy pocos sabían no era como la basura precedente, obras ridículas compuestas por aficionados charangosos, aunque alguno fuera el más grande de los reyes prusianos. El *Yorckscher Marsch* era otra cosa, empezando porque no era ese su nombre, explicaba Souchon con alguna melancolía mientras estudiaba la morbosa multitud congregada en los muelles. Se llamaba *Zapfenstreich XVIII* y su autor era el más grande de los grandes de la música militar, pese al desprecio que sentía por sí mismo al verse obligado a componerla para poder seguir bebiendo: Ludwig van Beethoven. Souchon era un amante de la música, pero eso, como tantas otras cosas, no podía compartirlo, al menos en el *Goeben*. Si hay una verdad absoluta, se decía con tristeza, es la soledad en que viven los que se hallan al mando, sean quienes sean y manden lo que manden. Más aún, si es una MD.

El *Goeben* levó anclas el primero, ganando con lentitud el estrecho de Messina, rodeado a prudente distancia por una miríada de barquichuelos cargados de periodistas, fotógrafos y toda clase de indeseables. El *Breslau* le seguiría poco después. Una hora más tarde lo haría el *General*, mantendría un rumbo ceñido a la costa siciliana, el más alejado posible de los cruceros de la BMF que se hubieran apostado a la espera de la MD, para dos horas después virar a babor y aproar a Santorini, donde un *collier* alemán disfrazado de ruso le suministraría setecientas toneladas de carbón; desde ahí, a esperar instrucciones.

Souchon y sus oficiales, instalados en el puente alto, se despedían de una Messina que no fue amable con ellos. Salvo Souchon, que de toda la vida desconfiaba de los italianos, todos creían que la Regia Marina procedería con acuerdo a lo pactado, y que la rada de Messina se llenaría de buques de combate italianos, para llevarse la más cruel de las decepciones al ver que no solo les abandonaban, sino que apenas les habían dejado medio llenar las carboneras. Incluso sus periódicos revelaban una clara falta de simpatía por el *Goeben* y el *Breslau*. «Entre las fauces de la muerte», decía el más favorable. Wichelhausen los había subido todos, en búsqueda de algo que fuera de interés, para terminar entregándolos a los fogoneros; era claro que los indígenas suspiraban por un baño de sangre tedesca, quizás en recuerdo de la mucha que otros *tedeschi* derramaron siglos antes en esa isla bendecida por los dioses y maldecida por los reyes.

A las siete y media los vigías del *Goeben* señalaban un largo penacho de humo que se perdía en el horizonte. Al poco, cuatro altas chimeneas señalaban que Mutz tenía razón: el *Gloucester*, sin duda. Un *Gloucester* que transmitía en claro un incesante «GOBLO-GOBLO». Según Mutz eso significaba «*GOeben and BresLau Out*», el Out por «fuera del estrecho».

—Si transmite así es porque no se nos puede ver desde ningún otro barco. En

otras palabras, está solo.

El capitán de corbeta Wilhelm Buße pensaba en voz alta. Los demás en el puente de maniobra se decían lo mismo: Milne y el *Inflexible* seguían en La Valetta, encantados de haberse conocido.

—¿Cuánto hace que los ingleses no cuelgan un almirante?

La pregunta de Madlung era retórica, pero el oficial de información se la tomó por lo que parecía, no por lo que fuese.

—Ciento cincuenta y siete años. *Herr Korvettenkapitän*.

Todos, empezando por Souchon, bajaron sus prismáticos, mirando con cierto asombro al *Nachrichtenoffizier*.

—Explíquese, *Wichelhausen*.

—A la orden. *Herr Admiral*. Fue a causa de un combate con una escuadra francesa en aguas de Menorca, por entonces una isla británica. Los franceses intentaban conquistarla para la casa de Borbón, y los ingleses preferían que no lo hicieran. La escuadra inglesa, derrotada, se retiró a Gibraltar. La francesa se quedó en su sitio, protegiendo a las tropas desembarcadas. La mandaba un tipo competente, Michel de La Galissonnière. Los ingleses entendieron que quien mandaba la suya, un almirante llamado Byng, no se lo tomó en serio. Le formaron consejo de guerra y lo condenaron. Lo fusilaron en la toldilla del *Monarch*, arrodillado ante la tripulación. Tras eso no se han cargado más almirantes. Igual con Milne vuelven a empezar.

—A mí no me sorprendería.

El tono de Madlung era demasiado festivo para la situación, parecía pensar Souchon.

—Eso no es asunto nuestro. Lo que importa es decidir qué hacemos ahora. De aquí a Malta solo hay ciento veinte millas. Quizá Milne se ha puesto en camino y aún está lejos, pero si marcamos un rumbo directo a Matapán, a los diecisiete nudos que vamos dando, igual nos lo encontramos dentro de unas horas llegando por estribor. ¿Lo creen posible?

Ackermann y algunos más asintieron.

—Si fijamos ese rumbo, y si Troubridge hiciera su trabajo, se abalanzaría en rumbo sureste a todo lo que den sus cruceros, de modo que podríamos encontrarnos, al amanecer, con Troubridge llegando del noroeste y Milne del suroeste, con el *Gloucester* marcando todo el tiempo nuestra posición. ¿Lo ven así?

Lo veían así.

—Si arrumbamos al Adriático, y enviamos un mensaje a Haus pidiendo ayuda, lo que sin duda escucharán en el *Gloucester*, entraría en lo posible que Milne no saliera tras nosotros en el *Inflexible*, porque no nos alcanzaría, y que Troubridge no se moviera de su sitio, porque iríamos hacia él. ¿De acuerdo?

Lo estaban.

—Si, con Crotona bien a la vista, que son 125 millas desde aquí, viramos noventa grados a estribor, hacia el cabo Matapán, lo natural sería que Troubridge

saliera de la cueva dando su mejor velocidad y viniera hacia nosotros, ¿verdad?

No dijeron nada. No sabían por dónde iba Souchon.

—¿Cuándo ganaríamos Crotona de subir a veinte nudos?

A Zirzow le llevó unos pocos segundos responder.

—Dentro de seis horas. *Herr* Admiral. A la una y media.

—Bien. Suponiendo que Troubridge no es un profesional peor que nosotros, lo normal sería que hubiese avanzado unas millas, hasta la línea que va de Leuca a la isla Othonoi, ¿cierto?

Asintieron, aunque sin decir nada.

—Esa línea mide 48 millas. Sería la mejor posición para esperarnos. Es igual de amplia que la de Otranto, con la ventaja para ellos de que a su popa tienen el doble de mar angosto, de menos de cincuenta millas de anchura, que si siguieran frente a Otranto. Si, por el contrario, eligiéramos arrumbar al cabo Matapán, estarían lo bastante cerca de nosotros como para encontrarnos aún de noche, ¿me siguen?

Siguieron asintiendo, que no comprometía mucho.

—A Troubridge le interesa dar con nosotros en la oscuridad, para cerrar distancias y así compensar el menor alcance de sus piezas. A nosotros nos conviene lo contrario. Siendo así, ¿podría decirnos —por Zirzow— qué rumbo y velocidad deberíamos fijar desde Crotona para que Troubridge no nos alcanzase antes de las cinco de la mañana, partiendo de que puede dar veintidós nudos y de que saldría de la línea Leuca-Othonoi?

Ahora sí lo veían, y con un puntito de admiración: Souchon era un verdadero zorro. Zirzow, inclinado sobre una carta de navegación sobre la que movía una regla, un cartabón y un compás graduado en nudos, hacía garabatos en su cuaderno. Le llevó un minuto dar con la respuesta:

—Si a las 01:30 viramos al 1-3-5 y subimos a veintidós nudos, los veríamos a las 05:00, unas veinte millas al oeste de Cefalonia. Ellos también habrían venido a veintidós nudos.

—Esa, caballeros, es la hipótesis más favorable para ellos. Es probable que no puedan pasar de diecinueve nudos, y también lo es que tarden un poquito en reaccionar. En cualquier caso, a nosotros nos vale. Si a las 5:00 vemos humo a babor, bastará con ponernos a veinticuatro nudos para que no se puedan acercar, y desde ahí, con alzas a ciento setenta hectómetros, nos podríamos deshacer de todos ellos, uno tras otro, hasta que Troubridge decidiese que ya tenía bastante. Todo esto, insisto, sucedería si Troubridge avanzase a la línea Leuca-Othonoi, diera veintidós nudos de un modo constante y además tuviera lo que hay que tener. A la que algo de todo eso le falle, no creo que le veamos, ni al amanecer ni nunca jamás. ¿Están de acuerdo?

Lo estaban, y para manifestarlo se cuadraron.

—Ackermann, puede comenzar.

—¡Madlung, todo a babor! Rumbo 0-4-5, veinte nudos. Gerlach avise al *Breslau* y prepare mensaje para Haus, con la clave antigua de la KuKK<sup>[18]</sup>. Texto: «Rumbo

a Pola; solicito ayuda en Otranto; cruceros y destructores enemigos».

Se volvió al Konteradmiral, que asentía.

—Si surge algo, me despiertan. Buenas noches.

Aún había luz, la espectral que parece agarrarse al mar antes de dar paso a una noche de luna llena, sin nubes. A lo lejos veían que también el *Gloucester* viraba para situarse una cuarta por el través del *Breslau*. A *Wichelhusen* le apetecía un último pitillo acodado en el quitavientos. Recordaba una historia de seis siglos atrás que una vez le repitieron en Viena, en una cama exquisita y tras quedar desfondado de amor.

—¿En qué piensa, Oberleutnant?

Buße, doce años mayor que Wichelhausen, no solía ser amistoso, pero el cariño llega con el roce, y quizá pensaba que, tras dos años a sus órdenes, el oficial de información merecía compartir con él los pocos minutos que duraba un cigarrillo.

—En una cabalgada como esta. De hace seis siglos. Una noche también de luna llena, una flota catalana de unas treinta y cinco naves se hizo a la mar de donde lo hemos hecho nosotros, de Messina, con el mismo destino: Constantinopla.

—Me temo que no sé nada de todo eso. ¿Me lo cuenta?

—No recuerdo mucho. Solo que a principios del siglo XIV había un grupo de mercenarios aragoneses, catalanes, valencianos, navarros y castellanos que habían criado una excelente reputación de mercenarios aguerridos, implacables y despiadados, y no muy caros. Se llamaban almogávares, y llevaban en el negocio un par de siglos. Eran endógamos, de modo que los hijos relevaban a los padres, estos a los abuelos y así campaña tras campaña. Llevaban muchas, casi todas al servicio de los reyes de Aragón, que por entonces gobernaban tres reinos independientes, aunque muy vinculados entre sí. Uno era el de Sicilia. Gracias a los almogávares el rey se había consolidado frente al Papa, y frente a los reyes de Francia y de Nápoles, pero acabada la guerra no podía seguir pagando a ocho mil y pico mercenarios. En esto surgió una oportunidad en el otro extremo del Mediterráneo. El Imperio de Bizancio era casi tan grande como el otomano de hoy. Como a este, le salían enemigos por todas partes. Los que más les preocupaban eran los árabes mahometanos, y eso les llevó a contratar a los almogávares, que tenían larga práctica en masacrar musulmanes. Los mandaba un alemán que se llamaba Rutger von Blume. Había sido templario, corsario y pirata, pero encontró su destino dirigiendo a los almogávares. Con ellos emprendió una campaña que los llevó a los confines de Anatolia, dejando a su paso un rastro de destrucción y devastación comparable a los de Atila. Los árabes se largaron y Von Blume volvió a Constantinopla cargado de riquezas, que puso a los pies del emperador. Este lo casó con una sobrina suya y lo nombró megaduque, o algo así, aunque olvidando pagarle. Un tiempo después lo citó en Adrianópolis, para liquidar la cuenta. Von Blume acudió con mil y pico almogávares. Los bizantinos, arteros, tras emborracharlos a conciencia los pasaron a cuchillo. Pensaban que los demás, los que no habían acudido a la

encerrona, se marcharían, escarmentados, pero no sabían cómo eran de verdad los almogávares. Se reorganizaron, trajeron refuerzos y emprendieron una campaña de saqueo y exterminio como no se había visto antes otra. En cosa de dos años quemaron Constantinopla y devastaron Tracia, cobrando lo que se les debía y bastante más. Tras eso emigraron a lo largo de la costa del Egeo como una plaga de langosta, triturando todo lo que se les ponía por delante. Acabaron quedándose con lo que hoy es Grecia, tras liquidar en una batalla grandiosa una fuerza de caballería francesa que se tenía por invencible. Izaron su bandera y se declararon independientes, fundando así el cuarto estado de la casa de Aragón. Se dieron leyes catalanas e impusieron a los griegos el idioma catalán, lo que fue un error gravísimo, porque sesenta años después otra fuerza de mercenarios, estos navarros, o españoles si lo prefiere, los echaron a patadas sin que los griegos movieran un dedo en su ayuda. Todo esto que le cuento sucedió cuando Preußen casi estaba por nacer. Ya ve, una historia muy aleccionadora.

—Ya lo veo, ya. Le veo muy puesto en historia catalana.

—Es que mi prometida es de allí. Le apasiona su cultura, y a la que me dejo me la explica.

—¿Es la chica de la mahonesa?

—Se la podría identificar así.

—Pues tiene usted suerte, Wichelhausen. Es una preciosidad. Váyase a dormir, que nos espera una noche interesante.

## Viernes, 7 de agosto de 1914

La una y cuarto de la madrugada. Souchon y sus oficiales se congregaban en el puente alto. La noche seguía siendo magnífica, si bien el viento había evolucionado a fuerza 4 en la escala de Beaufort. Lo acusaba el barco al tomar la mar de banda con un discreto balanceo. Había bajado tanto la temperatura que ninguno de los habitantes del puente de maniobra, o puente alto, prescindía de sus chaquetones de mar. Souchon, con aspecto descansado, estudiaba las luces costeras con sus Zeiss.

—Zirzow, eso de ahí, ¿es Crotona?

—Sí, *Herr Admiral*. Pasaremos frente a ella en diez minutos, a la una y media en punto.

—¿Algo nuevo en el *Gloucester*?

—No. Sigue plantado a estribor y por la popa del *Breslau*, a unas cinco millas. Gracias a la luna lo vemos bastante bien.

—¿Sigue transmitiendo?

—Cada cinco minutos, en claro. GOBLO-GOBLO, velocidad, rumbo, latitud y longitud.

—¿Hay respuesta de Haus?

—No, *Herr Admiral*.

—Mejor. ¿Alguna noticia de Troubridge?

—Mutz dice que le oye más cerca, o más fuerte, pero no sabe si porque ha bajado hasta Leuca o porque nosotros nos acercamos. Lo que sí parece claro es que dialoga con el *Gloucester*. También con el *Inflexible*, pero a este se le oye muy lejos.

—¿Tanto como en La Valetta?

—Podría ser.

Cayó el silencio, aunque no por mucho rato.

—¿Hora?

—Una y media.

—Ackermann, ¿están Heinke y Mutz listos para interceptar las señales del *Gloucester*? —Se trataba de algo convenido hacía poco; cuanto más tardara Troubridge en saber que la MD cambiaba de rumbo y velocidad, menos

probabilidades habría de que los alcanzara—. ¿Sí? Muy bien. Proceda.

—¡Todo a estribor, rumbo 1-3-5, veintidós nudos! Avisen al *Breslau*, por semáforo.

La mole de veintiséis mil toneladas —llevaba mucho carbón— empezó a virar, escorando unos grados. El rumbo contra el mar, el viento de proa y la mayor velocidad daban lugar a que comenzase a encapillar algún cáncamo que otro. Aun así, Souchon no quiso bajar al puente de combate.

—Ackermann, ¿hará falta reforzar a los fogoneros?

—Hasta veintidós nudos, no. Más allá, sin duda.

—El *Gloucester* vira también. Aumenta su velocidad.

—El *Gloucester* transmite. *Herr* Konteradmiral. La señal es mucho más larga que todas desde la última hora.

—¿Qué hacen Troubridge y Milne?

—Guardan silencio, los dos.

Souchon no necesitaba que le dijeran por qué: la interceptación combinada del *Goeben*, el *Breslau* y el B-Dienst parecía funcionar. Solo al cabo de una hora, con el *Gloucester* muy rezagado, comenzaron a llegar señales del *Defence* y el *Inflexible*.

—¿Qué dicen los ingleses cuando la jauría huele al zorro?

El oficial de información, que algún verano se había subido en un caballo en la campiña inglesa, no tardó en recordar.

—«*Yoicks, Yoicks!*». Y «*Tally-Ho!*». Lo primero es para que los perros corran. Lo segundo es cuando al fin se ve al pobre zorro.

—Me temo que nosotros somos el pobre zorro, y que Milne y Troubridge están gritando «*Yoicks, Yoicks!*».

—Pues si es así van de culo. *Herr* Admiral.

Souchon decía no saber una palabra del idioma español, pero Wichelhausen comenzó a sospechar que algo sí sabía, porque no se molestó en disimular una sonrisilla de maldad.

\* \* \*

Las cinco menos cuarto. El sol se anunciaba sobre la isla de Cefalonia. El horizonte, despejado. No se veía más humo que los largos penachos del propio *Goeben*, el *Breslau* y el *Gloucester*.

—Ni rastro de otros humos, *Herr* Admiral.

No les sorprendía que así fuera. Serían las tres y media cuando escucharon la última señal del *Defence*. Dejaba una huella de gran lejanía, como si no se hubiese adentrado en el Jónico mucho más allá de la línea Leuca-Othonoi.

—Otro que se las verá con un consejo de guerra.

La profecía de Madlung era lógica. De haber sido Troubridge un almirante de los que saben anticiparse, habría salido al Jónico siguiendo el rumbo más lógico

para interceptar a la MD una vez supo que ponía rumbo a Crotona. De conseguirlo a plena luz el pronóstico sería malo para él, aunque siempre habría posibilidad de que un impacto en una cámara de calderas redujera la velocidad a valores donde un crucero de batalla perseguido por nueve buques acaba por zozobrar. En la oscuridad, por el contrario, todo habría sido difícil para el *Goeben*, por la seguridad de acabar torpedeado. La conclusión general, empezando por Souchon, era que Troubridge lo había hecho fatal, empezando por carecer de la iniciativa que a todo almirante al mando de una escuadra no le queda más remedio que tener.

—Ackermann, reducimos a diecinueve nudos. Fije un rumbo para doblar el Matapán con quince millas de resguardo.

De allí seguirían a Donoussa, primer punto de cita con un *collier*, lo que para entonces ya les haría falta. Mucho antes, no obstante, deberían librarse del *Gloucester*.

—Buße, diga a Kettner que dentro de una hora se desvíe a estribor y trate de atraer al *Gloucester*. Si lo consigue, nos desviaremos unos grados a babor y subiremos a veinticuatro nudos. Con eso daremos esquinazo al *Gloucester*, o eso espero. En cuanto al *Breslau*, que a las dos horas lo deje atrás, pues por algo da dos nudos más, y arrumbe al cabo Malea.

El *Gloucester* aún no se había dado cuenta de que la velocidad de los buques alemanes se reducía. Eso se sabría en el *Goeben* cuando le oyeran lanzar otra de sus largas señales, las de cuando detectaba un cambio importante. Habría que ver lo que haría una hora después, cuando el *Breslau* intentara torearle. Las apuestas, en el puente, corrían a favor de que no se dejaría engañar. Su comandante —sabían su nombre, un tal Kelly— llevaba horas demostrando que no tenía un pelo de tonto.

\* \* \*

Mediodía. Los que apostaban por el *Gloucester* lamentaban haber ganado, pues su capitán no mordió el anzuelo. Parecía que no había forma de sacudírselo, pero ahí el comandante Kelly cometió su primer error: en su empeño de no perder de vista la popa del *Goeben* abrió fuego contra el *Breslau*, tratando de apartarlo. Aunque los dos cruceros eran de corte similar, el *Gloucester* montaba dos piezas del 152, una a proa y otra a popa, y Kelly debió de pensar que con ellas podría desembarazarse del crucero ligero alemán. Souchon reaccionó al momento: mandó virar 180 grados a estribor y, según pasaba el *Gloucester* por las miras del telémetro principal, a una distancia de ciento treinta hectómetros, disparar medias salvas con tres de las cinco torres de la batería principal, las cargadas con munición explosiva y espoletas de acción retardada, las que más daño podían causar a una nave tan poco blindada como un vulgar crucero ligero.

A la tercera salva el *Gloucester* metió todo a estribor, aumentando su velocidad, para esconderse bajo el horizonte. Tras eso el *Goeben* volvió a rumbo, cediendo al *Breslau* el honor de ser su matalote de proa. Pese a no ver al *Gloucester* sí divisaban su penacho de humo, lo cual debía de ser recíproco. No valía la pena perseguirlo. Solo era cosa de seguir a los mismos diecinueve nudos y esperar a la noche. Tras eso, aguas libres.

\* \* \*

A las cinco de la tarde, hora y media después de haber cortado el meridiano del cabo Matapán, el *Breslau*, que se había quedado atrás con ánimo de atraer al *Gloucester* a una celada más allá de la isla de Citera, transmitió al *Goeben* la noticia más deseada: ni rastro del *Gloucester*, ni de su penacho de humo. Souchon no dudó en mostrar su satisfacción y su alivio. Casi al tiempo llegó un radiograma de Von Pohl, trasmitiéndole la confianza del káiser en que culminarían con éxito su cabalgada, sin más detalles. La clase de mensaje que nunca se sabe si tiene por objeto estimular o, por el contrario, indicar que, como algo no salga bien, al destinatario se le caerá el pelo. Reunido con su Estado Mayor más Ackermann y Zirzow, con una carta del Egeo desplegada sobre la mesa y tras situar las posiciones de los avitualladores, Souchon dio dos órdenes. La primera, despachar al *Breslau* al cabo Malea, donde se reuniría con el *collier Bogador* —de la Deutsche Levante Line—, el cual ya parecería el griego *Polymytis*; desde allí los dos barcos se dirigirían a la bahía de Rousa, en la isla de Donoussa, donde les aguardaría el *Goeben*, tras haber neutralizado cualquier posible unidad británica de avistamiento; sabían que había varias en el Egeo, del tipo dos hombres y una radio en lo alto de algún promontorio. La segunda, radiar un mensaje al *General*, que para entonces ya se habría caracterizado de *Merauke* —de la Rotterdamsche Lloyd— y estaría cerca de Izmir, en la costa de Anatolia; el mensaje no sería para el *General*, sino para el *attaché* Humann; se creía que podría escuchar la del *General* por estar más cerca; de no ser así, que despachara este un tripulante para enviar el mensaje, como telegrama, en el consulado alemán. El texto, en clave, urgía a Humann conseguir de los Paşas autorización para ganar Istanbul; Souchon no quiso añadir que, de lo contrario, hundiría sus buques. El peligro de verse acorralado por la BMF era de lo más real, tanto que Souchon ordenó a los oficiales presentes suprimir la euforia que pudieran sentir. Por el momento solo habían dado esquinazo a la BMF, y solo gracias a la incompetencia de sus jefes. La Royal Navy tenía más almirantes; en pocos días, otros que no serían «de salón» estarían al mando. Ese día ya no, y al siguiente tampoco, pero la BMF no tardaría en echárseles encima. Si para entonces no habían ganado los Dardanelos, estarían perdidos. De ahí su orden de que nadie se relajara. Era necesario mantener la

misma vigilancia, visual y por radio. Les iba en ello, si no la vida, cuando menos la libertad.

## Lunes, 10 de agosto de 1914

Llegaron a Donoussa el 8 a media tarde, apesadumbrados por su segunda muerte: un fogonero llamado List, escaldado tras estallar un tubo de vapor. Dos horas antes una de las motoras, con media docena de marineros y una radio, había desembarcado al pie del acantilado en cuya coronación algún vigía transmitía de vez en cuando. Resultaron ser dos ingleses. No los mataron, porque aún no habían desarrollado el nivel de ira y de odio necesario para liquidar al enemigo allá donde lo encontrasen. Los apresaron y se quedaron con su radio, mucho mejor que la suya. Tras eso todo fue llamar al *Goeben*, fondear y ponerse a la espera del *Breslau* y del *Bogador-Polymytis*. El primero llegó al atardecer. El segundo lo hizo a las 14:30 del día siguiente, domingo 9. El *Goeben* aún tenía 680 toneladas de carbón; el *Breslau*, 170. Se abarloadaron al *Bogador*, para rellenar sus carboneras. A las 15:00 del lunes 10 el *Goeben* tenía 450 toneladas más; el *Breslau*, 150. Ahí Souchon mandó parar. Se acercaban al tiempo límite para ganar el cabo Helles con suficiente margen de luz, y con el carbón que tenían bastaba para llegar a Istanbul.

Dejaron Donoussa a las 04:45, tras ordenar al aparente *Polymytis* que ganase Izmir a su cansino ritmo. Tenían por delante 175 millas hasta el cabo Helles. Iban a quince nudos aunque listos para subir a veinticuatro si veían humos. Frente a la isla de Antipsara, cien millas al sur del cabo Helles, les llegó un mensaje de Humann retransmitido por el General. Avisaba de que los buques otomanos seguían bajo el control de la misión naval del contralmirante Limpus. Humann preveía complicaciones cuando pidieran un piloto, y en consecuencia sugería no ganar la entrada de los Dardanelos antes del martes 11.

Al poco les llegó un mensaje de Von Pohl, que habría oído el de Humann. Sin dar ninguna orden, consciente de que Humann estaba coyunturalmente a las de Gottlieb von Jagow, secretario de Asuntos Exteriores, recalcaba la decisiva importancia de que la MD se adentrara en los Dardanelos.

A la vista de los dos mensajes, y a poco más de ochenta millas del cabo Helles, Souchon lanzó un tercero dirigido a Humann, aunque consciente de que Von Pohl lo leería:

«Estaremos frente a los Dardanelos hoy 10 de agosto a las 17:00. Consiga

autorización para entrar».

\* \* \*

Se habían detenido al oeste de la isla Bozcaada, cinco millas al sur de la entrada de los Dardanelos. A las cinco en punto Souchon envió un mensaje, por radio y semáforo, en turco y en inglés, a las imponentes fortalezas que defendían la entrada de los Dardanelos. El texto era: «Por favor, envíenme un piloto».

Media hora después la inquietud y la impaciencia se apoderaban de todos en el puente alto; no solo porque no hubiera respuesta, sino porque los diferentes mensajes que se cruzaban los buques de la BMF hacían ver que no se hallaban lejos. Mutz había reconocido tres emisores. El primero era el viejo conocido *Gloucester*. Los otros tardaron en hacérsele claros, pero a las cinco y cuarto no dudó en decir que se trataba del *Inflexible* y el *Indomitable*. No podía precisar una distancia, pero comparando la impresión que habían dejado en su memoria las señales de los tres, en los diferentes momentos en que los tuvieron cerca, estimaba que los verían por allí antes de que se pusiera el sol.

Souchon, Buße y Ackermann reflexionaban sobre una posible vía de huida cuando uno de los serviolas señaló un torpedero que asomaba la proa por la boca del estrecho. No venía deprisa, si bien no parecía que, por pereza, sino por estar pendiente de las boyas que señalizaban campos de minas. A la distancia de milla y media izó las banderas que decían «sígame» en código internacional. A eso se pusieron en los aliviados *Goeben* y *Breslau*, porque la familiar voz radioléctrica del *Gloucester* sonaba tan fuerte como cuando les perseguía rumbo a Crotona.

Dos horas y media más tarde se detenían frente a lo que aún no sabían era el campo de minas de Çanakkale, en el tramo más angosto del estrecho. Como apenas había luz, Souchon veía razonable que la travesía se interrumpiese ahí, tras ver que su guía echaba el ancla. Un almirante cualquiera se habría quedado tranquilo, pero él era extremadamente desconfiado, hasta el punto de atravesar el *Goeben* a la corriente, arrojar las anclas de popa y proa, y quedar en posición de disparar andanadas completas contra una hipotética fuerza británica que se adentrara en los Dardanelos, con el beneplácito de los otomanos o sin él. Así se verían frente a un *schlachtskreuzer* con sus cinco torres apuntadas a la boca del estrecho, los cubrebocas retirados, las alzas a ciento noventa hectómetros, ocho de las diez piezas cargadas con munición perforante y las otras con explosiva, por si el primer buque fuera un crucero ligero. Una precaución innecesaria, comentaría después al Nachrichtenoffizier el capitán del torpedero, tras cenar en el *Goeben* invitado por Souchon. Los ingleses eran conscientes de que la Marina otomana se había pasado días fondeando minas, dentro y fuera de los Dardanelos. No podrían estar tan locos como para entrar por las malas. Una respuesta muy lógica, tanto que Wichelhausen se abstuvo de hablar de un tipo de buque,

conocido por *sperrbrecher*, concebido para reventar campos de minas y abrir paso a una flota de invasión. Más valía limitarse a traducir para Souchon y Ackermann, y en algún momento en que se quedaran solos, el otomano y él, preguntar cómo estaban la cosas en Istanbul.

Según cenaban vieron llegar al *General*, que se había escurrido de los cruceros ingleses sin llegar a encontrárselos. Después, y tras despedirse del oficial turco — habían aprendido a distinguir a los turcos de los otomanos que no eran turcos—, les llegó un mensaje de bienvenida enviado por Enver Paşa, pero retransmitido por Humann; aquel no quería dejar rastros de connivencia con la MD, además de que no conocía, ni podía conocer, las claves de la KM. Nada más leerlo, Souchon convocó a su Estado Mayor, más Ackermann, Madlung y Kettner, a fin de calcular entre todos qué les aguardaba en Istanbul y cuál debería ser la reacción de la MD. No tardaron en deducir que, si los Paşas les dejaban pasar, arriesgando que Inglaterra, Francia y Rusia lo considerasen un acto muy hostil, era porque deseaban hacerse con los barcos. Lo difícil era determinar en calidad de qué, pues la razón era obvia: reemplazar con ellos a los acorazados que les habían birlado los ingleses. Solo al cabo de un rato Wichelhausen, más joven y menos cansado, logró repentinamente una fórmula lo bastante imaginativa para que fuese admitida igual de bien por los Paşas y por el káiser, además de no resultar criticable ante la opinión pública mundial: adquirirlos. Como potencia soberana en paz con todo el mundo, el Osmanisches Reich tenía derecho a comprar lo que le diera la gana, buques de guerra también. El precio daba igual; en todo caso, ya lo negociarían otros. A Humann, consultado por radiomensaje, le pareció una buena solución, pero solo se comprometió a informar a Wangenheim. Souchon y los demás se fueron a dormir con el triste sentimiento de que a sus buques, a los que habían terminado por querer tanto como los buenos marinos aman a sus barcos, les quedaban pocas horas de llamarse *Goeben* y *Breslau*.

## Martes, 11 de agosto de 1914

Habían anclado en la bahía de Karabiga, cincuenta millas al este de Çanakkale, ya en el mar de Mármara. Era donde les indicó Enver Paşa que lo hicieran en su mensaje de bienvenida. Souchon suponía que si se les ordenaba dejar Çanakkale sin seguir hacia Istanbul era porque allí, en el pequeño puerto del estrecho, se habían juntado varios cargüeros franceses e ingleses. En Karabiga no se les aproximaría ningún buque hostil, pues un par de torpederos otomanos sellaban la bahía desde nada más fondear los buques alemanes. Allí les esperaba un vapor también alemán, de nombre *Corcovado*, despachado por Humann para llevar a Istanbul al Konteradmiral y a su Estado Mayor. En él supo Souchon, vía Von Pohl, que el káiser le manifestaba el más alto reconocimiento por su proeza. También, esta vez desde la radio del *Goeben*, que los oficiales de los torpederos otomanos decían que una gran fuerza naval británica se había concentrado, durante la noche, ante la boca de los Dardanelos.

El *Corcovado* fondeó frente a Karaköy a las siete de la tarde. Souchon y sus hombres embarcaron en la motora del embajador, el cual sería su anfitrión aquella noche y quizás unas cuantas más. Cenarían con él, con Humann y con el Generaleutnant Otto Liman von Sanders, comandante de la misión militar alemana. Ya en la mesa, Wangenheim anunció que se avecinaban novedades. Unas creía saberlas, pese al riesgo de que a última hora Enver Paşa cambiara de opinión. Las otras solo las intuía. Si se aceptaba que solo eran opiniones de diplomático avezado, y no verdades reveladas por el Altísimo, las explicaría. Liman von Sanders y Souchon asintieron, invitando al embajador a seguir. Comenzó remontándose a mediados de julio, cuando el equilibrio de influencias ante Said Halim, los Paşas, el gobierno y el presidente de la cámara Halil Bey era favorable a Inglaterra por una suma de razones, siendo las principales el colosal endeudamiento del Imperio otomano con los bancos británicos, la gran ascendencia de Sir Louis Mallet sobre Said Halim y la opinión favorable de los altos mandos de la Marina, gracias a la próxima entrega del *Reşadiye* y del *Sultân Osmân-ı Ewel*. Un equilibrio que comenzó a resquebrajarse a raíz de la

información que hizo llegar él a Enver Paşa, la de que Churchill se quedaba con los acorazados otomanos. Según pasaban los días, y dado que Armstrong-Whitworth y Vickers demoraban las entregas sin dar explicaciones convincentes, la inquietud primero, y la indignación después, calaron en el ánimo de los ministros anglófilos: Said Halim Paşa —gran visir y Asuntos Exteriores—; Çürüksulu Mahmud Paşa. —Obras Públicas—; Ibrahim Hayrullah Bey —Justicia—; Ahmed sükrü Bey —Educación—; Ürgüplü Mustafá Hayri —Religiosidad—; Oskan Mandikyan —Comunicaciones—; Mehmet Djavid Bey —Finanzas—; Süleyman el-Bostaní Bey —Comercio— y Mehmed Celai Bey, de Agricultura.

Cuando el 28 de julio se supo que el *Reşadiye* y el *Sultân Osmân-ı Ewel* pasaban a llamarse HMS *Erin* y HMS *Agincourt*, el nivel de rabia que ya sentía el gobierno alcanzó cotas homicidas. Lo estimulaban los Paşas, dispuestos a no desperdiciar la magnífica oportunidad de forzar al gran visir, y al resto del gobierno, a unir su suerte a la del Deutsches Reich. Así, bastaron seis días para negociar y firmar con Wangenheim un tratado de defensa mutua. No se hizo público en espera del *Goeben* y el *Breslau*, cuya presencia era necesaria para inflamar el orgullo nacional. Un sentimiento, gracias a la excelente propaganda de los Paşas, que clamaba por ahorcar a los ingleses presentes en Istanbul. La llegada de los barcos alemanes, que pronto serían otomanos, devolvería el tal orgullo al más alto nivel.

—Los Paşas supieron de la llegada de sus buques cuando el *General* retransmitió un mensaje suyo —por Souchon—. Si entonces no acordaron dejarles pasar fue porque temían complicaciones con el gran visir. Cuando recibimos los siguientes, el de Von Pohl y el suyo —de nuevo por Souchon—, me fui por Enver Paşa y no me moví de su despacho hasta que les envió el torpedero. Volví a la embajada, preocupado por el futuro de los barcos una vez llegasen aquí, cuando nos llegó el último de sus radiomensajes. Volví disparado al Ministerio de la Guerra, porque Ismail vive ahí entre semana. La idea le gustó, aunque solo se comprometió a pensársela. La decisión la tomaron esta mañana. Él, Cemal, Talat y Halil Bey. También acordaron anunciar los nuevos nombres de los buques, y que, al no haber aún regresado las tripulaciones enviadas a recoger los acorazados expoliados, los marinos alemanes permanecerían a bordo del *Yamz Sultân Selim*, un tipo importante de la historia otomana, y el *Midilli*, el nombre turco de Lesbos. Tras eso urdieron una gran ceremonia propagandística, según la cual el gran visir y sus secuaces abordarán el *Yavuz Sultân Selim* una vez llegue a Karaköy, para recibir de usted —otra vez por Souchon—, y de mí —se señalaba con el dedo—, las prodigiosas naves. Se colgarán de las aletas los rótulos arábigos que ya nos habrán hecho llegar y habrá sesión fotográfica para la prensa nacional, la extranjera y, sobre todo, la británica, por simple recochineo. Cada uno de ustedes deberá sustituir su gorra de la KM por el fez de la oficialidad otomana. Desde ahí serán ustedes —por los oficiales de la KM— jefes y oficiales del Estado Mayor de la Marina otomana, con un grado ascendido en un nivel al que tuvieran en la KM.

Cobrarán con acuerdo a ese grado sus haberes otomanos, aunque al tiempo seguirán percibiendo sus salarios alemanes; no se hagan ilusiones porque sus colegas otomanos ganan muy poquito, dejando aparte que jamás saben cuándo recibirán sus lamentables pagas. Por último, desde ahí estarán a las órdenes directas del comandante en jefe de la armada otomana.

—¿Usted le conoce? ¿Qué tal es?

—Le diría que se trata de un caballero estupendo, formidable, pero como es usted prefiero ahorrarme los elogios.

Souchon, perplejo, se lo pensó unos segundos.

—¿Habla en serio?

—Como jamás en mi vida. Los otomanos no saben operar un buque de batalla en tiempo de guerra, y entra en lo posible que no tarden mucho en verse metidos en una. Esto, de todos modos, ya entra en el campo de la especulación. Solo puedo avanzarles que mañana está usted citado —por Souchon—, conmigo y con Humann, en el Ministerio de la Guerra, donde se reunirá con los tres Paşas. Debo advertirle que, si bien Enver habla un alemán casi perfecto y el inglés de Cemal es bueno, Talat no sabe una palabra ni del uno ni del otro. Desde aquí todo es profecía, pero sintetizando a la esencia intuyo que tienen por delante —señalaba no solo a Souchon, sino a su Estado Mayor— un trabajo tan ímprobo como urgente. Los Paşas están dispuestos a ir a la guerra contra Rusia, y si se tercia contra Francia e Inglaterra, pero no se atreverán mientras no cuenten con una Marina como Dios manda, y eso dependerá de ustedes. Les sugiero, en consecuencia, que se lo vayan pensando.

Una noticia fantástica, tanto si era para bien como si era para mal, aunque los presentes no la pudieron valorar porque de nuevo el embajador Wangenheim abrió su boca.

—Este palacio no solo es grande, sino que la última planta viene a ser como un hotel, llena de habitaciones. A efectos prácticos les propongo quedarse, para que mañana empecemos pronto con nuestros amables anfitriones. Por lo demás, mi querido Liman von Sanders, si usted y sus oficiales desean volver a sus piezas en el Pera Palas Oteli no tengo inconveniente, aunque me gustaría que se quedasen a cenar con nosotros. Sería una buena ocasión para que ustedes —por el Generalleutnant y el Konteradmiral— intercambiaran impresiones. ¿Les parece bien? —Todos asintieron—. Bien, pues hagan el favor de seguirme. La cena nos espera en el comedor de gala. Ya sé que detestan estas cosas tan de protocolo, pero espero comprendan que, para este pobre diplomático, la ocasión no puede ser más memorable.

## Miércoles 12 de agosto de 1914

La reunión no se acababa nunca, se decían los cuatro tenientes y el alférez de navío que integraban el reducido Estado Mayor de la MD. El hecho de que Souchon y Buße pudieran regresar en cualquier momento impedía que salieran a dar una vuelta, y en el caso del alférez un dejarse caer por la Meçrutiyet Caddesi. La espera concluyó a las seis. Dado que a las siete cenarían con Humann y el embajador, Souchon les puso al día. Lo primero, que ya era el comandante en jefe de la Marina otomana. Sus oficiales serían el Estado Mayor de la tal Marina, por mucho que les asombrase. A fin de limitar incidencias de rango con sus pares otomanos, pues todos tendrían uno, Wichelhausen ascendía con efecto inmediato al empleo de Kapitänleutnant. Así los cinco serían vistos como capitanes de corbeta por sus equivalentes otomanos, que también lo eran. Su jefe, un capitán de fragata llamado Arif Bey, sería uno de los dos segundos de Souchon; Buße sería el otro. Con eso, así lo esperaba, no habría conflictos de rango con la mitad otomana de su Estado Mayor.

—El *Goeben* y el *Breslau* están de camino. Al amanecer los veremos frente a Karaköy. Los abordaremos a las siete, porque nos espera un día de mucho trabajo. Ahora recogeremos nuestras cosas, pues nos trasladamos al Pera Palas. La primera planta está reservada para la misión militar alemana, de modo que conviviremos con Liman von Sanders y su Estado Mayor. Mañana conocerán a sus cinco pares, y al de Buße. Una vez nos presentemos todos a todos empezaremos a trabajar, aunque no será mucho lo que podamos hacer, salvo mostrarles los barcos. Solo a partir de pasado mañana trabajaremos de verdad. Usted —a Wichelhausen— no tendrá problemas, pero ustedes —Buße y los otros cuatro— me temo que sí, de modo que nos harán falta traductores. He puesto a Humann a buscarlos. A eso de las tres, y digo «a eso» porque la puntualidad no es el peor vicio de la cultura otomana, nos visitarán el gran visir y su gobierno. Para entonces vestiremos nuestras prendas de gala, salvo la de cabeza, que será un fez color corinto. Habrá discursos. Los nuestros los despeñará Wangenheim, así que solo deberemos preocuparnos de conservar la formalidad, por muy ridículos que nos veamos, y dejarnos fotografiar tantas veces como se nos pida. Todo es teatro, gracias a Dios; los buques siguen siendo alemanes, no se planea que dejen de

serlo y las tripulaciones también lo serán. El día 14 quiero un informe detallado de los refuerzos y el material que necesitaremos para poner en facha nuestra Marina otomana. No escatimen. Si queremos ir a la guerra con estos tipos —señalaba la ventana— necesitaremos adiestrarlos y complementarlos, cuando no hacer por ellos lo que no sepan hacer solos. Ya cuento con que necesitaremos dos almirantes —general elevación de cejas—, uno para ocuparse de las instalaciones navales, que tiemblo de pensar en cómo estarán, y el otro para supervisar las defensas, en los Dardanelos y en el Bósforo. Lo último es competencia de Liman von Sanders, pero hemos acordado que los trabajos se hagan en forma coordinada, porque si llega el día en que nos veamos con una flota británica frente a los Dardanelos, las piezas de las baterías de costa, las hoy desplegadas en las fortalezas y las que nos lleguen de Alemania, no serán suficientes. Hará falta una segunda línea, y esta la constituirán el *Goeben* y las reliquias que les vendimos hace años. Sus piezas del 283, una vez las pongamos a punto, servirán para incordiar al enemigo, sin verlo, y para eso deberemos establecer puestos de observación. Por ahora es todo. ¿Alguna pregunta?

Los tenientes de navío más antiguos tenían muchas. El más moderno guardaba silencio, pendiente de las preguntas y las respuestas, pero al tiempo divagaba sobre algo de lo explicado por Souchon; harían falta, cuando menos, cinco intérpretes.

## Jueves, 13 de agosto de 1914

Acodado en el puente alto del *Yavuz Sultán Selim*, el capitán de corbeta Wichelhausen estudiaba con sus Zeiss el gentío que se agolpaba en los muelles de Karaköy y Eminönü. Aun siendo menos que dos horas antes, seguían siendo muchos los curiosos que aprovechaban el fresco atardecer de agosto para contemplar, a mil metros de la orilla, los flamantes barcos de la Marina Imperial. Los dos fondearon al amanecer, tras carbonear en Karabiga de sendos *colliers* enviados por Humann. ALLÍ Ackermann presidió la triste ceremonia de sepultar a las últimas víctimas de los tubos para calderas pirotubulares, el fogonero Heller y el maquinista Passman, ambos escaldados aunque no muertos en el acto, sino tras una insoportable agonía donde no cesaban de implorar que los rematasen. Cuatro muertos, ya, y eso que la guerra solo había empezado. Ackermann y sus jefes de máquinas, Breuer y Schmidt, se preguntaban si alguna maldición habría caído sobre su barco, porque las noticias del *Moltke*, gemelo del *Goeben*, no decían nada de tubos inadecuados, ni de fogoneros escaldados. Era, ese, un asunto que debería ser investigado, pero Ackermann no podía ir más allá. Sus posibilidades se limitaban a pedir diez mil tubos para calderas acuotubulares, como los del SMS *Derfflinger*. Si le hicieran llegar treinta caldereros el trabajo estaría hecho en quince días, el tiempo de preparación que necesitaban para ganar el mar Negro y caer sobre Sebastopol. Él y Kettner se sorprendían de que un tipo tan justo como Souchon tuviera tan claro que a la primera oportunidad bombardearía la gran base naval rusa y, si los podían localizar, los muelles donde se daban los últimos toques al *Imperatriz Mariya* y al *Imperatriz Jekaterina Velikaja*, los únicos acorazados rusos que podrían enfrentarse al *Goeben* con posibilidades de victoria. Que llevar a cabo ese plan provocara que Rusia entrara en guerra con el Imperio otomano, sin haber este decidido hacer lo propio, no le preocupaba. Eran sus órdenes y los almirantes existen para cumplirlas. Nunca se acaba de conocer a las personas, pensó Ackermann al escuchar a Souchon anunciar que arrastrarían a los otomanos a la guerra contra Rusia, tanto si así lo quería el gobierno del gran visir como si no. Quienes lo querían, los tres Paşas, eran los mismos a quienes tenía orden de respaldar, y desde ahí no se hacía preguntas. Solo ejecutaba.

Wichelhausen no estudiaba la multitud por curiosidad antropológica, sino buscando un rostro. Llevaba en eso cinco minutos y aún estaría dos o tres más, hasta que la tripulación pusiera en el agua el lanchón que le conduciría, junto a sus camaradas del Estado Mayor, a los muelles de Karaköy. A ellos solos, pues Souchon, Buße, Ackermann y Kettner ya se habían marchado; estaban invitados a cenar en el palacio del gran visir, con él, con varios miembros del gobierno y con los mandos superiores de la Marina. Los capitanes de corbeta del ala otomana también se habían ido, aunque dispuestos a presentarse a la mañana siguiente y empezar a trabajar, y eso a pesar de que sería viernes, el día de descanso semanal en la cultura musulmana. Eran turcos no muy altos, de buenos mostachos y no menores de treinta y muchos. De alemán no sabían una palabra, y de tecnología naval moderna Wichelhausen sospechaba que lo mismo. El que le había caído en suerte se llamaba Ayasofyali Ahmed Saffed, lucía cantidad de condecoraciones y parecía sorprendido de que su contraparte no mostrara ninguna, de que fuera tan joven y de que hablara un turco razonable. Los otros necesitaban intérpretes con urgencia, como lo necesitaría Buße pese a que Arif Bey parecía comprender el inglés, lo cual preocupaba no poco al incansable Humann. Con él había sostenido poco antes un breve, aunque sabroso, intercambio de pareceres:

—¿De aquí a mañana tendrás cinco intérpretes?

—Pues no. Solo tengo uno, y no me fío; por el aspecto que tiene, ha debido de aprender el idioma en Berlín-Moabit.

—¿Has pensado en Queralt? Podrías ofrecerle un puesto.

—Sí, pero si no me llama no tengo forma de decírselo, y si me planto en su casa la pongo en un compromiso. La hermana está saliendo de cuentas, además. Dudo que se pueda contar con ella en menos de un mes, y eso si estos musulmanes fanáticos aceptan que los interprete una mujer, y encima cristiana.

—Igual sí. Por lo que parece, solo desprecian a las tuyas.

—Esa es mi esperanza. ¿La vas a ver, hoy? Si te preocupa dar esquinazo a tus colegas, tranquilo, que ya lo arreglo yo.

—¿Y si Souchon nos llama, cuando vuelva?

—Estará tan mamado que solo querrá irse a la cama, o no conozco yo las cenas otomanas. Son musulmanes y no beben, pero cuando recuerdan que son turcos lo hacen hasta que se caen debajo de la mesa. En cualquier caso, te cubro. Me quedaré por allí, en el Pera Palas, hasta que vuelvan. Él y Wangenheim.

Aun cubierta con un hiyab multicolor, Queralt destacaba sobre la mayoría de las ciudadanas, pues a la que menos le sacaría media cuarta. De ahí que cuando la distinguió entre la multitud iniciase un aleteo sonriente al momento correspondido, pues ella también vestía de prismáticos. El largamente deseado reencuentro, a menos de un cuarto de hora.

## **Viernes, 14 de agosto de 1914**

Wichelhausen terminaba la lista de requerimientos. Cuando Souchon le diera el visto bueno la enviarían a Von Pohl. En el capítulo de personal les salían quinientos hombres, en su mayoría de mantenimiento. Con menos no habría forma de que las chatarras unidades otomanas volvieran a ser buques de guerra. El capítulo de material era más complejo, por abarcar casi todo lo que necesitarían los viejos barcos otomanos para volver a ser operativos. Fue un trabajo exhaustivo, aunque no lo llevaron a cabo en la forma prevista, cada par de altos oficiales en un despacho, porque salvo el encargado de las comunicaciones ninguno se comprendía. De ahí que terminaran todos juntos en una sala, con Humann y Wichelhausen interpretando para todos como buenamente podían; el intérprete aportado por la embajada fue despedido a la media hora, cuando se hizo claro que su alemán era de oídas, porque solo dominaba el alfabeto árabe. Pese a las graves dificultades, en buena parte debidas a que los otomanos debían consultar de continuo a misteriosas oficinas situadas sabría Dios dónde, a media tarde Souchon podía revisar lo que firmó inmediatamente después. Tras eso puso al corriente, a todos —una muestra de diplomacia: su Estado Mayor era de doce, no de seis, y quería dejarlo claro—, de que su petición de suspender la misión naval británica, la que dirigía *Sir Arthur Limpus*, fue aceptada por el ministro Cemal Paşa. Si bien a los ingleses no se les ordenaría dejar Istanbul, se les prohibía el acceso a las bases otomanas. Dar la orden no fue fácil para Cemal Paşa, que no quería indisponerse con los ingleses, dejando aparte que Limpus era un excelente caballero, pero Souchon no le dejó más opción: «Si los ingleses no desaparecen, los alemanes no trabajaremos». Desde ahí todo empezó a discurrir con acuerdo a la lógica prusiana: «Si los otomanos quieren que nos ocupemos de su marina, y para ello se ponen a nuestras órdenes, que se cuadren, saluden y obedezcan sin chistar».

El problema con los intérpretes no tenía fácil solución, salvo que se sirvieran de los que trabajaban para Limpus. Eso implicaría poner en medio el idioma inglés, lo que no sería operativo. La solución era buscar en las gestorías de Friedrichstádt, donde los habría por docenas, pero las autoridades de Berlín

tardarían semanas en dar con unos cuantos capaces de comunicarse de palabra y por escrito, que dominaran las dos ortografías, que no tuvieran problemas con la policía otomana y que aceptaran un empleo incómodo, exigente y comparativamente mal pagado, ya que los intérpretes de turco en Friedrichstädt constituían una minoría privilegiada. Mientras no llegara la media docena cuya incorporación era urgente, quizá podrían echar mano de los que usaba Liman von Sanders, pero además de ser pocos el general se mostró firme al decir que solo prescindiría de uno. Ese, más Humann y Wichelhausen, no podrían copar un trabajo que a partir del día siguiente sería incesante, y que aumentaría sin parar. Ahí fue cuando Humann preguntó si los oficiales otomanos aceptarían un intérprete que sería virtualmente perfecto por su dominio del Orta Türkçe y del alemán, el francés y el inglés, todo ellos hablados y escritos, si no fuera por su pertenencia imperdonable al género femenino. Su reacción fue de naturaleza glacial, la propia de jamás haber pensado que pudieran existir hembras así. Solo cuando el más antiguo preguntó qué clase de mujer sería, y tras explicarle que una señorita de la mejor sociedad europea y antigua oficial del consulado alemán en Barcelona, presentada y avalada por la embajada del káiser, cristiana pero no proselitista, y que dominaba no solo el Orta Türkçe sino el alfabeto árabe, convinieron que la situación merecía un punto de flexibilidad, aunque mejor sería que pasara desapercibida, ya que si algo no necesitaban era un problema religioso con algún *mawlá* fanático. A eso se debió que Wichelhausen esa noche no cenara en el Pera Palas, con Souchon y los demás. Lo hizo en Meçrutiyet Caddesi, número 74.

## Sábado, 15 de agosto de 1914

Souchon había recibido la noche antes un telegrama de Von Pohl. Le ordenaba iniciar operaciones en el mar Negro, tanto si el gobierno del Großwirir estaba de acuerdo como si no lo estaba. No necesitó preguntarse la razón de tantas prisas. Según los partes que llegaban a la embajada, la guerra en el frente del Oeste marchaba bien, hasta el punto de que se hacían apuestas sobre qué día las tropas de Moltke desfilarían por los Campos Elíseos, repitiendo lo que hicieron las del Graf Gneisenau noventa y nueve años antes. El VIII Ejército, en el otro frente y bajo el mando del general Von Beneckendorff und Hindenburg, se batía con un gran ejército ruso en las proximidades de Tannenberg, impidiendo su avance sobre Ostpreußen. Lo que no decían los partes era que Rusia contaba en sus fronteras occidentales con cuatro ejércitos formidables, todos ellos al mando, por fortuna, del gran duque Nikolai Nikolaevich Romanov, al cual se le consideraba, en los círculos militares alemanes, como un idiota total cuya única virtud profesional era ser primo hermano del zar Nikolai II. Souchon sabía de los cuatro ejércitos gracias a Liman von Sanders, y tenía claro que, por inútil que fuera el gran duque, tarde o temprano harían sentir el peso de su número. Este se reduciría bastante si Rusia se viera con un tercer frente más al sur, el que se abriría en el Cáucaso y en las costas del mar Negro si el *Yavuz Sultán Selim* devolvía Sebastopol a la Edad de Piedra. Si lo hacían sin previo aviso y con total alevosía, y pese a la declarada oposición del gran visir, Rusia, ofendidísima, entraría en guerra con el Imperio otomano, y así se abriría ese tercer frente que Alemania necesitaba. Las consecuencias que tal cosa pudieran tener para los desdichados otomanos a Souchon le daban igual. Él era un soldado alemán, y punto. Ahora, no estaba convencido de que conviniese atacar a Rusia en ese momento, y no por las cautas opiniones del preocupado Wangenheim, sino porque sus barcos no estaban en condiciones. Reparar las calderas del reumático *Yavuz Sultán Selim* llevaría no menos de dos semanas a partir del día en que llegaran los tubos y los caldereros. Solo a partir de tal momento podrían caer sobre Sebastopol y hacer pedazos los cinco *predreadnought* que allí permanecían todo el tiempo, así como destrozar en los muelles de armamento a los *dreadnought* en construcción. Esto no sería para provocar la guerra, sino por lo

que sucedería una vez declarada. Por breve que pudiera ser, y en eso era menos optimista que Berlín, debería sostenerla con el *Yavuz Sultán Selim*, y bien sabía que, si tuviera que vérselas con siete acorazados rusos, todos ellos armados con piezas del 305, solo contaría en favor su mayor velocidad, y para poderla dar necesitaba cambiar los miles de tubos que tanto le amargaban la vida y que tanto incrementaban su natural prudencia. El *Yavuz Sultán Selim* era el tigre del mar Negro, cierto, pero tenía las patas muy flojas.

## Domingo, 16 de agosto de 1914

Cemal Paşa y Souchon habían convenido situar la flota en una bahía situada veinte millas al sureste de Kadikoy. Se llamaba Tuzla y en ella florecían multitud de astilleros artesanales que construían pesqueros y pequeños vapores. El área, en el pasado, fue de población griega, pero tras las guerras balcánicas esta emigró a Tesalónica; las gentes de habla turca que vivían en la costa norte del Egeo fueron a parar a Tuzla, con la idea gubernamental de darles empleo financiando astilleros. El más capaz atendería las necesidades de la Marina otomana en cuanto a carpintería, mobiliario y acondicionamiento interior. Echarían allí el ancla el *Yavuz Sultán Selim*, el *Midilli*, el *Turgut Reis*, el *Messudieh* y una flotilla de ocho torpederos. Algo más tarde lo harían el *General*, el *Corcovado* y otros cinco vapores alemanes sorprendidos por la guerra en Istanbul. No era lo único a que se dedicó el Estado Mayor de Souchon, mucho más eficaz de lo que se pensaba el primer día. La razón del milagro era contar con un tercer intérprete que, superados los primeros momentos de timidez, en pocas horas se ganó la confianza profesional de los oficiales otomanos; la de los alemanes la tenía desde una lejana mahonesa. Pese al escaso tiempo transcurrido desde que inició sus operaciones el tal Estado Mayor, ya se contaba con una red de comunicaciones que interconectaba las fortalezas de los Dardanelos y del Bósforo, los depósitos de carbón, las instalaciones de apoyo —en Ístinye y en Tuzla—, el cuartel general de Souchon —el salón nupcial del Pera Palas— y la embajada del Deutsches Reich. Un despliegue que a los Paşas no les inquietaba, sino que les agradaba: muy deprisa, los aliados alemanes ponían Istanbul, los Dardanelos y el Bósforo en pie de guerra.

Un deseo de Cemal Paşa fue agrupar los barcos frente a Dolmabahçe y repetir la entrega de las unidades al ministro de Marina, para tras eso izar su pabellón en el tope del *Yavuz Sultán Selim* y emprender el camino de Tuzla del modo más majestuoso. La escena la observaban desde Kabataş numerosos periodistas, así como una pareja vestida con acuerdo a los usos europeos y que sin duda eran extranjeros, no solo por su aire, sino por su estatura. La formaban un capitán de corbeta de la Marina otomana y una traductora e intérprete de la representación

alemana. Ninguno de los dos tenía obligaciones laborales ese día, de modo que pensaban aprovecharlo como mejor pudieran, aunque sin alejarse de Mejrutiyet Caddesi, 74, porque la hermana de la intérprete salía de cuentas ese día y los acontecimientos podrían desencadenarse de un minuto para otro.

Las últimas semanas del embarazo de Meritxell habían sido tranquilas. No tenía náuseas, se movía con razonable agilidad, el nuevo piso en la calle Balyoz, a un minuto de la embajada y al que se mudarían en cuanto se recuperara del parto, era no solo bonito, sino lo bastante grande para que al fin Queralt pudiera dormir sola, y Pascual, con el que apenas discutía, la tenía como a una reina que fuese a parir de un día para otro. Si no fuera por el oscuro espectro de una guerra que Dios quisiera no llegase a Constantinopla, la vida sería para ella de un brillante color rosa. Ni siquiera el parto le causaba inquietud. Había ensanchado lo bastante, a partir de unas caderas de suyo generosas, como para no sentir temor de que se le atascara el niño. Su médico, uno estupendo suministrado por la representación alemana —don Germán seguía sin buenos contactos, al menos entre los tocólogos—, y la eficaz comadrona, la visitaban cada día, para repetir que todo iba de maravilla y que tendría un parto envidiable. A eso se debía que no refunfuñase cuando Queralt hizo saber que le había salido un trabajo bien pagado y que redundaría en el beneficio familiar, pues el agregado naval tendría, gracias a ella, un muy fácil acceso a los nuevos altos mandos de la Marina otomana. Uno de ellos, el jefe de comunicaciones, compartiría con ella, con Queralt y con Pascual, la inusitada fabada turca que la buena de Petra llevaba toda la mañana preparando.

La vida, para Meritxell, de nuevo era idílica, por mucho que sus tripas presintieran que todo estaba por cambiar.

## Sábado, 24 de octubre de 1914

Souchon cenaría con Enver Paşa. De ahí que repasara con Buße y Wichelhausen el despliegue del Sonderkommando Türkei, como insistían en llamarlo algunas de las recientes incorporaciones, a las que no terminaba de penetrar en sus duras cabezas prusianas que Türkei —Turquía— no existía. Existía el Osmanisches Reich —Imperio otomano—, y mejor harían si hablaran con propiedad, para no herir la delicada susceptibilidad de sus a menudo incomprensibles aliados. En realidad, tampoco eran sus aliados. No aún. Existía un acuerdo firmado por Bethmann-Hollweg y Said Hahm de cuya existencia sospechaban los embajadores francés e inglés, aunque sin pasar de ahí, ya que seguía siendo secreto. Una parte de la cabeza de Souchon ardía en deseos de que la tal alianza dejara de ser secreta, pues eso significaría que los otomanos al fin se lanzaban por el sendero de la guerra. La otra parte no cesaba de advertir que la marina otomana estaba lejos de poder hacer frente a la rusa, por mucho que tampoco esta valiera gran cosa. De ir a la guerra, el peso de las operaciones recaería en el *Yavuz Sultán Selim* y en el *Midilli*. Eso impediría buscar combate, pues si bien el primero era muy superior a cualquiera de los cinco acorazados del almirante Andréi Augustovich Eberhardt; este, muy sensato, los mantenía siempre juntos, consciente de que por separado serían patos sentados para el crucero de batalla otomano-alemán.

El hecho de que los Paşas, conocidos junto a Halü Bey como «Partido de la Guerra» —el «de la Paz» era el del gran visir—, no se hubieran animado a dar el paso, no impedía que Alemania cumpliera sus compromisos. El primero, los refuerzos, se cubrió con generosidad. Entre los últimos días de agosto y los primeros de septiembre llegaron por tren, vestidos de civiles, 290 suboficiales y soldados de artillería, quince oficiales y dos almirantes. Estos eran de grado superior al de Souchon, aunque a efectos prácticos el poder seguía en manos de este, pues había sabido ganarse la confianza personal de Enver Paşa y de Talat Paşa, y eso, en el universo musulmán, era más decisivo que las relaciones jerárquicas. Con Cemal Paşa, el ministro de Marina, no le había ido tan bien, por ser el menos inclinado de los tres a vincular el destino del Osmanisches Reich al

del Deutsches Reich, por apenas hablar alemán —con Souchon se comunicaba en inglés— o por haber mantenido demasiado tiempo una estrecha relación con el caballeroso *Sir Arthur Limpus*, el cual se vio forzado a regresar a Inglaterra el 16 de septiembre tras una muy abrupta reunión entre un Souchon deliberadamente dispuesto a no ser delicado —contra su tendencia natural— y un Cemal Paşa muy quejoso de verse acorralado por el almirante alemán, sobre todo a partir de que este manifestara que de ningún modo realizaría su trabajo en presencia de la Misión Naval británica.

El Konteradmiral Johannes Merten tenía cincuenta y siete años y llevaba cuatro en la reserva naval. La demanda de refuerzos de Souchon coincidió con una gran escasez de altos mandos que poseyeran el perfil adecuado y que se hallaran disponibles, pero alguien se acordó de un Konteradmiral en la reserva relativamente joven y al que quizá le apeteciera volver al servicio activo en un lugar tan exótico, sugestivo y de clima tan templado como los Dardanelos. Las apariencias formidables fortalezas que los defendían estaban en un estado lamentable, pero Merten no tardó en demostrar que dominaba su oficio. Los viejos e inútiles cañones otomanos fueron devueltos a la vida por los eficaces artilleros que Merten se trajo con él, se instalaron numerosos puestos de observación, y se repartieron por doquier nuevas y muy eficaces direcciones de tiro. Eso se hizo al tiempo de adiestrar a unos oficiales, suboficiales y artilleros otomanos que, para sorpresa de Merten y de sus oficiales alemanes, se mostraban disciplinados y ávidos de demostrar que no eran los escandalosos, decadentes, decrépitos y arruinados que decía *Mr. Churchill* —«*scandalous, cumbering, deaepit and penniless*»—, sino unos tipos muy valientes a los que bastaría un adecuado adiestramiento para ser tan eficaces como los prusianos. Su aplastante despliegue de competencia le sirvió para ganarse la confianza del ministro Enver Paşa, que si de algo sabía era de artillería. Tal cosa quedó demostrada con su nombramiento, el 28 de agosto, de general en jefe de Artillería. Con esa designación, tres de los puestos decisivos en las fuerzas armadas quedaban en manos alemanas: la infantería (Liman von Sanders), las fortalezas de los Dardanelos (Merten) y la marina (Souchon).

El Vizeadmiral en la reserva Guido von Usedom tenía sesenta años, aunque no era un hombre olvidado, ni en la KM ni en el entorno del káiser, con quien mantenía una estrecha relación desde que mandara, de 1902 a 1904, el SMY *Hohenzollern*. A eso se debió que desde nada más sellarse los acuerdos entre los imperios alemán y otomano se pensara en él para el Bósforo. Aun así, su misión en Constantinopla, iniciada el 25 de agosto, pronto se vio que no era de meter las manos en el barro. Actuaba más como un coordinador entre Liman von Sanders, Merten y Enver Paşa —este le sabía muy próximo al káiser Wilhelm—, y también como un embajador militar —Wangenheim no quería salirse de la política y la diplomacia—, representando al káiser ante el gran visir y, alguna vez, el sultán. En el plano formal era la cabeza del despliegue militar en el Osmanisches Reich, si

bien los tres mandos —Souchon, Merten y Liman von Sanders— actuaban con independencia. La misión de Souchon, en particular, le hacía operar muy por fuera de lo que dijeran sus colegas, los cuales, a fin de cuentas, estaban en el Osmanisches Reich para mejorar su capacidad defensiva. Souchon estaba para empujarlo a la guerra. Su objetivo no era contribuir a la grandeza de los otomanos. Era reducir la presión de Rusia en los frentes del este, contra Alemania en Prusia Oriental y contra Austria-Hungría en Galitzia. Lo que pasara después con el Imperio otomano le daba igual, y no por falta de humanidad o sensibilidad. Sucedió, simplemente, que no era su problema.

El primero de los suyos, y mientras no lo resolviese no podría encarar los demás, era poner en facha las pocas unidades de su muy humilde flota. La principal preocupación era el *Yavuz Sultán Selim*, con el que habría de agredir a Rusia sin previa declaración de guerra y provocar así que Rusia la declarase. La operación podría implicar un combate con los acorazados rusos, y para esquivarlos debería contar con su velocidad máxima. Los tubos que a finales de agosto llegaron de Alemania eran por fin los adecuados, y los caldereros enviados con ellos eran de veras expertos, pero el hecho era que, aun habiendo salido el 3 de octubre al mar Negro, en ejercicios de tiro, la mala mar impidió pasar de dieciocho nudos. Seguía sin comprobar, así pues, que su nave insignia daba los veintiocho y medio requeridos. Su segundo problema era devolver sus otros buques a un aceptable nivel de operatividad, para lo cual reforzó sus tripulaciones con marinos alemanes. Von Pohl, generoso, le traspasó 32 oficiales y 130 marineros para las unidades más necesitadas, los acorazados *Barbaros Hayreddin* y *Turgut Reis*, y los cruceros *Berk-ı Satvet* y *Peyk-ı Şevket*, así como 48 oficiales y 64 marineros para los ocho torpederos en mejor estado. Para el otro barco no considerado chatarroso, el crucero ligero *Hamidiye*, no se consignaron refuerzos, porque se construyó en Inglaterra y en la KM no se sabía ni cómo mantenerlo ni cómo mejorarlo, y eso que, según los informes de Souchon, contaba con la tripulación más experimentada de los buques otomanos.

El tercero era conseguir municiones no solo para sus buques, sino para las piezas que debería Merten desplegar en las fortalezas del Bósforo y de los Dardanelos. Las reservas almacenadas en los polvorines otomanos no cubrirían las necesidades de una semana de campaña, y eso dejando de lado el estado, previsiblemente pésimo, en que pudieran estar. Necesitaba miles de toneladas de todos los calibres, las cuales no tardaron en comenzar a llegar desde Alemania, transportadas en barcazas que se llenaban en Ulm, bajaban por el Donau hasta el mar Negro y desde ahí ganaban el Bósforo, bordeando la costa cuando el mar estaba bien, y en las primeras semanas de otoño del raramente bonancible 1914 así solía estar.

El cuarto era conseguir carbón. Tras arramplar con todo el que pudo localizar, contaba con ocho mil toneladas. Las mantenía tan vigiladas como si se tratara de diamantes. Una vez comenzara la guerra el abastecimiento sería difícil. En

Alemania y Austria-Hungría escasearía, y si algo le pudieran enviar sería por tren, pues la ruta fluvial, por el Donau, estaría tan expuesta que a efectos prácticos sería como si se hubiera cerrado. El Imperio otomano poseía minas de carbón, pero en la parte de Anatolia donde no llegaba su prehistórico ferrocarril. Aun siendo de mala calidad era lo mejor con lo que podría contar, y para que llegase a Ístinye o a Tuzla sería necesario enviar convoyes de *colliers* tan lejos como a Trabzon, así como protegerlos con escoltas de importancia, pues los rusos, a los que no tenía por tontos, sin duda se lanzarían por ellos.

Tenía más, aunque aquellos cuatro eran los más graves. Uno que fue muy acuciante se resolvió con la llegada de seis intérpretes alemanes de ascendencia turca, reclutados en Friedrichstädt. Curiosamente, los muy conservadores turcos de su Estado Mayor le pidieron que no despidiese a la única de sus intérpretes. Habían llegado a entenderse bien con ella, tanto que les daba igual que fuera una despreciable mujer. Valoraban más que fuese no solo eficaz, sino tan asombrosamente culta que les traducía por igual documentación en alemán, en inglés, en francés y en italiano, además de apañárselas no se sabía cómo para reducir a la nada las tensiones personales, las que había entre los rígidos marinos alemanes y los picajosos oficiales otomanos cuando intermediaban traductores incapaces de atenuar las infinitos matices de orgullo y dignidad que cada dos por tres afloraban entre las partes. En Orta Türkçe no había un equivalente femenino para el término «efendi», el que por sistema empleaban los otomanos en su trato con los alemanes, pero los oficiales turcos de Souchon no dudarían en usarlo para referirse a la exquisita y maravillosamente diplomática señorita Mir.

Otra preocupación era la escasez de tripulantes en los buques otomanos. La causa era el haber enviado más de mil a tripular los cada día evocados *Reşadiye* y *Sultán Osmân-ı Ewel*. Al embajador Mallet se los recordaban cada vez que se veía con algún miembro del gobierno, y eso que nada más regresar a Istanbul ofreció al gélido gran visir la devolución de hasta la última libra pagada por los dos, así como la promesa de cederlos gratis a la Marina otomana cuando acabara la recién iniciada guerra, la cual, pensaba él, no debería prolongarse más allá de la próxima Navidad. Con esa medida, tomada con la oposición de un Churchill que no veía razón para tratar a los otomanos igual que a los chilenos, esperaba Sir Louis enfriar los ánimos y asegurar la proclamada neutralidad de la Sublime Puerta, pero no contaba con la gran habilidad de su colega Wangenheim para mantener enfurecidos a los recalcitrantes integrantes del Partido de la Guerra, y su buen tino para sobornar a los directores de los periódicos istanbulíes, los cuales no cesaban de recordar a sus lectores la infame perfidia del gobierno inglés. Los otomanos, y en especial los turcos, eran a juicio del glacial Wangenheim un pueblo de borregos, fáciles de arrastrar a posiciones de invencible acaloramiento. En el caso del *Reşadiye* y del *Sultán Osmân-ı Ewel* no era necesario recurrir a relatos elaborados; bastaba con recordar a la indignada ciudadanía las penalidades arrostradas desde finales de 1913, cuando para liquidar los pagos

pendientes el Imperio recurrió a toda suerte de medidas, algunas no graves, como loterías o rifas, otras que ya golpeaban el orgullo de los hombres, como la de convencer a las turcas de que vendieran su pelo —muchas de ellas no se lo habían cortado en su vida— y con el dinero recaudado pagar alguno de los catorce cañones del *Sultán Osmân-ı Ewel*, aunque la más impopular aún sangraba: no pagar las nóminas de los funcionarios y los empleados del Estado desde noviembre de 1913 hasta pocas fechas antes. De hecho, solo gracias a la devolución de una primera cantidad por parte del Tesoro británico, más un préstamo del Deutsches Reich —cuatro millones de libras entre los dos—, el gobierno del gran visir pudo poner sus nóminas al día. El asunto de los acorazados fue más allá de tocar las fibras sensibles de los otomanos, según explicó Talat Paşa a Sir Louis Mallet del modo más poético. Era, más bien, como si el rey George V hubiese asestado a cada ciudadano del Imperio otomano una formidable patada en sus partes.

El 22 de agosto llegaron las tripulaciones de los dos acorazados, unas en el *Reşid Paşa* y otras en el *Neşid Paşa*. En el segundo venía Rauf Orbay, el oficial superior de mayor prestigio en la Marina, comandante del *Hamidiye* en la guerra contra Italia. Souchon le recibió en el muelle, acompañando a Cemal Paşa. Si de veras era tan competente como le habían dicho, podría ser un excelente jefe del Estado Mayor de la Marina otomana, relevándole de aquel doble trabajo: ser al mismo tiempo el comandante en jefe y el responsable del Estado Mayor, algo que según la doctrina militar alemana jamás debería coincidir en la misma persona. De aquello habían pasado ya dos meses, y lo cierto era que ni Souchon a su nivel, ni Buße al suyo, se mostraban impresionados por la valía del capitán de navío Rauf Orbay. La personal no la discutían, pero la profesional, a sus muy sajones ojos, quedaba lejos de lo exigible a un teniente alemán. No obstante, y según comentaba Souchon al pesimista Buße, aquel era su buey y con él tendrían que arar —la expresión no era suya, sino de la traductora, pero le había hecho tanta gracia que no era raro que la soltara—; cuando menos le servía para no tener que lidiar más allá de lo imprescindible con la irracionalidad de la Marina otomana, la cual contaba nada menos que con ocho mil oficiales para mandar en diez mil suboficiales y marineros.

La evolución de sus diversas misiones era más lenta de lo que llegó a temer en sus momentos de mayor pesimismo. A eso se debió que, con el pretexto de insuflar moral a sus tripulaciones, organizara el 21 de septiembre un desfile naval frente a Haliç —el Cuerno de Oro; su hablar y el de sus oficiales se teñían poco a poco de palabras y expresiones turcas, en buena parte gracias a, o por culpa de, la sugestiva intérprete a sueldo de la embajada—, en la que hizo participar a la totalidad de sus naves. Les faltaba mucho para estar en condiciones de vérselas con los rusos, pero a la velocidad en que marchaba todo en aquel paraíso de la procrastinación, no veía riesgo en hacer bailar a sus barcos como si ya estuvieran listos para el combate. Aun así, una semana después empezó a pensar que se

acercaba el gran día, gracias a que un destructor inglés mandó detenerse para inspección al torpedero *Akhisar* a una milla de la boca de los Dardanelos, en aguas jurisdiccionales otomanas. Un incidente muy serio, quizás ideado para verificar la determinación otomana de alinearse con Alemania. El embajador Mallet no estaba convencido de que tal cosa fuese a suceder —el gran visir le aseguraba que no—, por mucho que Limpus opinara lo contrario y lo hubiera expuesto así a Churchill. Un primer síntoma de que sí podría suceder fue una orden fulminante de Enver Paşa: cerrar los Dardanelos, confirmando una previa del comandante de la fortaleza de Çanakkale, el Oberst —coronel— Erich-Paul Weber. El cierre significó que una docena de cargueros rusos, atestados de trigo, se quedaron bloqueados en el mar de Mármara, sin más opción que regresar a Rusia. También dio lugar al permiso para despachar al mar Negro al *Yavuz Sultán Selim*, al *Barbaros Hayreddin* y al *Turgut Reis*, con una escolta de cruceros y torpederos, para realizar ejercicios de tiro, y de paso comprobar que no se veía un solo barco de guerra ruso. La interpretación de Souchon coincidía con la de Enver Paşa, con quien se reunía muy a menudo: los rusos querían evitar cualquier incidente naval que pudiera provocar el estado de guerra entre los dos imperios.

El 12 de octubre, coincidiendo con la declaración de guerra de Bulgaria contra Serbia y Rusia, Souchon quiso volver a sacar sus barcos al mar Negro, para sorprenderse ante una seca negativa del ministro de la Guerra. Después, tras comentarlo con sus hombres —para según qué cosas no contaba ni con Rauf Orbay ni con Arik Bey, y aún menos con Hakki, el *aide-de-camp* otomano que le había impuesto Cemal Paşa y que más parecía un espía que un Flaggleutnant<sup>[19]</sup>—, aceptó que quizá Wichelhausen tenía razón al afirmar que, habiendo cesado los éxitos alemanes en su avance sobre París, el gran visir y los ministros contrarios a la guerra tiraban de las riendas a los Paşas. La última buena noticia que le hicieron llegar, diez días antes, fue la de un gran éxito en el Nordsee: el submarino *U-9*, mandado por un Kapitänleutnant Weddigen que Madlung recordaba de la escuela naval, en hora y media se había cargado tres cruceros acorazados británicos, el *Aboukir*, el *Hogue* y el *Cressy*. En total, cuarenta mil toneladas de buques enemigos hundidos y mil quinientos marinos ingleses muertos. A eso se sumó que días después el mismo *U-9* hundió un cuarto crucero inglés, el *Hawke*; otras doce mil toneladas de barco inglés, y con ellas quinientos marinos con los que ya no tendrían que luchar. La noticia pareció abatir las dudas que a *Napoleonlik* le quedaban sobre permitir operar en aguas otomanas a los submarinos alemanes, de modo que, nada más el Osmanisches Reich entrara en la guerra, una primera fuerza de cuatro submarinos emprendería el largo camino de Wühelmshaven a los Dardanelos.

Unas cosas con otras, el 16 de octubre Souchon percibió que las dudas de Enver Paşa se disipaban. Eso no era significativo, pues era capaz de cambiar de criterio no ya de un día para otro, sino de una hora para otra, pero el caso era que

se manifestaba en favor de un ataque combinado. No solo contra Odessa y Sebastopol, sino contra posiciones rusas en el Cáucaso, contra el canal de Suez y, dependiendo de cómo se reaccionara en Grecia, Bulgaria y Rumania, contra diversas fortificaciones en los Balcanes. Tras una noche de poco dormir —él y su Estado Mayor—, entregó la parte naval a Enver Paşa poco antes de la hora de cenar. Tras eso, y hasta ese 24 de octubre, se habían cruzado unas cuantas notas, siempre a través de mensajeros. De ahí venía su sospecha de que la cena de aquel día sería para mucho más que disfrutar de la mutua compañía.

## Martes, 27 de octubre de 1914

La flota se detenía en el mar Negro. La integraban el crucero de batalla *Yavuz Sultán Selim*, los ligeros *Midilli*, *Berk-ı Satvet*, *Hamidiye* y *Peyk-ı Şevket*, los torpederos *Gayret-i Vataniye*, *Tasoz*, *Samsun* y *Muavenet-i Millîye*, y los minadores *Muzaffer* y *Nilüfer*. Mantenían un absoluto silencio de radio, lo que no extrañó a los oficiales otomanos, pues era la práctica normal desde que por primera vez salieron al mar de Mármara, aunque les sorprendió que, contra lo hecho en la salida del 3 de octubre, se internaran en el mar Negro hasta pocas millas al norte de Zonguldak. La tarde, muy avanzada, era espléndida en el sur del mar Negro, sin nubes y con la superficie tan lisa como la de un lago. No faltaba mucho para que anoheciera, de modo que si alguna nave rusa les viese allí detenidos, pensaría que lo hacían para cenar tras un día de prácticas, pasar la noche mecidos por las olas y al amanecer regresar al Bósforo. Los planes no eran esos, como bien sabían Souchon, Buße, Orbay, Arif y los diez oficiales del Estado Mayor, todos juntos en el puente de maniobra. Desde ahí veían las traineras que conducían al *Yavuz Sultán Selim* a los comandantes y primeros oficiales de los otros navíos. Malamente cabrían todos en la cámara del almirante, de la cual había mandado Buße sacar la mesa y las sillas. Sería una reunión de a pie y lógicamente breve, lo que nunca es malo.

Una hora después cada pareja reclamaba su trainera para volver a su barco. Llevaban con ellas sobres recién abiertos donde *Napoleonlik* les ordenaba seguir a rajatabla las instrucciones del vicealmirante Souchon y les deseaba la mejor de las suertes en el combate que se avecinaba. Una ocasión gloriosa para el Imperio otomano, les arengó Rauf Orbay, para tras eso escuchar de Souchon, a través de Wichelhausen, que la patria esperaba que todos cumplieran con su deber, y que el futuro de los otomanos estaba en sus manos. Un mensaje nelsoniano, se decía el Kapitänleutnant según lo despeñaba. Cada una de las diez órdenes fijaba un rumbo, unas coordenadas geográficas donde ordenar zafarrancho de combate, un segundo punto a ser alcanzado en un momento determinado y, ahí mismo, abrir fuego contra una sucesión de blancos clasificados en secuencia de mayor a menor relevancia. Eran la cuidadosa obra de diez oficiales de Estado Mayor, unos más

expertos que otros, pero ninguno incompetente. Si el plan se cumplía con la precisión exigida por Souchon, las instalaciones portuarias de Odessa, Sebastopol, Feodosia y Novorossiysk quedarían, si no destruidas, sí lo bastante dañadas como para no valer para nada durante varios meses, quizá más de los que duraría la guerra que la Marina otomana estaba por desencadenar al amanecer del jueves 29 de octubre, sin escrúpulos sin contemplaciones y sin avisar.

Wichelhausen lamentaba no haber dicho nada de todo eso a la que no necesitaba que lo hiciera, pues en su papel de traductora no hacía falta ser una superdotada para entender que los primeros cañonazos los dispararía el que para ella siempre sería el *Goeben*, el mismo donde una vez un rey de España se chupara los dedos con su mahonesa. También le apenaba no haber podido despedirse, ya que las dos últimas jornadas, con sus correspondientes noches, las pasó en Tuzla, lejos del pequeño estudio de la Cadde-i-Kebir que compartía con Queralt. No era un lugar para dormir, sino donde pasar alguna hora cuando se podía. La vida de Queralt no permitía demasiadas ausencias de sus dos obligaciones, la de naturaleza laboral con el Deutsches Reich y que cumplía en la Jefatura de la Marina otomana, y la puramente familiar, a la que daba satisfacción tantas horas como podía en el espacioso y muy bonito piso de la calle Balyoz. Su presencia no era imprescindible, ya que su hermana se recuperaba de su muy buen parto a notable velocidad; el ama de cría que les suministró el invaluable Humann funcionaba estupendamente; la niña, Ena, no podía ser más preciosa ni criarse mejor, y su cuñado era el más encantado de los hombres, sobre todo porque alguna gota de información bien administrada le hacía quedar de maravilla con don Germán. Quizá fuera por eso que Pascual admitiera con naturalidad que su amistad con Rolf iba más allá de traerle a cenar de vez en cuando. Todo sería magnífico si Meritxell no intuyera que aquella vida idílica estaba por cambiar. Sus ataques de angustia eran un agobio constante, y aunque se los reservaba para que ni Pascual ni Petra los advirtieran, con Queralt se desahogaba. Unos desahogos que su hermana sobrellevaba no muy bien, tanto que le hacían soñar con una emotiva despedida familiar, si el Imperio entraba en guerra y a los Moreno se les ordenaba regresar. Por su parte, haría lo que fuese para no volver con ellos. Su determinación era seguir en Istanbul sucediera lo que sucediese, y a ese fin nada sería mejor que volverse imprescindible para el vicealmirante Souchon.

## Jueves, 29 de octubre de 1914

Al sol le faltaban veinte minutos para elevarse sobre las colinas de Crimea. Cielo despejado. Visibilidad excelente. El *Yavuz Sultán Selim* se adentraba en la bahía de Sebastopol seguido del *Tayoz*, el *Samsun* y el *Muzaffer*. Habían llegado allí navegando a media máquina, en curso paralelo a la ribera norte de la península de Heracles. El propósito de Ackermann era virar en redondo frente a la bahía de Pivdenny, a cuyo largo se desplegaban las instalaciones portuarias de la flota del mar Negro. Tras eso quedarían enfilados a la bocana de la bahía y a la ciudad de Sebastopol, con las diez piezas de la batería principal apuntadas a los objetivos previamente asignados. Solo dispararían las de Anna, Bertha, Emil y Dora, cargadas con munición explosiva y espoletas de retardo. Las de Casar, que se habían reservado para la munición perforante, permanecerían en silencio salvo si en los telémetros estereoscópicos de las direcciones de tiro se divisase alguno de los acorazados de Eberhardt, en cuyo caso se unirían al festejo. Lo previsto era disparar entre seis y ocho salvas completas —ocho piezas—, conservando una reserva suficiente de granadas explosivas para encarar a los cruceros y destructores que pudieran hacerse a la mar; contra esos buques las granadas perforantes no valían de mucho, porque los atravesaban de lado a lado sin estallar. Las seis piezas del 150 de la banda de babor también abrirían fuego, aunque de modo espaciado, para no dificultar con sus humos la visión de las direcciones de tiro. La duración del bombardeo sería veinte minutos, a razón de media salva por cada uno; mientras, el *Muzaffer* fondearía un centenar de minas en los accesos al puerto. Tras bombardear y minar volverían al mar Negro, doblarían el cabo Khersones y se dirigirían a un punto situado treinta millas al sur de Foros, en el extremo meridional de Crimea, donde se reunirían con el resto de la flota. Dado que todas las unidades habrían iniciado sus bombardeos al mismo tiempo, se les reunirían en no más de hora y media, para desde ahí regresar al Bósforo a los catorce nudos que daban el *Berk-i Şatvet* y el *Peyk-i Şevket*.

Los rusos, se decía Wichelhausen, no debían de ser muy espabilados, pues la luz reinante sobraba para divisar e identificar un crucero de batalla de la clase *Moltke* atravesado en la bocana de Pivdenny. Si era verdad que llevaban diez días

sin dejar sus puertos, para evitar incidentes de proximidad con la flota otomana, sus vigías y serviolas deberían estar atentos a cualquier amenaza que llegara del mar, pero no era el caso, pues lo que veía con sus prismáticos no podía ser más plácido.

—*Klar zumfeuer eröffnen, Herr Kommandant!*

—*Feuer frei!*

La primera media salva se demoró unos segundos. El barco, atravesado a la corriente que brotaba de Pivdenny, se bamboleaba un poquito, lo suficiente para que los disparadores eléctricos, sobre los que actuaba un nivel hidráulico, no respondieran hasta el siguiente paso por la escora cero. Disparar medias salvas, un cañón de cada torre, se hacía por asegurar la puntería consumiendo el mínimo de munición. Una puntería que a la primera media salva quedó centrada, pues se disparaba con alzas de sesenta hectómetros. Lo que siguió fue una carnicería, de muchas edificaciones saltando por los aires, depósitos de petróleo estallando en llamaradas pavorosas, polvorines no ya reventando, sino haciendo volar todo a su alrededor, y una buena cantidad de barcos incendiándose para después irse a pique. Un completo éxito, aunque con una pega: ni rastro de los acorazados; solo divisaron un viejo crucero convertido en cañonero de defensa costera, el *Georgii Pobedonosets*, y solo gracias a que había devuelto el fuego con alguno de sus catorce cañones del 152. Sería difícil averiguar dónde se refugiaban, ya que la península de Khersones albergaba dos docenas de radas lo bastante grandes para contener una fuerza de cinco acorazados y veinte unidades menores. Ackermann ya tenía decidido no buscarlos; ellos habían venido a provocar una guerra, no a combatir con un enemigo que se pudiera defender.

Souchon, flanqueado por Buße, Arif y Orbey —estaban en el puente de maniobra, con sus oficiales, mientras Ackermann dirigía la operación en el de combate—, parecía satisfecho del bombardeo, el cual no habría debido efectuarse, porque a las dos de la madrugada llegó un mensaje de Enver Paşa, ordenando regresar a Ístinye. No le sorprendió, porque su conocimiento del alma turca ya le daba para saber que no había un paso adelante sin otro atrás minutos después. La indecisión en que vivía el gobierno del gran visir era la causa capital de la desastrosa trayectoria política y militar del Imperio otomano. Una maldición que los Paşas también sufrían, pese a su fama de resueltos. Él contaba con que le llegarían mensajes como ese, aunque ninguno que no fuera del káiser le haría desistir. En el tope del *Yavuz Sultán Selim* ondeaba la media luna otomana, pero en la mente del Konteradmiral Souchon gualdrapeaba la Reichskriegsflagge, la bandera de batalla de la Kaiserliche Marine, y esa era para él, por mucho que disimulase, la única que contaba.

Tras un último vistazo al devastado Sebastopol, y según el *Yavuz Sultán Selim* alcanzaba los veintidós nudos rumbo al mar Negro, Souchon se decía que aquello, lo que veía, de ningún modo sería reversible. La guerra estaba en marcha, lo que pronto se dejaría sentir en los frentes del este. Solo quedaba rezar por que los

ingleses y los franceses hicieran piña con los rusos, atacaran los Dardanelos y pusieran contra las cuerdas al pusilánime gran visir. Si sus gobiernos conservaran las cabezas frías se lo pensarían antes de dar ese paso, pero Asquith, el Premier, no era quien mandaba en Inglaterra; el que hacía y deshacía era Churchill, y con tamaño energúmeno al frente de la Royal Navy, Dios lo bendijera, no cabía esperar otra cosa que un ataque a gran escala contra las fortalezas de los Dardanelos.

Se volvió a Wichelhausen, el cual decía que, según informaba Kettner, el grupo de Novorossiysk —*Berk-ı Satvet* y *Midilli*— se retiraba tras destruir sus objetivos y minar el estrecho de Kerch. Novorossiysk era la principal estación de carga y almacenamiento de grano en el mar Negro. De sus muelles zarpaban los barcos que, tras atravesar los estrechos otomanos, ganaban el Mediterráneo para descargar su mercancía en los puertos europeos. Tras el ataque de aquel día se desvanecían las esperanzas de que volviese a ser así. Sería devastador para la economía rusa, pero sería bueno para su gobierno, ya que podría dar de comer a la gente con la inmensa reserva de grano almacenada en los silos de Novorossiysk. Bien, pues tampoco: al infeliz pueblo ruso se le venía encima un atroz racionamiento, gracias al *Berk-ı Satvet* y al *Midilli*, cuyas órdenes eran reducir a cenizas la totalidad de los silos. Según las reflexiones del Alto Estado Mayor, pronto habría otra revolución, la que se venía mascando desde que siete años antes la tripulación del acorazado *Potemkin* —luego rebautizado *Pantelimon*— se sublevara contra sus oficiales. Dado que los autócratas rusos seguían despreciando a su pueblo, la guerra en que de un momento a otro les metería el irresponsable de su zar acabaría por provocar una segunda revolución, la cual sería todavía más estupenda si se hacía llegar a Rusia desde Zúrich un tipejo que la policía del zar temía más que al diablo, un tal Vladimir Illiánov. «Pues bueno», sentenció con una de las celebradas expresiones de indiferencia de su intérprete favorita. Mientras fuera por el bien del Reich, cualquier barbaridad que se cometiese a él le parecería la mar de bien.

\* \* \*

Según doblaban el cabo Khersones los vigías divisaron humo. Al poco se vio que no era un enemigo de cuidado: un minador de la clase Prut. Navegaba con la obra muerta muy baja; eso significaba que llevaba su carga completa, 700 minas según los informes del Estado Mayor de Von Pohl. A juzgar por el rumbo que llevaba, su objetivo era el Bósforo. Al poco vieron que llevaba escolta, un destructor del tipo *Bespokoiny*. Dos excelentes blancos para redondear la mañana, si bien solo para la batería secundaria, pues ninguno de los dos vaha una salva del 283. El minador, centrado a la segunda, saltó por los aires a la cuarta. El

destructor tuvo mejor suerte, pues a pesar de arder en pompa logró alejarse. No merecía la pena perseguirlo. En general, se decía Souchon con un punto de pesar, la guerra del mar Negro sería siempre así: jamás perseguir, jamás rematar. El *Yavuz Sultán Selim* era superior a cualquier cosa que tuvieran los rusos, pero era la única nave de batalla con la que podía contar. La consecuencia era obvia: jamás podría incurrir en riesgo alguno.

\* \* \*

Regresaban al Bósforo. Todo había ido bien: el *Hamidiye* pulverizó las instalaciones portuarias de Feodosia, el *Gayret-i Vataniye* y el *Muavenet-i Millîye* hicieron pedazos a la pobre Odessa, el *Nilüfer* minó a conciencia la costa de Ochakiv y el *Peyk-i Şevket* cercenó un largo tramo del cable submarino que unía Sebastopol con Varna. Un éxito completo, pero aun así Souchon no quería llegar a Ístinye al día siguiente, porque no solo sería fiesta en el universo mahometano, sino que había riesgo de no ser bienvenidos. No estaba muy al corriente, porque salvo Humann nadie le contaba nada, lo cual le hacía suponer que Enver Paşa estaba pasando momentos difíciles con el gran visir. A ese fin, y a sugerencia de Buße y Wichelhausen, de todos sus oficiales los que mejor entendían los entresijos del alma otomana —Wichelhausen no era el único en tomar habitaciones cerca del Pera Palas; aunque Buße no comentaba con quién compartía las suyas, se sabía que cuando hablaba por teléfono lo hacía en inglés—, envió un par de mensajes. El primero, en turco y muy respetuoso, al sultán Mehmed, felicitándole por el Beyran, la fiesta nacional que se celebraba el día 30. El otro, más lacónico, a Enver Paşa, donde decía que la flota rusa les había seguido desde que salieron del Bósforo el día 27, que al principio se limitaban a estorbar, pero que al anochecer del 28 abrieron fuego contra el *Yamz Sultán Selim*, al que respondieron. Firmado, Souchon. Una mentira colosal, pero se trataba de hacer creer al gran visir, a sus ministros y a la prensa que los agredidos fueron ellos y que bombardear Sebastopol fue un acto de legítima defensa. La verdad no tardaría en saberse, aunque para entonces cualquier rebelión contra los Jóvenes Turcos se habría desvanecido, por sí misma o gracias a la expeditiva policía de Talat. Aun así, algo de verdad había en el mensaje, ya que al salir del Bósforo se dieron con un carguero ruso que trataba de llegar a los Dardanelos, por si hubiera suerte y se abrían los estrechos. No costaba imaginar que no era un simple carguero, sino un crucero auxiliar erizado de cañones, puesto allí por Eberhardt para vigilar los movimientos de la flota otomana. Lo último, una ocurrencia de Orbey, fue lo que hizo reír a todos los que presenciaban, en el puente de maniobra, un bellissimo atardecer de primer día de guerra. Después de todo, y como explicara Orbey, ese año se cumplían treinta y seis desde la última vez que

una flota otomana entraba en el mar Negro buscando batalla. Otra bella cosa para festejar. Con suerte, a Enver Paşa ya se le habría ocurrido.

## Jueves, 5 de noviembre de 1914

Por las ventanucas que daban a la Kumbaraçi Yokuçu, una transversal de la Cadde-i Kebir desde donde se veía la colosal Süleymaniye, aún entraba luz. Dentro de no mucho deberían lavotearse, pues si bien el edificio no solo era reciente, sino descaradamente modernista, el agua caliente no le había llegado. No les importaba; con aquello, como con muchas otras cosas, podían vivir. Al menos, mientras de vez en cuando pudieran disfrutarse un par de horas. Las de aquella tarde les supieron a poco, pues eran las primeras desde que Rolf marchase a İstinye. No le dio más detalles, ni a ella le hicieron falta. Sería una salida distinta de lo usual, y eso, con las calderas del *Goeben* —le costaba dejar de llamarlo así— ya en plena forma, solo podía significar una cosa. La misma que había empezado a temer desde que lo vio fondear frente a los muelles de Karaköy y que aquella mañana se confirmaba, tras hacerse público que Francia y el Reino Unido declaraban la guerra al Imperio otomano.

Ella fue la que primero se levantó. No era un gesto inocente. De sobra sabía que contemplarla desnuda, según se alejaba rumbo a la cocina, era una cosa que Rolf no podía resistir, de modo que rara vez dejaba de izarse a sí mismo para romper marcha tras ella. De ahí que, al poco, sonriera con malicia mientras Rolf la estrechaba por la espalda, las manos aferradas a sus pechos y el más alegre de sus huesos en *prevengan*, resuelto a fabricarse un varadero entre las golosas piezas de su tafanario imperial, que así lo definía él en su exótico español. EUa, mientras, había encendido el hornillo que dos o tres minutos después habría calentado el agua de la olla puesta encima, la cual, una vez vertida en la exótica palangana moruna que les hacía de bidé, le serviría para salir a la calle sin miedo a que los perros de Beyoğlu la olfatearan de ahí abajo; el problema consistía en esos dos o tres minutos, que si bien ella suponía serían neutros, al poco veía que su compañero de juegos tenía otros planes. Ciertamente que la cocina era un lugar de mínimo romanticismo y no muy adecuado para la expresión amorosa, pero al poco ya no pensaba en eso, ni en ninguna otra cosa. Doblada contra el borde de la mesa, en la posición que Boccaccio definía como propia de las yeguas párticas, se dejaba llevar entre oleadas de un placer incontrolable, apenas alterado por la

convicción de que Rolf no se había vestido, alegando que al estar ella impura maldita la falta que le hacía. Ella no tenía eso tan claro como él, aunque tampoco se veía con fuerzas para oponerse. De hecho, y por mucho que su cabeza se negara, sus bajos cada día insistían un poquito más en un deseo animal de llegar hasta el final, por mucho miedo que le diera verse un tiempo después llevando en sus tripas al más moderno de los Wichelhausen. Miedo social, que no animal. El de verse sola en un país que, sin ser hostil, al menos con ella, le seguía siendo extraño. De todos modos, acabó por decirse bastantes minutos después, en cuclillas sobre la palangana y según se lavaba —tras haber hecho lo propio con su hombre—, no era una cosa que debiera decidir ese día. Mientras Pascual y Meritxell aún siguieran en Istanbul, no hacía falta.

\* \* \*

La cena no solo era sencilla, sino por demás española: una ensalada de lechuga, cebolla y tomate, una tortilla de patatas, de tamaño adecuado para dos hombres y dos mujeres sanos y robustos —el titular de la casa un poquito menos—, y una botella de buen borgoña, del cual había hecho el previsor Pascual un buen acopio, pues pronto se haría difícil de ver en los economatos diplomáticos de Beyoğlu. Eran los únicos a la mesa de aquel pequeñito comedor de diario. Petra y Çagla se zampaban algo más sólido en la cocina, mientras Ena, bien aferrada de las magníficas ubres de la segunda, se ponía como el kiko de altamente nutritiva leche otomana, gracias a la cual daba gloria verla.

Parecían felices de verse allí, compartiendo una cena familiar pese a que la sobremesa no se prolongaría, ya que Rolf debía estar a las diez en el Pera Palas. No se quería perder el acto sociomilitar de la ingesta de camomila con que Souchon y los demás adoraban terminar la jornada. Ese día, primero de guerra contra Francia, Rusia e Inglaterra, le sabían atrapado con Wangenheim, Merten y Usedom en una de las interminables cenas de los Paşas, pero Buße y los demás no faltarían.

Habían hablado ya de lo social, empezando por lo bien que se criaba Ena, la creciente dificultad para dar con exquisiteces inglesas, francesas y belgas —Meritxell echaba de menos el chocolate de Brujas—, la escasez de bencina y lo mal que funcionaban los nuevos tranvías eléctricos, para desde ahí virar a las noticias familiares, las cuales se resumían en que sus parientes no padecían nada que no les aquejara meses antes y que rezaban mucho para que a ellos les pasara lo mismo. Tras eso llegó el momento de las preguntas delicadas, no solo porque contestarlas requería medir hasta los acentos, sino porque no era fácil saber hasta dónde Pascual mostraba curiosidad familiar por el oficializado pretendiente de su cuñada y desde dónde buscaba información de interés para la embajada española.

—Lo de hoy no te habrá pillado de sorpresa, ¿verdad?

Pascual hablaba de la declaración de guerra de Inglaterra. Se conoció a mediodía, si bien se daba por segura desde que venciera el ultimátum que Mallet presentó al gran visir el viernes 30, precisando que, si en cuarenta y ocho horas no se ponía en la frontera a los dos mil soldados y marinos alemanes presentes en Istanbul, Inglaterra se consideraría en guerra con el Imperio otomano. Lo entregó en persona, leyéndolo de viva voz a un gran visir muy aprensivo, y de paso reclamó su pasaporte, la fórmula diplomática de pedir un salvoconducto para salir del país. Lo haría en un vapor italiano que le aguardaba en Izmir. Le acompañarían el personal de su embajada, el del consulado, unos cuantos periodistas y varias docenas de civiles. No navegarían en solitario, pues el embajador francés también se iría por Izmir, en un vapor español. No les preocupaba lo que sucediera una vez en el mar, pues a tres millas les aguardaría el *Indefatigable*, el mismo que dos días antes había machacado las fortalezas de la entrada de los Dardanelos. Pascual conocía todos esos secretos detalles porque *Sir Louis* se pasó por la embajada para despedirse de don Germán, y de paso pedirle tuviera la bondad de cuidar de los residentes británicos en Constantinopla, que sin ser demasiados aún quedarían unos cuantos.

—No, cierto. Sabíamos muy poco de lo que pasó desde que nos hicimos a la mar, porque hasta esta mañana seguíamos en *Ístinye* y allí no llegan las noticias, pero en la cámara de oficiales lo considerábamos inevitable.

Pascual lo dio por bueno, pese a estar convencido de que Rolf mentía. Quizá no supiera mucho al dejar *Ístinye*, pero en las horas que había pasado con la golfa de su cuñada, sin duda se habría puesto al corriente.

—No me atrevo a preguntarte por vuestros planes, porque seguro que no podrás decirnos nada, pero sí me gustaría saber, si no es un secreto militar, si es verdad o no eso que dicen los periódicos, que los rusos os interceptaron en medio del mar y que no tuvisteis más remedio que defenderos.

Rolf dejó pasar unos segundos, aparentando que reflexionaba. En realidad, traía la respuesta más que pensada.

—Te puedo decir que vimos el primer barco ruso nada más salir del Bósforo, y que nos dio muy mala espina encontrármoslo allí, pero de lo que siguió después me temo que no puedo hablar. Secreto militar, tú lo has dicho.

Pascual asintió, resignado. En realidad, no esperaba que Rolf explicase nada, pero debía intentarlo.

—Tú tienes buena información de lo que ha pasado aquí en estos días, ¿verdad? —Pascual asintió, un punto sorprendido—. Al barco apenas nos llega nada, y en *Ístinye* solo hemos podido leer los periódicos, que no son de fiar, y lo poco que nos decían los oficiales otomanos. ¿Podrías contarnos algo? —Señalaba innecesariamente a las hermanas que le flanqueaban—. Es por saber cómo se ven las cosas desde una embajada neutral.

Pascual se pensó las palabras. El alemán le gustaba, pero no dejaba de ser un oficial beligerante cenando en su casa.

—No pienses que sé mucho. Apenas que cuando Said Halim supo del bombardeo, convocó al gobierno. La reunión fue larga y hubo gritos, o eso se dice. Halim tuvo más que palabras con Enver, Cemal y Talat. Estaba tan acojonado —no se cortaba en soltar un taco de vez en cuando; se parapetaba en que su cuñada era mucho más brutal— que hasta planteó llamar al embajador ruso, presentarle sus excusas y ofrecerle una compensación económica de primera categoría, tras jurarle que mandaría colgar a Souchon nada más desembarcar. — En eso exageraba, pero no por darse importancia; su misión como diplomático era contribuir a debilitar las alianzas entre las potencias, fueran las que fuesen, creando toda la confusión y todos los malentendidos posibles—. No le valió de nada, porque la CUP no reculó, así que al día siguiente aceptó el hecho consumado. Dio la orden, menos mal, de permitir a los barcos ingleses, franceses y rusos fondeados en el Mármara que se dirigieran a Rusia. También dio dos días a los que se hallaran en los puertos del Mediterráneo para que se hicieran a la mar. Me han dicho que solo entonces se dio a tu almirante la orden de regresar. Por lo demás, los rusos no esperaron a ver qué hacían sus aliados. El día 1 declararon la guerra, el 2 lo hizo Serbia, el 3 se les unió Montenegro, el 4 los franceses y hoy, 5, lo han hecho los ingleses, aunque tras el bombardeo de anteayer era como si ya lo hubiesen hecho.

—Y a vosotros, ¿en qué os afecta todo esto?

—De momento, en que mientras Bermúdez de Castro, nuestro preclaro ministro de Estado, no mande otra cosa, debemos ocuparnos de los asuntos ingleses en Constantinopla y alrededores. Ya sabes, evacuación de civiles, auxilio a prisioneros, protección de propiedades y cosas así. Los franceses han recurrido a los italianos. Los rusos, que yo sepa, no han hablado con nadie. No todavía. Esto significa que durante un par de meses tendré más trabajo del normal. Después, a saber. Germán dice que una vez se hayan ido todos los ingleses, y dado que la BMF bloqueará los puertos otomanos, me voy a quedar sin trabajo, porque no habrá tráfico naval con España. Entra en lo probable, así pues, que nos comamos el turrón en Madrid.

—Salvo si antes vuelve la paz.

—¿Vosotros pensáis que puede pasar eso?

—Es posible. La guerra va bien para nosotros y no muy mal para los austríacos. Debería bastar para una paz honorable.

—¿Con quién?

—Con los ingleses. Sin su cuerpo expedicionario Francia estaría perdida, y sin sus empréstitos Rusia se moriría de hambre, de modo que ya lo tienes: si de veras Inglaterra quiere ahorrar vidas, lo razonable será que negocie desde ya mismo.

—Es un punto de vista.

—Pero tú no lo ves así.

—Pues no. Vosotros jamás habéis estado en guerra con ellos. Nosotros, en cambio, enlazamos una con otra desde que al asno de Felipe II le dio por casarse con María la Sanguinaria. Nos hemos visto las caras tantas veces que casi son de

la familia, y si algo hemos aprendido es que se lo piensan mucho antes de abrir fuego, como ha pasado ahora, pero cuando deciden tirar por el sendero de la guerra no se paran hasta que ganan o hasta que pierden, aunque perder, lo que se dice perder..., pues no pierden casi nunca. La guerra de ahora comenzó hace tres meses. Ya se han calentado tanto que rechazarán cualquier cosa que no sea una capitulación. Vosotros aún estáis lejos de comprobar en propia carne que, a la larga, tenéis las de perder, porque las guerras se ganan en el mar, y ellos son los dueños del mar. Si os hubieran derrotado tantas veces como a nosotros lo tendríais más claro, pero ya lo entenderéis, algún día.

—También tenemos una flota. Y mejores barcos. Y nuestras tripulaciones no son peores. Mira, si no, lo que acaba de pasar en Coronel. —Pascual y Meritxell se quedaron mirando a Rolf; ellos no sabían qué había pasado en Coronel, ni tampoco qué diablos era Coronel—. ¿No ha salido en los periódicos?

—Todavía no. Cuando menos, hasta hoy.

Queralt sí sabía de qué hablaba Rolf, aunque no porque se lo hubiera explicado él. No habían tenido tiempo para eso.

—Si queréis, os lo explico. —Pascual asintió; Meritxell no dijo nada; se limitó a escanciar en las cuatro tazas un poquito de café—. La KM tenía en las Carolinas una escuadra de cruceros que no estaba mal, pero que no valía gran cosa en tiempo de guerra. La mandaba un almirante respetado, Von Spee. Decidió doblar el cabo de Hornos y ganar Wühelmshaven, aprovechando las borrascas de invierno. Los ingleses empezaron a buscarle casi al tiempo. Hace cuatro días dieron con él frente a la bahía de Coronel, en Chile. La fuerza británica era más potente, con piezas de mayor calibre, aunque debían de andar sobrados de confianza, porque al cabo de no mucho los cruceros de Von Spee hundieron a los del almirante inglés, un tal Craddock. Era la primera vez en la historia que naves alemanas combatían contra buques británicos, porque no solo hemos sido siempre aliados, sino que Alemania solo hace medio siglo que comenzó a tener una marina como Dios manda. En nuestro lado no hubo bajas. En el inglés, todos los barcos hundidos y casi todos los tripulantes muertos, empezando por Craddock. Spee se detuvo en Valparaíso a carbonear y repostar, y para telegrafiar lo sucedido. Al día siguiente Nauen lo difundió por todo el mundo; por eso estamos al corriente. Como verás, no está claro que Inglaterra siga siendo la dueña del mar. Por número lo sigue siendo, pero no por calidad. El *Good Hope* y el *Monmouth* eran más grandes y mejor armados que los cruceros de Von Spee, el *Scharnhorst* y el *Gneisenau*, pero cuando la diferencia de número no es determinante la calidad suele imponerse.

Los instintos de Pascual Moreno, anglófilo de toda la vida —se decía que media España lo era, igual que la otra mitad era germanófila; eso no impedía que las dos comerciaran con Inglaterra y con Alemania, indistintamente y sin que sus preferencias y simpatías afectaran a lo de veras importante: la «pela»—, rechinaban con un punto de ira, pero era un hombre muy bien educado, de los que no hacen de las discusiones objetivas una cuestión personal, y menos con un

oficial alemán con el que deseaba llevarse bien. De ahí su moderada respuesta:

—No te digo que no, pero el hecho es que os superan de tres a dos, y con el tiempo lo harán de dos a uno, porque fabrican más barcos que vosotros. Si algún día salís al mar, a plantar cara, salvo milagros perderéis. Así una y otra vez, hasta que aceptéis que Dios siempre va con los que son muchos más.

Todos sonrieron. Meritxell, la que más. Le agradaba ver que, cuando hablaba con oponentes de categoría, Pascual no solo sabía expresarse con elegancia, sino con gracia y humor.

—Me temo que debo marchar. No quisiera llegar tarde.

—No me digas que pasáis lista de retreta.

—En cierto modo. A Buße, mi jefe, y a Souchon cuando está, les encanta comentar las novedades del día, y hoy hay muchas. Una cena riquísima, Meritxell.

—Se lo diré a Petra. Yo, aquí, no hago nada. No me dejan.

Todos sonrieron al tiempo de levantarse. Ahí se despidieron, porque los anfitriones no acompañaban al invitado hasta la puerta. Eso corrió a cargo de la cuñada. Tenía derecho a un último y largo achuchón, a solas los dos en el recibidor.

## Miércoles, 18 de noviembre de 1914

El *Yavuz Sultán Selim*, el *Midilli*, el *Hamidiye* y cuatro torpederos se habían hecho a la mar. Navegaban a los veinte nudos que daba el *Hamidiye* rumbo a la línea Yalta-Samsun, donde Souchon planeaba interceptar una fuerza de cruceros en su regreso a Sebastopol, la misma que veinte horas antes había bombardeado Trabzon. Buße y Arif sospechaban que habría más barcos enemigos, y que aquel bombardeo era una celada. Souchon pensaba lo mismo, aunque no tenía más opción que buscar combate, o la desmoralización que mostraba la CUP se adueñaría del país, dando alas a los que ansiaban la siempre indeseable paz.

El ardor guerrero duró pocos días. La noticia de la guerra contra la Entente dio lugar a numerosos disturbios, los más en Istanbul. Desde 1911 los otomanos vivían una situación de guerra intermitente que les había costado no solo población y territorios, sino docenas de miles de muertos, escaseces insoportables y una grave degradación del nivel de vida. Era razonable, aceptaba Souchon, que cuando ya se vivía un poco mejor, tras doce meses de paz, la gente se tomase a mal una nueva guerra, y encima contra enemigos mucho más peligrosos que Italia y la Liga Balcánica. Talat Paşa decía que su policía sabría sofocar cualquier conato de revuelta. El miércoles 11 anunció la detención de varios conjurados, aunque algo tarde, pues antes de ser fusilados se las compusieron para liquidar a unos cuantos líderes de la CUP. Al día siguiente, sin tiempo de calmar los ánimos, una nueva revuelta se desató en Adrianópolis contra la *Deutsche Militärmisionen*. Al otro, viernes 13, un explosivo estalló junto al palacio de Enver Paşa. Él y su familia resultaron indemnes, pero murieron cinco soldados. El nivel de alarma en el gobierno era tan elevado que el gran visir exigió al Sheikh-ul-Islams, un tipo llamado Ürgüplü Mustafá Hayri Efendi —ejercía por delegación del sultán la guía espiritual de los musulmanes—, que dictara una Fatwa contra la Entente, declarando la «Guerra Santa» y anunciando que todo aquel que cayera en combate contra los enemigos del Islam iría derecho al Paraíso. El Sheikh-ul-Islams se plegó a las órdenes de quien le permitía vivir en el paraíso sin haberse muerto antes, de modo que el sábado 14 dictó en público la Fatwa requerida, si bien no de un modo tan enérgico y vibrante como se le había exigido. Aun así,

para la mayoría de los otomanos jóvenes, tan ignorantes como creyentes —el cínico Madlung sostenía que lo segundo era consecuencia de lo primero—, la guerra contra los cruzados franceses, ingleses y rusos no era solo del sultán, sino de Alá, lo cual se notaba en una menor oposición a ser movilizados, y a someterse a lo que les mandasen unos oficiales y suboficiales alemanes que no tenían nada de creyentes.

El *Midilli*, que iba en descubierta veinte millas por delante, a mediodía comunicó el avistamiento de dos cruceros navegando a quince nudos, rumbo NNO. Souchon ordenó aumentar a veinticuatro, dejando atrás al *Hamidiye*. A las dos, a veinte millas del cabo Saritch, en el extremo sur de Crimea, ya veía los buques enemigos, los cuales no tardaron en virar al este, buscando la seguridad de un banco de niebla muy amplio y muy denso. Cuando Souchon ya pensaba que la batalla terminaba sin haber llegado a comenzar, del mismo banco surgieron, uno tras otro, los acorazados de su colega Eberhardt. Lo hacían a una distancia de cincuenta hectómetros, indeseablemente cerca. Era una celada, como profetizaron Arif y Buße, aunque no duraría mucho, pues, a veintiocho nudos, la velocidad que no tardó en alcanzar el *Yavuz Sultán Selim*, en diez minutos se habrían salido del alcance de las piezas del *Evstafi*, el que marchaba en cabeza luciendo la insignia del Admiral Eberhardt. Era un buque de 13500 toneladas bastante moderno, pues entró en servicio en 1911; solo daba dieciséis nudos, pero estaba bien armado: cuatro cañones del 305, cuatro del 203 y doce del 152. Le seguía su gemelo *Ioann Zlatoust*; algo más lejos, el *Pantelimon* —entregado en 1905 bajo el nombre *Potemkin*; similares tonelaje y velocidad, cuatro piezas del 305 y dieciséis del 152—, el *Rostislav* —cosecha de 1900, 10500 toneladas, 15 nudos, cuatro piezas del 254 y ocho del 152— y el *Tri Sviatitelia* —dieciocho años, 13500 toneladas, 16 nudos, cuatro cañones del 305 y ocho del 152—. Por separado no eran enemigos para el *Yavuz Sultán Selim*, pero juntos sumaban dieciséis piezas del 305, cuatro del 254, ocho del 203 y cincuenta y seis del 152. Demasiadas si lograran concentrarse, aunque por fortuna para el *Yavuz Sultán Selim* había un gran hueco entre el *Ioann Zlatoust* y los tres que le seguían. Un hueco que Souchon aprovechó, cruzando la T a la formación rusa. Eso dio lugar a un duelo de diez minutos, donde el *Yavuz Sultán Selim* disparó diecinueve medias andanadas con buenos resultados, aunque anduvo cerca del desastre, pues un proyectil explosivo del 305 acertó en la tercera pieza del 150, banda de babor, causando doce muertos y la pérdida del cañón. Si la granada hubiera sido perforante habría liquidado una cámara de calderas, con efectos desastrosos, pero la suerte aún estaba con Souchon. Peor le fue al *Evstafi*, que se llevó cinco impactos del 283. Cuatro no hicieron mucho daño, pero el quinto perforó el caparacho de su torre proel, estallando en su interior. Por fortuna para el buque, la escotilla que comunicaba la torre con la barbata estaba cerrada, de modo que no se propagó el fuego al pañol de municiones, lo que habría hecho volar el barco. Desde ahí todo fue un mutuo alejarse, al oeste y a todo andar el *Yavuz Sultán Selim*, y al norte los rusos tras el herido *Evstafi*, con incendios en cubierta y

soltando llamaradas por el gran agujero en que se había convertido su torre proel. A Souchon le asaltaban fuertes ganas de rematarlo, pero el impacto sufrido le hacía recordar su penosa vulnerabilidad. Aun así, se le veía contento. Había sido el bautismo de fuego de *su flaggschiff* contra buques de porte similar, y salieron victoriosos. Sería un buen manjar para la prensa, deseosa de noticias que levantaran la moral del Imperio y de la CUP, por demás decaída pese al empeño que ponían los Paşas en galvanizarla. De ahí que mandase a Wichelhausen redactar una dramática descripción de la batalla, enfatizando el haber hecho huir a los acorazados rusos, y que convocase a la prensa en la Sublime Puerta, donde acompañado de su par otomano informaría de la gran victoria. Todo fuera por la causa.

## Sábado, 5 de diciembre de 1914

Los transportes *Derince*, *Mahmut Şevket Paşa* y *Akdeniz* dejaron Karaköy nada más amanecer, tras embarcar cuatro mil soldados de infantería. Ya en el Bósforo, frente a Dolmabahçe, los aguardaba la que sería su escolta rumbo a Rize, donde deberían fondear dos días después. La integraban el *Yavuz Sultán Selim* y los cruceros *Midilli*, *Peyk-ı Şevket* y *Berk-ı Satvet*. En el *Yavuz Sultán Selim* no sobraba espacio, ya que no solo navegaba el Estado Mayor del vicealmirante, sino Enver Paşa y el suyo. No había espacio suficiente para que tantos distinguidos pasajeros descansaran con un mínimo confort, pues el *Goeben* no fue pensado para servir como buque insignia y no disponía de los metros cuadrados necesarios para cobijar no ya uno, sino dos estados mayores. A eso se debía que la mitad de los alemanes del de Souchon se quedaran en Ístinye, dejando libres sus camarotes. Souchon cedió su cámara a Enver Paşa, desplazando a un Arif Bey que dormiría con Wichelhausen, pero no había buena solución para los seis altos oficiales que acompañaban a Enver Paşa. La guerra es la guerra, terminaron por aceptar, de modo que, no a plena satisfacción, se aceptó que la travesía, 650 millas a los trece nudos que daban los transportes, o 48 horas en total, se disfrutaría, o se padecería, con el mejor ánimo posible.

Si Wichelhausen ofreció a Ayici Arif Bey compartir su camarote —desde que comenzó la guerra Mutz no se alejaba de sus hombres ni de sus receptores—, era por haber congeniado más de lo usual entre otomanos y alemanes. Ayici Arif, ocho años mayor, había hecho su carrera en la cosmopolita Istanbul. Su espíritu estaba menos impregnado del Islam de lo habitual entre sus compañeros de armas, de modo que fue de lo más natural que su relación personal con Wichelhausen fuera más estrecha que con su par, Buße. Influía en ello el demostrado interés de Wichelhausen por la cultura, la historia y el idioma de los turcos, cosas todas ellas a las que Buße no prestaba la menor atención. Wichelhausen, a su vez, veía en Ayici Arif un oficial europeizado, un talante agradable y un empeño en comprender unas costumbres, las alemanas, que a la mayoría de sus iguales les extrañaban, si no les repugnaban. Era frecuente que

conversaran sobre cualquier cosa no relacionada con la guerra. En eso estaban, el uno sentado en la litera inferior y el otro en una de las sillas atornilladas al mamparo, según encendían el último cigarrillo de un día que para los dos fue bastante aburrido. Hablaban de que aquella sería la última misión de Arif en el Estado Mayor de Souchon, pues al regreso de Rize mandaría el de la 5ª División; no le disgustaba regresar a la infantería, porque la llegada de Raouf Orbey le había dejado poco menos que sin trabajo, si bien echaría de menos el muy profesional ambiente de los estados mayores alemanes, tan distinto del de los otomanos.

—¿Qué tal vuestra buhardilla? ¿Estáis cómodos allí?

Si bien los oficiales otomanos preferían no saber nada de la vida de la intérprete favorita de Souchon, y por discretos que fueran ella y Wichelhausen, su secreta relación era del dominio público. Sin detalles, porque ninguno de los dos decía una palabra y sin que nada contribuyese a despertar la curiosidad de los que trabajaban en sus proximidades. Arif era el único entre los otomanos que sabía un poquito de la vida de los dos cuando dejaban, jamás juntos, las dependencias del Estado Mayor. Era por haber echado una mano a Wichelhausen cuando este comentó que le gustaría encontrar algún estudio en el que alojarse. Para un oficial alemán era complicado buscar piso en la zona más exclusiva de Beyoğlu, aunque no así para un turco, de modo que no le costó gran cosa resolver el problema de su amigo alemán. Cuando menos, él por su lado y la Bayan Mir por el suyo, le habían hecho algún guiño de agradecimiento.

—A falta de algo mejor desde luego que sí, pero además de minúscula es muy fría. No hay calefacción, y a medida que se nos echa el invierno encima se nota que sin cuatro mantas encima no habrá forma de vivir. Entiendo que quizá sea pedir mucho, pero ¿no sabrías de algo mejor, en la misma zona?

El comodoro Arif sonrió. Le gustaba no solo hacer favores a su amigo alemán, sino conseguir que se sintiera en deuda. Sería bueno para, en su momento, exigir reciprocidad.

—Vas a tener suerte. Bueno, si no te importa tener por vecinas a dos docenas de monjas franciscanas francesas.

—¿...?

—Cerca del Pera Palas, en la esquina entre la Grand Rue y una callejuela que se llama Postacilar, está la embajada francesa. De ella dependía un edificio pegado a su lado este. La propietaria es una congregación de monjas francesas que viven de administrar un colegio en la planta baja, uno de niñas turcas de padres no pobres que pretenden de sus hijas que hablen francés e inglés. El edificio no solo es grande, sino que además es moderno, hasta el punto de que cuenta con calefacción y, esto es lo mejor, agua caliente gracias a una estupenda caldera de carbón. Esto es así porque la embajada francesa pagó la obra y la caldera. Se quedaron, a cambio, con la planta más alta, y en ella instalaron cuatro apartamentos de cierto lujo, con unas vistas magníficas. Al vaciarse la embajada,

las monjas se quedaron sin la protección de sus vecinos y sin el dinero que les pagaban por el cuidado de los apartamentos. Hasta no hace mucho temblaban de pensar que Talat Paşa las pondría cualquier día en algún barco neutral, pero gracias a una gestión de los italianos se les permite no solo quedarse, sino mantener abierto su colegio. En cuanto a los apartamentos, Talat les deja que los alquilen, para que vayan tirando con lo que saquen. Los inquilinos, eso sí, se los debe presentar el Ministerio del Interior. Ahí es donde intervengo yo. Bueno, un amigo y compañero de armas bien situado en las oficinas de Talat; por si no te has dado cuenta, en nuestro glorioso imperio las cosas funcionan gracias a que casi todos tenemos un hermano, un pariente o un amigo en el lugar adecuado. Hace unos días me ofreció uno de los apartamentos, el de mejor vista y a muy buen precio; acepté, claro está, pero antes de irme allí me salió el nuevo destino, que por desgracia es en Çanakkale. Tenía pensado decirle que lo dejo libre, pero si quieres te lo presento y te lo quedas. No le pagarás a las monjas, sino a él, y sin duda te cobrará más que a mí, pero en cualquier caso te merecerá la pena. Tendrás el mejor alojamiento imaginable, y además bien protegido, porque la policía de Talat no solo cuida de la embajada italiana y de la española, que las dos están frente a la casa de las franciscanas, sino que además protege a la francesa de cualquier posible saqueo. En cuanto a las monjas, estarán encantadas. En las dos veces que las he visto, he creído entender que a todas luces preferirán de inquilino a un oficial cristiano que a uno musulmán. El racismo, ya sabes.

Se sonrieron, el otomano con alguna tristeza. Bien sabía que para la mayoría de las europeas los mostachos turcos significaban que bajo ellos alentaba un seguro violador.

—Çanakkale es el puerto que está en la mitad de los Dardanelos, ¿verdad? — Arif asintió—. Se supone que por ahí vendrán los ingleses cualquier día, ¿no es así?

—Tú y yo sabemos que sí. Enver, aunque no dice nada, seguro que también. Supongo que a eso se debe que haya relevado al comandante del V Ejército, el que deberá defender el estrecho, y haya puesto a Liman von Sanders. Me aguarda mucho trabajo en Çanakkale, como puedes ver. Dudo que pueda volver a Istanbul en una buena temporada. Si vuelvo.

Wichelhausen compuso un gesto de asentimiento teñido de tristeza. En tiempo de guerra, no hay militar que no lo sepa, las profecías personales han de formularse con sordina.

—Vamos a pasarlo mal. Todos.

—Unos más que otros. Vosotros, en los barcos, solo tendréis que veros con la chatarra de los rusos. Nosotros lo vamos a tener peor. ¿Qué tal es Merten, por cierto? ¿Es como Souchon?

—Ni se parecen. Primero, por la edad. Es siete años más viejo que Souchon, pero de otra generación. Una donde la Kaiserliche Marine no había dejado de ser la Konigliche Marine, al menos en cuanto a filosofía. Segundo, por vocación.

Souchon es un marino de navegar, de vivir en el mar. Merten estaba en la reserva. Sus últimos años en activo se dedicó a lo que le ha traído aquí: las *küstenbatterien* (baterías de costa). En lo que sí se parecen es en no necesitar jefes. Les basta una directiva general, «a la prusiana», y ya se organizan solos. Merten, no lo dudes, sabrá disponer hasta el último cañón y hacer que funcionen como Alá manda.

—¿Vosotros estáis seguros de que hará bien el trabajo? El de organizar la defensa de los Dardanelos, quiero decir.

—Sí. Merten y Liman von Sanders no pueden ser más capaces, pero de sobra saben que sois vosotros los que os jugáis vuestro país. No creo que hagan nada sin contar con vosotros.

—¿Eso lo tenéis claro todos los alemanes? Algunos de los vuestros se comportan como si solo hubieran venido a mandar.

—Idiotas los hay en todas partes, pero espero que no sea la política general. En la Marina, tú lo sabes, no es así.

Arif asintió, aunque nada convencido. No dudaba que por la parte de su amigo así era, pero poquísimos alemanes ponían tanto empeño como él en comprender a los turcos, y en colaborar con ellos en vez de, simplemente, darles órdenes. Desde hacía semanas temía que de no corregir esa filosofía, la esforzada colaboración alemana terminaría por no valer para nada. Ni él ni sus camaradas pensaban que con los métodos de *Sir Arthur Limpus* y sus oficiales les iría mejor, ya que no se molestaban en disimular el desprecio que sentían por todo lo que sonase a otomano. Lo que sí pensaban era que de haber seguido con *Sir Arthur*, no estarían en guerra. En eso, y pese al contagioso entusiasmo de Enver Paşa, a él le costaba no pensar que habían salido perdiendo. Aunque también era verdad que ningún *Lieutenant-Commander* inglés habría compartido su camarote con él, con la misma sencillez y amabilidad que aquel guapísimo, de veras cautivador, *Kapitänleutnant*.

## **Viernes, 25 de diciembre de 1914**

Llevaban cuatro días en el mar poco menos que incomunicados. En cierto modo era mejor así, pensaba Souchon. Mejor no enterarse de las continuas revueltas contra los soldados alemanes. A finales de noviembre se desencadenó una campaña generalizada contra ellos. Donde hubiese alemanes, se formaban comités opuestos a que los soldaditos otomanos fueran llevados al matadero por los adustos y despóticos oficiales con monóculo. A menudo se les unían suboficiales que tampoco aceptaban la despiadada disciplina prusiana, y mucho menos los destemplados modales de los oficiales que la imponían. El 6 de diciembre hizo explosión en Izmir lo que pronto se convirtió en oleada de disturbios contra las tropas alemanas, forzándolas a buscar refugio en los cuarteles que se les asignaron desde Istanbul. El 13 de diciembre se sumaron las mujeres, en puntos tan alejados el uno del otro como Izmir y Erzurum; ni les gustaba que los alemanes se llevaran a sus hombres ni aceptaban que las despojaran en las calles de sus niqabs, pretextando que igual ocultaban explosivos bajo sus abayas. En las mismas fechas una nueva oleada de motines se hizo sentir no solo en los cuarteles, sino en los buques no fondeados en Ístinye. Quizá Wichelhausen tenía razón, se decía Souchon con alguna perplejidad: la oficialidad alemana era incapaz de comprender a los otomanos.

Ackermann añadía que la propaganda británica tenía mucho que ver. Si bien la censura de Talat Paşa era implacable, las noticias del frente francés, donde ingleses y franceses habían detenido en seco a las tropas alemanas, compensaban las victorias frente a los rusos en Tannenberg y en el Masurischen Seenplatte. Unas noticias que se filtraban mediante hojas anónimas, impresas de un modo clandestino y distribuidas de igual forma, pero que se podían encontrar en todos los rincones de Istanbul, empezando por el incontrolable Kapalıçarşı, o Gran Bazar, en palabras de una «fuente Q» que a menudo encontraba en sus tienducas y tambuchos información de interés para sus dos embajadas, la española y la otra. Unas noticias atterradoramente puntuales. Un buen ejemplo lo constituyó el desastre de la Ostasiatisches Kreuzergeschwader de Von Spee frente a la escuadra de *Sir* Doveton Sturdee, cerca de las Falkland. Tuvo lugar el 8 de diciembre. La

noticia no llegó al *Yavuz Sultán Selim* hasta el 13, pero las hojas clandestinas la describían ya el 10, que así lo supo Souchon, gracias a que las aportó Wichelhausen tras conseguirlas no dijo dónde. Muy en síntesis, Spee se vio sorprendido por una fuerza de cruceros de batalla, el *Invincible* y el viejo conocido *Inflexible*, y media docena de cruceros —*Kent, Cornwall, Glasgow, Carnarvon, Bristol y Macedonia*—, cuando intentaba bombardear Stanley, la base de la Royal Navy al oeste del Atlántico Sur. El resultado fue como en Coronel, pero al revés. Spee perdió no solo la vida y sus dos hijos, sino el *Scharnhorst*, el *Gneisenau*, el *Nürnberg* y el *Leipzig*. Solo el *Dresden* escapó, si bien el CID<sup>[20]</sup> afirmaba que no se tardaría en cazarlo. La noticia causó la rechifla general en una Istanbul que recordaba las desmesuradas fanfarrias a resultas de Coronel, cinco semanas antes. Wichelhausen, a su vez, recordaba las palabras de Pascual; sería un *attaché* peor o mejor, pero como profeta era excelente.

Enver Paşa, explicaba Souchon, veía la mano británica detrás de los disturbios. Su larga presencia en el Imperio le había dado un buen conocimiento no solo de la población, sino de quienes ejercían una mayor influencia, qué cosas podrían ofender más a los ciudadanos y qué teclas deberían pulsarse para poner las cosas difíciles a la detestada CUP y al impopular gobierno de Said Halim. Según él, solo era cosa de que Talat Paşa hiciera su trabajo, el de identificar las cabezas más levantiscas, para en el acto colgarlas. El pueblo, afirmaba, solo se comportaría como era debido cuando los ahorcados dejaran de ser docenas para volverse centenares, momento en el que comenzaría un generalizado tentarse bien la ropa. Según Talat, ese momento llegaría en los últimos días del año, así que no faltaba mucho para que volviese la calma. Souchon no tenía ganas de presenciar ejecuciones masivas, de modo que agradeció escoltar un convoy hasta Trabzon. Una escolta bien recibida por los cientos de soldados que atestaban las cubiertas, ya que gracias al *Yavuz Sultán Selim*, al *Midilli* y a unos cuantos torpederos, llegaron a tiempo para desembarcar el 23, con el efecto particular de que una docena de suboficiales alemanes, agregados a los batallones otomanos, celebrara en tierra la Navidad. Se había oído algún cañonazo, pero en conjunto fue una travesía tranquila. Cuando menos así lo veía el invitado principal, el Generalfeldmarschall Colmar, barón Von der Goltz. Había pasado a la reserva en 1911, pero conservaba tres grandes atractivos, tan poderosos que Bethmann-Hollweg no se opuso, pese a su mal trabajo en la desgraciada Bélgica y en el desdichado Luxemburgo, a que fuera designado jefe del Estado Mayor del ejército otomano. Esos atractivos eran hablar un turco excelente, haber pasado muchos años en Constantinopla en calidad de consejero militar del gran visir y ser amigo personal del káiser, el cual no desconfiaba del juicio de un mariscal de setenta y un años aficionado a echar un trago de vez en cuando, y a menudo más de uno.

Estaban cerca del Bósforo cuando una gran explosión a estribor sacudió al *Yavuz Sultán Selim*. Lo primero que Ackermann pensó fue que les habían torpedeado. No mandó parar máquinas, aunque sí ordenó caer a babor para

evitar un posible segundo torpedo. Al minuto, una segunda explosión, esta vez a babor, volvió a sacudir la nave. La sonda en aquella parte del mar Negro daba seiscientos metros, de modo que no se sospechaba de minas, pero un serviola divisó un objeto a pocas brazas de profundidad y no muchos metros a estribor. A partir de ahí todo estuvo claro; se habían metido en un campo fondeado por los rusos pocas horas antes. Los daños, aunque graves, no afectaban a la estructura del buque. Los muy robustos mamparos contenían las dos inundaciones; estas, al ser simétricas, mantenían el barco adrizado, un tanto hundido de popa. Madlung pronto dispuso de datos concretos: seiscientas toneladas embarcadas, calderas y máquinas intactas, previsibles grandes orificios en la obra viva de ambas aletas. Uno de los torpederos ganaba las bandas del buque, primero una, luego la otra, para comunicar que los agujeros del casco no parecían menores de veinte metros cuadrados. Otro torpedero ganaba la proa del *Yavuz Sultán Selim*, señalando el camino a seguir. Su calado era exiguo, de modo que podría dar adelante sin riesgo de hacer estallar alguna otra; no era eso lo que se pretendía, sino que sus vigías observaran las aguas en prevención de más. Tras eso, y conteniendo la respiración, Ackermann ordenó dar adelante a poca máquina. Ya solo se trataba de ganar el Bósforo en la mayor seguridad posible, aunque no se pasara de cinco nudos.

Tres horas después Souchon comentaba que los rusos habían mejorado mucho, pues ni la propia KM sería capaz de fondear minas a tan gran profundidad. El problema, sin embargo, no era pensar en nuevas tácticas para detectarlas, sino cómo reparar el buque sin un dique seco. La peor de sus pesadillas acababa de hacerse realidad: el *Yavuz Sultán Selim* estaría fuera de combate no menos de seis meses. Con suerte.

## Jueves, 4 de febrero de 1915

A pesar de la guerra las costumbres otomanas permanecían inalterables. Una era observar el viernes como día de descanso semanal. Eso daba lugar a que los representantes diplomáticos neutrales se reunieran al anochecer de los jueves, en alguna de las embajadas o en la residencia de algún embajador pudiente, para disfrutar una velada donde cada participante aportaba lo mejor de sí mismo, y no solo en el plano de sus personalidades exquisitas. No podría decirse que reinara la escasez en el mundo de las embajadas, pero ciertos bienes minoritarios se habían vuelto raros de conseguir, además de muy caros. El champán francés y el *foie gras* de oca eran dos excelentes ejemplos. Gracias a ellos la popularidad de don Germán de Ory era de las más elevadas en el selecto círculo de las representaciones diplomáticas de Suecia, Holanda, Italia, Dinamarca, Suiza, los Estados Unidos, Brasil, Argentina y Japón. Para los representantes de Suiza e Italia no era un problema conseguir alguna discreta cantidad, ni hacerla llegar a Constantinopla por valija diplomática, pero el caso era que quien disponía con mayor liberalidad de ambas maravillas era el embajador español. De Ory, todo un señor, jamás se quedaba corto en el suministro de ambas pruebas de que Dios existía, y a eso se debía que nadie olvidara invitarle, ni tampoco a sus consejeros y agregados. Eran cenas y festejos donde la presencia femenina escaseaba, y no solo por la guerra y sus incomodidades, sino porque las damas de la mejor sociedad, y las esposas e hijas de diplomáticos siempre han pertenecido a la mejor sociedad, incluso en tiempo de paz encontraban Constantinopla exótica e interesante, sí, pero sucia y peligrosa como pocas ciudades europeas, si se la pudiera considerar europea. Asia y la cultura musulmana estaban lo bastante cerca de Beyoğlu como para no tenerlas presentes.

A todo eso se debía que doña Meritxell de Moreno fuera con frecuencia el centro de los grupos más animados, cosa que a su esposo no le disgustaba, pues así su señora mostraría un humor tolerable durante unos cuantos días. Su hermana Queralt, pese a no ser tan bella ni tan exquisita, era también muy popular, tanto que a la hora de tomar asiento había disimulados codazos por no quedar lejos de su chispeante conversación, siempre teñida de divertidas

malignidades. Influyó no poco el que fuera una de las intérpretes del Estado Mayor de la flota otomana, si bien era imposible arrancarle chisme alguno acerca de lo que veía, escuchaba o vivía en su lugar de trabajo; en realidad, y salvo que ya no estaba en el Ministerio de Marina, sino en un edificio próximo a Eminönü, jamás fue posible sacarle nada. Ella, por el contrario, sí arrancaba pedacitos de información, siempre inconexos y usualmente irrelevantes, si bien puestos todos juntos a veces indicaban algo. Esa noche, sin ir más lejos, el agregado cultural sueco, al que costaba entender porque se había pimplado una de las botellas aportadas por don Germán, explicaba que la vida de los Jóvenes Turcos estaba cerca de alterarse, pues tras una reunión del CID celebrada días antes se murmuraba que *Mr. Asquith* había otorgado sus bendiciones a un grandioso plan de *Mr. Churchill* para forzar los Dardanelos, adentrar en el Mármara una escuadra de viejos acorazados, llegarse al Cuerno de Oro y desde allí bombardear la ciudad igual que hiciera el cafre de Bernat de Rocafort seiscientos años antes. En previsión de que ocurriera tan indeseable cosa, proseguía el sueco, él había empezado a recoger sus cosas, por si fuera menester subirse al primer tren que saliese para Viena. Una pesimista perspectiva que pronto fue rebatida por su colega español, algo menos borracho y que pretendía dejar alto su pabellón. A su juicio, el estrecho estaba lo bastante bien defendido como para imposibilitar que una fuerza naval lo pudiera franquear. Desde ahí la conversación se animó, sin que se dijera nada de interés para los atentos oídos de *mademoiselle* Mir, salvo cuando el embajador holandés, hasta entonces silencioso, dejó caer que no solo se movilizarían acorazados anticuados y poco menos que inservibles, sino el último, más potente y mejor armado de los británicos, el *Queen Elizabeth*, cuyas ocho piezas del 381, que disparaban granadas de ochocientos y pico kilos, bastarían para borrar del mapa no solo la Sublime Puerta y el anejo palacio de Topkapı, sino la ciudad vieja en su conjunto.

—Para entonces ya le habrían parado los pies.

—De ningún modo, Germán. El único buque otomano que podría plantarle cara, el *Goeben* o como diablos lo llamen ahora, está inválido en Ístinye. Sus piezas son demasiado pequeñas para poder hacer blanco en un *Queen Elizabeth* situado más allá del Cuerno de Oro, pero el alcance de las de este bastaría para devolver Ístinye al pleistoceno, y al *Goeben* con ella. Si yo mandara el *Queen Elizabeth* abriría fuego desde Kinaliada, a 23 000 metros de Ístinye en vuelo no de pájaro, sino de granada perforante. Las piezas 283/50 del *Goeben* no alcanzan más de 19500, pero las 381/42 del *Queen Elizabeth* pasan de 27 000. —El embajador Rensenbrink quería dejar sentado que sabía de lo que hablaba; viendo la seriedad que se apoderaba de los sentados en su cercanía, parecía que lo conseguía—. Estando el *Goeben* tan inmovilizado como está, no duraría ni cinco minutos. Tras eso, para el *Queen Elizabeth* y las dos docenas de acorazados que le acompañarían, sumando entre todos más de doscientas piezas de grueso calibre, reducir a cenizas esta maldita ciudad solo les llevaría unas pocas horas. De ahí, mis queridos amigos, que haya mandado comprar billetes de tren, a Viena y más

allá, para todos los miembros de mi legación. Es de suponer que cuando los británicos empiecen a disparar intentarán evitar Beyoğlu, pero ya saben ustedes los que pasa con las balas de cañón: jamás es posible saber dónde diablos acabarán cayendo.

Un comentario, el final, para el que no había fácil respuesta. Queralt metabolizaba cada palabra. Las repetiría esa noche, todas ellas, en su acogedora madriguera de la Tom Torn Kaptan Sokak —prolongación de la Postacilar Sokak—, donde tenía por vecinas a veintitantas hermanas de la orden de las Gardes-Malades; no tenían mucho que ver con las franciscanas, las cuales se habían largado de allí hacía un montón de años, cosa que tanto a ella como a Rolf les daba igual. Solo les importaba que su apartamento, el que había dejado libre un agregado cultural francés dotado de un exquisito buen gusto, no podía ser más espacioso ni más luminoso, que desde la terraza se divisaban la desembocadura del Cuerno de Oro, el palacio Topkapi, la mezquita Ayasofya y los minaretes de la mucho más cuidada del sultán Ahmed, que a ellos no podía verles nadie cuando salían a contemplar el espléndido panorama, que tanto la calefacción como el agua caliente no podían ser más estupendos y que les salía por muy poco. Las monjas, además, les recibieron con los brazos abiertos, sin mostrar curiosidad por su estado civil; les bastaba con que los dos hablaran un impecable francés. Así, sin apenas darse cuenta, se iban acostumbrando a una vida matrimonial tan feliz como solo puede ser la de un hombre y una mujer que ni por ensoñación piensan en casarse. Como una vez explicara Talleyrand, no hay nada tan satisfactorio ni tan prodigioso como vivir en pecado, a ser posible mortal.

## **Viernes, 19 de febrero de 1915**

Merten había engendrado tres sistemas defensivos. El primero lo formaba un conjunto de campos de minas, unos fondeados delante de la boca del estrecho y otros en su interior; estos se remontaban más allá de Çanakkale. El segundo era un gran despliegue de baterías fijas, emplazadas en fortalezas y bastiones; contaban con más de cien cañones, de calibres comprendidos entre 240 y 150 mm; eran de tipos anticuados, aunque poseían la solidez natural de las piezas de artillería Krupp; a eso se debía que la cura de rejuvenecimiento aplicada por tres docenas de operarios enviados desde Essen los dejara como nuevos. El tercero se basaba en varias docenas de piezas del 150, muy modernas, que se desplazaban sobre raíles. El plan de Merten era despistar a los ingleses —los franceses, para él, no contaban—, presentando cuanta oposición fuera posible delante del estrecho, aunque a sabiendas de que acabarían por abrirse paso. Daba por hecho que las piezas de los acorazados batirían sin piedad a las baterías fijas, pero estas, bien camufladas y mejor protegidas, cuando se hiciera el silencio, y salvo algún impacto directo, estarían en condiciones de disparar. Para entonces algún acorazado de los menos valiosos ya estaría dando avance hacia Çanakkale; le habrían abierto paso los cuarenta y cinco dragaminas que observadores otomanos camuflados de pescadores griegos habían contado en la gran rada de Moudros. Ahí, frente a Çanakkale, se daría con lo que quizá no habría previsto el almirante Carden, autor del plan y llamado a ejecutarlo —las explicaciones de Wichelhausen llegaban a ese nivel de detalle—: diez campos de minas infranqueables para buques de calado superior a cuatro metros. Cuando se toparan con ellos llegaría el momento de las baterías móviles, las cuales dispararían contra unos barcos probablemente detenidos y que se hallarían en la peor situación táctica imaginable. Los ingleses enviarían más, pero se habían fondeado cientos de minas, suficientes para desfondar varias docenas de acorazados. La función de las piezas móviles sería rematar a los buques averiados y liquidar a los tripulantes que ganaran las orillas, esto en colaboración con varias secciones de ametralladoras. Merten, sin embargo, no tenía suficientes oficiales para mandar tanta batería. Esa era la razón de que Wichelhausen estudiase, a través de un telémetro de campaña, la flota francobritánica desplegada desde

hacía dos horas frente a la boca de los Dardanelos. Ackermann había cedido a Merten sus dos piezas proeles del 150, así como cuatro de sus oficiales de artillería, pero no podía contribuir en más so pena de tener dificultades si un ataque ruso al Bósforo le obligase a disparar desde Ístinye. Souchon sí podía prescindir de su Nachrichtenoffizier mientras durase la batalla, cosa que a este no le disgustaba. Sería una excelente oportunidad de recuperar sus peores instintos, los desarrollados en la escuela de artillería de Sonderburg. Estarían apolillados tras más de treinta meses sin tocar un telémetro, pero lo que bien se aprende no se olvida. O eso esperaba.

Desde hacía dos días los sobrevolaban hidroaviones procedentes de Moúdro. Merten contaba con eso, de modo que las baterías, tanto las fijas como las móviles, permanecían bajo redes de un camuflaje bien estudiado; al menos, sus propios reconocimientos aéreos indicaban que sus piezas fijas, casi todas a cubierto en túneles de suficiente longitud, serían invisibles en tanto no asomaran sus bocas de fuego justo antes de disparar.

El bombardeo, centrado en las fortalezas de Seddülbahir y Kum Kalé, comenzó a las diez y se prolongaría durante seis horas, aunque sin otros resultados que levantar formidables nubes de polvo. Las dotaciones alemanas y otomanas permanecían en sus refugios, matando el tiempo lo mejor que podían. Los acorazados ingleses y franceses se acercaban a distancias de 6000 metros, pero ni aun así causaban daños de consideración. Mejor les fue a sus dragaminas, que abrieron un canal hasta la entrada del estrecho a un coste razonable, apenas cuatro unidades perdidas de las treinta y cinco que contaron los vigías alemanes. El anochecer se les echaba encima, de modo que se retiraron varias millas para proseguir al amanecer, pero ahí el clima de los Dardanelos se alió con los defensores, pues un temporal de los tremendos impidió durante días a los buques de *Sir Sackville Carden* acercarse a la boca del estrecho. Lo que no impidió fue que los minadores otomanos, bajo el mando de un capitán de corbeta llamado Geehl Bey, volvieran a sembrar de minas los accesos al estrecho, de modo que cuando el tiempo aclaró, para los atacantes y los defensores todo fue un volver a empezar.

## Jueves, 25 de febrero de 1915

El día comenzó con una noticia radiada desde el *Inflexible*, *flagship* de Sir Sackville Carden: pocas horas antes, los cruceros de batalla del vicealmirante Beatty habían hundido en el Doggerbank al *panzerkreuzer Blücher*, haciéndole mil muertos; tras eso hicieron huir a la fuerza de exploración del Konteradmiral Hipper, dañando al *Seydlitz* y al *Von der Tann*. La noticia, en inglés, no fue captada en demasiados puntos de la red defensiva de los Dardanelos, aunque sí en el mandado por el Kapitänleutnant Wichelhausen, que se la tomó con frialdad. El *Blücher* jamás habría debido formar parte de una línea de batalla. Lo sentía por los camaradas muertos, pero aquello no significaba nada. Más de preocupar era que los ingleses hubieran puesto en fuga a los buques de Hipper, pero ya sería otra cosa cuando se les unieran el *Derfflinger* y el *Lützow*, aunque pensar en eso carecía de sentido teniendo en sus prismáticos la colosal fuerza de Sir Sackville.

No parecía que hubiera cambios destacables sobre lo sucedido el día 19, salvo que los ingleses comenzaban tres horas antes. El bombardeo se prolongó hasta las dos de la tarde, concentrado en las fortalezas de Kum Kalé y de Seddülbahir. Según determinó Wichelhausen con ayuda de su *Jane's*, no todos los acorazados enemigos participaban en el cañoneo. Él identificó a los inconfundibles, el *Queen Elizabeth* y el *Inflexible*, y a varios de los otros, como el *Vengeance*, el *Agamemnon* y el *Albion*, así como al francés *Gaulois*, pero de los otros cuatro que se acercaron solo pudo determinar el tipo. Los efectos del bombardeo, al menos en Kum Kalé, no fueron graves. Destrozaron muchos *dummy guns*<sup>[21]</sup>, lo cual les llevó a tomarse confianzas. Una fue ganar la más amplia de las playas a los pies de la fortaleza de Kum Kalé, ya en el interior del estrecho, con un pequeño vapor de nombre *Tweed*, o eso ponía en su amura de estribor. Avanzaba protegido por el aún formidable *Vengeance*. Se detuvo a trescientos metros de la playa para poner en el agua media docena de traineras, con el propósito de que a fuerza de remos llegaran a tierra. Unas traineras que rebosaban infantes de marina, y zapadores. Era una eventualidad con la que Merten había contado: los ingleses, al ver que a fuerza de cañonazos no conseguían acabar con las piezas otomanas, desembarcarían tropas capaces de trepar por unos acantilados apenas escarpados y dinamitar las fortalezas, para después retirarse. Sir Sakville no había debido de contar con que

los defensores alemanes habían desplegado delante de Seddülbahir y Kurn Kalé una doble línea de pozos de tirador y nidos de ametralladoras. Sus servidores, que permanecieron en los refugios durante las horas del bombardeo, corrían hacia sus posiciones, instalaban sus armas, las cargaban y abrían fuego según los Royal Marines se mojaban las botas, docenas de metros antes de pisar en seco. Poco después reinaba el silencio. Aun así, no flotaban cadáveres; lastrados por su equipo de asalto, los muertos permanecían en el fondo, ignorándose si por culpa de los mortíferos Mauser Waffenfabrik del 7,92 o por haberse ahogado. Los pocos a la vista —se contaron veintiuno— eran los que habían llegado a caminar unos pasos por el cascajo. No había heridos, porque los fusileros otomanos los siguieron ametrallando durante minutos, para solo detenerse cuando nada sugería una brizna de vida en los doscientos metros de playa. Los tripulantes del *Tweed* contemplaban la escena con el presumible horror, el cual se incrementó cuando los 150 de la más cercana batería móvil, la de cuatro piezas que mandaba Wichelhausen, lo centró a la primera salva. El *Tweed*, alcanzado en sus pañoles, saltó elegantemente por los aires, haciéndose así con el honor de ser el primero de los muchos barcos que perderían La Royale y la Royal Navy en los Dardanelos y en Gallipoli. Si a esas alturas algún almirante aliado pensara que forzar los Dardanelos sería un paseo militar, ya podía desengañarse, comentaba Merten con una mano en el hombro de Wichelhausen, el cual no sabía que acababa de ganar la primera de las Eisernekreuz II Klasse que se concederían en la campaña, la que los otomanos ya llamaban Çanakkale Savaşları. Lo que sí sabía era que los suyos, los a sus órdenes, le habían tomado apego. Lo notaba en que le vitoreaban. El joven, alto y rubio Şahin Gözü<sup>[22]</sup>, a Merten no le cabía duda, se los había metido en el bolsillo.

## Jueves, 18 de marzo de 1915

Todos los días era lo mismo, salvo si hacía mal tiempo: a primera hora venían los barcos, los más grandes bombardeaban los fuertes de la entrada del estrecho, los menos valiosos se adentraban en el mismo precedidos de dragaminas, para disparar a diestro y siniestro hasta llegar a un ensanchamiento llamado Erin Keui, poco antes del faro de Kephez, donde la separación entre orillas bajaba de dos mil metros. Allí, tras consumir lo que les quedara de munición, viraban a estribor, ciñéndose a la línea costera, y regresaban al Egeo. Las baterías fijas les respondían cuando podían, aunque solían pasar mucho tiempo en silencio, porque asomar las piezas fuera de sus escondites era resignarse a perderlas, y con ellas a sus servidores. Las que no callaban eran las móviles situadas al otro lado de las colinas que flanqueaban el estrecho. Eran invisibles para los telemetristas enemigos, mientras que los apuntadores alemanes, instalados en bien disimulados puestos de observación, conseguían un gran número de impactos, aunque no decisivos, pues salvo algún dragaminas no habían hundido un solo barco.

Lo de aquel día tenía otro aspecto. Quizá porque Churchill, irritado por el nulo éxito del plan, había destituido a *Sir Sackville*, para poner las dos flotas, la francesa y la británica, bajo el mando de un tipo más resuelto. *Sir John Michael de Robeck*. Eso, al menos, era lo que murmuró la «fuente Q» en las dispuestas orejas del *attaché Humann*. *Sir John* debía de tener mucha prisa por apuntarse un tanto, porque aquella mañana se adentraban en los Dardanelos, tras casi cuarenta dragaminas, no solo las unidades de menor calado, sino la fuerza completa de buques de batalla, incluyendo al *Inflexible* y al *Queen Elizabeth*, los que Darden no quiso arriesgar. Lo cierto era, como se constató pocas horas después, que la participación de los grandes buques, erizados de piezas de gran calibre, daba lugar a daños devastadores, sobre todo en el sistema de comunicaciones, ya que ni un solo mensajero alemán u otomano era capaz de asomar el hocico fuera de su cueva. El fuego de las baterías móviles seguía siendo certero, aunque no decisivo a causa de su reducido calibre. *Sir John* se frotaría las manos de alegría, la de ver que aquella vez sí, que al fin conseguirían pasar de Çanakkale, aunque al comenzar la retirada de los primeros *predreadnoughts*, su munición ya

consumida contra los fuertes de Orkanieh, Çanakkale y Kihlbahir, todo empezó a complicarse.

Merten, que tenía estudiadas las maniobras británicas, había ordenado sembrar una línea de veinte minas a lo largo del arco que formaba la bahía de Erin Keui, paralelo a la costa. Lo hizo el minador *Nousret* la noche antes; gracias a eso, el comandante del *Irresistible*, Sir Douglas Dent, no tenía la menor idea de dónde se metía cuando dio la orden de invertir el rumbo por estribor para enfilarse a la boca de los Dardanelos y reunirse con su avituallador. Apenas pasaban de las 16:00 cuando el *Irresistible* se llevó por delante la primera de las minas del *Nousret*. La explosión causó daños catastróficos, pese a que el *Irresistible* no era un barco muy antiguo, pues solo llevaba trece años en servicio. Hablaba bien de la calidad del *carbonite* alemán que se quedara sin gobierno, lo cual implicaba que la corriente de los Dardanelos le arrastraba poco a poco hacia la boca del estrecho. Wichelhausen, que no lo perdía de vista —no sabía que fuera el *Irresistible*; su *Jane's*, que iba con él a todas partes, solo indicaba un acorazado de la clase *Formidable*—, le vio entrar en el alcance de la más próxima de sus dos baterías —había unanimidad, incluso entre los alemanes, en que Şahin Gözü era el de mejor puntería de los artilleros desplegados en el lado asiático—, de modo que una lluvia de granadas explosivas comenzó a caer sobre un ya muy escorado *Irresistible*, con ángulos de incidencia muy pronunciados. Sir John, temiendo un desastre, ordenó al *Ocean*, dos años más antiguo pero aún en buena forma, que lo tomase a remolque, pero aquel se dio nada más virar con otra de las minas del *Nousret*, con los mismos efectos. A la vista de la situación, cuatro dragaminas, cuyo mínimo calado les permitía dar avance sin apenas riesgos, se acercaron a los agonizantes acorazados para socorrer a sus mil quinientos tripulantes. Lo habrían conseguido si los proyectiles de Wichelhausen no hubieran alcanzado de lleno a uno de ellos, dejando la cifra total de muertos, entre acorazados y dragaminas, en algo más de cuatrocientos. Solo gracias a la intervención de un destructor inglés, el *Wear*, pudieron salvarse 610 hombres del *Irresistible*; todo un disgusto para Wichelhausen, porque los frenos de retroceso de sus piezas se habían recalentado al extremo de no poder disparar en al menos quince minutos. Una vez desapareció el *Wear*, los otrora orgullosos *Irresistible* y *Ocean* se quedaron allí, semihundidos; cuando por la noche regresó un segundo destructor, el *Jed*, a darles el torpedo de gracia, ya no flotaba nada de ninguno de los dos.

No fue la única tragedia del día. Poco antes de las 14:00 el acorazado francés *Bouvet* encajó una granada que venía en tiro parabólico, desde gran altura, o eso se supuso en su matalote de popa, el HMS *Albion*. La granada, pese a solo pesar 45,3 kilogramos, atravesó la delgada *coraza* horizontal de un pañol de municiones, detonando en su interior y dando lugar a un fulminante irse a pique. Perecieron 669 de sus 744 tripulantes. Poco después, el *Inflexible* se dio con dos minas —de las cuarenta y ocho del campo 9— que le dejaron al garete. Volvió al mar remolcado de popa, pero solo hasta la isla de Bozcaada, donde se le hizo

embarrancar porque se hundía sin remedio.

La fuerza de *Sir John* hizo frente, sin saberlo, a 393 minas. De los dieciséis buques de batalla con que intentó forzar los Dardanelos —los británicos *Queen Elizabeth*, *Prince George*, *Majestic*, *Agamemnon*, *Inflexible*, *Lord Nelson*, *Swiftsure*, *Triumph*, *Vengeance*, *Irresistible*, *Albion* y *Ocean*, y los franceses *Bouvet*, *Gaulois*, *Suffren* y *Charlemagne*—, perdió tres, otros tantos quedaron muy averiados —*Inflexible*, *Gaulois* y *Vengeance*—, y su propio buque insignia, el *Queen Elizabeth*, necesitaría reparaciones de semanas. En general, ninguno de sus buques mayores salió indemne de la ratonera en que su colega Merten había convertido los Dardanelos. Pese a la opinión del comandante del *Queen Elizabeth*, comodoro Keyes —calculaba que los defensores andarían tan mal de municiones que no tardarían en tirarles piedras—, dio la orden de sacar los buques al mar, lejos de los cañones enemigos, e informar a su directo superior, el primer lord del Mar —*Sir John* «Jack» Fisher—, el cual no dudó en ordenar el regreso a Malta, pese a ser consciente de que el primer lord del Almirantazgo, su jefe, quedaría en una posición de gran incomodidad.

## **Domingo, 21 de marzo de 1915**

Para sorpresa de Merten, Liman von Sanders y los tres Paşas, la gran armada franco-británica se había esfumado. La inteligencia otomana decía que varios de los buques, los que necesitaban reparaciones indemorables, se concentraban en Mouódros. Otros informes, de pesqueros neutrales, señalaban que grupos de cruceros y destructores arrumbaban a Creta. El hecho contrastado era que guardando la boca de los Dardanelos solo quedaba un crucero ligero. Era extraordinario, se decían los jefes alemanes, que los aliados abandonasen cuando ya tocaban el éxito con la punta de los dedos. Las municiones se consumieron a un punto tal que los dragaminas encargados de aligerar los campos fondeados más allá del Bósforo pescaban minas rusas, las arrastraban como si fueran atunes en almadraba y las dejaban en un taller cercano a Ístinye, donde varios operarios muy bien recompensados les añadían nuevas cadenas, las embarcaban en minadores y estos, a su debido tiempo, las refondeaban en los diez campos tendidos entre Chemenlik y Messudieh. La situación era tan crítica que a pesar de los continuos envíos desde Alemania no se conseguía reponer las existencias. Según afirmaba Merten, si De Rebock hubiera repetido el día 19 el ataque del lunes 18, a las seis horas de combate los cañones alemanes y otomanos se habrían quedado mudos. Era de alegrar saber que la inteligencia británica no funcionaba tan bien como la germana, pero aun así era un día triste. Siempre lo es cuando hay que sepultar cuatro camaradas: el alférez de navío Hans Wormann y los artilleros Max Sommerfeld, Wilhelm Radau y Walter Brilla. Perecieron en la fortaleza de Hamidie, la que se alzaba en el lado asiático del punto más angosto de los Dardanelos, de un impacto directo en su pieza del 240. Al entierro acudió una nutrida representación otomana, con Enver Paşa en cabeza; si algo hacía falta para demostrar el hermanamiento entre otomanos y alemanes era la evidencia de sus muchos muertos. Debió de ser por eso que a ninguno de los dignatarios otomanos les molestase que los cuatro marinos alemanes bajaran a sus tumbas, en la propia Hamidie —según las tradiciones militares prusianas, a los muertos en combate se les da tierra lo más cerca que se pueda de donde hayan caído—, en sus uniformes alemanes, envueltos los féretros en la Reichskriegsflagge y luciendo los

artilleros en sus gorras la cinta del SMS *Goeben*.

## Sábado, 3 de abril de 1915

La tensión determinada por la intentona de ingleses y franceses seguía sin desvanecerse; pese a eso, habían vuelto a concederse permisos de dos días. Wichelhausen disfrutaba los dos suyos, más uno suplementario gracias a su recién anunciada Eisernekreuz. El *Corcovado*, que cada cuatro días dejaba en Çanakkale miles de toneladas de municiones, víveres, repuestos, cañones y ametralladoras, aprovechó su regreso a Istanbul para dejarles allí, a él y a varios artilleros que también dispondrían de un poquito de tiempo en una ciudad sobre la que había caído la tristeza, pero donde a ciertas horas, y en determinados barrios, renacía la suficiente alegría para que los soldados alemanes olvidaran unas horas que vivían una guerra. Desembarcaron en Karaköy a primera hora, tras navegar toda la noche. Wichelhausen no contaba con que le aguardarían en el muelle, porque a nadie había podido avisar. De ahí su encantada sorpresa, la de darse con Queralt y con Humann. Este le quería felicitar en persona por su Cruz de Hierro, la primera que ganaba un oficial del Sonderkommando Türkei —así se daba en llamar al conjunto de fuerzas alemanas destacadas en el Osmanisches Reich—, y de paso comunicarle que Souchon, Usedom y Von der Goltz se la colgarían de la guerrera el lunes por la mañana, en la embajada. Tras eso se despidió, dejándole a solas con la que ya tiraba de su brazo rumbo a su varadero de la Tom Tom Kaptan Sokak.

\* \* \*

—¿Dónde podríamos comer?

—Aquí. Ayer hubo banquetazo de Viernes Santo en casa Moreno. Nada de carne, tal y como manda la Santa Madre Iglesia. Un arroz del *senyoret* precedido de langosta gigantesca, que no es pecado; en general, hasta el más canijo y raquíico de los pollos te cuesta el Infierno si es vigilia, pero ponerse hasta las cejas de marisco y de caviar, pues no, fíjate tú qué cosas. Bueno, a lo que iba: vinieron el embajador y los consejeros. Vamos, los de siempre. No solo tuve que

cocinar, sino hacer la compra. Con dinero de la embajada que me dio Pascual, por supuesto, y es que no veas a cómo se ha puesto la buena comida en la puñetera Istanbul. Gracias a eso pude pasar de contrabando un bogavante colosal, el mismo que guisaré para mi dueño y señor, al estilo Thermidor, a la que dejen de temblar me las piernas.

—¿Yo soy tu dueño y señor?

—Pues sí, pero ni se te ocurra decirlo por ahí. Si algo no podría resistir es que te me volvieras un morazo. Un turco.

Rolf se lo quedó pensando, soñador.

—He aprendido a valorarlos. Tengo dos baterías de seis piezas, y setenta y dos tíos a cual menos amigable, pero fue cargamos el *Tweed* y empezaron a mirarme bien. Son incultos, no aprenden deprisa y se lavan poco pero son los tipos más valientes que jamás he visto. Mucho más que los prasianos. No se rinden nunca, no dan nada por perdido y corren hacia sus puestos sin preocuparse de que la metralla y las balas silben por todas partes. Me han cogido cariño, me parece; quizás es porque no me han matado a ninguno. Siempre los he mantenido a cubierto, incluso en los momentos de cañoneo más intenso, los del cha 18. No están acostumbrados a que sus oficiales les tengan por personas y no por bestias; supongo que agradecen la novedad de que alguno se preocupe por su seguridad.

—Humann dice que te llaman Şahin Gözü.

—Es una bobada. Fue porque dimos al *Tweed* a la primera. Los oficiales otomanos no es que tengan peor vista, es que no andan bien de matemáticas, y en el tiro por elevación, en trayectorias parabólicas, todo es matemáticas.

—Dice también que te cargaste un acorazado francés.

—Había docenas de piezas disparando contra los ingleses y los franceses, y de mi batería solo eran cuatro. La que se cargó al *Bouvet* quizá fue de las mías, pero pudo ser de cualquier otro. Ahora, si que por ahí se diga eso ha valido para que ahora estemos aquí, en esta bendita cama, pues *Vive la France!*

Un nuevo achuchón, tan cálido como para que la esclava de su amo, si no dueña y señora, presintiera que, al bogavante, que había llegado vivo a la casa de las monjas, se le concedía una prórroga existencial. De media hora, por lo menos.

\* \* \*

—Ha sido un buen detalle de Humann acompañarte al muelle.

El capitán del *Corcovado* les había explicado, a él y a los otros oficiales, que las cosas en Istanbul no estaban bien. La población resentía la paulatina escasez de casi todo; la movilización general, en un país preponderantemente agrícola, daba lugar a que las explotaciones agrarias se resintieran, con el resultado de un abastecimiento cada día más precario. El pueblo siempre busca un culpable de sus

males; los alemanes, a quienes no faltaba de nada, eran los primeros señalados, y tras ellos los demás europeos, tanto si eran comerciantes afincados en el puerto desde hacía muchos años como diplomáticos al servicio de potencias no solo neutrales, sino tan amigas como para mantener abiertas sus representaciones en un país donde la vida, pese a la policía de Talat Paşa, cada día era más peligrosa.

—Sí, pero no. Él sabía, porque se lo dije, que Pascual organizaba una comilona de Viernes Santo. De ahí que quisiera oír las novedades. Lo de tener una cortesía con su amigo y con la novia de su amigo es coreografía. No se lo reprocho, pero tampoco me dejo engañar. Y preferiría que tú tampoco te dejaras.

—¿Había muchas novedades?

—Cantidad. De Ory comenzó a despeñarlas en el arroz, pues durante la langosta y los percebes solo vivía para la gula. Si a eso le sumas que ya llevaba una botella de Taittinger, él solito, pues te harás cargo de su extrema locuacidad.

—¿Nos pueden afectar? A ti y a mí, quiero decir.

—Ya lo creo. Para que te centres: los ingleses se han tomado a mal el baño que les disteis, y van a volver, pero no a repetir lo que tan fatal les salió, sino por tierra. Nada más leer el informe del desastre, firmado por De Robeck, Churchill organizó una caza de brujas, buscando responsables de lo que, según De Ory, solo él tiene la culpa, pero esa es otra historia. Lo que cuenta es que al cabo de unos días se decidió ensamblar una fuerza de verdadera consideración, con varias divisiones inglesas y francesas, y una griega. Las traerán a Mouódros en transportes rápidos, y mucho tienen que serlo para que los australianos y los neozelandeses, que serán un tercio del total, lleguen a tiempo. Desembarcarán en Gallipoli, para desde ahí tomar las fortalezas del lado europeo, se supone que con escasa oposición; esto es porque Churchill siente por los otomanos en general, y por los turcos en particular, el desprecio más absoluto. De ahí saltarán al otro lado del Çanakkale y harán lo mismo con las fortalezas asiáticas. Tras eso, un dragar las minas del estrecho, y paso libre a la escuadra que atacó los Dardanelos. Llegarán a Istanbul y la reducirán a cenizas, salvo si los Paşas capitulan. Todo eso figuraba en un informe que le mandó el ministro Bermúdez de Castro, en la idea de que los otomanos, a través de los alemanes, ya estarían al tanto, de modo que no pasaría nada si él demostrara estar al corriente y así no tuviera que poner cara de tonto si le atrapaban en alguna conversación interesante. Hay más: el conjunto de la fuerza lo mandará un general llamado Ian Hamilton. También, que los rusos se oponían a que los griegos participaran. Según De Ory, solo puede ser porque a Rusia no le gustaría que los estrechos pasaran a control griego. Con los ingleses y los franceses piensan que se pueden entender y que no les traicionarán, pero los griegos, que no los tragan, les impondrían peajes inaceptables por atravesar los estrechos. Los ingleses, que no quieren líos con los rusos, no sea que se salgan de la guerra y les dejen con el culo al aire, han tragado. Sustituirán a la división griega con una escocesa, o algo así dijo De Ory, aunque a esas alturas de la sobremesa estaba tan cocido que me costaba entenderle. Y ya está. Son

novedades que nos afectarán horrores, ya lo ves, porque no te podrás apartar de tus cañones.

—¿Qué te dijo Humann cuando se lo contaste?

Queralt también encendió un par de cigarrillos antes de responder. Uno para ella, otro para el que ya veía de marido.

—No dijo nada. Se limitó a salir disparado.

Lo bueno de las largas caladas es que permiten camuflar los pensamientos apresurados. Los de Rolf lo eran.

—Es posible que mi asignación a las baterías de Çanakkale no se prolongue. Nada se puede dar por seguro, pero Merten nos dijo antes de salir de permiso que Berlín no estaba en contra de asignar a los Dardanelos unos cuantos oficiales de artillería, de los recién egresados en Sonderburg. De ser así, y una vez los desasnemos, los cuatro volveríamos a nuestros destinos.

—¿Cuatro? ¿No erais cinco?

—Sí, pero al quinto lo enterramos el día 21. Era un buen tipo. No venía del *Goeben*, sino de una *küstenbatterie* de Helgoland. Tampoco venía de la *Marineakademie*, sino de la escala de suboficiales. Por eso aún era *Leutnant-zur-See*, pese a sus treinta y cinco años. Me incomodaba que se me cuadrara por ser yo un kaleun<sup>[23]</sup>, teniendo diez años menos.

Era una faceta que aún desconocía del que no tardaría en ser su marido, salvo si antes se lo mataban: la del que pierde amigos en la línea de fuego. Lo cierto era, más de una vez lo había pensado, que la guerra de Rolf, cuando menos hasta entonces, era sin sangre a la vista, ni propia ni ajena. De ahí su sorpresa, bien acallada, de ver que no. Que sí había sangre.

—¿Te afectó mucho que lo mataran?

—En caliente, no. Cuando los cañonazos no te dejan respirar no te fijas en los que caen. Luego, sí. Es cuando piensas que al día siguiente igual te cantan a ti el *Ich hatt' einen Kameraden*.

Cuando cae un silencio espeso, el de la tristeza, lo mejor que se puede hacer es abrazarse al que no tiene buena cara.

—Voy a cocer el bicho. ¿Me acompañas? Me gusta cocinar según me abrazas. Y me achuchas. Y... —Una mirada especulativa: el 283 de su kaleun favorito igual no se había quedado sin granadas—, bueno, pues... según vayan las cosas.

Se levantó, con picardía y bastante procacidad. La necesaria para que Rolf se volviese a iluminar de alegría.

## Domingo, 25 de abril de 1915

Tras la información aportada por Humann las *intelligentzias* alemana y otomana se desplegaron a fondo. Poco a poco, a girones, la información comenzó a llegar a los estados mayores de Enver Paşa y del mariscal Von Usedom. Este había sido ascendido a tal rango, extinguido en los ejércitos otomanos desde hacía muchos años, a resultas de los combates de febrero y marzo. Enver Paşa no era un ministro de la guerra convencional; era, más bien, un comandante en jefe con excelente opinión de su capacidad táctica y de su sentido estratégico. Aun así, era lo bastante sensato como para no interferir en lo que hasta entonces funcionaba bien: la defensa de los Dardanelos. A eso se debió que la jefatura de las fuerzas otomanas en el estrecho siguiera en manos de oficiales alemanes al mando del también ascendido a mariscal Otto Liman von Sanders. Por decisión de Enver Paşa, inspirada por Souchon y Merten, se reorganizó el V Ejército, se le adscribieron divisiones encomendadas a oficiales alemanes —3ª, 5ª, 7ª, 9ª, 11ª y 19ª— y, bajo el mando de Liman von Sanders, se le confió la defensa de la península de Gallipoli, del cabo Helles y de la península de Kum Kalé. El III Ejército, el mandado por el general Mehmet Kâmil Paşa y que tenía encomendada la defensa del estrecho entre Çanakkale y el mar de Mármara, seguiría formalmente a las órdenes de Enver Paşa, pero en la práctica quedaría también bajo Liman von Sanders.

Las posiciones de las baterías fijas no podían alterarse, ni tampoco las de los acorazados *Turgut Reis* y *Barbaros Hayreddin*, amarrados al muelle de Maydos. Las que sí se podían mover eran las SK L/45 del 150; se diseñaron en 1906, la KM las aceptó en 1907 y al año siguiente se comenzaron a fabricar en masa, para equipar con ellas no solo a las baterías secundarias de los *linienschiffe*, sino a las principales de los cruceros y a las *küstenbatterie*. Merten situó dos tercios en Gallipoli, donde se suponía que los anglofranceses desembarcarían su fuerza principal, ya que las playas eran más amplias y de pendientes menos pronunciadas. Las restantes las desplegó en Kum Kalé, donde podrían disparar contra quienes desembarcaran en las playas del interior del estrecho y en las que daban al Egeo.

El despliegue del V Ejército culminó el 17 de abril; la IV División cubriría el cabo Helles y la bahía de Morto, en el interior del estrecho, y por su tamaño era probable que allí desembarcara una gran fuerza de infantería y caballería; la 5ª y la 7ª cubrirían la costa del Egeo desde algo más al norte del cabo Helles hasta la bahía de Suvla; más allá era muy escarpada, inadecuada para desembarcar; la 3ª y la ID se ocuparían de la península de Kum Kalé, y la 19ª, mandada por un teniente coronel Mustafá Kemal del que Liman von Sanders tenía una excelente opinión,

constituiría la reserva móvil. Desde ahí todo fue vigilar. La estrategia de Liman von Sanders no era impedir los desembarcos, ya que no disponía de artillería capaz de hacer frente a los acorazados, los cuales machacarían impunemente sus posiciones si las adelantaba lo bastante para batir a los infantes anglofranceses según descendían de sus traineras. Realista, calculaba que sería preferible dejarles poner pie dentro de los primeros mil metros de tierra otomana. Desde ahí, una saludable combinación de fuego de ametralladora, granadas de mortero y proyectiles explosivos disparados por las piezas del 150 bastaría para causar tal carnicería que *Sir Ian Hamilton* se pensaría mejor qué clase de segundo paso le convenía dar.

La inteligencia otomana traía continuas noticias de la inmensa fuerza que Francia e Inglaterra concentraban en Mouódros. *Sir Ian* contaba con doscientos navíos de todos los tamaños, comenzando por acorazados formidables acompañados de multitud de cruceros y destructores, siguiendo por docenas de dragaminas y acabando en una miríada de barcasas y lanchones de desembarco. De sus planes no se sabía mucho, pero la orografía de los Dardanelos y de Gallipoli —riberas flanqueadas por farallones poco escarpados—, y la experiencia reciente, hacía pensar a Liman von Sanders que las playas occidentales de Gallipoli eran las más indicadas para un desembarco simultáneo en media docena de lugares. Unos que había fortificado a conciencia; no las playas en sí mismas, pero sí las escarpaduras que deberían superar los desembarcados si querían ganar el interior de la península. Tanto el V Ejército como las guarniciones de las fortalezas, que seguían bajo el mando de Merten, estaban en alerta desde el 19 de abril. Los permisos se cancelaron, se acumularon refuerzos en las dotaciones artilleras, se instalaron nuevos cañones del 150 para complementar las baterías móviles y ultramodernos del 170 para reemplazar los perdidos, se acopiaron municiones suficientes para una campaña de meses y no solo se repoblaron los campos de minas, sino que se fondearon otros nuevos. Tanto el V Ejército como el Sonderkommando Tiirkey estaban no ya listos, sino impacientes por vérselas con un enemigo que sabían formidable, pero al que habían derrotado una vez y no dudaban de que lo harían una segunda.

Wichelhausen permanecía en su puesto, a cien metros de la reconstruida Kum Kalé; lo hacía con su adjunto alemán, un Leutnant-zur-See de veinte años y excelente disposición. En poco más de una semana le había puesto al corriente, aunque sin la presión de la batalla. Ese día tendría su bautismo de fuego; de ir todo bien, sería cosa de días que regresase a Istanbul. Él aún tenía el mando de las mismas dos baterías del 150, montadas en cureñas asentadas sobre carriles e instaladas al otro lado del farallón dominado por Kum Kalé. Dicho de otro modo, invisibles desde las cofas de los acorazados que trataran de silenciarlas. En algún informe francés al que había tenido acceso Isendahl, se decía que los otomanos disponían de morteros de gran calibre con los que disparaban sobre los buques franceses, cosa que les había hecho sonreír, a él y a sus oficiales otomanos,

mayores que él pero que no le discutían su autoridad, la de ser el ya famoso Şahin Gözü. Los morteros no disparaban granadas perforantes, porque la velocidad del proyectil al abandonar la boca de un cañón no rayado era comparativamente baja, y sin suficiente velocidad era imposible perforar una buena coraza, por mucho que pesara la granada. Sus cañones, por el contrario, imprimían a sus proyectiles una velocidad y un régimen de giro elevadísimos, los cuales, combinados con el excelente acero de sus cofias y el ángulo en que alcanzaban sus blancos, les permitía penetrar en cualquier blindaje horizontal cuyo espesor no fuera mayor de 254 milímetros, y hasta donde sabía él solo el *Queen Elizabeth* los superaba, y no en todas sus superficies. No soñaba con hacer volar al *Queen Elizabeth*, pero repetir el orgasmo artillero del *Bouvet* no le parecía imposible.

Por las trazas, ese día tendrían infinitas oportunidades de comprobarlo, se decía viendo asomar por el horizonte, a poniente, una buena colección de cofas montadas sobre palos trípodes. No se sabía en Istanbul con qué barcos se presentaría *Sir Ian*, aunque se daba por seguro que las bajas de los tres acorazados perdidos el 18 de marzo se habrían cubierto. Si procedían con acuerdo a lo acostumbrado, al llegar a la distancia de 6000 metros comenzarían a disparar, y él, y su Janes, a identificarlos. Si vivía para explicarla, sería una jornada de las que justificaban haber nacido. Cuando menos, para un artillero.

\* \* \*

El bombardeo se atenuó a media mañana. Desde ahí los apuntadores otomanos y alemanes abandonaron sus refugios para elegir sus blancos y orientar las piezas. Wichelhausen y su adjunto veían que los grandes barcos aliados seguían una táctica distinta de la de marzo. Los que se internaban en el estrecho, los menos valiosos, disparaban sobre las fortificaciones del lado europeo. Los que se concentraban en Kum Kalé se mantenían en el Egeo, a cierta distancia. Los demás acorazados, que venían a ser el grueso, se situaban frente a las playas de Gallipoli que daban al Egeo. El *Queen Elizabeth* y algún otro permanecían frente a la boca del estrecho, disparando a gran distancia contra las fortalezas del interior; no parecía que, con ánimo de acabar con ellas, sino de mantenerlas en silencio. Se trataba, por las trazas, de que un gran contingente de infantería desembarcara lo más en franquía posible, y para ello se necesitaba que los cañones otomanos permanecieran callados. En apariencia lo conseguían, porque las piezas de Seddülbahir y Kum Kalé solo disparaban de un modo discontinuo. Era el momento de que los SK L/45 de las baterías móviles abrieran fuego sobre las barcasas y los lanchones, y sobre los primeros metros de playa. Por lo que veían los dos, el grueso de los desembarcos se produciría en las playas de Gallipoli, aunque una fuerza de tamaño no despreciable, quizá francesa —casi todos los

infantes, vestidos con uniformes y cascos coloniales, eran de piel oscura—, trataba de hacer lo propio en las contadas playas de Kum Kalé que daban al Egeo. Un par de órdenes, en un turco que ya pronunciaba de un modo excelente, y sus ocho piezas se orientaron a buen ritmo; tras eso, una cascada de correcciones en deriva, otra de alzas para determinar los alcances, y una primera salva de tanteo, la cual, dado que disparaban a menos de 3000 metros, cayó donde debía, dando lugar a una magnífica escabechina de carne de cañón colonial. A su fuego ya se sumaba el de varias secciones de ametralladoras; la más eficaz procedía del *Midilli* y la mandaba un recién ascendido Oberleutnant-zur-See más joven que Wichelhausen; se llamaba Karl Donitz y habían compartido más de una cerveza. Su sección era estrictamente alemana, de modo que no necesitaba saber una palabra de turco, y no la sabía, pero se coordinaba bien con las secciones situadas a su derecha y a su izquierda, todas ellas otomanas y que jamás abrían fuego antes de que lo hiciera el Üsteğmen Donitz. Entre las ráfagas de las ametralladoras pesadas refrigeradas por agua, y los cañonazos de la doble batería de Wichelhausen, los supervivientes de los vociferantes invasores acabaron por reembarcar, pensando quizá que quien huye y salva la vida puede volver a luchar, otro día.

Pese a seguir concentrado en los infantes franceses, y pese a la necesidad de ocultarse con alguna frecuencia, cuando las granadas disparadas desde los acorazados situados frente a Kum Kalé caían más cerca de lo que preferiría —el inglés *Majestic* y el francés *Henri IV*, que cubrían el desembarco francés, disparaban poco menos que al azar, porque sus apuntadores no veían desde sus cofas las baterías móviles otomanas—, solía dar vistazos a la ribera europea y a las playas que daban al Egeo, donde se concentraban los desembarcos británicos. Ahí parecía que ni los hombres de Merten, ni los de la 11ª División, contenían a los que no serían menos de veinte mil infantes. No podía esmerarse mucho en evaluar, pues cuando las granadas del *Majestic* o del *Henri IV* se abrían de su posición él aprovechaba para mover sus piezas y volver a disparar no solo contra los infantes coloniales según reembarcaban, sino contra los transportes que se acercaban a recoger sus lanchones. Estos eran blancos muy golosos, por los muchos muertos que harían al enemigo de acertar en alguno. De ahí que corrigieran el tiro tantas veces como su ayudante y él encontraban necesario; el éxito fue discreto, según informó a Merten al salir de su arco de tiro el último de los lanchones: a ojo, no más de tres mil guerreros senegaleses o mauritanos se quedaban para dar de comer a los buitres en las playas de Kum Kalé, o a las tintorerías entre los transportes y las orillas. Las ametralladoras se cobraron la mayoría, pero algún lanchón, alcanzado de lleno por una granada del 150, se había hecho pedazos llevándose al fondo unas cuantas docenas de infortunados coloniales, y algún otro se había ido a pique con toda su gente tras caer muy cerca y hacer explosión bajo él otra de las terribles granadas *panzerspreng*. *Todn* una carnicería, se decía sin emoción, porque no había tiempo para emocionarse. Lo

había para reorientar sus baterías a las playas de la ribera europea, la de Morto y la del cabo Helles. Las tropas parecían británicas, aunque no se detuvo a estudiar sus uniformes. Habían desembarcado en gran número y haría ya tiempo, pues ya estaban a cubierto. Se preguntó si abrir fuego por su cuenta o esperar instrucciones. La doctrina de combate prusiana desde los tiempos de Gneisenau establecía la plena libertad de acción en el campo de batalla, si quedaba dentro de la directiva general. Esta era oponerse a los desembarcos, de modo que disparar contra los no menos de diez mil infantes —alguno enarbolaba un pabellón con la cifra 29— era consistente con ella, pero la munición escaseaba. En la duda, mejor consultar, y así lo hizo, por radio, en morse y al puesto de mando de Merten, el cual no tardó en contestar: fuego a discreción. Un minuto después sus granadas explosivas comenzaban a caer donde terminaba el cascajo de la gran playa de Morto y comenzaban las estribaciones de Seddülbahir, donde los infantes desembarcados parecían contenidos por las ametralladoras de la 9ª División. Desgraciadamente, sus ocho piezas, que pronto fueron solo cinco por el recalentamiento de sus frenos hidráulicos, no eran suficientes para contener la masa humana que asaltaba Seddülbahir. Quizá los ingleses dejaron varios miles de muertos en sus estribaciones, pero se hicieron con la fortaleza. La primera de las muchas, se decía con pesimismo, en que pronto dejaría de ondear la media luna blanca y la estrella de cinco puntas.

Su adjunto le señaló un mercante que pretendía ganar la playa del cabo Helles. Quería embarrancar, parecía que para desembarcar una fuerza de caballería y artillería montada que se hacinaba en sus cubiertas. En su popa se leía *River Clyde*. Una rápida pregunta y una breve respuesta: dos de los cañones volvían a estar listos para tirar. A la distancia en que se hallaba el *River Clyde*, 550 metros, no podían fallar. Tres minutos después, los que necesitaron los servidores de las piezas para orientarlas, abrieron fuego contra el *River Clyde*, del que ya descendían por su proa borbotones de hombres y caballos. El fuego de los 150 fue preciso desde la primera salva. Pese a la velocidad con que hombres y bestias abandonaban el barco, no bastó para que se librasen de un rosario de deflagraciones y de las correspondientes lluvias de metralla, las cuales hacían saltar por los aires, en pedazos, a docenas y docenas de hombres y de bestias. Ni Wichelhausen ni su adjunto calculaban las bajas que hacían, concentrados en variar las alzas para que los proyectiles cayeran más allá del destrozado *River Clyde*, entre los infantes y los caballos que galopaban por sus vidas. Solo al cabo de diez minutos, los frenos otra vez recalentados, los Krupp dejaron de disparar, aunque no valdría la pena que lo hicieran, pues el *River Clyde* ardía en pompa y los supervivientes se habían desperdigado de tal modo que perseguirlos al cañón sería inútil.

Los que reanudaban el fuego eran tres de los cuatro acorazados plantados frente a Kum Kalé. Wichelhausen los identificaba: el inglés *Majestic* y los franceses *Jaureguiberry*, *Henri IV* y *Masséna*, si bien el último debía de tener problemas, porque sus piezas principales seguían trincadas a cruzía. El más

cercano era el *Jaureguiberry*, y contra él mandó apuntar las tres piezas cuyos frenos se habían enfriado lo bastante como para volver a la batalla. Una lástima no disponer de granadas perforantes, aunque las explosivas con espoleta retardada funcionarían igualmente bien contra un buque viejo de veinte años. Disparando con tres piezas, además, podría experimentar la doctrina del Korvettenkapitän Von Hase, la denominada Gabelgruppe<sup>[24]</sup>. Con alegría exultante, suya y de su adjunto, a la segunda salva centraron al *Jaureguiberry*, provocándole un fuego de consideración entre sus dos chimeneas y forzándole a virar a babor, salirse de la formación y esconderse bajo el horizonte. Las andanadas del *Majestic* y del *Henri IV* se recrudecieron, aunque tan sin éxito como antes, porque solo hacían fuego con sus piezas principales, incapaces de cubrir la no pequeña superficie donde se desplazaban las baterías de Wichelhausen. Este dejó de prestarles atención cuando un gran estallido sacó del agua lo que aún quedaba del *River Clyde*. Algún pañol de municiones acababa de partir en dos el barco, causando una general distracción en la Mnea de fuego. Una línea donde se intensificaban los combates entre los atacantes británicos y los otomanos de la 9ª División, encargada de la defensa del cabo Helles y de Seddülbahir. Al tiempo, tanto el *Majestic* como el *Henri IV*, que habían dejado de disparar, avanzaban hacia el norte para unirse al *Queen Elizabeth*, que martilleaba las fortalezas del interior del estrecho. La lucha se concentraba en las playas de Gallipoli, las del Egeo. Wichelhausen y sus baterías volverían a la batalla en veinte minutos, los que necesitaban los archirrecalentados frenos para volver a servir de algo. Lo peor era estar bajos de munición. Se lo hizo saber a Merten, que prometió hacerle llegar diez toneladas desde los polvorines de la 11ª División. No serían de tipo naval, aunque tampoco importaba, porque solo se trataría de machacar las defensas británicas en la bahía de Morto.

El sol estaba cerca de ponerse; pronto llegaría el momento de comer algo, contar las bajas y prepararse para un siguiente día que prometía ser peor. A eso se debía que Wichelhausen se preguntara si no debería recomendar a Queralt que se uniese a Meritxell en su ansiada marcha de Istanbul. El punto de no retorno, para el personal de la embajada española, llegaría cuando cayera Çanakkale. Por lo que llevaba visto, no creía que tal cosa fuese a demorarse más de una semana. Desde ahí prefería no pensar. Le daría vueltas la cabeza, si lo hiciera.

## Jueves, 6 de mayo de 1915

Ver la muerte de cerca, durante muchos días seguidos, suele provocar un desmedido apetito de vivir. Cuando menos eso era lo que padecía el kaleun Wichelhausen, acompañado de su intérprete favorita, en la coqueta madriguera donde ya vivía ella de un modo estable. Lo hacía para disfrutar de su soledad, sus pensamientos, sus recuerdos y sus impaciencias, y también porque cada día llevaba peor los agobios, las agonías y los terrores de una Meritxell angustiada por la guerra. El que los alemanes y los otomanos parecieran contener en Gallipoli a franceses e ingleses no le tranquilizaba. Meritxell quería volver a Barcelona, para sentirse tan segura y tan a salvo como una señora de la mejor sociedad catalana que no se acordaba del verano de 1909. Saber que las órdenes de Bermúdez de Castro eran permanecer al pie del cañón, al menos en el caso del embajador, el secretario, el consejero de negocios y el agregado naval, le descomponía. El ofrecimiento de Pascual, que volviese a Barcelona con Queralt, Ena y Petra, quedando él en Constantinopla, no le ilusionaba, y menos aún cuando escuchó a su hermana decir que de ningún modo pensaba irse. La perspectiva de un viaje tan largo, en tren, con seis o siete transbordos, siendo ella la cabeza de la indefensa familia que compondría con Ena y Petra, era tan inaceptable que pareció resignarse, aunque solo en apariencia, pues en privado no cesaba de reprochar a Queralt su traición, la de hacerle permanecer en una ciudad que odiaba del modo más visceral. Todo eso había llevado a Queralt al límite de su paciencia. Lo manifestaba durmiendo en su piso la mayor parte de las noches, pretextando una desbordante cantidad de trabajo. Se reprochaba no dedicar más tiempo a su sobrina, que había echado sus primeros dientes y gracias a su tía osaba dar sus primeros pasos, o lo intentaba. Una tía que para Ena era más su mamá que la de verdad, pues si de algo no andaba sobrada Meritxell era de la paciencia necesaria para soportar las servidumbres de un niña de nueve meses. Lo malo era que como la pobre no sabía muy bien a qué carta quedarse, si con la de Petra —no solo la llevaba que daba gloria verla, y también olería, sino que jamás la perdía de vista—, la de Çagla —si por ella fuera, la seguiría mamando hasta su primera comunión—, la de Meritxell —una perfecta y elegante madre de su tiempo y de su clase social, lo que implicaba no hacerle maldito caso— o la de

Queralt —cuando estaban juntas no paraba de hacerle reír—, había terminado por señalar a la última como «marni», lo cual enojaba de un modo manifiesto a la titular del empleo. Unas cosas con otras, el piso de los Moreno se había vuelto irrespirable para una Queralt cuya cabeza se repartía entre las responsabilidades de su trabajo, de mayor importancia que las de una simple intérprete, y el ansia por ver entrar a su hombre por la puerta. Justo lo que sucedió hacía una hora, cuando a ella ni siquiera le había dado tiempo a quitarse sus abayas de musulmana ferviente para vestir un pijama de catalana independiente. A partir de ahí su cerebro se desconectó. Solo entonces, desnudos, abrazados y con los sentidos tolerablemente apaciguados, volvió a encenderlo.

—¿Cuántos días te han dado?

Rolf tardó un poquito en contestar. También a él le costaba volver a tener la cabeza sobre los hombros.

—No estoy de permiso. Es que mi asignación a Kum Kalé ha terminado. Vuelvo con Souchon.

Queralt, un punto distraída, observaba la ventana. No llegaba luz. Desde que se supo de submarinos ingleses operando en el mar de Mármara, Istanbul se apagaba por las noches. Ni una farola, ni una ventana iluminada. Se trataba de que los armeros sumergibles no pudieran orientarse con las luces de la ciudad, aprovechando al tiempo para reducir el consumo de carbón, gas y electricidad. Eso dio lugar a que Beyoğlu se volviera peligrosísima nada más caer el sol. Por fortuna, no tendrían que salir. En la fresquera tenía huevos y mantequilla, y en las alacenas quedaba suficiente aceite, pasta y especias para preparar unos exquisitos fettuccini al pesto. Con eso y una botella de vino, que alguna les quedaba, tendrían una cena romántica, de las iluminadas por una vela, pero no por dulzuras amorosas. Era porque la luz se cortaba en cuanto anochecía.

—Fue muy duro, ¿verdad?

—No tanto. No en mi caso. Nos pegaron cientos de cañonazos, pero a la buena de Dios, porque no nos veían. Salvo alguna granada que cayó cerca, no he tenido sensación de peligro. Quizá fue porque a los ingleses Kum Kalé les traía sin cuidado. Solo nos bombardeaban los franceses, y el 26, además, dejaron de hacernos caso. Fue porque se cargaron las piezas del 240 a fuerza de machacarlas, y las nuestras quedaban demasiado lejos de donde desembarcaron los ingleses para ser algo más que una molestia. Como además se averiaron dos de las ocho, y se nos acababa la munición, pues se olvidaron de nosotros.

—No te harías idea de lo mucho que me alegra oír eso.

Se sonrieron, y se besaron.

—Yo pensaba que nos llevarían al otro lado del estrecho, adonde se combatía de verdad, pero Liman von Sanders tiene artillería suficiente para vérselas con los ciento y pico mil tíos desembarcados. La lucha es más de morteros y ametralladoras que de cañonazos. En algunos puntos han llegado al cuerpo a cuerpo. En eso los turcos son fantásticos. Luchan una *yihad*, una guerra santa, y

no tienen miedo a nada. Si los matan van derechos al paraíso, donde les aguardan no sé cuántas docenas de vírgenes, pobrecillos. —Queralt sonrió; sabía de la pobre opinión que su novio tenía de las vírgenes—. Los ingleses, y los escoceses, y los australianos, y los neozelandeses, se preocupan más de sus pellejos. Los turcos defienden su país, mientras ellos están allí porque un palurdo serbio se cargó a un archiduque austríaco. De ahí viene que a la hora de clavar la bayoneta los británicos pongan un poquito menos empeño. Hay más cosas, por supuesto. Liman von Sanders hace bien su trabajo. Se nota en cómo distribuye sus divisiones. Ha creado una fuerza móvil de veinte mil tíos muy bien mandados. Su jefe, Mustafá Kemal, no solo es un táctico de primera, sino que posee un supremo don, el de hacer que sus hombres le sigan a donde sea, porque siempre va en cabeza. La carnicería que ha hecho con los australianos y los neozelandeses, diecisiete mil muertos he oído por ahí, ha sido fantástica. Si añades que venían mal equipados, con uniformes de invierno, y mayo en Gallipoli es agosto en Barcelona, pues ya está todo. Los tienen acorralados en sus cabezas de playa, sin dejarles que asomen la cabeza de las trincheras, porque las barren de continuo con las ametralladoras. Se las entregamos por cientos, y es que del Reich no deja de llegar material, además de munición. Según Merten, el genio inglés que haya parido todo esto debe de andar tirándose de los pelos. De momento, y franceses aparte, han perdido un par de acorazados, cientos de miles de toneladas de munición y, lo peor, no menos de veinticinco mil hombres. Y los que perderán.

—Te veo muy optimista.

—No. Solo realista. En la escuela naval nos enseñaron que atacar desde una flota una fortaleza bien defendida es de idiotas. Lo curioso es que quien dijo eso no fue un marino alemán. Fue Nelson. Alguno se lo estará recordando a *Mr. Asquith*.

—Según De Ory, la idea fue de Churchill.

—Pues se ha cubierto de gloria. Entre esto, y el asunto de los acorazados otomanos, su estupidez ha costado a su país el ni-se-sabe de dinero, de barcos, de muertos y de privaciones.

Queralt se encogió de hombros, aprovechando para estrecharse más con Rolf. No solo por cariño. Tenía un poco de frío, pues las noches de mayo en Istanbul no son muy cálidas.

—¿Qué tal te va con Souchon, y con sus chicos?

—Con tus compañeros, muy bien. Aún se acuerdan de mi mahonesa. —Se sonrieron, el uno a la otra—. Buße me confía no solo traducciones, sino la preparación de documentos, en turco, para el Estado Mayor de Enver Paşa. Él me da la idea general y el texto es cosa mía. Ya ves, toda una muestra de confianza. Con los otomanos no es lo mismo. En su filosofía mahometana, las mujeres somos cosas. Dos de los oficiales de Raouf Orbay, para que te hagas una idea, son polígamos —a Rolf se le dispararon las cejas—, aunque con él no tengo problemas. Incluso le preocupa mi seguridad. No le gusta que salga sola si ya es de

noche. Más de una vez me puso un coche, para que me llevase a casa.

—Todo un detalle.

—Ha tenido más de uno. Por ejemplo: me ha dado un revólver, y un permiso militar para que lo pueda llevar.

—¿Sabrías usarlo?

—Me llevó a practicar, una mañana. El retroceso es tan fuerte que casi me caigo de culo, pero a quemahuevos estoy segura de no fallar si tengo que defenderme.

Él la miraba, embelesado. Como alguna otra vez, se preguntaba cómo una mujer tan fantástica como Queralt podía estar tan colada por él. Contra lo que solía ser normal en los jóvenes oficiales de la KM, el Kapitänleutnant Wichelhausen no tenía una formidable opinión de sí mismo.

—Souchon está muerto de ganas de volver al mar. Desde que remendaron el *Yavuz Sultán Selim*, no piensa en otra cosa.

—Sabía que lo habían terminado, pero no sé los detalles.

—Es que fue hace pocos días. De hecho, la reparación en sí no supuso más de una semana. El corte de las planchas de acero en la Blohm & Voss, y su envío por tren, llevó mucho más tiempo, aunque lo de veras complicado fue lo del Senkkasten.

—No sé qué carajo es un Senkkasten.

—Es lo que nosotros llamamos pozo de cimentación, los ingleses *cofferdam* y los franceses *caisson*. ¿Así te suena más?

—Pues no.

—A ver cómo te lo explico... Imagina un cajón vertical de buen tamaño, tanto como para cubrir el mayor de los agujeros. Es estanco, cerrado por cuatro de sus seis lados; los mayores de estos no son rectos, sino que siguen la curvatura del casco. Se le hace descender por el costado por medio de una grúa. Una vez colocado sobre la zona que se pretende reparar, se fija con ventosas. Muchas ventosas, y muy grandes. Después, por medio de mangueras y de bombas, se vacía el agua de su interior. Se sella lo mejor que se pueda la unión entre sus lados y el casco, aunque como nunca se consigue del todo las bombas no paran. Tras eso, los operarios descienden al interior del cajón, y tras ellos se bajan las planchas que cubrirán los agujeros y las remachadoras hidráulicas. Una vez sujetas las planchas a los lugares adecuados, solo es cuestión de remachar. Los operarios que vinieron, todos de la Blohm & Voss, dejaron el casco tan perfecto como cuando lo construyeron. Virtualmente nuevo. Si te preguntas por qué sé todo esto es porque me tocó ir a Ístinye, por si los tipos de la Blohm & Voss no se hacían entender por los turcos de la base naval. Para traducir hacía falta comprender qué querían hacer, lo que no me costó nada, que bien sabes llevo dentro una ingeniera. Frustrada, pero ingeniera. Me sigue cabreando que no me dejen serlo, aunque no me quejo. La vida me ha dado algunas otras cosas, para compensar.

—¿Por ejemplo?

Queralt no contestó, al menos con palabras. Su mano más hábil se había hecho con las joyas de la corona y las oprimía dulcemente. La respuesta era esa.

## Lunes, 10 de mayo de 1915

Wichelhausen y su par llegaron a Istinye a mediodía del domingo 9. Era un par nuevo, recién ascendido a capitán de corbeta; el anterior, Ayasofyali Ahmed Saffed, había recibido el mando del *Muâvenet-i Millîye*, un torpedero de 765 toneladas botado en 1909 en los astilleros Schichau-Werft con el nombre *S-165*. Fue vendido a la Marina otomana un año después, junto a sus gemelos *S-166*, *S-167* y *S-168*, los cuales pasaron a llamarse *Yadigar-i Millet*, *Unmune-i Hamiyet* y *Gayret-i Vataniye*. Souchon, que los había examinado en agosto, los encontró en muy mal estado. Los operarios alemanes que llegaron una semana después se ocuparon de los cuatro, de uno en uno. El *Muâvenet-i Millîye*, último en ser puesto a punto, era demasiado pequeño para ser mandado por un capitán de corbeta, pero al no haber suficientes oficiales tan competentes como para pasar el filtro de Souchon, se propuso al capitán Ayasofyali Ahmed Saffed hacerse cargo de los cuatro en calidad de comodoro, asumiendo el mando directo del *Muâvenet-i Millîye*. Wichelhausen se alegró de su nombramiento, pues era un oficial muy capaz, pese al fastidio de tener que volver a empezar con su sustituto.

Llevaban una hora en el *Yavuz Sultân Selim* cuando Ackermann le hizo llamar al puente. De camino —estaban a popa— le sorprendió ver que de las dos chimeneas comenzaban a brotar gruesas columnas de humo. Las calderas levantaban presión, y eso, normalmente, significaba urgencia.

—Souchon nos ordena salir. Al Schwarzesmeer. Un crucero ruso, el *Kagoul*, desembarca tropas en un punto de Anatolia. No tiene usted obligación de venir, pero Knispel está de permiso, zarparemos en dos horas y no consigo dar con él. Krüger ocupará su puesto, aunque no quisiera salir al mar sin un segundo director de tiro. ¿Querría venir?

—*Jawohl, Herr Kommandant!*

—Muy bien. Tráigase a su turco. Igual aprende algo.

Ackermann jamás apagaba las calderas. Cuando llegó la orden de Souchon estaban mantenidas a media presión. Dos horas después había suficiente para largar las estachas que sujetaban el *Yavuz Sultân Selim* al muelle de Ístinye, liberando al gran buque para ganar el mar Negro. Le acompañaban el *Yadigar-i Millet* y el *Numune-i Hamiyet*; los otros dos torpederos al mando del comodoro

Saffed habían zarpado días antes rumbo a Çanakkale, su destino hasta nueva orden y donde pronto se les reunirían los que aquel día escoltaban al *Yavuz Sultán Selim*.

Dos horas después los tres buques atravesaban uno de los canales libres de minas que se adentraban en el mar Negro. El sol ya se ocultaba, y según los mensajes que llegaban no parecía que los rusos quisieran profundizar desde la cabeza de playa que ocupaban en Karadeniz Eregli, una pequeña ciudad en la costa de Anatolia donde la fuerza de Ackermann podría situarse al amanecer, de mantener la misma velocidad.

—¿Opiniones?

En la cámara del comandante —así se llamaba si no estaba el almirante— tomaban asiento los oficiales principales del *Yavuz Sultán Selim*, entre los que había un enlace otomano, más el segundo director de tiro accidental y su adjunto del Estado Mayor de la Marina otomana. El turno de palabra se observaba por rango y antigüedad, a la prusiana; de ahí que fuera el recién ascendido Korvettenkapitän Freudenberg —el también recién ascendido Fregattenkapitän Madlung era desde hacía dos meses el nuevo comandante del *Midilli*— el primero en hablar.

—Me huele a emboscada, *Herr Kommandant*.

Ackermann y Freudenberg se conocían desde hacía muchos años; en la intimidad se tuteaban, pero en una misión de combate mantenían las formas del modo más reglamentario.

—¿Zirzow?

—Pienso lo mismo.

—¿Rosentreter?

El primero de los tenientes de navío; el último, por ser el más moderno y además ser un agregado, era Wichelhausen.

—Yo también.

—Y yo. ¿Sugerencias?

El primero en hablar de nuevo fue Freudenberg.

—Poner los torpederos por delante, uno a cada lado. De todos modos, si Eberhardt nos ha tendido una trampa no lo sabremos antes de que amanezca. De ser así, nos las veríamos con sus cinco acorazados, y a saber con cuántos buques más.

Wichelhausen habría debido esperar su turno, pero tantas semanas de mandar dos baterías sin ningún superior por encima le habían llevado a perder alguna buena costumbre.

—Sugiero acopiar munición perforante para la batería principal y explosiva con espoleta de retardo para la otra.

—¿Krüger?

Al Kapitänleutnant Krüger, bastante más antiguo que Wichelhausen, no le molestó que su segundo accidental no esperase su turno; quizá, por no ser prusiano.

—Pienso como Wichelhausen. Si nos vemos con sus acorazados será de lejos, pero traerán destructores, y con ellos, si consiguen acercarse, la munición perforante no valdrá de nada.

—Bien. ¿A qué hora comienza el alba?

—A las 04:45, *Herr Kommandant*.

—Conforme. Toque de alerta quince minutos antes. Mantendremos el rumbo hacia Karadeniz Eregli, aunque listos para virar al norte, al centro del Schwarzesmeer, al menor indicio de compañía. Por lo demás, absoluto silencio de radio. Si nos esperan, que nos busquen. Ahora, a cenar.

\* \* \*

El sol aún no había salido, y cuando lo hiciera sería por la popa, pues casi llegando a Karadeniz Eregli llegó un mensaje de la guarnición de la ciudad. Decía que los infantes rusos habían reembarcado en el crucero del que descendieron veinte horas antes, y que, al tal crucero, el *Kagoul*, lo habían perdido de vista. La información era consistente con una emboscada. De ahí que la agrupación otomana marchase rumbo ONO, a veintidós nudos y con sus torpederos, que difícilmente aguantaban la marcha, en su estela. Los vigías vigilaban en 360 grados, apercebidos de que probablemente serían interceptados, y que de su buena vista dependería la seguridad del buque.

—¡Humo al 2-6-5!

Al oeste, se decía Wichelhausen orientando el periscopio de su telémetro. Su adjunto apenas tenía idea de cómo funcionaba la batería principal de un crucero de batalla. Su especialidad eran los torpedos, si bien la que marcaba su actitud eran la mesa y la silla, pues por algo era un oficial de Estado Mayor. A su lado formaban dos marineros, encargados de transmitir instrucciones y dar novedades a través de los tubos neumáticos que comunicaban la dirección de tiro popel con la principal, el puente de combate, las torres del 283 y las dos filas de cinco piezas del 150; las prestadas a Merten seguían en Çanakkale. No tardó en ver un segundo penacho de humo. Tres minutos después los penachos grandes ya eran cinco, y los menores, propios de destructores, no bajaban de diez. No necesitó informar, porque la dirección de tiro principal ya lo había hecho saber.

Él no tardó en identificar a los buques mayores. Era la segunda vez que los veía, si bien la primera fue con sus prismáticos. En realidad, no los veía: los medía. De ahí su cantar las distancias al segundo buque de la línea enemiga, retransmitido por sus ayudantes a las torres popeles, Dora y Casar:

—Marcación, 2-6-0. Ciento noventa hectómetros..., ciento ochenta y ocho..., ciento ochenta y seis...

Dora y Casar giraban a babor, impulsadas sobre los pesados cojinetes por sus motores eléctricos, a un ritmo de 3,3° por segundo. Sus cañones, al tiempo, se

alzaban por tracción hidráulica, para detenerse al llegar a su máxima elevación, 13,5°. Wichelhausen y Krüger habían acordado que aquel se ocuparía de Dora y Casar, mientras este lo haría de Anna, Emil y Bertha. De la batería secundaria de babor se ocuparía el Leutnant-zur-See Kamenz, y de la otra, el de igual empleo Kähler. En caso de vérselas con *linienschiffe* navegando en línea de fila, y así era como venían los rusos, el primero sería de Krüger. El segundo, suyo; así lo había indicado a los alféreces que mandaban Dora y Casar. No le costó identificar a los acorazados enemigos, aunque no guardaran el orden de la ocasión anterior. El de cabeza era el *Evstafi*, pero el que le seguía era el *Tri Sviatitelia*. Tras este venía el *Ioann Zlatoust*. De los otros solo distinguía los humos.

—Ciento ochenta hectómetros.

—*Klar zum Angriff!*

Listos para atacar. Ni Ackermann ni Krüger dijeron nada. Sentían una cierta emoción. Sus experiencias anteriores fueron con cañas subcalibradas o con piezas del 150. Esa sería su primera oportunidad con los Krupp SK L/50, los que con un alza de 13,5° impulsaban proyectiles de 323 kilos a 18 100 metros de distancia. Para un oficial de artillería, apuntar y disparar con tales piezas era la convalidación de todo lo que sabía. Dios quisiera que no metiera la pata con las mediciones del telémetro; era de lo más preciso, por ser estereoscópico y no de coincidencia, pero también por eso era más difícil de utilizar. Lo último que le apetecería sufrir sería el inmisericorde pitorreo de los demás oficiales a costa del ya famoso Çahin Gözü —para la prensa otomana—, cuando se juntaran para la primera cerveza tras la batalla, de haber suerte y siguieran en pie, y de una sola pieza.

Un vistazo a su izquierda. Dora y Casar estaban orientadas a babor, con sus piezas a máxima elevación. Otro vistazo, al panel de disposición. La dirección de tiro popel, aun siendo más pequeña que la principal, estaba pensada para sustituir a esta de ser necesario; era posible dirigir desde allí el tiro de todas las piezas. A eso se debía que contara con un panel completo, diez hileras verticales de tres luces blancas cada una. La más alta, si estaba encendida, significaba «pieza cargada». La segunda, «pieza orientada y lista para tirar». La tercera, «circuito de fuego activado»; no solo era una luz, sino también un pulsador. No lo manejaba el director de tiro, que se suponía observaba por el periscopio. Lo hacía uno de los especialistas.

—Ciento setenta y ocho. Dora y Casar, cien menos.

El oficial turco no entendía nada, si bien, prudente, se abstenía de preguntar; entendía la tensión del combate inminente, y en consecuencia que aquel era un momento excelente para mantener la boca cerrada. Si aun así hubiera preguntado, alguien le habría dicho que a la pieza izquierda de Dora le correspondería un alza de 17 800 metros, a la derecha de 17 700, a la izquierda de Casar de 17 600 y a la derecha de 17500.

—*Klar zum feuer eröffnen!*

Le agradaba declararse listo para disparar segundos antes que Krüger, aunque

también era verdad que su jefe accidental debía ocuparse de tres torres que no estaban juntas.

—*Feuer Frei!*

La orden venía del puente, no de la dirección de tiro.

—Cäsar, media salva.

Accionar el botón disparador rara vez tenía efecto inmediato. El barco antes debía pasar por una escora nula para que los circuitos eléctricos detonaran el propelente. Se sabía que de un momento a otro resonaría un cañonazo —y bien fuerte, que la torre Casar estaba cerca—, porque nada más el marinero especialista pulsara el botón disparador, este se iluminó.

—¿Hora?

—06:50, *Herr Kapitänleutnant*.

—¿Tiempo de caída?

—Setenta y ocho segundos, kaleun.

Wichelhausen sonrió; el primer marinero era un reemplazo reciente, pero el segundo le conocía desde Barcelona. Las torres del *Tri Sviatitelia* estaban orientadas, aunque a las piezas se las veía bajas. La trampa de Eberhardt estaba bien pensada, pero la ejecución era mala. Cerrar distancias contra un enemigo recortado contra el sol, se daba en primero, era una barbaridad. En tanto este no ascendiese, cosa de un cuarto de hora, su director de tiro no podría medirles con exactitud.

—¡Larga, cien metros!

—Cäsar, Dora, dos grados a la izquierda. Cien menos. Gabelgruppe con las cuatro piezas.

Segundos después los cuatro 283 hicieron fuego a la vez, provocando un vendaval en la estrecha dirección de tiro. El marinero experto, impertérrito, seguía muy atento a los piques.

—Larga, larga, centrada, corta.

Wichelhausen también seguía la caída de los proyectiles. Tres de los cuatro levantaron columnas de agua, pero el que su marinero veterano daba por centrado hizo blanco. Lo sabía por la discreta polvareda que produce una masa de 300 kilos al impactar contra una superficie de acero. Lo confirmó segundos después, cuando una explosión en el interior de la obra muerta derribó la chimenea de más a proa.

—Cäsar, cien menos. ¡Salva rápida!

Minutos después el *Tri Sviatitelia* metió todo a babor con el caparacho de su torre popel desaparecido y un gran fuego brotando de su interior. Un vistazo al *Evstafi*, que también tenía un incendio, y se concentró en el *Ioann Zlatoust*, pero no llegó a más, pues Ackermann pretendía cortar la T al *Evstafi*. La máxima velocidad del ruso era dieciséis nudos, mientras que la del *Yavuz Sultán Selim*, con sus calderas en la mejor de las formas, superaba los veintiocho. Mientras no estabilizaran el trazo superior de la T solo tenía que orientar las piezas hacia donde se hallaría el *Evstafi* cuando cortaran su rumbo. Sería el momento de

sumarse a Bertha, Emil y Anna. Centrar el tiro en deriva no suele ser difícil, pero en alcance sí lo es. Sin embargo, cuando el blanco no mide veintitrés metros —la manga del *Evstafi*—, sino 118 —su eslora—, es probable que de una salva cerrada, de diez cañonazos, una o dos granadas hagan blanco. Eberhardt debía de pensar lo mismo, pues el *Evstafi* comenzó a virar al mismo rumbo. Así pudo esquivar los riesgos de un fuego por andanadas completas, pero aun así se llevó un par de impactos más, y uno levantó el caparacho de su torre proel. Sin duda llevaba cerradas las troneras que comunicaban la torre con la barbata, de modo que no saltó por lo aires, aunque hubo de seguir el camino del *Tri Sviatitelia*. El nuevo buque de cabeza ruso era el *Ioann Zlatoust*, al que seguían el *Pentalimon* y el *Rostislav*, tratando de cerrar distancias con los compañeros heridos. La oportunidad de hacer blanco sería breve, porque los buques rusos, que aún no habían virado para perseguirles, venían de vuelta encontrada y a su mejor velocidad. La distancia, sin embargo, se incrementaba, pues el *Yavuz Sultán Selim* ya enfilaba el Bósforo. Ackermann habría querido liquidar a los acorazados rusos, pero bien sabía que un cañonazo de fortuna podría reducir su velocidad. Desde ahí sería una presa fácil para los más de diez destructores que seguían las aguas de los acorazados, y de los que cuatro ya se abrían hacia el *Yavuz Sultán Selim*. Era el turno de la batería secundaria de babor, que comenzó a gruñir cuando la distancia con el primero bajó de diez mil metros; también podrían servirse de la principal, pero ya llevaban 128 disparos; la munición del 283 no abundaba, ni se reponía con facilidad, aunque más le preocupaba el desgaste de las cañas y lo complicado de cambiarlas en Ístinye. Los torpederos otomanos, a su vez, ya se interponían entre los rusos y su buque insignia, soltando humo por sus fumígenos. La persecución habría sido larga y tediosa, pese a que los acorazados rusos se quedaban tan atrás que ya no se les veía, pero ahí el mar empezó a rizarse. Una brusca marejada, muy propia del mar Negro, venía en socorro del *Yavuz Sultán Selim*. Haría falta más para que Ackermann redujera su velocidad, pero lo que habían empezado a disfrutar ya era excesivo para los pequeños destructores rusos.

Serían las nueve cuando el último humo se desvaneció. Ackermann, desconfiado, insistía en ganar el Bósforo cuanto antes, de modo que no reducía su velocidad. Debía de ser tremenda, pues desde el puente del *Numune-i Hamiyet* un señalero que debía de ser alemán envió un mensaje que les hizo sonreír:

—¡*Goeben*, vais dando pantocazos!

En la historia de los cruceros acorazados, comentaban, el *Yavuz Sultán Selim* debía de ser el primero del que se dijera tal cosa.

\* \* \*

Souchon había venido a recibirles. Lo que más parecía interesarles, a él, a

Buße y a Orbay, eran las calderas; el duelo artillero les daba lo mismo. Wichelhausen, a su vez, se preguntaba si, dado que su misión de reemplazar al ya regresado Knispel había terminado, podría conseguir algún transporte para él y su admirada sombra turca —se mostraba convencido de que Çahin Gözü merecía el apodo— cuando Souchon le agarró de un brazo.

—¿Le gustaría volver a los Dardanelos, Wichelhausen? No se trata de mandar ninguna batería de costa, vaya eso por delante. —No respondió, porque no era una pregunta; era más prudente permanecer a la espera—. Se trata de mandar un barco.

No necesitó reflexionar. Si algo ansia un oficial de marina es eso precisamente: mandar un barco.

—Haré lo que pueda, Euer Exzellenz.

—Estoy seguro de que lo hará muy bien. Es alemán, vaya eso por delante. Mejor dicho, construido en Alemania. Uno de los cuatro torpederos de nombres imposibles. Dos de ellos salieron hace días para Çanakkale. Los otros están carboneando. Se harán a la mar a las dos de la madrugada. Usted irá en el *Unmune-i Hamiyet*, de pasajero. En Çanakkale se presentará al comodoro Ayasofyali Ahmed Saffed, al que supongo recuerda.

Asintió. Habían llegado a llevarse bien.

—Saffed manda los cuatro barcos. Los capitanes de los otros tres son competentes. Él, por desgracia, no consigue desdoblarse. Ha planteado traspasar a su buque insignia, el *Muavenet-i Millîye*, el capitán del *Gayret-i Vataniye*, que aún está un poco verde. Así podría foguearse a sus órdenes. Él, así, ya podría conducirse como un comodoro de verdad. Su reemplazo para el *Gayret-i Vataniye*, por desgracia, está en un hospital. Lo hará muy bien cuando de nuevo camine sin muletas, pero hasta entonces necesitamos un recambio. Cosa de tres semanas. La tripulación es turca en un ochenta por ciento. El otro veinte es alemán. Le será fácil entenderse con ellos. Bien, ¿qué me dice?

—Estoy a sus órdenes. Desearía, eso sí, pasar por casa, recoger algunas cosas, asearme y cambiarme de ropa. Es que vine aquí sin nada, y temo estar de pena. —Lo estaba; los directores de tiro sudan mucho a la hora de los cañonazos.

—De acuerdo. Despídase de su chica, de paso. —El muy serio vicealmirante le guiñó un ojo; todo un detalle—. Volvemos al Estado Mayor, así que le dejaremos en su casa. Mi coche irá a por usted a medianoche. ¿Todo en orden?

—*Jawohl, Euer Exzellenz!*

## Jueves, 13 de mayo de 1915

El *Muavenet-i Millîye* había fondeado en Soganolidere a las siete y media de la tarde, ya en plena oscuridad y tras haber franqueado los campos de minas; los minadores otomanos los sembraban de forma que los buques con calados inferiores a cuatro metros los atravesaran sin problemas, pero el del *Muavenet-i Millîye* era de 3,9 en vacío, y esa noche los superaba, pues navegaba con su tripulación al completo, con su máxima carga de seis torpedos de 45 centímetros y algo más de noventa toneladas de carbón. Soganolidere era una pequeña cala en el lado europeo del estrecho, a mitad de camino entre Morto y Çanakkale. Era un buen sitio para esperar a que se apagaran los reflectores británicos que cubrían la bahía de Morto, lo que solía suceder entre las diez y las once de la noche. Desde ahí ya solo deberían preocuparse de los destructores que patrullaban por la gran bahía. Protegían no solo algunas barcas de suministros, sino un par de acorazados tipo *predreadnought*, fondeados allí dos días antes y cuya función era cañonear las posiciones otomanas, tanto las europeas como las asiáticas. Su tiro, dirigido desde un globo cautivo, era bueno, tanto que casi habían silenciado las baterías móviles situadas al otro lado de las colinas de Kum Kalé, así como las comprendidas entre Seddülbahir y Alçitepe.

El *Muavenet-i Millîye*, esa noche, se ocuparía de los acorazados. El comodoro Saffed no soñaba con cargarse a los dos; ya sería un milagro que pudiese acabar con uno, y otro mayor que volviese para contarlo. Según decía Kum Kalé, uno era de la clase *Canopus* y el otro de la *Duncan*, los dos de 14000 toneladas y con armamento similar: cuatro piezas del 305 y doce del 152. Su plan, previamente discutido con su segundo accidental, capitán de corbeta Wichelhausen, era sencillo: deslizarse a través de la cortina de destructores, acercarse a mil metros del primer acorazado, disparar dos torpedos, buscar al segundo, lanzarle su tercer torpedo —Llevaba tres más, pero el tiempo necesario para recargar los lanzadores era mucho más del que podría permitirse con media docena de destructores persiguiéndole— y escapar a su máximo andar de veintiséis nudos, mucho menos de lo que daban los más modernos de los ingleses, pero eso no tenía remedio, aceptaban él y Wichelhausen. Este se había quedado en el *Muavenet-i Millîye* para familiarizarse con el barco y, sobre todo, con las voces de mando turcas; a la

vuelta se haría cargo del *Cayret-i Vataniye*, donde se daría con otros noventa devotos del Corán. Los alemanes a bordo, los de plantilla, eran cinco especialistas en unas máquinas que no estaban en buena forma, pero esa noche había tres más: el Kapitänleutnant Rudolph Firle y dos suboficiales torpedistas. Firle era un oficial de larga experiencia en torpedos, tanta que Saffed no sufrió demasiado en su orgullo cuando Raouf Orbay le hizo saber que aquella operación irrepetible, porque si algo era seguro era que los ingleses no volverían a dejarse sorprender, debería ser ejecutada con las mayores garantías de acierto posibles.

\* \* \*

Dejaron Soganlidere al amparo de las sombras, poco antes de las siete y media. Navegaban a seis nudos, para levantar la mínima onda de cabeza y evitar que sus reflejos fueran vistos por los destructores enemigos; era, por desgracia para el *Muavenet-i Millîye*, una noche de media luna, ni menguante ni creciente, y su albedo, aun siendo nada más el nueve por ciento del de la luna llena, era suficiente para provocar un brillo que, si bien mínimo, haría sospechar a un vigía experto, y los ingleses solían serlo. Saffed, aun así, no temía que la indiscreta luna iluminase su bien oscurecido barco, ya que habían dejado Çanakkale vistiendo una fea librea gris oscura, casi negra. De día incrementaba en gran medida lo tétrico de su silueta —los torpederos alemanes de la cosecha de 1908 no pasaban ni por airosos ni por elegantes—, pero de noche lo volvía poco menos que invisible.

Los destructores ingleses no eran invisibles. Sus mandos no se molestaban en camuflarlos, al menos en cuanto a tonalidades, o *patterns* como se decía en la Royal Navy, según explicaba Firle hablando muy bajo. Lo más que había visto en cuanto a camuflajes británicos, en los tres meses que llevaba en los Dardanelos, eran los disruptores que colgaban entre las chimeneas. Su propósito era dificultar la medición desde los telémetros del enemigo, que suponían de coincidencia, como los suyos. El concienzudo estudio de los hombres de Limpus, durante sus muchos meses en Istanbul, les habría convencido de que la Marina otomana no disponía de otra cosa, incluyendo a sus anticuados acorazados de origen alemán. No debían de saber que los torpederos de la clase *Muavenet-i Millîye* los montaban estereoscópicos, como los del *Yavuz Sultán Selim* y el *Midilli*, y a sus ópticas, mucho más perfeccionadas que las británicas, los colgajones entre chimeneas no les afectaban. Eso lo decía no porque pensaran combatir al cañón, sino para explicar la razón de que los ingleses no camuflaran sus buques para combate nocturno. A eso se debía que los cinco destructores que llevaba contados lucieran la elegante librea *haze grey* —gris bruma—, gracias a lo cual se les veía sin problemas. Así, con suaves golpes de timón según los esquivaban, poco a poco ganaban su objetivo: un acorazado que Wichelhausen identificaba como *Goliath*;

un buque grande, de ciento treinta y dos metros de eslora y quince años en sus cuadernas, pero modernizado en 1907 y aún en buena forma, o eso decía el *Jane's*.

Firle había sujetado su telémetro desmontable a la barandilla del puente. No era la primera vez que disparaba un torpedo desde un *groflestorpedoboot* del tipo 1908, y por eso prefería sus instrumentos a los de la nave. Cantaba las distancias en tono apenas audible para Wichelhausen; este se había prestado para el trabajo y así liberar a uno de los suboficiales, que junto con el otro se ocupaba de orientar 90° a estribor los tres tubos lanzatorpedos. Saffed los miraba más con admiración que con envidia, las propias de un buen oficial que se sabía incapaz de hacer lo mismo, al menos con la frialdad de aquellos dos. «Así segundo a segundo, llegaron adonde querían sin haber sido detectados» bajo una luna que se cubría por momentos, sobre unas aguas muy tranquilas y con ningún destructor a menos de tres mil metros. Al otro acorazado, el *Cornwallis*, le sabían inalcanzable, pues había fondeado, al otro extremo de la bahía. Una pena, pero los tres torpedos, qué remedio, se los quedaría el *Goliath*.

—Distancia, mil metros. Permiso para disparar.

Wichelhausen lo repitió a Saffed en un turco excelente. Este, que se moría de impaciencia, respondió al momento.

—*Top ateşi!*

Eso no tendría significado para los suboficiales encaramados en el montaje, aunque sí la inmediata traducción:

—*Los!*

Un segundo después resonó el chasquido de la impulsión por aire comprimido del primer torpedo, seguido por el fuerte sonido de su caída en el agua. Los otros dos siguieron al primero en intervalos de cinco segundos. Suponiendo que los destructores enemigos no escucharan eso, dispondrían del minuto y cuarto que tardaría el primer torpedo en alcanzar el costado del *Goliath* para salvar el pellejo, y a eso se puso Saffed, pues esa parte del ataque la tenían discutida y acordada:

—¡Todo a babor! ¡Avante toda!

Aquello sin duda lo entendía el timonel, pero en la sala de máquinas quizá no fuese así. Wichelhausen, al menos, no lo daba por seguro, ya que al frente de las dos calderas y las dos turbinas se hallaban excelentes suboficiales alemanes que quizá no entendieran el turco de salir pitando. De ahí que, acercándose al tubo neumático casi al punto de besarlo, gritase:

—*Hart backbord! Volle Fahrt voraus!*

Eso sí funcionó. Lo supieron al sentir que el *Muavenet-i Millîye* respingaba sobre una mar que seguía lisa cual espejo, escorando a estribor según el barco buscaba el nuevo rumbo, el que le haría pasar entre dos destructores británicos separados entre sí unos tres mil metros. Firle y Wichelhausen, pese a lo dramático del momento, seguían pendientes del *Goliath*. La estabilización del rumbo coincidió con la primera explosión, entre la torre A y el puente, a la que siguió la segunda, entre las dos chimeneas, y la tercera, contra el trípode de popa. La

primera parecía la más letal, ya que hacía volar la torre proel, acompañada de grandes pedazos del puente. Wichelhausen con sus prismáticos, Saffed con los suyos y Firle con su telémetro, los rostros iluminados por un resplandor deslumbrante pese a los mil y pico metros de distancia, contemplaban cómo sucesivas explosiones se apoderaban de un desventurado *man o'war* que, ardiendo en pompa, escoraba de un modo vertiginoso hasta quedar con el pantoque al aire, momento en el cual una última explosión, aún más potente, acabó de hacerlo pedazos.

—¿Hora?

—La una y diez. *Herr Kommodore*.

El comodoro Saffed volvía sus prismáticos al destructor de más a estribor, que había encendido sus reflectores al tiempo de aumentar la velocidad. El otro parecía distraído, porque reaccionaba muy despacio. En cualquier caso, la vía de huida parecía despejada, se decía Wichelhausen sintiendo en la cara las primeras gotas de agua, las de una onda de cabeza tan formidable que alcanzaba el puente, lo cual indicaba que daban más de los veintiséis nudos oficiales. Los especialistas de la KM, que sabían lo que se jugaban, sin duda echaban el resto, pues la sensación que transmitían las vibraciones y los retemblores del barco, a la sazón dando machetazos —las aguas del estrecho no estaban tan calmadas como las de la bahía—, no eran las de un barquichuelo marchando a veintiséis nudos, sino a mucho más.

—¿Cuánto vamos dando?

El segundo de Saffed, tan otomano como él, tardó un poquito en responder; no eran cálculos sencillos.

—Treinta nudos, Komodor.

«Bien por Schichau-Werft», se decía Wichelhausen intuyendo que Saffed se decía lo mismo, pero ahí un primer fogonazo le devolvió a la realidad inmediata y al peligro inminente.

—El *Jed* nos dispara.

Firle había identificado al destructor inglés. No era la primera vez que lo veía. Una buena noticia, pues los *River*, que eran doscientas toneladas más pequeños, estaban peor armados y, lo más importante, no daban más de veinticinco nudos. El otro, a saber, pero el HMS *Jed* sin duda no les perseguiría.

—Me parece que no nos ve.

Saffed lo decía porque la luna, pese a su modesto albedo, había iluminado el pique lejano de una granada de 76 milímetros.

—¿Respondemos, mi comandante?

—No. Solo conseguiríamos que nos viera. Mejor que siga tirando sin saber adónde.

Otro fogonazo, pero no de granada. Era una bengala.

—Ahora sí que nos van a ver. ¿Por dónde anda el otro?

—Muy lejos. *Herr Kommandant*.

El *Jed* volvió a disparar, pero lo hacía en caza, con solo su cañón proel. Salvo

que los dioses se aparecieran a su director de tiro, de ningún modo los iban a centrar.

—Muy corta y a estribor.

—¿Distancia?

—Seis mil.

Lo había cantado Firle, que seguía enfocando al *Jed* con su telémetro. Wichelhausen lo tradujo al Kommodore, que asintió con evidente alivio.

—Fije rumbo a Çanakkale. Por hoy ya hemos cumplido.

Mientras el primer oficial transmitía las órdenes al timonel, los tres oficiales, Saffed, Firle y Wichelhausen, se miraban, sonrientes. No solo por la satisfacción del deber cumplido. Intuían que aquella catástrofe, porque si algo estaba claro era que su blanco, el *Goliath*, se había llevado con él a la mayor parte de su tripulación, alguna repercusión tendría en la marcha de la guerra. En cuanto a lo que pudiera suponer en sus respectivas carreras, algo habría, también. Al menos, para Saffed.

## **Domingo, 16 de mayo de 1915**

La prensa holandesa traía una noticia de importancia: el primer ministro Asquith anunciaba un nuevo gabinete. Dentro de los ceses, el más llamativo era el del primer lord del Almirantazgo, *Mr. Churchill*, artífice de la desdichada campaña de los Dardanelos. El nuevo primer lord sería *Mr. Balfour*, un hombre mucho mayor, solterón, inmensamente rico y con fama de aburrido de la política y de la vida parlamentaria, pese a que fue primer ministro de 1902 a 1905. La noticia tardó minutos en llegar al canciller Bethmann-Hollweg. Desde su oficina se retransmitió a todo el que debiera ser informado. Así, a la hora del almuerzo Usedom y Souchon se preguntaban qué supondría eso par; la marcha de la guerra. Terminaron diciéndose que aún era pronto par; saberlo, aunque no costaba concluir que con el cese de Churchill Alemania perdía una valiosa ventaja: la de que difícilmente un nuevo primer lord del Almirantazgo sería tan volcánico, tan insensato y tan temerario como el anterior.

## Martes, 25 de mayo de 1915

La guerra parecía detenida, comentaba el comodoro Saffed a los cuatro comandantes de su flotilla y a un recién llegado KademliYüzbaji grado de la Marina otomana equivalente a teniente de navío, que pese a cojear bastante se dio de alta por su cuenta, para unirse a la fuerza de Saffed y hacerse cargo del *Gayret-i Vataniye*, cosa que a quien hasta entonces lo mandaba, capitán de corbeta Wichelhausen, no le disgustó. A las órdenes de Saffed, incapaz de ceder un mínimo de autonomía no estaba cómodo. De hecho, contaba los días que aún le quedaban de soportar al aguerrido aunque insoportable comodoro. Se resignó, acallando su mala predisposición, a quedarse con su recién llegado sustituto durante un par de días más, en vez de sacudírselo con un destemplado «ahí te quedas», lo que tan vivamente deseaba su alma prusiana. Su balance final, tras catorce días a las órdenes de un comodoro mahometano, y convivir con ciento y pico fanáticos de la *yihad*, era que, al menos en un barco, los alemanes y los turcos se mezclaban tan bien como el agua y el aceite.

El comodoro había convocado la reunión para presentar al sustituto de Wichelhausen. Todos salvo este vestían el uniforme de oficial de la Marina otomana. Wichelhausen, para el que no se había encontrado ropa de su talla —salvo el fez—, vestía la poco impecable de la KM; no necesitaba explicar su nada impoluto aspecto, pues en un torpedero de setenta y cuatro metros de eslora y ocho de manga, donde conviven ciento diecisiete hombres sudorosos y mugrientos, y donde si algo es pertinaz es un penetrante olor a mierda, es imposible no pringarse de grasa y porquería según se atraviesan los mamparos. Además de aquel propósito la reunión tenía un segundo, más operativo: discutir las oportunidades que les brindaba la nueva situación en el estrecho, en particular entre Çanakkale, donde se celebraba la reunión —los cuatro barcos abarloados dos a dos en el muelle de la base naval—, y el cabo Helles. La determinaba la desaparición, aguas adentro del estrecho, de las unidades pesadas enemigas. Desde que se cargaran al *Goliath* y a las pocas horas se marchara el *Cornwallis*, no habían vuelto a ver acorazados al este de la línea imaginaria que unía Kum Kalé con el cabo Helles. La primera consecuencia fue que las baterías móviles instaladas tras las colinas de Kum Kalé volvían a causar daños en las

posiciones franco-británicas de las playas de Morto y del cabo Helles, así como en sus líneas de suministros. Los destructores británicos seguían bombardeando las baterías otomanas, pero sus granadas, salvo en caso de impacto directo, eran arañazos en la piel de un oso. Las que sí causaban daños eran las piezas de los acorazados desplegados más allá del cabo Helles, aunque la precisión de su fuego era escasa. Los ingleses insistían en levantar globos cautivos con observadores de artillería en sus barquillas, los cuales se comunicaban con tierra mediante un cable telefónico solidario con el de amarre, pero a eso respondían los biplanos *Fokker Eindecker I* de la Fliegertruppen<sup>[25]</sup>, los basados en Yapüdak. No valían para mucho, aunque para incendiar un globo de hidrógeno desde luego que sí. Ya llevaban dos cuando se les opusieron los hidroaviones británicos, aunque pronto quedó claro que lo suyo no era el combate contra cazas ligeros, y desde ahí los acorazados ingleses volvieron a quedarse sin observadores aéreos.

Debatían si volver a Morto y ahí buscar combate nocturno con los destructores enemigos, cuando al comodoro le pasaron un mensaje. Como no estaba seguro de comprender, ya que no solo estaba en alemán, sino en términos abreviados, lo pasó a Wichelhausen para que lo leyera en voz alta:

—HMS *Triumph* o HMS *Swiftsure* hundido 12:30 frente a Kabatepe. 25. 5,13:00. KLOH.

Cinco pares de cejas se alzaban al unísono, expectantes.

—El *U-21* dice haber hundido al *Triumph* o al *Swiftsure*. KLOH significa Kapitänleutnant Otto Hersing, el comandante del submarino *U-21*. Sabemos que dejó Kiel hace cuatro meses. Repostó de un vapor español, el *Marsala*, en la rada de Corcubión, al noroeste de la costa española. Volvió a repostar de otro vapor español, de nombre *Minerva*, en la bahía de Sóller, isla de Mallorca. Tras eso ganó Caporetto, una base austrohúngara, y de allí siguió al Egeo. Tras eso no hemos tenido noticias tuyas, aunque a juzgar por el mensaje lo tenemos cerca. Es el primer U-Boot que nos envían contra los ingleses. —Saffed asintió, admirado por la precisión y agradecido por la confianza con que Wichelhausen informaba; un minuto antes solo sabía que la KM pensaba destacar en los Dardanelos una flotilla de submarinos, sin más—. Ha debido de llegar hoy, o ayer. La noticia debemos tomarla con cautela, porque desde un submarino es difícil verificar si un buque torpedeado de verdad se ha hundido. Quizá los vigías de Kabatepe hayan visto algo.

—Lo podemos preguntar.

Un cuarto de hora después, gritaban de alegría tras saber que las baterías de Kabatepe habían visto un acorazado irse a pique tras una gran explosión, se pensaba que accidental, pues nadie disparaba contra él. Se había informado al comandante de la División, coronel Mustafá Kemal Bey. Era momento, pues, de brindar por el Kapitänleutnant Hersing. Entraba en lo posible que tras la pérdida de dos acorazados *Sir Ian* se replanteara el despliegue de sus buques. Lo hiciera o no, convendría coordinarse con Hersing. En la mente del comodoro ya se dibujaba una campaña donde sus torpederos y sus submarinos se lanzaran, al

unísono, contra los buques ingleses. El kaleun Wichelhausen, por su parte, solo pensaba en lo mucho que le gustaría estar en otro sitio. A mayor precisión, en el apartamento 2 de la cuarta planta del convento de las amables monjas francesas.

## Viernes, 28 de mayo de 1915

Treinta y seis horas antes, con el sol aún muy bajo, el *U-21* se deslizó a través de una maraña de cargueros, dragaminas, barcasas y destructores frente a lo que su capitán no sabía que los ingleses llamaban Playa W. A cubierto tras la multitud, el HMS *Majestic* bombardeaba tranquilamente las posiciones de la 19ª División. Esta se había empeñado en demostrar a las tropas de Sir Ian que los turcos —en la 19ª no había batallones árabes— no eran los infraseres que Churchill describía. Se defendían con una fiereza inexplicable, salvo que les hubieran drogado, pensaban los jefes de las fuerzas desembarcadas con una lógica indiscutible, pues si ellos atiborraban a sus hombres con pastillas de cocaína de la acreditada marca Forced March —las fabricaba la Borrough Wellcome & Co—, veían lógico que los mandos otomanos hicieran lo propio con los suyos. Esa mañana, por fortuna, contaban con el socorro del *Majestic*, que hacía fuego con cuatro piezas del 305, doce del 152 y ocho del 76. El concierto ya duraba hora y media, salvo los quince minutos que dio el comandante Talbot para que las ánimas y los frenos bajaran su temperatura. Concentrados como estaban en la banda de babor, y convencidos de la infranqueabilidad de la otra, no solo por sus redes antitorpedo, sino por la cortina de naves menores que impedirían cualquier ataque bajo la superficie, no se supieron centrados en un periscopio hasta que un torpedo atravesó las redes con toda limpieza para impactar bajo la línea de flotación, en el pañol de municiones de la torre A, la cual saltó por los aires con elegancia insuperable. Al cabo de cuatro minutos el *Majestic*, escorado a estribor en un ángulo de setenta grados, solo mostraba de sí mismo la cofa del trípode principal. El submarino asesino, por su parte, se había posado en el fondo a la espera de que la tormenta escampara. Esta lo hizo seis horas después, momento en que aquel comenzó a moverse a los dos nudos que permitían sus baterías —podían llegar a cinco, pero se agotaban en una hora; navegando a solo dos resistían entre siete y ocho— alejándose hacia mar abierto. Cuando el kaleun Hersing se supuso en soledad mandó emerger, para confirmar que o bien los británicos se habían cansado de buscarle, o lo hacían en otro sitio. Era un buen momento para fijar rumbo sur, a fin de doblar el cabo Helles y arrumbar a Çanakkale, donde pediría fuel, agua, víveres y torpedos; estos, porque había consumido todos los que tenía. Para ello

sería bueno hacer saber que había hundido al *Majestic* y que se hallaba cerca, de modo que lanzó un mensaje tan conciso como el de dos días antes. Tras eso, avante media y listos para inmersión a la que vieran humo, pues fuera de los Dardanelos el tal solo podía ser francés o inglés.

A las siete de la tarde, la noche ya cayendo en lo que antiguamente se llamaba Bocca d'Aveo, Hersing examinaba las orillas con algún nerviosismo, el de no saber si sabría distinguir a los torpederos otomanos de los destructores ingleses, y en el caso de que sí estaba por ver si ellos le sabrían identificar. Al poco, una silueta en gris oscuro le pareció que coincidía con la de un torpedero alemán de 1908. Había practicado contra ellos, de modo que pensaba, o quería pensar, que no se confundía. Llegaba el momento más delicado, el de reconocerse. Un breve mensaje por semáforo y a esperar. No mucho, pues en el puente del que antes fue *S-168* y ahora *Gayret-i Vataniye*, alguien contestaba con tal soltura que no podía ser turco. Tenía que ser alemán, y oficial, pues terminaba su mensaje con una clave de tipo enigmático: *Küss meinen Arsch!* —¡Bésame el culo!—, propia de la *Marineakademie*.

Hora y pico después el kaleun Hersing estrechaba la mano del kaleun Wichelhausen, el *U-21* abarloado del *Gayret-i Vataniye* y este amarrado al muelle de Çanakkale. Ambos oficiales comenzaban así lo que bien podría llegar a ser una de esas amistades que sobreviven al cese de los cañonazos, en el caso de que los dos vivieran para verlo. Cuando menos lo harían para disfrutar una cena estupenda, dentro de las limitaciones de la guerra, junto al comedor Saffed y los oficiales superiores de su flotilla, encantados de conocer al héroe que había liquidado al quinto y al sexto de los acorazados que los aliados llevaban perdidos en sus aguas. En esa cena todo era demostraciones de amistad y reconocimiento, traducidas por el resignado Wichelhausen, con el complemento de una noticia mala y una buena. La mala, que no había en Çanakkale torpedos del calibre 50. La Marina otomana los usaba del 45. Los del 50 estaban en Ístinye.

La buena no solo despertó entusiasmo en la tripulación del *U-21*, sino en el propio Hersing: Enver Paşa los recibiría en Istanbul la noche siguiente, para colgar del pescuezo del kaleun la más alta condecoración otomana, la Harp Madalyasi o Eiserner Halbmond (media luna de hierro). En realidad, luego le diría Wichelhausen, *eiserner* era un término impropio, pues era de plata y níquel, sin gota de hierro. Era un invento de Enver Paşa, hipnotizado por la Eiserne Kreuz prusiana. Con ella pretendía premiar a los soldados, otomanos y alemanes, que hicieran algo extraordinario. Que supiera él, la de Hersing sería la primera que se concediese a un alemán. Además de todo eso, a él y a su tripulación les aguardaba una juerga por todo lo alto. Si alguno de sus casi niños había dejado Kiel entero, que se hiciese a la idea de que su ascenso al empleo de hombre tendría lugar en la cálida, oscura, misteriosa y complaciente Istanbul.

Todo eso lo recordaban en la vela del *U-21*, según avanzaban a los catorce nudos que daban los dos MAN. Habían dejado Çanakkale a las seis, pensando

ganar Istanbul en diez horas, para no después de las cuatro abarloadse al *Midilli*, que habría ido a esperarles a Karaköy. Tras confiar a sus tripulantes la seguridad del *U-21*, se dejarían llevar a lo que la fantástica hospitalidad otomana hubiera preparado. Sería un breve remanso de la guerra, tres días de ser los hombres más admirados del universo para después volver a la grasa, la suciedad, el calor, la humedad, el hedor y el ruido constante, martilleante, atroz, de un submarino donde treinta y cinco marinos sobrevivían del modo más inexplicable, siendo Hersing el primero que no se lo explicaba. Simplemente, así vivían.

—¿Cómo va la guerra por aquí?

—No tan mal como se temía. Entre que los ingleses y los franceses han puesto al mando unos inútiles, que sus australianos y neozelandeses no pueden estar más verdes, y que los turcos se dejan matar antes que ceder un palmo de tierra... bueno, y que los mandan alemanes, pues de momento se les contiene.

—Los que mandan, ¿de verdad son alemanes?

—El inspector general del frente de los Dardanelos es un almirante, Von Usedom. El jefe de las defensas del estrecho es otro almirante, Merten. El que manda el V Ejército, el que impide a los ingleses avanzar en Gallipoli, es un general, Liman von Sanders. Los tres, o eso creo, son prusianos de monóculo. Así marchan los turcos a su mando: derechos como velas. En realidad no tienen nada que ver con nosotros, ni por sus creencias ni por sus costumbres, pero son valientes hasta la temeridad, y estoicos, y coriáceos. Unos infantes ideales, si se les sabe mandar. Es un milagro que siga sin comprender, pero nos complementamos de un modo sorprendente. Lo viví las dos semanas de mandar el torpedero en que os encontramos ayer. Dejando de lado que su tendencia natural es oler mal, o de un modo distinto al nuestro de oler mal, en cuanto te acostumbras te das cuenta de que son casi más de fiar que nuestra gente.

Hersing se lo quedó pensando unos momentos.

—Los nuestros, aquí, ¿qué tan andan de moral?

—Por ahora, bien. La disciplina en el Sonderkommando Türkei es relajada. Se conceden más permisos de lo usual en Alemania, y se usan a conciencia, porque si hay una ciudad ideal para tener dos días libres, es Istanbul. Con toda sinceridad, jamás he visto putas como las de aquí. No solo por lo bien que lo hacen, lo suyo, sino porque son cariñosas. Cuando menos, con los marinos alemanes. Más de uno está pensando en llevarse la suya con él, cuando todo esto acabe.

Hersing compuso el gesto universal de sorpresa teñida de perplejidad, ampliado por el recuerdo de las funcionarias del amor que operaban en Kiel, Wilhelmshaven y los alrededores del Jadebusen. De todas ellas, según sus informes, podría decirse cualquier cosa menos que fueran cariñosas. En cierto modo, era como si también las hubieran adiestrado a la prusiana.

—¿Tienes idea de qué nos han preparado?

Wichelhausen sonrió con amplitud, aunque con tristeza. La de saber que no sería de la partida. No porque quisiera disfrutar las atenciones de las otomanas

misteriosas, sino por nostalgia. Las dulces veladas de la ciudad vieja y de Beyoğlu, las del invierno de 1913, le habían dejado un poso de ternura que le costaba sacudirse. Queralt había ganado muchísimo en sabiduría, pero el misterio de las turcas, bailando sus danzas hipnóticas, ocupaba un espacio en su memoria que no lograba desplazar. Su novia era de las mejores amantes imaginables, pero no era turca, ni llegaría jamás a serlo. Y era una pena.

—No, pero quedaréis contentos. Tú, el que más.

—¿Por qué? —Tono de incredulidad.

—Pues por ser el más grande de los héroes, siquiera esta semana. Ninguna virgen turca te pondría pegas.

El kaleun Hersing se lo quedó pensando, soñador. Tras un mes confinado en el inhóspito *U-21*, nada le apetecía más que aquello tan estimulante que le acababan de hacer imaginar.

## Domingo, 30 de mayo de 1915

Las gambas y el rodaballo le sabían tan bien como en el mejor restaurante de Istanbul. Podía dar fe, porque había estado en unos cuantos. La mayoría los visitó con Humann, alguno con Buße, y dos o tres con Orbey. Lo asombroso era que no se trataba de manjares cocinados a la turca. O por una turca. Quizá Queralt se volvía turca. Lo pensaba no solo por la evidente influencia de la cultura local en los prodigios que llevaba un buen rato engullendo. La forma en que vestía la señora de la casa indicaba que de proponérselo podría pasar por turca; muy alta, pero turca. Lo que llevaba encima no podía ser más propio de una, y no de las del montón, sino de las que hacían las delicias de los aún no escasos extranjeros que llegaban en tren desde Viena, se quedaban unos días vendiendo y comprando cosas, y se volvían por donde habían venido, rara vez sin haber visitado alguno de los acreditados establecimientos de Constantinopla dedicados a la jamás desfalleciente industria del pecado. Ver moverse a la que a casi todos los efectos era su mujer, le insuflaba una gran ternura. Influía en tan hermoso sentimiento que llevara el ombligo al aire, al estilo de las danzarinas otomanas. La escasa ropa que lucía, de corte por demás vaporoso, conjuntaba muy bien con aquel rincón de su ser, sobre todo tras vislumbrar, a la escasa luz ambiente —las velas no daban para mucho—, que bajo las amplias sedas no había nada de naturaleza textil. Que hubiera él constatado, solo una cadenita, quizá de oro, que rodeaba su cintura cabalgando sobre sus caderas.

—Con eso que llevas, cualquiera te tomaría por turca.

—No estaría muy segura. No sé maquillarme como ellas.

Probablemente así era, si bien la escasa luz no permitía comprobarlo. En realidad, y ahora que Rolf lo pensaba, Queralt no se maquillaba mucho. Sus veintitrés años se llevaban bien con el agua y el jabón. El que aquella noche le apreciara sombras en párpados y esquinas de ojos, quizá fuera un complemento estudiado para celebrar como Dios mandaba el que durante una temporada los dos serían vecinos de Istanbul.

—Vuelve a decirme lo que te ha dicho Souchon.

—Pues que hasta nueva orden mi destino vuelve a ser su Estado Mayor. Salvo bajas desmesuradas, y solo en tanto se cubran, mi cesión al ejército regular

otomano ha terminado. Mi residencia oficial seguirá siendo el Pera Palas, aunque se mirará para otro lado si alguien pregunta por qué no duermo ahí. En eso sigo sin ser el único, pero esa es otra historia. De momento, así pues, nada te libraré de hacerme la cena cada noche.

—Alguna vez podrías hacerla tú.

—Si consigo averiguar dónde venden *bratwürst*, cuenta con ello. Mucho me temo que solo sé cocinar eso.

Queralt suspiró, con fingido desaliento.

—Me temo que tú también te vas volviendo turco.

—Error. Lo mío es de nacimiento. Si alguna vez has visto un hombre negado para la cocina, soy yo.

Ella se limitó a sonreír. Rolf quizá fuera la torpeza personificada si se trataba de andar entre fogones, pero ayudaba en lo que podía. La mesa la ponía y la quitaba, echaba una mano con la escoba y la bayeta, no manchaba demasiado y hasta era capaz de hacer la cama, cosas todas ellas muy de agradecer, aunque no tanto como el ventajoso acuerdo al que había llegado con las monjas, en virtud del cual sus novicias se ocupaban del cuidado de la ropa y de la limpieza de la casa. Gracias a eso podía dedicarse a las cosas que le gustaban, sin perder un minuto en las fastidiosas esclavitudes de su género.

—Ayer me di una vuelta por el Gran Bazar.

En eso Queralt, se decía Rolf, era una mujer como todas las demás. Adoraba perderse por los infinitos tambuchos del Kapali Çarşı. Este, contra lo que pudiera pensarse, apenas había decaído con respecto a seis meses antes. Dada la gran cantidad de británicos y franceses que habían abandonado la ciudad, y dado que muchos turcos antes adinerados miraban con desconfianza el porvenir, los esforzados trapicheadores no solo habían bajado sus márgenes, sino que ponían a la venta cosas compradas a bajo precio pero que malvendían a la vista de que las tasaron con un exceso de alegría. Esa era la razón de que Meritxell y Queralt, excelentes carroñeras donde las hubiera, dedicaran no poco tiempo a perderse por sus sesenta y tantas callejuelas a la búsqueda de gangas. Las alfombras eran su objetivo preferencial, a lo que se debía que tanto en la casa de la una como en la de la otra casi no se viera el suelo, aunque las dos andaban siempre ojo avizor por si veían algo que mejorara su calidad de vida. Esa era la razón de que semiculto en un rincón permaneciera un artefacto en el que Rolf solo reparó a los postres.

—Gramófono Victrola Victor II, de 1906. Como nuevo. Según mi trapichero, era de un oficial del consulado belga.

De veras que parecía en buen estado, aceptaba Rolf por mucho que le asaltase una duda muy seria.

—¿Eléctrico?

—De cuerda. Le dura un disco de doce pulgadas. Tengo unos cuantos. Estaban en el lote.

—¿De qué clase son?

—Ahora lo vas a ver. Siéntate y disfruta.

Lo decía según colocaba un disco sobre una superficie vagamente similar a un plato y con aspecto de poder girar si algo la impulsara.

El algo, deducía Rolf, se activaba con una manivela similar a la del Audi C de Souchon. Una vez el conjunto dando vueltas a la velocidad angular de 78 revoluciones por minuto, solo quedaba mover un brazo, paralelo al plato en que giraba el disco, y posarlo en la primera pista. Instantes después, y tras unos inquietantes ruidillos de crepitación, una musiquilla de corte oriental comenzó a invadir el aposento. Aun sonando un punto chirriante no se diferenciaba gran cosa de la que solía sonar en las cuevas del pecado que Rolf frecuentaba en otro tiempo, aunque también era verdad que, para él, de oído por demás ladrillesco, la música otomana era indiferenciable. Pese a eso era un excelente acompañamiento para una Queralt que se había propuesto volver a sorprenderle. La sorpresa era demostrar que ya dominaba los fundamentos de la danza que había hecho de Istanbul el paraíso soñado de la MD.

—¿Dónde has aprendido a bailar así?

Lo preguntaba un buen rato después, cuando la danzarina ya solo vestía sus dos cadenas de oro, la del cuello y la de las caderas. Él, por su parte, no estaba mucho más vestido, aunque no se había esforzado en conseguirlo. Si algo adoraba Queralt era quitarle, con morosa e incitante lentitud, todo lo que llevara encima, tras haber hecho lo propio con ella misma.

—Una, que sabe fijarse.

—Las turcas no bailan así en medio de la calle.

—No, pero una noche Germán nos llevó a un *cabaret*, si se les puede llamar así. Nos dieron de cenar, bastante mal por cierto; al terminar, un coro de vírgenes entraditas en carnes nos dio un curso acelerado de lo que a casi todos los caballeros les encantaba contemplar, a juzgar por lo mucho que aplaudían.

—¿A Pascual también le gustó?

—Disimulaba. Como buen diplomático domina el arte de poner cara de palo, pero cada dos por tres cambiaba de postura de un modo altamente sospechoso.

—¿Meritxell también aprendió?

—Lo ensayamos juntas, muertas de risa, en cuanto tuvimos oportunidad. Sobre los efectos causados en Pascual no tengo información. No aún. Sobre los causados en ti, mi dueño y señor, ya veo que no he fracasado.

Lo decía sólidamente asida de la prueba de convicción.

—Conmigo jamás fracasarás.

—No siempre seré joven, Rolf.

—Ni yo tampoco.

—Pero los hombres duráis más. Nosotras, en cambio...

—Te lo diré cuando deje de durar. Por ahora no es el caso.

Lo decía según la izaba sin esfuerzo, pese a que su bailarina favorita no era del modelo más liviano. A ojo, algo menos que granada y media del 150. Le habría

gustado comentárselo, pero ella, cómodamente instalada en sus brazos, se había hecho con su boca y no soltaba. Era claro que ya no era momento de decir nada. Era, o seguía siendo, de dejarse hacer.

## Lunes, 31 de mayo de 1915

Pese a las restricciones impuestas por la guerra, en el Pera Palas aún se cenaba bien. En uno de los reservados de la planta baja lo hacían Souchon, Ackermann, Madlung, Humann, Buße, Freudenberg, el Kapitänleutnant Von Mücke —primer oficial del SMS *Emden*—, el Kapitänleutnant Hersing y Wichelhausen. Usedom había sido nombrado ayudante general del sultán Mehmed V Reçad, lo que implicaba, entre otras desdichas, verse obligado a cenar con él, con el gran visir Said Halim y con el ministro de la Guerra Enver Paşa, precisamente aquella noche.

Las razones de que los nueve impecables caballeros se reunieran para cenar eran rendir tributo al recién llegado Von Mücke, que pronto regresaría por tren al Reich, y despedir a Hersing, que al día siguiente zarparía rumbo al Egeo para tratar de hundir algún otro *man o'war* (buque de combate) inglés, si quedase alguno. Según Wichelhausen, Balfour había retirado del Mediterráneo las unidades de batalla, de modo que frente a Gallipoli no quedaba nada con artillería de calibre superior al 152. Esa información fue la elegida por Souchon para iniciar la charla mientras los camareros escanciaban las primeras copas de buen champán francés, un brebaje imposible de conseguir en la Istanbul de 1915, pero que no escaseaba en el de veras perfecto Pera Palas.

—¿Su fuente es la usual, Wichelhausen?

—Así es, Euer Exzellenz.

Solo Souchon, Buße y Humann sabían que Wichelhausen poseía un acceso privilegiado a las informaciones de interés militar que con alguna frecuencia llegaban a la embajada española por la vía Madrid-Ginebra-Zúrich-Viena-Istanbul.

—Si han retirado sus acorazados ya no podrán bombardearnos —el razonamiento de Buße era impecable—; si los ciento y pico mil hombres que han puesto en Gallipoli siguen embarrancados, es para preguntarse qué pensarán conseguir sin sus piezas de gran calibre. Igual preparan una retirada honrosa.

—¿Cuántas bajas llevan ya?

—Según Usedom, no menos de setenta mil. Los que peor lo pasan son los ANZAC, los voluntarios australianos y neozelandeses. Mustafá Kemal, el jefe de la

19ª División, les hace verdaderas escabequinas, y los que no se cargan sus otomanos caen como moscas por el calor, el agua podrida, el tifus, las pulmonías y hasta pudiera ser que la peste. No exagero; solo sucede que las playas de Gallipoli son lugares pantanosos, por demás insalubres. Los aliados no debían de contar con eso cuando planearon lo que lleva camino de ser un completo desastre, a lo cual, como es natural, debemos contribuir tanto como podamos.

Sonrisas generalizadas. Salvo Hersing y Mücke todos conocían el estilo de Souchon. De ahí que, a sus espaldas, su gente de mayor confianza se refiriese a él como Der Diplomat.

—Igual no han renunciado a bombardear. Parece que la Royal Navy piensa usar monitores en lugar de acorazados.

Pocos de los comensales sabían qué cosa era un «monitor». De ahí que Wichelhausen intuyera que convenía explicarse.

—Hasta donde sé, un monitor es un barco de menos de diez mil toneladas, incapaz de dar más de ocho nudos y muy poco marinero. Su característica esencial es montar una torre doble, procedente de algún viejo *predreadnought*. Su eslora no pasa de cien metros, pero su manga se acerca mucho a los treinta, de modo que son muy poco hidrodinámicos. Su calado no excede los tres metros, para que naveguen sin sobresaltos sobre campos de minas fondeados a cuatro metros o poco más. Acertarles desde un U-Boot, o desde un torpedero, requerirá cerrar mucho la distancia, lo que será peligroso, porque operan protegidos por escoltas muy fuertes. Su blindaje no es como el de los acorazados, salvo en las superficies horizontales, pues por las misiones que les asignan, bombardear fortalezas y posiciones costeras, es normal que reciban fuego en trayectorias parabólicas, con ángulos de incidencia pronunciados. Los ingleses no quieren que a sus monitores les pase lo que al *Bouvet*.

Souchon asintió con expresión preocupada.

—¿Cuántos de esos tienen?

El que contestó a Bu<sup>^</sup>e fue Humann. Tenía información detallada, transmitida directamente por Isendahl.

—Cuatro *Abercrombie*, armados con dos piezas del 356, y ocho *Lord Clive*, dos del 305. Están construyendo catorce unidades de un tipo al que llaman M-15. Monta una pieza del 234, muy antigua, pero sin duda lo encuentran suficiente. Según Isendahl, a los *Abercrombie* no tardaremos en verlos en Gallipoli.

—¿Se sabe cómo son sus siluetas? Es que no recuerdo haber visto ningún *Abercrombie* en el *Jane's*.

—No sabemos cómo son, aunque sí que montan la torre de artillería en el segundo tercio de la eslora. También, que llevan un palo trípode muy alto, con una gran cofa, también dentro del segundo tercio. Ah, y una sola chimenea.

—¿En qué playas será más probable que los coloquen?

—En las de más al norte. Las llaman ANZAC Cove, dicen los prisioneros. Allí pusieron pie diecisiete mil entre *aussies* y *kiwis*. Más tarde llegaron otro tantos. Sobreviven la mitad, o menos. Siguen clavados en las playas. Si hay un sitio donde

podrás torpedear un monitor, es ese: ANZAC Cove.

Hersing asintió. Se le veía muy concentrado.

—Alguien me dijo que desembarcaron en cinco playas.

—Sí, *Herr Kapitán*. Dos dentro de los Dardanelos, que allí fue donde hundimos al *Goliath*, y tres al largo de la costa, desde cabo Helles al ANZAC Cove, o Ariburun para los otomanos.

—Según Liman, llevan desembarcados ciento veinte mil hombres, u ocho divisiones. Británicas puras se cree que solo son dos, la 29ª y la 52ª. Las otras son coloniales. Mal equipadas, peor adiestradas y fatal mandadas, o eso dice Liman. Debe de ser cierto, porque les ha costado las cabezas a dos comandantes en jefe, además de a Churchill y a Fisher. Por desgracia, no tardarán mucho en cortárselas a quienes las mandan hoy día.

—¿Por desgracia, Euer Exzellenz?

—Difícilmente pondrán otros que lo hagan peor. Los que vengan enviarán las tropas a lugares donde hagan más falta y a la larga será peor para nosotros. Bonaparte decía que las batallas contra las mujeres son las únicas que se ganan huyendo. Bien, pues esta será la excepción. Ellos ganarán y nosotros empezaremos a perder cuando se larguen, pero dejemos eso. Hay asuntos más agradables de comentar. Los suyos, por ejemplo —señalaba con el dedo a Mücke—; háblenos del *Emden*, Kapitán.

Podría ser una historia muy larga, se decía un preocupado Von Mücke. Sospechaba que los sentados a la mesa no eran partidarios de parlamentos desmesurados. Según la mentalidad prusiana de los tiempos, las hazañas que más les gustaba escuchar a los oficiales superiores eran las suyas propias.

—La guerra nos alcanzó en Tsingtao. Allí nos llegó la orden de reunimos con el grueso de la escuadra en Pagan, en las Marianas. Por el camino, el 4 de agosto, nos dimos con un vapor ruso, el *Rjiisan*. Fue nuestra primera presa, y creo que también de la KM. —Souchon asintió; conocía el dato—. Ya en Pagan, nuestro Kommandant, Fregattenkapitän Von Müller, convenció al Vizeadmiral Von Spee, comandante del Ostasiatisches Kreuzergeschwader, de separar el *Emden* de sus otros cruceros, *Scharnhorst*, *Gneisenau*, *Nürnberg*, *Leipzig* y *Dresden*, y confiarle una campaña de corso por el índico. El Graf Spee no lo veía claro, pero al ver a Von Müller tan entusiasta, claudicó. El Oberleutnant-zur-See Canaris, en representación del comandante del *Dresden*, enfermo, le pidió lo mismo, pues el *Dresden* era gemelo del *Emden*, pero Spee no quería quedarse sin sus dos cruceros exploradores, de modo que se llevó al *Dresden* con él. Desde aquel 12 de agosto, y durante doce semanas, recorrimos miles de millas por el Pacífico y el índico, bombardeamos Madrás, apresamos catorce barcos y hundimos un crucero ruso, el *Zhemchug*, y un destructor francés, el *Mousquet*. El 8 de noviembre Von Müller me ordenó destruir la estación de telegrafía del archipiélago de Cocos, así como los cables submarinos que conmutaban allí. Formé un trozo de desembarco de cincuenta y tres hombres, y en un par de traineras nos llegamos a la isla Direction. Allí, según acabábamos con la estación y cortábamos los cables, vimos

llegar al australiano HMAS *Sydney*, mayor, más rápido y mejor armado que nuestro *Emden*. No podíamos hacer nada contra el *Sydney*, pero en el muelle de la isla, el que llamaban Port Refuge, descubrimos una goleta de tres palos, en muy mal estado, pero capaz de sacarnos de allí. La reparamos a toda prisa por sí volvían los Australianos, por entonces entretenidos en cargarse al *Buresk*, nuestro *collier*. Nos hicimos a la mar, confiando en que una vez cayera la noche renunciarían a perseguirnos. Para defendernos teníamos poca cosa: cuatro ametralladoras, treinta rifles y unas cuantas pistolas. En cuanto a víveres y agua, lo poco que pudimos requisar en Port Refuge.

Von Mücke se interrumpió para echar un trago de agua. Tras eso siguió con su relato.

—Pusimos rumbo a Padang, en Sumatra. Nos dimos allí con un carguero alemán, el *Choising*, a punto de zarpar para Hodeida, Yemen, ya en el Osmanisches Reich. Nada más llegar compramos un par de *dhow*s, unas barcas tamaño trainera con una vela triangular. Se usan en Arabia para tráfico de cabotaje. Nos llevamos un oficial otomano retirado, que hablaba un buen inglés, que dominaba casi todos los dialectos árabes y que también quería llegar a Istanbul. Venía con la más reciente de sus esposas, una chica muy joven, muy bonita y muy aterrada. Pretendíamos llegar a Jeddah, en el mar Rojo, para ir de ahí a Medina, ya por tierra, y desde allí, en tren, hasta Istanbul, pero uno de los *dhow*s se nos fue a pique. Como en el otro no cabíamos no nos quedó más opción que seguir por tierra. Desde ahí nos pasó de todo. Primero nos atacaron cientos de beduinos a sueldo de Inglaterra, y luego, cuando ya nos veíamos perdidos, nos socorrieron los árabes del emir de la Meca, pero no de un modo desinteresado. En cuanto entendí que pretendían comerciar con los mismos ingleses que pagaban a los beduinos, siendo nosotros el objeto del trueque, nos fuimos de noche, de un modo asaz melodramático. Tras varios días de caminar por el desierto, y gracias a nuestra ciencia de navegantes, llegamos al oasis de Al Ula, por donde pasaba el ferrocarril de Hejaz. No lo hacía todos los días, de modo que nos parapetamos por si volvían los beduinos, o los hombres del emir, o cualquier otro bandolero, que si algo hay en Arabia es arena y bandoleros, y así resistimos unos días, hasta que llegó un tren. No fue que lo tomáramos. Fue que lo asaltamos, ametralladoras en ristre. Desde ahí todo fue fácil. Largo, pero fácil. Cuando llegamos a Haydarpassa, la estación del otro lado del Bósforo, besamos el suelo. —Gesto general de sonriente comprensión—. Ahora no vemos el día de regresar a la patria, espero se hagan cargo.

Souchon se lo hacía. Le gustaría quedarse con aquel oficial y con los cuarenta y tantos marineros que llegaron con él, pero sería una inmoralidad impedirles regresar a sus casas. Ciertamente que se hicieron a la mar después de que los hombres del *Goeben* y el *Breslau* dejaran las suyas, pero lo que habían pasado los unos y los otros no era comparable. Así, con desgana pero sin que nadie se lo impusiese, había ya firmado los salvoconductos de todos ellos. No era el momento de decírselo a Von Mücke, aunque ya lo haría con el *schnaps*. Era mejor no solo

seguir con la cena, sino hacer hablar al que sería héroe del día de no haber aparecido el que se acababa de callar.

—¿Qué planes tiene ahora, Hersing?

—Mis órdenes son patrullar por el Egeo lo más cerca que pueda de Gallipoli, hasta que consuma mis torpedos o hasta que me vea muy bajo de combustible. Si los Dardanelos siguieran siendo practicables volvería a Ístinye. Si no fuese así deberé regresar a Pola, para repostar y recibir nuevas órdenes.

Tan conciso como preciso. El estilo del arma submarina.

—¿Cómo marcha la guerra por aquí, Euer Exzellenz? Lo pregunto porque nadie me ha puesto al día, y los del *Emden* llevamos tanto tiempo sin noticias que si mis hombres me preguntasen solo podría decirles que sigo sin tener la menor idea.

Souchon se lo pensaba. Conocía bien la situación militar del Osmanisches Reich y la del Sonderkommando Tiirkey, pero no estaba seguro de hasta dónde convenía explicar y a partir de dónde debía callar. Una duda que le llevó unos segundos y que sus hombres se tomaron por un simple reordenar ideas.

—Los otomanos luchan en varios frentes. Su imperio es muy extenso y casi todos sus vecinos son enemigos viscerales, porque a lo largo de la historia les han pisado los callos demasiadas veces. Su mayor concentración de fuerzas está en Gallipoli. Si pierden ahí no podrán evitar que una escuadra franco-británica se plante frente a Istanbul y la destroce a cañonazos. No sobrevivirían a eso, de modo que aquí tienen ustedes —hablaba en general, pero sus ojos estaban fijos en Mücke— no ya el frente principal, sino la clave de bóveda. Si cae Istanbul se acaba la guerra, pero los vamos conteniendo. A los ingleses.

Primera pausa. Los oficiales de Souchon sabían que organizaba sus discursos en bloques separados por pausas de masticar alguna cosa, o echar un trago y, si no, encender un cigarrillo, a pesar de que apenas fumaba.

—Los soldados del Reich estamos implicados en todas sus campañas; en unas más y en otras menos, pero en todas. La de Gallipoli es donde más, y espero disculpen mi satisfacción al afirmar que gracias a nosotros estamos aquí cenando, y no en a saber dónde. La segunda en que más estamos envueltos es la de Suez, por el común interés. La del Osmanisches Reich es dificultar la llegada de refuerzos británicos al golfo Pérsico. La nuestra es llevar más allá del cabo de las Tormentas el aprovisionamiento a la Gran Bretaña de petróleo, materias primas y tropas coloniales. Eso, y que a la BMF no le llegue carbón de la India, ni petróleo de Omán; que todo lo que consuma le llegue por el Atlántico, a tiro de nuestros submarinos. A eso se debió que Enver Paşa pusiera su IV Ejército a las órdenes del general Ahmed Djemal Paşa, en el que tiene una total confianza, y lo enviase desde Líbano a tomar el canal de Suez. A fin de que todo funcionara con perfección confió su Estado Mayor al coronel Von Kressenstein. El avance fue rápido, tanto que las vanguardias del IV alcanzaron el canal el pasado 26 de enero, aunque muy desperdigados. La razón de tan lamentable cosa fue que, si

bien los soldados turcos son fantásticos, de veras extraordinarios, los árabes no lo son. La segunda fue que la suboficialidad de los ejércitos otomanos no se puede comparar a la nuestra. El suboficial otomano requiere la presencia constante de oficiales competentes que les digan qué tienen que hacer, y estos, que tampoco abundan, no pueden estar en todas partes. La tercera es que la logística y la intendencia, que para nosotros son verdades reveladas, para los ejércitos otomanos, donde reina el «Alá Proveerá», de ningún modo lo son. Poniéndolo todo junto sucede lo que allí sucedió, que a los pocos días Kressenstein se retiró. No lejos, porque no le perseguían, pero el objetivo de cegar el canal sigue sin alcanzarse, y si no se hacen llegar refuerzos sustanciales no se conseguirá.

Segunda pausa. Varios de los a la mesa estimaban en al menos cinco las necesarias para llegar al coñac y al *schnaps*.

—La tercera campaña importante fue la del Cáucaso. No salió bien. La estrategia del gobierno, lanzar una ofensiva de invierno, era muy arriesgada. Lo hicimos saber, pero no se nos hizo caso. Nuestros anfitriones tienen con los rusos infinidad de cuentas a cobrar, tantas que ni se plantearon aplazar las operaciones hasta la primavera. Lanzaron su III Ejército, ciento cincuenta mil hombres, sobre las posiciones rusas al pie del Cáucaso. Los rusos se retiraron, tal y como profetizó nuestro adjunto al Estado Mayor del ministro de la Guerra, el General mayor Von Schellendorf, pero los coroneles otomanos al frente de dos de sus tres cuerpos, desoyendo sus advertencias, se lanzaron tras ellos. Los rusos los derrotaron en las montañas y los hicieron retroceder hasta Sankamiç, ya en Anatolia, donde les hicieron cien mil bajas. Desde ahí, primeros de febrero, el frente permanece inmóvil en la línea Trabzon-Erzurum, muy en el interior de Anatolia. No todas las bajas otomanas se debieron al fuego ruso, lo debo aclarar. Pesó más el pésimo equipo de las tropas, inadecuado para temperaturas que rara vez subían de diez grados bajo cero. Como suele suceder en los desastres, en vez de buscar las causas en los propios errores, se recurrió a los elementos y a los traidores. Nuestros anfitriones acusaron de tales a los infelices armenios, los habitantes de la zona sur del Cáucaso, que se habían negado a levantarse contra los rusos. Además de gente pacífica son cristianos viejos, cosa que a los musulmanes no les gusta mucho. La consecuencia de todo eso fue que se decidió exterminarlos. La primera causa de su final, sostienen nuestros anfitriones a fin de no quedar demasiado mal, fue la suciedad en que vivían y las enfermedades a que tal cosa daba lugar, las cuales, combinadas con el frío del invierno, fueron determinantes. A eso, y también al hambre, los turcos añadieron generosas raciones de 7,92 x 57, la estupenda munición que disparan las ametralladoras MG-08. Hasta donde se han dignado explicarnos, se estima en no menos de millón y medio el número de hombres, mujeres, viejos y niños armenios que han subido al cielo por su criminal empeño en no enfrentarse a los rusos.

Tercera pausa, más larga que las otras. A casi todos les sirvió para pintar en su imaginación, los que tuvieran alguna, el horror de un millón largo de mujeres, hombres y niños masacrados por creer en un Dios único y verdadero que no

coincidía con el Dios único y verdadero de sus vecinos.

—Tienen más campañas abiertas, no vayan ustedes a pensar que se conforman con estas pocas. Mantienen un ojo puesto en Persia y Mesopotamia, y otro en el extremo sur de Arabia, donde se les han sublevado unas cuantas tribus. Cemal Paşa habla de llegar hasta la India y resucitar el imperio de Alejandro. Tampoco ponen mala cara, él y Enver Paşa, si se les habla de recuperar Cirenaica y Egipto, más el Dodecaneso y el pedazo de Tracia que pasó a manos griegas tras las guerras de 1911 a 1913. En fin, que se sienten más fuertes de lo que deberían, porque ya llevan ciento y pico mil muertos. Aun así, ni los otomanos más cautos se atreven a decirles que para morder tanto hacen falta más dientes. Ese papel nos corresponde a nosotros, aunque no siempre les tiramos de las riendas con la debida fuerza.

Cuarta pausa. No debía de quedar mucho más, se decía Wichelhausen con alguna impaciencia, pues a diferencia de Mücke y Hersing él había escuchado todo eso más de una vez.

—En lo que corresponde a la KM, nuestro papel no ha variado: mantener el control del Kara Deniz, que así llaman los turcos al mar Negro, garantizar el suministro de carbón desde las minas de Anatolia, que de ahí es de donde nos llega el poco que podemos quemar, e impedir que los rusos den algún golpe de mano contra el Bósforo. Es una pena que deba usted volver al Egeo, Hersing. Nos vendría bien su U-Boot para mantener quietos a los rusos. Lo he planteado al Vizeadmiral Bachmann, no se lo voy a ocultar, pero su decisión es firme: su mejor papel está en el Mediterráneo. Buße —súbito cambio a estribor—, ¿sería posible que nos trajeran algo más fuerte? Mucho me temo que brindar con champán francés nos traería mala suerte.

El Asto del Vízadmiral Souchon se levantó en el acto, sonriente. La seriedad y la formalidad tocaban a su fin. Llegaba el momento de las libaciones. Después, ya se vería.

## Martes, 27 de julio de 1915

Cenarían solos, en su casa. Lo harían a la luz de las velas, porque la eléctrica ya se había esfumado. La población lo sobrellevaba con resignación; al fin y al cabo, no habían pasado tantos años desde que la electricidad llegase a Beyoğlu. Las velas eran suficientes para verse las caras los unos a los otros, incluso en los de por sí oscuros tambuchos del Kapalı Çarşı, o Gran Bazar para la cada día más irritable Meritxell, empeñada en no aprender una palabra de Orta Türkçe. Queralt, cuyo fatalismo natural era el mejor antídoto de la depresión, se adaptaba sin problemas a las crecientes incomodidades. Un ejemplo era el haber renunciado a vestir a la europea. Desde que diez días antes las autoridades ahorcaran en la plaza Taksim a veinte desdichados del Hinchak, un grupo de ingenuos que protestaba por la sanguinaria persecución de los armenios, se cuidaba de que nadie la tomara por otra cosa que una musulmana ferviente. Para ello complementaba unas abayas que solo se quitaba en su piso, en el de su hermana y en el trabajo, con un niqab ortodoxo, de modo que cuando andaba por la calle solo se le veían los ojos. Salvo en eso, la vida transcurría para ella en tranquila y apacible felicidad. Su trabajo le gustaba, su independencia mucho más, tenía tiempo para disfrutar de una ciudad que no dejaba de alentar pese a las limitaciones de la guerra, y las veladas con su hombre seguían colmándola de dicha, y no solo en la parte que dependía de la gloria de la carne. Gracias a las comodidades de su milagroso apartamento disfrutaban a menudo de uno de los placeres que más valoran las parejas enamoradas: bañarse juntos. Eso, y alguna otra cosa más, era lo que habían terminado de hacer haría un cuarto de hora. En ese momento, llevando encima lo mismo que al dejar la bañera, se asomaban al borde superior del emparrado que limitaba su terraza por el lado del Palazzo Venezia, la espléndida embajada Italiana. Lo hacían hechizados por una enorme luna llena que iluminaba la soberbia mezquita del Kanuni Sultán Süleyman, y también, aunque más lejos, los seis minaretes de la del sultán Ahmed Khan, o Mezquita Azul para la recalcitrante Meritxell. No tenían idea de qué hora era, ni les importaba; solo sabían que no habría pasado mucho desde que un müezzin inoportuno aullara del modo más estentóreo, desde el único minarete de la vecina Tomtom Camii, la Isha o última

de las llamadas a la oración.

—Te veo muy puesta en el asunto de la devoción.

—Es parte del camuflaje. Los vigilantes de la moral, unos tipejos asquerosos que andan por ahí sospechando de las mujeres impías, las vestidas a la europea, lo primero que te preguntan es si has hecho tus rezos, y ¡ay! de ti como no les digas que sí, que los cinco: el Fajr o según amanece, el Zhur o justo después de mediodía, el Asr o de la merienda, el Maghreb o de antes de cenar, y el Isha o de irse a la cama. No son difíciles de recordar, porque coinciden con los cristianos. El Zhur se corresponde con la llamada de la primera misa, el Zhur coincide con el Angelus, el Asr es el del té de las cinco, el Maghreb equivale al *sundowner* y el Isha es nuestra retreta o vuestro *zapfenstreich*, a elegir. Ya ves, en el fondo todo es lo mismo. La única diferencia de importancia es que los cristianos llamamos a la oración por medio de campanas, mientras esta pobre gente recurre a un iluminado que grita como si algún desalmado le machacara las pelotas.

Rolf, aun riendo con ganas, sentía una cierta inquietud.

—¿A ti te ha parado algún vigilante de la moral?

—No, porque cuido el camuflaje, pero a Meritxell sí. Se hizo la loca, pero eso no le libró de un par de varetazos en las pantorrillas. Se quedó petrificada, sin saber qué hacer. Una mujer se compadeció y la llevó a su casa. Pascual la encontró en pleno ataque de nervios. Le afectó tanto que habló con Germán, para que presentara una queja y ahorcaran a los indeseables que habían pegado a su mujer, pero el otro pasó; con muy buenas palabras, pero pasó. La situación en Constantinopla, dijo, no es para protestar, o si no que pensara en los ahorcados del Hnchak. En todo caso, que, si Meritxell prefería volver a España, en el acto le gestionaba el salvoconducto.

—Pues lo siento de veras. Es lamentable que seamos aliados de unos bárbaros como estos.

—No te quejes. Si no fuera por estos bárbaros igual los rusos estaban ya en Berlín. Además, la culpa es de Meritxell. Cuidado que le habré dicho veces que no cuesta nada calzarse unas abayas y un niqab. Será la mar de humillante salir a la calle vestida de adefesio, pero nadie se mete contigo y nadie te da varetazos en las canillas. Debería volverse un poco más práctica.

Se lo quedó pensando, irritado. Queralt tenía razón, mas no por eso sus lúcidos razonamientos dejaban de ser amargos.

—Morgenthau fue a ver a Souchon, esta mañana.

Rolf elevó sus cejas. El que un embajador de los Estados Unidos visitase al vicealmirante alemán que mandaba la Marina otomana solo podía significar que daba por inútil cualquier gestión ante los ministros del sultán. Dada la muy limitada influencia de Souchon en las decisiones no navales, la visita igual era un quemar el último cartucho del gobierno americano a favor de los armenios, cuando menos en términos no bélicos, y eso, considerando la hostilidad del presidente Wilson hacia el Deutsches Reich, lo mismo era el preludio de su entrada en la guerra. Reforzaba su pesimismo el que solo pasaban veinte días

desde que un conocido de la Marineakademie, el Kapitänleutnant Schwieger, se cargase al inglés RMS *Lusitania*, un transatlántico de 44000 toneladas que iba de Nueva York a Liverpool con 1266 pasajeros y 700 tripulantes. Le bastó para hundirlo el único torpedo que le quedaba; una cosa por demás asombrosa, dijo nada más regresar a Kiel, ya que se trataba de un barco cuya eslora frisaba los 240 metros. Quizá transportaba más cosas que pasajeros, porque al poco de que le alcanzara el torpedo, lo que causó una explosión moderada, una segunda deflagración, violentísima, le llevó a escorar a tal velocidad que se llevó con él mil doscientos pasajeros, de los que doscientos treinta y tantos eran norteamericanos. Según los informes que días después llegaron a Souchon vía Bachmann, que había sustituido a Von Pohl a primeros de febrero, el desastre llevó la indignación de Woodrow Wilson a una cota tal que se temía una inmediata declaración de guerra. El embajador alemán en Washington tuvo que recurrir a todos sus contactos para enfriar los ánimos. A eso se debía que Souchon recibiese al poco afable Morgenthau, pese a lo mucho que tenía de irregular que un embajador americano visitase al jefe alemán de la Marina otomana.

—¿Sabes si ha hecho algún comentario?

—Delante de mí, no. Sé que tras eso se reunió con Orbay. Luego pidió su coche. Te lo cuento porque intuyo que se trata de algo grave. También lo piensa Pascual. Es que comí con él y con Meritxell. Con ella delante no se puede hablar, porque cada día está más histérica, pero aprovechando que salió a echar un broncazo a la cocinera, Pascual comentó que Germán tiene instrucciones de cooperar con Morgenthau en proteger a los tres mil y pico franceses y británicos que no se largaron a tiempo, y si además puede arrimar el hombro en el asunto de los armenios, pues mejor. Él está muy preocupado, aunque menos por la situación que por mi hermana. Cada día está más fuera de sí, más amargando la vida de los suyos. La mía no, porque no me dejo, pero intuyo que a Pascual le dan ganas de tirarla por la ventana. ¿Sabes que llevan meses sin echar un polvo? —El compuso su mejor expresión de perplejidad; si bien no era su tipo, ser madre había sentado a Meritxell prodigiosamente bien—. O se ha vuelto frígida, o es un chantaje a lo Lisístrata.

—Pues si algo no falta en Istanbul son voluntarias para el empleo de querida de un diplomático extranjero.

—Lo sé, pero Pascual es muy escrupuloso. No le veo metiéndola en adobo con la primera danzarina de los bajos que le dé con la cadera. —Eso era lo que hacía ella en ese instante, lo que contribuyó a que Rolf se dijese que no pasaría nada si se ponían a cenar un poquito más tarde—. Además, sigue siendo de lo más piadoso. Me consta que ha hecho alguna gestión para volver a España, pero no le dejan, porque nadie quiere su puesto. A Germán también le gustaría irse, pero le pasa lo mismo, que Bermúdez de Castro dice que leches, que se joda y que se aguante. Los diplomáticos españoles, ya lo ves, no llevan una vida tan placentera y regalada como se les supone. Oye, ¿qué te pasa?

Lo sabía de sobra, pero aparentar sorpresa era una de las delicias del juego.

Sobre todo, si, como ya iba viendo, Rolf desertaba de su habitual delicadeza. De vez en cuando, se decía muy sonrojada y agradeciendo a los dioses que la luz de la luna llena no iluminaba mucho la terraza, daba gracias a los dioses por que Rolf la hiciese aferrarse a la barandilla y tras eso procediese con el talante de un garañón apasionado. A ella le gustaba tomarse su tiempo, aunque a veces prefería cambiar media hora de placer controlable por unos pocos minutos de violentísimas explosiones incontroladas. Serían como las del *Lusitania*, fue lo último que acertó a decirse una vez el torpedo de su Kapitänleutnant acabara de hacer blanco en su cálida santabárbara.

## Domingo, 31 de diciembre de 1915

Germán de Ory había organizado una discreta recepción. Ni le había dado publicidad ni los invitados eran muchos. Aparte de los contados consejeros y agregados españoles y del secretario de la embajada, estaban el cónsul general en Istanbul, un consignatario naval que pese a no tener trabajo prefería no volver a España, tres importadores-exportadores que seguían comerciando sin saberse cómo, dos periodistas que cubrían para el *ABC* y *La Vanguardia* las noticias del lugar, el delegado del Centro de Corresponsales —en realidad lo era de la agencia francesa Havas, que por razones obvias había dejado Istanbul—, y un escritor moderadamente famoso que no tardaría en regresar a España por la vía Viena-Zúrich-Lyon-Portbou. La colonia española en Istanbul era más extensa, pero los merecedores de ser invitados a un cotillón en la embajada no lo eran tanto, además de que unos cuantos que sí fueron invitados prefirieron declinar, unos por tener mejores planes y otros, los más, por no sentir simpatía ni por el embajador ni por los aires que se daba.

La recepción no pretendía ir más allá de ser un simple cotillón, animado por una pianista, un saxofonista, un trompetista y una cantante, todos ellos norteamericanos, aunque de manifiestos ancestros africanos, a quienes la guerra sorprendió en Istanbul y que iban tirando a base de recepciones en hoteles y embajadas. Se notaba que don Germán no tiraba la casa por la ventana en que no daría de comer; los invitados deberían venir cenados de sus casas, o de donde fuera. Él había repostado en la de su *attaché* naval, el lugar, a excepción de algún gran restaurante, donde a su entender mejor se comía de Constantinopla. Le apenaba que tan prodigiosa virtud no fuese a extenderse más allá de unos pocos meses, pero esa noche no era para lamentarse, sino para disfrutar el exquisito menú que las hermanas Mir prepararon para él y para los dos consejeros que le quedaban. Al poco de terminar, él y sus acompañantes se mostraban encantados de la vida. La noche no podía ser más agradable, ni más segura, ya que la policía de Talat, escarmentada con los disturbios organizados por extremistas musulmanes en las pasadas fiestas solsticiales, había tomado Beyoğlu. A eso se debió que se arriesgaran a caminar los contados metros desde la casa de los

Moreno a la embajada; en verdad la noche, con la ciudad más iluminada de lo habitual —desde hacía diez días no se cortaba el suministro en la zona de las embajadas—, no podía ser más estimulante. Así fueron llegando los distintos invitados, algunos sin pareja, los más con ella, y unos cuantos en compañía de señoras y señoritas de refuerzo ataviadas en gran estilo. Era, eso, algo que a las damas en presencia les encantaba, pues casi todas se habían habituado a disfrazarse de musulmanas. A menudo comparaban la Constantinopla de cuando llegaron con la Istanbul que padecían. La de antes era una ciudad tolerante y cosmopolita, donde los europeos y los asiáticos, y los cristianos y los mahometanos, se mezclaban del modo más sosegado y convivían no ya en paz, sino en la más amable de las tolerancias. La de finales de 1915 era un poblachón sucio, fétido y sombrío atestado de perros sarnosos, donde la encomiable cultura de respeto a las creencias ajenas se había esfumado. Por increíble que les habría parecido año y medio antes, la Constantinopla encantadora, cálida y pacífica de la que se quedaron prendados nada más llegar, se había transformado en una lúgubre Istanbul donde nadie osaba manifestar sus creencias si no eran musulmanas; una Istanbul que vivía una guerra santa, una *yihad*, por mucho que cuando el Sheikh-ul-Islams lanzara la Fatwa catorce meses antes, a casi todos les pareciera un mero arrebató histérico-folklórico. Los turcos, que no los otomanos, se habían radicalizado de un modo incomprensible para quienes un año antes los veían como unos europeos solo un poquito distintos, no muy diferentes de los griegos, los italianos o los españoles. Unos turcos que aquellos días se mostraban exultantes, por estar a punto, o eso decía la prensa de la CUP, de tirar al mar a los ingleses y a los franceses, los que tan insensatamente habían hollado la sagrada tierra otomana en las playas de Gallipoli.

A todo eso se debía que la recepción fuera casi exclusiva para españoles. A don Germán le habría gustado dar a saborear sus riquísimas uvas de Vinalopó —no explicaba cómo las hizo llegar a Beyoğlu— al embajador Morgenthau, con el que hacía buenas migas, pero las heridas de la desdichada guerra entre los Estados Unidos y España, la de diecisiete años antes, aún estaban por cicatrizar. Si bien las relaciones diplomáticas se reanudaron al año siguiente, no alcanzaron una plena representatividad hasta 1913, cuando Juan Riaño y Gayangos fue nombrado embajador de don Alfonso XIII, y la delegación en Washington, que hasta entonces solo era eso, ascendió a embajada. En reciprocidad, el presidente Wilson otorgó a un oscuro congresista de Virginia que había fracasado en su pretensión de ser elegido gobernador de su estado, Joseph Willard, el premio de consolación de ser su embajador en España, si bien, unas cosas con otras, no presentó sus credenciales hasta el verano de 1915. Don Germán pensaba que, si el presidente Wilson había empezado a mirar a España con alguna simpatía, era gracias a sus esfuerzos en cuidar y proteger a los ciudadanos franceses y británicos atrapados en el cada día más radicalizado Imperio otomano, donde no ser musulmán podía costar la vida, como demostraban los desdichados cristianos armenios. El de por sí

antipático embajador Morgenthau había encontrado en don Germán un aliado tan eficaz como desinteresado, y eso, calculaba este, tarde o temprano tendría efecto en las relaciones entre los dos países y, por qué no, en su reputación profesional.

En la cena del *attaché* todos los asistentes eran españoles, a excepción del novio de la hermana más joven, más alta y menos opulenta. Entre la lubina y los postres —la única muestra de gastronomía otomana— fue cuando la tal hermana y su novio supieron que, al fin, había luz verde para que los Moreno regresaran a España. Fue gracias a que un teniente de navío soltero, tercer oficial del recién comisionado acorazado *España* y que hablaba un buen francés, había manifestado interés en ocupar el puesto de agregado naval en la embajada de Constantinopla. No sabía una palabra de Orta Türkçe, pero tampoco la sabía el capitán Moreno cuando desembarcó del *Rey Jaime I* y no por eso había dejado de comunicarse con sus interlocutores naturales, los mandos de una Donanma-yi Humâyûn que ya tenía más de Kaiserliche Marine que de Marina otomana.

Tanto Pascual como Meritxell manifestaron su dicha de un modo clamoroso. Queralt la mostró de un modo contenido, poniendo empeño en precisar que la sentía por su agobiada hermana. Tras eso afirmó no ser desgraciada en Istanbul, por no decir que allí estaba en la gloria. En cuanto a su novio, se limitó a mantener una muy lograda expresión inexpresiva.

Solo en la embajada, y tras situarse a salvo de orejas indiscretas, en el salón donde tras las uvas y las campanadas los más jóvenes bañarían como locos, pudieron ponerse al día.

—Te juro que no sabía una palabra. La última vez que mi hermana sacó el tema, y no hará ni quince días, Pascual volvió a decir que lo veía muy negro.

—Eso es igual. Lo que me preocupa es qué vamos a hacer.

—Yo no me quiero marchar. De ninguna de las maneras.

—Ni yo que lo hagas, pero te vas a quedar sin pasaporte.

Era una triste realidad. El propio Germán había dejado caer que los pasaportes diplomáticos familiares, como eran los de Meritxell, Queralt y Petra, estaban vinculados a la presencia en el destino, el que fuera, del diplomático titular del principal.

—¿Hay alguna posibilidad de que te den uno que no sea diplomático? Uno como todos, quiero decir.

—Me temo que no. Se lo pregunté al abogado de la embajada, Rousso, hace un tiempo. La solicitud, incluso de contar con todas las bendiciones, debería ir a España y volver de allí. Unas cosas con otras, muchos meses y sin garantías de que lo concedan. Vamos a tener un buen problema, Rolf.

Este aparentó que se quedaba pensativo, pero era camuflaje. Lo que pensaba decir lo tenía muy pensado, aunque hubo de frenar en seco porque se les acercaba un camarero portando una bandeja con racimos metidos en cuencos. Las agujas del gran reloj colocado en el centro de la pared principal estaban ya

muy próximas a las doce. La hora de despedir un año muy malo para dar paso a uno que se auguraba peor.

—¿Te gustaría tener un pasaporte del Deutsches Reich?

—Ya lo creo, pero dudo que ni Hohenlohe-Langenburg me lo pueda conseguir. Para empezar, aún no le conozco.

El Fürst von Hohenlohe-Langenburg era el representante personal del káiser Wilhelm en Istanbul; no pensaba estar mucho tiempo, solo hasta que un día por llegar Graf von Metternich presentara sus credenciales al sultán Mehmed V, reemplazando al inesperadamente fallecido barón Von Wangenheim. Que se muriera de repente fue una sorpresa, porque no era viejo; quizá por eso algunos murmuraban que lo envenenaron los ingleses, mientras otros sospechaban de la policía de Talat, por ser notorio que la carnicería desatada contra los infelices armenios no le gustaba mucho, y así se lo hizo saber al káiser. En cuanto al Fürst von Hohenlohe-Langenburg, no se sabía si era lo que decía ser, un enviado especial o un embajador interino. Era, eso sí, un príncipe de modales amabilísimos.

—Cierto, pero puede ayudar.

—Expícate.

—Nuestros cónsules pueden celebrar bodas entre oficiales alemanes y señoritas extranjeras, en determinadas circunstancias y bajo ciertas condiciones, aunque todas ellas quedan a la libre determinación del cónsul, el que sea. El de aquí no pondría pegas a una firme recomendación de Hohenlohe-Langenburg, y este hará lo que le digan Usedom y Souchon. Así, en cosa de un mes, dos todo lo más, podrías dejar de ser la *senyoreta* Mir para volverte *Frau* Wichelhausen. ¿Qué te parecería?

Queralt decidió sobre la marcha que convendría poner cara de profunda sorpresa. Falsa, por supuesto. Daba por hecho que tarde o temprano Rolf tiraría por ahí. La noticia dada por Germán de Ory, en realidad, se había comportado como la espoleta que hace detonar el explosivo.

—¿Hablas en serio?

—Como jamás en mi vida. Solo falta que digas que sí, que vale, y me pongo en marcha.

Queralt no llegó a contestar, pues el embajador De Ory, dueño de una potente voz, tras reclamar silencio había empezado a cantar las tenues campanadas del reloj, marcando así el ritmo de ingestión de unas uvas alicantinas gordas, dulcísimas y por demás golosas. Al acabar, como era lo usual en ese tipo de ocasiones, todo el mundo empezó a besarse, unos con más pasión que otros aunque todos con buena cara. La de Queralt era de las mejores, si no la mejor. Igual que su sonrisa.

—Vale. Sí.

—Pues bueno. A partir de ahora, considérate mi señora.

Ella no le dejó decir más. Su boca se apoderaba de la otra, su cuerpo se ceñía con descaro al que veía de marido desde hacía mucho tiempo y su mente se

alejaba de la embajada y de Istanbul, indiferente a que todo el mundo los miraba. Unos más asombrados que otros y unas más escandalizadas que otras —la embajada era suelo español, y en este determinadas expresiones de afecto entre novios, atentatorias contra la moral y las buenas costumbres, se consideraban no ya impropias, sino reprobables—, aunque casi todos sonreían, y es que, si hay algo que consiga elevar el ánimo de los bien nacidos, es constatar que, incluso en medio de una guerra horrorosa, los jóvenes aún son capaces de amarse. Lo que resultaba llamativo era que la hermana de la muy apasionada señorita no sonreía. Los que observaban el fenómeno quizá se dijeran que desaprobaba la conducta de la que olvidaba las obligaciones inherentes a su clase social; sería lógico, porque no podían saber que doña Meritxell de Moreno sentía una profunda envidia por su hermana Queralt.

## Sábado, 8 de enero de 1916

El sol apenas se alzaba de un calmado mar Negro cuando el *Yavuz Sultán Selim* asomaba del Bósforo; su misión era ganar Zonguldak, el puerto más cercano a los yacimientos de hulla de Eregli, para escoltar hasta Ístinye al *collier Carmen*. Souchon, acodado en el puente de maniobra; no se perdía el espectáculo, el de la hermosa bocana del Bósforo. Era una visión primorosa, sobre todo al amanecer; el tipo de imagen que ningún marino deja de tener presente a la hora de reflejar sus vivencias en un cuaderno de memorias. Aun así, dado el mucho frío que hacía, nadie se quejó cuando dijo que ya era hora de sentarse a desayunar. Se le unieron Ackermann, que había dirigido la travesía del Bósforo en el bien caldeado puente de combate, Freudenberg, Zirzow y Kummetz, director de tiro accidental. El titular, recién ascendido Korvettenkapitän Krüger, se había quedado en el hospital alemán, disfrutando de una pulmonía, la cual le sorprendió nada más reemplazar al de igual empleo Knispel. Kummetz, que acababa de llegar de Wilhelmshaven, le sustituiría en su puesto de segundo director de tiro. A eso se debía la preocupación de Ackermann; dudaba que Kummetz fuera el mejor director de tiro principal si se daban con los acorazados del Admiral Eberhardt, pues no tenía experiencia en dirigir el tiro de un gran buque de batalla. De ahí que conviniera con Souchon que, si llegase a ser el caso, Wichelhausen se haría cargo de la batería principal y Kummetz sería su adjunto. No podría decirse que a este le sentara bien saberlo, pero era no ya un oficial disciplinado, sino por demás racional, y entendía que Wichelhausen estaba muy familiarizado con el *Goeben* —no conseguía llamarlo por su nombre otomano—, con los oficiales, suboficiales y artilleros de su dotación y con los procedimientos de a bordo. A él, como a casi todos los oficiales procedentes de naves ligeras, aún no se le había incrustado en su filosofía operativa que a bordo de un *linienschiff* ni se grita ni se corre, lo cual, en un crucerito de tres chimeneas como el *Frankfurt*, del cual procedía, era imposible. A eso se debía que aún le sorprendieran los muy calmados modos, y la extrema precisión en las órdenes, de los oficiales del *Goeben*, o como diablos lo llamaran los turcos.

Souchon no variaba de costumbres. Una era comentar las últimas noticias. Las de aquel amanecer eran una buena y otra mala. En tono desapasionado, echando

algún trago de cargadísimo café turco, y atacando sin pudor los riñones, el tocino y el pan negro untado de mantequilla —tras rechazar el omnipresente yogur; pese a mandar la Marina otomana sentía la mayor aversión por aquella cosa repugnante con que sus oficiales turcos embadurnaban casi todo—, explicó lo que sabía de las dos.

—Según Usedom, los últimos ingleses han dejado Gallipoli. Hace un mes calculábamos en no menos de doscientos mil, entre ingleses, franceses y coloniales, los que aún tenían desperdigados en las playas. Les llegaron refuerzos en agosto, del orden de cinco divisiones, pero apenas pudieron adentrarse, pues Liman von Sanders los detuvo en seco. Se creía que recibirían más en noviembre, pero ahí fue cuando Bulgaria se decidió a entrar en el juego. A Hamilton no solo no le llegó un hombre más, sino que le forzaron a enviar dos divisiones a Salónica. Parece que fue la gota que desbordó su vaso. Ya estaba muy tocado por la falta de resultados y por lo que decían los periódicos neozelandeses y australianos, escandalizados por la tremenda cantidad de muertos y heridos entre sus inocentes muchachos, los cuales, por lo visto, al dejar sus países debían de pensar que marchaban a un pícnic, o a un *party*, o como llamen allí a las juergas juveniles. Total, que presentó su dimisión. Según se cree —un parpadeo a su oficial de información, pues el dato se lo pasó él—, le indignó muchísimo que Kitchener la diera por buena sin siquiera leerla. Un minuto después ya estaba designado el sustituto, un tal Monro. Debía de tener instrucciones de sacar a Inglaterra y a Francia del carajal en que se había convertido la campaña, pues los observadores de Mustafá Kemal, del que Liman dice que viene a ser un Gneisenau turco, a partir del 20 de diciembre comenzaron a ver unidades que reembarcaban. Por desgracia para nosotros, Kemal había caído enfermo; el que le sustituyó no tenía el cuajo necesario para informar a Liman y pedir instrucciones. Total, que cuando la noticia llegó a este ya era tarde; aun así volcó en el cabo Helles todo lo que tenía, tres divisiones al completo, pero no pudo impedir que los ingleses reembarcaran entre los días 27 de diciembre y ayer mismo, ni que los franceses lo hicieran, sin que nadie los molestara, el 1 de enero. Esta, ya lo habrán deducido, es la mala noticia. Si el burro que sustituyó a Kemal se hubiera comportado como un oficial alemán, en las playas de Gallipoli se habrían quedado no menos de cincuenta mil anglofranceses más. Por lo que se sabe, dos tercios ya están en Salónica, listos para enfrentarse a los búlgaros. El otro tercio no tardará en llegar a Suez. Si algo necesita Kressenstein para poner a salvo lo que le quede, son los treinta y tantos mil ANZAC que los ingleses van a desembarcar en Alejandría. En fin, ya lo ven: una buena noticia y otra mala. Para nosotros pesa más la buena, porque ahora contamos con veinte divisiones para reforzar los frentes del Cáucaso, de Mesopotamia y del Sinaí. Se han perdido cincuenta mil hombres, entre muertos y mutilados, pero eso, si se valora con frialdad, es un tercio de lo sacrificado en el Cáucaso. Esperemos, así pues, que haber cerrado el frente de Gallipoli dé lugar a que todo mejore. Por cierto, les anuncio que dentro de poco nos visitará el General feldmarschall Von Mackensen. Wichelhausen,

cuando volvamos a Istanbul ocúpese de lo que todo eso pueda implicar, empezando por conseguir que nuestros aliados no se sientan revistados. Mackensen es muy prusiano, ¿saben? —sonrisas generalizadas—, y más desde que Wilhelm dio su nombre al que hasta Navidad se llamaba *Ersatz Victoria Louise*. Es de reconocer que tanto ese honor como los muchos otros que le han caído se los ha ganado. Los austríacos no pudieron con los serbios en año y pico de lucha, pero Mackensen los trituró en un mes. Gracias a él ahora tenemos un enlace directo a Viena, vía Belgrado, sin tener que dar el odioso rodeo por Rumania. En fin, que si un general tiene derecho a sentirse crecido es él... Bueno, y Hindenburg. Cuando aparezca por aquí deberemos hacer lo posible por quedar bien y que se marche contento.

Wichelhausen asintió, un punto preocupado. La fama de prusiano total que tenía Anton Ludwig Friedrich August von Mackensen era para echarse a temblar. Claro que, se añadió para darse ánimos, él también era prusiano. En algo ayudaría.

\* \* \*

Las diez. Hora del cambio de guardia. Souchon permanecía en su cámara, despachando papeles con su Nachrichtenoffizier cuando se les apareció el Oberleutnant-zur-See Gerlach.

—El *Carmen* dice que dos torpederos rusos le cortan el paso. Teme que no le dará tiempo a hundir el barco.

Wichelhausen asintió para sí. Un carguero de seis mil y pico toneladas no se hunde de un minuto para otro. Si el capitán del *Carmen* tirase por ahí solo conseguiría que los rusos les acribillaran, a él y a los suyos, y tras eso cerrarían los grifos de fondo, impidiendo el hundimiento. Sería un sacrificio inútil.

—Dígales que vamos en su ayuda, pero con el indicativo del *Midilli*. Con un poco de suerte, les devolveremos la jugada.

Souchon lo decía según se ponía en pie. Una vez en el puente de maniobra le alegró comprobar que Ackermann, sin duda bien al corriente, le había leído el pensamiento. Cuando menos, el *Yavuz Sultán Selim* aceleraba perceptiblemente.

—Euer Exzellenz, he puesto rumbo adónde se supone que dentro de dos horas estará el *Carmen*, considerando que ha dejado Zonguldak hace menos de una y que los torpederos rusos le llevarán a Sebastopol en línea recta. Con suerte, nos las veremos con dos torpederos. Con menos suerte, con Eberhardt.

—¿Se sabe algo del *Imperatriz Jekaterina Velikaja*?

—Anteayer sus señales radio lo situaban en Sebastopol.

—Igual nos topamos con él. Mejor ponernos en lo peor.

Ackermann asintió, y Wichelhausen también. Para los tres era claro que durante las próximas horas el Nachrichtenoffizier de la MD sería el director de

tiro del *Yavuz Sultán Selim*.

\* \* \*

El *Imperatriza Jekaterina Velikaja* había entrado en servicio hacía cuatro meses. Madlung lo había visto cerca de Karadeniz Eregli, pero era un día de bruma espesa, de modo que no estaba seguro. Si se topaban con él sería una lucha muy distinta de las dos ya sostenidas con los armatostes del Admiral Eberhardt. El *Imperatriza Jekaterina Velikaja* desplazaba lo mismo que el *Yavuz Sultán Selim*, pero era un acorazado, no un crucero de batalla. En su diseño, muy ruso, se había sacrificado casi todo a la sencillez y a la robustez. Sus máquinas eran británicas: cuatro turbinas Brown & Curtiss alimentadas por veinte calderas Yarrow que no solo quemaban carbón, sino también fuel esparcido en espray. La declaración oficial citaba una potencia de 33 000 caballos y una velocidad de 21 nudos, pero Isendahl sospechaba que alcanzaba 24. De ser eso verdad, dejarlo atrás sería un proceso indeseablemente lento. Si a eso se sumaba que sus doce piezas Obukhovskii del 305/52 poseían un alcance superior a 200 hectómetros, al *Yavuz Sultán Selim* le convendría separarse a la máxima velocidad nada más identificarlo. Entraba en lo posible, sin embargo, que se encontraran con él según salía de un banco de niebla, cosa no rara en el mar Negro. De ser así, el alcance sería inferior. Con independencia de que se abrieran a todo andar habría varios minutos para centrar la puntería y, quizá, conseguir un impacto de fortuna. Según Isendahl, a los rusos les había salido muy pesado de proa, de modo que no solo cabeceaba más de la cuenta, sino que gobernaba mal. Dado que los virajes violentos no podrían ser lo suyo, entraba en lo posible centrarlo si le cruzaban la T. Si los datos de Isendahl eran correctos, la coraza horizontal entre sus torres centrales —las cuatro estaban en el mismo plano de la línea de crujía— no era tan robusta como habría debido ser, para bajar el centro de gravedad de una nave que, a sus constructores, los astilleros Mykolayiv, les había quedado un punto desequilibrada. Si lograsen hacer blanco ahí, se decía un ilusionado Wichelhausen, igual daban la campanada: la de ser el primer: *schlachtskreuzer* que se cargaba un *dreadnought*.

Estaba encaramado en el taburete del periscopio vinculado al telémetro principal. A su lado, Kummetz oteaba el horizonte. Habían alcanzado la posición indicada por Ackermann, sin divisar nada. Vigilaban el sur verdadero, a estribor. Si habían de vérselas con los torpederos que interceptaron al *Carmen*, era de suponer que aparecerían por ahí.

—¡Humo al 0-0-0!

El norte verdadero, se decía Wichelhausen según hacía girar el telémetro, no a brazo, sino con ayuda de un servomecanismo eléctrico. Al cabo de unos segundos Kummetz ya centraba el humo en sus prismáticos. A él le llevó algo más.

—Manga de *linienschiff*. Viene de proa. Gran onda de cabeza. Superestructuras poco pronunciadas. Está virando a babor. Dos chimeneas. Velocidad, superior a veinte nudos.

Kummetz lo cantaba en tono inemocional, el propio del *Goeben*. Wichelhausen le complementó segundos después.

—Cubierta corrida. Cuatro torres triples. Silueta coincidente con la de un acorazado de la clase *Imperatriza Marija*.

—*Volle Fahrt voraus!*

El vozarrón de Ackermann resonaba por el tubo acústico que unía la dirección de tiro con el puente de combate.

—*Alie Mann auf Gefechtsstation!*

—Alcance, 210. Todas las piezas en máxima elevación.

No hacía falta explicar que la munición sería la perforante. De los torpederos se ocuparía la batería secundaria. El cien por cien de la principal estaba lista para combatir con el enemigo más temible de los que alguna vez se habían medido en los telémetros del *Goeben / Yavuz Sultán Selim*.

—El enemigo abre fuego con su torre proel.

El fogonazo de los cañones hacía pensar a Wichelhausen en focos de locomotoras. Igual de grandes, y de luminosos.

—Tiempo estimado de caída, 80 segundos.

—*Hart backbord*<sup>[26]</sup>!

Ackermann sin duda pensaba que el *Imperatriza Jekaterina Velikaja* estaba fuera de alcance. Al acercarse al enemigo no solo se descentraba, sino que lo ponía más a tiro de su artillería.

—¡Larga, larga, muy larga! ¡Agrupados muy a popa!

Los piques de los disparos enemigos, cantados por Kummetz, no solo señalaban el acierto de la maniobra de Ackermann, sino que en el *Imperatriza Jekaterina Velikaja* no se medía bien la velocidad del *Yavuz Sultán Selim*.

—¡Anna, Emil, media descarga! Segundos después las piezas del lado izquierdo de las torres Arma y Emil abrían fuego, según pasaba la nave por el punto de adrizamiento perfecto.

—¡Distancia, 190! ¡Tiempo de caída, 77 segundos!

—¡El enemigo vira unos veinte grados a su estribor!

—¿Qué opina, Wichelhausen?

La voz de Ackermann llegaba muy distorsionada, pero aun así se comprendía. El que le pidiera opinión demostraba, más que confianza profesional, que las mediciones del director de tiro, realizadas a través del telémetro principal, eran preferibles a las que conseguía él con sus prismáticos.

—Pretende cortarnos la T por nuestra popa.

—Eso me parecía.

El tubo acústico se quedó en silencio. Casi al tiempo, Kummetz volvió a señalar.

—Centrada, 2 a proa. Corta, 2.

En palabras menos lacónicas, el primer pique se alzaba doscientos metros por la proa del *Imperatriza Jekaterina Velikaja* y el segundo se quedaba corto en también doscientos metros.

—¡Anna, Emil, Dora: Gabelgruppe 190!

En lenguaje más comprensible para Kummetz, las piezas del lado derecho de las tres torres dispararían con alzas correspondientes a 190, 189 y 188 hectómetros.

El *Imperatriza Jekaterina Velikaja* ya mostraba casi toda su banda de babor; cuando menos, las tres primeras torres ya se orientaban hacia el barco que los rusos seguían llamando *Goeben*.

—*Mittschiffs*<sup>[27]</sup>!

Ackermann ordenaba fijar el rumbo al noreste, para descentrarse y escapar. A los veinticinco nudos que Wichelhausen estimaba iban dando, eso le dejaría tiempo para seis o siete andanadas. Con suerte, suficientes.

—¡Larga, corta, corta!

Kummetz se llevó una mano a la gorra, en señal de reconocimiento. Ahorquillar un blanco a 190 hectómetros, a la segunda salva, significaba que Wichelhausen sabía lo que hacía.

—¡Todas las torres, Gabelgruppe 190!

El *Imperatriza Jekaterina Velikaja* también disparaba, y no lo hacía mal, pues Kummetz se sobresaltó al ver salir volando un trozo de la chimenea popel.

—¡A babor diez grados!

Ackermann pretendía descentrarse. Al tiempo Kummetz iniciaba el cántico de los piques.

—Larga, centrada, corta, larga, ¡blanco!

La pieza derecha de Casar había hecho blanco. Los piques tomaban la forma de géiseres muy altos, pero los impactos contra buques bien blindados no solían dejar más huella que una nubecilla de polvo. No pocas veces todo quedaba en eso, pero en esa, y tras unos segundos de espera, surgía entre la chimenea central y la tercera torre una llamarada muy alta, muy larga y de tono azulado, como la de un soplete.

—¡Todas las torres, salva rápida!

La tercera torre del *Imperatriza Jekaterina Velikaja* no saltaba por los aires; se limitaba, de momento, a quedarse muda. Las otras torres seguían disparando, aunque Wichelhausen intuía que su tiro no sería bueno, pues el acorazado enemigo perdía velocidad de un modo significativo, como atestiguaban su mermada onda de cabeza y el menor humo que asomaba de su segunda chimenea. También, que parecía virar a su estribor. En ese momento comenzaron a caer los cinco proyectiles de la media salva. Bien agrupados, aunque salvo uno, que alcanzó el extremo de la proa, se perdían por delante del objetivo; una nueva demostración de que su velocidad disminuía.

—¡Diez grados a la derecha!

—Hemos debido de acertar en una sala de calderas.

Kummetz comentaba lo obvio, aunque nadie se lo reprochó, Wichelhausen estaba demasiado concentrado en la caída de la siguiente media salva, disparada segundos antes de la corrección, para no pensar en nada que no fuera eso. La media salva entera se perdió en el mar, más de 200 metros por la proa.

—¡Todas las torres, cinco grados más a la derecha!

Setenta segundos después los proyectiles de la media salva corregida cayeron sobre el *Imperatriza Jekaterina Velikaja*.

—¡Tercer impacto!

—¡Caparacho, segunda torre!

—¡Lo ha perforado!

—¡¡¡Vuela!!!

Lo que volaba no era el barco, aclaraba Kummetz a los alborozados suboficiales, que desde sus puestos no veían nada. Solo desaparecía el caparacho de la torre situada entre las dos chimeneas. Con eso, la mitad de los cañones enemigos quedaban fuera de combate. Si el proyectil hubiera llegado a la barbata y al pañol de cordita verían volar la torre, y al buque con ella. De ahí que contuvieran la respiración, pero a la caída de la siguiente media salva, perdida por la proa del humeante *Imperatriza Jekaterina Velikaja*, se hizo claro que no sería el caso.

—El enemigo se sale de alcance.

Lo decía el indiscutido Çahin Gozü por el tubo acústico. Al momento llegó la respuesta de Ackermann.

—*Hart steuerbord*<sup>[28]</sup>! A ver si encontramos al *Carmen*.

Wichelhausen asintió, nada feliz. Sabía que perseguir al *Imperatriza Jekaterina Velikaja* iba contra las órdenes de un Souchon que se había mantenido en silencio, pero aun así le dolía no poder hacerlo. La artillería del *Goeben* funcionaba pasmosamente bien, y él se sentía en las mejores condiciones para volver a centrar al maltrecho acorazado enemigo que buscaba el horizonte, pero de nada valía quejarse. Si algo no se podía permitir la marina otomana, y menos aún la MD, era correr riesgos innecesarios, y el que más de todos sería volver a ponerse al alcance de un *Imperatriza Jekaterina Velikaja* cuyo director de tiro era tan competente como él; cuando menos tres impactos, uno en una chimenea, otro en una pieza del 150 y un tercero que se había cargado la enfermería tras perforar la cubierta.

Definitivamente, habían tenido suerte.

## Viernes, 3 de marzo de 1916

El día era desagradable. Lluvia, viento y un frío glacial. El Fürst Hohenlohe-Langenburg daba por seguro que por la tarde nevaría, lo que sería un espectáculo en sí mismo; al menos, y según decía Usedom, las cúpulas de las mezquitas adquirirían un aspecto fantasmal que les sentaba muy bien. Él no se sentía muy bien. El duro invierno de 1915-1916, en el que había sufrido un enfriamiento muy serio, le pasaba factura. Esa mañana se habría quedado en la cama, pero no podía perderse la boda, tanto por el respeto que le inspiraba el novio, todo un EK2 con visos de EK1 y de Harp Madalyasi, como por la simpatía que sentía por la novia el personal de la embajada, de la que decían haberse ganado con creces el derecho a ser alemana. Él, junto al embajador De Ory y el *attaché* Moreno, figuraba como testigo de la novia. Los del novio eran soldados muy condecorados, altamente valorados por el káiser: el Vizeadmiral Souchon, el General der Kavallerie Liman von Sanders, el Konteradmiral Merten y el Kapitán-zur-See Ackermann. La sola enumeración de tan gloriosos guerreros bastó para eliminar cualquier reparo que les pudieran quedar, a él y a *Herr* Walter Schmidt, cónsul general en Istanbul del Deutsches Reich. Este se había mostrado reticente a officiar enlaces nupciales entre oficiales alemanes y señoritas extranjeras, tanto que se vio forzado a presionarle hasta donde crujen los remaches, suponiendo que *Herr* Schmidt disfrutara de tal cosa en su rígido espíritu prusiano.

El Fürst Hohenlohe-Langenburg llevaba nueve meses en Istanbul como enviado del káiser Wilhelm; su misión era interceder ante Mehmed V y el gran visir por el desdichado pueblo armenio, cuyo exterminio incendiaba las primeras páginas de los periódicos aliados. No tenía éxito, pues la policía de Talat Paşa y los fusileros del 111 Ejército, al mando del muy derrotado general Abdülkerim Paşa, los seguían aniquilando del modo más concienzudo. Él habría querido pasar la Navidad con su familia, pero la muerte de Wangenheim le hacía permanecer en Istanbul en tanto no se consolidara el nuevo embajador, Paul von Metternich, llegado hacía dos meses. Él ya debería estar de vuelta, pero algo raro pasaba con Metternich, pues era la segunda vez desde que presentó sus credenciales que le llamaban a Berlín. A eso se debía que no le dejaran regresar a su añorado *schloss*

Langenburg, en el corazón del Schwabenland, y que siguiera flotando en una tierra de nadie diplomática, pues ni él se veía deseoso de intimar con aquella horda de cafres, ni los otomanos le veían como alguien del que pudieran fiarse, gracias a una incendiaria nota verbal que había dirigido al gran visir, nota que decía así:

«La embajada del Deutsches Reich lamenta comprobar que actos de violencia, como masacres y saqueos, que no se pueden justificar por la política oficial del Imperio otomano, prosiguen sin ser reprimidos por las autoridades provinciales, siendo su objeto la expulsión de los armenios a lugares de Anatolia muy lejanos de sus residencias, en condiciones tales que la mayoría perece antes de Llegar. Esto viene sucediendo en las provincias de Trabzon, Diarbekir, Izmir y Erzurum, y se ha extendido a los cristianos en la de Mardin, incluso si no son armenios. La embajada del Deutsches Reich, por orden del gobierno imperial alemán, está obligada a oponerse a estos actos de terror».

Cuando menos, lo que hacían a los desdichados armenios era una completa salvajada, como tan crudamente describían Souchon, Usedom y Liman von Sanders, deseosos de largarse de allí a fin de no verse salpicados por aquellas monstruosidades, pero a los que Wühelm II, interesado en mantener de su lado al Osmanisches Reich, no les permitía levantar el campo.

Estaba tan sumido en esas reflexiones que le sobresaltó la inadvertida presencia del mayordomo. Su detestable costumbre de no hacer ruido al deslizarse sobre las alfombras le había costado más de un susto, pero no cabía protestar. El venerable funcionario se las apañaba con pocos recursos y menos medios para que todo funcionara con la suavidad de un reloj alemán, y él, además, solo estaba de paso; de ahí que, disimulando su irritación, alzase sus cejas y quedase a la espera.

—Herr Schwedler, excelencia.

Le costó recordar que Wühelm Schwedler, redactor jefe del *Osmanisches Lloyd* —único periódico alemán de Istanbul— y corresponsal del *Allgemeine Zeitung* y el *Deutsche Tageszeitung*, había quedado con él en ir juntos al consulado, de forma que aquel pudiera cubrir el acontecimiento. A juicio del Fürst, la ocasión no lo justificaba, pero el criterio de Schwedler era incontestable: llegaban al Reich tan pocas noticias agradables del sureste, que la del romántico enlace de un heroico y joven oficial y una bella diplomática española —no hacía falta ser estricto en los detalles—, pondría una nota de alegría y optimismo en el sombrío talante de los lectores de los tres periódicos.

—Hágale pasar. Después, si hace usted el favor, diga que vayan sacando el coche. Nos iremos al Konsulat en cinco minutos.

## Sábado, 8 de abril de 1916

Cenaban, en un reservado del Pera Palas, Von Usedom —recién ascendido al empleo de Admiral—, Souchon —aún fresco su ascenso a Vizeadmiral—, Ackermann, Madlung, Humann, Wichelhausen —lucía su flamante EKL, otorgada días antes por la acción contra el *Imperatriz Jekaterina Velikaja*— y el Kapitänleutnant Konrad Gansser, comandante de un U-33 amarrado en Ístinye desde hacía cuatro días. El plan de Gansser era zarpar a la mañana siguiente, franquear los Dardanelos y volver al Adriático. Estaba en Ístinye para rearmarse tras haber consumido sus seis torpedos en cinco semanas de operaciones en el mar Negro; también, para dar un descanso a la tripulación, la cual, unas cosas con otras, no pisaba tierra firme desde hacía ocho meses, los que se pasaron en el Atlántico, el Adriático, el Jónico y el Egeo. En febrero recibieron orden de incorporarse a la fuerza del Vizeadmiral Souchon, para ser el primer U-Boot de la MD capaz de atravesar los Dardanelos y el Bósforo. Según explicó Souchon, la MD pronto contaría con submarinos costeros, del tipo UB-I; llegarían por tren, desmontados; una vez ensamblados en Ístinye operarían en el mar Negro. Los UB-1 carecían de la potencia necesaria para vencer las corrientes de los estrechos. El Bósforo lo franquearían remolcados. Los Dardanelos no se consideraban, porque no se pensaba emplearlos en el Egeo. A todo eso se debía, concluyó Souchon, que mientras llegaran los UB-I se asignasen a la MD dos submarinos oceánicos, el *U-33* y el que le reemplazaría semanas después, el *U-38*.

El Kapitänleutnant Gansser tenía treinta y cuatro años, combatía desde octubre de 1914, había visto la muerte varias veces y no sentía simpatía por los elegantes colegas de las grandes naves. Aceptaba que de vez en cuando pegaban algún cañonazo, y que los hundidos con sus barcos, los camaradas del *Scharnhorst*, el *Gneisenau* y el *Blücher*, eran dignos de respeto, pero los exquisitamente corteses que cenaban con él, todos ellos limpios, atildados y planchados a mejor no poder, le parecían unos paniaguados. Su mayor mérito, que supiera él, no era otro que haber esquivado a la BMC, más un par de duelos artilleros con unos barreños rusos que no pasaban de ser basura flotante y de los que, además, habían escapado a todo andar nada más ver caer sus granadas de gran calibre. Gansser era un tipo ecuánime, defecto habitual en el arma

submarina, de modo que repartía sus prevenciones de un modo equilibrado; solo sentía más antipatía de la normal por el único de igual empleo al suyo, el sentado frente a él. Ignoraba qué méritos acumuló para lucir una EKL, y menos aún a qué se debería que, siendo a todas luces un oficial de opereta, luciera con veintiséis añitos los mismos distintivos que adornaban sus raídas bocamangas, las de una guerrera con dos años de combates en sus entretelas y que de tanto como brillaba, por lo mal que se la planchó él mismo, parecía deslumbrar a su elegantísimo colega.

—Háblenos de lo que ha vivido en el mar Negro, Kapitänleutnant. Nos morimos de curiosidad.

El Admiral Usedom se mostraba imponente. Impecablemente uniformado, además de sus numerosas condecoraciones lucía en el pescuezo la Pour le Mérite con hojas de roble, la clase de distinción por la que ningún oficial alemán vacilaría en jugarse la vida. También era verdad, bien lo sabía Gansser, que no pocas se concedían como recompensa del káiser por a saber qué hazañas oscuras, y en lo que sabía de Usedom no creía que se hubiera visto muchas veces ante cañones enemigos ni en misiones más peligrosas que la de mandar durante años el yate real, el precioso SMY *Hohenzollern*, pero el caso era que, visto en conjunto, Guido von Usedom impresionaba.

—No fue un crucero apasionante. No vimos ningún buque de guerra, para empezar. Hundimos nueve barcos, todos rusos salvo uno belga. De todos ellos solo uno era grande; unas ocho mil toneladas, estimé. Avanzaba despacio al largo de Rize, en el extremo de más al este de la costa de Anatolia. Remolcaba lo que parecían barcasas de desembarco, de quilla plana. Nos quedaban dos torpedos, y fueron para él. Fallamos el primero, pero con el segundo lo partimos en dos. Los otros ocho eran cargueros, aunque pequeños. A cuatro, los vapores, los atacamos con torpedos. Los demás eran veleros. Los hundimos al cañón. Me temo que no puedo contar más, al menos de interés.

—¿Qué día hundieron al que se partió en dos?

—El 30 de marzo.

Souchon torció el gesto; a Usedom no le sorprendió.

—Los rusos perdieron ese día frente a Rize un buque hospital de nombre *Portugal*. Dijeron que remolcaba lanchones cargados de soldados heridos. Hablan de quinientos muertos, o alguno más. Dijeron también haber visto un periscopio.

El Kapitänleutnant Gansser tardó un poquito en responder; se notaba que se pensaba las palabras.

—Lo que vi por el mío no mostraba indicativos de buque hospital. Las órdenes del arma submarina son respetar la convención de La Haya y en caso de duda retirarnos. El aspecto del buque, y lo estudié no menos de media hora, era el de un transporte de tropas pintado de gris bruma, el mismo color de los torpederos rusos, que remolcaba lanchones de desembarco.

—¿Hizo alguna fotografía?

—No, Euer Exzellenz —por Usedom, que había recuperado la palabra—. No

tenía con qué.

Wichelhausen se decía que su colega de igual empleo lo estaba pasando mal. Se notaba en que había comenzado a sudar sin disimulo, hasta el punto de que la calva le relucía.

—No se preocupe. Fuera o no un buque hospital, los rusos habrían debido identificarlo mejor. Por lo que sabemos, no se preocupan de adecentar sus barcos. Ni siquiera los nuevos.

—Eso es muy cierto. —Wichelhausen pretendía echar una mano al acosado colega, y para eso nada mejor que cambiar de tema—. Cuando nos topamos con el *Imperatriza Jekaterina Velikaja*, me asombró la cantidad de óxido y herrumbre que lucía en las amuras y en la torre proel. Si son tan descuidados con el orgullo de su flota, el buque insignia del Admiral Eberhardt, es para preguntarse cómo tratarán a sus demás barcos.

—Isendahl dice que Eberhardt tiene los días contados. Según parece, se le reprocha su exceso de cautela.

Usedom parecía entrar al trapo. A Wichelhausen le pareció percibir un suspiro de alivio en su colega Gansser.

—¿Algún rumor sobre quién le sustituirá?

—Las apuestas están en favor de un tal Alexander Kolchak. Solo tiene cuarenta años y aún es contralmirante, pero todo indica que de audacia va sobrado. Hace diez conducía exploraciones por el norte de Siberia, tratando de llegar al polo. Si le dan la flota del mar Negro van ustedes a tener —por Souchon y Ackermann, a los que señalaba con el dedo— un enemigo más peligroso que Eberhardt. Para empezar, es veinte años más joven. Eso, mucho me temo, se traslucirá en unas mayores ganas de combatir. En una mayor agresividad.

La conversación había vuelto a relajarse. Gansser lo atestiguaba sudando un poco menos. Su mirada se cruzó con la de Wichelhausen, lo que aprovechó este para guiñarle un ojo, el que no veían los almirantes. Gansser le devolvió una sonrisa. El altísimo colega —los hombres del arma submarina eran uniformemente bajitos— había empezado a caerle bien.

—¿Podría saber qué cosa es un Yavuz Sultán Selim?

A Gansser le sorprendió la general carcajada. Incluso el de natural muy serio Usedom se sumaba. Era la clase de pregunta que invariablemente hacían los que venían del Reich, aunque salvo explicar que se trataba de un emperador otomano, importante en la historia del Imperio, no solían decir más, principalmente porque si alguna vez los oficiales turcos les dieron más detalles se les habían olvidado. No era el caso de Wichelhausen, aunque no porque hubiera prestado más atención, sino porque *Frau* Wichelhausen se había molestado en estudiar la historia del individuo, para horripilarse un poquito.

—Selim I reinó entre 1512 y 1520. Coetáneo del Herzog Frederick von Saxony, el último gran maestro de los Deutschritters, para que te hagas una idea —el tuteo no fue accidental; era una oferta de amistad, del todo natural entre oficiales del mismo empleo—. Subió al trono con cuarenta y dos años, consciente de que

sufriría cierta oposición, pues sus hermanos se consideraban con mejor derecho. De ahí que tomara una medida tirando a drástica, incluso para esos tiempos: cargárselos. Una vez limpiado el horizonte de parientes antipáticos, se lanzó a la guerra de conquista. Ocho años después había ensanchado a más del doble los límites del imperio. Tenía la salud resentida y sabía que no viviría mucho. Uno de sus hijos, Süleyman, apuntaba buenas maneras, y lo eligió como heredero. El problema era que tenía unos cuantos más, consecuencia de haber padecido tres esposas, y todos ellos opinaban muy bien de sí mismos. Para Selim era claro que a su muerte se organizaría una lucha encarnizada por el trono, de modo que, antes de anunciar que su heredero sería Süleyman, apresó en un golpe de mano a todos sus hermanos y los pasó a cuchillo, sin dejar uno. Así Süleyman podría reinar con el horizonte despejado desde su primer día en el trono. Semanas después dejó de fumar, y así pasó a la historia como Yavuz Sultán Selim, o Selim I *el Implacable*. Ya ves, un tipo digno de dar su nombre a un crucero de batalla.

—¿Yavuz significa implacable?

El que preguntaba era Madlung. Era el que menos palabras turcas conocía. En general se pensaba que ninguna.

—El Orta Türkçe es impreciso. «Implacable» es lo más cercano al espíritu con que le pusieron el apodo, pero también significa bravo, severo, despiadado, valiente y no sé cuántas cosas más.

—Un bello relato, Wichelhausen. Celebro que sea tan aficionado a las cosas otomanas. Humann, ¿vería usted posible que nos sirvieran coñac? Y que dejen aquí la botella, también.

Wichelhausen sonrió para sí. Aquella era la forma en que los almirantes alemanes daban por terminadas las cosas serias. Desde ahí las cenas se volvían actos en lo que no se pretendía mucho más que olvidarse de la guerra, siquiera un ratito.

## Viernes, 16 de junio de 1916

El 31 de mayo tuvo lugar, frente al Skagerrak, la gran batalla naval entre la Hochseeflotte y la Grand Fleet por la que todo el mundo suspiraba desde que sonó el primer cañonazo. Nauen envió a mediodía del 1 de junio las primeras noticias de lo que se describía como una gran victoria de las armas alemanas. El enfrentamiento fue de ciento cincuenta buques británicos contra cien alemanes. De los primeros se hundieron tres *battlecruisers* y varios cruceros acorazados, así como unos cuantos destructores, con una pérdida de diez mil vidas. La KM perdió un *schlachtskreuzer*, el *Lützow*, y un viejo *linienschiff*, el *Pommern*, así como algunos cruceros ligeros. En cuanto a tripulantes, menos de tres mil. Una gran victoria, insistía el Alto Mando. Lo fue, comentaba Souchon, pero las pérdidas británicas no eran tan graves como para pensar que algo cambiaba. La Hochseeflotte seguiría embotellada en sus bases, pues la superioridad numérica de los británicos apenas disminuía. Lo que de verdad se apuntaron Scheer y Hipper, los vicealmirantes que mandaban la Hochseeflotte y la Aufklärungsstreitkräfte, fue un descalabro estratégico. De ahí el pesimismo de los oficiales del Sonderkommando Turkey, el de saber que si la batalla se repetía cuatro meses después los ingleses aportarían seis nuevos acorazados para compensar los tres perdidos, mientras ellos solo podrían cubrir la baja del *Lützow* con el nuevo *Hindenburg*. El resultado de la tal hipotética batalla no solo no mejoraría el del glorioso día de Skagerrak, sino que probablemente sería peor.

Los informes valorativos llegaron días después. A Wichelhausen le interesaban los firmados por los directores de tiro de la Aufklärungsstreitkräfte, y no solo por el natural regodeo ante la descripción del día más memorable de la KM, sino por ser una fuente de sabiduría.

No los pudo estudiar hasta la mañana de aquel día, pues había estado monopolizado por el recién llegado Kapitänleutnant Maximilian Valentiner, comandante del *U-38*. Era un oficial de treinta y tres años muy de la vieja escuela, y como a Gansser le costaba entender que quien le guiara por los recovecos de Istinye y de Istanbul fuera un joven Kapitänleutnant que lucía una Ekl y una imitación otomana Mamada Harp Madalyasi. Sus obligaciones para con Valentiner terminaron al verle zarpar con la tripulación formada en cubierta,

cantando el *Muss i Denn* mientras resonaba la sirena del *Yavuz Sultán Selim*, en el deseo de buena caza que las unidades mayores ofrecían a los submarinos cuando marchaban al combate. Más o menos, como si estuvieran en Wilhelmshaven.

Empezó por el informe del Korvettenkapitän Erich Mahrholz, del *Von der Tann*. Mahrholz era el único de los cinco directores de tiro al que conocía personalmente. A sus treinta y un años era el más antiguo de los oficiales de artillería del *Von der Tann* el día en que lo abordó por primera vez, de Leutnant-zur-See recién graduado. De aquello habían pasado seis años, aunque a Wichelhausen no se le olvidaba que Mahrholz se ocupó de complementar su formación con abundantes dosis de adiestramiento, teórico y práctico. Fue su primera referencia en el arte de dirigir las baterías de una nave de batalla, y si le había ido tan bien contra franceses, ingleses y rusos era, en buena parte, gracias a lo mucho que Mahrholz se desvivió en desasnarlo. A eso se debía que comenzara por el *Von der Tann*, y también por haber evocado los días en Spithead, cuando los oficiales de artillería, mientras tomaban una cerveza en su cámara, comentaban que de vérselas con el vecino *Indefatigable* sería difícil que la gente del inglés lo pudiera contar. Bien, pues así había sido.

Mahrholz explicaba que solo al cabo de unas horas fue consciente de que se las habían visto con el *Indefatigable*, pues al empezar el combate solo pudo reconocer el tipo —un crucero de batalla del segundo grupo de la primera generación; lo mismo podía ser el *New Zealand* o el *Australia*—; solo supo su identidad cuando la explicaron los dos únicos supervivientes, una vez pescados por el *S-16*. A él, como a los demás directores de tiro, le sorprendió que los ingleses no abrieran fuego a 220 hm, más allá del alcance de las piezas alemanas, que solo empezaban a ser eficaces a 190. El caso fue que, al ser el último de la formación, le correspondía disparar contra su par en la británica, y eso hizo nada más ordenarlo el Kapitán-zur-See Erich Räder, Asto del Vizeadmiral Hipper. Abrió fuego a 185 hm por medias andanadas, con la satisfacción de conseguir un primer impacto en la segunda. «Un logro excepcional a esa distancia», se admiraba Wichelhausen según leía con la voz de Mahrholz. El informe, que no era breve, seguía y seguía, de modo que tardó en llegar a lo interesante: la secuencia de acciones que llevaron a Mahrholz a centrar el tiro en catorce minutos, contados desde la primera salva. Una obra maestra de medición y puntería, las propias de un artillero de primerísimo nivel. Así, a la salva trece —no debió de ser fácil determinar de cuál se trataba; el informe, sin duda escrito la noche misma de la batalla, era un tanto apasionado, cosa siempre mala para la precisión—, una gran explosión bajo el castillo de popa sacudió al *Indefatigable*, lanzando fragmentos de obra muerta en todas direcciones. Menos de treinta segundos después la siguiente andanada de cuatro granadas con espoleta de retardo lo alcanzaba de nuevo, con impactos a proa y a media eslora, dando lugar a una colosal explosión en la torre A, la cual pareció transmitirse al resto del buque, ya muy alcanzado por los efectos de la previa, la de veinte segundos antes. Al poco empezó a escorar a babor, ofreciendo al entusiasmado Mahrholz la vista de una cubierta desierta —

todo el mundo estaba en el interior—, no muy visible por el humo y las llamaradas, para irse a pique un minuto después, de modo que la última salva, que también hizo blanco, solo alcanzó una quilla desventrada. Tras eso, y sin concederse más de unos segundos para comunicar que Beatty tenía un crucero de batalla menos, orientó su telémetro al buque precedente de la línea británica, el que aún no sabía era el HMNZS *New Zealand*. Apenas ordenaba la nueva orientación de la batería principal cuando un gran géiser se alzó frente a sus ojos: una granada del 381. No se había dado cuenta de que ya estaban dentro del alcance del primero de los acorazados del V Battle Squadron, cuatro monstruos de 25 000 toneladas y ocho piezas del 381 que seguían a duras penas a los buques del I y del II Battlecruiser Squadron. Ahí terminaba el informe, al menos en la parte que a Wichelhausen le interesaba. Ciñéndose a lo estrictamente profesional, veía que la técnica de Mahrholz, a su vez inspirada en la de Von Hase y en la que se basaba la suya propia, demostraba ser óptima: Gabelgruppe con tres o cuatro piezas, separación descendente de cien o doscientos metros en el alcance de cada una, y corrección del tiro tras cada salva. El que Mahrholz consiguiera su primer impacto a la segunda demostraba que la técnica funcionaba, como le funcionó a él contra el *Evstafi*, el *Tri Sviatitelia* y el *Imperatriza Jekaterina Velikaja*. No había milagros en las doctrinas artilleras de la KM; solo prodigiosos cañones Krupp, magníficos telémetros Zeiss, excelentes *panzersprenggranaten* HE y trabajo, mucho trabajo. El calvinista espíritu prusiano de toda la vida.

El informe de Mahrholz añadía un *post scriptum*: contra el *Indefatigable* se dispararon cincuenta y dos granadas del tipo HE 6,6, de las que no menos de diez alcanzaron al enemigo. Al *Indefatigable* se le contaron no menos de sesenta disparos de su batería principal. Ninguno hizo blanco. Sus dos supervivientes, ambos serviolas, dijeron al comandante del *S-16* que a bordo de su barco servían 960 marineros y 60 oficiales. No se sabía de más supervivientes, al menos rescatados por un buque alemán.

Los otros informes los firmaban el Kapitänleutnant Schirmacher, del *Moltke* —veinte impactos en el *Tiger*—, el Korvettenkapitän Paschen, del *Lützow* —puso fuera de combate al *Lion* durante varios minutos, pero este se recompuso y volvió a la batalla—, el Korvettenkapitän Forster, del *Seydlitz* —sumando su fuego al del *Derfflinger* acabó con el *Queen Mary*—, y el Korvettenkapitän Von Hase, del *Derfflinger*, que no solo se anotó medio *Queen Mary*, sino que horas después, en la fase decisiva de la batalla, en apenas tres salvas partió en dos al *Invincible*, el buque insignia del vicealmirante Sturdee el triste día de las Falkland.

El más jugoso de los cinco era el de Von Hase, rebotante no solo de datos profesionales, sino de anécdotas del combate. Von Hase se sabía una estrella en el restringido mundo de los directores de tiro, y se le notaba un cierto regusto por el lucimiento. Wichelhausen se lo disculpaba, pues tras una jornada como la del 31 de mayo era comprensible que, a él y a los otros, les asaltaran unas ganas incontenibles de alzar sus alas y cacarear. En el caso de Von Hase quizás un punto exageradas, pues una de sus otras fuentes afirmaba que al *Invincible* se lo

cargaron, a medias, el *Derfflinger* y el *Lützow*, aunque a sus efectos todo eso carecía de importancia. Más la tenía el pensar que difícilmente se vería él en situación de usar lo aprendido en aquellas docenas de páginas, y no solo porque la dirección de tiro del *Yavuz Sultán Selim* estaba copada, sino porque los acorazados rusos no mostraban la menor gana de abandonar Sebastopol. Siempre cabía la posibilidad de pedir el traslado a un *linienschiff* o a otro *schlachtskreuzer*, pero nunca darían su dirección de tiro a un Kapitänleutnant de veintiséis años, y eso en el caso de que la Hochseeflotte volviese a vérselas con la Grand Fleet. Definitivamente, la gloria que ganaron los cinco muy condecorados artilleros —a todos menos Schirmacher el káiser les había concedido la Pour le Mérite—, estaba fuera de su alcance. Una pena, pero así era su guerra, y dentro de lo que cabía, como bien opinaba la desapasionada Queralt, no tenía motivos para quejarse.

Pero lo hacía.

## Viernes, 1 de septiembre de 1916

Las tripulaciones del *Yavuz Sultán Selim* y del *Midilli* permanecían formadas en el muelle de Ístinye al largo del primero, engalanado para una visita de importancia: un Generalfeldmarschall Von Mackensen, que, junto a sus acompañantes, y escoltado por el Admiral Von Usedom, llegaría sabría Dios cuándo, ya que había dejado el Pera Palas después de la hora prevista. Souchon sospechaba que Von Mackensen se había ido a la cama mucho más tarde de lo que acostumbraba, tras una interminable cena con el sultán, el gran visir y los tres Paşas, entre otros.

Las tripulaciones, impecablemente uniformadas, parecerían alemanas si las cintas de sus gorras no lucieran, en caracteres arábigos, los nombres de sus buques. Los oficiales sí parecían otomanos; no por sus uniformes o distintivos, sino por lucir unos gorros troncocónicos de color corinto denominados fez, los cuales, al sentir popular, combinaban con el resto de su atavío igual de bien que una P-08 en manos del Salvador. Enver Paşa agradecía el detalle de corazón, ya que reafirmaba la profunda unión entre las armas otomanas y las alemanas; algunos la ponían en entredicho, por los nada brillantes resultados que las unas y las otras alcanzaban en las diversas campañas en que andaban comprometidas. A eso se añadía que quince días antes se había registrado, en Istanbul, la enésima intentona contra Enver Paşa y la CUP. No fue grave, pues a las pocas horas la policía de Talat Paşa la redujo sin contemplaciones, pero en sus primeras horas hizo pensar que se avecinaba una sublevación en toda regla, lo cual llevó a Souchon a poner sus buques en estado de alerta, por si los cañones del *Yavuz Sultán Selim* debieran dejar claro quién mandaba en Istanbul.

La revista de Von Mackensen sería contemplada por un buen número de jefes y oficiales otomanos, los cuales permanecían en una tribuna instalada en un lugar preferencial; no era la primera vez que alguien de tronío revistaba las tripulaciones de los mejores barcos otomanos, de modo que nada se había dejado al azar. El acto sería tan formal como cualquier parada militar a la prusiana, siendo la banda del *Yavuz Sultán Selim* la que pondría la nota musical. Los mandos otomanos no serían los únicos espectadores, pues en un lateral se desplegaba un cierto número de periodistas y fotógrafos, los cuales darían fe de la

suprema perfección con que los alemanes organizaban esas bobadas. En el otro lateral se alzaba una segunda tribuna para el estamento civil, adornado con unas cuantas damas por demás elegantes. A su cabeza se situaban las nadas feas hijas del mariscal Liman von Sanders, la segunda esposa del Vizeadmiral Souchon, algunas mujeres de jefes y oficiales que habían venido a ver qué tal se las apañaban sus maridos en el país de la danza del vientre y, por último, la joven esposa de Çahin Gozü, a juicio de los tripulantes del crucero de batalla *Sultán Selim* la más cautivadora de las señoras en presencia, quizá por vestir sus mejores galas catalanas. No se sabía si aquello estaba o no consensuado ni si partía de alguna orden de la CUP, pero el caso era que no se veía un solo niqab, ni siquiera un humilde hiyab, en las proximidades de la no inminente ceremonia.

Queralt, un punto desconectada, se había sentado en un extremo de la tribuna. Las damas alemanas no le caían mal, pero eran mayores que ella, parecían conocerse todas con todas y estaba ya muy harta de partos y escaseces. Ella releía la última carta de su padre. Ella y don Joan seguían un protocolo postal un tanto complejo, pero que funcionaba, ya que las cartas de aquel aparecían en la mesa del *attaché* Humann de veinte a treinta días después de haber sido enviadas, y viceversa. El mecanismo funcionaba desde mucho antes de que Pascual, su esposa, su hija y su criada dejaran Istanbul, pues *Frau* Wichelhausen sospechaba que las cartas de su padre no solo las leía ella, ni las suyas llegaban vírgenes a Diagonal con Casanova, pero a fin de no causar dificultades se limitó a servirse de la embajada española para transmitir naderías. Las cosas serias las enviaba por el circuito alemán. Con la marcha de los Moreno dejó de lado los servicios de la reducida dotación de don Germán, el cual, si bien mantenía con ella una relación cordial, no era el mismo del pasado. Había menos paellas, y casi ninguna conversación indiscreta. Era de lamentar, pero la fuente Q no fluía de un modo tan copioso como en el pasado, lo que a ella no le importaba, pues en los últimos tiempos Germán no tenía mucho que contar o, probablemente, a él no le llegaba casi nada. En cualquier caso, y a sus efectos, todo eso daba igual. Desde hacía tres meses era una ciudadana del Deutsches Reich, y no se contaba con que suministrase información de interés. En todo caso, que de vez en cuando insuflase algo de luz y alegría en los sombríos salones de las dos embajadas: la germana y la española.

En la carta que releía, guardándose del sol con su pabela y su sombrilla, su padre le hacía saber que su hermana, su cuñado y su sobrina —ni palabra de Petra— llegaron a Barcelona tras un azaroso viaje por Viena, Ginebra y Perpiñán, donde bajaron el Mercedes de donde lo llevaban trincado, para llegar felizmente a su añorada Barcelona. Una vez en casa Meritxell comenzó a explicar, a borbotones, los horrores que le había tocado vivir en la sucia, hostil, peligrosa e incomprensible Constantinopla, lo cual le tenía preocupado, y a la *mare* también; los dos ponían en duda que su nuevo estatus, de ciudadana germana esposa de un oficial bien situado en el Estado Mayor, le confiriera la suficiente seguridad para vivir a salvo de peligros, y más dado su empleo de traductora de confianza en ese

mismo Estado Mayor, expuesta de continuo a intentonas y atentados como los que tan a menudo comentaban *La Vanguardia* y el ABC. Ahí aprovechaba para deslizar un reproche sobre su precipitada boda, tan lejos de su casa y privándole del placer, y del orgullo, de llevarla de su brazo al altar —ahí torció el gesto: *la mare de Déu*, lo cursi que podía ser el *pare*—, aunque aceptaba que todo eso era secundario y lo que de verdad importaba era que fuese tan feliz como merecía, y que su marido, del que todos le hablaban muy bien, fuera tan bueno con ella como la *mare* y él deseaban.

Tras ese preámbulo paternal le hablaba de la familia, de los amigos, de los conocidos, de la vida ciudadana y de la vida política, la cual era satisfactoria, si no por otra cosa porque desde febrero padecían un nuevo alcalde, Manuel Rius i Rius, el cual, por amabilidad de los dioses, era un buen cliente de la notaría, tanto que, sin llegar a ser amigos, si algún día se viera en la necesidad de pedirle algo probablemente le atendería. Todo eso ya lo había leído sin que le asaltase curiosidad alguna, salvo un párrafo dedicado a su amigo el cónsul Von Gosseln, al que le agradecería de por vida que gracias a él pudiera escribirse con ella. Le notaba un punto entristecido, sin atreverse a precisar si sería por su salud, por la defección de su mayordomo de toda la vida o porque le habían puesto un vicescónsul, un tal Fridel von Carlowitz que a él no le caía bien, aunque no supiera explicar por qué. Podría ser por no parecerle un verdadero diplomático, sino un espía. El caso era que apenas dedicaba tiempo a las actividades consulares. Prefería montar a caballo haciendo equipo con su mujer —una gran amazona mucho más joven que él—, compitiendo en torneos de saltos y cosas así, aunque según Von Gosseln lo que le consumía más tiempo era el bienestar de los capitanes, oficiales y tripulaciones de tres cargueros internados en la dársena del Morrot. Unos barcos milagrosos, pues pese a llevar dos años amarrados no mostraban herrumbre. Los tripulantes no solamente los cuidaban, sino que de vez en cuando los movían, quizá para mantener vivas sus calderas y sus máquinas. Que lo hacían se notaba en que cambiaban de sitio. No le sorprendería que alguna vez salieran a estirar las piernas por el Mediterráneo; después de todo, ni estaban encadenados a los muelles ni nadie los vigilaba, y las autoridades del puerto, a él le constaba, bien que sabían mirar para otro lado si se les incentivaba para ello. Sus nombres eran *Düsseldorf*, *Rudolf* y *Brasilia*; se lo decía por si eso pudiera ser de interés para su marido.

No añadía más, salvo una petición enternecedora: que les enviase fotos, suyas y de su marido. Meritxell les enseñó las de su boda, donde los dos estaban imponentes, pero a la *mare* y a él les gustaría tener alguna más íntima; una que les permitiese hacerse una idea de cómo eran en ese verano de 1916. Ahí se despedía, dejándola sumida en una dulce melancolía. Una de la que solo fue capaz de sacarla un cornetín de órdenes. El que mil hombres se cuadraran al unísono significaba que Von Mackensen ya estaba encima, saludando desde el Horsch de Usedom.

Comienza el horror, se dijo con resignación al tiempo de levantarse, como

hacía ya el resto de las damas. Quizá fuera eso lo que menos le gustaba de haberse vuelto alemana.

No, alemana, no. De ninguna de las maneras.

Para bien o para mal, ella se había vuelto prusiana.

## Domingo, 8 de octubre de 1916

Para la mayoría de los habitantes de Istanbul el domingo era día laborable, aunque para los varios miles de alemanes que residían en la ciudad o en sus alrededores seguía siendo el Día del Señor. Más de dos tercios eran militares. Los había marinos y de otras armas —infantería, caballería y artillería—, así como de intendencia, comunicaciones, transportes, ingeniería, sanidad y armamento. También había civiles vinculados a las armas, en buena parte cedidos por Krupp, DWM y KGM. Eso daba lugar a que varios cientos de alemanes y algunas docenas de alemanas buscaran los domingos consuelo espiritual en capillas habilitadas en los barracones donde residían soldados y suboficiales. Los oficiales y los ingenieros, que vivían en hoteles requisados por el Ministerio del Interior, a la hora de darse la paz no rehuían a las castas inferiores; eso no significaba que dejaran de mantener las distancias, pero no despreciaban su proximidad, entre otras cosas porque de hacerlo dejarían vendidas a las escasas mujeres que tenían la obligación moral de proteger.

Queralt no necesitaba verse protegida, ni siquiera cuando le daba por asistir a los oficios que celebraban los capellanes de la MD en los barracones de Ístinye. Estos eran similares a los de Wilhelmshaven, de modo que no se podría decir que las dotaciones del *Goeben* y el *Breslau* —seguían viéndose así; cuando menos, en ambas naves aún estaba por subir el primer marinero no alemán— experimentaban incomodidades desusadas. Lo que sí sufrían era una tendencia general a ganar peso, motivada por la inactividad de los buques. Esta se debía no solo a la escasez de carbón, sino a la falta de misiones, sobre todo para el *Yavuz Sultán Selim*. Si bien Ackermann mantenía ocupado a todo el mundo, los alimentos que podía ofrecer, otomanos si eran frescos —procuraba no echar mano de las hipercalóricas conservas alemanas—, afectaban con creciente intensidad a la cintura de sus hombres. La solución llegó en una reunión informal del Estado Mayor de Souchon. La que ya era traductora jefe propuso pedir al ministro de la Guerra una parcela bastante grande, cerca de Ístinye, que nadie usaba. En ella, proseguía como si estuviera improvisando, los tripulantes de la MD, en buena parte de origen campesino, si se les suministraran aperos y semillas podrían cultivar frutas y verduras imposibles de conseguir en Istanbul. Con eso

no solo se alimentarían mejor, sino que se mantendrían entretenidos, y así dejarían de ser la horda de holgazanes y gandules en que poco a poco se iban convirtiendo. Souchon atrapó la idea, si bien no dijo nada. No era hombre que prometiera lo que no estaba seguro de conseguir. Ahora, se puso a ello con naval determinación. Tanta, que a los pocos días Bu<sup>^</sup>e acompañado de Wichelhausen, firmaba el acta de concesión, mientras durase la guerra, de una parcela de dieciocho hectáreas que a partir de aquel día se llamaría Steniatal. A la semana o poco más llegaron los aperos y el tractor que *Frau* Wichelhausen localizó en un Kapali Çarşı donde salvo cruceros de batalla podía encontrarse de todo, de modo que los marinos de la MD pudieron dedicarse a roturar el terreno. En cuanto a semillas, las procedencias fueron diversas. Unas llegaron de Rumania, otras de Bulgaria y buena parte del Reich. El agua no faltaba, ni la mano de obra —las tripulaciones respondían con entusiasmo a la oportunidad de transformar Steniatal en un vergel alemán—; tampoco los animales, aunque no para tracción. En cosa de semanas la cabaña de cabras, borregos, gallinas, conejos, patos y ocas llegó a ser notable. Solo faltaba el elemento imprescindible para toda explotación agraria: el estiércol. Un proverbio de los campesinos alemanes dice de él que no es un santo, pero hace milagros. El primero se alcanzó gracias a la sonrisa de *Frau* Wichelhausen, que se plantó en una cercana yeguada militar donde los esforzados sementales y las entusiastas yeguas producían numerosos equinos para los ejércitos otomanos. Tras un agradable té con el capitán al mando, se acordó que la yeguada suministraría cada día toda la mierda que la MD se pudiera llevar, a cambio de un continuado suministro de huevos recién puestos, una vez las gallinas húngaras comenzaran a producir. Meses después Steniatal era una explotación agraria mucho más eficaz que ninguna de las que se tuviera noticia en el Osmanisches Reich. Funcionaba con el orden y la disciplina de la KM, aunque con la sabiduría de generaciones y generaciones de campesinos alemanes educados en la dura vida de los hombres del campo. La producción bastaba y sobraba para la MD, tanto que los tripulantes de los barcos otomanos también se beneficiaban del milagro; su contribución era más humilde, aunque también necesaria: ellos eran los que cada mañana iban a buscar el estiércol a la yeguada. Souchon no podía mostrarse más orgulloso del asombroso rendimiento de la iniciativa. No se olvidaba de quien alumbró la idea, la misma que aquella mañana cocinaba una extraordinaria paella de arroz búlgaro para los tripulantes del *Yavuz Sultán Selim* y el *Midilli*, para lo cual se había hecho con refuerzos: las nada feas hijas, Henriette y Gabriele, del Generalfeldmarschall Liman von Sanders, así como varias esposas de oficiales de las que venían a pasar una semana con sus maridos, en la esperanza de regresar al Reich felizmente preñadas. Aceptaban que menear el arroz y el sofrito no era complicado, y además les divertía la maliciosa explicación de *Frau* Wichelhausen, la de que hacerlo frente a los barracones, bajo la expectante mirada de las tripulaciones, les haría sentirse tan adoradas como quizá no volviese a ocurrirles en sus vidas.

—Va usted a conseguir que la canonicen, Queralt.

El tono del vicealmirante era formal, pero se le veía contento. Mantener alta la moral de los tripulantes era poco menos que milagroso, y buena parte de la clave del milagro se hallaba junto a él, probando del cucharón el punto de la paella.

—No es para tanto, Euer Exzellenz.

—Bien sé yo que sí. ¿Me deja probar?

*Frau Wichelhausen*, sonriente, le tendió el cucharón.

—Apostaría lo que fuese a que, una vez se coman todo esto, hasta el último marino del *Goeben* se dejaría matar por usted.

—Muchas gracias, pero bien sé que no. La paella catalana es un plato muy normal. Y la mar de humilde, además. No tiene nada que justifique lo que usted dice.

—Pues el embajador español hablaba y no acababa de las suyas. Le tenían embrujado, a lo que parece.

—Es que las de casa las hago para el *senyoret*. Todo pelado, vaya. Dan más trabajo, pero el resultado es mucho mejor.

—Hábleme usted de la paella del *senyoret*.

Queralt lo hizo durante algo menos de un minuto, bajo la hechizada mirada de un vicealmirante que rara vez consentía relajarse como lo hacía entonces.

—Espero que algún día me dé a probar una.

—El domingo que viene, si le parece. O el viernes. Así habrá menos riesgo de que la CUP se apodere de usted.

—¿Puedo llevarme a Liman? Me consta que, tras el informe que le pasen sus hijas, se morirá de ganas, él también.

—En casa les esperamos, mi marido y yo. A las doce.

—Allí estaremos.

El vicealmirante, solemne, se llevó la mano a la gorra. Recibió, a cambio, una gran sonrisa, de un tipo del que había oído hablar, aunque sin jamás verlo en persona. Le pareció tan cálida, tan de muy buena mujer, que no pudo evitar el devolverla. Definitivamente, *Frau Wichelhausen* era la Circe de la MD. Con gotas de Lorelei. Si no por otra cosa, por los inmensos fanales grises con que Dios, o el demonio, la habían bendecido.

## Viernes, 22 de diciembre de 1916

Souchon era tacaño con los permisos. No ponía pegas si los oficiales a sus órdenes le pedían tres o cuatro días, siempre que se les pudiera localizar, pero marchar al Reich un par de semanas era otro asunto. Sin embargo, la situación a finales de 1916 le llevó a reconocer que abrir un poco la mano sería bueno para elevar la decaída moral de sus inmediatos subordinados. Los acorazados rusos, su mayor dolor de cabeza, no dejaban Sebastopol desde hacía meses. No se sabía que Colchak careciera de carbón o de municiones, aunque sí que la disciplina en sus barcos se había degradado a extremos intolerables. También podría ser que la presencia en el mar Negro de una docena de submarinos alemanes le disuadiera de buscar batalla. En realidad, la MD nunca tuvo más de tres unidades del Tipo UB-1, el UB-7, el UB-8 y el UB-14, de los que solo el último seguía patrullando, pues el primero se perdió por causas desconocidas y el otro se transfirió a la Marina búlgara. Del Tipo II, más grandes y con más torpedos, se llegó a contar con otros tres, el UB-42, el UB-45 y el UB-46, aunque los dos últimos se hundieron, gracias a las minas rusas, hacía menos de un mes. En cuanto al U-38, estaba de regreso en el Mediterráneo. Solo el UB-14 y el UB-42 seguían emboscados a la espera de acorazados enemigos; la vista ocasional de sus periscopios bastaba para que Colchak se abstuviera de sacar al mar su opulenta fuerza de cinco *predreadnought* y uno de sus modernos *dreadnought*, el *Imperatriza Ekaterina Velikaja*. La mitad posterior del *Imperatriza Mariya*, su gemelo, había volado hacía dos meses gracias a una explosión en un pañol de cordita, imputable según Isendahl a la irresponsabilidad de su tripulación; aún estaba por estimarse si se podía reparar, y de ser así en cuántos meses. El tercero, *Imperator Aleksandr III*, tampoco estaba para navegar, ya que los operarios de Sebastopol seguían sin acabar de instalar su maquinaria, fabricada en Inglaterra. Dado que parecía no haber una necesidad inmediata de sacar al mar el *Yavuz Sultán Selim*, resolvió conceder algunos permisos, uno de ellos a su *Nachrichtenoffizier*, el cual llevaba más de cuatro años sin ver a los suyos, y era de reconocer que presentarles a su esposa era un motivo razonable. Sería un permiso del 19 de diciembre al 5 de enero; de todos esos días, cinco se les irían en ir y volver —el trayecto de Istanbul a Berlín cubría 1900 kilómetros y no menos de sesenta horas, con detenciones en Sofía, Belgrado,

Viena y Dresden; a la vuelta, lo mismo—, pero ni él ni su mujer se quejaban. Por lo demás, buen viaje y disfruten de sus vacaciones, que así les despidió el 18 de diciembre tras zamparse con ellos, con Liman von Sanders y con las hijas de este, una estupenda paella del *senyoret*.

Esa escena la evocaban según desayunaban a las siete de la mañana en un desvencijado *speisewagen* que hasta dos años antes fue un exquisito coche restaurante de la CIWL, de los asignados al servicio internacional entre París y Constantinopla conocido por *Orient Express*, el que hasta poco antes del comienzo de los cañonazos hizo las delicias de los que podían viajar de un modo tan elegante, tan prestigioso y tan carísimo. La movilización de Francia, Alemania y Austria-Hungría sorprendió a buena parte del material móvil de la CIWL en Austria-Hungría, con la consecuencia de ser requisado para empleo militar. El material —coches cama, coches restaurante y furgones— permaneció a disposición del ejército austrohúngaro, sin excesivo uso, ya que su funcionalidad era demasiado reducida para las necesidades del austero mundo militar. Tras la caída de Serbia surgió la necesidad de operar un servicio comercial para pasajeros distinguidos, entre Istanbul y Berlín. Así se instauró el *Balkan Express*. Cubría dos frecuencias semanales entre la Anhalter Bahnhof de Berlín y la Sirkeci Gan de Eminönü. El servicio lo prestaba la compañía que mantenía los vagones, una que a partir de noviembre de 1916 adquirió identidad propia con el nombre Mitropa, el aerónimo de *Mitteleuropäische Schlafwagen und Speisewagen Aktiengesellschaft*. Mitropa enganchaba sus coches a las locomotoras de las administraciones ferroviarias de los estados que atravesaba. Esa era la razón de que aquel amanecer la elegante composición del *Balkan Express* —un furgón, dos coches cama y un restaurante— rodase a remolque de una del KPStE —Königlich Preußische und Großherzoglich Hessische Staatseisenbahn, o Ferrocarril del Reino de Prusia y del Gran Ducado de Hesse—, integrada por tres coches de literas WL 6ü habilitados para heridos y una locomotora Schwarzkopf P-8, de lo cual *Herr Wichelhausen* no habría tenido idea —las locomotoras no le apasionaban— de no explicárselo la paciente *Frau Wichelhausen*, a quien no se le había desvanecido el sueño de algún día ganarse la vida diseñando locomotoras magníficas.

Los últimos kilómetros los recorrían a la luz de un sol entrevelado e invernal. Queralt venía prevenida contra el clima de una ciudad donde los primeros copos solían caer a primeros de octubre y hasta bien metidos en mayo no podía decirse que por aquel invierno ya bastaba. La última nevada era reciente, pues por la ventanilla no se divisaba demasiado pavimento. De vez en cuando, al pasar cerca de algún sendero, se veían huellas de rodadas, y también de pisadas. Aun así, el aspecto global no era siniestro. La inmensa Berlín no transmitía la sensación de ser una ciudad donde se vivía una guerra que al *Deutsches Reich* ya le había costado cientos de miles de hombres. Sería por eso que vieron pocos. Mujeres sí, bastantes, y no con aire de haber salido a pasear. Tapadas hasta los ojos, su aspecto era de ir a trabajar, quizás en sustitución de algún movilizado. A Queralt

le parecía percibir una general atmósfera de tristeza. Lo atestiguaba un hecho en que a primera vista no reparó: las mujeres que caminaban en las proximidades de la vía férrea, que bien sabía solían saludar a los trenes con las manos y alguna sonrisa, ni les miraban. Las pocas que lo hacían componían excelentes expresiones inexpresivas, como esas de los ciegos que parecen mirar pero que no ven. Ese debía de ser el primer signo de la guerra: nadie parecía ver, o querer ver.

Rolf no sabía con qué se encontrarían en la Anhalter Bahnhof. Había enviado un telegrama, diciendo que llegarían a primera hora del 22. El *Balkan Express* no podía gozar de una gran puntualidad, por el larguísimo recorrido desde Istanbul, de modo que ni él ni Queralt esperaban ser recibidos. Dios quisiera que hubiera taxis, se decía con preocupación, porque arrastrar el nada ligero equipaje —lo presidía un par de gruesas alfombras de seda pakistani— hasta la no cercana Gendarmenmarkt, con la nieve que habría en las calles, podría ser sobrehumano, pero le alivió divisar dos figuras femeninas que reconoció al momento. A *Frau Wilhelmine* la primera, pese al gorro noruego con que se cubría la cabeza. Ni siquiera en Alemania era frecuente dar con señoras que raspaban los ciento noventa centímetros. Con la otra, solo algo más baja, lo tenía menos claro, pues cuando se despidió de Ingeborg solo tenía trece años. El tremendo estirón que había pegado dificultaba identificarla, si bien al verla sonreír, con todos sus muchísimos dientes, salió de dudas.

—Mamá, Inga, Queralt.

*Frau Wilhelmine* Wichelhausen, de soltera Von Bülow, tenía cincuenta y tres años, aunque gracias a su general buen humor aparentaba menos. Criada en un ambiente de diplomáticos, donde hablar menos de dos lenguas además del alemán era indicio de retraso mental, se había casado con un zoquete adorable, de veras encantador, que jamás se debió esforzar en que le comprendieran, ni en comprender él a los demás. Su pasión eran los caballos, tanto los de correr como los de cazar, si bien el *schlachtrösser* o caballo de batalla, mezcla de airoso *hunter* irlandés con indestructible *kriegspferd* prusiano, aderezada con alguna gota de sangre árabe y de lipizano español, desde la entronización del káiser Wilhelm era el más cotizado de los que criaba. Dos personas tan distintas como ellos solo podían detestarse hasta la exasperación o amarse con locura, y contra los pronósticos generales sucedió lo segundo. En los veintiséis años de su matrimonio se las compusieron para poner en grada nueve pequeños Wichelhausen, de los que ocho llegaron a la feliz edad de recomendar a su madre, a sus tíos y a la totalidad de sus parientes, que se ocuparan de sus asuntos. Para los estándares prusianos era un registro excelente, ya que lo usual era que uno de cada tres niños pereciese antes de ser confirmado en su fe, incluso los de clases tan acomodadas que sus padres no regateaban un marco en médicos, medicinas, alimentación y, en general, toda clase de cuidados. Todos los niños Wichelhausen, salvo el que murió, se criaron tan fuertes como los caballos de su padre. Fue muy de lamentar que a este no le diera tiempo a verlos en el esplendor de su juventud y de su primera madurez, ya que allá por 1908, con Ingeborg ya de nueve años,

una galopada sobre uno de sus sementales terminara con jinete y caballo en el suelo, este con una pata partida por haberla metido en una topera y aquel con el pescuezo formando un ángulo recto. El dolor de la familia fue inmenso, pues sin ser un padre pegajoso se podía contar con él siempre que hacía falta. El de su esposa fue aún más hondo, tanto que a los cuarenta y cinco años que tenía, y siendo la opinión más extendida que aún estaba de muy buen ver, no se planteó buscar un nuevo compañero, consciente de que dar con uno como el que había perdido sería un sueño imposible. Prusiana de pura cepa, no se dejó llevar ni por la pena ni por la depresión, ni se dejó ver ante nadie apenada o entristecida. Se limitó a desempeñar su doble papel, de padre y de madre, lo mejor que pudo. Tras los ocho años transcurridos, la opinión de familiares y de amigos era que lo hizo mejor que bien. Sus cuatro hijos varones prosperaban en sus respectivas carreras de un modo incuestionable, como lo harían sus cuatro hijas si las alemanas tuvieran a su alcance diversidad de carreras para elegir. No era el caso, pero al menos las dos mayores se casaron con sendos diplomáticos; la tercera —la única que no le salió guapísima— llevaba camino de ser una excelente profesora de historia y filosofía, y la última, Ingeborg, de momento se conformaba con sacar muy buenas notas en el Gymnasium Kaiser Wilhelm I, sin haberse manifestado sobre qué cosa le gustaría más hacer. Se sospechaba que le gustaría recuperar el viejo negocio paterno, el de criar caballos en una finca de la Prusia oriental cuyos aparceros hacían lo posible por mantenerla como si el llorado Alfons Wichelhausen aún siguiera entre los vivos. Era, también, la más romántica, y si bien se opinaba que la vida no tardaría en curarle tan molesta minusvalía, la historia de su hermano Rolf y la chica española de la que se había enamorado de aquel modo tan novelesco, y que ahora las miraba con alguna timidez, le hacía preguntarse, las noches de tardar demasiado en dormirse, si el destino sería con ella tan amable como lo era con el guapísimo Kapitänleutnant, y esa era otra, que a la dulce Ingeborg la contemplación de los viriles uniformes de los oficiales alemanes le despertaba pensamientos, y más cosas, de un tipo tal que jamás se le ocurriría comentarlos con nadie, y menos con su madre. Quizá, lo intuía en ese instante, sí podría con la dueña de los prodigiosos ojos grises, tan inverosímiles en una española, que la miraban de un modo extrañamente afable.

—Habréis traído el coche, supongo.

—El coche y el chófer. La guerra no ha podido con nosotras. No todavía. ¿Qué clase de nombre es Queralt?

—Es el de una virgen catalana, *Frau* Wichelhausen.

—Ni se te ocurra llamarme así. Estemos con quien estemos, y hagamos lo que hagamos, para ti soy Mina. ¿Vamos?

## Domingo, 24 de diciembre de 1916

Werner, el mayordomo, había echado el resto. Al igual que Kurt, el conductor, ya no cumplía los sesenta, de modo que los ejércitos del káiser los dejaron de lado. Llevaban al servicio de los Von Bülow desde niños, y salvo para cumplir su servicio militar siempre habían estado a las órdenes de algún miembro de la familia. De *Frau* Mina lo estaban desde que compró su inmenso piso de la Franzosischestraße, justo a la espalda de la Franzosischer Dom. Si Werner echó el resto fue porque preparar una cena de Nochebuena digna de llamarse así, para doce adultos y dos niños pequeños, partiendo del estricto racionamiento que la Reichsgetreidestelle —Agencia para el Grano y el Cereal— aplicaba sin miramientos, era una tarea imposible. Mal que bien, todos en la casa se habían acostumbrado al indescriptible sabor del pan de guerra, hecho a base de patata, centeno y muy poquito trigo, a un polvo sintético capaz de imitar bastante mal a unos huevos revueltos, a unas conservas de frutas y verduras de aromas inverosímiles y a un sucedáneo de café llamado achicoria que solo recordaba el original en el color del brebaje. La realidad era como era y de nada valía quejarse, pero la cena de Nochebuena no podía partir de ahí, de modo que Werner movilizó sus contactos en el mercado negro para que aquella noche la mesa de *Frau* Wichelhausen, y la de sus sirvientes —la señora de la casa no tenía nada de tacaña—, se pareciesen a las de los buenos tiempos. Gracias a eso el caldo de ave sería de ave, las ostras serían legítimas de Stolp y el pavo sería un magnífico ejemplar criado en la oscura clandestinidad de Sagan. A eso se añadían dos grandes latas de caviar iraní —la guerra no liquidó el comercio entre el Imperio otomano y sus vecinos; simplemente, lo transformó en contrabando—, aportadas por la más reciente de las Wichelhausen, la cual no solo trajo las dos fantásticas alfombras que casi habían hecho llorar a la señora de la casa, sino que llenó sus alacenas de arroz búlgaro, embutidos turcos, naranjas de Artaki, dulces de pistacho, una gran caja de *lokums*, tres botellas de Taittinger y dos más de prodigioso Knockando del Speyside, todo ello comprado a un precio global muy razonable a su trapicheador habitual, el que le conseguía casi todo y no solo por dinero, sino por agradecimiento, el de haber conseguido que dos de sus hijos fueran declarados inútiles para el servicio pese a estar que daba gloria verlos, y

así se librarán de caer como chinches en las trincheras de Gallipoli. Lo cierto era, como afirmaba su marido con indisimulado asombro, que *Frau* Queralt se había transformado en una turca total, absoluta. Sobre todo para bailar, pero eso quedaba para su intimidad.

La cena discurría con normalidad; decir con alegría sería exagerado, pero *Frau* Mina no se quejaba. Su tren de vida no se había deteriorado en exceso, el automóvil familiar seguía bien a salvo de la requisita militar, aún no le habían matado un hijo o un yerno, ya padecía dos nietos muy robustos y, en general, las penalidades de la guerra le resultaban llevaderas. La ocasión habría sido perfecta si Jürgen, su hijo mayor, hubiese venido, pero su ocupación, levantar fortificaciones, le tenía varado en Zeebrugge. La esposa de Jürgen y su hijo estaban en Regensburg, con sus padres; ahí era donde vivían desde que al joven arquitecto, que por tal pasaba Jürgen, le calzaran una gorra de Hauptmann y le ordenasen henar el mundo de hormigón. Sus otros hijos, Albert, cirujano en un hospital de segunda línea, y Ernst, movilizado con el grado de Offizierstellvertreter, pues era doctor en Derecho destinado a funciones legales en el Großer Hauptquartier, se habían sentado a babor y a estribor de la última de las Wichelhausen, a la que no dejaron de interrogar amigablemente durante los entremeses, el caldo y el caviar, aunque una vez se arrancó a explicar como era Istanbul guardaron silencio, igual que la *materfamiliae*, las hermanas —Wilhelmine, Liselotte, Waltraut e Ingeborg, o Minnie, Lilo, Wally e Inga; de los Wichelhausen, prusianos legítimos, solo las hembras tenían diminutivo familiar—, los yernos —Richard y Walter— y Gretchen, esposa de Albert y única de las nueras en presencia.

—Istanbul es gris. Ya me pareció así cuando llegué, mucho antes de la guerra, pero ahora es difícil dar con algo que no lo sea. Quedan casas de madera pintadas de colores vivos, o que fueron vivos, en los alrededores de la plaza de Sultanahmed, pero salvo eso, me parece, solo las banderas otomanas ponen algo de color. El resto es gris, aunque no uniforme. Más claro y más oscuro, más limpio y más sucio, más brillante y más apagado, pero gris. El de la melancolía y la tristeza, diría yo. Hasta el Bósforo es gris, y el Cuerno de Oro también. Esto quizá sea porque ya es invierno y hueve casi todos los días. Al sol no se le ve, y de ahí que su luz sea tan gris como todo lo demás.

—¿Dentro de las casas también?

—Pues no lo sé. En la nuestra, no. Tratamos de mantenerla con alegría. —Una sonrisa en dirección a su embelesado marido—. Tampoco en el Gran Bazar. Sigue siendo un festival de colores, como antes de la guerra, lo que no está bien visto por la CUP, pero la gente siempre ha necesitado un poquito de alegría, y ahí la encuentra. No sabría decir más. Solo que aun gris, y triste, y vieja, y sucia, y cochambrosa, y maloliente, y a menudo hasta repugnante, sigue siendo una ciudad maravillosa.

Inga suspiró de un modo aparatoso. Si algo envidiaba de su más reciente cuñada era no solo el mucho mundo que había visto, sino la flema con que

parecía desenvolverse, allá donde se asomase y allí donde viviera. Desde que llegaron ella y Rolf se habían vuelto algo más que cuñadas, quizá por la cantidad de cosas que le contaba de su vida en Barcelona, de sus viajes por España y Francia, de los puertos en que habían tocado cuando atravesó el Mediterráneo y del Imperio otomano, pues aunque no había salido de Istanbul desde que comenzó la guerra, en los meses anteriores hizo algún viaje por la costa del Egeo. Ya eran amigas y llevaban camino de ser hermanas, cosa que a Rolf le alegraba pese a no decirlo, pues a pesar de que siempre consideró a Inga un saquito de mocos era, de sus cuatro hermanas, la que le despertaba una mayor ternura. En esa Nochebuena quedaba muy poco de la niña de trece años que se colgaba de su brazo para presumir de apuesto hermano mayor, tan elegante como solo puede ser un oficial de la Kaiserliche Marine. Se había vuelto no ya una mujer, sino una prusiana de concurso, muy alta y un tanto acaballada, pero el cariño que desplegaba con Queralt le conmovía de corazón.

—¿Y de verdad te atreves a salir sola por Istanbul?

—Pues sí, claro. Si no te aventuras por los barrios más pobres, que son los más peligrosos, suele bastar con ser discreta. Eso implica vestir como las turcas: cubierta de pies a cabeza con un sabañón horrible, negro, que llaman abayas, y coronarlo con un velo o capucha que se llama niqab y que solo deja ver los ojos. Mi problema es que no los tengo de un color que allí sea corriente, y además soy más alta de lo normal. Aun así, nunca me han dado un susto. A ver si hay suerte y seguimos así.

—¿Qué habría pasado si te hubieran dado uno?

—Pues que de no ser muchos se lo habrían llevado ellos.

Sobre la mesa cayó una general expresión de incompreensión. No en el caso de Rolf. Bien sabía qué insinuaba su mujer.

—Las abayas no dejan ver que bajo ellas empuñas *una parabellum* con ocho balas en el cargador y una más en la recámara, montada y lista para tirar. Solo necesitas abatir el seguro, lo que haces con la uña del pulgar. Tras eso, a matar como Dios manda. Un balazo a quemarropa, con un cartucho de 123 grains, el reglamentario de la KM, hace que quien se lo lleve salga volando. Si son más de uno es cuestión de no parar, aunque dudo que con la sorpresa de ver que una musulmana ferviente abre fuego bajo sus abayas, sean capaces de moverse. Tras eso, a salir corriendo pistola en mano, y esa es otra, jamás salgas con tacones..., y lo normal será que no te pase nada.

Sobre la mesa cayó el silencio. No solo por la sorpresa de saber que la dulce Queralt circulaba por Istanbul con un pistolón bajo sus ropajes, sino por la dulzura con que daba detalles.

—¿Y cómo es que tienes un arma como esa? ¿Se la diste tú? —Por Rolf, que se mantenía tan impávido como acostumbraba cuando a su fascinante señora le daba por hablar y no parar.

—No. Souchon. Dado que su puesto de trabajo está en el cuartel general de la armada, cuyo almirante jefe es él, decidió que su traductora jefe no podía ir por

ahí con un simple revólver, así que le regaló una P-08 de artillería, que son más cortas de cañón y pesan menos.

—¿Simple revólver? —La desorbitada *mater familiae* sabía que su nuera más moderna no se asustaba con facilidad, aunque aún no se reponía de que fuera tan de armas tomar.

—Es que siempre fui armada. El revólver, un *bulldog* de cinco tiros, me lo regaló Raouf Orbey, el jefe del Estado Mayor. Es un arma muy buena, pero con él solo puedes cargarte cinco malnacidos. Con la P-08 tienes para nueve si administras bien la munición. Ah, y llevo un segundo cargador, a rebosar. Entre tanda y tanda de violadores, si me dan diez segundos cambio el cargador y a empezar de nuevo. Si son más de diecisiete ya no tengo nada que hacer, pero los maleantes de Istanbul no suelen formar de a tantos. No me miréis así, por favor. —Lo hacían entre atónitos y estupefactos, salvo Rolf, que buen conocedor de su esposa sonreía con beatitud—. Una chica sensata debe adaptarse al lugar donde hace su vida, e Istanbul es no ya para ir armada, sino para no dudar en cargarte a quien sea, porque, si no, el programa es invariable: te violan entre todos, te degüellan —no solía gesticular, pero en esa ocasión movía sus manos como si estuviese arreglando unas orquídeas— y te tiran al Bósforo. Rara es la mañana en que los pescadores no dan con una desdichada que ha terminado así. No es para tomarlo a broma, ya veis.

—¿Y qué hace la policía?

—¿Con la que está cayendo? Pues mirar a otro lado. En la Istanbul de hoy, o te proteges tú misma o estás perdida.

Rolf asintió, muy serio. Inga, que seguía en una especie de trance, también. Lo que daría ella por poder hablar así...

Mejor: por saber vivir así. Por ser así.

## Viernes, 29 de diciembre de 1916

Ya no nevaba. La mañana invitaba a recorrer el Berlín más de las mujeres: el de la ropa. No podría contar con Rolf, atrapado en una visita inevitable al KM Hauptquartier, lo que no lamentaba, porque Rolf, un hombre cabal y normal, era pésimo para ir de tiendas. Gabriele Liman von Sanders le había dado un par de direcciones, aunque no estaba segura de que aún valiesen de algo. Por fortuna. Inga se mostró encantada de acompañarla, tanto que habría cancelado cualquier plan que tuviera con tal de pasarse la mañana, y quizá también la tarde, paseando por Berlín con una cuñada que ya era una hermana, lo que a Queralt le conmovía, un poquito. De ahí que a primera hora dejaran la Gendarmenmarkt, caminaran hasta Mittelstadt, la estación más cercana del Untergrundbahn, para media hora después volver a ver el sol en la Wittenbergplatz, a pocos pasos del paraíso de las berlinesas: el Kaufhaus des Westens, o KaDeWe.

—¿De veras hay cuatro líneas de metro..., U-Bahn, decís?

—Ahí nos hemos quedado. Había planes para unas cuantas más, pero la guerra los ha parado. Como casi todo.

Queralt pensaba en Barcelona, cuyos proyectos de un ferrocarril metropolitano llevaban años en el limbo. Era de lamentar que incluso Istanbul tuviera ya una línea subterránea.

—Y ese KaDeWe adónde me llevas, ¿qué cosa es?

—Un comercio muy grande. La idea vino de los Estados Unidos. Allí hay comercios enormes con muchas secciones, cada una especializada en una cosa. La gente, allí, encuentra en media hora lo que le llevaría un día entero de patearse las calles. El KaDeWe tuvo éxito nada más abrir, aunque ahora está muy alicaído, como todo en Berlín. Aun así, hay cosas que funcionan, como el Bereit zu Tragen. Tienen figurinistas que diseñan modelos y costureras que los cortan y los cosen. Los ponen a la venta en las secciones de mujeres. Los hacen de varias tallas, para más altas, más bajas, más gordas y más flacas. Tú buscas y rebuscas, y casi siempre das con algo. Como rara vez es caro, lo pagas, te lo llevas y lo estrenas por la tarde, si quieres. El Bereit zu Tragen, antes de la guerra, era estupendo, pero ahora el KaDeWe solo se atreve con ropa recia, resistente. De todos modos, pasarse una mañana en el KaDeWe, hurgando entre lo que tienen, o

en lo que les queda, sigue siendo entretenido.

—Tú aún estás en edad de estudiar, ¿verdad?

—En el último año. Ahora no aprietan tanto como antes. Igual por eso lo llevo bastante bien.

Se sonrieron con mutua simpatía; en la parte de Queralt, porque tenía presentes los agobios del latín, la costura, las labores y la religión, las cuatro estupideces con que las Damas Negras torturaban a sus resignadas alumnas.

—Aquí os dejan estudiar lo mismo que a los chicos, me dijo Rolf. ¿Sabes ya qué harás cuando te gradúes?

Inga se lo quedó pensando, aparentando palpar la entereza de un corsé. Queralt, que no le quitaba ojo, se dijo que dudaba más de lo razonable. Como si lo que de veras quería estudiar no era lo que le dejarían hacer.

—Todos dicen que cuando acabe la guerra la situación será difícil, que habrá mucho paro y pocos puestos de trabajo que valgan la pena, porque los buenos se reservarán a los oficiales desmovilizados. En casa, hoy, no vivimos mal, pero es porque nos comemos los ahorros. A este paso no tardaremos en tener problemas. A eso se debe que Wally se haya puesto a trabajar en un despacho de abogados, unos conocidos de mi madre. Le pagan poco, pero mejor será eso que nada si las cosas se ponen tan mal como dicen que se van a poner. Por eso no me hago ilusiones. Quería ser abogada y diplomática, como el abuelo y mis tíos, pero intuyo que acabaré haciendo cualquier cosa, del estilo de Magisterio, si no algo aún más repugnante. Algo, eso sí, con lo que pueda encontrar trabajo.

—¿Harán falta más maestros de lo normal?

—Muchísimos. Quizás en Istanbul no se note, pero a los pocos meses de comenzada la guerra, cuando los muertos ya eran docenas de miles y se veía que sería un asunto de años, los alemanes empezamos a reproducirnos como locos. Bueno, yo no —volvieron a sonreírse—, ni vosotros tampoco, pero mira en derredor y verás cantidad de mujeres preñadas, y de carritos de bebés. Las guarderías están a rebosar, y eso que cada día se abre una nueva. Es instintivo, dice mamá: el Reich necesita cubrir bajas, y para eso nada mejor que aprovechar los permisos. Los hombres vuelven del frente con sus pañoles tan a reventar que cuando se largan dejan atrás una barriga incipiente, la cual será, nueve meses después, otro proyecto de soldadito, si no de molde para fabricar más soldaditos. Todos estos hijos de la guerra deberán ir al colegio, y después a la escuela, de modo que harán falta muchos maestros. Es una profesión donde las mujeres no estamos mal vistas, así que ya lo tienes: me guste o no, me veo de *Frau Rottenmeyer* a la que pase un par de años.

Queralt aún se acordaba de las terroríficas *Heidis Lehr und Wanderjahre* y *Heidi kann brauchen, was sie gelernt hat*, de modo que sobrevino una nueva ronda de sonrisas, esta vez a la vista de unos camisones que parecían bordados en esparto.

—Sospecho que no está bien visto que tu hermano y yo sigamos sin descendencia.

—Por nuestra parte, no. Por la de los parientes, y los amigos... pues sí, pero no dará tiempo a que la gente murmure porque os marcháis en cuatro días. Disfrutad, mientras podáis.

Queralt se quedó mirando a su cuñada, especulativa. Estaban tras una cortina, donde con toda naturalidad Inga se probaba un *bustier*, demostrando que la cultura germana prescindía del pudor entre mujeres. Le quedaba pequeño; de ahí el ahorrar a su cuñada el trabajo de volver a vestirse, saliendo en su lugar a buscar una talla mayor. Inga, reflexionaba según hurgaba en el desordenado montón de prendas íntimas, estaba desarrollada del todo, incluso más de lo que recordaba ella de sí misma cuando sufría sus propios diecisiete años, los de la Semana Trágica. Tenía un cuerpo bien proporcionado, y cuando se arreglaba debía de ser una imponente chica en absoluto depilada. De cara no estaba lejos de serlo, pese a resultar un punto equina, por culpa de una quijada que, si bien a un hombre le sentaría bien, a una mujer ya no tanto. Siendo inteligente, y muy bien educada, debía de tener numerosos aspirantes al empleo de pretendiente. Bien, pues ya tenía una cosa de la que hablar. Un alivio, porque no se le ocurrían muchas. Inga le caía muy bien, pero el caso era que se le había olvidado cómo era conversar con señoritas europeas de menos de veinte años.

—¿Y tú? ¿Tienes algún interesado en dar hijos al Reich?

Lo preguntaba según le ayudaba con un recio *brassiere* alemán, fabricado en Boblingen por la Mechanische Trikotweberei Ludwig Maier. Ni de lejos recordaba la delicadeza y la suavidad de los que le hacían sus vecinas y caseras, las adorables monjas francesas que no solo le limpiaban el piso y le cuidaban la ropa, sino que se ganaban un dinerillo cosiendo descocadísima lencería —sobre figurines un punto anticuados de Madeleine Vionnet— para las europeas desterradas en Istanbul.

—No. Los de mi edad no me dicen nada, y los que sí me dicen están en el frente, salvo los que han vuelto tan averiados que, por mucha pena que me den, ni se me ocurre tontear con ellos. Si algún día me caso será con uno al que no le falte nada, un brazo, una pierna, un ojo o un huevo. —Queralt se rio, encantada de ver que Inga tenía un sentido del humor compatible con el suyo—. La verdad es que no pienso en eso. Es difícil sentir tentaciones cuando no hay tentadores a mano, ¿verdad? —Queralt asintió, aunque no muy convencida; ella siempre tuvo muchas—. ¿Y tú? ¿Cómo fue lo tuyo con Rolf? ¿Le hiciste sufrir mucho?

—Me temo que no. Al día de conocerle ya se me caían las bragas por él. —Inga se desorbitó un poquito de mirada, encantada de oír lo que oía—. Por mi parte, un flechazo de novelón francés. Por la suya..., pues me parece que también.

Se cogieron las manos, embelesadas e indiferentes a que Inga seguía con las tetas al aire. Una incipiente aunque gran amistad entre mujeres no suele prestar atención a esas cosas.

—Si entra la vigilanta puede pensar cosas raras.

—Ya me visto. Qué mierda de prendas. —Lo decía según arrojaba, lo que se había probado y lo que no, a la mesa-cesto de la nada delicada ropa interior—.

Ojalá termine pronto la guerra y podamos volver a París. Fui con mamá y Wally hace tres años, y me pareció no solo la mejor explicación del *als Gott in Frankreich*, sino el paraíso del *sousvêtement*. ¿Tú has estado allí?

—Una vez, a los dieciséis. El santuario de la lencería francesa, tienes razón, pero ya está bien de corsés. ¿Adónde vamos ahora?

\* \* \*

El tiempo, en Berlín, a veces da sorpresas. Una muy agradable fue que saliera el sol. No de un modo primaveral, pero sí al de invitar a pasear. A eso se pusieron nada más dejar el KaDeWe, a caminar hacia el Unter den Linden según visitaban las dos tiendas —ambas desaparecidas— que recomendase Gabriele, de ahí a la Museuminsel, que unas cosas con otras Queralt seguía sin conocer, para terminar tomando un té y un pedazo de tarta que no estaba mal del todo. Lo hacían en el mejor lugar de Berlín, según Inga, para que las señoritas elegantes merendaran como Dios manda: el Operncafe del Prinzessinenpalais, desde cuyos no muy limpios ventanales contemplaban el más encantador de los parques diminutos de Berlín; el Prinzessinen Garten.

—¿Qué haréis cuando volváis a Istanbul?

—Pues seguir con nuestra rutina. Yo, de traductora en el Estado Mayor de la Marina. Tu hermano, allí mismo, de oficial de información. No creo que haya cambios en tanto no acabe la guerra, porque a Rolf ya se lo han saltado un par de veces a la hora de los traslados. En la KM no es normal que de Kapitänleutnant en adelante se permanezca más de tres años en el mismo puesto, pero él debe de ser insustituible, supongo que por hablar turco. Le fastidia, porque preferiría servir en un barco. El no jugarse la vida cada día no le consuela mucho, pero ya me ocupo yo de que se resigne. —Le guiñó un ojo, a lo que Inga sonrió con su mejor sonrisa de complicidad—. En cuanto a mí..., pues aprendo lo que puedo, pensando en el futuro. No sé qué será de nuestra vida cuando acabe la guerra, pero intuyo que cuanto más sepa de los turcos mejor me podré ganar la mía.

—¿Piensas seguir trabajando? ¿Incluso si tenéis niños?

—Sí. La vida de ama de casa no es para mí. He visto a mi madre aburrirse tan a morir que de ninguna manera querría vivir lo mismo. Una cosa es que me divierta cuidar de nuestro nido, y preparar de vez en cuando una cena pecaminosa, y bailar la danza del vientre para mi hombre —Inga le regaló una gran sonrisa—, y otra que solo me dedique a eso. Y hay más: una mujer de su casa no solo termina por aburrirse, sino que aburre a todo el mundo, empezando por su marido, y si hay alguien a quien no puedes aburrir es el tipo con el que te acuestas, porque a la que pueda se buscará una que le divierta, y desde ahí solo te quedará resignarte a ser el pedazo de carne que se ocupa de la caverna y de los cachorros, y de mirar para otro lado cada vez que tu dueño y señor te ponga un

cuerno. Una mujer que sale, que trabaja y no de cualquier cosa, sino de algo que le haga pensar, siempre tiene cosas para contar, además de que conserva su capacidad de comprender lo que le cuente su marido, y así este verá que hablar con ella, y convivir con ella, y salir con ella, y hacer la vida con ella, es no solo agradable, sino también divertido. Por otra parte, si a pesar de todo el muy cabrón te planta, si no es que decides plantarlo tú, conservarás tu independencia, porque al tener tu trabajo también tendrás tu dinero, y así jamás te hará falta sacrificar tu dignidad para poder comer. Ya ves, a fin de cuentas, no es más que prudencia y aceptar que los cuentos de hadas suelen acabar de muy mala manera.

—Lo tuyo con Rolf, ¿es un cuento de hadas?

—Por ahora pienso que sí, pero prefiero no hacerme ilusiones. La vida no solo es muy larga. Inga. También es muy puta. Tomar precauciones suele ser aconsejable.

—¿Y cuáles tomas tú?

—Tratar, por todos los medios, de que nunca deje de mirarme como me miró el día en que nos conocimos.

—¿Y eso cómo se consigue?

Queralt se lo quedó pensando. No quería contestar lo primero que le viniese a la boca.

—Con imaginación y sensibilidad. Hay más ingredientes, por supuesto, pero esos dos son los esenciales.

Ahora fue Inga quien se lo quedó pensando. Lo que oía le parecía fascinante, quizá porque ninguna de sus hermanas casadas, ni tampoco sus cuñadas, hacía otra cosa que desvivirse por los suyos, y en especial por los dueños de sus vidas.

—¿Rolf sabe que no piensas dejar de trabajar?

—Sí, claro. No solo eso: le gusta que lo haga. De hecho, el plan que nos hicimos, antes de que la guerra, fue que cuando dejara la KM montaríamos una consignación naval en Barcelona, y ahí seríamos no ya marido y mujer, sino socios que trabajan codo con codo, cada uno en lo que haga mejor.

Un gesto de sorpresa teñida de admiración.

—Rolf es estupendo, pero no le sabía tan liberal.

—¿Te sorprende?

—Un poquito. Mi familia es avanzada, cuando menos en el Berlín de los que tenemos mayordomo y doncellas —Queralt devolvió el gesto de sorpresa; Inga, definitivamente, sabía llamar a las cosas por su nombre—, pero de liberal no tiene mucho. Mejor: los hombres son los que no tienen mucho. Mamá, para que te hagas una idea, fue quien aconsejó a Wally que trabajara. Se lo dijo bien claro, además: cuando acabe la guerra el número de alemanes casaderos habrá disminuido bastante, y el de alemanas sin una dote de importancia será mucho mayor. Wally caerá de lleno en esa categoría, y si a eso le sumas lo que no hace falta decirle, pues bien que lo sabe, será bueno que aprenda cuanto antes a ganarse la vida por sí misma.

Queralt no necesitó preguntar qué sería lo que *no hacía* falta decir a Wally. En

su fría evaluación de cuñada objetiva, le salía que tres de las hermanas Wichelhausen quedarían bastante arriba en el censo de bellezas berlinesas, pero la cuarta, Waltraut, tenía muy poco de seductora. Si a eso se sumaba que no le parecía especialmente inteligente, aunque sí bastante antipática, era para descartarla en el papel de Scheherazade.

—¿Es muy caro ir en tren a Istanbul?

—Pues no lo sé. Nuestros pasajes los pagó la KM. La diferencia entre primera clase y coche cama la puso el Estado Mayor. El otomano. ¿Por qué lo preguntas?

—Por ir con vosotros. Vuestra casa no es pequeña, dijiste. Y yo no abulto mucho. No solo es que tenga ganas de ver mundo. Es que Berlín me aplasta. Es todo tan triste, tan gris...

—No pienses que Istanbul es más alegre. Por otra parte, la gente de aquí sí parece que se divierte. No sé cuál de tus hermanos dijo la otra noche que hay cuatrocientas veinticinco salas de cine, solo en Berlín. En Istanbul, para que te hagas una idea, no hay ni una. Las películas que nos mandan desde Berlín las vemos en un barracón de Istinye. Gracias a Souchon, que ha mandado habilitarlo como si fuera un Kino de la Ku-Dam. De no ser por eso nos moriríamos de asco.

Inga prefirió pasar de puntillas sobre las posibilidades de morirse de asco en Istanbul.

—Lo de las cuatrocientas salas es verdad, pero solo pasan películas alemanas y austríacas. Son horribles, porque la propaganda es atroz. Exaltación de valores patrios, a patadas, pero de amor y alegría, nada de nada. Hasta no hace mucho llegaban algunas de Hollywood. Censuradas, que los cortes se notaban mucho, aunque al menos te reías. Dicen que, si ahora no ponen ninguna es por ser inminente que los USA nos declaren la guerra, y se pretende que a los americanos los veamos como enemigos, no como a tipos que hacen películas de risa y de indios.

Queralt se concentró en la tarta. Prefería que se desvaneciera esa barbaridad de ir con ellos a Istanbul.

—¿Sería un problema si me fuera un mes con vosotros?

—En lo personal, no. A Rolf y a mí nos encantaría tenerte un mes con nosotros, sobre todo porque ya no tendríamos que hacernos la cama —se sonrieron, divertidas—, pero en lo no personal sí que lo sería. Las razones son varias, aunque la principal vale por todas: la Istanbul de hoy no tiene nada que ver con la Constantinopla de cuando llegué. Las europeas hacíamos en esa lo que nos daba la gana. En la de hoy, ni salir a la calle. Yo soy una excepción porque hablo turco, me disfrazo de turca y tengo documentos turcos, pero tú, aunque te calzáramos el niqab más negro de todos los niqabs, a la que dijeras una palabra se te vendría el mundo encima. Hoy no solo pasa que la religión, el Islam, se ha radicalizado a extremos inimaginables. Ocurre también que, a los europeos, y sobre todo a los alemanes, el populacho nos echa la culpa de todo, empezando por el racionamiento, siguiendo por lo mal que se vive y acabando en los cientos de miles de muertos que les han hecho entre ingleses, franceses, rusos y beduinos. El

populacho existe para que haya culpables, y los alemanes, allí, cada día que pasa somos más y más los que tenemos la culpa de todo. A eso se debe que haya tantos atentados. Entre bombas y tiros, específicamente apuntados contra soldados alemanes, llevamos el ni se sabe de muertos y heridos, y los que llevaremos. Los oficiales se disfrazan, igual que nosotras. Se dejan bigote, se lo tiñen, y también el pelo, y van por la calle con fez tratando de pasar por turcos, pero no dan el pego, porque a la que abren la boca están perdidos. Bueno, Rolf no, porque había un Orta Türkçe francamente bueno, pero de no ser así no pondría los pies en la calle sin escolta. Estando así las cosas, y teniendo nosotros que ir a trabajar sin volver hasta muy avanzada la tarde, ¿qué clase de vida podrías hacer en Istanbul? Piénsalo, porque no podrías ir ni a la compra.

Inga tardó en contestar. Parecía no haber contado con todo eso. Igual no era tan madura, pensaba Queralt.

—Tal como lo dices, no es ni para pensárselo.

Queralt asintió, lanzándose tras eso a terminar su Earl Grey. Estaba empezando a oscurecer, y le apetecía ganar el calor y la comodidad de la casa de su suegra. Cualquiera cosa, menos seguir aparentando una paciencia que no tenía.

—¿Te parece que nos vayamos? Tenemos casi un kilómetro, y hacerlo a oscuras me da un poco de miedo.

Era verdad, se añadía Queralt según se levantaban. No había caído hasta ese momento, pero la iluminación de Berlín era tan mortecina como la de Istanbul. Quizá, en esa forma, el káiser o quien carajo fuese hacía saber que la guerra proseguía.

## **Sábado, 24 de marzo de 1917**

Para los altos mandos del Sonderkommando Türkei era complicado reunirse a solas. Podían hacerlo, por supuesto, pero al precio de levantar entre sus aliados alguna ceja suspicaz. Aun así, lo habían hecho ya tres veces desde que los chicos de la CUP forzaran el 3 de febrero la dimisión de Said Halim Paşa. El pobre apenas importunaba, pero no era turco, sino albanés, y su tendencia natural era rodearse de gente de su etnia. Una gente difícil de controlar por los cada día más paranoicos Jon Türkler, de modo que, sin que nadie se opusiera, el gran acaparador de poder, Talat Paşa, fue designado Osmanh Sadrazarm, o gran visir. Era un relevo importante, de modo que Liman von Sanders, Usedom y Souchon, y sus oficiales de mayor confianza, se las ingeniaron para dar una explicación poco sospechosa, y tras eso juntarse a cenar en la embajada del Reich, aprovechando una de las ausencias del embajador Von Kühlmann, del que tampoco se fiaban, aunque no por lo mismo que les llevó a no hablar con Metternich: si este logró enfrentarse a los Paşas, a la CUP y a todo bicho viviente, Von Kühlmann se mostraba tan cercano a Talat Paşa que procuraban no contarle nada, en la sospecha de que a las pocas horas lo haría saber al nuevo gran visir, solo por ganarse la confianza del que no se fiaba de nadie.

Si se reunieron esa noche no fue solo para valorar en qué podría repercutir el cambio de Großwisir, sino para estudiar un conjunto de noticias procedentes de Berlín que no les llegaban por telegrama cifrado, sino por mensajero despachado desde Berlín. Trataban de muy diversos asuntos, aunque los principales eran dos: los evidentes indicios de una sublevación proletaria en Rusia, lo que podría dar lugar a la deposición del zar Nicolai II y a una paz por separado con los tres imperios, y los efectos de la guerra submarina irrestringida que por iniciativa del Admiral Scheer se sostenía desde primeros de año, la cual, si bien funcionaba sin tacha en cuanto a buques aliados hundidos, entrañaba un creciente riesgo de que los Estados Unidos abandonasen su plácida neutralidad y entraran en la guerra. Dado su formidable potencial industrial, el posible cese de las hostilidades con Rusia no compensaría la participación de un enemigo por demás temible, lo que cada día que pasaba incrementaba la preocupación de los dos estados mayores, el

de la Kaiserliche Marine y el del Deutsches Heer.

El embajador Von Kühlmann, bien visto por los Jungtürken —su dominio del Orta Türkçe superaba cualquier acento—, había ido a Berlín a confesarse con el káiser. El pretexto de reunirse a cenar era incontestable: conmemorar los veintinueve años de la entronización de Wilhelm II. Nada, pues, que hiciera sospechar a un Talat Paşa que sospechaba de todo, de modo que a la hora convenida se juntaron Liman von Sanders, Usedom y Souchon, y sus respectivos oficiales de confianza. Entre los del último figuraba un Kapitänleutnant dos grados inferior al de cualquier otro —ninguno bajaba de teniente coronel o de capitán de fragata—, pero se había ganado una sólida reputación de bien informado, reconocida no solo por sus iguales, sino por Liman von Sanders y Usedom. A eso se debía no solo que Souchon se lo llevase a todas partes, sino que a nadie le sorprendía que lo hiciera. Tan acreditada estaba su competencia que a los otros nueve sentados a la mesa les pareció natural que la reunión comenzara con la lectura de un resumen de lo recibido de Berlín, complementado con informaciones obtenidas de otras fuentes. Lo redactó Wichelhausen, el mismo que lo leía.

—El pasado 22 de febrero hubo numerosos disturbios en Petrogrado. El primero lo motivó el cierre patronal de la factoría Putilov, lo que dejó sin trabajo a treinta mil obreros. Estos, y muchos más, ese mismo día tomaron las calles, paralizando Petrogrado. El zar Nikolai, al que no le gustan las algaradas, y los obreros aún menos, ordenó que la guarnición de la ciudad los disolviera por las malas, abriendo fuego de ser necesario, y así se hizo el día 26. Se contaron cuarenta muertos y varios cientos de heridos. No fueron más porque las tropas, a su vez, se sublevaron el 27, negándose a disparar contra sus hambrientos compatriotas, quizá por estar ellos mismos sin apenas comer desde hacía varios días. A partir de ahí los desórdenes se multiplicaron, hasta el punto de que al zar no le quedó más remedio que abdicar, lo que hizo el 2 de marzo. Eso no significó el fin de la monarquía. La Duma, el parlamento ruso, se limitó a designar un gobierno provisional, presidido por un tal príncipe Lvov, y a iniciar un proceso constituyente para dar al Imperio una ley de leyes en la que cupieran todas las orientaciones políticas. Seis días después, el 8 de marzo, el zar abandonó Petrogrado, sin que nuestro Estado Mayor sepa dónde lo han metido, porque todo indica que ni él ni su familia están en libertad. Aun así, nada de todo esto implica que Rusia se haya salido de la guerra. La lucha continúa, si bien a los ejércitos rusos se les ve menos infundidos de ardor guerrero de lo usual, así como nada deseosos de pasar a la ofensiva. El alto mando considera significativo que los Estados Unidos reconocieran al gobierno de Lvov tan pronto como el 9 de marzo. En las decisiones del presidente Wilson parece que influyen las cifras de hundimientos de buques abados debidas a nuestra campaña submarina, las cuales ascendieron a 370000 toneladas en enero 490 000 en febrero y en lo que llevamos de marzo ya se pasa de 525 OOC Wichelhausen se detuvo para echar un

trago de agua y aclarar se la voz. Tras eso, prosiguió.

—De otras fuentes, ni alemanas ni otomanas, hemos sabido que Lvov es un hombre más culto de lo usual en la clase política rusa y de notorio prestigio en la Duma. Solo tiene cincuenta y ocho años, aun que su salud está muy castigada por su costumbre de inocularse cada noche una botella de vodka, o dos. Pese a proceder de una familia de veras aristocrática, desde hace años es miembro del Konstitutionell-Demokratische Partei, o KaDeTe; una formación liberal, a la europea No cuenta con apoyos entre los otros partidos; estos solo tienen dos cosas en común: su indiscutible capacidad de jamás pactar y la imposibilidad de mantener más allá de unos pocos días, si no unas pocas horas, los escasos compromisos que son capaces de acordar. Los rusos padecen no menos de diez partidos importantes y dos docenas de menos importantes, todos ellos radicalizados a extremos de locura. La opinión de algunas cancillerías neutrales, con embajadas abiertas en Istanbul, es que Lvov durará poco al frente del gobierno provisional. En algunas se cita con asiduidad un abogado llamado Kerensky, cabeza de Partido Socialista Revolucionario y que Lvov ha designado ministro de Justicia. Se pronostica que pronto cundirá el desorden, ya que ni Lvov ni sus ministros son partidarios de salirse de la guerra, porque si lo hacen se quedarán sin los alimentos que Inglaterra les hace llegar a través de la India. Como los partidos obreros quieren dejar la guerra cuanto antes, la tensión política provocará un enfrentamiento entre las diversas formaciones de consecuencias impredecibles, pudiéndose desatar una guerra civil. Es sabido que varias grandes comunidades agrupadas desde hace siglos en el Imperio ruso quieren abandonarlo. La posibilidad de una secesión unilateral de los ucranianos se considera muy posible, lo que daría lugar a que Rusia, incapaz de mantener su esfuerzo de guerra, se resignase a negociar una paz con Berlín, Viena e Istanbul, para desde ahí ocuparse de sus propios problemas.

—¿Cuáles son esas fuentes que cita, Wichelhausen?

Souchon, con un gesto, indicó a su Nachrichtenoffizier que a la pregunta de Usedom contestaría él.

—Euer Exzellenz, el acceso a la valiosa información que conseguimos con alguna regularidad depende, fundamentalmente, de que no comentemos su procedencia. Wichelhausen tiene orden mía de no decir una palabra, en ningún lugar y ante ninguna persona, incluyéndome a mí, acerca de sus muy reservadas fuentes. Le ruego se haga cargo de que no solo debemos ser discretos con lo que tan confidencialmente se nos dice, sino que de ningún modo podemos señalar a quienes nos lo dicen, so pena de que no vuelvan a decirnos nada.

El Admiral Usedom compuso un gesto de resignación. No era la primera vez que preguntaba de dónde salían aquellos datos a menudo tan oportunos, ni tampoco la primera en que Souchon le respondía con su más cortés indisciplina. Era un grado superior a Souchon, pero quien mandaba en el Sonderkommando Turkey, cuando menos en materia de inteligencia, seguía siendo el comandante en jefe de la Marina otomana.

—¿Hay algo que podamos hacer para empujar a los rusos en la buena dirección?

—Si lo hubiera, el Alto Mando ya nos lo habría ordenado.

La respuesta de Usedom a la pregunta de Liman von Sanders no podía ser más ortodoxa, pero este no era de los que dan las batallas por perdidas al primer cañonazo.

—¿Qué pasaría si nos damos una vuelta por Sebastopol, Odessa y Feodosia, y las machacamos un poquito? Si mal no recuerdo, al *Breslau* se le cambió hace seis meses la batería principal por una de ocho piezas del 150 que aún están por estrenar, ¿no? En cuanto al *Goeben*, y según dice usted —por Buße—, lleva meses muerto de asco, pese a estar en buenas condiciones. ¿No ayudaríamos con eso a Lvov, o al que tome las decisiones en Petrograd, a decidir que le interesa parlamentar?

Era una pregunta para Souchon, y no solo porque Liman von Sanders le miraba con fijeza y de un modo tirando a impertinente. Pese a que aquel, Buße y Wichelhausen habían debatido previamente los posibles efectos de tirar por ahí, no podía ser que a la pregunta de un General der Kavallerie contestase alguien de rango inferior a Vizeadmiral.

—Lo que dice tiene sentido, Euer Exzellenz, pero el caso es que ha citado tres puertos que se quedarían en Ucrania si esta se segregara del Imperio ruso. Si hacemos una carnicería entre los desgraciados que viven allí, a ver cómo podríamos negociar con la Rada una vez se libren de los rusos.

—¿Qué carajo es la Rada?

Souchon no contestó. Prefirió señalar con el dedo a Wichelhausen. Habían acordado que si surgía esa pregunta —no creían necesario explicar qué diablos era la Rada, pero conociendo a Usedom y Liman von Sanders cualquier cosa era posible— la respondería el Nachrichtenoffizier. Este, a su vez, se alegró de que su mujer le hubiera explicado unas noches antes, con detalle, qué era la Rada, cuál era su historia y cómo sería su futuro una vez se desencadenaran unos acontecimientos que para ella. Henry Morgenthau y Germán de Ory estaban mucho más cerca de ser inminentes que para él.

—La Verkhovna Rada es el parlamento de Ucrania. Se creó el 4 de abril del año pasado con las bendiciones de Rusia, si bien el zar Nikolai no se fiaba de los ucranianos. Este 2 de marzo la Rada formó un gobierno regional inclinado a salirse del Imperio ruso, a discutir una paz separada con nosotros y nuestros aliados, y, de ser necesario, a defenderse de la Gran Madre Rusia con las armas en la mano. Si todo esto prosperase, y nuestras fuentes no lo encuentran imposible, tendríamos acceso al dique seco de Sebastopol, cosa de suma importancia para la MD, aunque lo más importante sería el establecimiento de un amortiguador territorial entre Rusia y nuestras posiciones en el este. A eso se deben las recomendaciones de prudencia que nos llegan, no vayamos a tomar decisiones que puedan enturbiar las posibles relaciones con una Ucrania independiente.

—Recomendaciones ¿de quién? ¿De Berlín?

—No, Euer Exzellenz. —De nuevo era Souchon el que contestaba al impaciente Usedom—. O Berlín no sabe nada de todo esto, lo que igual no es imposible, o no quiere comentar nada, porque si hay alguna negociación en curso lo normal será que la mantengan en un completo secreto.

—¿Y qué podemos hacer, en cualquiera de los dos casos?

—Nada. En todo caso, no añadir dificultades a una negociación que, si Llegase a tener lugar, ya sería difícil de por sí.

Sobre la mesa cayó un silencio de minutos. No demasiados, aunque a casi todos se les hicieron eternos. A su término, el Admiral Von Usedom, el de mayor rango en la reunión, decidió que le correspondía decir la última palabra.

—Dado que lo recomendado es seguir callados, no hacer nada y permanecer atentos a las novedades, propongo que nos dediquemos a eso mismo, con todas nuestras energías, según nos ponemos a cenar. ¿Todos de acuerdo?

Nadie respondió de palabra, pero sí de sonrisas. El tenue sentido del humor del sombrío almirante de sesenta y un años, casi siempre oculto bajo la gélida rigidez natural de *los junkers* de la Prusia oriental, de vez en cuando tenía un puntito de gracia.

## Viernes, 6 de abril de 1917

Souchon tenía comunicación directa con el Admirador Henning von Holtzendorff jefe del Estado Mayor de la KM, aunque para las cosas importantes preferían entenderse a través de la embajada, conscientes de que la discreción no era la principal virtud de sus abados otomanos. A eso se debió que la noticia de la declaración de guerra de los Estados Unidos la entregara, en mano, el *attaché* Humann al comandante en jefe de la Marina otomana, el cual convocó en el acto a sus oficiales alemanes.

—Desde hace dos días el Reich está en guerra con los Estados Unidos. Según Von Holtzendorff, no parece que vayan a sumar sus fuerzas a las de Francia e Inglaterra, ni tampoco a las de Rusia. Las últimas noticias llegadas a Berlín dicen que actuarán por su cuenta, si bien coordinándose con los ejércitos francés e inglés. El presidente Wilson ha hecho saber, también, que instaurará un sistema de leva y reclutamiento que le permita contar con dos millones de hombres en un plazo de seis meses, un cuarto a repartir entre la US Navy y el Marine Corps, y el resto para el US Army. No parece que aquí, en Istanbul, nada de todo esto nos afecte mucho, porque la declaración de guerra no se extiende al Imperio otomano, pero puede que Talat Paşa, cuando le llegue la noticia, expulse a los ciudadanos americanos, o los encarcele. Revisen sus contactos, por si fuera necesario sacar de algún apuro a un amigo al que debamos un favor, o al que quizá podamos pedirle alguno.

—¿Se sabe a qué potencia encomendarían los americanos el cuidado de los suyos?

—Oficialmente, no. Extraoficialmente, no me sorprendería que a los españoles, si no por otra cosa por lo bien que se llevan Morgenthau y De Ory. De todos modos, insisto, aún no hay guerra entre los USA y los otomanos.

Cayó el silencio. Los oficiales permanecían pendientes de su jefe. Bien sabían que mientras Souchon no dijera «esto es todo» no convenía levantarse, ni tampoco decir nada.

—Me temo, caballeros, que todo esto nos sitúa en el borde del precipicio. La correlación de fuerzas nos es muy desfavorable. Tardaremos meses en notarlo,

pero cuando empiecen a llegar a Francia barcos cargados de soldados americanos, lo que me barrunto sucederá en cosa de nueve meses, la situación evolucionará de contenida, como es hoy, a incontenible.

Una última pausa. Parecía quedarle un punto más.

—Wichelhausen, prepare dos borradores. Uno, el de una comunicación a Cemal Paşa en turco, informándole de lo poco que sabemos. Es probable que ya lo sepa, pero asumamos que no es así. Otro borrador, el de informar a las tripulaciones del *Goeben* y el *Breslau* —el subconsciente parecía traicionarle—, y a las de los buques auxiliares, los submarinos y, en general, a todo el personal de la KM destacado en el Sonderkommando Türkei, de que nos hallamos en guerra con los Estados Unidos, y tras eso el bla, bla, bla patriótico usual. Los necesito cuanto antes, así que póngase ya mismo. Por lo demás, es todo.

## Viernes, 27 de julio de 1917

Un espléndido atardecer de verano. Desde la terraza de los Wichelhausen se veía la desembocadura del Haliç, la del Boğaziçi en el Marmara Denizi y algo más lejos las tres más cercanas de las Prens Adalari<sup>[29]</sup>. Souchon estaba pendiente del *Midilli*, detenido frente a Sarayburnu a la espera de práctico. Los pilotos del *Midilli* no necesitaban sus servicios, pero las órdenes de Souchon eran tajantes: no hacer nada que pudiera herir la nerviosa susceptibilidad de sus cada día más irritables aliados.

Sin haber llegado a desarrollar una relación de amistad con su oficial de información, el caso era que, con él, y con su mujer, se sentía muy relajado, muy en paz, como suele suceder cuando la confianza profesional abre paso a la personal. Traía noticias de Berlín, de donde había vuelto dos días antes; algunas no eran para comentar con sus diversos estados mayores, y de ahí que se dejara invitar a una de las exquisitas cenas que preparaba *Frau* Wichelhausen, aunque lo cierto fue que se invitó él mismo. Su anfitriona, en consecuencia, se pasó una hora escarbando en sus pescaderías de confianza, las del pequeño mercado de Üsküdar, en el lado asiático del Boğaziçi. Allí se hizo con una espléndida lubina de dos kilos, recién pescada en a saber dónde —jamás hacía preguntas a los suspicaces pescaderos, sobre todo si se trataba de mercancía requisable por las autoridades insaciables—, la cual, complementada con una docena de langostinos tirando a enormes y con una sopa de pescadores al estilo de la Barceloneta, sería lo que más agradecería el delicado estómago de un vicealmirante que cada día soportaba peor la cocina turca, incluyendo a la tolerablemente refinada del Pera Palas, donde seguía viviendo pese a confesar que daría lo que le pidieran por una terraza como la que disfrutaba esa tarde, asomado al pretil y olvidado de la odiosa formalidad de los mandos superiores de la Kaiserliche Marine.

—Nuestro tiempo aquí se acaba. El mío y el de ustedes.

Souchon lo decía según echaba mano del primer langostino. Rolf procesaba las palabras del que se había vuelto su jefe directo, si bien de forma oficiosa. Que Souchon no estaría mucho más tiempo en Istanbul lo presentían Queralt y él desde que un mes antes Buße arrumbase al Estado Mayor de la KM, un destino

con el que soñaba desde muchos meses antes. El que no se hubiera designado un reemplazo solo podía significar que Souchon no quería dejar en su estela un Asto al que no le hubiera dado tiempo a enterarse de cómo estaban las cosas en la Marina otomana, en la búlgara y en la MD. Una sospecha que se confirmó cuando Souchon le hizo saber que hasta nueva orden él sería su Asto, cosa que no le abrumó, pues bien sabía en qué consistía el trabajo y con quiénes debía realizarlo. De ahí que cuando diez días antes Souchon fuese convocado a Berlín se les hiciera claro, a Queralt y a él, que a no tardar sucedería una de dos cosas: o bien ellos mismos volvían también al Reich o bien tendrían dos nuevos jefes, el que sustituyese a Buße y el que reemplazase a Souchon. Tanto ella como él preferían lo primero, porque la vida en Istanbul se había vuelto por demás incomoda, francamente hostil, aunque no para ellos en particular, sino para los alemanes y, eso era lo peor, para las alemanas. Ella no lo sufría tanto como las ya escasas esposas e hijas de jefes y oficiales, gracias a lo bien que se camuflaba, pero aun así estaba muy harta de no dejarse ver si no era bajo el odioso, humillante niqab. De ahí que a partir de aquella primera frase del siempre pausado Souchon prestase la mayor atención.

—El nuevo comandante de la MD será el Vizeadmiral Hubert von Rebeur-Paschwitz. Es muy de la cuerda del nuevo canciller, Michaelis, y creo que también de Von Capelle. Viene de mandar el II Schlachtgeschwader<sup>[30]</sup>. En estos días anda explicando al que le sustituirá en eso, que no sé quién es, todo lo que deba saber. Cuando llegue aquí, lo que será en la segunda mitad de agosto, lo hará con su Asto, que tampoco sé quién es. Rebeur-Paschwitz no sabe una palabra de turco, aunque piensa, o así me lo ha dicho, que a estas alturas los otomanos a sus órdenes entenderán el alemán lo bastante bien como para no tener que preocuparse por eso. Supongo que también traerá su propio Nachrichtenoffizier, pero ni me lo ha dicho ni se lo he preguntado. En cuanto a mí, Scheer me da el IV Schlachtgeschwader, lo que hace un año habría sido un gran mando.

Rolf y Queralt, sonrientes, levantaron sus copas de buen. Bollinger, acompañados de un Souchon que no resplandecía. El embajador francés se dejó atrás su magnífica bodega, y las abnegadas monjitas que cuidaban su embajada no solo sabían dónde se ocultaba, sino que tenían la llave; a eso se debía que con su inquilina española, que a menudo cocinaba para ellas, de vez en cuando tuvieran un detalle de singular exquisitez.

—La Hochseeflotte está embotellada en Wilhelmshaven. Cada mes los ingleses reciben un nuevo acorazado, si no un crucero de batalla. Nosotros, cada cuatro. La diferencia de número se hace progresivamente mayor, tanto que parece muy difícil que volvamos a medirnos con la Grand Fleet, y si lo hacemos será para suicidarnos. Tras el del III Schlachtgeschwader el del IV es el mejor mando imaginable para un vicealmirante, pero me llega cuando su tiempo, el de las fabulosas escuadras de acorazados alemanes, ha quedado atrás.

Queralt estaba más al corriente de la composición de las agrupaciones navales alemanas de lo que un observador imparcial habría podido suponer. Trabajar en

un Estado Mayor donde desde hacía más de dos años se consideraba lo más natural del mundo que la traductora jefe tuviese acceso a cualquier documentación, daba lugar a eso y a mucho más.

—Mi nuevo puesto entraña que debo reclutar mi propio Estado Mayor. El del actual comandante, Franz Mauve, no sé si me valdrá o no. Es que, por lo que sea, Scheer no está contento de cómo le han salido las cosas, pobre diablo —el Bollinger ya causaba efecto en el habitualmente muy discreto Souchon, o así lo veía la desapasionada Queralt—; en cualquier caso, deberé hablar con todos sus miembros, empezando por el Asto, que según creo es el mismo que tenía Mauve cuando mandaba el II, un capitán de corbeta del que solo sé que se llama Káhlert. Me gustaría que mi Asto fuera usted —por Wichelhausen, que levantaba sus cejas—, pero es tan joven que Scheer no me dejará. Lo que sí he comprobado es que Mauve no tiene Nachrichtenoffizier, quizá por pensar que, pasándose la vida fondeado, maldita la falta que le hace. Bien, pues a mi sí me hace falta, de modo que, si le gusta la idea, el puesto es suyo.

Rolf y Queralt se miraron. Souchon no comprendía su código de miradas, aunque aquella le parecía clara: él quería verificar que su mujer estaba de acuerdo, y seguramente lo estaba.

—Estoy a sus órdenes, Euer Exzellenz.

—Pues ya tiene usted un nuevo destino. Aún no puedo precisar las fechas, pero a Mauve le operan de algo el 23 de septiembre, así que para ese día deberá usted estar en el *Friedrich der Grosse*. Un buen barco para ser Nachrichtenoffizier, Queralt. —Lo decía según la emprendía con el último langostino, bien embadurnado de la famosa mahonesa de la diosa venerada en el *Yavuz Sultán Selim*—. Es que fue construido para ser el buque insignia de la Hochseeflotte, y por eso posee dependencias para un Estado Mayor de gran tamaño, amplias de verdad. El mío no lo será, de modo que vamos a estar la mar de cómodos.

El vicealmirante y su traductora se sonrieron.

—Les sugiero, en consecuencia, que vayan planeando el viaje. No se preocupen por los pasajes. Procederemos como en Navidad: la KM pagará el de los dos en primera clase más el espacio que haga falta en el furgón de equipajes, y el Estado Mayor otomano abonará el complemento a coche cama y restaurante. Que todos volvamos al Reich como señores —los tres levantaron sus copas, sonrientes—, que para eso lo somos. ¿La lubina es la reglamentaria, *Frau Wichelhausen*?

—Con sus patatas, sus cebollas y el resto de la dotación, Euer Exzellenz. Se chupará los dedos, ya lo verá.

—Es con lo que sueño desde hace un par de días. Dios la bendiga, Queralt. Gracias a usted, el castigo de vivir aquí se me ha hecho un poquito más llevadero.

El vicealmirante volvió a sonreír a la que tan bien había sabido dar con su punto débil. Dudaba que su oficial de información supiera valorar cuánto le debía su carrera. Sin su mujer, Wichelhausen solo sería un oficial con idiomas.

## Viernes, 31 de agosto de 1917

El Vizeadmiral Rebeur-Paschwitz había llegado seis días antes, junto con su Asto y dos oficiales. Nada más llegar se reunieron con Souchon y el equipo saliente. Al nuevo Asto le sorprendía que sus oficiales otomanos no hablaran un correcto alemán. Orbay y sus oficiales lo chapurreaban a un nivel suficiente para una conversación sin matices, pero eso, al pesimista juicio del Asto interino saliente, no bastaría para que las cosas marcharan tan bien como hasta entonces. A quien no conoció Rebeur-Paschwitz fue a la traductora jefe, pues cesó antes de aparecer él. La razón era elemental: evitar que, al darse cuenta de que tendría serias dificultades de comunicación, decretase que la traductora, y con ella su marido, siguieran en sus puestos. A eso se debía que desde hacía esos mismos días Queralt se ocupase de preparar la mudanza; una tarea de consideración, ya que la cantidad de objetos acumulados en tres años de ser vecinos de Istanbul ocupaba cuatro baúles, los cuales, cuando llegaran a Berlín, irían derechos al guardamuebles que les había buscado Mina.

Ese día 31 era para ellos el último en una Istanbul que amaban y detestaban casi por igual. Allí habían sido felices, aunque también pasaron malos ratos y algún susto que otro. Nada, en conjunto, que no pudiera olvidar en cuanto abordaran el *Balkan Express*, pero que aun así enturbiaba el sentimiento global que se llevaba Queralt, el de que Istanbul era una ciudad por la que tardaría mucho en sentir algún deseo de regresar. Eso no significaba que sintiese angustia o ansiedad. No estaba nerviosa, dormía estupendamente y comía tan bien como siempre, dentro de la dificultad de alimentarse que padecían los habitantes de Istanbul, incluso los que, como ella, tenían acceso al economato de los oficiales alemanes y al vergel del Steniatal. Tampoco sentía impaciencia por partir. Su talante intelectual no le hacía despedirse de Istanbul como Teresa lo hizo de Avila; reconocía, con catalana objetividad, que las razones de la santa mujer para largarse tan cabreada como lo hizo eran mucho más poderosas y determinantes que las suyas.

Alguna vez se preguntaba cómo habría sido su vida si ese lejano 12 de noviembre Von Gosseln no padeciera una crisis de gota, y hubiera sido él quien recibiera en la estación al oficial que venía de Berlín. Se habrían quedado sin

conocerse, y su vida, en consecuencia, sería otra. Muy distinta. Sin duda más conservadora, más del gusto familiar y de los amigos de sus padres, y del de sus amigas de las Dames Negres, el de sus muchas primas y el de las hijas e hijos del círculo gloriosamente burgués en el que se movían las señoritas Mir i Font. Igual habría pescado un oficial de marina, que según Meritxell hubo cola, en su boda, de interesados en saber si tendrían alguna posibilidad con su encantadora hermana menor. A esas alturas, cinco años después, igual era como Meritxell, una respetable señora de su casa, con algún hijo que otro, y una vida no tan aburrida como temía fuese la que le tocaría vivir antes de conocer a Rolf. Una estupenda vida de señora catalana convencional, justo la que su madre soñaba para sus hijas. Una vida sin nada que hacer salvo cuidar de la cueva y de la camada, y en todo caso aburrirse lo menos que pudiese, dentro de un orden. Al llegar a ese punto era cuando sentenciaba que a ojos cerrados se quedaba con la suya. No solo por vivirla con el hombre que casi al momento de verle decidió que tenía que ser suyo, sino porque si de algo no tenía nada, pero que nada de nada, era de monótona. De tediosa. En eso Rolf apenas tenía que ver. Su trabajo, que había llegado a ser de innegable importancia, justificada por la confianza que le mostraban los oficiales alemanes y también los otomanos, era la causa fundamental de su satisfacción intelectual. Luego, el de su inquietud por los tiempos que venían. Veía dudoso que fuese a conseguir algo similar en Berlín, o en Wilhelmshaven, o dondequiera que les tocase vivir. Rolf decía que no tardaría en conseguir trabajo en algún *gymnasium* que pillara cerca, porque a las esposas de los oficiales de la KM, y más si hablaban tantas lenguas como ella, era obligatorio ponerles buena cara, pero intuía que desasnar adolescentes no le llenaría. Cuando rara era la semana en que no redactaba en Orta Türkçe —alguna vez en grafía romana y las más en árabe—, una recomendación estratégica que acabaría en las manos del Estado Mayor de Enver Paşa, enseñar idiomas a niños y niñas alemanes era todo un paso atrás. Aun así, no lo daba por malo, ni abjuraba de los cinco años que llevaba pendiente del causante primero de cómo era su vida, la pasada, la presente y la futura. Si algún sentimiento presidía la evaluación de la vida con Rolf era que, de ningún modo, bajo ningún ángulo desde donde lo contemplase, había tenido tiempo de aburrirse.

El sol aún estaba muy alto, se decía en la terraza. Ni llevaba el reloj ni le importaba saber qué hora era, porque Rolf estaba en istinye, mostrando al nuevo Asto —Kapitän-zur-See Wilhelm Tágert— y a sus oficiales cuál era el mejor modo de ir allí, cómo eran las instalaciones y, en especial, cómo estaba el *Yavuz Sultán Selim*. Los tres habían visto al *Goeben* cuando navegaba en aguas alemanas, y uno incluso había servido en el *Moltke*, de modo que para ellos no sería una novedad pisar sus cubiertas. Sí lo sería verle con el *senkkasten* fijado a su aleta de babor, pues hacía mes y pico, aprovechando la inactividad de los acorazados de Colchak, que Souchon ordenara se le diera un buen repaso, de modo que cuando Rebeur-Paschwitz tomara posesión se lo encontrara como nuevo. El relevo formal sería el

1 de septiembre, y aunque aún faltarían tres o cuatro días para cambiar los guayacanes de babor —los de la otra banda ya lo estaban—, el propósito de Souchon, entregar la MD no en peor estado de como la recibió, se podría considerar cumplido.

El otro propósito de Rolf era despedirse de una tripulación que, tras casi cinco años, muchos miles de millas navegadas y unos cuantos combates, sentía como de su familia. Él también lo era para ellos, igual que su mujer, según certificaron con una Lorelei tallada en madera por un contramaestre que se podría ganar la vida esculpiendo. Una Lorelei con la palabra «Goeben» tallada en su peana y cuyo rostro se asemejaba más que un poco al de una *Frau* Wichelhausen a la que casi todos los de a bordo echarían de menos. Mucho más, se decía la diosa del Rhein, que ella a ellos, pues su hastío por Istanbul englobaba tanto al *Yavuz Sultán Selim* como al *Midilli* y al resto de la maldita cofradía.

Se preguntaba si su hartazgo no tendría que ver con el pesimismo que desde hacía más de un año percibía en su recién extinguido puesto de trabajo, aunque no estaba segura de qué contestarse. Todo lo más, que aquella época de su vida ya terminaba, que comenzaba otra sin visos de ser mucho mejor salvo en el detalle de no volver a ponerse, jamás, unas abayas ni un niqab, y que su viejo sueño iniciado en Viena y compartido desde hacía cuatro años, el de comenzar los dos juntos una nueva vida en Barcelona, le seguía pareciendo eso mismo: un sueño.

En cualquier caso, el atardecer se mostraba tan prodigioso como casi todos los de verano en Istanbul. No cenarían en casa, porque no quedaba nada en la fresquera; lo harían en el Pera Palas, donde aún se comía medio bien. Cierto que su restaurante solía rebosar de oficiales alemanes a los que deberían saludar, y después quedarse a tomar una copa con algunos de ellos, con los que debería bailar según el pianista se arrancara con alguna melodía que habría estado de moda en otros tiempos, muy lejanos. Ser de las pocas alemanas jóvenes presentes en Istanbul tenía esas servidumbres, pero tanto ella como Rolf las sobrellevaban con humor. Era un precio llevadero por volver a ser una dama europea. Una que siempre conservaría Istanbul en su memoria. En el corazón, mucho se lo temía, era probable que no.

## Jueves, 6 de septiembre de 1917

El *Friedrich der Große*, segundo acorazado de la clase *Kaiser*, se diferenciaba de sus cuatro hermanos en que fue concebido para ser el buque insignia de la Hochseeflotte. Si bien era similar al *Kaiser* y a los otros tres —*Kaiserin*, *König Albert* y *Prinzregent Luitpold*—, poseía unas dependencias de hospedaje mucho mayores, a fin de albergar un Estado Mayor de hasta catorce oficiales y ochenta marineros, el necesario para operar una fuerza superior a cien buques de combate. Había entrado en servicio en octubre de 1912, aunque cinco años después se veía superado por los de la clase *König* —este, *Markgraf*, *Großer Kurfürst* y *Kronprinz*— y los del tipo *Bayern*, de los que solo este y el *Badén* habían entrado en servicio; los otros, *Sachsen* y *Württemberg*, ya flotaban, pero su construcción avanzaba despacio, al haberse desviado los recursos al arma submarina. El *Friedrich der Große*, *Jaggschiff* del Vizeadmiral Scheer el día de Skagerrak, ya no era el buque insignia de la Hochseeflotte. Era el del IV Schlachtgeschwaderchef, hasta el 4 de septiembre Vizeadmiral Mauve y desde ahí el de igual empleo Wilhelm Souchon. La solemne ceremonia del traspaso en el mando tendría lugar ese día 6 —la real, la que contaba, tuvo lugar en el despacho de Scheer—, en la toldilla del *Friedrich der Große*, donde a lo largo de la soleada mañana de verano se congregarían los mandos invitados a presenciarla.

Wichelhausen había llegado a Wilhelmshaven la tarde anterior en tren desde una tristona Berlín donde dejó a su resignada esposa, esperaban los dos que por poco tiempo. Pensaba dormir en el propio *Friedrich der Große*, pero Souchon le invitó a cenar, junto con el Asto y los demás miembros de su Estado Mayor, en el comedor del pabellón de oficiales superiores, de modo que, sin ganas, se quedó a dormir allí. Solo pudo empezar a sentir su nuevo barco a partir de las seis de la mañana, cuando siguiendo a Souchon, que también se había caído de la cama, subió por la escala real tendida contra el muelle. Así conoció a los mandos del *Friedrich der Große*, que habían madrugado un poquito más que Souchon para recibirle a bordo, ya que, salvo los oficiales de guardia, ninguno dormía en el barco. A su frente se cuadraba el Kapitän-zur-See Johann von Lessel, de cuarenta y cuatro años y facha imponente —vestía no solo de bicornio complementado con el monóculo reglamentario, sino que se había colgado sus infinitas

condecoraciones—, aunque no más alto que un Souchon tocado con una simple gorra y que solo lucía en el pescuezo su bien ganada Blauer Max, más la Ekl un pelín más arriba del estómago; el mismo lugar donde Wichelhausen llevaba la suya.

Hasta las once de la mañana, hora de la ceremonia, Wichelhausen, liberado de obligaciones, se ocupó de conocer a buena parte de los cuarenta y dos oficiales del *Friedrich der Große*, cuya dotación se asemejaba mucho a la del *Goeben* —mil cuarenta y cuatro suboficiales y marineros—; le acompañaba, ocupándose de las presentaciones, un recién ascendido Kapitänleutnant Remberg, segundo director de tiro; se conocían de Sonderburg, pese a que Remberg era dos promociones más antiguo. Este no disimuló su extrañeza por verle de kaleun y con una Ekl, aunque puso buena cara tras escuchar la explicación. Ignoraba que la guerra del *Goeben* hubiera sido tan apasionante. La del *Friedrich der Große* no tenía nada que ver. A falta de mejor prueba, sus muertos eran cuatro, todos por accidente. Ni siquiera registró bajas en la única de las acciones en que llegó a disparar, Skagerrak, pese a ser el buque insignia del Vizeadmiral Scheer.

—¿Cómo está la tripulación? Con tan poco movimiento no parece que pueda tener la moral muy alta. ¿Es así?

—Es peor. Ya estaba muy baja, pero a primeros de julio algo la envenenó del todo: desde hacía semanas corría un malestar general por la baja calidad de la comida; culminó el día 4, cuando la tripulación se declaró en huelga de hambre. La mantuvieron dos días, pues el Kommandant se puso en plan prusiano; ahí vino Scheer y le desautorizó. La comida mejoró en el acto, aunque demasiado tarde, pues una semana después una parte de la tripulación se amotinó. Se arrestó a unos cuantos y se les sometió a consejo de guerra. El que más se significó era un fogonero de veintitrés años, un tal Reichpietsch. Se le acusó de instigador y se le condenó a muerte. Lo fusilaron ayer, en Coin. Gracias a eso la tripulación, que lo sabe, luce las caras de mala leche que ya te habrán llamado la atención. —Wichelhausen asintió—. Scheer achaca la maldita historia, en privado, a la incompetencia de Fuchs, el anterior comandante, y a la de Mauve por no intervenir. A eso se debió que a Fuchs lo relevara Von Lessel, que hasta entonces mandaba el *Rheinland* y que, pese a su pinta, no es un prusiano, y que a Mauve le sustituya Souchon. Von Lessel, que lleva un mes con nosotros, hace lo que puede por restaurar el buen ánimo, pero lo tiene difícil por lo encabronada que anda la gente, y más tras lo de ayer.

—Esto que me cuentas, ¿también pasa en otros barcos?

—En mayor o menor medida no hay *großlinienschiff* que se libre. Ayer, para que te hagas una idea, no solo fusilaron a Reichpietsch. También se cargaron a un tal Kobis, un carbonero del *Prinzregent Luitpold*. Hay docenas de hombres encarcelados, unos ya juzgados y otros a la espera, y todos por lo mismo: la disciplina es inaudita por no decir disparatada, la comida es poca y pésima, los permisos se dan con cuentagotas, las familias están exasperadas por las penalidades y por los muertos, y encima sin perspectivas no ya de victoria final,

sino de que la Hochseeflotte se mueva. Las tripulaciones saben que desde 1915 solo se nos han incorporado el *Lützow*, el *Hindenburg*, el *Bayern* y el *Badén*, mientras que los ingleses han recibido diez acorazados, todos ellos con piezas del 381, y cinco cruceros de batalla, el último con artillería del 457, nada menos. Si en Skagerrak nos superaban de 34 a 21, ahora lo harían de 46 a 24. Si los americanos añaden a la Gran Fleet sus 14 *superdreadnoughts*, la proporción será de 60 a 24. En ese caso, y en mi humilde opinión, todo estará perdido. No me tomes por derrotista... —Wichelhausen puso cara de no tomarle por derrotista—, pero si los submarinos no revierten la situación, la guerra estará perdida. La consecuencia será que tardarán más o tardarán menos, pero los ingleses, los franceses, los rusos, los americanos, los italianos y los japoneses, y más que se añadan, acabarán por aplastarnos.

Wichelhausen se quedó en silencio. Recordaba la discreta marcha de Istanbul del embajador Morgenthau, de la que supo en su momento gracias a que se despidió de Germán de Ory, para de paso pedirle que tuviera la bondad de proteger a los ciudadanos norteamericanos residentes en el Imperio otomano si llegase a estallar la guerra entre este y su país. Un hecho que ajuicio de De Ory, transmitido por una Queralt que seguía yendo por su embajada, si bien para no mucho más que llevarse los últimos números del *Blanco y Negro*, significaba que la entrada en la guerra de los Estados Unidos era no ya inevitable, sino inminente. También significaba, según dejó caer Souchon, que dentro de no muchos meses, un año todo lo más, el Reich debería elegir entre parlamentar o capitular. En su fría opinión, basada en el agresivo talante del káiser Wilhelm, el riesgo de que se inclinara por lo segundo, tras ordenar luchar hasta el mismísimo final, era muy elevado. Algo se tendría que hacer para que la locura se detuviera, o el Deutsches Reich desaparecería no solo del mapa, sino también de la historia.

\* \* \*

Las once. Reinhard Scheer, comandante de la Hochseeflotte, departía con los hombres del día, el jefe saliente del IV Schlachtgeschwader —Franz Mauve— y el entrante, Wilhelm Souchon. Los oficiales de protocolo pastoreaban a los mandos para que ocuparan sus lugares. Así fueron formando los comandantes y segundos del I —vicealmirante Ehrhard Schmidt y contralmirante Gottfried von Dalwigk zu Lichtenfels—, del III —vicealmirante Paul Behncke y contralmirante Karl Seiferling—, el jefe de la Aufklärungsstreitkräfte —vicealmirante Franz Hipper—, el segundo del IV —contralmirante Hugo Meurer—, los comandantes de los acorazados del IV —capitán de navío Max Losch, *Kaiser*, capitán de navío Kurt Graßhoff, *Kaiserin*; capitán de navío Karl von Hornhardt, *Pinzregent Luitpold*; capitán de corbeta Paul Globig, *König Albert*, y capitán de navío Johann von Lessel, *Friedrich der Große*^, y por último el jefe del Estado Mayor de la

Hochseeflotte, contralmirante Adolf von Trotha.

A Wichelhausen le preocupaba que ninguno de aquellos altos oficiales tenía un Nachrichtenoffizier. Eso, lo sabía, era propio de buques destacados en aguas lejanas y que se veían forzados a tocar en infinidad de puertos donde hablar alemán era inhabitual, pero en la Hochseeflotte, que nunca se alejaba lo bastante como para pasar dos noches seguidas mecidos por las olas, era un puesto sin sentido. Eso le hacía pensar que se le miraba como a un paniaguado de Souchon, lo que se agravaba con la evidencia de que no veía ningún Kapitänleutnant de menos de treinta años, mientras él obtuvo el grado con veinticuatro. Aun así, esos pensamientos no dominaban su cerebro, al menos desde que comenzó la ceremonia. Suponía que no duraría más de dos o tres minutos, pues no hace falta más para un «Entrego a Euer Exzellenz el mando del IV Schlachtgeschwader», al que seguiría un «Acepto el mando del IV Schlachtgeschwader». El programa, por el contrario, pronto amenazó con ser mucho más largo, empezando por que Mauve quería despedirse del que fue su buque insignia desde el 1 de diciembre de 1916. Souchon fue más breve, pero el que tenía ganas de abrumar con una gran arenga, copiosa de verdad, fue Scheer. Wichelhausen trataba de seguirle, pero su imaginación divagaba. Le asombraba, en particular, que con la guerra casi perdida la KM fuera capaz de organizar ceremonias tan grandiosas, todo el mundo impecablemente ataviado, la banda del *Friedrich der Große* tocando las más gloriosas y patrióticas piezas de su repertorio, y los buques en presencia luciendo el engalanado de gran parada, como si el relevo de un vicealmirante cincuentón que jamás hizo nada, por otro de la misma quinta que sí había hecho algo, aunque casi nadie supiera qué, mereciese tanto trabajo y tanto engorro.

Una ceremonia no solo patética, sino que, como casi todas las teutonas, duraba demasiado. Eso se lo decía pasadas las doce, cuando sus tripas insinuaban que sin haber repostado desde las cinco era de lo más natural que sintiera un hambre de lobo, pero no había solución. En todo caso, implorar a los cielos que aquello acabase de una maldita vez.

## Viernes, 14 de septiembre de 1917

Wichelhausen, sentado frente al escritorio en su cabina del *Friedrich der Große*, reflexionaba sobre una conversación sostenida con su jefe poco antes y allí mismo. Le hizo saber, en primer lugar, que ya no era su Nachrichtenoffizier, pues tal cargo estaba de más en un Schlachtgeschwader. En lo sucesivo sería su Flaggleutnant, ya que como todo Vizeadmiral tenía derecho a uno. En segundo lugar, le pidió que investigara con discreción el estado de ánimo de la tripulación del *Friedrich der Große* —desconfiaba de las idílicas descripciones de Von Lessel—, y que después hiciera lo mismo en las demás unidades del IV. Por último, le ordenó preparar una evaluación actualizada de la fuerza naval rusa en el Báltico, así como de la oposición que cabría esperar si se les ordenase bombardear las islas mayores del archipiélago situado al oeste de Estonia, el llamado Inselgruppe Moon. Añadió que solo era una sospecha, si bien deducía que la disparatada situación política rusa, empeñada en proseguir la guerra pese a que su gobierno, el de un tal Kerensky, se descomponía por momentos, recomendaba desencadenar un ataque cercano a su capital, no solo para ocupar una posición importante y hacer unos cuantos miles de prisioneros, sino para provocar una segunda revolución. Una que, tras liquidar a Kerensky y a los empeñados en seguir guerreando, instaurase un régimen solo interesado en detener la sangría de hombres, mujeres, viejos y niños que se vivía en la Gran Madre Rusia. Sí eso se consiguiera, el Reich podría volverse al oeste, a fin de acorralar a los franceses y a los británicos antes de que llegara el millón de hombres anunciado por los Estados Unidos. Sería la única forma de acabar aquella desdichada guerra en algo cercano a unas tablas y sin tener que pagar compensaciones abrumadoras. A eso se debía que, a su entender, ni Von Capelle ni Scheer despreciarían esa oportunidad de sacar a Rusia de la guerra; él, en previsión, quería situarse por delante de los acontecimientos.

A Wichelhausen le sorprendía que aquello se lo pidiese a él y no al Asto, pero antes de preguntar la razón Souchon se la explicó: el Asto heredado de Mauve cesaría en pocos días, y prefería no contar con él. Así pues, que se viese a sí mismo como el Asto que aún no era. Eso le dejó preocupado, por no saber a quién recurrir para obtener los datos que necesitaba, y por no dar con una buena

excusa para recorrerse la nave sin que se alzarán las cejas de los oficiales con quienes se habría de cruzar. Eran dos buenos problemas, propios de un Asto y no de un Flaggleutnant, aunque al Flaggleutnant de Souchon era menos probable que se le mearan en la gorra que si se presentase como simple y humilde Nachrichtenoffizier, se decía buscando consuelo; en eso, añadía con desapasionamiento, había salido ganando. Ahí la luz se hizo sobre su cabeza; los datos que necesitaba no estaban en Wühehnshaven, sino en el Bendlerblock, la caverna donde moraba el Kapitán-zur-See Isendahl. Bien, pues ya tenía un pretexto para subirse al primer tren de Berlín, pasar la mañana del sábado en la sede central de la Inteligencia Naval y regresar en el último del domingo. Así, de paso, tendría treinta horas para disfrutarlas con su mujer, a la que había dejado entre las garras de su suegra y de sus cuñadas solteras.

Decidido, concluyó según emprendía el no muy largo camino a la cámara del almirante, agradable y espaciosa pese a que se hubieran desmontado los paneles de palisandro que la recubrían en tiempos de paz. Si Souchon daba luz verde solo le faltarían para dar avante dos llamadas telefónicas, a la oficina de Isendahl y a la Franzosischestraße, y no dudaba que se la daría. Si una excusa para ir a Berlín estaba justificada, era la suya.

## Miércoles, 19 de septiembre de 1917

El vicealmirante Scheer presidía una reunión, en el Bendlerblock. Participaban el vicealmirante Ehrhard Schmidt, los primeros y segundos comandantes de los Schlachtgeschwader III —vicealmirante Behncke y contralmirante Seiferling—, IV —vicealmirante Souchon y contralmirante Meurer—, y los jefes del Estado Mayor de la Hochseeflotte —contralmirante Von Trotha— y el del Schlachtgeschwader I, capitán de navío Levetzow. Por el Heer asistía el teniente general Von Estorff, comandante de la División 42<sup>a</sup>, y el coronel jefe de su Estado Mayor, al que Wichelhausen no identificaba. Se sentaban a la mesa que presidía Scheer; tras cada uno lo hacía su correspondiente Flaggleutnant.

El propósito de la reunión era plantear una operación conjunta entre el Heer y la KM, de nombre clave Albion. Su objeto era ocupar las islas que daban paso al golfo de Finland, de nombres alemanes Osel y Dágo, para lo cual se preveía combatir con la escuadra rusa en el estrecho de Moon, el que las separaba del continente. Sería la mayor operación combinada desde que comenzara la guerra, ya que intervendrían no menos de 25 000 efectivos de infantería, caballería y artillería, 5000 caballos y cientos de cañones de campaña, morteros y ametralladoras, así como los Schlachtgeschwader III y IV, reforzados con el nuevo acorazado *Bayern* y el crucero de batalla *Moltke*, *flaggschiff* del vicealmirante Schmidt, comandante por la parte naval. La operación tendría por objeto hacerse con varios miles de prisioneros y con una posición importante, pues con ella el Reich se aseguraría el golfo de Riga e impediría posibles acciones contra el tráfico mercante alemán; de paso, podría contribuir a que cayera el gobierno ruso. Si a este lo sustituyera uno de corte bolchevique, bien podría suceder que aceptara una paz por separado con el Reich, y así pudieran enviarse al Oeste las docenas de divisiones retenidas en el este, compensando así la inminente presencia en Francia del ejército norteamericano, el de un tal general Pershing que, por lo visto, ya estaba en París.

Tras despeñar todo eso, y hacer saber que las operaciones deberían comenzar en la última semana de septiembre, a Scheer solo le quedaba decir que Albion tenía que ser un éxito incontestable, y que a eso se debía la gran acumulación de medios navales. Tras decir eso levantó la reunión. Para la KM y el Heer ya solo era

cosa de ponerse a trabajar.

\* \* \*

Souchon no se mostraba orgulloso de sus profecías. Sí lo estaba de que la información que su Flaggleutnant trajera de Berlín le permitiera ponerse a trabajar con dos días de antelación. Por su parte, y por la de su raquíico Estado Mayor, ya estaba listo para coordinarse con la pareja Schmidt-Levetzow, lo cual no tendría nada de complicado. La Unidad Especial del Báltico, creada específicamente para Schmidt, sería fuerte nada menos que en diez *großlinienschiffe* y un *schlachtskreuzer*, término aceptado ya por el recalcitrante Almirantazgo. Cuando se decidiera, los once buques de combate, más sus fuerzas auxiliares —cruceros ligeros *Karlsruhe*, *Frankfurt*, *Kolberg*, *Nürnberg*, *Straßburg*, *Dantzig*, *Augsburg* y *Königsberg*, cincuenta y seis torpederos, cinco flotillas de minadores y los barreminas *Rio Pardo*, *Schwaben*, *Glatz* y *Lothar*—, dejarían la gran rada de Schillig, se adentrarían en el canal Kaiser Wilhelm, ganarían el Báltico y fondearían en el PutzigWiek, a la espera de que se fijara la fecha. Navegarían en línea de fila con el *Moltke* a la cabeza y los flancos protegidos por cuatro de los cruceros ligeros y por los torpederos. Los otros cuatro cruceros marcharían en descubierta, bien hasta que ganaran las posiciones previstas para los desembarcos, bien hasta que se toparan con la flota rusa, la cual, según los informes de Isendahl, era por demás inferior. Se componía de dos acorazados anticuados —los *predreadnoughts Slava* y *Graschdanin*—, los cruceros acorazados *Bayan*, *Admiral Makarov* y *Diana*, los cañoneros *Chrabry*, *Grozyashchi* y *Ghivinetz*, cinco flotillas de destructores y —en esto sí se veía peligro— no menos de tres submarinos, más alguno inglés que la Royal Navy hubiera destacado en el Báltico.

La coordinación del IV con el resto de la fuerza requería un Asto experimentado, así como tres oficiales muy avezados, pero el Estado Mayor de Souchon solo tenía dos, no muy expertos. Había tratado el asunto con Scheer, para conseguir lo que pretendía, siquiera en parte: mientras el mando de Personal no le adjudicara un Asto de confianza, era libre de adjudicar el cargo a su joven Flaggleutnant, con carácter accidental. Eso era lo que tras dejar la reunión hacía saber al interesado, dándole orden de comunicarlo a todo el que debiera saberlo, dentro y fuera del IV. Hacer de Asto no significaría para Wichelhausen ni más paga ni más nivel jerárquico, aunque sí más trabajo, menos tiempo libre y mucha más responsabilidad. No le importaba. Estar a las órdenes de Souchon, con lo poco que navegaba la Hochseeflotte, una vez concluyese Albion no solo sería una sinecura, sino que le permitiría conseguir una vivienda de las reservadas para oficiales casados, y también para que, mientras eso sucediera, cada dos por tres marchase a Berlín. No era una mala perspectiva. Sin duda, las habría peores.

## Miércoles, 17 de octubre de 1917

El *Friedrich der Große* se diferenciaba de sus cuatro hermanos en que tenía un tercer puente de considerable amplitud, superpuesto al de maniobra y al de combate. En él habían pasado muchas horas tres comandantes de la Hochseeflotte: Friedrich von Ingenhol, Hugo von Pohl y Reinhard Scheer. Este había ganado allí, en Skagerrak, el derecho a quedar inscrito en la historia. Desde que izó su pabellón en el *Badén*, el 14 de marzo de aquel 1917, solo Franz Mauve, y ahora Wühelm Souchon, tuvieron el privilegio de contemplar el panorama desde aquella posición tan elevada, más alta que la dirección de tiro popel. Ese atardecer lo hacían Souchon y su Asto, a solas —salvo dos marineros mensajeros y tres telefonistas que no se alejaban de sus auriculares— y sin hablar mucho. Tras cuatro años de verse tres de cada cuatro días, se comprendían sin necesidad de decirse nada. En eso andaban, en observar con sus prismáticos las diversas humaredas que se alzaban en lo que aún quedaba de las posiciones rusas al largo de la orilla continental del estrecho de Moon, cuando llegó un marinero. Traía un mensaje de radio —ya decodificado— del buque insignia, el *Moltke*. Lo entregó al Asto, y este lo leyó en voz alta un instante después.

—Schmidt nos libera de seguir aquí. Dice que marchemos al PutzigWiek, a carbonear y a quedarnos allí, a la espera.

Souchon asintió. Esperaba esa orden. Cuando los buques del III y del IV, más el *Moltke*, llegaron a la boca sur del estrecho de Moon, su IV Schlachtgeschwader se dividió: el *Friedrich der Große* y el *Konig Albert* atravesaron el estrecho hasta el extremo norte para quedarse allí, bombardeando las baterías de Zerel hasta consumir su munición explosiva. Los otros tres *großlinienschiffe*, bajo el mando de Meurer, se plantaron frente a la península de Sórve, sin más ocupación que arrasarse las baterías del cabo Hunsort y atender los puntuales requerimientos que señalaran los oficiales de la 42ª División. Dos unidades del III, el *Konig* y el *Kronprinz*, sustituyeron la tarde anterior al *Friedrich der Große* y al *Konig Albert*, no para cañonear más, que no hacía falta, sino en previsión de que la flota rusa decidiese actuar. A eso se debía que los buques del IV volvieran a reunirse al sur de la isla de Moon, en espera de órdenes. Fue una pena, comentaba Souchon a media mañana, que su colega ruso, el vicealmirante Mikhail Koronatovitsch

Bakhirev, hubiera tardado tanto en animarse a participar, ya que cuando al fin entró en el estrecho de Moon con sus acorazados *Graschdanin* y *Slava*, más el crucero *Bayan* —su buque insignia—, quienes los esperaban eran el *Konig* y el *Kronprinz*. Sus comandantes, capitanes de navío Weniger y Rosing, se apuntaron una victoria no fácil, pues el alcance de las piezas de los buques rusos era veinte hectómetros mayor y su puntería no era mala, pero aun así solo necesitaron tres horas de fuego no continuo para deshacer al *Slava* —el *Konig*— y poner fuera de combate a los otros dos, el *Kronprinz*. Así parecían haber terminado los enfrentamientos navales, al menos en lo que a la operación Albion correspondía. Era razonable, aceptaba Souchon, que Schmidt ordenase la retirada del IV, así como la del *Bayern* —agregado al III—, que se había topado con una mina y navegaba con dificultad.

Albion no había terminado, aunque la misión primera, neutralizar los buques rusos, estaba liquidada. Quedaba labor de bombardeo, pero el IV había consumido casi toda su munición, de modo que una de las últimas órdenes de Schmidt, hacer venir al *Thüringen* y al *Ostfriesland* para sumarse al *Moltke* y al III, a Souchon le pareció lógica y a Wichelhausen mucho más, se decía este con irónico egoísmo, pues no tenía la menor gana de quedarse allí. Ansiaba retornar a Wilhelmshaven y tomar el transbordador de Tossens; allí compartía con Queralt una casita no muy grande, aunque suficiente para ellos y para Inga, que se les había unido para pasar unos días junto al mar; estaba matriculada en la Universidad de Humboldt, pero las clases no comenzarían hasta el 29, de modo que aún le quedaba un poco de tiempo para respirar bien, comer mejor y hacer una vida sana, distinta de la monótona, gris y bastante sucia del Berlín en guerra. La había dejado allí con bastante pena, solo aliviada por la facilidad con que su muy sociable mujer se sintonizaba con cualquier ambiente. La casa era de la KM, de las habilitadas en la península de Butjadingen para oficiales destinados en el Jadebusen, todos ellos muy fértiles a juzgar por la incontable chiquillería que pululaba por el área. Sus vecinas, la esposa de un Oberleutnant-zur-See de artillería y la de un Kapitänleutnant del *Schlesien*, los recibieron con la cordialidad de las que se saben atadas a un destino común. Uno que, siquiera de momento, él quería disfrutar. Soñaba con una cena en su pequeño jardín, con sus nuevos amigos y sin más preocupaciones que las normales, o las que para ellos eran normales, porque la guerra seguía estando ahí. Agobiándoles.

## Lunes, 4 de marzo de 1918

Souchon estaba citado en el Bendlerblock. La reunión la convocaba Scheer. Había rumores de que los rusos, abrumados por las últimas acciones alemanas, estaban próximos a tragar las duras condiciones que Von Hertling, el *kanzler* desde hacía cinco meses, había despeñado para una paz entre Alemania y sus aliados, de una parte, y la RSFSR, o Russische Sozialistische Federative Sowjetrepublik, de la otra. Sería una reunión numerosa, ya que participarían los vicealmirantes y contralmirantes con mando, y sus Flaggleutnants. Scheer bien sabía que no quedaba un Vizeadmiral o Konteradmiral que a esas alturas de su carrera — incluido él— supiera tomar una miserable nota.

Tras una sucinta explicación de por qué se hallaban allí tomó la palabra Von Trotha. Comenzó por lo crucial: a las seis de la tarde del domingo 3 se había formalizado en Brest-Litovsk un tratado de paja con la RSFSR. Lo firmaron el Imperio alemán —representado por el secretario de Asuntos Exteriores, Richard von Kühlmann—, el Austro— húngaro —por el ministro de Asuntos Exteriores Ottokar von und zu Czernin-Chudenz—, el otomano —por el gran visir Talat Paşa— y Bulgaria, con su primer ministro Vasil Radoslavov. Por parte de la RSFSR firmó un plenipotenciario llamado Grigori Yakovlevich Sokolnikov uno de los siete miembros de un directorio al estilo socialista que llamaban Politburo. El tratado ponía fin a la guerra con la RSFSR en unas condiciones no perfectas, aunque sí satisfactorias para los tres imperios. Quizá demasiado satisfactorias, opinaba él y opinaba su jefe, que asentía, porque todo indicaba que la RSFSR, desmembrada, desnortada y hambrienta, se dirigía con rapidez a una guerra civil entre los partidarios de un orden similar al de las potencias avanzadas y los revolucionarios arracimados en derredor de un tipo apodado Lenin que pretendía contagiar a todo el mundo la revolución socialista, lo cual se consideraba peligroso para la KM, pues el número de motines registrados en los últimos meses, aun siendo de poca importancia, ya era de preocupar.

Si bien los usos prusianos en cuanto al devenir de las conferencias ordenaban que las cuestiones se plantearan al final, los almirantes no solían aguantarse las ganas de preguntar sobre la marcha, se sospechaba que porque de hacerlo igual

se les olvidaba lo que deseaban inquirir, y eso sin entrar a considerar que aquella la presidía un simple vicealmirante que, por si fuera poco, no era un Von. Las preguntas con que asietaron a Scheer partieron de los vetustos almirantes Von Heeringen, Von Krosigk y Von Ingenohl. Von Trotha y Scheer les contestaron con la paciencia y el respeto que por su rango merecían, lo que llevó cerca de media hora. Wichelhausen aprovechó tan largo tiempo —los almirantes solo preguntaban bobadas, como suele ser propio de los almirantes— para revivir una cena de Nochebuena donde le tocó explicar a su madre, a sus hermanos y a sus cuñados —no a Queralt, que estaba muy al corriente— lo sucedido en Petrogrado mes y medio antes, y las repercusiones que parecía tener. A él mismo, que pese a su buena voluntad y su mente abierta no dejaba de ser un oficial prusiano, le sorprendía la facilidad con que una chusma de obreros cochambrosos y soldadesca zarrapastrosa se había hecho con el poder en la Rusia nacida de la Revolución de febrero, valiéndose de la suprema incompetencia de una clase política indigna de gobernar nada e incapaz de dirigir nada, empezando por una guerra en la que solo cosechaban catástrofes, como había comprobado él, en persona, durante Albion, donde si los defensores hubieran sido alemanes a sus jefes no les habría quedado más alternativa que suicidarse para no ser fusilados. También era verdad, reconoció, que Alemania quizá despreciaba en exceso a los conductores de la sublevación o de la revolución, lo que fuera. Los identificados no les decían nada, salvo el tal Lenin, aunque a partir de lo que sabían él y Queralt sería bueno aprenderse los nombres de Sokolnikov, Trotsky, Stalin, Bubnov, Kamenev, Krestinsky y Zinoviev, los mismos que Von Trotha recitaba con hastío, respondiendo a la pregunta de un Von Ingenohl aún más lento de pensamiento que cuando mandaba la Hochseeflotte.

La segunda parte de la disertación resultó más entretenida, ya que trataba de las ganancias territoriales a costa de la RSFSR. Así, el Imperio otomano se hacía con Batumi, Kars y Ardahan —antiguas posesiones otomanas en Anatolia oriental arrebatadas por los rusos en 1878—, además de imponer a los bolcheviques el desarme de las llamadas «fuerzas nacionales armenias». El Deutsches Reich administraría Polonia, Lituania, Bielorrusia occidental y la península de Curlandia. Letonia, Estonia y Finlandia serían declaradas independientes, quedando la garantía de sus fronteras a cargo de los Imperios alemán y austrohúngaro. La República Popular Ucraniana, de independencia reconocida por el Deutsches Reich, pasaba a ser aceptada por la RSFSR, con lo cual, se decía Wichelhausen, el *Yavuz Sultán Selim* al fin podría visitar el dique seco de Sebastopol, demostrando que la vida no podía ser más loca, ni más retorcida, de igual modo que la RSFSR aceptaba que Persia y Afganistán pasaban a ser países independientes. Bulgaria y la RSFSR, por último, cesaban en su estado de guerra, de modo que Bulgaria se podría concentrar en su lucha con Grecia, Montenegro y Rumania. Con eso terminaba la segunda parte, sin que hubiera preguntas; pudiera ser que Von Trotha sabía explicarse, aunque también podría suceder que los almirantes eran diestros en camuflar sus cabezadas tras los monóculos. Fuera

por lo que fuese, y tras servirse un fuerte café turco —a los despachos principales del Bendlerblock no llegaban las achicorias—, Von Trotha comenzó con la tercera parte; las oportunidades.

El hecho de volcar en el oeste cincuenta divisiones recuperadas del este, antes de que los Estados Unidos aportaran el millón de hombres comprometidos, no solo constituía una gran oportunidad de ganar la guerra, sino la última. El Reich bordeaba el agotamiento, la población tenía la moral muy baja y las tropas resentían la falta de suministros, desde alimentos a uniformes, desde capotes a botas, desde los nuevos *stahlhelm*<sup>[31]</sup> a las nuevas máscaras antigás. Al Heer, en suma, le faltaba de casi todo, por la escasez de materias primas. En lo único que no había escasez, gracias al buen funcionamiento de la industria militar, era en armas, municiones y, específicamente, aviones, de caza y de bombardeo. Ahí no pocos asistentes elevaron sus cejas, tanto que más de un monóculo se desprendió de su alvéolo; en los altos mandos de la KM, y salvo Souchon, se sentía un considerable desprecio por la Marine-Fliegerabteilung, la fuerza aérea de la KM; tampoco apreciaban mucho lo que sabían de la Luftstreitkräfte, el arma aérea del Heer; les asombraba, en particular, que se invirtieran cuantiosos recursos en eso cuando hacían falta cientos de submarinos y miles de Sturmpanzerwagen<sup>[32]</sup>. Aun así, Scheer estaba convencido de que los recursos trasladados al oeste pronto se harían notar, aunque ni sabía en qué forma ni cuándo sucedería, y si lo supiera no podría decirlo. Sí podía decir que si bien la implicación de la KM no sería grande, quizá se planteara la conveniencia de sacar las unidades al mar, en busca de un nuevo Skagerrakschlacht, de modo que si la demostrada superioridad alemana en construcción naval inclinase la balanza del lado de la KM, se pudiera invertir el rumbo de la guerra, no solo por hacer llegar al Atlántico naves de combate y así dificultar el sistema de convoyes habilitado por la Royal Navy y la US Navy, sino por abrir paso a la ingente masa de submarinos que tan cerca se hallaban de alcanzar el estado de combate. Para ello, y si bien aún no había planes, urgía a los *comandantes de flotas* y escuadras que reforzaran los programas de capacitación, repostaran, carbonearan y amunicionaran sus unidades, las pusieran tan a punto como jamás lo hubieran estado y fueran cicateros en materia de permisos, de modo que si de un día para otro fuera preciso hacerse a la mar, a ningún buque le pasara lo que al *Indefatigable* cuando se dio con el *Goeben*, que por faltarle noventa fogoneros no pudo impedir, ni siquiera dificultar, que Souchon cambiara el destino del mundo. Ahí él y el aludido se miraron largamente, hasta que este respondiera con una inclinación de cabeza. Por parte de Scheer, todo un reconocimiento público. Tardío, pero aun así de agradecer.

## Viernes, 3 de mayo de 1918

Souchon vivía en el pabellón de altos oficiales; su mujer se había quedado en Bremen. Wichelhausen seguía con Queralt en su casita de Tossen; algo inquietos, porque las noticias no eran buenas. No las que leían en los periódicos, siempre ansiosos de levantar la decaída moral de los afligidos alemanes, sino las que le llegaban por ser el Asto de Souchon. Los dos se veían todas las mañanas, cuando este llegaba de la residencia y el otro bajaba de un transbordador atestado de oficiales que preferían el ambiente de la otra orilla del Jadebusen, donde casi nadie vestía de uniforme, al muy formal de Wilhelmshaven.

Desde la fallida incursión en aguas noruegas del 23 de abril abortada por la pérdida de una hélice del *Moltke*, la Hochseeflotte no se movía de sus amarraderos, los repartidos entre la rada de Schillig y la bahía de Jade, así como los de la propia Wilhelmshaven. En esta permanecía el *Friedrich der Große*. Ese día, en que no se preveía nada especial, Wichelhausen lo abandonó a tiempo de reunirse con Queralt en el muelle civil, donde tocaban los transbordadores que iban y venían de Tossen. Querían ir al cine, aprovechando que días antes habían abierto la primera sala de la ciudad dedicada específicamente a proyectar películas: el Kino Colosseum. A los dos les gustaba mucho el cine, aunque la oferta local, cuando menos hasta dos semanas antes, consistía en lo poco que ofrecían los casinos, el militar y el civil. En el Colosseum ponían la película más de moda en Berlín —Queralt lo sabía por Inga, pues se escribían casi a diario—, una comedia de mucho enredo titulada *Wenn vier dasselbe tu (La niña de los millones)* firmada por un tal Ernst Lubitsch; su principal atractivo era su protagonista, una chica de veinte años llamada Ossi Oswald; su influencia en las agobiadas jovencitas alemanas era tan considerable que no pocas prescindían de sus trenzas para pasarse a la melenita corta que tan bien complementaba las facciones de la joven actriz. A Queralt todo eso le daba igual. Lo que apreciaba de las películas de Lubitsch era que hacían reír. Esa era la razón, se decía con objetividad, de que las más de moda fueran comedias, todas. Los abrumados ciudadanos necesitaban escapar por un rato de la pesadilla que vivían. La que se sufría en Wilhelmshaven y en el Jadebusen no era directa. Salvo un limitado número de ataques aéreos a las naves fondeadas, la guerra de Wilhelmshaven era intangible. Se percibía en el

racionamiento y en la escasez de casi todo, pero no se oían cañonazos. Donde más se advertía era en los lutos y en los crespones, y en las esquelas de los periódicos. Wilhelmshaven era un área de conscripción naval, de modo que casi todos los mozos llamados a filas formaban en la KM, la cual, desde Skagerrak, registraba un número de muertos si no insignificante sí tolerable. Aun así, caían los suficientes para que fuera imposible dejar de tenerlos presentes.

Los cines complementaban su programación con reportajes de actualidad, tan mudos como las propias películas, aunque redondeados con textos escritos por los propagandistas oficiales. Así se transmitía la idea de que todo iba bien y que dentro de no mucho el Reich se apuntaría la victoria definitiva contra ingleses, franceses y americanos, como ya lo hizo con los rusos, y a partir de tal momento los alemanes volverían a vivir igual de bien, o incluso mejor, que antes de que Alemania tuviera que desenvainar la espada, según proclamara el káiser hacía casi cuatro años. Los espectadores, que tras esos mismos años eran menos crédulos, no respondían con el entusiasmo de meses antes a lo que leían en la pantalla. El caso de Rolf aún era peor, pues el Asto del IV era un oficial bien informado. A eso se debía que no aplaudiese los patrióticos mensajes. A Queralt no le pasó desapercibido, aunque solo cuando salieron del cine, para pasear un ratito hasta el muelle civil —ni se planteaban buscar un restaurante; no quedaba ninguno—, volver a casa y allí cenar a base de patatas y yerbajos, que no exactamente verduras, se decidió a preguntar a su marido qué le pasaba.

—Lo que dicen los periódicos, y lo que nos han contado en el cine, es basura. La situación está fatal. La Kaiserschlacht<sup>[33]</sup> ha fracasado. El primer asalto, el que se lanzó el 21 de marzo, se paralizó el 5 de abril. Se ganó algo de terreno, pero sin valor, de tan despanzurrado como estaba tras las batallas de 1915 y 1916. Nos costó 240000 hombres, casi todas tropas de asalto, los mejores, más expertos e irremplazables que teníamos. Los aliados perdieron otro tanto, pero los reemplazaron en dos semanas. Destruimos mil y pico piezas de artillería y unos doscientos *sturmpanzerwagen*, aunque pasó lo mismo, que a la vuelta de nada ya los habían repuesto. La operación estuvo mal planificada. Las puntas de lanza se adentraban en las líneas enemigas como el cuchillo en la mantequilla, pero a los dos días se quedaban sin víveres y sin municiones, y sin que les llegaran suministros, porque los convoyes de avituallamiento se movían con una lentitud extrema, y eso si sabían adónde debían dirigirse, porque a menudo ignoraban por dónde andaban las unidades de vanguardia. Del segundo ataque solo sé que comenzó el 6 de abril, que se dirigió contra los portugueses, que se les arrolló pero sin poder ir más lejos, que nos costó cien mil hombres y que se detuvo el día 29. Se habla de más ataques a lanzar dentro de poco, pero está claro que la situación no es la que pensábamos, que los aliados ya son muchos más que hace dos meses y que los americanos serán bisoños, pero están no ya bien equipados, sino muy bien alimentados, porque comen carne a todas horas. En resumen, que cada día son más fuertes y nosotros más débiles. Salvo milagros, en tres o cuatro meses los veremos en este lado del Rhein. Souchon opina, y yo también, que pedir

un armisticio ahora, mientras sus líneas aún están al oeste de la frontera, será preferible a capitular cuando ya desfilen por Berlín.

Queralt le miraba con aprensión. Rolf rara vez hablaba de la guerra y del servicio, en parte por su obligación de no comentar información sensible y en parte por no aburrirla, o no alarmarla. Que se mostrase tan explosivo, pues para su carácter aquello era una explosión, era significativo, aunque a ella no le alarmaba pensar en el final de la guerra, ya que desde ahí podía rumiar qué sería de los dos a partir del día en que cesaran los cañonazos. No se le había olvidado una conversación en Viena, el día en que la *sachertorte* y ella se conocieron; alguna vez incluso especulaba sobre su vida en Barcelona una vez que aquel horror acabara, y esa era otra: sería por la naturaleza, sería por la contemplación de los muchos niños a los que contaba cosas en el Gymnasium de Tossen, donde daba clases de francés, inglés, flauta y oboe, o sería por cualquier otra cosa, pero el hecho era que sentía un alarmante deseo de tener el suyo propio, si no los suyos propios. Unos cuantos hijos suyos propios.

## 11 de agosto de 1918

El *Badén* era el buque insignia de la Hochseeflotte desde marzo de 1917. Su comandante, Kapitán-zur-See Harder, era un espectador más en la ceremonia que se celebraba en su cubierta. La presidía el recién ascendido Admiral Scheer, jefe del Estado Mayor de la KM. Sustituía en ese puesto al Großadmiral Henning von Holtendorff, recién dimitido a causa de sus encontronazos con Hindenburg y Ludendorff. El acto, muy sobrio, aun así era grandioso. El *Badén*, tan engalanado como cuando el káiser vino a revistarle un año antes, era un escenario excelente para que tres vicealmirantes fuesen ascendidos al empleo de almirantes: Franz, Ritter von Hipper, ennoblecido a resultas del Skagerrakschlacht, que a partir de aquel día tendría el mando de la Hochseeflotte; Ehrhard Schmidt, sin mando a flote, y Wühelm Souchon, que mantendría el del IV Schlachtgeschwader. Antes de todo eso Scheer despeñó un contundente discurso patriótico, para después entregar media docena de EK1 y veintitantas EK2 a oficiales y suboficiales que se distinguieron en Albion. Todo ello, en conjunto, no tomó más de una hora. Tras acabar, cada mochuelo volvió a su olivo, si bien Scheer, Hipper, Schmidt y Souchon, acompañados del Vizeadmiral Friedrich Boedicker, I Schlachtgeschwaderchef, y del Vizeadmiral Hugo Kraft, nuevo III Schlachtgeschwaderchef, se reunieron en la cámara del almirante para tomarse un café y hablar de sus cosas. A mediodía todo el mundo se había marchado. Souchon fue de los últimos, en la motora del *Friedrich der Große* donde le aguardaba su Asto. A este le bastó una mirada para saber que había novedades, aunque no supo en qué consistían hasta verse los dos en la espaciosa cámara del *Friedrich der Große*.

—Scheer me da la fortaleza, la base y el puerto de Kiel.

—Un gran puesto. Enhorabuena, Euer Exzellenz. ¿Qué hará el Admiral Scheer con el Admiral Bachmann?

—No lo sabe, pero ha de quitarlo de Kiel porque Seiner Majestät le ha puesto la proa. Está buscándole algo que no le humille demasiado. A un tipo como Bachmann, una de nuestras mejores cabezas, eso no le puede sentar bien. Supongo que pedirá el retiro. Y Scheer se lo dará. Cuando el káiser quiere tirar un almirante a la basura no hay quien le lleve la contraria.

El Asto compuso el secular gesto de «pues bueno».

—En tanto lo de Bachmann no se resuelva seguiré aquí. Cuando me vaya, nuestra larga y excelente asociación habrá terminado. El Kommandant de Kiel no tiene Asto. Tiene un Estado Mayor a cuyo frente hay un Konteradmiral que no puede ser más tonto. Me temo, Rolf, que no podré llevarle conmigo. Ni siquiera como Flaggleutnant, si aceptase volver a serlo.

—No se preocupe por mí. Ya me las compondré.

—Yo ya se las he compuso. Es que hablé con Scheer de quién se hará cargo del IV. Le propuse a Meurer. No puso mala cara, de modo que así será, o eso creo. Meurer no tiene Asto, ni hasta donde sé cuenta con un equipo de confianza. Puedo hablarle de que se quede con usted en la misma función, la de Asto de pleno derecho, pese a su edad y a que solo sea Kapitänleutnant. Scheer no pondrá pegos. No solo porque tiene problemas peores que forzar las normas para que usted siga encajando en el puesto, sino porque me ha dicho a quién querría dar el de segundo jefe del IV Un hombre suyo al que no precede una reputación de amigable. Konteradmiral Ernst Gotte. ¿Le suena?

—¿Es el que mandaba el *Großer Kurfürst*?

—Sí, hasta hace un año. Después ascendió a Konteradmiral, como diez de los capitanes de navío de la promoción de 1887. Desde ahí no ha tenido nada interesante.

El Asto reflexionaba. Si lo había entendido, Scheer aceptaba que lo fuera de Meurer si este no ponía dificultades con Gotte. Perfecto, pero dudaba que Meurer estuviese de acuerdo.

—¿Cree que caeré bien a Meurer?

—Ninguna duda. No voy a decirle por qué, pero créaselo.

—Siendo así, del todo a sus órdenes, Euer Exzellenz.

Souchon sonrió, aunque de forma un tanto desvaída.

—Hablamos de más cosas. Lo que acabo de contarle nos llevó dos minutos. Lo que siguió fue más largo. —Se quedó en silencio, unos segundos; era su forma de organizar sus ideas para después expresarlas con orden y precisión, no un indicio de catalepsia—. La guerra está perdida. Con todo lo que llevamos hablado esto no le pillaré de sorpresa —el Asto puso cara de que no le pillaba de sorpresa—, pero la situación ha pasado a ser gravísima. La Kaiserschlacht no solo ha fracasado, sino que nos ha costado medio millón de hombres. Con los dos y pico que nos quedan apenas podemos cubrir la línea de separación. Por ahí se lanzará cualquier día una masa de tres millones de hombres bien alimentados y con la moral muy alta. En el aire aún es peor, porque nos superan de diez a uno, sus pilotos ingleses y franceses son tan buenos como los mejores de los nuestros, y los americanos, aunque de poca experiencia, están bien adiestrados. Tienen no solo más aviones que nosotros, sino toda la benzina del mundo, y en cuanto a eso usted ya sabe cómo estamos.

Sí que lo sabía; su madre, muy a su pesar, había terminado por quitar el polvo a su vieja bicicleta.

—Scheer y Hipper lo veían como yo. Los demás, no sé, porque no decían nada. Expuse que va llegando la hora de parlamentar, y que deberíamos hacerlo antes de que los aliados lleguen a las fronteras de 1914. Así tendríamos algo con qué negociar; el millón de muertos que les costaría llegar a Berlín. Añadí que, si esperábamos a que desfilaran por el Unter den Linden, como Napoleón en 1806, luego harían con nosotros lo que hizo Napoleón. Terminé recomendando ser realistas y pedir un armisticio. Ahí advertí que Hipper y Scheer no aceptan que todo esté perdido. Aún peor; dicen que nos queda la Hochseeflotte.

Nueva pausa de reordenar ideas.

—Dentro de las pocas cosas con las que se podría zarandear el ánimo de los aliados, que parece unánime, pero podría no serlo, está la Hochseeflotte, o con eso empezó Scheer. A los ingleses les afectaría que la lanzásemos contra ellos. Por mucha suerte que tuviéramos, y muy bien que lo hiciéramos, no los derrotaríamos, pero podríamos hundir tal cantidad de barcos, y hacerles tantas bajas, como para que su opinión pública, tan harta de muertos, racionamiento y privaciones como la nuestra, exigiese a Lloyd George que pusiera fin a lo que tanto para ellos como para nosotros es un horror que no se acaba. El despliegue de su Grand Fleet nos ayudaría. El que hayan concentrado en Rosyth a la Gran Fleet al completo, más cinco acorazados de la US Navy, significa que nos ceden el mar del Norte, seguros de que si hacemos algo será pensando en los convoyes que van y vienen de Noruega, como habríamos hecho en abril si el *Moltke* no hubiera perdido la maldita hélice. Scheer dejó caer que, dadas las distancias, si atacáramos la desembocadura del Támesis con unidades ligeras protegidas por la Aufklärungsstreitkräfte, Beatty se vería forzado a reaccionar; no tendría más opción que despachar sus cruceros de batalla, que según sus datos ya son doce, y los cinco *Queen Elizabeth*, los únicos de sus acorazados que resisten un tranco de veinticinco nudos. El grueso de la Hochseeflotte se mantendría en espera, cerca de la costa holandesa. De tener muchísima suerte los buques de Pakenham y de Evan-Thomas dejarían el Firth of Forth a toda máquina. De ser así, al llegar a la desembocadura del Tamesis no solo se darían con los de Reuter, sino con la Hochseeflotte al completo. En buena lógica les haríamos una carnicería en tanto no apareciera el grueso de la Grand Fleet. Desde ahí lo normal sería que nos aplastaran, porque nos superarían de 2 a 1, si no de 3 a 1, pero el objetivo, una tragedia nacional británica, se habría conseguido. Bien, al menos eso es lo que piensa Scheer. ¿Qué le parece?

Wichelhausen aparentó pensárselo para no dar impresión de frivolidad, aunque solo era camuflaje intelectual. Si alguna vez había escuchado un disparate, una locura, era esa.

—Para que la operación tuviera éxito se habría de preparar en un secreto absoluto, y usted y yo sabemos no solo que Wilhelmshaven no está libre de observadores británicos, sino que más allá de Helgoland sus unidades ligeras tocarían a rebato en cuanto vieran salir la primera nave de combate. —Souchon asintió con gravedad—. La probabilidad de que Reuter llegase indetectado a la

desembocadura del Támesis es ínfima. Me temo que mucho antes la Grand Fleet ya estaría por allí. De ser así, la operación sería una simple carga suicida, como la de Blücher en Ligny, con la diferencia de que Blücher quería poner a salvo su infantería y su artillería sacrificando la caballería, mientras que la Hochseeflotte no tendría nada, ni nadie, a quien poner a salvo. Sería una misión tan sin retorno que, mucho me temo, en cuanto las tripulaciones se dieran cuenta nos daríamos con un motín generalizado. Con una sublevación en toda regla.

Souchon asintió de nuevo. Tenía presentes los muchos motines, y los no pocos fusilados, que la KM tenía sobre sus espaldas. Los últimos, doscientos infelices del *Prinzregent Luitpold* enviados a un regimiento disciplinario, más dos fogoneros pasados por las armas. Se preguntaba, por eso, si Scheer no estaría buscando lo contrario de lo que decía, que la marinería se sublevara y así se forzase al káiser a pedir un armisticio.

—No puedo estar más de acuerdo, pero Scheer me pareció dispuesto a ir adelante, y Hipper le respalda. Estando así las cosas, comience a pensar qué hacer para que todo salga como desea Scheer. Por lo demás, cójase la tarde libre y disfrútela con *Frau Wichelhausen*. Espero que antes de irme a Kiel me alegre la despedida con una de sus paellas del *senyoret*. Se dice así, ¿no?

Se levantaba. Su Asto le imitó al tiempo de sonreír y asentir. No hacía falta decir más.

## Domingo, 6 de octubre de 1918

Habían cenado con sus amigos de la colonia naval. Cada cual trajo lo que pudo — Queralt, una fuente de arroz con leche a la catalana donde consumió su reserva de canela del Misir Çarşisi—, y así, con ayuda de unas cuantas botellas de cerveza, más la gramola del Kapalıçarşı, hicieron risas, cenaron bien, bebieron mejor y bailaron hasta más allá de medianoche, aprovechando que al ocupar la casa de más al extremo de la hilera no molestaban a nadie. Volvieron a la suya risueños y un tanto achispados, sobre todo Rolf. Se metieron en la cama como lo hacían siempre, sin nada encima, pero tapados con un sólido edredón, que las noches del Jadebusen eran peor que frescas, y se quedaron dormidos al instante, tan abrazados como de costumbre.

Serían las cuatro cuando Queralt se vio con los ojos como platos. Se había despertado sin saber por qué y sin visos de volver a dormirse. Conocía sus insomnios, y sabía que solo existía una fórmula para vencerlos. Una que requería la colaboración de su marido, el cual dormía como un tronco. Sería innoble sacarle de su bienaventurada placidez para que le administrase un somnífero eficaz, aunque tampoco sería la primera vez, ni por su parte ni por la suya. En no pocas ocasiones —alguna menos desde que volvieron de Istanbul—, se veía de regreso del séptimo cielo mientras su compañero de juegos procedía cual salvaje cavernario. Unas ocasiones por demás apasionadas, pues rara vez hacían falta más de unos segundos para que alcanzara la temperatura de ignición. Esa madrugada no harían falta, pues la tal temperatura, comprobaba tanteando con sus dedos el estado de sus bajos, ya estaba donde Dios mandaba. Las acciones a seguir requerirían no solo cariño y delicadeza, sino alguna fuerza bruta, porque sacar a su amante de su profundo sueño no era lo único imprescindible. Le solía dar igual cómo ponerse, pero esa noche necesitaba que su garañón atacara con la energía del semental que pretende cubrir a una yegua pártica, y al decirse tal cosa sintió un estremecimiento. No solo quería sexo de madrugada, sino arbolar la quilla de algo que, a su debido tiempo, tampoco le dejaría dormir por las noches.

## Jueves, 24 de octubre de 1918

Souchon había marchado a Kiel diez días antes. Bachmann parecía no solo resignado, sino deseoso de irse a Gottingen, con su mujer y sus dos hijos. Al igual que Souchon, veía que la guerra no duraría. Tras la paz no habría sitio para un almirante de cincuenta y ocho años, de modo que, además de disfrutar de un bien ganado descanso, pensaría en qué ocuparse a la vuelta de unos meses, que más no podría durar la pesadilla. Se lo explicó a Souchon en la visita que le hizo en septiembre; a eso se debía que Wichelhausen lo supiera, ya que desde hacía diez días no sabía nada del que fue su jefe durante cinco años.

Desde primeros de septiembre trabajaba para sus jefes, el saliente y el entrante. Cada vez menos con Souchon y más con Meurer, pero se las apañaba para que ninguno estuviera descontento. Meurer no era un hombre propenso a mostrarse cercano, pero le admiraba la cordial relación, sin dejar de ser formal y respetuosa, entre su antecesor y el Asto que compartían. A menudo cenaban los tres juntos en el *Friedrich der Große*, por iniciativa de Souchon, y compartían frecuentes cafés e incluso alguna copa de buen coñac, aunque lo que más contribuyó a que Meurer decidiese considerar a su Asto como algo más que un buen oficial fue que Souchon le invitó a sumarse a la paella de despedida que *Frau Wichelhausen* organizó para él un soleado sábado 12 de octubre. Meurer, cuya esposa y su hija se habían ido a Berlín quince días antes, y que no tenía compromisos sociales, dudó en aceptar, aunque al final capituló, si no por otra cosa por la entusiasta descripción que le transmitió Souchon de las habilidades culinarias de *Frau Wichelhausen*. Desde aquel día el trato mutuo pasó a ser de confianza personal, además de profesional. De ahí que con toda naturalidad le dijera, según se tomaban el primer café de la jornada, que algo serio se avecinaba: Hipper acababa de anunciar que a la una quería ver en el *Badén* a sus vicealmirantes y contralmirantes.

\* \* \*

La cámara del *Badén* era más grande que la del *Friedrich der Große*. Gracias a eso tomaban asiento sin apreturas los comandantes primero y segundo de los tres Schlachtgeschwader, el de sus fuerzas de torpederos, el del Aufklärungsstreitkräfte I, el del II, el de sus torpederos y el de los grupos de minadores. Once altos mandos, y cuatro de ellos acompañados de un oficial de rango no inferior a Korvettenkapitän, salvo Wichelhausen. A ellos se sumaban Von Trotha, otro Korvettenkapitän y un Von Hipper que no gastó una palabra en cortesías.

—El próximo día 30 la Aufklärungsstreitkräfte atacará la desembocadura del Támesis con sus cruceros de batalla, ligeros y torpederos. Es probable que antes de hacerlo se encuentre con los cruceros del vicealmirante Pakenham y con el V Battle Squadron del vicealmirante Leveson, que acaba de sustituir a nuestro viejo amigo Evan-Thomas. Con lo que no contarán ninguno de los dos es que a pocas millas de donde se topen con sus *schlachtskreuzer* —por Reuter— el grueso de la Hochseeflotte estará esperándolos. Si nuestros cálculos de rumbos y velocidades son correctos, dispondremos de dos horas para que sus buques hundan unos cuantos de los de Pakenham y Leveson. —Señalaba con el dedo a los tres Schlachtgeschwaderchefs—. Después, cuando el grueso de la Grand Fleet se nos venga encima, será cuestión de luchar hasta el final, salvo los buques que, al amparo de la noche, logren ganar nuestros campos de minas. En esencia, esto es todo. Los detalles los discutiremos a continuación, pero antes quiero saber dos cosas: una, si han comprendido que tras esta no habrá otra oportunidad de conseguir una gran victoria sobre la Grand Fleet; otra, que será una carga sin retorno, como la de Blücher en Ligny; en otras palabras, muchos de nosotros no veremos amanecer el día 31. El que no lo tenga claro, que lo diga.

Mirada en derredor, del tipo halcón inquisitivo. Como sin duda esperaba, nadie dijo nada. Salvo Meurer.

—Euer Exzellenz, la distancia entre Rosyth y la boca del Támesis es de 350 millas. Por muchas precauciones radioeléctricas que tomemos, en cuanto sus unidades ligeras apostadas frente a Helgoland vean asomar a la Aufklärungsstreitkräfte, los buques de Pakenham y Leveson se harán a la mar. A los 25 nudos que pueden dar, en catorce horas alcanzarían a la Aufklärungsstreitkräfte. Sus restantes fuerzas, que son capaces de dar 21 de un modo sostenido, solo necesitarían tres más. Me parece muy poco para que causemos a los primeros un daño significativo, y menos si la noche se nos echa encima, pues la luna, en cuarto menguante avanzado, apenas ofrecerá el cinco por ciento de su albedo, y eso si no hay nubes. Entiendo que todo esto se ha tenido en cuenta en la planificación, pero aun así me gustaría saber si se ha pensado algo que ralentice la velocidad de la Grand Fleet, a fin de que al menos el *Hindenburg* y el *Derfflinger* puedan bombardear los muelles del Támesis.

Hipper se quedó mirando a Meurer con algún asombro. Le tenía por hombre de lealtad a toda prueba, pero no muy rápido de pensamiento, de modo que difícilmente aquello se le habría ocurrido en los pocos minutos que le llevó

explicar el plan. En cualquier caso, era una buena pregunta, y decidió contestar, aunque no él, sino a través de Von Trotha.

—Su ascensión es correcta: el alcance de los 305 del *Hindenburg* y el *Derfflinger*, desde que se les incrementó a 16° el alza, supera los 225 hectómetros, de modo que si consiguen ganar el primer recodo del Támesis podrían destrozar la base de Thamesmead. Para eso necesitarían llegar a la boca del Támesis, y una vez allí contar con dos horas para entrar, bombardear y salir. Eso sería imposible si Pakenham y Leveson ya estuvieran allí. Nuestra idea es conseguir que su velocidad media efectiva se reduzca un tercio, de modo que no lleguen antes de veinte horas. Para ello se constituirán seis barreras de submarinos, tres de ellas próximas a la costa británica en las latitudes de Sunderland, Hull y Grimsby. Las otras se desplegarán entre el Firth of Forth y las Frisias Occidentales, para cubrir que Beatty prefiera ganar la entrada de nuestros campos minados y solo verse con la Hochseeflotte cuando regrese a Wilhelmshaven. Antes de que me pregunten cuántos submarinos se van a desplegar les informo de que serán no menos de ciento veinte.

Con eso no parecía contar nadie, ya que las expresiones iban del asombro a la incredulidad.

—¿Se les hará volver de su dispersión en el Atlántico?

El que preguntaba era Von Reuter. El que contestó fue Von Hipper tras hacer un gesto a Von Trotha.

—Voy a contarles algo sumamente confidencial. —Una pausa melodramática, muy del estilo del engolado Ritter von Hipper—. El pasado día 3 el káiser ofreció la Cancillería del Reich al príncipe Max von Badén. Este, nada más tomar posesión, inició gestiones a través de una potencia neutral con el presidente Wilson, buscando un armisticio. Su reacción fue hacer saber que como condición ineludible para dialogar exigía la paralización de la campaña submarina, la cual fue la causa de que nos declarara la guerra en abril del año pasado. El káiser, con la oposición de Hindenburg, Ludendorff y Scheer, aceptó hace cuatro días. Así, por orden de Scheer, dada de muy mala gana, nuestros submarinos han comenzado a regresar, si bien se ordenó a los que aún tuvieran torpedos que se apostasen en las líneas descritas por Von Trotha. Entiendo que a partir de aquí se van ustedes a preguntar si esta operación cuenta con el respaldo de Von Badén y con el del káiser. Puedo decirles que Seiner Majestät no se opone. De lo que piense Von Baden nada puedo decir, porque no sé nada. Sí sé que mis órdenes son las que acabo de transmitirles, y por mi vida —tono enfático— que las voy a ejecutar. El Reich quiere la paz, aunque no la capitulación incondicional. Con este plan, que de ahora en adelante llamaremos Operationsplan XIX, demostraremos a los aliados que de ningún modo vamos a deshonar nuestra bandera, lo cual redundará, o eso piensa Scheer, en unas honorables condiciones de paz. En cualquier caso, eso no es ahora lo que importa. Es saber si cuento con ustedes o no cuento con ustedes.

Tono muy enérgico. Hipper era el único que hasta ese momento estaba en pie.

Casi al momento Boedicker se levantó y se cuadró, para ser seguido por Harder, y tras ellos todos los demás. Lo que vino a continuación fue un sonoro taconazo colectivo, seguido de un unánime:

—*Jawohl, Herr Admiral!!*

A Wichelhausen le impresionó que todos ellos, él también, reemplazaran el cortesano Euer Exzellenz por el naval *Herr Admiral*. No pensó qué significaría eso porque tomaba la palabra Von Trotha. Los detalles del Operationsplan XIX se les echaban encima, de modo que tomó su cuaderno y el primero de sus Faber Castell 9000, y empezó a tomar notas.

## Martes, 29 de octubre de 1918

Era el día en que, con acuerdo al Operationsplan XIX, la Hochseeflotte debía concentrar sus buques. La Aufklärungsstreitkräfte aportaría sus *schlachtskreuzer* —*Von der Tann, Moltke, Seydlitz, Derfflinger y Hindenburg*—, cuatro cruceros ligeros y veinte torpederos. El Slachtgeschwader I sumaría siete *großlinienschiffe* —*Posen, Nassau, Westfalen, Ostfriesland, Oldenburg, Helgoland y Thüringen*; el *Rheinland* estaba fuera de servicio—, el III sus cinco —*König, Markgraf, Großer Kurfürst, Kronprinz Wilhelm y Bayern*— y el IV sus otros cinco —*Kaiser, Kaiserin, Prinzregent Luitpold, König Albert y Friedrich der Große*—, más el *Badén*, buque insignia de Hipper. A todos se les había pintado de rojo la chimenea de más a popa, lo cual era la señal de reconocimiento establecida en el Operationsplan XIX. Se les sumarían, como escoltas, ocho cruceros ligeros y treinta torpederos. En total, veintitrés buques de batalla, doce cruceros y cincuenta torpederos; una armada formidable, salvo por el indeseable detalle de que la Grand Fleet sumaría el triple, categoría por categoría. De las bases belgas zarparía una vanguardia de otros veinte torpederos y varias docenas de minadores, cuya función sería desatar el caos en la boca del Támesis. Los buques dejarían sus amarraderos de Wilhelmshaven y del Jade para fondear en Schillig, pasar la última revista y hacerse a la mar en la madrugada del 30. Pese a esas medidas, las tripulaciones pernoctaron en sus barracones hasta el amanecer de aquel día 29, según la inalterable costumbre de la KM.

Wichelhausen dormía en el *Friedrich der Große*. Desde que desayunaron el día 26 no había vuelto a ver a su mujer. No le dio detalles de lo que tenía por delante, porque no podía. Se limitó a decir que la guerra estaba lejos de acabar y que aún podían vivirse sorpresas, aunque la cara con que lo dijo no pretendía disimular su sentimiento de que igual no volvían a verse, ni en este mundo ni en el otro. Ninguno de los dos, desde hacía mucho, creía en lo irracional.

Wilhelmshaven daba al este, al estrecho que unía la bahía de Jade con la rada de Schillig, pero la base naval, el arsenal, los muelles de armamento, de repostaje y los diques secos daban al sur, al Jadebusen. Los bordeaba una gran escollera, en parte natural y en parte artificial. Era una barrera practicable a través de tres esclusas cerradas por compuertas dobles; su objeto era que, fuese la hora que

fuera, en el interior de la base reinara la pleamar. La maniobra de atravesarlas era forzosamente lenta, pero aun así una sola esclusa despachaba, en bajamar, cuatro unidades pesadas por hora. Las unidades dejaban los muelles y entraban en las esclusas, cerradas por el lado del Jadebusen. Se cerraba la compuerta del lado de la base y el agua iniciaba el descenso. Cuando las alturas de la bahía y de la esclusa coincidían, se abría la compuerta exterior y la nave salía por sí misma. Tras eso se cerraba la compuerta, la esclusa se llenaba de nuevo por gravedad, se abría la compuerta interior y vuelta de nuevo a empezar. Era lo que a media mañana sucedía con el *Markgraf*. Buena parte de la tripulación permanecía en cubierta, disfrutando de un soleado día de otoño en el Deutsche Bucht. De pronto, y sin que nada lo anunciase, los tripulantes comenzaron a saltar desde la cubierta del buque, de manga tan ancha que casi tocaba las paredes, a la plataforma de la esclusa, por las dos bandas y aprovechando que la diferencia de alturas entre la cubierta del *Markgraf* y la tierra firme descendía con lentitud. En pocos minutos trescientos tripulantes echaron a correr hacia el portalón de la base y de ahí al centro de Wilhelmshaven, sin que reaccionase la perpleja guarnición. El también sorprendido comandante, Kapitän-zur-See Morsberger, ordenó invertir la maniobra y volver al muelle de armamento. No lo hacía en silencio, sino atronando con su sirena, lo que alertó a todo el mundo, empezando por el también atónito Admiral von Hipper. El Konteradmiral Meurer contemplaba la escena en su puente del *Friedrich der Große*. A su lado, el impasible Wichelhausen hacía lo mismo. Sospechaba que algo así estaba por ocurrir, pues las tripulaciones comprendían el significado de que las chimeneas de más a popa se pintaran de rojo. A ellas, conceptos tan sagrados como patria, honor, bandera, heroísmo, disciplina y el resto de las bobadas, a esas alturas de la guerra les importaban una mierda. Estaban hartos de su vida miserable, de comer poco y mal, de no tener permisos y de obedecer las órdenes de unos despóticos, estirados y despectivos oficiales que ni eran mejores que ellos ni bajo ninguna justificación merecían ser obedecidos por hombres libres, lo que todos ellos eran, o así les predicaban sus derechos los apóstoles del clandestino comité de marinería. La opinión que les merecía la salida suicida que planeaba el loco de Hipper no solo era llevarlos al matadero en nombre de sus ridículos valores, sino un intento criminal de sabotear la negociación de Von Badén. De ahí que Wichelhausen sentenciase para sí que la gran aventura de Von Hipper, la disparatada Operationsplan XIX, estuviera empezando a disolverse como un azucarillo en una taza de té.

—Wichelhausen, que Lessel separe del muelle al *Friedrich der Große* y que mande reforzar la guardia de cubierta. Que se abra fuego, a matar, si alguien intenta saltar del barco.

Era la clase de orden que jamás debe darse por un tubo neumático, de modo que Wichelhausen se precipitó escalas abajo hasta el puente de maniobra, donde Von Lessel, sin esperar órdenes, había ya mandado cobrar estachas y dar avance sin ayuda de remolcadores, confiando en la destreza de su primer oficial. La segunda de las órdenes de Meurer no le pilló de sorpresa. Él, por su cuenta, ya

tenía decidido hacerlo. Como explicó al Asto de Meurer en un bisbiseo, hacer frente a un motín se daba en primero de ser un oficial de la KM.

De nuevo en el puente del almirante vio que Meurer leía un mensaje del *Baden*: Von Hipper le convocaba, sin más, aunque no costaba imaginar que allí encontrarían, porque irían los dos, a Reuter, Kraft, Boedicker y Heimich.

—Informe a Gotte, en el *Kaiser*. Por semáforo. Que vaya también al *Badén*. Por cierto, ¿dónde carajo está?

—Hace lo que nosotros. Se separa del muelle.

—Sería dramático que comenzáramos a chocar los unos con los otros. ¿Tenemos alguien cerca?

—El *Konig Albert*, a popa, pero apenas se mueve.

Wichelhausen advertía un nuevo fenómeno: Meurer era capaz de sudar. El mismo que de nuevo daba órdenes

—Wichelhausen, que nos alisten una motora.

—*Jawohl*, Herr *Admiral*!

\* \* \*

—Cuando quiera, Von Trotha.

En la cámara de Von Hipper se congregaban los mandos de la Hochseeflotte. Wichelhausen no echaba de menos a nadie. Astos, en cambio, había muy pocos: el de Boedicker y él.

—Los motines comenzaron en el *Markgraf*. Se han fugado 323 hombres, o alguno más. Los que no se han ido se niegan a contestar cuando se pasa lista. La guarnición de Wilhelmshaven persigue a los fugados. Han cercado a unos cuantos en el Rüstinger Stadtpark, y a unos pocos más en el Marine Ehrenfriedhof. No parece que haya sido un acto impremeditado, pues más o menos a la misma hora entre 200 y 300 del *Von der Tann* y otros tantos del *Derfflinger*, que repostaban en el arsenal, saltaron a tierra sirviéndose de las redes antitorpedo y echaron a correr hacia el centro de Wilhelmshaven, como los del *Markgraf*. Poco después, la marinería del *Konig* abandonó sus puestos, subió a cubierta y comenzó a dar gritos en favor de la paz y a vitorear al presidente americano Wilson, así como a un tal Liebknecht, negándose a obedecer las órdenes que se les daban.

—¿Quién es ese Liebknecht? ¿Algún tripulante?

Los altos oficiales presentes se miraban unos a otros, con cara de no saber o de no querer decir que sabían. Era, pensaba Wichelhausen, una buena ocasión de apuntarse un tanto.

—Karl Liebknecht es el *führer* del Spartakusbund o grupo espartaquista, Euer Exzellenz —por Hipper, el que había preguntado—. De convicciones mucho más extremas que las propias de los socialistas. Está en prisión, tengo entendido.

—Si es así no andará por aquí arengando a nadie, ¿cierto?

—Él en persona, no, pero tiene acólitos. Algunos están vigilados, o eso se nos dijo en una conferencia informativa, pero sin duda son más, y probablemente no se sabe quiénes son.

—¿Y usted cómo sabe todo eso?

El que preguntaba era Reuter. Sus palabras podían pasar por hostiles, pero su tono era más admirativo que otra cosa.

—Mi deber es informar a mi superior de todo lo que afecte a la seguridad del IV, y por eso me informo tanto como puedo de lo que hacen los movimientos revolucionarios.

Hipper se le quedó mirando. Wichelhausen ya se preguntaba si habría metido la pata cuando aquel se volvió a Von Trotha.

—Prosiga.

Von Trotha, en pie, se aclaró la voz antes de comenzar.

—El I salió de Wilhelmshaven antes de que comenzaran los incidentes. Sus siete acorazados fondearon en Schillig, en sus lugares prefijados, pero más o menos a mediodía, coincidiendo con los sucesos del *Markgraf*, un grupo de amotinados se revolvió contra los oficiales del *Thüringen*, hasta el punto de apresar a su comandante, Windmüller. Por fortuna, le dio tiempo a radiar lo que ocurría. Los amotinados, y esto señala premeditación, arriaron la enseña imperial e izaron una gran bandera roja, similar a la bolchevique de los rusos. Hemos enviado contra ellos un par de torpederos y un submarino. Se han situado a babor y estribor del *Thüringen*. Se ha hecho saber a los amotinados que, o deponen su actitud, o serán torpedeados. Por el momento no hay más noticias. En general, lo avanzo por lo que pueda significar, solo se han registrado motines en los buques mayores.

—¿Cuál es la situación global a esta hora, tres de la tarde?

—No se puede contar con los *großlinienschiffe Markgraf, König y Thüringen*, ni con los *schlachtkreuzer Derfflinger y Von der Tann*. Los comandantes del *Hindenburg* y el *Seydlitz*, Hildebrand y Tágert, reportan desórdenes en sus salas de máquinas. Se nos ha informado de conflictos, sobre todo en polvorines y salas de calderas, en el *Helgoland*, el *Nassau*, el *Westfalen*, el *Kronprinz Wilhelm*, el *Großer Kurfürst*, el *Káiserin* y el *Prinzregent Luitpold*. No parece haber incidentes reseñables en el *Moltke*, el *Posen*, el *Ostfriesland*, el *Oldenburg*, el *Kaiser* y el *König Albert*.

—En otras palabras, solo seis de las veintitrés unidades de batalla permanecen leales. Por ahora. ¿He comprendido bien?

—Si, Euer Exzellenz.

Von Hipper se lo quedó pensando casi un minuto.

—Caballeros, debemos suspender el Operationsplan XIX. Salvo que la situación cambie de un modo drástico, lo haremos oficial a las siete de la tarde. Mientras tanto, que se arreste a todo aquel que dé una mínima señal de indisciplina. Se les aislará en los barracones más alejados, bajo la vigilancia de una guardia

numerosa y lista para disparar al menor indicio de amotinamiento. Antes de que amanezca se les encadenará en grupos de seis y se les embarcará en los buques del III, los cuales se harán a la mar a las diez horas, arrumbarán a Kiel y desembarcarán a los prisioneros, los cuales serán internados donde diga el Admiral Souchon. Tras eso el III permanecerá en Kiel hasta nueva orden. Es claro que los amotinados se han puesto de acuerdo los unos con los otros, sin duda reuniéndose por las noches, en sus barracones. Como primera medida, los vamos a separar: el IV permanecerá en Wühelmshaven y el I zarpará rumbo a las bocas del Elbe, para quedarse ahí también hasta nueva orden. Todos los tripulantes, de todos los buques, permanecerán a bordo, igualmente hasta nueva orden. Que se comunique todo esto al Admiral Souchon. —Señalaba con el dedo a Von Trotha, cuyo Flaggleutnant tomaba frenéticas notas—. Comuníquelo también al Admiral Scheer, indicando que la Hochseeflotte suspenderá el Operationsplan XIX a las siete de la tarde. Ahora vuelvan a sus barcos y manténganme al corriente.

Se cuadraron y abandonaron la cámara. Wichelhausen marchaba el último, apenado de no sentir la menor tristeza por el deshonroso fin de la Hochseeflotte; si algo estaba claro era que tras aquella sublevación chapucera, pero eficaz, ningún buque alemán dispararía un cañonazo en mucho, mucho tiempo.

## Domingo, 3 de noviembre de 1918

El I había llegado a las bocas del Elbe, y el III a Kiel. Del 1 no había noticias reseñables, se decía un Wichelhausen que aguardaba el regreso de su jefe, a la sazón confesándose con Hipper. El *Badén*, los buques del IV y los del *Aufklärungsstreitkräfte*, eran las únicas unidades pesadas presentes en Wilhelmshaven, lo que tranquilizaba no poco a las esposas de los oficiales, porque significaba que la cabalgada suicida estaba *kaputt*. En la Wilhelmshaven civil se sabía de la sublevación y de la defección de algunos tripulantes. También, que tarde o temprano el káiser aceptaría el armisticio que Von Badén negociaba, de modo que desde ahí la vida sería de nuevo digna de ser vivida. Queralt estaba tan al corriente de todo eso como la mayoría de sus iguales, sobre todo las que, como ella, visitaron la tarde antes a sus maridos, con el pretexto de llevarles ropa limpia. Hipper prefirió mirar hacia otro lado ante aquella nueva muestra de que todo se desmoronaba; en cuanto a Reuter o Meurer, ninguno puso pegas a que sus oficiales, no más de cuatro a la vez, dejaran sus buques un cuarto de hora para verse con sus mujeres.

Queralt estaba inquieta, pero la tranquilizó ver a Rolf tan despreocupado como siempre. Quizás incluso más, porque veía inexorable que Von Badén impusiera su criterio. Daba por seguro que Alemania se quedaría sin Hochseeflotte y él sin trabajo, pero no le importaba. Incluso hacía planes sobre la vida de los dos en Barcelona, una vez la pesadilla quedase atrás. Su moderada indiferencia quizá tuviera que ver con su esencia militar, o con su no-esencia. Como alguna vez había explicado a su mujer, si se decidió a ser marino de guerra fue por diferenciarse de sus hermanos. Él no descendía de *junkers*, militaristas a ultranza. Se hizo marino para ver mundo, por sentir en sí mismo eso del honor y el deber, y por ansiar un poquito de gloria. Bien, pues ya tenía demasiado de todo eso. De ahí venía que hacer de sí mismo un aburguesado consignatario catalán no le repugnara. Sobre todo, si pudiera serlo en paz. Para sus veintiocho años, los miles de cañonazos que llevaba escuchados eran suficientes.

A primera hora de la tarde llegó un mensaje del Vizeadmiral Kraft, comandante del III. Había entregado a la comandancia de Kiel los cuarenta y siete amotinados, los cuales ya se hallaban en el *Arrestanstalt* o prisión militar. Salvo

esa novedad la tarde se mostraba tranquila, sin más disgustos que los del Heer, el cual se retiraba de los terrenos conquistados entre 1914 y 1918, empujado por tropas americanas, portuguesas, británicas y francesas, las cuales parecían estar seguras de que todo estaba por acabar. Se notaba en que no corrían riesgos. Su superioridad era tal que no combatían. Les bastaba con mostrarse.

Aun así, Wichelhausen no estaba tranquilo, como no lo estaba Meurer. Se venteaba en el ambiente que algo estaba por ocurrir. En el ambiente y en los sollados, donde la torva tripulación hacía su vida desde la desdichada jornada del 29 de octubre. Unos sollados donde ningún oficial ponía pie sin una escolta de suboficiales lista para disparar. Si algo estaba claro en el *Friedrich del Große* era que la necesaria confianza entre marinería y oficialidad se había desintegrado. Wichelhausen no era capaz de imaginar qué haría falta para que se restaurase, y así se lo dijo a Meurer. Ocurriese lo que ocurriera en el futuro, a su entender ya no había ninguno para la Kaiserliche Marine.

\* \* \*

A las cuatro de una tarde perezosa y nublada los suboficiales de comunicaciones del *Friedrich der Große* —los marineros radiotelegrafistas estaban apartados del servicio— captaron un mensaje del Admiral Souchon al Admiral Von Hipper, a los Vizeadmirale Boedicker y Kraft, y a los Konteradmirale Meurer y Von Reuter. Hacía saber que una manifestación de diez mil cabezas en la que participaba personal de la KM, tanto de la base naval como del III Schlachtgeschwader, así como un gran número de obreros de los astilleros y los talleres, más un grupo no cuantificado de agitadores socialistas, había tomado la Großer Exerzierplatz. Lo hicieron al mando de dos miembros del Unabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands o USPD, Karl Artelt y Lothar Popp. Reclamaban la liberación de los presos. Lo hacían al grito de *Frieden und Brot* —«¡Paz y pan!»—, según acostumbraban los agitadores desde la última huelga general. El mensaje terminaba con la declaración del estado de guerra en la plaza de Kiel.

—¿Qué opina, Wichelhausen? Se lo pregunto porque usted ha dado a entender en alguna ocasión que tiene información de los usos y costumbres del mundo socialista.

Wichelhausen no se lo tomó como un reproche. Solo sucedía que Meurer, fuera de dar órdenes tajantes, rara vez lograba expresarse de un modo que ni aburriese ni molestase.

—La revolución se nos echa encima. La rusa empezó así.

—¿Recomendaría poner la plaza en estado de guerra?

—Sería lo más aconsejable, pero dudo que lográramos reunir efectivos leales en número suficiente.

Meurer tardó en asentir. Sabía que las tropas de la KM presentes en Wilhelmshaven apenas cubrían la vigilancia de las instalaciones y de los polvorines. Dejando de lado su dudosa lealtad al káiser, eran tan exiguas que no podrían afrontar una insurrección generalizada, tanto del estamento civil como de las tripulaciones de los barcos fondeados en la base.

—Voy a ver a Hipper. Usted manténgase a la escucha. Si algo sucede, o si llegan más mensajes como ese —por el de Souchon—, envíeme un suboficial con una copia.

El *Badén* estaba fondeado en prolongación del *Friedrich der Große*, y este del *Hindenburg*. Si Wichelhausen se asomase a la borda quizá vería pasar a Von Reuter navegando hacia el buque insignia, tan desconcertado como Meurer.

Media hora después un nuevo mensaje fue captado en el *Friedrich der Große*. Dirigido a los mismos, hacía saber que parte de la multitud había dejado la Großer Exerzierplatz para marchar hacia la prisión militar. En su camino se interpusieron varias patrullas, pero recularon o, peor aún, se unieron a los manifestantes. Cerca ya del Arrestanstalt se les enfrentó una nueva patrulla, mandaba por un subteniente llamado Steinhäuser, el cual, lejos de acobardarse, ordenó disparar una salva de advertencia. Viendo que no surtía efecto mandó abrir fuego contra la multitud, con el resultado de siete muertos y treinta heridos de diversa consideración. Aun así, no logró contener el avance de la turba, la cual, tras arrebatar sus armas a Steinhäuser y a sus hombres, los lincharon a culatazos, con el resultado de varios muertos, uno de ellos el propio Steinhäuser. Tras eso, y ante la llegada de más marineros leales, los insurrectos se dispersaron. Además de poner la ciudad en estado de sitio, se había pedido la urgente adscripción de varias compañías de infantería, en previsión de nuevos desórdenes. Firmado, Souchon.

Si algo faltaba para convertir la revuelta en revolución eran los muertos del tal Steinhäuser, se decía Wichelhausen según ordenaba que un suboficial se dirigiese al *Badén* y entregara el mensaje al Konteradmiral Meurer. Gracias a los dioses, Tossens estaba no solo muy lejos, sino al otro lado de la bahía. No quería pensar en el horror que viviría si Queralt se hubiera quedado en alguna casa de las reservadas para oficiales en la propia Wilhelmshaven. Si algo parecía claro era que se acercaba un baño de sangre. Tan grande como el de Petrogrado.

## Lunes, 4 de noviembre de 1918

Hipper se había mudado a la capitanía general. Aceptaba el riesgo de ser apresado por la chusma contra la ventaja de contar con varios enlaces telefónicos, gracias a los cuales seguía en contacto con el Vizeadmiral Ernst, Ritter von Mann — Staatssekretär im Reichsmarineamt, o secretario de Estado para la KM—, y con Scheer, Souchon, Kraft —se había instalado en el cuartel general de Souchon, por temor a ser linchado; el *König*, donde los amotinados mataron al comandante, Kapitän-zur-See Weniger, a su primer oficial, Korvettenkapitän Heinemann y al Leutnant-zur-See Zenker, por tratar de impedir que se arriase la bandera de la KM, no era un lugar seguro— y Boedicker, que se había llevado el puesto de mando lejos del *Ostfriesland*. En cuanto a Meurer y Von Reuter, los tenía sentados frente a él.

Wichelhausen seguía en el *Friedrich der Große*, aunque con instrucciones de trasladarse a la capitanía general, con los oficiales del Estado Mayor del IV, a la que vieran desestabilizarse la situación, lo que a su juicio no tardaría en suceder. De vez en cuando echaba un vistazo al mástil de más a popa, donde aún gualdrapeaba el pabellón de la KM. A la que viera la bandera roja saldría por pies en la motora del Estado Mayor, ya sujeta de la escala del costado, en el entendimiento de que nadie les pondría pegos, pues un autodefinido miembro del comité de marinería le había dicho que contra los oficiales del Estado Mayor no había nada y que nadie les impediría marchar. Gracias a permanecer a bordo sabía que la situación en Kiel se deterioraba con rapidez. Souchon había hecho venir seis compañías de infantería, por tren; mandó desplegarlas en la ciudad y en la propia base naval, aunque los infantes del Heer no tardaron en solidarizarse con los sublevados, uniéndose a ellos bajo la bandera roja. Sucedió eso porque los amotinados se habían hecho con la Hauptbahnhof, la estación de ferrocarril. Cuando llegaba un tren cargado de infantes también hartos de la guerra, bastaban unas palabras bien gritadas para que se sumaran a la causa, desembarazándose de sus oficiales y suboficiales —algunos de estos se sumaban también— y pasaran a engrosar las filas de uniformados no solo en rebeldía, sino armados hasta los dientes.

Más tarde, ya en capitanía, supo que Souchon, apresado por los sublevados, se

resignó a parlamentar con los cabecillas, los sóviets, siendo el primer resultado la excarcelación de los amotinados. Por entonces no quedaba un buque de tamaño superior a torpedero en el que no gualdrapeara la elegante bandera roja. Igual sucedía en Wilhelmshaven, donde solo el *Hindenburg* no lucía el trapajo —así lo definía Meurer—, aunque tampoco mostraba la enseña imperial. En capitanía los teléfonos no escaseaban, de modo que no le costó conseguir que un cabo telefonista le pusiera con un cierto número de Berlín-Französischestraße. Lo que le dijo Inga le sorprendió a la par que le tranquilizó; en Berlín no pasaba nada. Los tranvías y el U-Bahn funcionaban con normalidad, los abastecimientos seguían igual de mal aunque sin mermas aparentes, el comercio funcionaba como cualquier otro día y los periódicos que llegaban a casa solo hacían mención a disturbios locales en algunas guarniciones del norte. Hablaban más de lo que a la gente le interesaba, las negociaciones de paz, aunque a juicio de la *materfamiliae* solo se decían vaguedades, comentarios sin confirmar, opiniones de periodistas tan ignorantes como imprudentes que debían rellenar huecos editoriales como buenamente pudieran, y poco más. Lo que sucedía, si algo sucedía, obraba en el conocimiento de muy pocos, y estos mantenían la boca bien cerrada. Solo en ese punto Inga dijo lo que habría debido decirle antes: que había llamado Queralt desde Tossens, que allí tampoco pasaba nada, que no tenía problemas de abastecimiento, y que si llamaba para contar todo eso era por— que no tenía otra forma de hacer saber a Rolf, del que suponía que llamaría en algún momento a su casa —ellos no tenían teléfono en Tossens—, que todo iba bien y que no se preocupara por ella. Ah, y que estaba embarazada.

## Martes, 5 de noviembre de 1918

En ninguno de los buques mayores fondeados en el Jade ondeaba la enseña imperial. Solo se veían banderas rojas. Buena parte de los oficiales había escapado de los buques. Algunos ganaron las unidades menores, donde no se sublevaba nadie; otros, los de mayor graduación, se dirigieron a capitanía, para juntarse con Von Hipper, Von Reuter y Meurer. Formalmente lo hacían para informar, aunque solo buscaban refugio y seguridad. Los que tenían casa en Wilhelmshaven dudaban entre marchar allí, arrostrando el peligro de marchar por unas calles tomadas por la revolución, o quedarse al amparo de la guarnición de la base, la cual, de momento, parecía mantenerse fiel al káiser y a Von Hipper. En Kiel sucedía lo mismo; en los mástiles del *Bayern* y de los *großlinienschiffe* ondeaban grandes banderas rojas. Los amotinados, a los que se habían unido las compañías de infantería enviadas a disolverlos, así como los trabajadores de los diques, los talleres y los astilleros, eran fuertes en no menos de cincuenta mil hombres. Según informaba un oficial con acceso a la estación radiotelegráfica del puerto, era inminente la llegada de una comisión del USPD, la cual se haría cargo del gobierno de la ciudad en nombre de una República que cada vez sonaba más en la esfera de las ondas. Al mismo tiempo, tripulantes de tres buques del I —*Ostfriesland*, *Posen* y *Nassau*—, fondeados en Brunsbüttel, la entrada oeste del canal Kaiser Wilhelm, ocupaban la estación de Ostmoor, lanzando desde ahí proclamas incendiarias a lo largo y a lo ancho del espectro radiotelegráfico alemán, y del no alemán. Si alguna duda tenían los aliados de que se habían quedado sin enemigo —estarían a la escucha, seguro—, con eso se les despejaba, o eso comentaba Meurer a Wichelhausen y al resto de su Estado Mayor.

Los radiotelegrafistas también captaban información no naval. Así se supo, para espanto de Hipper, Reuter y Meurer, que los obreros y operarios de los astilleros Vulkan, de Hamburgo, se declaraban en huelga. También, que un dirigente revolucionario de gran peso entre la obrería, Dittman, acababa de ser excarcelado por orden de Von Baden; lo primero que dijo, ante un gran número de periodistas y diplomáticos extranjeros, era que al káiser Wilhelm no le quedaba más opción que abdicar. En Lübeck, uno de los principales puertos del Báltico, la revolución llegaba por mar, en forma de cientos de amotinados que

desembarcaban de un cierto número de torpederos pasados a la revolución; en pocas horas se hicieron con el puerto, la Hauptbahnhof, la capitania y la guarnición. La bandera roja ondeaba en casi todos los edificios públicos, mientras la masa de obreros, soldados y marinos que se adueñaba de la ciudad reclamaba la promulgación de una república socialista igualitaria, con los mismos derechos para todos. El ritmo de llegada de noticias, pese a todo, no era tan atosigante como para que Wichelhausen no encontrara tiempo para sí mismo. Le tranquilizaba saber que su mujer no tenía problemas, y no le resultaba difícil estimar la fecha en que habría un nuevo Wichelhausen, pues desde una cierta noche loca en Tossens, y por imposición de Queralt, no volvió a «vestirse», pero le preocupaba que su hijo, si no su hija, fuese a nacer en ese convulso país. Se animaba diciéndose que aquello no podía durar, que la revolución no lo tenía tan fácil como en Rusia, porque si algo necesitaba el socialismo para prosperar era una colosal incultura general, y el pueblo alemán había dejado atrás la época en que casi nadie sabía leer. Suciediera lo que sucediese saldrían adelante, decidía para tras eso preguntarse dónde podría dormir. La noche antes tuvo éxito con Meurer —hospedado en la residencia de altos mandos de la KM—, aunque no con él mismo, pues se tuvo que conformar con una de las butacas del despacho de su jefe. Sería un problema difícil, pues aquella del 5 al 6 de noviembre vagarían por la base naval cientos de oficiales desplazados de sus buques. No había camas para todos, ni habitaciones, ni residencias, ni nada de nada. Ya se había resignado a volver al butacón de su jefe cuando llegó un nuevo mensaje, anunciando que Rostock seguía el camino de Lübeck y exigía no solo la instauración de la república, sino fusilar al káiser. Era una noticia de preocupar, por si marcaba tendencia. Ya pensaba buscar a Meurer, para entregársela, cuando se abrió la puerta. Era Meurer. Un minuto después, tras leer el texto con indiferencia, se volvió hacia él.

—Tiene un aspecto espantoso. ¿Dónde durmió ayer?

—En una de sus butacas, Euer Exzellenz.

Cosa rara, Meurer sonrió.

—No me gusta que mi Asto presente una facha tan indecorosa. Mi habitación de la residencia es grande y equipa dos camas. Es la dotación normal para un contralmirante, que no todo es malo en serlo. También tengo un aseo decente. Si quiere compartir todo eso con su viejo superior está usted invitado.

Wichelhausen no contestó. Prefirió cuadrarse y sonreír.

## Miércoles, 6 de noviembre de 1918

La noticia venía de Kiel. Situaba en la ciudad a un diputado del USPD llamado Noske. Se le consideraba un mesías del socialismo, muy puesto en asuntos militares y que además dirigía el incendiario periódico *Volkstribüne*. Se le tenía por incansable, cosa que demostró reuniéndose muy largas horas con el comité de soldados, marineros y obreros. El fruto de la reunión fue una lista de catorce puntos innegociables, a cumplir si se quería recuperar el orden y la paz social. Comenzaba por la liberación de los presos revolucionarios y acababa con la imposición de que todo plan operativo de la KM o del Heer necesitaría la previa conformidad de los comités de soldados y marineros.

Meurer leyó el largo panfleto sin hacer comentarios. Se limitó a dirigirse al despacho de Hipper con el papel en la mano. Wichelhausen se quedó solo, procesando los incesantes informes, mensajes y comunicaciones. En su conjunto indicaban que Alemania disfrutaba una revolución tan interesante como la segunda de los rusos. Las noticias oscilaban entre inquietantes y aterradoras, aunque a mediodía llegó una del Bendlerblock muy significativa: un llamamiento del káiser al pueblo, pidiendo lealtad en esas horas difíciles, donde mostrar unidad era esencial para conseguir el armisticio que se perseguía desde hacía semanas. Parecía una desautorización de Scheer y de Hipper, pues si algo habría podido desbaratar el esfuerzo diplomático era el Operationsplan XIX, pero Wichelhausen no era dado a juzgar los designios de la superioridad, al menos sin datos suficientes. De ahí que, tras encogerse de hombros, siguiera con las noticias. Varias que llegaron después, no significativas de una en una pero sí puestas todas juntas, expresaban que sobre los barracones, cuarteles e instalaciones de la KM y del Heer, a lo largo de las costas del Nordsee y del Oostsee, la bandera roja se hacía con todo. La revolución se abría paso a pasmosa velocidad. Los revolucionarios no contaban con la red radioeléctrica, pero sí con las ferroviarias, y a lo largo de los miles de kilómetros de las varias del Reich las consignas fluían sin cesar.

Hipper no estaba pendiente de los informes preparados por Von Trotha o por los Astos de Von Reuter y Meurer. Le bastaba con asomarse a las ventanas que daban a Wilhelmshaven para contemplar una masa de sesenta o setenta mil

manifestantes, en su mayoría obreros del arsenal y del astillero, aunque también había miles de *rot segler* (marineros rojos). Se sabía de huelgas revolucionarias a las que se unían las guarniciones en ciudades de todos los tamaños, como Frankfurt-am-Main, Stuttgart, Augsburg y muchas más. Por todas partes se hablaba de proclamar la república, si bien no todos reclamaban la misma república, pues la interpretación del término distaba de ser unánime. Sobre lo que no había dudas era en prescindir del que se había largado del Alte Schloss para buscar cobijo en Spa, el cuartel general del frente del oeste. El futuro se mostraba incierto, como suele suceder en toda revolución que se precie, pero si en algo todo el mundo estaba de acuerdo era en que ya no necesitaban un káiser, ni tampoco una familia real plagada de parásitos. Sobre Wilhelm y los suyos solo se trataba de precisar si se les fusilaba, como los camaradas bolcheviques hicieron con el idiota de su primo Nikolai, se les encarcelaba o se les echaba del país, con lo puesto y de una patada en el culo. La situación en Wilhelmshaven, aun así, era tranquila, porque al anochecer las turbas se iban a dormir, seguras de que nadie alteraría su descanso. Una tranquilidad que se había contagiado a la base naval, donde no pocos oficiales con casa en la ciudad salían al anochecer disfrazados de civiles para reunirse con sus familias, cenar lo que hubiera, darse un baño y redondear la jornada dejándose arrullar por una esposa la mar de preocupada, ya que ser viuda de oficial muerto a manos de amotinados, en una incipiente república socialista, tenía poco de halagüeño, por lo improbable de que un incierto gobierno rojo pagara sus pensiones.

A Wichelhausen le tenían situado varios camaradas de los que con él iban y venían de Tossens. Lo hacían en un transbordador cuyo patrón no se atrevía, como era lógico, a llegarse al otro lado del Jadebusen. Tales camaradas, con mucho tiempo libre y libertad de iniciativa, se las habían apañado para localizar una motora. Su idea era tripularla ellos mismos, llegarse a Tossens al anochecer y regresar al amanecer. El que haría de patrón se llevaría la bomba de combustible, para que nadie les guindara el artefacto. No necesitaban a Wichelhausen, salvo para tener alguna salvaguardia si se topaban con alguien de corte inquisitivo, marino como ellos o amotinado como los otros. Lo que a media tarde plantearon al Asto del extinto IV le interesó, tanto que a su vez lo trasladó al recién regresado Meurer, el cual, tras pensárselo, dijo no tener inconveniente, y hasta le firmó un salvoconducto del todo irregular, aunque para salir de algún mal encuentro quizá les valdría. Fue así, el sol ya poniéndose, como pudo emprender el kilómetro que separaba su casa del amarradero donde, si los dioses lo quisieran, él y los demás encontrarían su motora nada más amanecer.

La casa no era grande: una cocina y un comedor en la planta baja, y dos dormitorios más un aseo en una superior abuhardillada; el aseo, pese a no ser grande, contaba con una bañera donde Queralt y Rolf se miraban sin decir nada. Queralt, en particular, lo hacía con ojos chispeantes y una tenue sonrisa, la propia de las mujeres satisfechas de volver a tener a sus hombres con ellas, aunque solo fuese por una noche. La satisfacción la complementaba el cálido bienestar

generado por un breve aunque intenso encontronazo amoroso, de velocidad justificada no solo por haber pasado demasiados días desde que sostuvieron el último, sino por la certidumbre de que a la vuelta de no mucho les resultaría difícil proceder con la misma pasión desatada, y eso en el caso de que a ella le asaltaran las ganas. Queralt no tenía una exhaustiva información sobre los deseos de pecar de las mujeres muy preñadas —solo sabía que aparearse por vicio era un gravísimo pecado mortal, cosa que le daba mucha risa—, salvo por la parte de su hermana, pero eso no era significativo, pues Meritxell, en general, jamás tuvo demasiados; aun así, tenía la vaga idea de que la tripa femenina fecundada tiende a volverse antipática. Esperaba que a ella no le pasara lo mismo, porque ni se planteaba cómo podría vivir sin eso por mucho que su silueta se transformara en monstruosa, pero en cualquier caso no era cosa de la que debiera preocuparse, aquella noche.

—¿Qué piensas que ocurrirá?

—Meurer dice que Willy no resistirá. Desde hace una semana está escondido en Spa; es cuestión de horas que abdique. Según él, en eso están de acuerdo hasta los *junkers* más recalcitrantes. Lo que no está claro es qué sucederá después, si tendremos más monarquía, con el Kronprinz en el papel de káiser, si habrá un interregno donde sin liquidar el régimen actual no se instale otro diferente, o si los parlamentarios, y ahí los rojos llevan la voz cantante, proclamarán la Deutsche Republik. En ese caso, que Meurer encuentra más probable, la primera gran decisión será si aprobar o no el armisticio que dicten los aliados. Sus exigencias deben de ser tremendas, porque si no ya se habrían hecho públicas. Para refrendarlo hará falta un jefe del Estado, se llame káiser o presidente de la República. Sus problemas empezarán ahí, porque suscribir el armisticio será un solo asunto, serio y grave, pero uno solo. Después vendrán la consolidación de la paz, las indemnizaciones de guerra, el restablecimiento del orden público, el poner a todo el mundo a trabajar, la desmovilización del Heer y de la KM, el darnos una constitución que nos ampare a todos, el hacer que traguen los muchísimos que no querrán tragar, bien por los privilegios que perderán, bien porque no alcanzarán todos los que reclaman, y el lograr, por fin, que todo eso no concluya en una guerra civil, como pasa en Rusia, o como diablos se llame ahora Rusia. Van a ser tiempos durísimos. Como primera consecuencia, me quedaré sin trabajo. El Reich lleva muchos años construyendo una marina para luchar una guerra, pero terminada la guerra la marina se quedará en mínimos, y el efecto, en el cuerpo de oficiales, será que haremos falta uno de cada cinco. Dudo que yo pueda ser de los que se quedan. Ni la menor idea de los criterios que se seguirán para decidir quién sigue y quién se va, pero habrá muchos, muchísimos, mejor situados que yo.

Lo decía con tristeza, pero sin abatimiento. Estaba claro, se decía Queralt, que lo tenía metabolizado.

—Yo no sería tan pesimista. Eres más joven de lo que te corresponde por rango, no estás lisiado ni mutilado, hablas seis idiomas, los informes de tus jefes

son muy buenos, tu hoja de servicios es intachable, posees dos de las principales condecoraciones al valor, jamás te han amonestado y tienes experiencia en tratar con otras armadas. Francamente, no creo que muchos de tus iguales puedan presentar unas credenciales parecidas.

—Si los que se hagan con la Marina fueran objetivos pues así sería, pero no lo serán. Por mucha revolución que vayamos a padecer, o a disfrutar, al final prevalecerán los mismos, los que desde siempre han tenido peso en la KM. Yo no soy de los suyos. Mi familia no solo no es naval, sino que ni siquiera es militar. Carezco de los contactos que tienen la mayoría de mis iguales. En realidad, solo puedo aportar los informes de un almirante y un contralmirante que serán de los primeros en cesar. Eso es muy poco, Queralt. Me temo que a la vuelta de nada tendremos que pedir a tu padre que nos busque piso en Barcelona.

Se sonrieron. Queralt, con amplitud.

—Nada le gustaría más. Y nada me gustará más a mí.

Ya no siguieron hablando. A los dos les asaltaban las urgencias de bañera. Sobre todo, a Queralt.

## **Viernes, 8 de noviembre de 1918**

El día comenzaba como el anterior: a las ocho, reunión con Hipper. Asistían Von Trotha, Von Reuter y Meurer, acompañados de sus Astos. Se comenzaba por las noticias de alcance y por la situación en Wilhelmshaven, se proseguía con el estado de las unidades mayores y se terminaba con una predicción de lo que sucedería en el día. En este punto Von Trotha explicó que por la tarde Von Badén haría saber al Reichstag cómo veía la situación. Dado que ni a él, ni a Hipper — que asentía—, les extrañaría nada de lo que dijera Von Badén, les ordenaba estar pendientes de las noticias. El día sería largo, y la noche también, de modo que se preparasen para pasarla en Capitanía. Eso a Wichelhausen le pillaba tras dormir dos noches en su casa, de modo que se mostraba bien afeitado y mejor aseado, así como impecablemente uniformado. Estaba listo para resistir un nuevo asedio de días. Le apenaba no volver con Queralt esa noche, pero estaba en mejores condiciones de hacer frente a su tristeza que varios días antes. Además, aquello no podía durar, se repetía una vez más. Solo era cosa de apretar los dientes y no capitular.

Hasta las dos de la tarde no pasó nada extraordinario, pero a esa hora Hipper informó de una conversación telefónica con Scheer. Según este, Von Badén le leyó una larga lista, la de veinte grandes y medianas ciudades donde la revolución se hacía con el poder y donde ni el ejército ni la policía obedecían órdenes de las autoridades. Las principales eran Magdeburg, Halle, Düsseldorf, Coin, Oldenburg, Osnabruck, Braunschweig, Lüneburg, Wiesbaden, Regensburg, Koblenz, Stuttgart, Aachen y, especialmente, Múnich. Lo último dio lugar a que su majestad el rey de Bayern abdicara. Dado que el Reich se componía de veintidós reinos, principados y ducados, cada uno con su propio soberano —el de Prusia era también el del Reich—, el gobierno Von Baden daba por seguro que la mayoría de los otros veintiún monarcas harían lo mismo a lo largo de las próximas horas, forzando al káiser a unírseles en tan dolorosa decisión. De suceder tan probable cosa, lo mismo el país quedaba estabilizado en pocas horas que se desataba una lucha entre las diversas facciones sublevadas, ya que no solo existían dos partidos socialistas con representación parlamentaria —SPD y USPD—, sino una miríada de agrupaciones deseosas de imponer sus disparatados puntos de vista. Scheer, en

consecuencia, recomendaba reforzar la guardia, movilizar los recursos leales al orden y a la ley, que no al káiser, y ponerse cuanto antes en lo peor.

La última recomendación era innecesaria, comentaban después Meurer y su Asto. Ellos dos, que aquella noche compartirían otra vez las habitaciones del primero, llevaban varios días puestos en lo peor. Para bien o para mal, la revolución era imparable. Quedaba por ver adónde les conducía, sí a un orden distinto, aunque filosóficamente alemán, o a un caos total, a la rusa. Los dioses quisieran que fuera lo primero.

## Sábado, 9 de noviembre de 1918

Desde primera hora se sabía que masas revolucionarias desfilaban en Berlín, por la Parisierplatz y el Unter den Linden. La toma de ciudades por formaciones revolucionarias no demasiado enardecidas proseguía con normalidad —no había tiros, ni garrotazos, ni tampoco saqueos, dentro de lo poco que se podía saquear en Alemania; un simple ondear de banderas rojas, algunos gritos, y eso era todo lo que pasaba—, o lo que podría llamarse normalidad dentro de la gran anormalidad que se vivía. Se mascaba que algo trascendental estaba próximo a ocurrir. Los oficiales de los estados mayores permanecían atentos a los teléfonos, la estación telegráfica no cesaba de subir telegramas al Estado Mayor de Von Hipper, y el cuarto de radiotelegrafía estaba no ya en alerta, sino en zafarrancho. En cuanto al cuartel general de la Hochseeflotte, solo reportaba, y muy de vez en cuando, que no había novedad y que seguían a la escucha.

Casi era mediodía cuando la primera noticia importante llegó por llamada telefónica de un oficial del Estado Mayor del Admiral Scheer. Se acababa de proclamar la república, si bien no la esperada en el Bendlerblock: un tal Philipp Scheidemann, seguramente diputado —al que informaba no le constaba—, lo anunciaba en el Reichstag. Von Trotha se afanaba en confirmar no ya la noticia, sino sus extremos, siendo uno de ellos que Scheidemann, ministro sin cartera en el gobierno Von Badén, proclamó la república desde un balcón del Reichstag. Otro extremo tenía forma de telegrama enviado a Hipper por un agregado naval del propio Von Badén, donde se anunciaba que Friedrich Ebert, un diputado del SPD —no del USPD, una escisión del SPD con la que se sabía simpatizaba—, minutos antes había hecho lo mismo en la Kanzlei. Una tercera gran noticia la traía en primera plana el periódico *Vorwärts*: el káiser abdicaba. Las tres novedades suscitaron un debate, presidido por el desconcierto, en la sala de conferencias de Von Hipper, donde se hallaban él y los de costumbre: si Ebert y Scheidemann representaban tendencias político-sociales diferenciadas dentro del SPD, si no escisiones declaradas —había unas cuantas; los socialistas no eran un modelo de unión inquebrantable—, quizás el Reich se había transformado no en una, sino en varias repúblicas. Hipper no se asombraría; dada la locura que se vivía, el que se hubiese alumbrado un par no tenía nada de particular. Total, qué más daba.

El comentario final de Hipper expresaba un sombrío fatalismo y un peor pesimismo. Unos sentimientos de preocupar, pues Franz von Hipper no tenía nada de fatalista y muy poco de pesimista. No obstante, no era cuestión de formular juicios de valor, porque al momento comenzaron a llegar noticias complementarias; algunas aclaraban la situación y otras incrementaban la confusión, aunque la tendencia *general* señalaba que las aguas se aquietaban. Solo con la tarde ya muy avanzada una conversación telefónica entre Scheer y Von Hipper permitió ver claro, dentro de lo que cabía. Por lo visto, Scheidemann había presionado a Von Badén a primera hora de la mañana para que diera por abdicado al káiser, tanto si este quería como si no, y proclamara una regencia. El regente sería el propio Von Badén, y duraría lo que se tardaba en decidir si el nuevo káiser sería el Kronprinz Wilhelm o algún nieto del káiser, pues el Kronprinz no estaba muy bien visto en el Reichstag. En eso andaban, en decidir qué forma dar a la regencia, cosa muy urgente, pues era preciso responder que sí o que no a las condiciones de paz despeñadas por el mariscal Foch, cuando se presentó la otra cabeza socialista, el diputado Ebert. Su punto de vista era categórico: las masas que tomaban el país no aceptarían la preservación de la monarquía que preconizaba Von Badén. De seguir por ese camino, Ebert garantizaba un doble baño de sangre: uno, el organizado por las masas sublevadas; otro, el que ocasionarían los ejércitos aliados una vez penetraran en el Reich. Von Badén, que había sobrepasado el límite de sus resistencias — anímica, física e intelectual—, capituló. En un momento se pasteó una república democrática parlamentaria cuyo presidente —Reichspräsident— sería Ebert, siendo el puesto de canciller —Reichskanzler— para Scheidemann. Tras eso se acordó hacer público el nuevo régimen por vía expeditiva, pues los informadores del SPD y los de Von Badén señalaban que Karl Liebknecht, führer del Kommunistische Partei Deutschlands o KPD estaba listo para proclamar la Freie Sozialistische Republik —República Socialista Libre—, de modo que o se adelantaba el flamante gobierno Ebert-Scheidemann o por la noche correría la sangre. Así se organizó el melodramático anuncio de Scheidemann desde un balcón del Reichstag. Liebknecht, sorprendido, no desistió, pero ya era tarde para él. Cuando se asomó a su propio balcón, el del viejo Stadtschloss del que días antes se había fugado el káiser, el gobierno Ebert-Scheidemann ya se había hecho con el control de lo esencial: el Heer. Fue de una forma confusa, como todo lo que sucedía ese día, de modo que Scheer pedía a Hipper que no se tomase al pie de la letra que el Generalleutnant Wilhelm Groener, segundo jefe del Alto Estado Mayor, a las órdenes del Generalfeldmarschall Paul von Beneckendorff und Hindenburg, había llamado a Ebert para proponer un pacto de mutua supervivencia, según el cual el Heer, y por extensión la KM, permanecerían tan independientes como hasta ese momento, con el respaldo del gobierno Ebert-Scheidemann, para librarse de la peste de los comités de soldados y marineros; el ejército, a su vez, se convertiría en el principal respaldo del gobierno en la proclamación de la república, en librarse del káiser y de su maldita familia, y en

controlar, de la forma que fuese menester, a los comunistas, espartaquistas, bolcheviques y demás indeseables, comenzando por Liebknecht. Por lo que parecía, Ebert no puso empeño en que Groener definiera «controlar». Ya lo haría cuando tuvieran su primera reunión, la cual fijaron a las diez horas del día siguiente, domingo 10 de noviembre. Era el día en que debían tomar la gran decisión: aceptar las brutales condiciones de paz o seguir en guerra. Tras eso ya pensarían en Liebknecht. Por el momento, y alejado el espectro de una dictadura comunista como la que se disfrutaba en Rusia, todos podrían empezar a respirar algo más tranquilos.

Hipper no necesitó recordar a sus hombres que debían permanecer lo más cerca posible del puesto de mando. Los acontecimientos se sucedían a gran velocidad, y en cualquier momento podrían llegar novedades de importancia. Les decía eso porque, según Scheer, los negociadores de Von Badén, ahora de Ebert-Scheidemann —Matthias Erzberger, secretario de Estado representando al gobierno, el Graf Alfred von Oberndorff en nombre de la Secretaría de Asuntos Exteriores, el Generalmajor Detlev von Winterfeldt representando al Heer y el Karpitán-zur-See Ernst Vanselow por cuenta de la KM—, estaban a punto de alcanzar un acuerdo con los representantes de los aliados: mariscal Foch y general Weygand, por la parte francesa; por la británica, el primer lord del Almirantazgo Sir Rosslyn Wemyss y el contralmirante George Hope. El texto que lo reflejaría no estaba en poder de Scheer, pero en cuanto lo tuviera se lo haría llegar con un mensajero, en el primer tren que saliera de Berlín para Wilhelmshaven. Había, pues, un claro riesgo de que aquella noche se la pasaran en blanco, estudiando la parte del armisticio que afectase a la Hochseeflotte. Le avanzaba, por último y para que se fuera preparando, que serían muy duras; por ejemplo, y según murmuró Scheer, dentro de las prendas de paz exigidas figuraba la entrega de la Hochseeflotte.

## Lunes, 11 de noviembre de 1918

El texto del armisticio, al que tanto Hindenburg como Ebert habían dado su conformidad, llegó a las manos de Hipper a mediodía del domingo 10. Él, su Estado Mayor, sus vicealmirantes y contralmirantes, más los Astos de todos ellos, pasaron la tarde y parte de la noche concentrados en el análisis de sus treinta y cuatro cláusulas, con especial detenimiento en las catorce que afectaban a la que por inercia seguían llamando Kaiserliche Marine. Era no ya más duro de lo esperado, sino que caía en lo draconiano. Sin embargo, la advertencia de Ebert, reflejada en una nota manuscrita de Scheer, no dejaba lugar a dudas: no se les informaba para que realizaran sugerencias ni pidieran modificaciones, sino para que preparasen su cumplimiento. La reunión tenía por objeto no solo poner en negro sobre blanco esas medidas, sino quién las ejecutaría. De ahí las malas caras. No solo eran las de un grupo de cuarentones y cincuentones —salvo Wichelhausen— poco acostumbrados a días y días de tensión insufrible, y a noches y noches de apenas dormir en condiciones de manifiesta incomodidad, sino las de unos marinos que asistían, con sincera congoja, por no decir horror, a la muerte de la Kaiserliche Marine, o Reichsmarine, como según Scheer había que llamarla desde que se proclamó la Deutsche Republik.

Von Trotha llevaba la voz cantante de aquella segunda sesión, la de solo tomar decisiones por estar todo debatido:

—Sintetizando, la Deutsche Republik entregará en depósito a los aliados el conjunto de unidades que repetiré a continuación. La entrega, insisto, se hará en depósito; será el testimonio de la voluntad de paz en la negociación que se iniciará inmediatamente después de formalizado el armisticio, la cual culminará en un tratado de paz entre las potencias aliadas y la Deutsche Republik, a firmar treinta y seis días después de hoy. El tratado determinará el futuro de las unidades entregadas, las cuales, hasta ese momento, seguirán siendo alemanas y tripuladas por marinos alemanes. La forma en que se harán llegar adónde determinen los aliados será comunicada por *Sir* David Beatty, comandante de la Grand Fleet británica, al Admiral Von Hipper, por radiotelegrafía. ¿Está todo claro?

Gesto general de asentimiento.

—Bien. Las unidades reclamadas son las siguientes: *cuirassés d'escadre*, e

indico que aparece así en el original, *Markgraf, König, Kronprinz Wilhelm, Großer Kurfürst, Bayern, Kaiser, Kaiserin, Prinzregent Luitpold, König Albert y Friedrich der Große; croiseurs de bataille Von der Tann, Moltke, Seydlitz, Derfflinger, Hindenburg y Mackensen*; cruceros ligeros, ocho a determinar; *destroyers*, cincuenta de los más recientes, igualmente a determinar. No se habla del buque insignia *Badén*, pero se incluye al *Mackensen*, pese a que le falta un año para quedar terminado. No se dice nada de las tripulaciones, ni de los puertos de internamiento, ni de ningún extremo de los a tener en cuenta. Todo parece quedar a la determinación de Beatty. Temo que deberemos aplicarnos en preparar una lista exhaustiva de puntualizaciones y detalles. Convendrá que la delegación de la Hochseeflotte que trate con Beatty sea capaz de comunicarse con él y con su gente sin dejar espacio a interpretaciones ulteriores, pues sin la menor duda serían negativas para nosotros. Dicho de otro modo, quienes sean enviados a discutir con Beatty deberán hablar un inglés de nativo, y mejor si corresponde a su clase social; el meramente académico, el de la Marineakademie, no bastará. Un último punto: nuestros barcos están que da pena verlos. Hace semanas que no se los baldea, y no es eso lo peor. La pintura de sus cascos ha saltado en cantidad de puntos, tanto que casi todos lucen un aspecto vergonzoso. Los colores dominantes son el marrón de la herrumbre y el cobrizo del óxido. La impresión que van a causar en nuestros enemigos será lamentable, si bien eso no es de preocupar: es la que se formará el mundo entero a partir de las fotografías que publique la prensa. Una impresión que dará lugar a un estado de opinión unánime, caballeros: la de que Alemania es un país de guarros.

—¿Propone alguna medida para remediar eso?

—Desgraciadamente no. *Herr Admiral*. Soy consciente de las dificultades con que nos encontraremos para conseguir tripulaciones suficientes para llevar nuestros buques adonde se nos diga. Las posibilidades de convencerlas para que limpien, frieguen y repinten los barcos son nulas.

—Pues bueno. Que piensen lo que quieran. Lo que importa, espero estén de acuerdo, es determinar quién se reunirá con Beatty para negociar nuestra sodomización. ¿Algún voluntario?

Un pétreo silencio. Hipper, sin duda, lo esperaba.

—Bien. Procedamos con método. A la cabeza deberá formar un Vizeadmiral o un Konteradmiral. Uno que hable un buen inglés y, por descontado, que sea uno de nosotros. A ver, ¿quiénes de ustedes eligieron inglés en la Marineakademie?

Tras mirarse un momento los unos a los otros, solo Von Trotha, Meurer y Von Reuter levantaron una mano.

—Beatty es Viceadmiral, ¿no?

Mirada en derredor, porque nadie contestaba. Eso llevó a Wichelhausen, eterno Nachrichtenoffizier, a pronunciarse.

—Así es. Muy condecorado, pero a un Viceadmiral, o eso dice la prensa británica, la que nos llega desde Holanda.

—Pues debe ir alguien cuyo rango no sea superior. Habrá de ser uno de

ustedes. —Señalaba con el dedo a Von Reuter y a Meurer—. ¿Qué tal es su inglés, Ludwig?

—Desgraciadamente, no muy bueno. Al menos, no tanto como para discutir con Beatty la entrega de la Hochseeflotte.

—Ya. ¿Hugo? —Por Meurer.

—Si se me habla despacio, con buena pronunciación y sin *slang*, lo entiendo casi todo, pero ya me han explicado que los oficiales británicos no suelen hablar así.

—¿Quién de ustedes ha tenido alguna vez trato con oficiales superiores británicos?

A Wichelhausen le sorprendió ver que solo él levantaba el dedo.

—Denos algún detalle, Wichelhausen.

Un punto para Hipper, se decía el aludido. Cuando menos, recordaba su nombre.

—Mientras la MD vagabundeaba por el Mediterráneo tuvimos trato con los almirantes Milne y Troubridge, y con los oficiales de su Estado Mayor. A veces cenábamos en sus buques, y a veces en el *Goeben*. No se recataban en mostrar su origen social con un acento y unos modismos muy de Gosport. El Admiral Souchon, que habla un inglés muy bueno, tenía dificultades para seguirles cuando se ponían en modo exquisito.

—¿Usted domina el modo exquisito? ¿Por qué?

—Mi familia materna es de diplomáticos. Desde pequeño tuve profesores nativos. Luego, en algún verano antes de la Marineakademie, pasé semanas cazando zorros con familias amigas de la mía. Bueno, y durante la revista de la coronación, en Spithead, el Kapitán Mitschke, hoy Konteradmiral, me llevaba con él a todas partes, como intérprete.

Hipper, Von Trotha y Von Reuter, que no tenían idea de nada de todo eso, compusieron admirados gestos de reconocimiento.

—Muy bien, Meurer. Dado que su inglés no es malo del todo, y como además cuenta con el Asto adecuado, el puesto es suyo. Vaya pensando en el resto de su equipo. ¿Qué hora es?

—Diez y media. *Herr Admiral*.

—Bien. A las once de hoy, 11 de noviembre de 1918, entrará en vigor el armisticio. Me lo ha dicho, a primera hora, el Admiral Scheer. Él lo sabía por habérselo explicado poco antes nuestro representante ante los negociadores aliados, Kapitán-zur-See Ernst Vanselow, un oficial del Estado Mayor que jamás ha pisado un *linienschiff*, y disculpen ustedes mi amargura. Para nosotros será un día triste, aunque no así para el pueblo, y no digo nada del populacho. La guerra que hoy perdemos ha sido una descomunal desgracia. Para todo el mundo, pero a mí solo me importa el Reich. No sé cuántos millones de muertos nos habrá costado, ni sabría cuantificar el empobrecimiento que ya nos ha supuesto, por no hablar del que nos van a causar las colosales indemnizaciones y las tremendas reparaciones a que deberemos hacer frente, pero no debemos abandonarnos a

eso. Nuestro deber es hacer nuestro trabajo tan bien como sepamos, empezando por ejecutar las órdenes de nuestro gobierno. También, y me dolería tener razón en esto que voy a decir, poner a salvo lo que aún reste de la Reichsmarine cuando el armisticio se convierta en tratado de paz. No me refiero a los barcos, ni a las instalaciones. Los unos y las otras se desgastan con el tiempo y acaban por no valer nada. Lo que no se desgasta es el conocimiento, y tampoco la experiencia, y el uno y la otra nos harán mucha falta. Nuestro país sale de una guerra que no provocó sin haber sido vencida en el campo de batalla, y mucho menos en el mar. Los socialistas nos han apuñalado por la espalda, pero eso no es lo peor. Lo peor será el tratado de paz, salvo si nuestros negociadores lo suavizan, y no es probable que lo consigan. La consecuencia será que la guerra comenzará otra vez. Lo que ahora vamos a vivir es el descanso de un partido de fútbol. Lo que contará será el resultado final, y ese dependerá de cómo juguemos el segundo tiempo. Un segundo tiempo que hoy mismo debemos empezar a preparar. Adolf, creo que aún nos quedan algunas botellas de *crémant* alsaciano. —Von Trotha asintió—. ¿Podría mandar que nos suban tres o cuatro? Si hoy empezamos a preparar el segundo tiempo, y no digo revancha, pues eso lo piden los que han sido derrotados y a nosotros nos han vendido, pero no vencido, mejor que lo hagamos en gran estilo.

Se levantó, y con él sus hombres. Nadie dijo nada, porque no se habría oído nada. El sonoro redoblar de los taconazos, al mejor estilo prusiano, lo habría impedido.

## Jueves, 14 de noviembre de 1918

El crucero Hgero *Königsberg* navegaba en rumbo norte, hacia un punto situado cincuenta millas al este de la isla de May, la que marcaba la entrada del Firth of Forth. Daba dieciséis nudos, velocidad suficiente para ganar al mediodía del día 15 —hora británica— el punto de reunión convenido con la Royal Navy. La misión consistía en llevar a ese lugar, y desde ahí ya dirían los ingleses, al Konteradmiral Meurer, al Kapitánleutnant Wichelhausen y a tres oficiales de Von Trotha. El *Königsberg* navegaba no solo desarmado, sino con el control de tiro desmontado. A fin de hacer sitio a los pasajeros distinguidos, el director de artillería y su segundo se quedaron en Wilhelmshaven. El comandante cedió al Konteradmiral su no espaciosa cámara, y el primer oficial hizo lo propio con el Asto. Tras eso hicieron sitio a los otros tres oficiales, y después se mudaron a las cabinas de los oficiales de artillería. No reinaba la comodidad, pero solo serían dos noches a la ida y otras dos a la vuelta. Los afectados aceptaban que debían procurar a Meurer y a su gente las mayores comodidades a su alcance, para que se hallaran descansados cuando les llegara el momento de verse con los ingleses, los cuales, en eso no había duda, estarían en la mejor de las formas y con la moral por las nubes. De lo bien que Meurer hiciera su trabajo podría depender no ya el destino de la Reichsmarine, sino el de a saber cuántos oficiales, empezando por los del *Königsberg*, de modo que todo el mundo caminaba de puntillas.

Meurer y sus oficiales eran los pasajeros distinguidos. Los no distinguidos, con los que no se compartía nada, eran tres miembros del comité de obreros y marineros de Wilhelmshaven. El comandante los instaló en un sollado de proa, el más distante de donde dormía la dotación. En el *Königsberg*, como en casi todas las unidades menores, la revolución no triunfaba demasiado. A juicio de Wichelhausen, que comentaba el fenómeno con el comandante, la razón era la inevitable cercanía y saludable proximidad que reinaba entre la oficialidad y la marinería del *Königsberg*. Wichelhausen, que había mandado un torpedero, sostenía que no es posible ser estirado, ni despótico, si te cruzas de continuo con los que te podrían echar por la borda sin que nadie se diera cuenta, lo que de ningún modo podría ocurrir en un *linienschiff*. Así, a fuerza de igualitarismo inevitable, la marinería de las unidades menores estaba lejos de sentir por sus

oficiales el mismo grado de aversión que la muy recalcitrante de las mayores. Eso no quitaba para que una cierta simbología se abriera paso, como tachar de las gorras las letras SM, de forma que solo se leía *S Königsberg* —ya no había káiser; se le sabía divinamente hospedado en una lujosa mansión holandesa—, y que la bandera que gualdrapeaba en el tope de más a popa ya no era la Reichkriegsflagge, aunque tampoco la roja, ya que, cauteloso, el Kommandant había mandado izar una inmaculadamente blanca; la de parlamentar, o la de capitular.

## Viernes, 15 de noviembre de 1918

Meurer había ordenado identificarse como DRS —Deutsche Reichsmarine Schiff — *Königsberg*. Era lo que transmitían por semáforo, minutos antes de la una de la tarde, a una fuerza de cinco cruceros ligeros y diez destructores. Casi al momento respondió el crucero de más a proa, identificándose como HMS *Cardiff*.

—Dicen que van a enviar un trozo de inspección.

El *Cardiff*, tras separarse de los otros cruceros —«dos chimeneas, clase C», señalaba Wichelhausen; los más modernos de la Royal Navy— se acercó hasta detenerse a quinientos metros de distancia. Sus cinco piezas del 152 estaban alineadas a crujía, pero con los cubrebocas retirados. Meurer le suponía en zafarrancho de combate, como estaría él de jugar con las cartas del otro, pero sin mostrar hostilidad. El *Königsberg* ni estaba en zafarrancho de combate ni podría estarlo al hallarse sin municiones, sin artilleros y sin torpedistas. El trozo de inspección no era mínimo. Wichelhausen contaba docena y media de hombres. El oficial que primero abordó la plataforma del *Königsberg*, al pie de la escala, lucía los distintivos de teniente. Wichelhausen le supuso segundo comandante, ya que los tenientes, en la Royal Navy, no mandaban barcos. Por lo demás era un oficial británico similar a los no pocos que había conocido: alto, delgado y de aspecto cortés. La diferencia principal con todos los anteriores era que no parecía interesado en mostrarse agradable.

—Teniente Fotheringay-Phipps, Royal Navy.

—Kapitänleutnant Wichelhausen, Reichsmarine.

El oficial inglés se había quedado mirando al alemán.

—¿Nos hemos visto alguna vez, Kapitänleutnant?

—Creo que sí, teniente. Me parece que coincidimos en Spithead, 1911. Usted era guardamarina en el *Indefatigable*, ¿no?

El inglés asintió, sin que se le dulcificara el gesto.

—Fueron tiempos preferibles.

—Muy cierto. Celebro que cambiara usted de destino.

—Yo también. Lo malo fue que casi todos mis amigos siguieron en el *Indefatigable*. Bien, al asunto. ¿Sabe a qué venimos?

—A comprobar que vamos desarmados.

—Así es. ¿Cómo lo hacemos?

—Sugiero que me sigan, y que se pongan sus capotes. El *Königsberg* no está muy limpio, que digamos. Hemos disfrutado una revolución, ¿sabe? La primera ley del socialismo, por si no se lo han explicado, es dejar de limpiar —el teniente, a su pesar, sonrió—. Pues andando, *Mr. Fotheringay-Phipps*.

\* \* \*

Superada la inspección —el teniente Fotheringay-Phipps aceptó a regañadientes que las armas personales de los oficiales alemanes no constituían una grave amenaza para la Grand Fleet, aunque impuso que no salieran del *Königsberg*—, la formación británica. Sexto Escuadrón de Cruceros Ligeros, arrumbó al Firth of Forth en línea de fila, con el *Königsberg* tras el *Cardiff* y con los destructores formando pantallas de cinco unidades, a babor y a estribor. El sol se ponía en esos días y en esa latitud poco después de las tres de la tarde. Dado que no avanzaban muy deprisa —Wichelhausen había explicado a Fotheringay-Phipps que no podían dar más de dieciséis nudos, por falta de aceite lubricante —, dejaron atrás la isla de May a las dos y media, para desfilar al largo de una inmensa flota, reunida seguramente para terminar de hacer pedazos la moral de los enviados alemanes. Meurer contaba con ello, aunque no dejó de impresionarle la vista de docenas y docenas de *superdreadnoughts*, y de cientos de cruceros y destructores. El espectáculo era magnífico, no dudó en reconocerlo, aunque solo a su Asto, para después añadir que si el Operationsplan XIX se hubiera llevado adelante, las posibilidades de la Hochseeflotte habrían sido aún menores que las del Graf Spee frente a Sturdee.

El Firth of Forth tiene la forma de un gran embudo. Hacia su mitad, unas millas más allá de la ciudad de Edinburgh, se halla la base naval de Rosyth. Era mucho más que un Wilhelmshaven escocés, como sabían Meurer y Wichelhausen, pues además de las infraestructuras necesarias para mantener en estado de combate a la Grand Fleet poseía un par de astilleros, pero eso dejó de interesarles cuando el *Cardiff* les mandó detenerse. Aún estaban lejos de Rosyth, aunque cerca de un islote llamado Inchkeith donde de vez en cuando embarrancaban los acorazados ingleses, o eso se comentaba en otros tiempos, más alegres, entre la risueña oficialidad de la Hochseeflotte. Al otro lado del Inchkeith, como a una milla por babor, aparecía el buque insignia de Sir David Beatty, comandante supremo no solo de la Grand Fleet, sino de las fuerzas navales de potencias aliadas que se les habían agregado, como los cinco muy vistosos acorazados de la US Navy fondeados en su prolongación. Sir David, había explicado Fotheringay-Phipps, les enviaría una embarcación para transbordarlos a su Flagship, el mismo HMS *Queen Elizabeth* que tantas veces había medido Çahin Gozü desde su puesto de observación en la península de Kum Kalé.

—¿Le alcanzó alguna vez, Wichelhausen?

—Más de una, pero a seis mil metros era como tirarle bolas de nieve. Aun así, algún daño le hicimos. Cuando menos, el necesario para que se tirara quince días en Parlatorio Wharf.

—¿Qué carajo es un Parlatorio Wharf?

—El dique seco número 6 de La Valette. Allí pasaron unas cuantas semanas tanto el *Inflexible* como el *Queen Elizabeth*.

—¿Cómo lo supieron? ¿Les llegaban periódicos ingleses?

El Kommandant preguntaba sinceramente sorprendido.

—No, pero a las embajadas neutrales llegaban noticias, y de vez en cuando nos pasaban cotilleos. El de qué barcos entraban y salían de La Valette era de los que más nos interesaban.

—Parece que vienen a buscarnos.

Meurer tenía razón. Del costado del *Queen Elizabeth* aparejaba una motora de vapor, muy airosa y bastante grande.

—Avisé a los otros, Wichelhausen. Gracias, Kapitán.

El Kommandant se cuadró con solemnidad. No tenía la menor idea de cuál sería su futuro en la Reichsmarine, pero deseaba fervientemente que nunca le tocara pasar por algo tan desagradable como lo que Meurer tenía por delante.

\* \* \*

La ocasión se había diseñado con esmero. Un recibimiento a pie de plataforma, la guardia formada con bayonetas caladas, saludo estrictamente naval, un paseo por la cubierta de estribor hasta un portalón abierto algo más allá de la torre que los ingleses llamaban Y, y un penetrar en las entrañas de la bestia, pues el HMS *Queen Elizabeth*, con sus cerca de treinta mil toneladas de desplazamiento a plena carga, era una bestia del mar. El paseo lo dieron en doble línea de fila: del lado de la borda, Meurer seguido de Wichelhausen y este de los oficiales de Von Trotha. Del lado de las superestructuras, un capitán de navío emparejado con Meurer, un capitán de fragata al lado de Wichelhausen y tres tenientes junto a los hombres de Von Trotha. Ya oscurecía, pero aún se veía bien; no obstante, el sendero a seguir por la cubierta del *Queen Elizabeth* estaba específicamente iluminado, como si se tratara de impedir que, por despiste, algún oficial alemán se cayese al mar o entrara en el buque por donde no debía. Toda una ceremonia, se decía un Wichelhausen íntimamente divertido. La teatralidad de Sir David, de la que algún periódico británico había hecho viperinos comentarios, estaba fuera de duda.

Avanzaban por un corredor dos cubiertas bajo la principal, no muy ancho, como era natural en un buque de combate, aunque tan plagado como aquella de centinelas con bayonetas caladas. Beatty habría debido reflexionar sobre aquella exageración, rumiaba Wichelhausen al tiempo de fijar en su memoria tantos

detalles como podía captar. Así, unas cuantas docenas de metros hasta llegar a una puerta más ancha de las que habían visto hasta entonces. Sin que nadie llamase, las dos hojas se abrieron desde dentro; así se vieron, al fin, frente a lo que quizá pretendiera ser una especie de aparición sobrenatural: el vicealmirante *Sir David Beatty*, en pie, con su gorra elegantemente ladeada y luciendo innumerables condecoraciones, entre las que destacaban la de miembro de la Orden de Servicios Distinguidos —DSO—, la de caballero de la Orden de Bath —GCB— y la de caballero de la Real Orden de Victoria —GCVO—; una facha por demás impresionante donde solo desentonaba la reducida estatura de *Sir David*, que al implacable ojo de *Wichelhausen* no pasaba por mucho del metro sesenta; *Meurer*, que no era un gigante, le sacaría no menos de veinte centímetros; de ahí quizá viniese lo que había ya transmitido algunos síntomas, una característica personal de la que una vez le hablara *Queralt* y a la que solía prestar atención: los generales y almirantes muy bajitos tienden, todos ellos, a tener muy mala leche. Si apenas identificó esas tres condecoraciones, pues había muchas más, no solo fue por ser muy grandes y conocer su diseño —una de las servidumbres del perfecto *Nachrichtenoffizier*: saber qué diablos se cuelgan los visitantes en las pecheras—, sino porque *Beatty* abrió fuego casi al momento, tras un breve saludo naval en posición de firmes al que *Meurer* correspondió de igual modo:

—Vicealmirante *Beatty*, comandante en jefe de la *Grand Fleet*. ¿Quién es usted?

Tono frío, seco, bastante duro. Como era lógico, en perfecto inglés. Aunque no fueron muchas palabras, a *Wichelhausen* le pareció detectar el acento de la ultraselectísima *Burney's Naval Academy* de *Gosport*, la situada casi enfrente de *Portsmouth*. Una vez le advirtieron, mientras visitaba el *Indefatigable* con el *Kapitán Mitschke*, que raro era el *flag officer*<sup>[34]</sup> inglés que no había pasado por allí, fundamentalmente para poder hablar algún día, según supo años después a bordo del *Inflexible*, como lo hacían *Milne* y *Troubridge*. En cierto modo, la *Burney's* era una especie de *Eton College* para marinos.

—Contralmirante *Hugo Meurer*, *Reichsmarine*.

—Quiero ver sus credenciales.

*Wichelhausen* las tendió al que parecía ser *ADC* principal. Este las leyó sin decir nada. No necesitó intérprete porque había dos ejemplares: el original en alemán y la traducción que había preparado el propio *Wichelhausen*.

—¿Viene usted debidamente plenipotenciado?

—Estoy autorizado a discutir la aplicación de las cláusulas XXX a XXXIII, aunque no a firmar nada, sin autorización de mi gobierno, que sobrepase lo dispuesto en tales cláusulas.

Lo dijo en un inglés impecable, varias veces ensayado con su *Asto*. Los dos estaban convencidos de que *Beatty*, o quien fuese, haría esa pregunta.

—Muy bien. Comencemos.

*Beatty* señalaba una larga mesa situada tras él. En sus bandas formaban quince sillas, cinco de un lado y el resto del otro. Era evidente, se decía *Meurer*, que los

habían contado.

—Una cuestión previa. —Beatty elevó sus cejas—: En el *Königsberg* aguardan tres enviados de los llamados Worker's and Soldier's Councils<sup>[35]</sup>, designados por el Estado Libre de Oldenburg. Pretenden participar en la negociación.

La respuesta de Beatty, que fue instantánea, quizás implicaba que no se había llevado una sorpresa.

—No pienso recibir a representante alguno de un estado que no esté reconocido por el gobierno de Su Majestad.

Volvió a señalar la mesa, para tomar él mismo asiento sin esperar a que lo hiciera Meurer. Nada más hacerlo, uno de sus ADC dejó sobre la mesa, del lado alemán, un conjunto de documentos, en inglés. Wichelhausen los estudió en apenas un minuto, pues no eran extensos. Tenían el aspecto aparente de normas y procedimientos detallados para el internamiento de las setenta y cuatro unidades navales previstas en el armisticio, pero tras aquella rápida lectura le quedó claro que no era eso, sino una serie de órdenes tajantes y expeditivas. No pudo contener un suspiro de desaliento. Allí no habían venido a discutir nada. Solo a ser informados de las órdenes a cumplir. Si alguna confirmación necesitaban, bastaba con observar la expresión de Beatty: fría, severa y nada preocupada por las repercusiones humanas de sus órdenes, y menos aún por las dificultades logísticas que sus aún enemigos deberían vencer para cumplirlas. Él mandaba, y su palabra era ley. La siempre implacable de los vencedores; al menos, de los que no son muy listos.

—¿Lo ha entendido todo, Rolf? —Meurer, en un susurro.

—Me temo que nos hallamos ante la factura por el *Queen Mary* y el *Indefatigable*. A Beatty, me parece, aún le duelen.

—¿Ve algún resquicio?

—No todavía. Esto requiere un estudio muy meticuloso.

—Pida tiempo.

Wichelhausen se aclaró la voz, y después, en su estilo más cercano posible al de los en otro tiempo amistosos oficiales británicos —recordaba especialmente al amable subteniente Conyngham-Denison—, explicó que necesitaban tiempo para estudiar aquellos documentos con la debida profundidad.

—Tienen ustedes hasta las 9:30 horas de mañana, sábado 16. Lo que haya que tratar deberá quedar cerrado a lo largo del día. No habrá prórrogas. Ahora, regresen ustedes a su barco.

Señaló a Meurer la puerta, recién abierta y donde ya esperaba la escolta. Se avecinaba, pensaba el todavía muy entero Konteradmiral, una noche de muy poco dormir.

## Martes, 19 de noviembre de 1918

El almirante Hipper contemplaba desde su despacho cómo las últimas unidades de la Formación de Transferencia —el nombre. Transfer Formation, se lo dieron los ingleses—, las que aún permanecían en Wilhelmshaven —las ligeras y parte de las pesadas se concentraban en Schillig—, se abrían de los muelles, ganaban las esclusas y se adentraban en el Jadebusen, para después virar a babor e iniciar una travesía que tendría su fin a las 8:00 del jueves 21, en el mismo punto donde cuatro días antes el *Königsberg* se viera con el *Cardiff*. Le acompañaban varios altos oficiales; lucían expresiones de profunda tristeza, la misma que mostraba él. A su lado estaba el Konteradmiral Meurer, llegado del Firth of Forth la noche antes y con el que se reunió nada más desembarcar del *Königsberg*; al lado de Meurer estaba su Asto. Junto a ellos formaban Von Trotha, Kraft y algunos almirantes y vicealmirantes, como Bachmann, Souchon, Engel, Nordmann, Rogge, Mauve y Hopman; habían venido a pasar con Von Hipper el mal trago de saludar por última vez a una Hochseeflotte que habría merecido un destino mejor, y a la que, con virtual seguridad, jamás volverían a ver.

Hipper miró su reloj: las 13:30. Hora y media de retraso, pues según Reuter habrían debido aparejar a mediodía, pero no era una demora grave; ya se contaba con ella, y con alguna otra más. Los setenta y cuatro barcos, o los que aún restaran, pues alguno se había quedado atrás, lucían en sus topes la Reichskriegsflagge. Una victoria menor contra el despreciable Arbeiter und Soldatenrat del Freistaat Oldenburg<sup>[36]</sup>, se dijo con aún mayor amargura. Reuter había debido esgrimir, para conseguir que la bandera de la formación fuera esa y no la roja, que los ingleses solo aceptarían el pabellón alemán, y que, de ver algún otro, entenderían que se trataba de buques piratas y abrirían fuego. Gracias a esa mentirijilla la vergüenza y la humillación no serían tan absolutas como todos temían, por mucho que fuera una victoria pírrica.

Hipper habría preferido que quien mandara la Transfer Formation fuera Meurer. No tenía nada contra Reuter, ni desconfiaba de su capacidad para saber hacer frente a los mil y un problemas que le aguardaban en el Firth of Forth, unos con los ingleses y otros, peores, con los veintidós miembros del Arbeiter und Soldatenrat que se vio forzado a embarcar y cuya pretensión era gobernar la flota,

salvo en cuestiones de maniobra y navegación. Le sabía con tacto para tratar con aquellas bestias, pero también le sabía incapaz de comunicarse con Beatty o con quien designase Beatty, pues no sabría decir en inglés más allá de veinte palabras, las que sabía él. Se acompañaba de un Estado Mayor de plena confianza: su Asto de toda la vida, Fregattenkapitän Oldekop, un Korvettenkapitän Angermann que llevaba muchos años con él, un Kapitänleutnant Von Friedeburg que hablaba un buen inglés y que sería su intérprete, y dos Flaggleutnants, Wehrmann y Tapolski, también a sus órdenes desde hacía unos años. Von Friedeburg era la única novedad entre su gente; lo seleccionó Von Trotha, que tampoco le conocía, por figurar en su expediente que dominaba el inglés. Al menos, cuando se le informó de su nuevo cometido se limitó a cuadrarse y saludar, sin amagar un gesto de protesta, y eso que aquel destino era para protestar. Según la cláusula XXXIV del armisticio, todo el mundo estaría de vuelta dentro del infausto 1918, pero su instinto de marino le decía que las negociaciones serían difíciles. No las navales, porque no había nada que negociar, pero sí las políticas. Veía imposible que los negociadores alcanzaran en menos de tres meses un acuerdo de compensaciones económicas y cesiones territoriales. Sería un tiempo a disfrutar en lo peor del invierno escocés, de modo que hacía falta un acrisolado sentido del deber para no poner alguna pega. Reuter no la puso, ni su gente tampoco, así que no cabía quejarse de que una niebla horrorosa impidiese al *Königsberg* llegar hasta muy entrada la noche anterior. Para entonces no había tenido más remedio que adjudicar el muerto al buen Reuter, el cual hizo lo que haría después su gente: cuadrarse y saludar.

Si Friedeburg no daba la talla lo sustituiría Wichelhausen. Había tratado con él unas cuantas veces, aunque no le valoró hasta oír a Meurer. En ningún momento, dijo, se descompuso ni perdió los nervios ante los continuos desplantes y descarnados despotismos de Beatty y sus secuaces. Su conocimiento no ya del idioma, sino de los modismos de la oficialidad británica, le permitió salir de alguna situación imposible. Incluso en el momento peor, cuando Beatty se permitió susurrar un audible *fuckin metch* («puto desgraciado») señalándole a él, a Meurer, supo traducir el término a otro no tan ofensivo, para solo explicar el verdadero significado a la vista de Helgoland. Era una pena no poder contar con un oficial tan bien dotado para la diplomacia, pero no dudaría en cambiarlo por Friedeburg a poco que Reuter lo insinuase. Las asignaciones de oficiales a la flota internada no serían rotatorias, pero se contemplaba que, de surgir alguna fuerza mayor, como enfermedad o accidente, se podría reemplazar personal, caso a caso e individuo por individuo. Bien, pues si algo iba mal con Friedeburg ya tenía sustituto Ajeno a todo eso, Wichelhausen se bamboleaba con levedad —temía quedarse dormido—, varios pasos atrás de la jauría de almirantes, vicealmirantes y contralmirantes. Hacía un buen rato que no pensaba en las horas vividas en el *Queen Elizabeth*, frente a un Sir David Beatty nada deseoso de sepultar el hacha de guerra; la magnanimidad con el enemigo rendido sin haber sido derrotado no figuraba entre sus dones, lo había dejado claro. Su amenaza de hacerse con la isla

de Helgoland si la Transfer Formation no se presentaba en el punto de reunión a la hora despenada, que no convenida ni tampoco discutida, pese a la claridad con que le detalló la imposibilidad de alistar setenta y cuatro buques en un ambiente de absoluta indisciplina, y encima no bajo el control de un apenas existente gobierno alemán, sino del disparatado de un Freistaat Oldenburg presidido por un fogonero analfabeto, desbordaba no ya los límites de la cortesía entre caballeros, sino del simple sentido común. Solo transigió, a regañadientes, con la imposibilidad de retirar los cerrojos de las piezas pesadas en las pocas horas que les daba, pues eso haría necesario desmontar los caparachos, uno a uno. Aun así, se lo tuvo que confirmar uno de sus oficiales, que aún siendo igual de prepotente algo de ingeniería sí sabía. Gracias a eso se apuntó la única de sus victorias dialécticas, la de que Beatty se conformara con la retirada de los dispositivos eléctricos encargados de hacer fuego. Por lo demás, fue un continuo hablar a una pared. Beatty no se reunía con Meurer para debatir o negociar: lo hacía para dictar sus órdenes del más humillante modo posible. Parecía mentira que siendo el continuador de una larga tradición de almirantes victoriosos y caballerosos — hasta llegar a él, lo primero implicaba lo segundo—, encabezada por el gran Collingwood y el no peor Nelson, no supiera que cuando resucita un enemigo innecesariamente humillado, no lo hace animado por la sola obligación de cumplir con su deber, sino por la mucho peor de ajustar cuentas. Si algún día se diera el caso a él no le animarían sus rencores privados, porque no tenía, pero no dudaba que Meurer, y Hipper, y muchos otros, sí los tendrían en cuenta.

Su imaginación se concentraba en un proyecto sencillo: despedirse de Meurer a la que perdieran de vista el último *großlinienschiiff* —el *Friedrich der Große*, donde flameaba el pabellón de Von Reuter—, ganar el transbordador de Tossens, llegar a su casa y allí esperar a que su mujer volviera del colegio donde había vuelto a enseñar música e idiomas a unos niños tan poco apesadumbrados como sus madres, y tras eso dejar que la naturaleza hiciera su trabajo, comenzando en la bañera, por ser consciente de que su aroma personal quizá se asemejase al de un tigre de Bengala. Luego..., pues ya se vería.

## Martes, 24 de diciembre de 1918

Una de las pocas cosas buenas de la recién estrenada paz, comentaba con cinismo la deliciosa *mater familiae*, era el extraordinario florecimiento del bendito mercado negro. Gracias a eso aquella noche podían cenar decentemente, y con alegría muy sincera: la familia Wichelhausen era de las poquísimas en Alemania, quizás una de cada siete, que no tenía un muerto, un mutilado o un herido con secuelas. Estaban todos más delgados, eso sí, pero de ir las cosas como deberían, a poco que los *freikorps* (cuerpos voluntarios) liquidaran un número suficiente de socialistas malnacidos, volverían a estar en su peso, el de cuando el Reich era un imperio como Dios mandaba, y no el lupanar en que los unos y los otros, el káiser y Karl Marx a la cabeza, lo habían convertido.

No solo era la primera Nochebuena en paz desde hacía cuatro años. También era la primera en que todos los Wichelhausen se sentaban a la misma mesa: *Frau* Mina, Jürgen y Pauline, Albert y Gretchen, Ernst, Rolf y Queralt, Minnie y Richard, Lilo y Walter, Wally e Inga, más Ludwig —el hijo de Jürgen y Pauline— y Oskar —el de Albert y Gretchen—, jugando con sus tarugos en un corralito de madera, y la casi recién nacida Uschla —de Lilo y Walter—, dormitando en su cuna con beatífica placidez.

El problema del abastecimiento seguía sin resolverse, pero se apreciaban mejoras. Ya era posible comprar leche y huevos si se tenía con qué pagar, la oferta de verduras era mayor y hasta se veía fruta fresca. Si no se querían pagar precios exorbitantes era preciso ir a los mercadillos de Kreuzberg y Friedrichstädt, barrios de muy mal vivir, pero a las Wichelhausen eso no les arredraba. El U-Bahn, el S-Bahn y los tranvías funcionaban con normalidad, y a Inga y a Queralt, de audacia demostrada, no se les caían los anillos por llegarse a Friedrichstädt; allí era donde más frutas y verduras exóticas se podían encontrar si se sabían buscar, y más si se hacía en turco, lo que a Queralt le divertía. Para las tenderas cubiertas con el hiyab y envueltas en hopalandas de colores era de admirar que una prusiana de ojos color acero, aunque pelo negro como el carbón, se dirigiese a ellas en un Orta Türkçe un tanto istanbuK, pero como lo acompañaban una sonrisa y unos modales de lo más turcos, de parroquiana del

Misir Çarşisi, la tomaban por una turca con dinero y le mostraban las piezas que no tenían a la vista. Gracias a esas habilidades, aquella noche cenarían los Wichelhausen un espléndido menú en el que había piña de aperitivo, en el primer plato y en los postres. Piñas frescas, jugosas y gordísimas, recién llegadas de algún exótico lugar por el que Inga no quiso preguntar, y tomates, lechugas, calabacines, zanahorias, berenjenas y otros manjares de sabor olvidado, además de manzanas, naranjas, peras y limones, y todo ello a unos precios que ni de lejos eran los del mercado negro. Esos fueron los de la pularda, el pavo, el vino y el Taittinger; para comprar todo eso *frau* Mina tuvo que sacrificar una pulsera que sin ser de las mejores de su joyero no estaba mal del todo, pero era la primera Nochebuena con sus hijos y sus hijas, sus yernos y sus nueras —y sus nietos—, y no celebrarla como Dios recomendaba sería un mortal pecado de tacañería, una virtud por demás prusiana que, la verdad, ella no padecía en exceso.

A *Frau* Mina, en otro orden de ideas, le admiraba que cenaran en paz, a las siete de la tarde, cuando a mediodía les llegaban con aterradora claridad los cañonazos con que las tropas de un Major Kurt Schleicher trataban de sacar del Alte Schloss a la llamada Volksmarinedivisión<sup>[37]</sup>. A la intentona de los últimos, que tuvo sus prolegómenos en la Reichskanzlei, la prensa de la tarde la llamaba Weihnachtskämpfe (batalla de Navidad). La numerosa policía no supo hacerle frente, hasta el punto de que el ministro Ebert tuvo que recurrir al general Groener, el cual fue quien pidió al Major Schleicher que interviniese con las compañías a sus órdenes. No lo hicieron ellas solas, porque se les unió un ente paramilitar fuertemente armado y cuya notoriedad se incrementaba día por día, un llamado Garde Kavallerie Schützen Division a cuyo frente se hallaba nada menos que un Generalleutnant, Heinrich von Hoffmann. Este grupo era uno de los diversos cuerpos de voluntarios, inspirados en el de Ludwig von Lützow —el de la Befreiungs— kriege de 1813—, que florecían como setas en noviembre gracias a la desenfrenada desmovilización de los que volvían del frente sin que se les pagaran sus haberes, a la escasez generalizada de casi todo y a su muy patriótica irritación por cualquier cosa que sonase a revolución, a socialismo o a espartaquismo. Los soldados de Von Hoffmann, veteranos del frente, regresados sin haber sido derrotados y dueños de unas armas que nadie les pidió devolvieran, sumados a los del Major Schleicher, que si bien no eran tan expertos disponían de artillería montada, tras una dura lucha se las compusieron para que los marinos y los obreros de la Volksmarinedivision abandonaran el caserón de los Hohenzollern y se retirasen a Friedriechshain, para enterrar a sus muchos muertos. Aquel era el balance final a las tres de la tarde, lo supo el Kapitänleutnant Wichelhausen tras hablar por teléfono con el Vizeadmiral Meurer, el cual, si bien había ya tomado posesión de su cargo de gobernador de Kiel y de las Fuerzas Navales del Báltico, pasaba la Navidad en Berlín y estaba bien al tanto de lo que ocurría. Todo eso era lo que Rolf relataba en su estilo pausado, sin grandilocuencias, a su estupefacta familia, la cual, involuntariamente, dejaba

sus cubiertos en los platos.

—Tal y como lo cuentas, parece que, acabada la guerra con los aliados, empieza una civil. Vamos, como en Rusia.

—Esperemos que no, mamá. Los revolucionarios, por mucho ruido que hagan, son menos que los soldados, y estos, por desorientados y desconcertados que puedan estar, sufren la tendencia natural a obedecer a sus mandos. No vendría mal, desde luego, que alguien se cargase a los que más molestan, empezando por Liebknecht y una tal Rosa Luxemburg. Sería menos reprochable que los arrestaran, los juzgaran y los encarcelaran, pero estando las cosas como están, a cañonazos por las calles, si alguien acaba con los espartaquistas derramando poca sangre no seré yo el que proteste. Los he visto actuar en Wilhelmshaven y en el *Königsberg*, y me temo que razonar con serenidad no se les da muy bien. De a pocos no son peligrosos, pero tienen una gran capacidad de movilización. Mejor pararlos como sea que aceptar una guerra civil. No es que yo lo vea en esa forma... —Vistazo general a una familia horrorizada, sobre todo por su desapasionada forma de dictar sentencia—. Es que así lo ven bastantes altos mandos con buena información de lo que pasa en Rusia. Por horrible que pueda sonar, mejor unos pocos tiros en unas cuantas nuca bien seleccionadas, que una guerra civil con cientos de miles de muertos. Al menos, yo lo veo así.

—Yo también.

Ernst iba de uniforme, porque a los abogados no los habían desmovilizado; de ahí que aquella noche fueran él y Rolf los únicos así vestidos, aunque no de cualquier modo, sino con sus prendas de gala; no lo hacían por presunción ni por convicciones político-sociales, sino porque su madre adoraba verlos en esa facha, sobre todo a Rolf, con su Cruz de Hierro en la pechera y su Harp Madalyasi en el pescuezo. Los otros caballeros lucían impecables esmóquines aunque con brillos, por haber sido planchados por unas esposas no muy bien dotadas para eso. Ellas, por su parte, habían echado el resto, como si la ocasión fuera una recepción diplomática y no una cena familiar; ninguna dejaba de tener en cuenta que para la *mater familiae*, pese a su muy cercana personalidad, las formas estaban para ser respetadas, y la de una cena de Nochebuena en la casa de una Von Bülow contaría como una en la del káiser si aún hubiera káiser.

—Si acabando con esos dos Berlín vuelve a ser lo que no habría debido dejar de ser, por mí que los fusilen ya mismo.

A Lilo, reciente madre de familia y muy deseosa de volver a la vida para la que había sido educada, de feliz y ortodoxa esposa de un alto funcionario del Reich, le voz no le salía de la garganta. Le brotaba de las tripas.

—¿Se sabe algo nuevo de Willy?

Richard von Stochs, el marido de Lilo, se aclaró la garganta. Era director de protocolo en el Sekretariat für Auswärtige Angelegenheiten<sup>[38]</sup>. Por razón de su cargo solía estar al tanto de lo que ocurría entre las bambalinas del gobierno y, en otros tiempos, del Schloss Hohenzollern. A eso se debía que fuera el primer aportador de chismes, cotilleos y chascarrillos.

—Recordaréis que cuando las cosas empezaron a ponerse difíciles, a raíz de lo de Kiel, dejó Berlín como un ladrón en la noche y se parapetó en Spa —general gesto de asentimiento—. Bien, pues al saber no solo que la firma del armisticio era inminente, sino que Von Badén ya no era su canciller, que Scheidemann y Ebert proclamaban la república, y que además Ebert le daba por abdicado, no quiso arriesgarse a comprobar que se le acusaría de crímenes horribles. Era consciente de lo que clamaba Lloyd-George, *Hang the Kaiser!* Se subió a su fabuloso tren imperial, acompañado de sus muchos *aides-de-camp*, y no paró hasta un pueblo de los Países Bajos llamado Amerongen, a saludable distancia de la frontera con el Reich. Se hospeda en el palacio de un pa riente suyo, de los fieles hasta la muerte siempre que se venga con on suficiente, lo que por supuesto es el caso. Días después, y ya no sé quién tomó la decisión, se le hizo llegar un tren especial de cincuenta y me ve furgones, cargados a reventar con toda clase de muebles, ensere: obras de arte y objetos de todo tipo. Incluso un coche, y no uno cualquiera, y hasta una lancha magnífica. Redondeando el lote, una suma que, según creo, ronda los ochenta millones de marcos. Ya veis, es un káiser abdicado, sí, pero no un ex káiser pobre. Tan nada pobre que se ha comprado un *manor* en un pueblo llamado Doorn. Lo está reformando, para dejarlo a su carísimo gusto. A cambio de todo eso, y para dejar tranquilos a los juristas, el 28 de noviembre abdicó formalmente del trono imperial y del Reino de Prusia, y de paso liberó a los soldados de la promesa de fidelidad a su persona que hicieron al jurar bandera. Y eso es todo. Así han acabado los cuatrocientos años de disfrutar de los Hohenzollern. O de padecerlos. Dependerá de quien lo valore.

—¿Qué pasará si los aliados piden su extradición?

—Lo tenía más que hablado con la reina Wilhelmina. Tanto, que cuando comenzaron a llegar presiones de los aliados, la reina convocó a los embajadores y les leyó los derechos de asilo. El primero en decir amén, Jesús, fue el de los Estados Unidos. Tras él, todos los demás, porque si algo ha quedado claro tras el fin de la guerra es quién es el nuevo amo del mundo. Ya no es el rey George V. Ahora es Woodrow Wilson.

El tono era en parte amargo y en parte sarcástico. Ninguno de los dos era muy del gusto de *Frau* Mina. No era una monárquica fanática, ni podría decirse que Wilhelm II fue su káiser favorito, pero en su familia se había vivido bastante bien a la sombra del König von Preußen, primero, y del káiser después. No sería ella la que arrojara estiércol sobre su recuerdo.

—Para bien o para mal, ha sido nuestro káiser. No puedo pedir a Dios que le bendiga, pero no le deseo nada malo. Por él.

Elevaba su copa, muy seria. Nadie dudó en imitarla. Imponía mucho, *Frau* Mina. Sobre todo a la más reciente de sus nueras, la que ya tenía, gracias a ella, un modelo de gran dama en el que inspirarse. Uno a todas luces preferible a doña Mercè, por mucho que se obligase a quererla. Una de las primeras cosas buenas que trajo la paz fue la reanudación del servicio postal entre Alemania y las potencias neutrales. Así, las cartas a su casa ya solo tardaban dos semanas en

llegar a Barcelona. Las respuestas, otro tanto. Gracias a eso sabía que de salud todos estaban bien, que Meritxell esperaba su segundo cachorro y, lo mejor de todo, que a Montse le había salido pretendiente: un notario viudo y con cuatro hijos que meses antes planteó a don Joan la posibilidad de compartir recursos administrativos, tras instalar su notaría un portal más abajo de la Diagonal. El cariño a menudo nace del roce, y el funcionario cuarentón y abrumado con sus criaturas no encontraba desestimulante que la *senyoreta* que tan bien llevaba sus asuntos recordase un tanto a Rosa Luxemburg. Después de todo, Montse no era fea de cara, de tipo no estaba mal y cuando se callaba no se notaba demasiado la mala leche que tenía, de modo que los augures se hallaban a favor de que a la vuelta de no mucho sería la feliz segunda esposa de don Enric Catarineu i Puigmoltó; a ver si, con un poquito de suerte, la veían en Barcelona para la boda, de ser posible con Rolf y con lo que viniera. Don Joan y doña Mercè no lo explicaban en esos términos desenfadados, aunque así fue como ella lo relató a su marido, el cual se limitó a responder, en tono abatido, que nada le gustaría más que marchar a Barcelona y quedarse allí para siempre, pero seguía sin ser fácil. Por razones que no comprendía, Von Trotha le dio largas cuando fue a verle para preguntar sobre su pase a la reserva, la situación en que caían, en masa, casi todos sus amigos y conocidos. No le dijo la razón, pero el caso era que seguía contando con él. Otra inquietud más, se dijo ella con algún desánimo, aunque pronto se sobrepuso. Sus instintos de almogávar no le permitían rendirse.

—¿Se sabe algo de la negociación?

La pregunta de Albert le sobresaltó. Aparentando estar concentrada en pelear con el pavo —les había quedado un poquito duro—, se había sumido en sus pensamientos familiares, para ser sacada de ahí cuando Albert, sentado a su lado —al otro estaba Inga, que sabía sin saber respirar de no tenerla cerca—, dejó salir su voz para interpelar a ningún hermano en concreto.

—Mi antiguo jefe, el Vizeadmiral Meurer, dice que va para largo. De momento, los aliados han prorrogado la estancia de la Internment Formation, que así la llaman ellos, hasta no sé cuál día de finales de enero. Según me ha dicho el problema no es naval, porque lo de los barcos está muy claro: se quedarán con ellos, aunque no lo dirán hasta el final. El problema está donde todos temíamos; en las nuevas fronteras del Reich.

~¿Te ha dado algún detalle?

—Dice que no sabe nada, salvo que nos quieren dejar en dos tercios de la superficie que teníamos en 1914.

—¿Y no tendremos forma de decir que nones?

Preguntaba la matriarca, con alguna ingenuidad.

—Sí, claro, pero entonces volverán a encender los motores de los tanques y los tendremos pasando bajo la Brandenburg Tor en menos de quince días. Más o menos, lo que hizo Bonaparte después de Jena. Lo que vivimos es una segunda Jena, y más valdrá que salvemos por las buenas todo lo que podamos, porque a las malas no habrá nada que hacer.

De nuevo cayó sobre la mesa un silencio de melancolía. No era para menos. De haber sido los reyes del mundo a ser unos parias de tercera en menos de cinco años, y solo porque un káiser megalómano y un puñado de generales optimistas se creyeron más fuertes que los más fuertes. Ninguno de los sentados a esa mesa era tonto, de modo que, cada uno con sus propias palabras, se preguntaba cómo habría sido posible dejarles lanzarse, si no empujarles, a esa locura.

—Están desmovilizando a todo el mundo. ¿A ti no?

La que preguntaba era Wally, de siempre la más incisiva, por no decir impertinente. Poseía un supremo don, el de hacer las preguntas que nadie quería escuchar, ni contestar.

—Por ahora, no. Al poco de volver a Wilhelmshaven, en el *Königsberg*, me llamó Hipper. Quería despedirse, lo que agradecí de corazón, porque nunca fui de los suyos. Además de decirme adiós me comunicó mi traslado al Bendlerblock, en situación de disponible a las órdenes de Von Trotha. Este me dijo, cuando le vi días después, que su misión era reorganizar los recursos, para en su momento adaptarlos a las naves con que la Reichmarine fuese a contar cuando se firmara el tratado. No era optimista, pero no tenía motivos formales para no serlo. No se sabe qué pasará con nuestros barcos, aunque sospechemos que jamás volverán al Jadebusen. A eso se debía que solo licenciase a la marinería y a la suboficialidad que volvía de Scapa Flow, donde los ingleses han internado nuestros barcos. Las órdenes de Beatty son reducir los tripulantes al número imprescindible para que los barcos no se hundan; los demás irán volviendo, poco a poco aunque cuanto antes. Según bajan del carguero que los haya ido a buscar, Trotha los licencia, salvo a los oficiales, que pasan a la situación de reserva con una paga mínima, o de disponibles a media paga. Mi caso es distinto, porque soy un disponible a paga entera. Trotha no me dijo por qué, aunque sí que pronto tendré trabajo. Y eso es todo. No me dejan causar baja, pero tampoco me dicen qué diablos quieren.

—Viene a ser como si estuvieras de vacaciones, ¿no?

—Algo así, aunque con la incertidumbre de que igual suena el teléfono para que me presente al día siguiente. No es una situación agradable, Wally. De ningún modo lo es.

El servicio en casa Wichelhausen también se había reducido a mínimos, tanto que las hembras más jóvenes, Queralt e Inga, echaban una mano a la casi anciana doncella para retirar platos y cubiertos, y disponer los correspondientes al exquisito postre que se avecinaba. Esa era la razón de que Queralt circulara cerca de su marido cuando este ya estaba por callarse. Así, atacándole por la espalda y sin avisar, le abrazó con una gran sonrisa, para besarle con cariño y al poco exclamar:

—Pues para mí sí que lo es. Después de tantas semanas sin apenas vernos, casi se me había olvidado cómo eres.

Le volvió a besar, indiferente a que las rígidas y muy contenidas costumbres de la familias prusianas de toda la vida considerasen vulgares determinadas expresiones de afecto conyugal. Le bastó para quedarse tranquila ver, con el

rabillo del ojo, que *Frau* Mina le sonreía con amplitud al tiempo de levantar su copa. Lo hacía, era evidente, por ella.

## Sábado, 25 de enero de 1919

La Kaiserliche Marine, y después la Reichsmarine, no distinguía de un modo claro un torpedero (*torpedoboot*) de un destructor (*zerstörer*). Se sobreentendía que si un pequeño buque de combate desplazaba menos de mil toneladas era de los primeros, y si las superaba se clasificaba entre los segundos. Los ocho *zerstörer* del tipo *B-97*, construidos en 1915, pese a ser muy modernos eran los más antiguos. Su presencia en la KM fue una carambola, ya que respondían a un proyecto de la Marina rusa para construir veintidós destructores de un tipo que llamaban *Orfey*. A fin de ahorrar tiempo, sus autoridades recurrieron a diversos astilleros de terceros países para que construyeran las plantas motrices; a eso se debió que la AG Vulkan tuviera listas ocho de ellas cuando estalló la guerra. Vulkan propuso a la KM aprovecharlas para equipar ocho destructores diseñados *ad hoc*. Así se construyeron en muy pocos meses los *B-97*, *B-98*, *V-99*, *V-100* y *B-109* a *B-112*. Eran naves veloces y bien armadas, aunque no muy marineras. El 25 de enero de 1919 sobrevivían siete. Cinco eran parte de la Internment Formation, el *B-97* permanecía en Wilhelmshaven y el desarmado *B-98*, reparado tras chocar con una mina un año antes, iba y venía entre Wilhelmshaven y Scapa Flow, donde se había internado a la Transfer Formation. No llevaba suministros; eso lo hacían cargueros convencionales. El *B-98* transportaba correo, a secas. Lo depositaba en el *Friedrich der Große*, allí se repartía en setenta y cuatro contenedores —uno por barco internado—, y después una gabarra británica lo entregaba en el buque insignia de la fuerza de vigilancia, donde las cartas se censuraban con lupa. Tras eso se distribuían. El *B-98* recogía en el *Friedrich der Große* la correspondencia también censurada que los tripulantes de la Internment Formation enviaban a su país. Después desandaba el camino hasta Wilhelmshaven. A veces hacía también de transporte para oficiales que, por lo que fuera, tenían permiso británico para ir o venir desde Alemania. Ese 25 de enero eran dos los que iban a Scapa Flow: el Konteradmiral von Reuter, que regresaba tras haber pasado algo más de un mes en el que aún era el Reich pese a ser una república, y el Kapitänleutnant Wichelhausen, nuevo intérprete del Konteradmiral en sustitución de Von Friedeburg.

Había pasado una semana desde que Wichelhausen fuese convocado al

Bendlerblock. Allí supo de Von Trotha que sería el nuevo intérprete de Von Reuter, en Scapa Flow. No podía decirle que sería un destino breve, pues los aliados anunciaban que las negociaciones por el tratado de paz serían más largas de lo previsto, de modo que igual permanecía en el *Friedrich der Große* unos cuantos meses. La razón de sustituir a Von Friedeburg era que criaba un pájaro<sup>[39]</sup>. No hacía bien su trabajo y creaba conflictos no solo con los ingleses, sino con el Estado Mayor del Kapitán-zur-See Dominik, comandante accidental de la flota internada. Lo peor, aun así, era su continua confrontación con los indeseables del Arbeiter und Soldatenrat. Los ingleses, vista la situación, aceptaron que lo reemplazara un oficial del mismo rango. Von Trotha era consciente, porque se lo dijo Meurer tras afirmar que sería el oficial ideal para ese cometido, de que su esposa esperaba su primer hijo a finales de junio, por lo cual le garantizaba que, de no haberse resuelto para entonces la situación de la flota internada, se le buscaría sustituto. Se lo espetó de un tirón y sin dejarle decir nada, si bien que sentados del mismo lado de la mesa y compartiendo un café que había vuelto a ser el exquisito de la KM. No le dio la menor opción de negarse, lo cual le dejó muy mal cuerpo. Queralt, cuyo sexto sentido le había hecho temer algo por el estilo, se lo notó nada más verle —seguían viviendo con *Frau* Mina e Inga, porque dada la incertidumbre con el siguiente destino de Rolf, y dado el horror en que los espartaquistas por un lado y los voluntarios (*freikorps*) por el otro habían convertido Berlín, las tres acordaron que no les convenía buscar casa propia—, para ser la primera en recetarle calma. Ella estaba bien, sin mareos ni náuseas, su figura de tres meses y medio solo había engrosado en el plano superior —eso, a él, no le disgustaba mucho—, y un embarazo en familia, con su suegra y sus cuñadas, no sería lo peor que podría vivir, de modo que Rolf podía marchar con la tranquilidad de que la retaguardia quedaba bien cubierta. La procesión iría por dentro, que así lo sospechaba él, pero lo cierto era que, sin jamás haberlo hablado, Queralt se comportaba como una legítima, muy abnegada esposa de oficial de la Kaiserliche Marine. O de la Reichsmarine.

A todo eso se debía que Von Reuter, Wichelhausen y el Kapitänleutnant Theodor Hengstenberg, comandante del *B-98*, desayunaran juntos en la pequeña cámara del Kommandant, desde hacía dos noches del Konteradmiral. No estaban estrechos, porque dos tercios de los tripulantes, los que se ocupaban del armamento, habían sido desmovilizados. Nada más dejar Wilhelmshaven, al atardecer del jueves 23, a Wichelhausen se le hizo claro que Reuter era un jefe tan amigable como el Souchon de sus mejores días, y no peor que Meurer. Se diferenciaba de los dos en ser menos reservado. Hablar le gustaba —escuchar, no tanto—, y dado que a él no se le daba mal oír, ni a Hengstenberg tampoco, las horas que llevaban juntos, compartiendo la cámara, no ya se le pasaron deprisa, sino que fueron agradables. Así supieron, Hengstenberg y él, que la travesía de la Formación de Transferencia, de Schillig al Firth of Forth, fue más compleja de lo que se había dicho. Perdieron el torpedero *V-30* porque chocó con una mina, el crucero *Dresden* y el acorazado *König* no llegaron a zarpar por averías en las

máquinas, y el *Mackensen* no estaba en condiciones de navegar, aunque los ingleses no se lo creyeran. Por si eso fuera poco, algunos buques no podían pasar de catorce nudos, y al no disponer de radios salvo en el *Friedrich der Große* —en todos los demás se habían desmontado, por orden de los ingleses—, no solo era una flota desarmada; también era sorda y muda. Eso hacía complicado transmitir órdenes a unos barcos donde reinaba la indisciplina. Pese a todas las desdichas llegaron sin retraso al punto convenido, el mismo señalado en su día para el *Königsberg*, donde bajo un cielo plomizo aguardaba el mismo Sexto Escuadrón de Cruceros Ligeros. El *Cardiff* les indicó que le siguieran, escoltados por los otros cruceros y por treinta destructores con sus tubos lanzatorpedos orientados a los costados de los buques alemanes. Así llegaron, a unos renqueantes once nudos, al meridiano de la isla de May. Allí ya se veía la inmensa flota que Sir David había reunido para terminar de apabullarles. Reuter la estimaba en al menos 250 buques, de los que cincuenta serían acorazados o cruceros de batalla, británicos o norteamericanos, y hasta parecía verse algún francés. También había dos novísimos portaviones y alrededor de cincuenta cruceros. En cabeza de la formación alemana marchaba el *Seydlitz*, el que dos años antes hiciera volar al *Queen Mary*, cabeceando entre borreguillos. Se le veía muy sucio, con la pintura descascarillada y con grandes manchones de óxido bordeando la línea de flotación. Aun así, no era el que presentaba un aspecto más cochambroso, se decía Reuter con alguna vergüenza, pero, eso sí, en su tope de más a popa gualdrapeaba desafiante la Reichskriegsflagge, mostrando la orgullosa dignidad del guerrero al que se le ordena capitular sin haber sido vencido.

La fuerza de Beatty se dividía en dos columnas, la azul y la roja, separadas unas seis millas. La de Reuter avanzaba por la teórica mediana. Los señaleros del *Seydlitz* no perdían de vista lo que hacía el *Cardiff*. Serían las diez y media, hora británica y de la Formación de Transferencia —Reuter había mandado que a las seis se atrasaran los relojes una hora, para tener la misma que sus carceleros—, cuando el *Cardiff* ordenó se detuvieran, cosa que se retransmitió del *Seydlitz* a su matalote de popa —el *Von der Tann*, el que liquidó al *Indefatigable*—, y este al *Derfflinger* —el que partió en dos al *Invincible*—, de modo que al cabo de media hora la flota de Reuter estaba detenida, con las unidades centrales próximas a Inchkeith. Reuter veía que las torres de los acorazados enemigos estaban centradas a crujía, pero con las piezas sin trincar. Era evidente que a la menor señal de peligro las apuntarían adónde señalaran sus directores de tiro, y en menos de un minuto estarían en condiciones de abrir fuego con las alzas a cero, como atestiguaban los telémetros de sus cofas, orientados sin disimulo hacia las naves alemanas.

En ese momento, señalado por docenas de sirenas, el *Queen Elizabeth*, buque insignia de Sir David, abandonó su línea y arrumbó al *Seydlitz*, para rodearlo tras un amplio resguardo. Una vez al otro lado avanzó con lentitud en dirección a la cola de la formación alemana, para repetir la maniobra dejando a babor al buque de más a popa —el *Kaiserin*— y tras eso emprender el regreso a su posición.

Beatty, que debía de disfrutar el instante con una intensidad inimaginable, había mandado enjarcar todas sus banderas de combate, y la del tope, la más grande, pensaba Reuter que algo especial debía de significar. Durante todo el recorrido, que a los pocos nudos que daba el *Queen Elizabeth* se llevó una hora, los rugidos de las sirenas fueron constantes, así cómo los vítores de las tripulaciones alineadas en las bordas de sus naves. Era el gran momento de la vida de Sir David, y a Reuter le pareció natural que no pudiera sujetar un incontenible deseo animal de desplegar sus alas y cacarear.

Una vez el *Queen Elizabeth* en su lugar, comenzó un proceso de verificación por demás intimidante, ya que a cada unidad alemana se le acercaba una británica por babor y otra por estribor. Era claro que la totalidad de los buques británicos —los desdeñosos americanos no participaban en ese ceremonial— estaban en zafarrancho de combate, desconfiando de una posible última trampa de los hunos, el nada cariñoso apodo que les daban; puestos a elegir, los alemanes lo preferían al boches de los franceses. Los trozos de inspección que bajaban de sus acorazados, cruceros y destructores mostraban una uniforme cara de no fiarse un pelo, lo que complementaban con escoltas armados hasta los dientes. Solo al cabo de un buen rato, cuando los primeros trozos hicieron saber que a bordo de los buques alemanes no había nada más peligroso que una prodigiosa, inverosímil cantidad de mierda, las expresiones comenzaron a relajarse.

Al término de todo eso, con los ingleses ya más tranquilos, Beatty emitió la última de sus órdenes del día, ya que a continuación cedió el mando a su segundo. La orden, transmitida por radio al *Friedrich der Große* y desde ahí reenviada por semáforo y banderas a los demás buques cautivos, establecía que la Reichskriegsflagge debería ser arriada en todos los barcos a las 15:57, la hora en que se ponía el sol en el Firth of Forth, y que no podría volver a ser izada sin autorización. Una última humillación que a Reuter apenas le afectó, por las muchas que llevaba ingeridas, pero a sus oficiales más jóvenes sí les hizo efecto, empezando por un Von Friedeburg que se mostraba demasiado emocional para ser un prusiano legítimo. No obstante, aún faltaba lo peor. Llegaría poco después de arriadas las banderas, cuando una elegante motora trajo al *Friedrich der Große* al Commodore Hodges, jefe del Estado Mayor del contralmirante Madden, segundo jefe de la Grand Fleet. Le acompañaban dos oficiales y un intérprete más preparado para su trabajo que Von Friedeburg para el suyo. Sentados a la larga mesa de reuniones de Reuter, los visitantes entregaron un gran lote de documentos. Contenían las exhaustivas normas de comportamiento a seguir por la flota internada. Se fijaban detalles que rondaban lo ridículo, como lo que debían medir las cadenas de las anclas, aunque Reuter prefirió concentrar su atención en lo más importante: quedaba prohibida la circulación entre los buques alemanes, hasta el punto de que las fuerzas de vigilancia no vacilarían en abrir fuego contra cualquier bote que fuese arriado desde su barco. Se regulaba la presión que deberían alcanzar las calderas —su funcionamiento solo se autorizaba para suministrar calefacción y electricidad—, las luces que dieran al

exterior deberían apagarse a la puesta del sol y, en general, cualquier acción que requiriese movimiento de personal entre los buques, como visitas médicas o servicios religiosos, habría de ser autorizada por el buque insignia de la fuerza de control, al cual se radiaría la correspondiente petición desde los equipos del *Friedrich der Große*. Cualquier comunicación que se debiera realizar entre las naves internadas se haría, reiteraba Hodges, por banderas o por semáforo. Este y sus oficiales ya se iban cuando un penoso incidente acrecentó aún más lo trágico del día: en cubierta se arracimaban docenas de fogoneros y carboneros, sucios hasta la exageración, pastoreados por los miembros del Arbeiter und Soldatenrat. Al ver a los oficiales ingleses prorrumpieron en un griterío solo comprensible para los que hablaran el alemán más vulgar —el intérprete lo dominaba, y traducía lo que oía con elogiada precisión, provocando en sus superiores muecas de asqueado desprecio—, lo que complementaban con gestos de suprema obscenidad y, lo peor de todo, con una infamante petición de cigarrillos, como si en vez de marinos alemanes fueran mendigos de burdel. Los oficiales del *Friedrich der Große* les ordenaban callar, sin éxito. Los desdeñosos visitantes, que tenían alguna idea de lo que sucedía entre las tripulaciones alemanas, se marcharon sin gestos de simpatía para sus avergonzados colegas, dando a entender que gracias al gato de siete colas esa clase de comportamiento jamás podría tener lugar en una nave británica.

Reuter pensaba que ninguna otra cosa que pudiera suceder le avergonzaría más, pero al poco vio que se confundía: un bonito yate, con varias señoras en cubierta, pasaba cerca del *Friedrich der Große*. Las pasajeras exhibían el talante de una gran dama que visita el zoo y se acerca más de lo recomendable a la jaula de los monos. Para su indisimulado espanto, y el de Reuter, las docenas de fogoneros y carboneros, que se daban cuenta de ser vistos como si fueran orangutanes enjaulados, decidieron comportarse como tales a instancias del Arbeiter und Soldatenrat, de modo que ganaron la borda, dieron media vuelta, se bajaron pantalones y calzoncillos, y mostraron sus peludas posaderas a las horrorizadas damas, al tiempo de prorrumpir en alaridos, algunos en inglés, de vituperable grosería. Bastó con eso para que Reuter y sus oficiales vieran huir al yate a todo andar, y aunque su horror era sincero a más de uno le costó disimular una sonrisa por la pequeña venganza de unos indeseables que, después de todo, eran tan alemanes como ellos.

Solo varios días después se supo en el *Friedrich der Große* que la capitana del yate, o la que comandaba el grupo de muy elegantes damas, era la mismísima esposa de Sir David Beatty.

—No me diga que usted no se rio también. *Herr Admiral*.

La sonrisa de Hengstenberg era de simpática pillería.

—Me da una profunda vergüenza confesarlo, pero sí. Un poquito. Espero que jamás traicionen ustedes esta confidencia.

Les guiñó un ojo, a los dos, recibiendo a cambio dos amplias sonrisas. Tras eso prosiguió con su relato.

Al día siguiente comenzó la transferencia de buques, en pequeños grupos, al que sería su emplazamiento definitivo: la base de la Grand Fleet de las islas Orkney, Scapa Flow. A Reuter se le dijo, antes de zarpar de Wilhelmshaven, que los términos del armisticio especificaban que las unidades alemanas, una vez verificado su desarme, serían internadas en España o en Noruega, pero algo habría salido mal, porque al final terminaban donde temía él que lo hicieran: en Scapa Flow. Un lugar desolado, por demás hostil, que ni era una bahía ni una rada. Un simple cuadrilátero de mar cercado por cuatro islas no muy grandes y unos cuantos islotes. Estaba poco menos que deshabitado, carente de vegetación y azotado por un clima imposible. Los marineros ingleses lo detestaban, pero sus almirantes lo tenían en gran estima, pues desde allí podían lanzarse a cualquier hora del día sobre cualquier amenaza que viniera del mar. Además, el Almirantazgo no tenía que preocuparse de los posibles desmanes que las tripulaciones pudieran perpetrar durante sus bajadas a tierra, pues no se sabía de ningún *pub* donde tomar una cerveza en muchas millas a la redonda. Tampoco se sabía de mercenarias del amor que pudieran pegar porquerías a los jóvenes marinos, los cuales, llevados de la calentura, con frecuencia prescindían de las precauciones más elementales. En Scapa Flow no costaba trabajo ser el más virtuoso de los guerreros; simplemente, no había posibilidad alguna de no serlo.

Los alemanes aún tenían menos. Si quebrantaban la prohibición y se les pillaba en tierra, perderían su condición de internados para volverse prisioneros de guerra, y eso si no les disparaban. A todo eso se debía que su moral no fuese alta, ni siquiera entre los fanáticos del Arbeiter und Soldatenrat. Haber hecho la revolución para verse así no les complacía. Su pésimo humor venía de ahí, y a nadie le asombraba que lo pagaran con sus oficiales. No solo les negaban el respeto más elemental, sino que los puteaban tanto como podían. Los del *Friedrich der Große*, por ejemplo, cuando no llovía formaban en la cubierta superior, sobre la cámara del almirante, y se dedicaban a marcar el paso, empeñados en no dejar dormir a un detestado superior que jamás les había hecho nada y que tenía una bien ganada fama de tipo justo, preocupado por el bienestar de sus hombres. Influía también que los comandantes de los buques mayores habían sido relevados por otros más jóvenes y desconocidos de las tripulaciones, de modo que los vínculos afectivos —siempre los hay entre los que se han jugado la vida juntos— se habían cercenado. El Kommandant del *Friedrich der Große*, por ejemplo, era un Kapitänleutnant que había hecho la guerra sentado en una silla. Ni tenía experiencia en mandar barcos ni en gestionar tripulaciones, lo que determinaba su nula capacidad de imponerse a unos indeseables que le devoraban la moral. Ahí Reuter recitó los nombres de unos cuantos de aquellos comandantes, por si a sus interlocutores les sonaban. Wichelhausen se acordaba de dos, el del *Kaiser*, Kapitänleutnant Curd Wipperfurth, y el del *Markgraf*, Korvettenkapitän Walter Schumann. Al primero lo recordaba de la Marineakademie. Al otro lo había conocido en Sonderburg, donde daba matemáticas y trigonometría. Los dos eran buenos tipos, lo que también pensaba

Reuter; se había esforzado en conocer a los comandantes a sus órdenes para verificar no solo si serían capaces de sujetar a sus tripulaciones, sino si se podría contar con ellos cuando llegara el momento,.

—¿El momento de qué. *Herr Admiral*?

—De hundir los barcos. No ponga cara de susto, Hengstenberg. Si algo está claro es que los aliados jamás los devolverán. En el tratado de paz se fijará el reparto entre los vencedores, de modo que de aquí a un año el *Friedrich der Große* se llamará cualquier cosa en francés, o en italiano, si no en japonés, y nos moriremos de vergüenza si algún día tenemos la desdicha de verlo bajo una bandera francesa, italiana o japonesa. Norteamericana no creo, pues desprecian los calibres inferiores a 356 milímetros, e inglesa tampoco, porque van sobrados de acorazados, pero a los otros les vendrán muy bien. Todo dependerá de cómo marchen las negociaciones, pero si se cumplen los pronósticos nos quedaremos sin ellos. De lo que se tratará, ese día, será de que no nos quedemos también sin honor.

Von Reuter se quedó en silencio. Los oficiales, también. Ninguno habría querido pasar por lo que había pasado el pobre hombre, ni por lo que seguramente le quedaba por pasar.

\* \* \*

—¿Cómo funciona el abastecimiento? ¿Mamamos de los ingleses?

Lo preguntaba Wichelhausen. Se habían sentado a cenar. Reuter, Hengstenberg y él. La comida era sencilla, pero mejor que la padecida en los últimos meses de la guerra: lombarda, patatas y *bratwürst*, bien regadas de una cerveza que aún no era la de los buenos tiempos, aunque no le faltaba mucho.

—Salvo que las cosas hayan cambiado en estos días, no nos dan ni agua. Casi todo viene de Wühehnshaven. Cada dos semanas llega un carguero con vituallas, y así vamos tirando. El primer envío fue un desastre, pero de todo se aprende. Hoy ya no hay quejas. El servicio lo hacen cargueros más adecuados que los primeros y que no regresan de vacío. Los acuerdos de Meurer establecían unas cifras de hombres por barco: 200 en los cruceros de batalla, 175 en los acorazados, 80 en los cruceros y 20 en los torpederos, pero aún no se ha llegado a eso. Los ingleses lo entienden, aunque siguen apretando. En cualquier caso, los primeros días en Scapa Flow fueron caóticos. Los ingleses concentraron nuestros barcos en una de las esquinas, entre las islas Cava y Hoy, en una forma tal que no era posible comunicar por semáforo con el buque insignia inglés desde el *Friedrich der Große*; les aclaro que nada más llegar nos retiraron la radio. Teníamos que hacerlo a través del *Seydlitz*, el anclado más próximo a la fuerza de vigilancia. El total de hombres a bordo pasaba de 20000, cuando se suponía que no deberíamos ser más de 4800. Los víveres escaseaban, el carbón y el fuel se acababan, y los

hombres empezaban a tener frío, además de que cundía el desánimo y se acrecentaba la indisciplina. La situación se volvía incómoda, y es que nuestros barcos, ustedes lo saben, no están acondicionados para muchos días en el mar. Estar en Scapa Flow es como estar en medio del Atlántico, al menos a efectos de asearse, comer, dormir y tener un mínimo acomodo cuando no se puede salir al exterior por la lluvia o el frío. Gracias a Dios, el 3 de diciembre llegaron los dos primeros avitualladores, el *Graf Waldersee* y el *Sierra Ventana*. Traían toda clase de suministros, pero no estaban pensados para traspasarlos a un buque no abarloado, pese a que su misión fuera esa. Por si fuera poco, las mercancías debían ser descargadas en el *Friedrich der Große*, y allí ser asignadas a cada unidad en concreto. Después se traspasaban a las gabarras inglesas, y ellas las distribuían entre los barcos. Así pasó, que la descarga no acabó hasta muchas horas después. Tras eso, los primeros tripulantes sobrantes se repartieron entre los cargueros. En total, 175 oficiales y 3825 marineros. Con eso no se alcanzaban las cifras pactadas con Madden, pero aliviaban las apreturas. La situación mejoró el 6 de diciembre, con la llegada del *Bürgermeister* y el *Pretoria*. No solo traían víveres, sino que se llevaron, entre los dos, 500 oficiales y 5500 marineros. La vida se volvió más tolerable, y aún más tras el tercer envío, el del 12 de diciembre. Vinieron otros dos cargueros, el *Batavia* y el *Bremen*, y se llevaron 700 oficiales y 4300 hombres. Tras esto las cifras de tripulantes rondaban las pactadas y la vida en los barcos ya era llevadera, cuando menos en espacio, letrinas y duchas. Seguía siendo aburrida, pero disminuía el riesgo de que los tripulantes se mataran los unos a los otros, por no haber cabido. Aun así, el problema de los víveres no terminaba de satisfacerse, bien porque no llegaban suficientes desde Wilhelmshaven, bien porque aún eran muchos los hombres a bordo. Eso forzó un envío de urgencia, el 21 de diciembre. No se hizo con un carguero, sino con el *Königsberg*, para que las vituallas llegasen a tiempo de que las tripulaciones cenaran en Nochebuena como era debido. Días después llegó el *Badén*, que los ingleses al fin aceptaban como sustituto del *Mackensen*. Llegó cargado de víveres, ropa y suministros. La situación se normalizó, al fin. No volvieron a sufrirse agobios con la comida, de modo que las amenazas de un plante de las tripulaciones, que habría forzado a los ingleses a ocupar los barcos, se desvanecieron. Lo sé porque me lo contó Von Trotha, ya que yo había dejado Scapa Flow en el *Bremen*, tras ceder el mando a Dominik, el comandante del *Bayern*. Lo hice porque me convocaron en el Bendlerblock, no por tomarme unas vacaciones.

Los dos oficiales pusieron cara de no pensar otra cosa.

—Tuve un viaje horroroso, pues los devueltos a Wilhelmshaven no podían ser más hostiles, ni más indisciplinados. En el *Bremen* no había una guardia que impusiera orden. Eso era responsabilidad de los oficiales que volvían a casa, pero estaban tan desbordados que no podían hacer nada por mí. Así pasó, que me tiré dos días sin salir de mi camarote. Al poco de llegar comenzaron los viajes del *B-98*. —Fiengstenberg asintió—. Con la llegada del correo el humor de la gente mejoró. El *B-98* depositaba las cartas en el *Friedrich-der-Große*, ahí se clasificaban por

barcos y se hacían llegar al buque insignia inglés. Los censores hacían su trabajo, y con gran celo, pues si bien comprendían el alemán vulgar, a poco que no entendieran alguna caligrafía devolvían las cartas por ilegibles. Aun así, no pasaban más de tres días hasta que las supervivientes se distribuían. Como se acercaba la Navidad, y los ingleses aplicaban un poquito de generosidad en materia de regalos, el ambiente, o eso me dijeron, mejoró bastante. Además, se creía que a primeros de febrero todo el mundo estaría de vuelta. En Berlín ya se sabía que no, pero se prefirió no decirlo. A los barcos internados no les llegaban periódicos alemanes, solo ingleses atrasados, y de estos solo las páginas en que no se hablaba de las negociaciones. Así de incomunicada estaba la flota, y supongo que así me la encontraré, perdida en el limbo. Lo primero que me tocará decir es que las cosas no van rápidas, y que deberemos hacernos a la idea de que antes de la primavera no estaremos en casa.

Mientras solo fuera eso, se decía Wichelhausen, el internamiento sería llevadero. El problema era que los primeros días de la primavera bien podrían ser los del verano. El de un 1919 donde seguir en Scapa Flow quizá fuera más saludable que pasear por Berhn a partir de que los *freikorps* se cargaran a Karl Liebknecht y un sobrino de Souchon a Rosa Luxemburg. A Wichelhausen le preocupaba su familia, y sobre todo su mujer y el hijo que llevaba en la bodega. De ahí que sintiera una profunda inquietud al ver que sus relajadas profecías de Nochebuena se cumplían una tras otra. Quedaba por ver si a la tempestuosa situación del Berlín que había dejado atrás le seguiría la muy ansiada bonanza o, por el contrario, estallaría la guerra civil.

Definitivamente, le habían elegido el mejor momento para dejar Berlín y no unirse a un *freikorps*. También el peor, eso sí, para dejar a Queralt sin su protección.

Aunque también era verdad que, si una mujer era bien capaz de protegerse por sí misma, era la suya. Lo demostraba su haber vuelto a las saludables costumbres de Istanbul: no salir de casa sin su P-08 montada y lista para disparar.

## **Viernes, 16 de mayo de 1919**

La vida en la Internment Formation hacía ya mucho que se había vuelto rutinaria, y muy aburrida, pero al menos no surgían los problemas de convivencia que tanto temía Reuter. No había peleas, porque sobraba espacio y la gente comprendía que por sacudirse los unos a los otros no iban a mejorar sus condiciones de vida. Se mataba el tiempo lo mejor que se podía, y a eso ayudaba que los buques mayores dejaron Wilhelmshaven con una gran provisión de películas y proyectores. Los avitualladores no solo traían víveres, ropa y artículos de aseo, sino películas. Casi todas eran recientes y muy populares; las de Anita Berber, Ossi Oswald, Pola Negri, Esther Carena y la judía Maria Fein eran las más cotizadas entre unas tripulaciones que no valoraban el arte de los directores; eran, con pocas excepciones, jóvenes sencillos solo interesados en que les hicieran soñar. El problema de que no hubiera suficientes proyectores para los setenta y cuatro buques se resolvía con sencillez: las gabarras británicas, en su llevar de un barco para otro toda clase de objetos y enseres, a menudo transportaban proyectores y películas. Los miembros del Estado Mayor del Konteradmiral —él, sus oficiales, dos médicos y los dos clérigos, un pastor llamado Ronneberger y un capellán que atendía por Esterkand— eran los únicos autorizados a saltar de barco en barco, siempre por medio de las gabarras. Angermann llevaba un buen control de los equipos y de las películas, a fin de que ninguna tripulación se considerase maltratada, y así se iba tirando. Mal que bien todos los buques disfrutaban una media de dos sesiones dobles por semana. Otro entretenimiento era pescar. Los ingleses mantenían a rajatabla la prohibición de bajar a tierra, y también la menos explicable de que las tripulaciones se visitaran las unas a las otras, pero hacían la vista gorda con los cientos de cañas de pescar y útiles complementarios, como anzuelos y sedales, que llegaban en los avitualladores. Con eso las tripulaciones no solo desarrollaban un arte para muchos desconocido —las bordas de los buques recordaban a Wichelhausen las del puente de Gálata en viernes— y con el que no solo entretenían los interminables días, sino que rompían la monotonía de su dieta. El pescado abundaba en Scapa Flow, y solía ser sabroso. De hecho, y como del roce nace la confianza, los tripulantes de las gabarras, que no eran de la Royal Navy, les

enseñaban a distinguir las diversas especies, y les explicaban cómo mejor cocinarlas. Redondeaban esas amabilidades con un buen suministro de gusanos, aunque no de un modo gratuito. Como no les valían los marcos aceptaban el trueque; lo que más valoraban los ingenuos gabarreros eran las condecoraciones alemanas. A eso se debía que los talleres de las naves mayores, que tenían reservas de metal blanco, produjeran en gran cantidad toda clase de cruces de Hierro, así como de otras nacidas en Scapa Flow —la exótica Gran Cruz de la Caballería Naval tenía gran éxito— y también de otras mucho más raras, y muy cotizadas; la Blauer Max, que un tornero del *Derfflinger* imitaba con elogiada perfección, se usaba para cambullonear los encargos más caros o más difíciles de satisfacer, el *single malt* a la cabeza. Gracias a eso, y a que no había restricciones en el consumo de ron, a menudo un cuarto de los tripulantes se mostraban borrachos de caerse por la borda. No era un secreto para Reuter, aunque prefería mirar para otro lado, sobre todo cuando en alguna sobremesa nocturna, de las que se prolongaban varias horas —jugando a las cartas—, el generoso Wichelhausen ponía sobre la mesa una botella de prodigioso Knockando 1917.

No había escasez de suministros, pero la forma en que se repartían daba lugar a desequilibrios que podrían ser peligrosos de no compensarse con algo de humor. Así, los señaleros del *Friedrich del Große*, y después los del *Emden*, dedicaban cada mañana un buen rato a tomar nota de mensajes por semáforo que Wichelhausen llamaba «de cambulloneo». Tras eso, y una vez conciliados por el Estado Mayor de Reuter, los mismos señaleros emitían otra nutrida serie de mensajes. Si los primeros eran del tipo «el *Seydlitz* necesita diez mil cigarrillos, el *Baden* está corto de papel higiénico, al *Konig* le vendrían bien cincuenta kilos de patatas y el B-109 está quedándose sin cepillos de dientes», los del segundo eran del estilo «el *Kronprinz Wilhelm* cambiaría veinte mil cigarrillos y seiscientas cajas de cerillas por cuarenta kilos de jabón de agua de mar, el *Markgraf* aceptaría seis docenas de mantas contra quinientos rollos de papel higiénico, al *Konig Albert* le sobran cepillos de dientes pero le falta ron y el *Karlsruhe* cedería veinte kilos de cebollas contra dos sacos de azúcar». Si las respuestas eran de conformidad, y rara vez no lo eran, a lo largo del día, con ayuda de las gabarras, culminaba un mercadeo donde siempre convenía dejar algo para los gabarreros, en previsión de que alguna mercancía no llegase a destino, formalmente a causa de haberse caído por la borda. En Scapa Flow, como en todas partes, todo funcionaba mejor si se aplicaba un poquito de lubricante administrativo.

Casos distintos eran el carbón, el fuel y el agua potable. Los británicos aceptaron que traer todo eso desde Wilhelmshaven era inviable, no por el viaje, sino por la descarga. Tras pensárselo no poco aceptaron la propuesta de Reuter: abastecer ellos mismos a las unidades alemanas a un precio fijo de ochenta marcos la tonelada, bien fuera carbón, fuel o agua. El carbón y el fuel lo traían con sus propios abastecedores, los que se ocupaban del escuadrón de vigilancia. El agua la transportaba una golondrina portuaria llamada *Flying Kestrel*, que cada mañana cargaba unas cuantas toneladas y las repartía entre los buques alemanes.

Era frecuente que aprovechara la ocasión para sentar en su cubierta un cierto número de curiosos, interesados en ver de cerca no solo barcos alemanes, sino marinos alemanes; estos, ya muy acostumbrados a ser vistos como fieras enjauladas, ni reparaban en ellos. Solo les importaba que gracias al *Flying Kestrel* volvían a ducharse con agua dulce.

Los ingleses mantenían la total incomunicación de barco a barco, salvo por banderas o semáforo. Aún más tajante parecía la prohibición de confraternizar entre marinos alemanes y británicos, por el pánico que sentía el British Admiralty del inevitable contagio de la peste revolucionaria, pero al cabo de algún tiempo los que tenían más fácil moverse comenzaron a correr algunos riesgos, de modo que a bordo de pequeñas embarcaciones recorrían a remo las no mucho más de mil yardas que había entre los buques más cercanos de la Internment Formation y el Battlesquadron de vigilancia —el riesgo estaba en ser interceptado por alguna de la media docena de traineras que se pasaban la vida vagabundeando entre los barcos alemanes, a la búsqueda de algo que se saliera de lo normal, como por ejemplo que algún buque comenzase a escorar; los ingleses, que no tenían nada de tontos, sospechaban ya el mismísimo primer día que las tripulaciones alemanas podrían sentir la tentación de hundir sus naves—; incluso en las noches de más cerrada oscuridad les era fácil dar con el barco que buscaban, ya que todos lucían, por órdenes británicas, tres luces de situación a proa y dos a popa. Cada barco las tenía de distintos colores, de modo que si un chinchorro británico buscaba en la oscuridad al *Friedrich der Große*, por ejemplo, le bastaba con localizar al blanco-verde-amarillo y rojo-rojo. Llegados a los costados del buque objeto de la visita comenzaba un diálogo, en inglés, que Wichelhausen definía como puro y simple cambullón. Él, en particular, no sentía reparo en cambiar falsas cruces de Hierro por periódicos recientes —el *Times* y el *Daily Telegraph* eran sus favoritos, y también los de Reuter, que jamás le preguntaba de dónde los sacaba— y botellas de buen *single malt*, de igual modo que algunos de sus camaradas trocaban prendas de uniforme —había superabundancia— por tabletas de chocolate, pasta de dientes, jabón de mar inglés —mucho mejor que el alemán— o, lo que más se valoraba, pues también escaseaba en los Battlesquadrons ingleses, algún limón fresco. A los marinos internados se les alimentaba de un modo impecable, o eso decía la Reichsmarine, pero el caso era que a no pocos se les movían los dientes, el primer síntoma de lo que más temen los marinos: el escorbuto.

Algunos tripulantes sacaban tiempo para cosas más dedicadas al espíritu. Muchos de ellos, por ejemplo, pasaban largas horas dibujando esbozos de sus barcos, de los ingleses, de sus camaradas y de los paisajes. Lo hacían en cuadernos de dibujo que no escaseaban, bien armados de lápices 8B cuando no de carboncillo. Otros hacían lo mismo aunque a color, sirviéndose de acuarelas que también abundaban —las organizaciones humanitarias de la Reichsmarine, impulsadas por esposas de oficiales internados, se mostraban infatigables en conseguirles formas de aliviar el tedio—; alguno era tan diestro que hasta

montaba talleres de perfeccionamiento en los barcos donde había más tripulación interesada —Reuter pedía los permisos correspondientes y, sorprendentemente, los ingleses los concedían—, mientras que otros se agrupaban para formar orquestas de fortuna. Raro era el tripulante que no se había traído su armónica, y los acordeones abundaban, aunque los instrumentos dejados atrás por las bandas de a bordo, en los casos en que alguien con algún conocimiento se hubiera quedado en el barco, se habían vuelto piezas cotizadas, sobre todo las de viento y viento-madera. No podría decirse que aquellos músicos neófitos tocaran muy bien —los sonidos que arrancaban a los fagots y a los oboes solían ser desgarradores, en el sentido de que podrían desgarrar las cuadernas de los buques—, pero nadie se quejaba. El propósito general era vencer a la monotonía y al aburrimiento, y si el precio era soportar el insoportable ruido que hacían los demás, pues todo el mundo lo pagaba con gusto.

Había otras actividades. Una era la ornitología. En Scapa Flow no solo había gaviotas —muchísimas; antipáticas, ruidosas y de carne poco apreciada por los que osaban comerse alguna—, sino una buena colección de pajarillos que competían con aquellas por la carroña que los cocineros arrojaban por las bordas; identificarlos, clasificarlos y dibujarlos era el entretenimiento de unos cuantos ornitólogos de fortuna. Ignoraban si aquello algún día les valdría de algo, pero al menos les entretenía. Otro era la caza de ratas. Los barcos se veían infectados por colonias cada día más desvergonzadas. Acabar con ellas era imposible, aunque limitar su crecimiento sí entraba en el alcance de los ociosos tripulantes. Las que atrapaban, vivas o muertas, acababan en el mar, para ser pasto de las insaciables gaviotas. Otro más, de una índole difícil de clasificar, era contemplar el prodigioso espectáculo de las auroras boreales que los días despejados —desde abril eran los más— Scapa Flow les ofrecía gratis.

En el *Emden*, un crucero ligero de tripulación disciplinada, Von Reuter había izado su insignia en la última semana de marzo, harto de ser incordiado por la recalcitrante tripulación del *Friedrich der Große*. Se llevó con él no solo a su Estado Mayor, sino a unos cuantos suboficiales de confianza, los mismos que despachaban el correo y recibían las vituallas. Aun así, sobraba espacio en el bonito *Emden*, un airoso crucero de tres chimeneas y 5500 toneladas, construido para cobijar una tripulación de 17 oficiales y 450 marineros, donde ya solo vivían dos de los unos y treinta y tres de los otros. La razón de tan exiguo número era que los británicos seguían apretando en el número de tripulantes que deberían seguir a bordo, y que a su criterio no debían ser más de 75 en los cruceros de batalla, 60 en los acorazados, 30 en los cruceros y 15 en los destructores y torpederos, cosa que a la Reichsmarine no le parecía mal, ya que cada hombre, sin distinción de rango, le costaba una dieta de 2,5 marcos diarios, más un pago único de 225 cuando acabara la misión y otro de 100 a los que habían llevado los barcos al Firth of Forth, y de allí a Scapa Flow. La cámara del capitán y las de sus oficiales eran confortables —el *Emden* solo tenía dos años de vida—, de modo que Reuter y su gente vivían ahí no mucho peor que antes —en el plano de lo material—, y con

la ventaja de que por las noches ya no había pelotones de revolucionarios desfilando sobre sus cabezas. A eso se debía que muchos amaneceres Reuter y sus oficiales se dieran cita en el puente antes de que clarease, para maravillarse con el espectáculo que la naturaleza les regalaba. Esa mañana no se maravillaban en silencio; era porque Reuter veía cercano el momento de llevar a cabo lo que Von Trotha insinuó en la última de sus reuniones, a primeros de enero de aquel 1919.

—El *Orcadian*<sup>[40]</sup> del martes dice que las negociaciones se acercan al final. Añade que ya existe acuerdo sobre las nuevas fronteras, sobre Lothringen y Elsap, y sobre las cesiones a Polonia. De la Reichsmarine no dice nada, pero dan a entender que lo único a discutir es cómo se repartirán nuestros barcos.

—¿Para usted es una sorpresa. *Herr Admiral*?

—Claro que no. Siempre cabe la esperanza de que Scheidemann y Ebert se las compongan para que algunos barcos sigan siendo alemanes, aunque no me hago ilusiones. A esos dos, si lo piensan ustedes bien, nuestros buques siempre les han tenido sin cuidado. Incluso dudo que sepan a qué se debe que floten.

Wichelhausen y los demás asintieron, sombríos.

—El 21 de junio es la fecha tope para el fin de la negociación. Si no se cumple por obstinación alemana, la guerra recomenzará, o eso afirma el *Orcadian*. Ese día deberíamos no solo haber tomado la decisión, sino determinado cómo sustanciarla.

Ninguno preguntó. De sobra sabían a qué decisión se refería Reuter. No sería la primera vez que la comentaran.

—Salvo que algo nuevo nos haga cambiar de idea, el 18 de junio, día de Belle Alliance, deberemos estar listos. Procederemos, hasta entonces, con estricta normalidad. Oldekop, haga que la lista de avituallamiento, el que debería llegar el 15 de junio, incluya peticiones que los despisten. —Señalaba con el dedo al First Battlesquadron, el de los acorazados *Ramillies*, *Revenge*, *Royal Oak*, *Royal Sovereign* y *Resolution*, que les vigilaban desde hacía una semana—, como un millón de cigarrillos, cien barriles de ron y cosas así. Deberán preparar un plan sencillo de llevar a cabo. Lo describiremos a los comandantes de los buques a partir del 1 de junio. Desarrollen algún sistema de señales que indiquen a los serviolas la puesta en marcha del plan, la hora de hacerlo y la de izar la Reichskriegsflagge. Un suicidio nunca es glorioso, pero el nuestro, al menos, que sea honroso. Con el orgullo de la Kaiserliche Marine flameando en lo más alto de los buques.

Nadie dijo nada. Se sumieron en sus pensamientos, aparentando embobarse con las divinas formas que les ofrecían los dioses del Norte. Los de Wichelhausen eran desordenados, aunque no confusos. Calculaba las posibilidades de que los ingleses les devolviesen al Reich tras el hecho consumado. Sería un gran detalle de magnanimidad y señorío, defectos de los que Beatty, Madden, Pakenham, Oliver, Leveson, Keyes y Fremantle parecían exentos; los cinco últimos mandaban los sucesivos Battlesquadrons que les vigilaban, y al igual que su jefe supremo demostraron hasta la saciedad ser unos excelentes hijos de la Gran

Bretaña. Se preguntaba cómo se habrían comportado Scheer, Hipper, Souchon, Meurer o Reuter de ser la Grand Fleet la que se pudriera en el Jadebusen, para contestarse que harían lo mismo. El odio generado a lo largo de cuatro años de guerra, con millones de muertos en las memorias colectivas, no se disolvería en menos de una generación. Lo más probable sería que siguieran internados o, peor aún, que dejaran de ser internos con derecho a ser relevados de vez en cuando, para volverse prisioneros de guerra. Les esperaba una larga temporada en Escocia, disfrutando su maravilloso clima, degustando su prodigiosa gastronomía y asombrándose del fantástico confort de sus campos de concentración. Una perspectiva que se agravaba exponencialmente al pensar que su mujer salía de cuentas a finales de junio. Si les caían seis meses de prisión, que con menos no se conformarían los ingleses, cuando volviese a ver a Queralt habría pasado un año desde que se dijeron adiós en la Oostbahnhof. Demasiado tiempo para una chica que debería pechar con las incomodidades de todo embarazo primerizo, lejos de su familia, en un Berlín cada día más peligroso, bordeando una revolución con visos de ser aún más sangrienta que la rusa y pariendo en la casa de una suegra que sí, se desvivía por ella, pero que no era su madre. Se preguntaba, con amargura, si lo que pudiera ella sentir por él saldría indemne de una prueba tan espantosa. Él sí que saldría, o eso quería creer, pero aun así se preguntaba si seguiría siendo el de antes cuando bajara del barco que alguna vez le dejara en Alemania. El mismo por el que una vez, un día de otoño en Barcelona, una maravillosa *senyoreta* de veinte años se volvió tan loca como para seguir aún con él.

## Miércoles, 18 de junio de 1919

Queralt seguía con indiferencia las tristes aventuras de Dida Ibsen, explicadas con la insufrible morosidad que la vanguardista Inga llamaba «expresionismo». Lo hacía sentada junto a ella en la platea del clandestino Ufa-Palast am Zoo, el que sería el cine más grande de Berlín cuando se inaugurase de forma oficial. Según el desapasionado juicio de Queralt, el tal expresionismo solo era una gesticulación desencajada, plena de muecas desmesuradas, que camuflaba historias tontísimas. Solo se sacudió el letargo en la brevísima escena donde la protagonista, una chica de muy buen culo que atendía por Anita Berber, bañaba en cueros vivos a fin de alegrar las pajarillas a su estólido esposo. Era, comentaba Inga —en los cines de Berlín se fumaba, se bebía y se charlaba, sin que nadie protestase—, un fenómeno derivado de la desaparición de la censura gracias a la revolución, esa que seguiría espantando a todo el mundo en tanto no se promulgara la constitución, la que unos cuantos inútiles cocinaban en Weimar. Gracias al fin de la censura, los soldados regresados del frente —se les hacían descuentos en todos los espectáculos— accedían a inusitados niveles de consuelo, como el de contemplar las golosas carnes de casi todas las actrices de moda, las cuales, si querían trabajar, ya sabían por donde tenían que pasar. Mina opinaba que tamaña desvergüenza no podría durar mucho, porque algún día regresarían la ley y el orden, y las pobres desdichadas que para poder comer debían enseñar lo que su divertida nuera llamaba el *parrús* podrían dejar de hacerlo, pero el caso era que aquellas hazañas de poca ropa eran más entretenidas que las filmadas bajo la férrea moral de los prusianos calvinistas.

El hecho de haber ido al cine partía de varias causas: el hacer muy buen día y apetecerles pasear hasta el zoo, el que a Queralt le viniera bien caminar, el que las *Straßenkämpf* —batallas callejeras— parecían haber cesado —hacía ya un mes que no repicaban las ametralladoras ni retumbaba el pavimento al paso de los *sturmpanzerwagen* del cuerpo de voluntarios Márcker—, al menos en las proximidades de la Gendarmenmarkt, el que la general ansia de paz daba lugar a un incontenible deseo de alegría y diversión, y a que a las dos hermanas —se veían y las veían como tales; de ahí que nadie murmurase viéndolas caminar cogidas de la mano— la casa se les caía encima, tras haber pasado cinco meses sin

aventurarse más allá de unas pocas calles —las mismas donde se apostaban, si no había tiros, las vendedoras de verduras, frutas y huevos—, por culpa de la guerra civil disputada en las calles de Berlín y de muchas otras ciudades alemanas entre la Navidad del 18 y la Semana Santa del 19. También, la de que a Inga le habían dado el soplo, sus amigas de la universidad, de que había sesiones no anunciadas en el Ufa-Palast, y que la película que daban ese día. *Dida Ibsens Geschichte (La historia de Dida Ibsens)* estaba muy bien.

Queralt, en realidad, había salido una vez, para visitar a un Admiral Souchon al que había escrito y que le había contestado, invitándola a tomar el té. Había pasado a la reserva, igual que casi todos los almirantes que había ella conocido: Usedom, Merten, Hipper, Scheer y Bachmann. El único que aún no había dado el paso era Meurer, aunque Souchon opinaba que no podía faltarle mucho. En la nueva Reichsmarine no habría sitio para muchos almirantes, y menos si pasaban de los cincuenta. Era su caso, pues le faltaban días para cumplir cincuenta y cinco, aunque no lo decía con amargura. Entendía que la nueva Reichsmarine, la de quince mil hombres y mil quinientos oficiales, no era un lugar donde hubiera sitio para él. De ahí que se ocupara de otras cosas, como escribir sus recuerdos y darles forma de memorias, que no de autobiografía; le alteraba un poco que su nombre hubiera cobrado indeseable notoriedad a causa de que su sobrino Hermann pegara un tiro a la insoportable Rosa Luxemburg, aunque confiaba en que tan fastidioso baldón cayera pronto en el olvido. Vivían, su mujer y él, en el piso de soltera de *Frau Souchon*, en el Nikolaiviertel. Pasaron una hora muy agradable, con alguna evocación entrañable de los mejores días de Istanbul, aunque sobre todo fue, para ella, una cruda evaluación de lo que tenía por delante. Souchon pensaba que los barcos internados no seguirían siendo alemanes. Si el 21 de junio se firmaba el tratado de paz, y tenía entendido que sería en Versalles, en el mismo salón donde Wilhelm 1 se coronó káiser del Deutsches Reich, los ingleses pondrían en un barco a los dos mil tripulantes aún a bordo y los devolverían al Reich, para después repartirse los buques con los Estados Unidos, Francia, Italia y Japón. A efectos de lo que a ella le interesaba, lo normal sería que Rolf llegase a tiempo de verla parir, aunque podría surgir un problema, el de que a Reuter le diera por hundir los buques. A él no le asombraría, porque de ser él quien mandase aquella flota espectral sin duda lo haría, y eso a pesar de que la consecuencia para el Reich sería subir la indemnización pecuniaria en ochocientos millones de marcos, el valor adjudicado a los setenta y cuatro barcos. Conservar el honor a menudo es caro, exponía con sencillez, y para los hombres de Reuter aún lo sería más, porque la mezquina Inglaterra no los liberaría por las buenas. Los convertiría en prisioneros de guerra, de modo que pasarían meses, si no algún año, hasta que su querida Queralt volviese a ver a su marido. Un pronóstico nada edulcorado, lo cual agradeció de corazón, pese a salir de aquella casa por demás preocupada. Deprimida no, pues ella no se deprimía —las catalanas no padecen esas tonterías, afirmaba—, pero sí un punto aterrada por la posibilidad de pasarse un año, si no más, criando a un recién nacido en la casa de

su suegra. Bien era verdad que habían llegado a quererse mucho, pero no estaba segura de querer seguir en ese Berhn que tanto detestaba. La tentación de volver con su cachorro a Barcelona se le iba volviendo muy seria. Entraba en lo posible que una vez soltado el lastre y de nuevo en menos de sesenta kilos —no quería saber cuánto desplazaba de siete meses cumplidos; temía lo peor—, le asaltara un deseo incontenible de volver con sus padres, y allí esperar a que algún día Rolf liquidase sus asuntos con la Reichsmarine, se reunieran en Diagonal con Casanova y a partir de ahí su vida comenzara otra vez. No lo tenía claro, aunque temía verse, algún día no lejano, valorándolo con fría objetividad.

## Sábado, 21 de junio de 1919

Se habían juntado a desayunar en la cámara de Von Reuter. No les hacía falta repasar, pues la noche antes quedó todo ajustado. Las noticias publicadas en los últimos periódicos —el *Orcadian* del 17 y un *Times* del 19—, señalaban que aquel 21 vencía el ultimátum dado a la Deutsche Republik para que aceptara las condiciones de los abados, de modo que, con virtual seguridad, los setenta y cuatro barcos dejarían de ser alemanes a la vuelta de unas horas. Reuter no dudaba, ni tampoco su Estado Mayor, y para su alivio pasaba lo mismo con los comandantes de los buques, lo cual no se habían atrevido a esperar; solo a desear. Ninguno pasaba de Fregattenkapitän —Dominik, el del *Bayern*, había sido reemplazado por un Kapitänleutnant—, pero aun así se mostraban resueltos a no permitir la indignidad de que los aliados se apoderasen de unos buques a los que no habían vencido allá donde hay que vencer a un barco de guerra: en el mar. Tampoco se preveían problemas con las tripulaciones. Lo que más preocupaba, la presumible oposición de los recalcitrantes miembros del Arbeiter und Soldatenrat, se había desvanecido, bien porque los cabecillas estaban de vuelta en el Reich —gracias a la colaboración de los Royal Marines, enviados por el comandante del Battle Squadron que por entonces vigilase la Internment Formation, o Internierungsverband como decían Reuter y sus oficiales; al buen hombre le preocupaba que la infección revolucionaria se propagase a las tripulaciones británicas—, bien porque los que aún quedaban, que no eran demasiados, parecían haber recuperado una parte de su autoestima, la de ser marinos alemanes antes que ninguna otra cosa. Un buen síntoma era que algunos tripulantes, como los del *Friedrich der Große*, llevaban días dando a sus buques una mano de pintura. Eso, aun siendo iniciativa suya —sus escarmentados jefes ni soñaban con ordenarles nada—, requirió la previa conformidad del vicealmirante Fremantle, ya que la prohibición de poner botes en el agua seguía en vigor, y para pintar los cascos no bastaba con descolgar tangones por las bordas. Era preciso, antes de ponerse a pintar, ganar los costados a remo para sujetar los aparejos al casco. Fremantle dio su conformidad a condición de que los botes no se apartaran de los barcos, y para que así fuera serían vigilados por Royal Marines embarcados en traineras, los cuales abrirían fuego si los veían huir. Otro buen camuflaje llegó

en los cargueros que fondearon cerca del *Emden* el 15 y el 17 de junio; no solo traían víveres, cerveza y ron, además de un cuarto de millón de cigarrillos, una gran provisión de jabón de lavar y de aseo personal, crema de afeitar, papel higiénico, de cartas, plumas, tinta y lápices, sino uniformes de verano para 1800 hombres, los que seguirían en la Internierungsverband una vez el *Schleswig* y el *Badenia* se llevaran los 2700 que a juicio de los ingleses aún sobraban. Era un número insuficiente para mantener los barcos en condiciones de mar, pero los ingleses lo preferían, por unas razones, y Reuter también, por otras. A los efectos de Fremantle quedaban suficientes para mantener vivas las partes críticas — calderas y generadores eléctricos— hasta que le llegara la orden de abordarlos; a los de Reuter, bastarían para hundir los barcos en el escaso tiempo del que dispondrían antes de que las alarmas comenzasen a ulular. El número, aun así, era tan reducido que por orden suya se abandonaron uno de cada dos destructores y torpederos. Hasta entonces se mantenían abarloados por parejas. Tras aquella última medida uno de cada dos quedaría en exclusiva para la infinidad de ratas que los infectaban. Los menos de veinte hombres que se ocuparían de cada pareja bastarían para dejar abiertos los mamparos, los ojos de buey y los grifos de fondo; con eso bastaría para que se hundieran, aunque de no ser así tampoco importaría. Los que deberían esquivar su destino eran los *großlinienschiff* y los *schlachtskreuzer*, y para esos había recursos suficientes.

El *Badenia* trajo algo de veras importante, camuflado en la fétida ropa interior de su capitán —el hombre no era un guarro; solo quería disuadir de investigar al que le hubiera tocado en suerte verificar que no traía contrabando—; una carta de Von Trotha para Von Reuter y un cuadernillo de pocas hojas. Reuter nunca comentó el contenido de la carta; se limitó a decir que se trataba de asuntos personales. El cuadernillo contenía los términos del tratado de paz referentes a la Reichsmarine; se suponía que no deberían llegar a conocimiento de Reuter, pero Von Trotha se ocupó de que sí, por el eficaz procedimiento de hacer que alguien soltase doscientos marcos al capitán del *Badenia*. Los términos del tratado, en francés, obraban desde la mañana del 6 de mayo en poder de Ulrich von Brockdorff-Rantzau, jefe de los representantes ante las potencias reunidas en Versalles. La traducción al alemán era lo que Reuter y sus oficiales leían al poco de Llegarles los primeros bultos del *Badenia*. Según veían, horrorizados, la Reichsmarine debería reducir su tamaño a quince mil hombres, entre personal embarcado y de tierra, y a mil quinientos oficiales. Contaría con seis *linienschiffe*, cuyo desplazamiento no rebasaría las diez mil toneladas, ni montaría artillería de calibre superior a 283 milímetros, ni podrían empezar a construirse antes de cinco años; hasta entonces se las compondría con seis vetustos *predreadnought* de las clases *Deutschland* o *Braunschweig*, a elegir. Podría tener hasta seis cruceros de tonelaje no superior a seis mil toneladas, doce destructores de hasta ochocientos y doce torpederos que no superaran las doscientas. No podría contar con submarinos, portaviones, dirigibles o hidroaviones. La Reichsmarine sería una simple fuerza costera, válida para prevenir el contrabando y poco más. Por

último, las instalaciones de la isla de Helgoland serían desmanteladas. La Reichsmarine solo contaría con Kiel y Wilhelmshaven. Reuter sospechaba que las condiciones de paz no serían favorables, pero al verse frente a todo eso tanto él como sus oficiales convinieron que hundir los barcos era lo único que podían hacer si, una vez de vuelta, querían mirar a los alemanes a los ojos.

Se habían vestido con un esmero especial. No solo por tratarse de algo que merecía solemnidad, sino pensando que al cabo de unas horas se verían encañonados por unos Royal Marines que ya les habían dado pruebas de inexplicable brutalidad en el trato con marinos alemanes indefensos. Verse frente a un Konteradmiral con bicornio, sus muchas condecoraciones adornando su pescuezo y sus pecheras, su daga y sus guantes, les haría pensar que mejor si disparaban a otros con menos pinta de importantes. Los oficiales, de prudencia no menor, hacían lo mismo; sin bicornio, porque no tenían —era una prenda de almirantes—, pero también luciendo todo lo que se podían colgar. Los Flaggleutnants Schilling —había relevado a Wehrmann— y Tapolski, que bien poco tenían para lucir —eran muy jóvenes—, aceptaron con algún rubor las falsificaciones torneadas en el *Derfflinger* que Wichelhausen les ofrecía en previsión de lo que se avecinaba. Los seis eran conscientes de que hundir los barcos a la vista del First Battle Squadron —la Royal Navy aún no lo relevaba, si bien se había llevado de Scapa Flow al que durante unas semanas fuera su sexto acorazado, el HMS *Canada*— podría no salir bien, pues a la que se apercibieran los serviolas ingleses de que los buques de la Internment Formation escoraban por momentos, sin duda intervendrían. Ellos habían calculado el ritmo de hundimiento, saliéndoles no menos de una hora en el caso de las naves mayores. Los ingleses empezaría a sospechar en no más de treinta minutos. Primero porque, cuando sus trozos de achique tomaran los barcos, ya pasarían entre cuarenta y cinco y sesenta, lo que sería demasiado para salvarlos. Quizá pudieran tomar a remolque los situados más cerca de la isla Hoy, como el *Badén*, y hacerlos embarrancar antes de que se hundieran, pero el grueso acabaría en el fondo. Para tener éxito era preciso que todos abrieran a la vez sus grifos de fondo, las tapas de los condensadores, los ojos de buey, las tomas de agua para las bombas y las portas de los tubos lanzatorpedos submarinos, los que tuvieran alguno. Tras eso nada quedaría por hacer; sería el momento de que todo el mundo se concentrara en las cubiertas de botes, para bajarlos cuando los buques mostraran una escora suficiente. Sería entonces, justo antes de la evacuación, cuando cada unidad izaría la Reichskriegsflagge, de forma que se fuese a pique con la vieja enseña ondeando en lo más alto. Instruir de todo eso a los setenta y cuatro comandantes no fue sencillo, ya que visitar a más de dos por día sería sospechoso. El trabajo se lo repartieron los miembros del Estado Mayor, con algún refuerzo puntual del propio Von Reuter. Los ingleses se habían acostumbrado a que cada domingo los dos clérigos, el católico y el luterano, visitaran unos cuantos barcos, y también a que Reuter y Oldekop los acompañasen. Tampoco les extrañaba que Angermann, Wichelhausen, Schilling y Tapolski aprovecharan la ocasión para revistar otros

buques, de modo que al amanecer de aquel 21 de junio, el día más largo del año, todo el que debía saber lo que se avecinaba estaba listo para obedecer la última orden de su Konteradmiral. Así, a partir de las ocho de la mañana los señaleros de cada barco estarían pendientes del *Emden* —o de la nave que retransmitiera, pues no se le veía desde todas— a la espera de la señal. Esta no sería única. Dependiendo de cómo viera la situación, Reuter indicaría una hora u otra, y como los ingleses solían estar atentos la orden no incluiría cifras sospechosas. En función del texto recibido los comandantes sabrían en qué momento deberían iniciar la operación. Dios quisiera que los ingleses no se tomaran muy a mal el inminente *seppuku*, o harakiri, de la Internierungsverband. No tanto, al menos, como para liarse a tiros.

A eso de las seis el serviola del *Emden* hizo saber que algo inusual sucedía en el First Battle Squadron; a diferencia de cualquier día normal, en que las chimeneas de los enormes acorazados apenas dejaban escapar un hilillo de humo, indicativo de que la mayoría de sus dieciocho calderas estaban apagadas, ese día escupían largos penachos.

Eso parecía indicar que Fremantle quería sacarlos al mar. Ni en sueños Reuter y los suyos habrían pensado en tamaña buena suerte, con el tratado de paz a punto de ser firmado y los buques alemanes listos para ser apresados pocas horas después. Las explicaciones que susurraba el atónito Angermann eran dos; una, que Fremantle se había vuelto loco; la otra, que les invitaba muy amablemente a que hicieran lo que debieran hacer. Más de una vez habían debatido el interés que los ingleses podrían tener en hacerse con sus buques, y siempre les salió lo mismo; en absoluto les convenía. La Royal Navy, que se había pasado al calibre 381, para nada necesitaba un puñado de barcos cuya batería principal, salvo el *Bayern* y el *Badén*, se mantenía en el 305, pero a las armadas francesa, italiana y japonesa les vendrían de maravilla. Bien, pues a la vista estaba que, dejándoles el campo libre. *Sir* Sydney declaraba dónde se hallaba el auténtico interés de Inglaterra.

A las diez y media no se divisaba ningún buque de Fremantle —cinco acorazados, dos cruceros ligeros y nueve destructores—, ni siquiera sus penachos de humo. Era el momento. Una última consulta visual a sus juramentados oficiales, un gesto a Oldekop y este dio la orden al señalero de guardia;

—*Paragraph elf! Bestdtigen!* (¡Párrafo Once! ¡Confirmen!) No dijo más; el señalero sabía que debía transmitirla primero por semáforo y después por banderas. Significaba que a las 11;30 se debía iniciar el hundimiento. La demora no era gratuita; sucedía que, por muy atento que se hallara todo el mundo, la posición del *Emden*, en el extremo norte de la Internierungsverband, solo permitía que uno de cada tres barcos leyera el mensaje por sí mismo. Los demás lo hacían a través de un buque retransmisor, y algunos necesitaban dos, como era el caso de los torpederos más alejados. La primera respuesta —*Bestatigt. Bayern*—, llegó a las 10;40, mientras la última, del torpedero *V-45* —en su nombre y en el del *V-46*—, no llegó hasta poco antes de las fatídicas 11;30. A esa hora Oldekop dio

al comandante del *Emden*, Kapitänleutnant Ehlers, la más triste orden que se puede dar a quien manda un barco; que lo hunda.

Llegado ese momento, cada tripulación debía encarar su propio destino. La escora tardaría media hora en apreciarse desde las únicas naves activas en Longhope, al otro lado de Scapa Flow; dos destructores que Wichelhausen identificaba por sus numerales, el *Vesper* y el *Vega*. También había identificado al *Flying Kestrel*. Esa mañana no solo venía desde Stromness para repartir agua, sino que su cubierta mostraba docenas de niños y de adolescentes. Parecía una excursión de fin de curso, pues casi todos los infantes lucían horribles uniformes de asqueados niños escoceses, pues sin duda lo estarían al verse obligados a vestir de mamarrachos. Bien, pues si permanecían allí una hora o poco más verían algo por lo que muchos ingleses pagarían un buen dinero, si alguien les ofreciese presenciarlo: el suicidio de setenta y cuatro magníficas naves de combate.

El *Flying Kestrel* desfilaba por el canal que formaban el *Badén*, el *Friedrich der Große*, el *Emden* y el *Frankfurt*, a babor, y el *König Albert*, el *Bayern*, el *Brummery* el *Coin*, a estribor. Sus pasajeros no veían nada que no hubieran visto antes —el *Flying Kestrel* acostumbraba a pasear por Scapa Flow grupos de jubilados deseosos de contar los remaches de los buques alemanes, cosa que podían hacer cuando el capitán Davies se abarloada de alguno, el que al tiempo le tendía una gruesa manguera para enchufarla en la boca de uno de sus tanques; tras eso conectaba la bomba de impulsión y empezaba el trasvase de una tonelada de agua purísima, cien por cien escocesa. Esa mañana no lo había hecho aún, ya que su cliente del día era uno de los más alejados: el *Friedrich der Große*. De camino, y si sus pasajeros tuvieran espíritu crítico, habrían reparado en algo que a Davies le despertaba curiosidad: había muchos más marinos asomados a las bordas de lo que solía ser normal, y casi todos lucían prendas de abrigo impropias de un primer día de verano. También era interesante que no hicieran los habituales gestos obscenos a las dulces adolescentes que les observaban con la simpatía y el cariño que les inspirarían los orangutanes de Borneo. Algunos tocaban sus armónicas, lo que no era raro, pero sí que las melodías sonasen distintas. Davies sabía poco de música guerrera germánica, pero los acordes que le llegaban respondían más a eso que a las usuales tonadillas nostálgicas de unos marinos que ya llevaban siete meses sin dar a sus cuerpos más alegrías que las muy tristes de sus medios de a bordo; Davies, que de joven había hecho la carrera del té, de Portsmouth a Trincomalee sin escalas, sabía de qué hablaba consigo mismo.

Cerca ya del *Friedrich der Große* reparó en dos detalles alarmantes, de los que recomiendan no cerrar distancias: uno, en el tope lucía una bandera que conocía pero que allí jamás había visto: la de combate de los buques alemanes; otra, le llegaba el sonido de una campana de señales; el frenético repicar que imprimía el que la tocaba tenía un significado tan universal que ningún marino dejaría de identificarlo: «¡abandonad el buque!». Ahí comprendió que los botes abarloados al costado de la nave no descargaban provisiones. Tampoco eran las traineras alquiladas por la Royal Navy para transferir mercancías entre barcos; eran botes

de salvamento, bastante grandes y pintados de blanco, no en el gris de las traineras. Mosqueado, mandó a su piloto cambiar de rumbo, aunque sin acercarse al otro lado del canal que dejaban entre sí los buques alemanes, pues ya veía que a todos les pasaba lo mismo: sus tripulantes ganaban los botes, en sus toques gualdrapeaba la bandera de combate y en algunos también la roja, la que según el código internacional significaba «Z», lo que a su vez ordenaba lo mismo en las marinas alemana y británica: «¡Cargad contra el enemigo!».

El griterío de la chiquillería, encantada con la novedad, le hizo volver los ojos al *Friedrich der Große*. Parecía escorar a su estribor de un modo pronunciado —el *Flying Kestrel*, con la máquina desembragada, lo contemplaba desde su babor—, tanto que la obra viva, en su feo y sucio marrón-rojizo, desbordaba un par de yardas a la línea de flotación en su tramo central. El enorme *Friedrich der Große*, el que condujo a las naves alemanas el trágico día de Jutland, estaba yéndose a pique frente a sus atónitos ojos. Los escolares, por su parte, se mostraban tan estólidos como recomendaba la cultura imperial británica, salvo algunas chicas ya crecidas que daban grititos de jolgorio y regocijo, los cuales se incrementaron cuando los remaches comenzaron a salir despedidos, según el buque se inclinaba y la presión del aire comprimido los hacía saltar. Temiendo que alguno le llevase a declarar bajas cuando volviese a Stromness, ordenó dar avante a baja velocidad, hasta situarse a una distancia saludable por la popa del ya escoradísimo *superdreadnought* y a prudente distancia del *Fmden*, el cual también parecía escorar.

El *Friedrich der Große* ya se mostraba en ángulo recto cuando incrementó bruscamente su velocidad angular, yéndose a pique con la majestad de una tortuga borracha y rebotando varias veces, unas a babor y otras a estribor, hasta quedar con la quilla al sol y dejando escapar géiseres por lo que sabía él eran tapas de condensadores. Así estuvo unos minutos, no sabría él decir cuántos, hasta que comenzó a hocicar de popa, sacudiéndose de vez en cuando con regular violencia —él sabía por qué: cada estremecimiento significaba que se le desprendía una de las torres de su batería principal—, para terminar desapareciendo en un remolino por demás elegante, momento saludado con entusiasmo por sus ya muy animados escolares, los cuales, contra lo que temían al embarcar, no se aburrían demasiado.

Al tiempo que los buques desaparecían las aguas se poblaban de botes alemanes, casi todos de color blanco, el cual hacía juego con el pabellón que izaba la mayoría. Reuter daba por hecho que los Royal Marines llegarían en cualquier momento, de pésimo humor, para lo cual convenía dejar claro que se rendían. A eso se debía que apenas avanzaran, no solo por no separarse de donde se hundían sus buques, sino para estudiar los innumerables testigos del *gotterdammerung* —ocaso de los dioses— que surgían de las profundidades, en su mayoría del género textil. Todo eso sucedía en medio del griterío de unos marinos que se sabían liberados de seguir allí, en la odiosa Scapa Flow. Algunos, los optimistas, pensaban que sería cuestión de días que los devolviesen al Reich,

aunque la mayoría sospechaba que los ingleses no se lo iban a tomar con deportividad, de modo que igual les aguardaba una temporada en algún desagradable campo de concentración. Sus gritos, curiosamente, sí conseguían lo que no lograron el *Friedrich der Große* y sus buques más próximos, el *Bayern*, el *König Albert* y el *Großer Kurfürst*: que los niños más pequeños se asustasen y comenzaran a berrear. Era la última de las imágenes a bordo del *Emden* que Wichelhausen registró en su memoria, justo al ocupar su sitio en el bote del Konteradmiral, donde se izaba no solo la bandera blanca, sino la enseña de Von Reuter. Su propósito era colocarse a la cabeza de los ciento y pico botes de naufragos y encarar la llegada de los inquisidores, aunque ya sospechaba que no le daría tiempo, pues el HMS *Vega* se acercaba muy deprisa, sus sirenas ululando con fiereza y sus pelotones de Royal Marines en cubierta. Llegaba tras bordear el islote que Davies llamaba Calf of Flotta, bien abierto de la pequeña isla de Cava y enfilado a los *großlinienschiff* que le pillaban más cerca, el *König* y el *Markgraf*. Por el primero poco podrían hacer, pues había ya dado la voltereta entre los alaridos de sus tripulantes —desde donde se hallaba Reuter no se oían; su bote daba una buena velocidad, ya que los oficiales remaban con ahínco, igual que los seis voluntarios del *Emden* que quisieron unir su suerte a la del Konteradmiral—, pero el *Markgraf*, aún adrizado, debía de tener algún problema, porque no se hundía. No cabía pensar en traición, pues el Korvettenkapitän Schumann había garantizado a Wichelhausen que actuaría conforme a lo mandado. Salvo por el *Markgraf* y el *Baden*, la operación progresaba conforme a lo previsto. A flote solo se divisaban esos *dos großlinienschiff*, más el *Emden*, el *Frankfurt* y el *Coin*; a los demás los ocultaba la isla de Cava, registraba Wichelhausen en su memoria según veía que la carrera de remeros entre los Royal Marines y ellos mismos, por ver quien ganaba primero el costado del obstinado *Markgraf*, iban a ganarla los ingleses.

A una distancia de cincuenta metros los detalles en la cubierta del *Markgraf* se veían con nitidez. El Korvettenkapitän Schumann, enarbolando una bandera blanca, parecía gritar algo a tres Royal Marines que acababan de subir por la escala de popa. El diálogo no debió de funcionar bien, ya que Wichelhausen vio a uno de los infantes encarar su Lee-Enfield para disparar acto seguido. Al bote de Reuter no llegó el sonido del disparo, ni se vio ninguna llamarada salir por la boca del cañón, pero sí se vio volar la cabeza de Schumann como si fuera una sandía golpeada con un martillo, para caer a plomo, acompañada de su dueño, un instante después. Un asesinato en toda regla, anotó para sí mismo, casi al tiempo de ver otro más, el de un marinero que, con los brazos en alto, situado a continuación de Schumann, caía tan redondo como su comandante. A todo eso, el *Markgraf* escoraba tan pronunciadamente que los ingleses bajaban por donde habían subido, felizmente ignorantes de que un tercer hombre, al que no pudieron ejecutar, se lanzaba por la borda, para ser pescado por un bote del propio *Markgraf*. Según anotaba Wichelhausen, la situación era confusa. Mientras no sonaron tiros todo fue con acuerdo al plan, pero a partir de la llegada del *Vega*

y el *Vesper* muchos perdieron la calma, intentando lo más peligroso; desembarcar en los islotes. Allí les esperaban ciudadanos, policías y, lo peor de todo, soldados nada disciplinados pero sí muy asustados. Unos abrieron fuego y otros la emprendieron a pedradas con los que para ellos eran hunos miserables ansiosos de violar vírgenes británicas. Casi todos optaron por volver a sus botes y alejarse varios metros, a esperar enemigos menos nerviosos. Los primeros —los destructores de *Sir Sydney*— llegaron a las 13:30, desplegando enormes ondas de cabeza y desinteresados de los botes blancos, los cuales no podían hacer mucho más que apartarse de su camino para no ser filados por ojo. Los destructores buscaban buques aún a flote, y con suerte, pues llegaron a tiempo para remolcar a la orilla de Mainland al *Badén*, al *Emden*, al *Frankfurt* y al *Nürnberg*, y a la de Hoy a un total de diecisiete torpederos.

La esperanza de Reuter era que al llegar Fremantle los Royal Marines se comportarían de un modo que, sin llegar a caballeresco, al menos fuera civilizado, pero se confundía. *Sir Sydney* había radiado instrucciones de congregar a los alemanes en las cubiertas de sus cinco acorazados, y que se les tratara sin excesiva cortesía. De aquello Reuter no supo nada de manera oficial, aunque de modo experimental lo comprobó nada más ganar el *Revenge*, cuando un grupo de marineros —no de Royal Marines— le despojó a culatazos de su capa, su bicornio, sus condecoraciones, su daga y su reloj. «Si así proceden conmigo, qué no harán con mi gente», se decía con pesimismo. Por la noche quedaban pocos oficiales capaces de ver qué hora era —no había marineros alemanes a bordo; los Royal Marines segregaron a los oficiales para llevarlos al *Revenge*, repartiendo la marinería entre los otros acorazados—, si bien casi todos comprendían que hacía mucho frío, pues les habían robado sus capotes. Nadie pudo hacer más que resignarse, salvo un desgraciado a bordo del *Resolution* que osó plantar cara, en inglés, para llevarse un tiro en el estómago. Sería el último de los once muertos en Scapa Flow del 21 de junio de 1919. Wichelhausen, seguro de que actuarían así, pues recordaba lo que hacían en Gallipoli, Tierra Santa e Irak, donde demostraron ser mucho más salvajes que los otomanos, los beduinos y los afganos, entre otros pueblos de no muy buena reputación, había guardado lo que más valoraba, sus papeles, entre sus calzoncillos y su trasero. El reloj le daba igual, pues era del montón —el bueno lo dejó en Berlín, con sus cruces de Hierro y sus condecoraciones otomanas; por algo fue de los primeros clientes del tornero del *Derfflinger*—, y en cuanto a lo que llevaba en el bolsón, unas pocas piezas de ropa, un trozo de pan y otro de queso, le daba igual lo que pasara; de hecho, no le pasó nada. De ahí que fuese de los pocos en la intemperie del *Revenge* que pudo echar una mano a sus ateridos camaradas. Ni Reuter ni los oficiales de su Estado Mayor vivieron mucho de todo eso, pues a la hora o poco más fueron acomodados en un camarote no muy alejado del de Fremantle, oyó decir Wichelhausen a los marinos que les empujaban a culatazos. Una novedad agradable; pasarían menos frío. En cuanto al hambre, no contaban con que la hospitalidad de Fremantle llegase a tanto como para tirarles un mendrugo, y acertaban. De nuevo los bolsos

milagrosos de Wichelhausen y Angermann, los menos saqueados, obraron el milagro. Así se repartieron media hogaza y algo de queso —cortado a dedo; ninguno conservaba su daga o su cuchillo—, acompañado de un poco de agua, ya que algún alma buena se había preocupado de dejarles una jarra con no mucho más de un litro. Así pensaban que pasarían su primera noche de prisioneros, cuando se abrió la puerta y un oficial, tan antipático como debía de ser lo normal en el servicio británico, señaló al Konteradmiral, diciéndole que le siguiera y que, si lo necesitaba, se hiciese acompañar de su intérprete. Por eso, Wichelhausen se vio caminando tras su Konteradmiral, el cual no presentaba un aspecto imponente —destocado, descondecorado, despojado de su daga y su levita y, por lo demás, bastante sucio y sumamente arrugado—, aunque rebosaba dignidad. Un minuto después ambos se vieron frente al vicealmirante Fremantle y tres altos oficiales, uno con el rango de contralmirante y dos con el de capitán de fragata. No se presentaron, de modo que Wichelhausen se quedó sin saber quiénes eran los que, por la pinta, debían de ser el segundo comandante del First Battle Squadron<sup>[41]</sup> y sus jefes de Estado Mayor.

Tras una mirada de arriba abajo, Fremantle, que no parecía un tipo simpático, prorrumpió en una queja muy amarga; según explicaba, Von Reuter le había decepcionado profundamente, por haber quebrantado el código de honor de todo internado bajo palabra, y cosas así. Wichelhausen no estaba seguro de que su jefe comprendiera, de modo que traducía oración por oración. Así, en el caso de que Von Reuter sí hubiera entendido, le daba unos segundos para preparar sus respuestas. A eso se debió que las tres que pudo dar fueran brillantes:

—Con acuerdo a la doctrina naval alemana, ningún comandante entregará al enemigo las unidades bajo su mando sin antes intentar hundirlas. Según la última noticia, de fecha 17 de junio, publicada en el periódico que nos hicieron ustedes llegar ayer, Alemania rechazaba el tratado que se le ofrecía en París. La respuesta de los aliados era plantear un ultimátum que expiraba hoy. Si Alemania no lo aceptaba se reanudarían las hostilidades. Al no tener una información más actualizada, de lo que bien se han ocupado ustedes desde que fondeamos en Scapa Flow, yo solo podía interpretar que volvíamos a estar en guerra y que de un momento a otro sus tropas asaltarían nuestros barcos. A eso se debió mi decisión, y a ninguna otra causa.

—El ultimátum no expiraba hasta el domingo 23.

—Ustedes me ocultaron eso. Quizá todo habría sido distinto de no mantenerme todo el tiempo incomunicado.

—¿Y cómo podía usted pensar que íbamos a tomar sus barcos al asalto cuando nos vio salir de Scapa Flow a primera hora de la mañana? ¿De veras encuentra lógico que hiciéramos eso si pretendíamos quedarnos con su flota?

El que preguntaba no era Fremantle, sino el irritado contralmirante que parecía ser su segundo en el mando.

—Me pareció que se me invitaba, con gran caballerosidad por su parte, a hundir mis barcos y así resolver, a favor de Inglaterra, un buen problema con sus

aliados. Eso fue lo que hice.

Los cuatro ingleses, tras componer sus mejores expresiones inexpresivas, no dijeron nada; se limitaron a mirarse los unos a los otros. Tras eso, uno de los Commanders les señaló la puerta. La reunión había terminado.

## Lunes, 23 de junio de 1919

Donington Hall no era el tipo de campo de concentración donde los oficiales de la Internierungsverband esperaban pudrirse desde que les hicieron desembarcar en Nigg, poco más allá de la entrada del Firth of Cromarty, a las once de la mañana del día 22. El First Battle Squadron había dejado Scapa Flow con las primeras luces, tras pasar una noche que a casi todos los oficiales almacenados en el *Revenge* se les hizo larguísima, por el frío —dormían, o lo intentaban, acurrucados sobre planchas de acero sin una mala manta para cubrirse—, por el hambre —nadie se acordó de darles de cenar; salvo los que habían tomado alguna precaución, como Angermann y Wichelhausen, al amanecer del 22 solo contaban con lo desayunado veintidós horas antes—, por los sonidos de tuberías, calderas, turbinas y motores inherentes a todo gran buque de guerra con su dotación al completo y, sobre todo, por los estentóreos alaridos de los centinelas; en el *Revenge*, por lo visto, no se aplicaba la máxima universal de que a bordo de un buque de guerra ni se corre ni se grita. No tenían idea de adónde los llevaban, pero al embocar el inconfundible Firth of Cromarty, que algunos conocían de tiempos mejores, las voces se corrieron por la toldilla: si entraban en el Cromarty solo podían ir a Nigg o a Invergordon.

Nigg era poco más que un dique seco para naves no muy grandes y un largo pantalán de madera que se internaba en el fiordo. Era lo bastante ancho como para permitir la circulación sobre su lomo de vagonetas de carga, la cual solía consistir en minas de fondo. Los vagones que aquella mañana se adentraban hasta las toperas eran del tipo que transporta pasajeros humildes. Parecían esperar a los que serían vomitados por los acorazados del First Battle Squadron nada más amarrarse al pantalán, a razón de uno por cada lado; así, pasando primero al muelle los del *Royal Sovereign* y el *Ramillies*, y luego los del *Resolution* y el *Royal Oak*, en poco más de una hora los mil quinientos prisioneros quedaron estibados a razón de cien por cada uno de los quince vagones. Estos eran de tipo civil, de dos ejes, aunque adaptados a usos inamistosos; se deducía de que las puertas —cada compartimento tenía la suya—, complementaban su cerradura con un sólido cerrojo que solo era practicable desde fuera. Poco después, el tren, tan largo que desde la cubierta del *Revenge* no se veía la locomotora, se puso en

marcha entre agónicos resoplidos de locomotora.

Una vez alejado el *Royal Oak*, el *Revenge* ocupó su lugar. Sin embargo, el desembarco de los oficiales no se desarrolló como el de la marinería. Con el *Revenge* ya bien amarrado al pantalán, y con los oficiales alemanes formados b<sup>o</sup> las piezas de su torre Y, un teniente les ordenó en mal alemán que se identificaran; ya lo habían hecho al poco de abordar el buque —gracias a eso los ingleses supieron quién era Von Reuter—, pero era evidente que sus anfitriones no confiaban en sus propios datos. Así, de uno en uno, cada oficial dijo su nombre, grado y buque del que procedía. Nada más terminar, y cuando los aburridos oficiales pensaban que ya se ponían en marcha —el tren que se los llevaría ya ganaba el pantalán—, se les apareció el vicealmirante Fremantle, acompañado de doce oficiales, todos ellos —él también— de un blanco immaculado. Llevaba un folio en una mano, de modo que al momento sospecharon que los iban a torturar un poquito más. Siendo evidente que se avecinaba un discurso, Reuter se adelantó un par de pasos, con Wichelhausen a su lado. Como de costumbre, prefería dar a entender que no entendía una palabra de aquella lengua de salvajes y asesinos; a partir de lo sucedido en el *Markgraf* y de las confirmadas muertes a tiros de nueve de sus hombres, entre oficialidad y marinería, él nunca más pensaría otra cosa del idioma inglés.

Al tiempo de todo eso, Wichelhausen reparaba en cuatro tipos en ropas civiles que ocupaban posiciones, cuaderno en mano, a pocos metros de donde ya se situaba el vicealmirante, el cual, a la luz del sol, no parecía el mismo de la noche antes; ahora lo clasificaba como de mediana estatura, barba rala y aspecto general nada impresionante. Había un quinto individuo, pero no enarbolaba cuaderno alguno. Su herramienta era una cámara fotográfica montada sobre un aparatoso trípode.

El vicealmirante, tras ganar el pabellón de guerra (*white ensign*) de popa, comenzó su discurso en un inglés bien pronunciado, con una entonación que Wichelhausen no tardó en identificar; el hablar característico de la Burney's Naval Academy de Gosport.

—Almirante Reuter, no puedo permitir que usted y sus oficiales dejen la custodia de la Royal Navy sin expresarles mi sentimiento de que todos ustedes han violado el honor y las tradiciones más honorables de los marinos de todas las naciones.

Pausa. Parecía ensayada, pues al momento un oficial con distintivos de Lieutenant-Commander repitió lo mismo en un alemán bastante plano, el propio de un hombre con buenos conocimientos del idioma pero que no acostumbra a usarlo, y menos aún en el trato con gente no exquisita. Wichelhausen, muy atento, comparaba las palabras de Fremantle con las de su oficial, y de momento le salía que sí eran fieles al original. Así, desgranando las oraciones como si fueran cañonazos, entre Fremantle y el Lieutenant-Commander invirtieron diez largos minutos en llegar a la traca final de quejas y reproches:

—Ahora confío su custodia a las autoridades militares, en calidad de

prisioneros de guerra y culpables de una flagrante violación de los términos del armisticio del 11 de noviembre.

Reuter, que había mantenido una expresión tan inexpresiva como la de sus hombres, tenía pensada la respuesta. Dando por seguro que les caería una bronca, la propia de un vicealmirante muy puesto en evidencia, se había preparado una contestación que no le hiciera quedar como un imbécil resignado. Así, con la mirada clavada en el Lieutenant-Commander, despeñó:

—Dígale que no estoy de acuerdo en nada de lo que nos ha dicho, y que, como mínimo, nuestras respectivas valoraciones de los hechos y de las circunstancias difieren de un modo absoluto. En cuanto a responsabilidades, hágale saber que yo cargo con todas las que haya, si hay alguna. Añada que, a mi juicio, cualquier oficial inglés puesto en mi lugar habría hecho lo mismo.

El Lieutenant-Commander no traducía tonos. Así, el de suprema indignación del Konteradmiral no llegó al vicealmirante, cuando menos acompañando a las palabras. A esas estaba muy atento Wichelhausen, ya que la expresión zorruna del oficial inglés le hacía temer una posible tergiversación, del estilo *traduttore-traditore*, sin duda que con ánimo de quedar lo mejor posible ante los cuatro supuestos periodistas. Así, cuando el oficial intérprete tradujo las palabras de Reuter en un tono sospechosamente bajo, aunque no tanto como para que Wichelhausen se perdiera su imputación de responsabilidades a supuestas órdenes recibidas en secreto, no vaciló en protestar.

—¡Lo que dice este hombre no se corresponde con lo que ha dicho el Konteradmiral von Reuter! ¡O no conoce bien nuestro idioma o, simplemente, se inventa lo que dice!

Wichelhausen solo tenía ojos para Fremantle. Los de este iban y venían del sonrojado Lieutenant-Commander al muy resuelto, realmente sigfrídico, Kapitänleutnant.

—Pues tradúzcalo usted, oficial.

Wichelhausen lo hizo sin variar una palabra, salvo el mínimo imprescindible que va del alemán al inglés. Tras eso sobrevino un silencio sepulcral, aprovechado por los periodistas para tomar frenéticas notas. Lo rompió Fremantle, aunque no de palabra, sino arrumbando cual esfinge ambulante hacia un escotillón que daba paso a las tripas del *Revenge*. Tras él, su perplejo coro de oficiales. Un teniente coronel de algún antiquísimo regimiento de fusileros, hasta entonces en segundo plano, era el que tomaba el mando, y como era natural lo hacía gritando cual energúmeno, pero aun así Wichelhausen pudo constatar algunas miradas de reconocimiento. La que más al fondo de su alma le llegó fue la del Konteradmiral Ludwig von Reuter.

Ya en el pantalán, no debieron esperar mucho para ser subidos a los carruajes, con ayuda de algún culatazo que otro. Una vez todos arriba, un oficial con pinta de hallarse al mando del tren se dirigió al teniente coronel ensordecedor bajo los atentos ojos de los oficiales alemanes que se habían sentado junto a las ventanillas, como el astuto Wichelhausen. El oficial, tras cuadrarse

aparatosamente, le tendió un papel sujeto a una tablilla y el otro lo firmó sin apenas mirar. Tras eso, el oficial indicó al suboficial encargado de dar salidas que ya podía dar la de su tren. Una vez este comenzó a moverse, Wichelhausen dedicó un último vistazo a un *Revenge* cuyos instintos navales admiraban con sinceridad, para concentrarse acto seguido en el pequeño compartimento de la Great North of Scotland Railway donde Reuter, Oldekop, Angermann, Tapolski, Schilling, los dos médicos y él mismo tenían por delante a saber cuántas horas de un viaje que presentían interminable. Los médicos lo deducían de haber visto embarcar garrafas de agua y paquetes con aspecto de contener bocadillos. Una bendición, comentaban, pues desde poco después de amanecer, cuando les sirvieron agua sucia no demasiado caliente y un trozo de pan, no habían ingerido nada.

El viaje tuvo un primer tramo diurno en el que los involuntarios pasajeros, arrebujados de a ocho por compartimento, se asomaron a la indiscutible belleza del recoleto Firth of Cromarty, así como a la pavorosa fealdad de un poblachón llamado Invergordon, del que alguno de los soldados que les vigilaban comentaba, tan a gritos como allí se acostumbraba, que dentro de poco serviría de acomodo a multitud de marineros licenciados con familia y sin ningún lugar adónde ir. El soldado tenía entendido que se habían construido largas hileras de *row houses*, de madera, para que se acomodaran como pudieran, y tras eso se deshizo en muy negativas consideraciones acerca de cómo trataba Su Majestad el rey a los cientos de miles de soldados y marineros que se habían jugado el culo para que siguiera dándose la gran vida en a saber cuál de sus asquerosos palacios. Los alemanes que habían seguido su discurso, una vez traducido por el omnipresente Wichelhausen, concluyeron que los fusileros del Royal Leicestershire quizá no estaban lejos de verse como los marineros de Kiel o de Wilhelmshaven. La peste de la revolución igual iba ya prendiendo en la infantería británica.

Según anochece el tren se detuvo; la locomotora para estibar agua y los prisioneros para lo contrario. A continuación se les repartieron bocadillos, aunque no se les dijo si llegarían adonde fuese antes o después de amanecer. Se dedujo lo segundo al ser fríamente informados de que mejor harían si se ponían a bien con sus intestinos antes de que se reemprendiera la marcha, pues el tren solo se detendría cuando saliera el sol. Una información que se tomaron con el mismo fatalismo con que aceptaban todo desde *Paragraph elf! Bestdtigen!* A los ya muy fatigados oficiales solo les importaba que, fueran adónde fuesen, ya no tendrían que cagar en mitad del campo.

Llegaron al final del recorrido, un apeadero ferroviario situado en medio de la nada, cuando el sol estaba ya muy alto. Al cabo de unos minutos, formados al pie del tren, se les dijo que su destino final, un campo de prisioneros reservado para oficiales, quedaba como a tres millas de allí, de modo que tenían por delante un agradable paseo veraniego. Nueva ronda de pensamientos resignados y maldiciones masculladas, y echaron a caminar de a cuatro en fondo, el Konteradmiral en cabeza flanqueado por su Estado Mayor. A esas alturas de

singladura, primero por cuenta de la Royal Navy y después a cargo del British Army, empeñadas ambas instituciones en que adelgazar un poco les vendría bien, mostraban un aspecto por demás descangallado, aunque no vencido. A ellos no los había vencido nadie, como se deducía de la forma en que devolvían las miradas a los contados campesinos —algo menos duras si se trataba de campesinas— con que se cruzaban. No les quedaban fuerzas para cantar, y no lo hacían, aunque sí las suficientes para mantener muy alta la cabeza y muy en su sitio la expresión desafiante. Una expresión que se dulcificó al verse frente a lo que ahí supieron se llamaba Donington Hall, Derbyshire. Era un *manor* —el término lo explicó Wichelhausen—, pues a *castle* no llegaba, si bien que por muy poco, y cuyo aspecto era de tener siglo y medio, por lo menos. Según el oficial inglés que dirigía la caminata —un capitán de cierta edad que parecía tan cansado como ellos—, el War Office lo requisó en 1914, con ánimo de acondicionarlo para que allí residieran no más de quinientos oficiales prisioneros. Hasta donde sabía él ya no quedaban tantos. A esas alturas serían unos cien, y como la perspectiva era de que no vendrían más, pues podrían ponerse cómodos, aunque aquello deberían tratarlo con el coronel al mando de Donington Hall. Él solo era responsable de recogerlos en Nigg y soltarlos allí. Era un tipo de innegable buena crianza, de modo que a preguntas de Reuter —a través de Wichelhausen— se lanzó a describir el destino de la marinería de la Internment Formation. Su destino era Mile Hall, en Oswestry, Shropshire; un campo de prisioneros relativamente moderno, para no muchos más de seis mil; estaba medio vacío, de modo que los hombres de Reuter podrían ponerse cómodos, dentro de lo que cabía. El buen hombre, que no tenía práctica en dialogar con almirantes enemigos que se mostraran corteses y no fueran tacaños con el tabaco, les explicó unas cuantas cosas más. En general hablaba de asuntos que para él eran trascendentes —el dudoso porvenir de los oficiales de cierta edad, una vez se les viniera encima la desmovilización, pero que a Reuter y Wichelhausen les traían sin cuidado, aunque su detallada descripción de las repatriaciones ya efectuadas desde Kinston-upon-Hull, de las cuales estaba bien al corriente porque a menudo le tocaba conducir las, sí que les interesó, de modo que a partir de ahí compusieron sus más atentas expresiones, a fin de animar al buen capitán a que siguiera contándoles cosas.

Según explicaba. Mile Hall, como la mayoría de los campos de prisioneros, no distinguía entre oficiales y soldados, porque así se hacían las cosas con los huéspedes del British Army. Con los de la Royal Navy los usos eran distintos, empezando por separar a la marinería de la oficialidad. En los campos como Mile Hall era obligatorio que los soldados prisioneros trabajasen, aunque poniendo cuidado de pagarles lo mismo que a los soldados británicos; la mitad de su salario se les abonaba en fichas que podían después cambiar en el economato del campo. La otra mitad la conservaba el War Office para ingresarla en la cuenta que designaran, en Alemania o donde fuera, cuando la guerra terminase y fueran repatriados. Todo eso se hacía bajo la supervisión de un comisionado de la

embajada de la Confederación Helvética, potencia protectora de los prisioneros alemanes. Su protección iba más allá, o eso tenía él entendido, ya que por cuestiones de salud se habían enviado a Suiza no menos de veinticinco mil heridos o enfermos. Allí se les reparaba, pero cuando estaban de nuevo en forma no eran devueltos al Reich, ni a Inglaterra, sino que se les internaba en campos desplegados en las idílicas riberas del lago de los Cuatro Cantones. Él no tenía muy claro que la devolución a sus casas se cumpliera, aunque hasta donde sabía nunca hubo quejas. El comisionado suizo, además, en los últimos tiempos se mostraba muy activo, ejerciendo más presión de la que al War Office le parecía razonable para que se devolviesen a su país los prisioneros alemanes. Sería cosa de días que le vieran aparecer por Donington Hall, pero a partir de ahí ya no dijo nada, pues tras cruzar la vega de seguridad avanzaban hacia el edificio principal —había otros, pero eran barracones de madera—, en cuya puerta esperaba la supuesta plana mayor de Donington Hall, su coronel a la cabeza. Sus distintivos eran diferentes de los que lucía en el hombro el capitán acompañante, misterio que resolvió él mismo; a partir de aquel momento pasaban a la jurisdicción del Royal Defence Corps, el cuál, su deber era decírselo, era de gatillo fácil.

El coronel Van Kleig no era inglés, sino sudafricano; fue lo primero que les dijo en un excelente alemán. Había pasado su infancia en la Deutsch-Südwestafrika<sup>[42]</sup>, de modo que hablaba un alemán de nativo, aunque con el áspero acento de las colonias. Podía garantizarles una cómoda estancia en Donington Hall, las pocas semanas, o pocos meses, que fueran a pasar allí, siempre y cuando pusieran un mínimo de su parte, como reprimir sus naturales ansias de huir, aceptar las mínimas obligaciones de formar antes de desayunar, a fin de pasar lista, y presentarse a cenar debidamente uniformados. Ah, y poner buena cara cuando los periodistas pasaran por allí, lo que hacían con fastidiosa frecuencia. Por lo demás, Donington Hall era más un centro de veraneo que otra cosa; ya sabía que sonaba exagerado, pero esperaba que dentro de poco aceptaran que les decía la verdad. Para empezar, no deberían ocuparse de la limpieza ni de las cocinas. Era porque no serían los únicos alemanes en el campo. Dejando aparte el centenar y poco que aún quedaban de los quinientos que había llegado a cobijar, había ciento dieciséis más. No eran oficiales y no vivían en el *castle*, sino en unos barracones adecuados a su rango de intocables que quizás hubieran visto, según llegaban. Se ocupaban de la limpieza, de las cocinas y de mantener la propiedad en estado de revista. No lo hacían gratis, pues el War Office les pagaba el salario correspondiente a un soldado británico; esa era la razón, entendía él, de que hubieran pasado del modo más olímpico las dos veces que les preguntó si deseaban apuntarse a la siguiente repatriación. Por lo visto, las condiciones de vida en Alemania eran tan malas que preferían seguir en Donington Hall, criando unos ahorros con los que sobrevivir cuando volvieran a la Deutsche Republik. Por lo demás, vivir allí esperaba que no fuera para ellos — los doscientos veinte oficiales que le miraban con hastío— una experiencia demasiado aburrida. Tendrían a su disposición una excelente oferta de

instalaciones deportivas, como un campo de fútbol, cuatro pistas de *lawn-tennis*, una de *hockey* y otra de *croquet*, todas ellas de hierba bien cuidada. La prensa llegaba diariamente, y a él no le importaría que leyeran periódicos alemanes si, una vez se firmara el tratado de paz, anunciado para el día 28, la censura se aliviase y los periódicos alemanes volvieran a Inglaterra. En el capítulo de las atenciones materiales, Donington Hall estaba compartimentado para hospedar quinientos oficiales, a razón de doce por dormitorio, pero como a partir de aquella noche no serían más de trescientos, él estaría de acuerdo en que se repartieran como quisieran. En cuanto al sanitario, existían cuatro instalaciones de gran tamaño, dos por piso y ala del edificio, las cuales contaban con algo que les alegraría: duchas de agua caliente —las primeras sonrisas comenzaron a ser visibles. En el alimentario, lamentaba decirles que Inglaterra seguía en pleno racionamiento, de modo que las variantes de los menús serían bastante limitadas, si bien les aseguraba un buen suministro de verduras, ya que otra peculiaridad de Donington Hall era poseer un huerto bien cuidado. Por último, no había restricción en el consumo de tabaco. En cuanto al de bebidas alcohólicas, que ya se le olvidaba, debía decirles que no estaban permitidas, aunque había costumbre de hacer la vista gorda si de vez en cuando se desfondaba un barril de cerveza, siempre y cuando, y en eso no le quedaba más remedio que ponerse muy serio, reinara la paz y los recién llegados oficiales fueran tan civilizados como los que conocerían en la cena, si antes no lo hacían por sus propios me— dios. Tras eso explicó que varios suboficiales les acompañarían a los dormitorios, para dar a continuación dos pasos a un lado, al tiempo de indicar a Von Reuter que mejor si primero le seguía, pues debían hablar en privado.

No mucho después, los siete ya instalados en un dormitorio de diez, se preguntaban si elegir cama o esperar a Von Reuter, aunque no les extrañaría que Van Kleij le ofreciera un cuarto para él solo. Después de todo, y como les dijo el suboficial que les llevó allí, Von Reuter era el oficial alemán de mayor graduación en Donington Hall. En eso estaban cuando vieron llegar a Reuter. Van Kleij, efectivamente, le había ofrecido una *suite* con despacho, pero lo declinó. Había hecho todo el camino con sus hombres y así quería seguir. Traía el *Times* de aquel día, y alguna información de interés. La principal era que, según Van Kleij, no saldrían de allí antes de dos meses. Ya se habían efectuado varias repatriaciones, aunque casi todas motivadas por problemas de salud, en unos casos física y en otros mental, esta porque no pocos prisioneros estaban allí desde 1914. También según Van Kleij, el número máximo de alemanes prisioneros en el Reino Unido superaba los doscientos mil en octubre de 1918, repartidos entre 142 campos situados en Inglaterra, 14 en Escocia y 9 en Irlanda. Desde ahí las cifras descendían hasta las de hacía una semana, 88 004 miembros del Heer y 2899 de la Kaiserliche Marine, de los que mil setecientos y pico procedían de la Internment Formation. Los planes de repatriación, hasta donde le habían contado, no acelerarían en los próximos tres meses, para volverse más expeditivos a finales de septiembre. El objetivo del War Office, por lo visto, era que a primeros de

diciembre no quedarán prisioneros en el Reino Unido. Por último, los criterios de selección de prisioneros a repatriar anteponían el tiempo que llevarán en cautiverio. Si eso se aplicase a los hombres de Reuter, y Van Kleij sospechaba que así sería, estaba claro que serían los últimos en volver a su país.

Era una información de agradecer. Así se lo dijo Reuter y así la compartía con su Estado Mayor. Tras eso cada uno se dedicó a sus cosas, empezando por comprobar que las duchas eran de agua caliente. Wichelhausen prefirió escribir a Queralt. Dos cartas. Una la tramitaría por el conducto regular, de modo que sería censurada y no estaría en la Gendarmenmarkt antes de tres semanas. La otra, más expresiva, y más tierna, intentaría que se la llevara el comisionado suizo, cuando le vieran por allí. No le convencería por las buenas, cosa fastidiosa porque no tenía mucho con lo cual sobornarle, aunque ahí recordó una de las clarividencias de Queralt, la de haberle cosido en la cinturilla de sus calzoncillos más viejos unos cuantos rubíes de los que compró en el Kapalıçarşı de 1917, en varios lotes y en diversidad de piedras, cuando ya casi no había dinero y si se sabía regatear se conseguían precios asombrosos. Los tenía olvidados, pero el preguntarse cómo sobornar al funcionario helvético le activó la memoria. Sonriente, pues en su experiencia no había funcionario al que no se pudiera comprar, se concentró en la carta. En cuanto a otra cosa que también pensaba escribir, el relato detallado de lo sucedido desde *Paragraph elf! Bestatigen!*, ya lo haría en otro momento. Le importaba mucho más hablar con su mujer, pues para él escribir una carta era otra forma de volver a estar con ella. Siquiera, en su imaginación.

## Viernes, 31 de octubre de 1919

La vida en Donington Hall había cambiado mucho. Ya no quedaba nadie anterior a la llegada de Reuter y sus oficiales. Tampoco había muchos de estos, ya que, de Kapitänleutnant abajo, todos estaban en el Reich. Solo seguían allí Von Reuter y sus capitanes de fragata y de corbeta, y también Schilling y Wichelhausen, los dos por lealtad hacia su jefe, aunque de naturaleza distinta. Schilling era su Flaggleutnant, y sin su casi maternal atención el Konteradmiral se despistaría mucho más de lo que ya lo hacía. Wichelhausen le seguía siendo necesario como traductor, aunque no por cuestiones relacionadas con Donington Hall, ya que con Van Kleij se comunicaba sin problemas, sino por el no desvanecido riesgo de ser procesado por la Royal Navy, la cual parecía no digerir la pérdida de la Internment Formation, ni se veía con fuerzas, o con ganas, de resistir la indignación de Francia y de Italia, que ya contaban la una con el III Schlachtgeschwader y la otra con el IV —y con los *schlachtskreuzer* y el *Baden* ya verían lo que hacían—, y que ahora debían conformarse con un chatarroso *Badén* y con un puñado de cruceros ligeros, destructores y torpederos tan encharcados que a saber si algún día volvían a dar adelante. A eso se debía el reclamar las cabezas de Von Reuter y de sus cómplices, los que le secundaron en Scapa Flow y los que desde Berlín le ordenaron hacer lo que hizo. Von Trotha se defendía bien, ya que nadie le podía probar nada; Von Reuter, por el contrario, al declarar públicamente que la responsabilidad fue suya, se puso en el punto de mira de los que deseaban hacer sangre. Su mejor defensa eran Fremantle y sus superiores. Madden y Beatty —comandante de la Atlantic Fleet y comandante supremo de la Royal Navy, respectivamente—; no defendían a Von Reuter, pero sabían que, si se veía forzado a declarar ante un tribunal británico, si no internacional, afirmarían que la inexplicable salida del First Battle Squadron en la mañana del 21 de junio solo podía interpretarse como lo hizo él: una descarada invitación a que hundiera sus barcos y así ahorrara a Inglaterra el fastidio de repartir entre sus aliados unos buques que reducirían en gran medida la diferencia de número y de calidad que la Royal Navy mantenía frente a las armadas francesa, italiana y japonesa, lo que, como primera consecuencia, le impediría llevar adelante su anunciado programa de reducción de unidades pesadas —los buques construidos antes de 1915 serían

desguazados— y su correspondiente reducción de personal. Todo eso sería catastrófico para Lloyd George, mucho más interesado en pasar página y hacer frente a una posguerra que se adivinaba terrible. A eso se debía que Reuter se mantuviera tranquilo, pese a ser consciente de que mientras no se viera en Alemania no estaría en franquía.

Los prisioneros que se ocupaban de Donington Hall ya eran menos de sesenta. Si solo debieran ocuparse de los oficiales que aún andaban por allí no deberían ser más de veinte, pero Van Kleij tenía presupuesto para mantenerlos hasta Navidad, a fin de que devolvieran Donington Hall a su estado anterior a la requisita. Sería verdad o no, pero el hecho era que Reuter y sus mandos superiores, capitán de fragata Oldekop, capitanes de corbeta Angermann, Heyden —*Hindenburg*—, Pastuszyk —*Derfflinger*—, Zirzow —*Baden*—, Wachter —*Friedrich der Große*—, Böhmer —*König Albert*—, Junkermann —*König*—, Viertel —*Kaiserin*—, y tenientes de navío Wichelhausen, Brauer —*Seydlitz*—, Crelinger —*Moltke*—, Meißner —*Bayern*—, Wollanke —*Von der Tann*—, Becker —*Kronprinz Wilhelm*—, Beer —*Großer Kurfürst*—, Reiche —*Prinzregent Luitpold*— y Wippen —*Kaiser*—, así como el alférez de navío Schilling, jamás habían estado tan diligentemente atendidos a lo largo de su vida militar.

En Mile Hall solo quedaban trescientos, aunque parecía cosa de días que fueran enviados a Hull para embarcar en un carguero alemán. Tras eso Mile Hall sería desmantelado. Era de lamentar que a mediados de julio un centinela se cargase a un fogonero del V-82, un tal Oster, al cual le cabía el triste honor de ser el último alemán caído por arma de fuego en la Gran Guerra. Esa muerte innecesaria —el pobre diablo no intentaba escapar; solo perseguía un balón, o eso explicaron a Van Kleij— creó un malestar en Mile Hall poco menos que incendiario. El jefe del campo, a fin de atajarlo, envió muy lejos al soldado matador, el cual fue sometido a un consejo de guerra; salió absuelto, como era natural. Aquello tuvo la virtud, sin embargo, de dar prioridad a Mile Hall, de modo que sería de los primeros campos en ser clausurados por repatriación de sus internos.

Tras la firma del que se dio en llamar Tratado de Versalles, las condiciones en que vegetaban los prisioneros alemanes se dulcificaron. Las cartas llegaban antes —ya no pasaban censura—, como los cada vez más numerosos paquetes dirigidos a los prisioneros. No podían contener alimentos ni publicaciones sospechosas, pero sí ropa, calzado, fotografías y cartas manuscritas; gracias a eso la oficina local del Royal Mail estuvo desbordada unas cuantas semanas. En aquellos días lo estaba menos, porque solo llegaban paquetes para ochenta prisioneros, pero aun así seguía siendo una carga excesiva para el muy quejoso delegado del correo británico, pues el único medio de transporte y reparto con el que contaba era una bicicleta.

La cocina de Donington Hall también mejoraba. Incluso comían carne, cosa impensable cuando llegaron, y también se veían botellas de vino. Las cartas que dirigían a sus casas habían pasado a ser censuradas por Van Kleij, el cual

demostraba no solo una considerable manga ancha, sino que se daba prisa en hacerlas llegar al Royal Mail. Gracias a sus esfuerzos Wichelhausen supo tan pronto como el diez de julio que desde hacía once días era padre de una robusta niña de cuatro kilos, que tenía los mismos ojos de su padre y a la que, a reserva de mejor opinión paterna, se había cristianado con los nombres de Núría e Ingeborg, el primero por seguir la tradición de las hembras Mir y el segundo porque su más hermana que cuñada se desvivía tanto por ella que de algún modo se lo debía reconocer. Por lo demás, Queralt se recuperaba con normalidad. Esperaba que a su vuelta no la encontrara mucho más gorda que de costumbre, si bien deseaba que determinados componentes de su plano superior se mantuvieran en sus nuevos volúmenes, a mayor gloria y satisfacción de su dueño y señor. Una carta que se había llevado a un retrete, para releerla en plena intimidad y así no dejar que los demás se admiraran de los lagrimones que caían por las mejillas del terrible Yavuz Şahin Gözü.

Por lo demás, el tiempo transcurría para los veinte oficiales como pronosticara Van Kleij. Los más jóvenes jugaban al fútbol contra los encargados de que vivieran como príncipes, y también contra el destacamento del Defence Corps, con el que habían sellado un pacto de no agresión. Los dos bandos sabían que sus vidas no tardarían en separarse, y pretendían no dejar malos recuerdos, ni malas sangres, en las cabezas de los que ya no veían como enemigos. También se daban verdaderas palizas con el tenis —Reuter jugaba muy bien para su edad, sobre todo contra Van Kleij—; era muy normal que tras cenar se juntaran a cantar cancioncillas tabernarias desprovistas de significado político, a las que a menudo se unían Van Kleij y algunos de sus hombres, y también lo era que compartieran con sus carceleros el chocolate y el *schnaps* que les hacía llegar la Cruz Roja suiza. Esa noche, por ejemplo, el motivo de juntarse a reír y a cantar era celebrar que su jefe ya no era el Konteradmiral Von Reuter; ahora era el Vizeadmiral Von Reuter, lo cual le costó ser paseado a hombros entre grandes risas. En esa forma combatían la impaciencia y el insoportable deseo de regresar con los suyos, y no solo por volver a estar con ellos, sino por defenderlos de los vaivenes revolucionarios que sufría su torturada patria. El que más y el que menos sabía el nombre de dos o tres *freikorps*, aunque también les sonaban los de las facciones espartaquistas con quienes aquellos se las veían en las calles de no pocas ciudades, Berhn y Múnich a la cabeza. En eso era llamativa la simpatía por el orden que manifestaban, y si el orden estaba con los despiadados *freikorps*, y con ciertos partidos políticos que florecían cual setas en otoño, pues ellos estarían con el orden, lo representara quien lo representase. Por ejemplo, una diminuta formación nacida en Múnich y que según Meißner, bávaro de cuatro abuelos, se desarrollaba con sorprendente velocidad. Se llamaba NSDAP —Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei— y a su frente se hallaba un tipo que sabía decir las cosas que más agradecían los veteranos de las trincheras; él lo era, pues lucía una EK2 que había ganado pese a ser un simple cabo. Por lo que

decía su mujer parecía más de fiar que Scheidemann, Bauer, Ebert, Müller y el resto de la puta pandilla. Cuando menos, era de los que afirmaban, a las claras, que a los soldados y a los marinos alemanes no los había vencido nadie, y que solo sucedió que los comunistas y los judíos los apuñalaron por la espalda. Unos comunistas y unos judíos de los que Alemania debería librarse cuanto antes, para después hacer ver a quienes les impusieron el infamante Tratado de Versalles que los alemanes estaban lejos de haberse vuelto los vasallos de nadie. A casi todos, tras escuchar la descripción de Meißner —la despeñaba con frecuencia—, les parecía que igual podía contarse con el tipo ese y con su partido. Con el tal Adolf Hitler y con el tal NSDAP.

## Miércoles, 24 de diciembre de 1919

Lo único que animaba la triste cena de Nochebuena era la convicción de que no podía faltar mucho para que los repatriaran. Ya solo quedaban Reuter, Oldekop, Heyden, Pastuszyk, Junkermann, Zirzow, Bohmer, Viertel, Wachter, Wichelhausen y Schilling. Los cuarenta y cinco encargados de restaurar los tejados de Donington Hall y dar al castillo una mano de pintura, ya estaban en el Reich, a tiempo de cenar con sus familias; solo quedaban los diez que se ocuparían de cocinar y limpiar mientras Von Reuter y los suyos siguieran allí. El destacamento del Defence Corp se había reducido a doce hombres al mando de un Van Kleij que no pensaba ceder el mando mientras allí quedara un alemán. Las protestas en Alemania por el maltrato a Von Reuter y sus oficiales ya eran por demás incómodas, sobre todo para la Royal Navy, acusada de llevar a cabo una venganza ruin contra unos oficiales que solo habían defendido el honor de la Reichsmarine. Unas protestas amplificadas por varias embajadas acreditadas en Londres, como la suiza, la sueca y la holandesa. Incluso los Estados Unidos preguntaban la razón de que a los 4161 oficiales liberados a primeros de mes — junto a 73 11^ soldados y marineros— no se hubieran añadido los once de Donington Hall. En realidad eran algunos más, comentó Van Kleij a Von Reuter aquella mañana. Según las cifras que le comunicaron en una reunión del War Office, aún quedaban en Inglaterra 3624 prisioneros que no pasarían la Navidad en su casa, de los que todos salvo 704 austríacos eran alemanes.

A Wichelhausen se lo llevaban los demonios, a un punto tal que debía recurrir a su más extremo autocontrol para que no lo notasen sus compañeros. Estaba convencido de que la prolongación de su internamiento era una mezquina represalia de la Royal Navy. A sus mandos, empezando por Beatty y terminando en Fremantle, debía de haberlos irritado sobremanera el Gotterdammerung de Scapa Flow, tanto como la pérdida del *Indefatigable*, el *Invincible* y el *Queen Mary*. No les bastaba con dejar a la Deutsche Republik sin una marina digna de tal nombre, sino que aplicaban su ira en los únicos oficiales sobre los que aún podían hacerlo. A eso se debía un efecto que, hasta donde podía comprobar, era común en Donington Hall: la guerra, que para todos fue un asunto profesional, lo propio de todo guerrero entrenado para ser eso y no un asesino, se les había vuelto

personal, del tipo que deja cuentas por ajustar. Él, cuando menos, tenía conciencia de que así eran las suyas, las que acumulaba desde que vio asesinar al comandante del *Markgraf*, su amigo Walter Schumann. No sabía cuándo ni cómo las cobraría, pero estaba seguro de que, tarde o temprano, a la Royal Navy le giraría una factura bien cargada de intereses.

Definitivamente, su guerra personal estaba lejos de haber acabado. Por mucho que no se lo pudiera explicar a nadie.

\* \* \*

La casa de *Frau* Mina estaba menos concurrida que un año antes. Por precaria que fuera la paz, cundía el sentimiento de que los Wichelhausen deberían dejarse ver por los parientes de sus cónyuges, y más si su porvenir dependía de lo bien que se llevaran con ellos. Así, Jürgen, Pauline y Ludwig no solo cenaban en Regensburg, sino que se habían establecido allí, pues Jürgen, tras cuatro años de construir fortificaciones, se había vuelto un virtuoso del hormigón, y en Bayern había buenas posibilidades para los pocos arquitectos que podían decir lo mismo. Albert y Gretchen, de barriga indisimulable, vivían en Wiesbaden; ejercer la medicina en la Republik era una obra de caridad, porque casi nadie tenía con qué pagar, pero el Ayuntamiento de Wiesbaden había convertido en civil un hospital militar; Albert ganó una plaza de nefrólogo, no por las buenas, sino por intercesión de un suegro bien conectado. Era natural que cenaran con quienes les convertían un futuro dudoso en un presente prometedor; además, lo que Gretchen alumbraría en abril sería el primer nieto de sus abuelos, y en consecuencia sentía un profundo alivio al decirse que, cuando pariera, tendría junto a ella la que sin duda querría enseñarle todo lo que debe saber una madre primeriza, siendo lo primero dejarle ocuparse de cada cosa. Ernst estaba presente, como Wally, Inga y Queralt —y Núria—, pero no Minnie, que cenaría con Richard y su familia, ni tampoco Lilo, que junto a Walther y Usch lo haría con sus cuñados. Eso dejaba la cuenta de adultos en solo cinco, los mismos que pese al deseo general de mostrarse alegres no conseguían disimular la tristeza que sentían por Rolf, el marido, padre, hijo y hermano ausente.

—¿Se sabe algo nuevo?

Ernst no conocía las últimas noticias, las que trajo Queralt a media tarde, aunque a esta no le importó repetirlas.

—Hoy volví a tomar el té con Souchon, para que conociese a la niña y me contara cómo estaban las cosas, si algo sabía, porque desde que se retiró nadie le cuenta nada, o eso dice. No creo que sea cierto, porque según dijo después una cierta gestión de la embajada sueca está por fructificar. Si se confirma, el grueso de los tres mil y pico volverá entre mediados y finales del mes que viene. Solo se quedarán los que anden cumpliendo algún castigo grave, como pegarse con los

guardianes y cosas así. El piensa que Von Reuter y los suyos, como son jefes y oficiales, no irán con la manada, sino por separado. Ahora, cuando lleguen se llevarán, todos menos Reuter, una gran alegría; su cautiverio de año y pico, en Scapa Flow y en Donington Hall, les valdrá para quedarse. —Un gesto de no comprender—. Quiero decir que, con la reducción de personal exigida por el tratado de paz, la Reichsmarine solo podrá tener mil quinientos oficiales, de modo que cuatro de cada cinco se quedarán sin plaza. La suerte de los de Reuter, que no la de Reuter, es que seguirán en la Reichsmarine. A Rolf se lo prometió Von Trotha en compensación por marchar a Scapa Flow, pero los demás no lo tenían seguro. Más no se atrevió a profetizar. Ni siquiera si les repatriarían antes o después que a los demás. Y eso fue todo.

—¿Por qué a Reuter no le dejarán quedarse?

—Por lo mismo que no han dejado a casi ningún mando mayor de cuarenta y cinco años. Y a poquísimos contralmirantes o vicealmirantes. Simplemente, no hay sitio para todos.

Suspiraba con desánimo, aunque no por el futuro de Reuter. Era que, conociendo a su marido como le conocía, más de lo que se conocía él a sí mismo, veía posible que rayara en la desesperación, y un hombre desesperado hace tonterías. A ella no le ocurriría, o pensaba que no —era mucho más fría que él—, pero le preocupaba que Rolf pudiera meter la pata y destrozarse la vida, y al tiempo la suya y la de su hija. Procuraba que nadie advirtiera lo que pasaba por su cabeza, y por eso componía todo el tiempo una expresión de fortaleza estoica, como la de una Casandra prusiana, pero Inga, la que mejor la entendía de los sentados a la mesa, sospechaba que la procesión iba por dentro. Queralt no era una mujer que se dejara deprimir, aunque lo cierto era que ya caminaba por el borde.

—Lo mejor que me dijo es que los ingleses no procesarán a Reuter. Ya sé que parece mentira, pero a Beatty se le metió entre ceja y ceja, y en Inglaterra no hay quien le pare cuando deja de razonar. Ventajas de ser un héroe nacional, por lo visto.

—¿De veras allí le tienen por un héroe?

—Pues sí, pese a que la gran ocasión de su vida fue una derrota colosal, pero han ganado la guerra, y cuando pasa eso el pueblo inglés diviniza incluso a los idiotas. Habrían podido hacerlo con JeUicoe, pues mostró verdadero sentido común en Skagerrak, pero es un tipo menos fotogénico, menos *british* que Beatty. Haig, el de la infantería, se dejó comer el terreno por Pershing, el americano, y Foch, el francés. Ya veis, a la hora de glorificar solo tenían a Beatty. Por eso no les queda otra que pechar con sus caprichos, y uno de los peores es no dejar volver a Reuter y a los suyos. Más concretamente, a mi marido.

Mina e Inga extendieron sus manos para tocar sendos antebrazos de su nuera y hermana, la cual luchaba con sus lágrimas. Salió victoriosa. De ningún modo permitiría que la vieran llorar. Eso quedaba para la intimidad de su cuarto, con su hija en brazos según le daba la última teta, la de implorar al Señor que tuviera

bastante hasta el amanecer.

—Le siguen cubriendo de honores. Le ascendieron a Full Admiral y después a Fleet Admiral; más o menos, como Großadmiral. Luego le hicieron conde, o *earl*. Conde de Beatty, vizconde de Borodale y barón Beatty del North Sea y Brooksby. Lo último, dice Souchon, es que desde hace unos días es el primer lord del Mar, el cargo más importante de la Royal Navy. El único disgusto que le han dado es que alguien le postuló para un puesto de gran importancia, gobernador general del Canadá, pero el secretario de Colonias no tragó. Según hizo saber, Beatty carece de los modales y de la serenidad necesarios para un puesto que viene a ser el de un virrey, y por si eso fuera poco padece una mujer norteamericana de muchísimo dinero, pero con un carácter infernal. El tal secretario le puso la proa tan a las claras que quienes le postulaban recularon. Souchon dice que no le cuentan nada, pero no parece desconectado, ni desinformado.

—Llegasteis a intimar mucho, ¿verdad?

—Tu hijo, sí. Le sacó de catorce mil apuros. Yo, bastante menos, aunque me cogió cariño. Me consta que hace cuanto puede para que Rolf vuelva, pero no es algo a su alcance.

Sobre la mesa cayó el mismo dosel de tristeza que unos minutos antes, aunque Mina, muy al quite, lo supo sacudir.

—La Beatty, ¿no fue la endomingadísima que se quedó a cuadros cuando los del *Friedrich der Große* le mostraron el culo?

La carcajada fue general. En mayor o menor medida todos recordaban un episodio que llegó al Reich dando un largo rodeo, pues no había periodistas alemanes el día en que la Transfer Formation echó el ancla en el Firth of Forth.

—Bien por el *Friedrich der Große*. Por sus tripulantes.

—Eran todos revolucionarios, Mina.

—Lo serían, Queralt, pero enseñarle las posaderas a la puta esa seguro que tiene indulgencia plenaria.

Se sonrieron, encantadas la una con la otra. Queralt, en especial, se admiraba del gran señorío con que su suegra despeñaba las palabrotas. Casi, casi, como una grande de España.

## Sábado, 31 de enero de 1920

El *Lisboa* era un carguero construido en Lübeck hacía once años. Solo daba diez nudos, pero a su antigua dueña —Oldenburg Portugiesische Dampfschiffs Rhederei-Schultze & Burmeister, de Hamburg— le bastaban. Su nuevo dueño era el TSC —The Shipping Controller—, un organismo creado para recuperar la capitidismínuida flota mercante británica; se concentraba en la construcción de barcos, lo que daba trabajo a miles de obreros en unos astilleros que se habían quedado sin nada que hacer, cuando menos en el terreno militar, pero eso no bastaba para cubrir las necesidades de numerosos armadores que, gracias al Admiral Scheer, carecían de recursos suficientes para llevar mercancías de un puerto para otro. A fin de compensar esa insuficiencia se habían embargado numerosos cargueros alemanes, aunque, como sería una requisa temporal, pues en un año los devolverían a sus propietarios, conservaban sus tripulaciones. En el *Lisboa*, y salvo el capitán y el piloto, eran todos alemanes. El TSC lo empleaba en la ruta Hull-Hamburgo, con escasa carga en rumbo sureste y bastante más en el contrario, pues en algo había que transportar el mucho material industrial requisado por Inglaterra como reparación de guerra. Dos días antes, poco antes de zarpar de Kinston-upon-Hull, a su capitán se le dijo que aguardase a la marea siguiente, la del atardecer del jueves 29, y que antes de fondear en Hamburgo debía tocar en Wilhelmshaven para dejar allí once oficiales alemanes. La noticia llegó a Van Kleij, por llamada telefónica del War Office, a primera hora de la mañana del 29, cuando sus últimos oficiales prisioneros terminaban su desayuno. Les dio la noticia en persona, con fuertes voces, a lo cual correspondieron paseándole a hombros por el comedor. Van Kleij había sido el más excelente de los carceleros y siempre le tendrían en su mejor consideración, o eso proclamó Von Reuter en nombre de todos. Tras eso recogieron sus cosas y subieron al camión en que Van Kleij pensaba llevarles adonde la Great North of Scotland Railway los abandonara siete meses antes. Siete meses que se les hicieron eternos, aunque no por culpa de Van Kleij, ejemplo indiscutible del soldado ejemplar, firme cumplidor de su deber a la hora de los cañonazos, aunque magnánimo en la victoria. Quizá, por no ser inglés.

Una vez en el *Lisboa* no les costó resignarse a emprender una travesía de 320

millas a menos de diez nudos, o treinta y tres horas de navegación por un mar del Norte tan sombrío y revuelto como solía ser en lo peor del invierno. El *Lisboa* no les ofrecía comodidades, salvo unos cuantos camastros a instalar en una bodega; no era un buque de carga y pasaje, sino un mercante puro. Los tripulantes, por fortuna, no tardaron en reconocerles, para compartir con ellos lo poco que tenían; también sucedió a la inversa, ya que salieron de Donington Hall bien pertrechados de alimentos, chocolate y botellas de vino; el penúltimo detalle de Van Kleij fue abrirles sus cámaras y aconsejarles que se llevaran todo lo que pudieran. Por si acaso.

Un mercante que navega en lastre por una mar peor que gruesa no es lo mejor para los que tienden a marearse. Reuter y los suyos se habían acostumbrado a los grandes buques, de mangas muy anchas y estabilizados a la perfección, de modo que más de uno dejó su desayuno en el mar del Norte, pero todo lo daban por bueno al pensar que al amanecer del sábado 31 dejarían Schilling por estribor y fondearían en una Wilhelmshaven que a saber cómo estaría. Los tripulantes no lo sabían, pues el *Lisboa jamás* había tocado allí, ni el capitán tenía la menor idea de dónde deberían fondear, ni cómo, pero le tranquilizaron en cuanto lo dijo: por si no se había dado cuenta, llevaba los once mejores pilotos para entrar en Wühelmshaven con los que capitán inglés alguno podría soñar.

Las treinta y tres horas se les hicieron tan eternas como los siete meses anteriores, pero al fin llegó la mañana del 31, y con ella las playas de Wangerooge, la isla más al este de Ostfriesland. Era lo primero que veían de Alemania desde que arrumbaron al Firth of Forth, y no dudaron en emocionarse, hasta el punto de que cuando Von Reuter se arrancó con la primera estrofa del *Deutschland über Alies* se le unieron al unísono, pese a la mirada desdeñosa de un capitán que jamás había mandado un buque de combate. No llegaron ni a la mitad del himno, pues nada más virar a estribor, hacia Minsener Oog y Schillig, vieron algo que no se habían atrevido a esperar: una flotilla de torpederos alemanes avanzaba en su dirección con sus banderas al viento y haciendo sonar todas sus sirenas. Eso sí pareció conmover al capitán inglés; eso y que su tripulación se sumaba sin dudarlo al griterío de los once pasajeros. Mejor poner buena cara, pareció decirse, y a fin de que se llevaran un buen recuerdo empuñó unas cuantas tazas y su gran tetera, y a pasos inseguros ganó la posición del Vizeadmiral von Reuter.

—¡Enhorabuena, señor!

Y se llevó una mano a la gorra tras dejar las tazas donde buenamente pudo. Era la hora, convino consigo mismo, de sepultar el hacha de guerra. Siquiera, por un tiempo.

\* \* \*

La noticia de la repatriación llegó a las familias de los once por llamada

telefónica de la secretaría del Chef der Admiralität, Vizeadmiral Von Trotha. En el Bendlerblock la esperaban en cualquier momento. Llegó por telegrama de la embajada suiza a la Secretaría de Asuntos Exteriores, la cual no tardó un minuto en poner al corriente a la Reichsmarine. Dada la hora prevista de llegada —entre las nueve y las once de la mañana—, y siendo Von Trotha consciente de que buena parte de las esposas e hijos de los once habían montado la tienda en Berlín pese a tener en Wilhelmshaven una vivienda de la Reichsmarine, hizo que se movilizara un tren especial, uno que saldría de la Lehrter Stadtbahnhofa las cinco de la mañana y que por la noche dejaría en el mismo lugar a quienes quisieran recibir en Wilhelmshaven a los últimos de la Internierungsverband. A eso se debía que una pequeña multitud aguardara desde las once la llegada del *Lisboa*. La tal pequeña multitud estaba encabezada por la joven y elegante *Frau* Johanna von Reuter, la cual, en pie junto al Vizeadmiral Von Trotha, sujetando de la mano a su hijo Derfflinger, de cinco años, y con el otro, Wolfgang —de solo dos—, en su brazo derecho, se sostenía con prusiana dignidad. A su otro lado, a la todavía más joven, no menos elegante y mucho más atractiva *Frau* Queralt Wichelhausen, con su hija Nuria tranquilamente dormida en su cochecito, nadie habría dudado en tomarla por prusiana legítima. Flanqueándola por su otra banda formaban su suegra Mina, su cuñado Ernst y su hermana Inga, que no habían dudado en aceptar el tremendo madrugón con tal de no dejar solas a las más modernas de las Wichelhausen.

Al *Lisboa* le fue fácil amarrar, porque dos remolcadores hicieron casi todo el trabajo. La pequeña multitud, a la que se sumaba una tampoco grande de periodistas y fotógrafos, no se preocupaba de las maniobras del *Lisboa*, sino de los once oficiales alineados en cubierta, los cuales braceaban a sus familias con justificable alborozo. Nada más quedar el *Lisboa* fijado al muelle, sus tripulantes tendieron una escala ordinaria, y por ella descendieron los once marinos, Von Reuter a la cabeza. Ya en tierra, sus oficiales alineados tras él, se cuadró con sencillez ante un Chef der Admiraltát que a su vez hacía lo mismo. Al tiempo, la mayoría de los presentes se arrancaban con el *Deutschland über Alles*, y en justa reciprocidad un primer aluvión de lágrimas comenzó a descender por las mejillas de no pocas damas y de unos cuantos caballeros. Los once de Scapa Flow, al fin, en casa. Tras eso, la formalidad se disolvió. Cada uno de los once hizo por los suyos, de modo que al poco todo era una explosión, tan contenida como era propio de la oficialidad alemana, de besos, abrazos, más lágrimas y mucha, mucha emoción.

Un encuentro muy discreto, aunque de los más apasionados, corrió a cargo de la familia Wichelhausen. Rolf se había plantado ante su mujer, mirándola con una gran sonrisa, mientras ella, tampoco muy seria, le mostraba lo que llevaba entre sus brazos, que, tan tranquila como demostró ser ya desde sus primeros minutos en el mundo, ni siquiera se despertaba. No se dijeron nada. Se limitaron a besarse, con suavidad y dulzura. Para las otras emociones ya tendrían tiempo. Todo el del mundo, se decían los dos sin saber que se decían lo mismo.

Von Trotha había organizado un discreto almuerzo en el pabellón de oficiales superiores, en otro tiempo desbordado por los muchos que había en la ciudad y en el que corría poco menos que desierto. No castigó a sus invitados con grandes palabras ni actitudes solemnes. Se limitó a disculparse por la frugalidad reinante y a repetir algo ya sabido, que a las cuatro y media saldría el tren que había llevado a las familias no a la Hauptbahnhof, sino a la mismísima base naval. Tras eso se dedicó a engullir, como todos, aunque antes de los postres decidió dar una vuelta por cada mesa, para saludar de un modo más personal a los recién llegados y a sus familias. Al llegar a la de Wichelhausen añadió a las frases amables que venía soltando con alguna rigidez, cien por cien militar, algo que a este y a su mujer les hizo elevar un punto las cejas.

—Le quiero ver en mi despacho del Bendlerblock pasado mañana, lunes 2 de febrero, a las diez en punto.

Tras eso les dedicó una de las rarísimas sonrisas Von Trotha y siguió su camino, rumbo a la mesa del Korvettenkapitän Arthur Viertel, su risueña esposa y sus cuatro robustos hijos. Rolf, intrigado, se preguntaba si aquel paseo de Von Trotha tendría por objeto concertar más citas, pero Queralt opinaba que no. Las normales, las protocolarias, ya las gestionaría su secretaría. La de su marido, por las trazas, era del todo anormal.

## Lunes, 2 de febrero de 1920

—Le supongo al corriente de que la Reichsmarine solo puede contar con mil quinientos oficiales. —Wichelhausen asintió—. ¿Sabe también cuántos barcos, y de qué tipo, vamos a tener?

—Sí, Euer Exzellenz.

—Ya no se permiten esos tratamientos, Kapitänleutnant. Desde que somos todos rojos, un *Herr* por delante del grado, y gracias. Alégrese, al menos para según qué cosas, de haber estado un año lejos de aquí. No se haría usted idea de todo lo que la puta revolución se ha llevado por delante.

Wichelhausen compuso un gesto de simpatía. Era la mejor opción a su alcance, toda vez que determinar lo que pasaba por la cabeza de Adolf von Trotha nunca fue fácil.

—Cuatro de cada cinco almirantes y tres de cada cuatro capitanes de navío, de fragata y de corbeta no tendrán más opción que pasar a la reserva con una paga mínima, o pedir el retiro. Ni siquiera los que han pasado por el infierno de la Internierungsverband lo van a tener mejor. En cuanto a la oficialidad inferior, no podrán quedarse más de uno de cada tres. No será su caso, vaya eso por delante. No se me ha olvidado lo que prometí cuando le forcé a irse con Reuter, así que puede contar con que seguirá siendo Kapitänleutnant seis o siete años más, porque tendrá muchos de su mismo grado por delante cuando de nuevo haya plazas de Korvettenkapitän. Puede contar también con que no estará embarcado, porque vamos a tener muy poquitas unidades capaces de flotar, y que su paga será significativamente inferior a la de ahora mismo, ya que la Reichsmarine, como el conjunto de la administración del Reich, está en la maldita ruina y no le queda más remedio que apretarse con firmeza el cinturón, y eso sin contar con las descomunales indemnizaciones económicas que nos han obligado a tragar. Sinceramente, no sé si los aliados pretenden que nos lancemos a otra guerra llevados de la desesperación, pero ese no es un asunto que deba discutir con usted. Lo que sí le puedo decir es que ha dejado una excelente huella en los cuatro mandos superiores a cuyas órdenes ha estado, Trummler, Souchon, Meurer y Reuter, y que sumado eso a su dominio de no sé cuántos idiomas, nos sale que quizás estaría usted interesado en ocupar un puesto de otro tipo. Uno

que no contaría entre los mil quinientos.

Silencio. El vicealmirante analizaba la inexpresiva expresión del teniente de navío, aunque sin éxito. Wichelhausen era magnífico en que no se le moviera un músculo de la cara.

—Me gustaría contarle yo mismo en qué consistiría ese puesto, pero no domino los detalles. Además, siempre será mejor que quien se los dé sea el que será, o sería, su superior.

—Estoy a sus órdenes, Euer Exzellenz.

Von Trotha dudó cómo tomarse aquello, pero la expresión del Kapitänleutnant, que ya no era de piedra, le hizo pensar que, para él, seguía siendo, y siempre lo sería, digno de ser tratado como Euer Exzellenz, lo que le hizo sonreír.

—Vaya usted a verle, ahora. Es un tipo interesante, y no solo porque habla tantos idiomas como usted. Fue Nachrichtenoffizier, en el *Dresden*. —Wichelhausen no hizo gesto alguno, aunque ya sabía de quién le hablaban; en el mundo de los oficiales de Información, el del primer *Dresden* era una leyenda—. Su historia es apasionante, incluso más que la suya —le señalaba con el dedo—. Luchó en Coronel y en las Falkland, vivió la persecución de la flota británica del Atlántico Sur y se salvó por poco de caer en la isla de Más Afuera. Los chilenos lo internaron en otra isla, como a todos los del *Dresden*, pero escapó gracias a que su español es de nativo. Cruzó los Andes a caballo, llegó a no sé cuál puerto argentino, abordó un buque holandés y así llegó a Rotterdam, y de ahí al Reich. Se le confió una misión en España, de nuevo por su dominio del idioma, y luego se le dio el mando de hasta cinco submarinos, uno tras otro. Hundió tres buques franceses y uno inglés, creo que todos en el Mediterráneo. Tras la guerra entregó su barco en Harwich, como todos los comandantes de su flotilla. Tiene plaza segura, como habrá deducido. Plaza de Kapitänleutnant, como sería la suya si lo que le va a ofrecer no le gustase. Por lo demás, vaya tranquilo. Es un hombre agradable, muy inteligente y no mucho mayor que usted. Solo tres años, tengo entendido. Ah, y es Kapitänleutnant desde 1915, igual que usted. Ya ve, incluso en eso se parecen.

\* \* \*

El Kapitänleutnant Wilhelm Canaris era treinta centímetros más bajo que su visitante, lo que se notaba incluso sentados del mismo lado de una mesa, la nada lujosa de un despachito perdido en la parte menos noble de la primera planta del Bendlerblock. Aun siendo notoria la grave limitación de recursos que se disfrutaba en el gran edificio, si no en el conjunto de la Reichsmarine, Canaris tenía un hornillo eléctrico, donde se mantenía caliente la cafetera que ordeñó para servir a Wichelhausen, y a él mismo, un café aromático y sabroso. Por las

trazas, se manejaba con eficacia en el proceloso mar de la intendencia naval.

—Su historial es impresionante, Wichelhausen. Por cierto, ¿te molestaría que nos tuteáramos?

—De ningún modo. En cuanto a historiales, y por lo que me ha dicho el vicealmirante, el tuyo es insuperable.

—Quizá, pero solo en cierto modo, el de haber escapado de Quiriquina, una isleja chilena muy mal vigilada, y haber cruzado un desierto que no se acababa nunca, pero que tampoco era muy hostil. Ya ves, prefiero no tomarme demasiado en serio. Lo tuyo, a mi entender, fue más importante. Yo no tengo acorazados franceses hundidos al cañón, ni acorazados ingleses echados a pique, ni acorazados rusos hechos pedazos, ni me he tirado un año abandonado en una flota fantasma y prisionero en un castillo que por las fotos también parece de fantasmas. Ah, y no me he jugado los huevos por poner las peras al cuarto a un almirante inglés que me habría podido fusilar con levantar una ceja. Definitivamente, amigo mío, lo tuyo es más meritorio.

—Muchas gracias, pero exageras. Además, nada de todo eso lo hice solo. Siempre fuimos unos cuantos.

—Lo que quieras. Tampoco es cosa de discutir quién tiene los méritos más inmerecidos. De lo que se trata es de por qué Von Trotha te ha enviado aquí. Es un asunto serio. —Wichelhausen, instintivamente, se puso en guardia; la reacción normal de todo marino cuando intuye que pretenden Harle—. Para empezar, ¿has oído hablar del Etappendienst?

Tardó en contestar. La palabra se alzaba, sí, pero con mucha dificultad, de la bruma de su memoria otomana.

—Me parece que alguna vez oí hablar de eso al Fregattenkapitän Humann, en Istanbul.

—¿Te contó en qué consistía?

—Creo que no. Si lo hizo, que no creo, tuvo que ser tan de pasada que por eso no me acuerdo de nada.

—Eso me deja más tranquilo. Por mucha confianza que se tenga en el interlocutor, del Etappendienst no se habla. Como tampoco se habla del Geheimdienst, que viene a ser lo mismo, salvando las distancias, en el Heer. Las dos organizaciones son de muy alto secreto. Si no lo fueran no valdrían para nada.

Pausa para un mutuo doble sorbo de café.

—Hace veinticinco años, cuando Von Tirpitz ya llevaba seis de Staatssekretär des Reichsmarineamts, se comenzó a estudiar la forma en que podría librarse una guerra contra el tráfico marítimo inglés. En 1895 el arma submarina era una entelequia, de modo que una hipotética guerra contra los cargueros ingleses, dada la tremenda superioridad de la Royal Navy, tendría que ser librada por unidades de superficie no regulares, o *hilfskreuzer*<sup>[43]</sup> si lo prefieres, de autonomía grandísima, lo bastante fuertes como para poder combatir con otros mercantes armados, y de gran tamaño, no solo para transportar los pertrechos y las vituallas

necesarios para muchos meses de operaciones, sino para tomar a bordo las tripulaciones de los buques que hundieran. La mecánica de fin de siglo dependía del carbón, y conseguir grandes autonomías a base de quemarlo no era realista, pero Tirpitz pensaba que, a no tardar, los mercantes comenzarían a quemar petróleo, después fuel, y un día u otro los motores de compresión, los de ciclo diésel, serían el equipamiento normal de la marina mercante, de modo que dio luz verde a la creación del Etappendienst, en calidad de infraestructura imprescindible para emprender una guerra contra el tráfico británico. Su función capital sería el aprovisionamiento de los cruceros auxiliares que se desplegaran en el Atlántico, en el Índico y en el Pacífico. Al no poder contarse con las colonias, pues en cosa de semanas los ingleses las ocuparían, el Etappendienst debería operar en puertos neutrales, y allí fletar mercantes que avituallaran en alta mar a nuestros cruceros auxiliares. Etappendienst significa Servicio Secreto de Aprovisionamiento Naval, pero el avituallamiento solo sería su primera función; también participaría en la *intelligentzia* naval. El Etappendienst debería conocer las prácticas y las costumbres de los armadores y los consignatarios que trabajaran para los ingleses, a fin de señalar objetivos, del estilo «tal día zarpará de a saber dónde un mercante, con sabe Dios qué rumbo», siendo desde ahí asunto de los *hilfskreuzer* determinar si lo interceptaban o no. Con el tiempo llegaría la última, la más delicada: sobornar a las autoridades portuarias para que mirasen a otro lado si un submarino entraba en el puerto, el que fuese, para repostar y avituallarse.

Canaris hablaba con la precisión del que domina la materia, y por ello a Wichelhausen le resultaba fácil permanecer atento. Ya veía que no sería un asunto breve ni sencillo, pero no le importaba. Sobre todo, porque le fascinaba.

—Poco a poco, y en un total secreto, el Etappendienst se fue desarrollando. En 1912, cuando ya se consideraba inevitable la guerra con la Entente, se contaba con estaciones en cantidad de puertos importantes, como Nueva York, Baltimore, New London y Boston en la Costa Este de los Estados Unidos, Río de Janeiro en Brasil, Buenos Aires y Bahía Blanca en Argentina, Veracruz en México, Valparaíso en Chile, Izmir e Istanbul en el Imperio otomano, y Barcelona, Vigo y Las Palmas en España.

A Wichelhausen se le dispararon las cejas. Estaba empezando a intuir para qué Von Trotha le había enviado allí.

—España ocupa una posición privilegiada para la guerra contra el tráfico británico, tanto en el Mediterráneo como en el Atlántico Central y Septentrional. Sus colonias en África ecuatorial representan lo mismo para el Atlántico meridional. De ahí que se pusiera un gran empeño, y se invirtieran grandes recursos, en desarrollar estaciones en España. La de Barcelona, que cubría el Mediterráneo, la de Vigo, que cubría el Atlántico Norte, la de Canarias, que cubría el central, y la de Fernando Poo, que cubría el sur. El coordinador de todas ellas era el *attaché* naval, en Madrid, aunque al estallar la guerra se apoyó en los vicecónsules. Hubo dos, en Barcelona y en Las Palmas. Los cónsules regulares,

todos diplomáticos, no servían. Los vicecónsules, en cambio, eran auténticos espías, muy bien camuflados, muy bien relacionados y muy eficaces en su gestión. Ya no queda ninguno. Todos han vuelto al Reich. Las estaciones del Etappendienst tampoco existen. Unas, como las situadas en los Estados Unidos, porque hubo que poner a salvo al personal, y es que los americanos tienen la fastidiosa costumbre de ahorcar a los agentes enemigos. Pasó lo mismo en los demás países, bien porque se incorporaban a la guerra, bien porque los armadores y funcionarios locales encontraban peligroso colaborar con nosotros, o bien porque los últimos *hilfskreuzer* se retiraron sin ser sustituidos. Aun así, hasta comienzos del 17 el Etappendienst funcionó a la perfección, salvo en Estados Unidos. Gracias a sus estaciones, los *hilfskreuzer*, pese a ser muy pocos... *Kaiser Wilhelm der Große, Kronprinz Wilhelm* —Llevaba la cuenta con los dedos—. *Cap Trafalgar, Prinz Eitel Friedrich, Meteor, Mowe, Greif, Wolf y Seeadler*, se las apañaron para trastornar durante más de dos años el tráfico naval inglés. Igual pasó, aunque durante muy poco tiempo, con los cruceros regulares. El primer *Emden* y el primer *Karlsruhe* se apuntaron campañas breves aunque gloriosas, e incluso en el primer *Dresden*, pese a que solo pudimos hacer la guerra de corsos durante tres meses, nos las apañamos para volver locos a los ingleses. A primeros del 17, por desgracia, ya no quedaba ninguna nave corsaria, ni el Estado Mayor pensaba en ellas, ya que se prefería la guerra submarina sin restricciones, la que propugnó Scheer. Uno de los efectos fue que las estaciones españolas se volvieron decisivas. En el Mediterráneo, porque cuando Italia entró en la guerra nuestros submarinos solo contaban con la base austríaca de Cattaro, en el Adriático, y la otomana de Iskenderun. La primera estaba embotellada por los destructores ingleses, franceses e italianos, y la segunda quedaba tan lejos del teatro de operaciones que más de la mitad del combustible se consumía en ir y venir. La única posibilidad de repostar en el oeste del Mediterráneo estaba en la costa española, y gracias al Etappendienst funcionó sin problemas hasta el mismísimo final. Ahora, cuando este llegó, fue cuestión de días que no quedara nada, por falta de amigos y por falta de dinero, y es que la calidad y el número de los primeros dependen mucho que haya bastante de lo segundo. En el Atlántico pasaba lo mismo. Muchos de nuestros submarinos dejaban el Reich, llegaban a su zona de operaciones y consumían sus torpedos, sus víveres y su combustible, pero no regresaban. Ganaban Vigo, hacían el relleno en una noche y zarpaban antes de amanecer, listos para un segundo crucero. Tanto en Vigo como en Barcelona el combustible, los víveres y los torpedos se almacenaban en barcos supuestamente internados, a los cuales se abastecía de un modo local, adquiriendo las mercancías en los mercados españoles; en realidad, todo salvo los torpedos. Nunca conseguimos que la Marina española nos cediese alguno, aunque tampoco hizo falta. Varios de los barcos que se internaron en agosto del 14 lo hicieron a propósito, pues dejaron Alemania rebosantes de todo. Cuando hacía falta reponer torpedos o granadas se hacía con el apoyo de los maravillosos contrabandistas italianos. Mientras su país se mantuvo neutral era posible pasar torpedos y repuestos a

cargueros españoles que hacían la ruta Génova-Barcelona. Una vez en España, llevarlos a Vigo en tren era sencillo. Con la propia Barcelona no había problemas, porque nuestros submarinos solo tocaban por fuel. Los torpedos los cargaban en Cattaro, en Iskenderun y alguna vez en Istanbul.

Otra pausa. El Kapitänleutnant de 1,60, estatura muy recomendable para mandar un submarino, trataba de medir el efecto de su discurso en el de 1,92, aunque solo apreciaba un gesto de gran concentración. Nada más.

—Hoy, en España, no queda nada de todo eso. La red de armadores y consignatarios que colaboraban con el Etappendienst es historia. El único enclave que aún alienta es un consignatario de Barcelona. Nos es fiel desde hace un cuarto de siglo, pero está muriéndose. Cáncer. No tenemos la menor idea de quién se hará cargo de su negocio, de sus Chentes y de sus contactos. A eso se debe que nos preguntemos si estarías interesado en comprarle su negocio, trabajar con él los pocos meses que le quedan, para dominar lo que hace y cómo lo hace, y desde ahí, poco a poco, expandirte a lo largo y a lo ancho del país.

Se quedó en silencio, entendiendo que si Wichelhausen hacía lo mismo era para digerir lo que había escuchado y después preguntar. Un proceso que no llegó al minuto.

—No tengo un céntimo, y mi familia tampoco. Salimos de la guerra casi en la ruina. Mi madre lleva un año vendiendo sus joyas, y a estas alturas le quedan muy pocas. Dentro de nada empezará con las alfombras, la cubertería, la porcelana, los cuadros y los muebles más valiosos. Mi mujer y yo vivimos refugiados en su casa, sin más ingresos que mi salario, que ya sabes tú a cuánto asciende. Por no tener, no tendríamos ni para llegar a Barcelona. De ahí a comprar un negocio..., pues tú mismo.

—Ya contábamos con eso. El Reich está igual de arruinado que tu madre, y por eso hacemos lo que tu madre, a otra escala. Ya estamos vendiendo las alfombras. Sin embargo, siempre aparece un poquito si se sabe buscar, y en las cuentas españolas del extinto vicecónsul de Barcelona, Carlowitz, queda suficiente no solo para que compres su negocio al moribundo, sino para que comiences con toda dignidad, sin sablear a tus suegros. Aquí, en Berhn, nos queda suficiente para que tu mujer, tu hija y tú lleguéis a Barcelona no como unos millonarios, pero sí como personas razonablemente acomodadas. Si al cabo de dos años tu trabajo da el fruto que todos esperamos, podréis no solo vivir muy bien, sino dar los siguientes pasos Vigo y Las Palmas. El objetivo es que un solo consignatario, bien conectado y que cubra todo el país, sea nuestro agente ahí, en España. El agente del Etappendienst. Ni que decir tiene, además, que por tiempo indefinido. Para toda la vida, en otras palabras.

Wichelhausen se lo quedó pensando. Aquello sonaba demasiado bien. Tanto, que cada vez desconfiaba más.

—La gente se muere. A mí me puede pasar algo, como a cualquiera. ¿Qué sería de los míos?

—Pues que si las cosas te hubieran ido bien serían los herederos de una

fortuna. Todo estará a tu nombre. Bueno, y al de tu esposa. Incluso, quizá, solo al suyo. Es porque interesa que la empresa sea vista como cien por cien española.

—¿Y cuáles serían mis obligaciones?

—Primero, aprender todo lo que un consignatario naval de talla mundial tenga la obligación de saber. Segundo, ser los ojos y los oídos del Etappendienst, o de la Reichsmarine si prefieres oírlo así. De vez en cuando aparecerá un enviado por tus oficinas, o tendrás algún viaje donde coincidirás con él. Será el momento de ponerlo al corriente, o de ponernos al corriente.

Nueva ronda de pensamientos profundos. Al Kapitänleutnant Canaris no le importó. En realidad, habría desconfiado de ir las cosas de un modo más entusiasta.

—Es una enorme inversión a fondo perdido. —Canaris asintió—. ¿Por qué me habéis elegido a mi? Es que me regaláis una vida tan satisfactoria, tan estupenda, que no lo termino de creer.

—No tanto. Solo te regalamos el inicio de una carrera empresarial donde tendrás que matarte a trabajar para que algún día sí sea una vida estupenda. En cuanto a la razón de haber pensado en ti, lo cierto es que antes de que volvieras de vacaciones —los dos sonrieron, con amargura— barajamos varios nombres, pero ninguno alcanzaba el nivel de confianza que tú te ganaste con Souchon, Meurer, Von Reuter y Von Trotha, ni nadie igualaba tu competencia profesional, en lo diplomático y en los cañonazos. La KM, que lo sepas, nunca perdía de vista lo que hacían sus mejores hombres. Los más prometedores. Además, y complementando todo eso, hablas un español muy bueno, tanto que dentro de no mucho será de nativo, cosa necesaria para que nadie desconfíe. Tus relaciones familiares en Barcelona, y disculpa que las hayamos investigado, son mejores que las de algún diplomático que también hemos evaluado. Luego vino la cuestión de la fidelidad y de la lealtad, conceptos ambos decisivos, y en Scapa Flow y en Donington Hall se vio que vas sobrado de la una y de la otra. En conclusión, amigo Rolf: aunque lo hemos buscado, no hemos dado con nadie que te iguale. Por ello, si lo quieres, el puesto, y su futuro, son tuyos.

—¿Tengo algún tiempo para pensarlo con mi mujer?

—Por supuesto, aunque a ella no le cuentes mucho del Etappendienst. ¿Cuántos días necesitarías?

—¿Estaría bien el lunes 9, aquí, a la misma hora?

—Sería un día perfecto.

De nuevo se lo quedó pensando, en un estilo tan reflexivo que a Canaris no solo no le impacientaba, sino que atestiguaba el haber acertado. Definitivamente, Wichelhausen reunía casi todos los dones necesarios para ser el hombre del Etappendienst en España, y entre todos ellos uno del que no había dicho una palabra, ni pensaba decirla: no era judío.

—Me queda una pregunta. De momento.

—Tú dirás.

—Si he comprendido bien, el Etappendienst nació y existió para preparar una

guerra. —Canaris asentía; ya veía por dónde iba el otro—. Si queréis hacerlo renacer es porque pensáis que habrá otra. ¿Tan seguros estáis de eso?

—Sí. El Tratado de Versalles es tan disparatado que dentro de muy poco nos traerá un hambre generalizada. No solo física, de irse a la cama sin cenar. Será un hambre de más cosas. Entre ellas, de dignidad. Los aliados nos arrebatan la dignidad. Piensa en el Sarre. Queda como zona desmilitarizada, pero a poco que Alemania falle un vencimiento, Francia lo invadirá. Con eso, y con muchas otras barbaridades con las que se nos ha crucificado, Alemania no levantará cabeza en varias generaciones, salvo si aparece algo, si no alguien, que insufla a los sesenta y tantos millones que aún somos el espíritu de la Befreiungskriege, el de Blücher, Sclüll, Lützow, Scharnhorst y Gneisenau. Desde ahí podrá pasar cualquier cosa. El deber de la Reichsmarine es adelantarse a los acontecimientos. Si en quince, veinte o veinticinco años nos vemos otra vez con la Royal Navy, deberemos estar listos para luchar de un modo distinto, pues en otro caso volveremos a perder. Tal y como los aliados nos estrangulan, el modo, en el mar, será el que Scheer determinó: una guerra submarina despiadada, sin restricciones y sin buenísimos. Una guerra donde contemos ya el primer día con cientos de submarinos oceánicos, mayores y más potentes que las pobres latillas de sardinas que abandonamos en Harwich. Unos U-Boot que también el primer día sean capaces de lanzar sus torpedos, sin avisar, contra cualquier buque mercante o de pasaje, y no te digo nada si es de combate, que salga de un puerto inglés o que lleve rumbo a uno. Para tener éxito en esa específica guerra naval, Alemania necesitará un Etappendienst que cubra la totalidad del globo, aunque la zona más crucial será la de toda la vida, el Atlántico Norte y el Mediterráneo. El Almirantazgo me ha encargado refundar un Etappendienst lo bastante poderoso para repostar y avituallar esa fuerza de cientos de submarinos, y en eso me afano, con toda mi capacidad. Me gustaría contar también con la tuya, Kapitänleutnant.

A Canaris ya no le quedaba nada por decir, ni sería bueno seguir hablando. Se levantó, en el acto imitado por el otro, le miró a los ojos con firmeza, obviando la disparatada diferencia de altura, le tendió la mano y le señaló la puerta. Una vez el altísimo Kapitänleutnant dobló el primer recodo y salió de su campo visual, volvió a su escritorio y se quedó pensando en la muy larga charla. Su veredicto, justo antes de levantarse y emprender el camino de la oficina del Chef der Admiralität, fue cuatro a uno a favor de que Wichelhausen tragaba. Ojalá que así fuese, porque no tenía ningún recambio cuyo suegro dirigiese una notaría de prestigio y cuyo cuñado acabara de ser nombrado *attaché* naval en la embajada española en Londres. Dios quisiera que hubiera hecho blanco, sentenció al tiempo de colocarse la gorra bajo el brazo y echar a caminar por el corredor.

\* \* \*

El domingo había nevado. Las calles conservaban un manto blanco, aunque la temperatura no era muy baja, pues el viento soplaba del sur y además brillaba el sol, por primera vez en varios días. La combinación de todo eso recomendaba salir a dar un paseo, aunque con bastante ropa encima. Faltaban minutos para las dos de la tarde cuando Queralt y Rolf, empujando el cochecito de una Núria bien abrigada, él vistiendo el más recio de sus tres cuartos navales —desprovisto de insignias— y ella envuelta en el último de los largos abrigos de zorros canadienses de su suegra —los demás, empezando por los de visón, los había vendido—, echaron a caminar por la Franzosischestraße, rumbo a la Bebelplatz, a la Neue Wache y, justo enfrente, al Operncafe. A Queralt le gustaba sentarse allí con Inga, pero si esta no podía no le importaba ir sola. En el tiempo previo al parto lo hacía por caminar, y aquel era un paseo no solo encantador, sino pacífico, ya que a los espartaquistas, por lo visto, el tétrico Prinzessinnengärten no les gustaba mucho, quizá porque verse con las estatuas de Blücher, Scharnhorst y Gneisenau, los más brillantes ejemplos del militarismo prusiano, los aterraba.

Por el camino hablaron poco. Hacía demasiado frío para sostener una conversación fluida, y a Rolf, además, le costaba sacar los ojos de la muñequita de siete meses que abría los suyos de vez en cuando, para cerrarlos al instante siguiente.

—Me mentiste. No tiene mis ojos.

—Cuando nació los tenía tan azules como los tuyos.

—Eso dice también mi madre, pero míralos ahora.

Era verdad, se decía la risueña Queralt. Grises, intensamente grises. Como los suyos.

—Bueno, ¿me lo vas contar, o no?

—¿El qué?

—Lo que te ha pasado esta mañana. Desde que volviste del Bendlerblock andas como ido.

Debía de ser cierto, pues conservaba un recuerdo brumoso de lo que hizo tras salir de allí. Solo tenía claro que volvió andando, pese a que una caminata de cinco kilómetros, con el frío que hacía y sobre aceras tan congeladas que derrapaba cada dos por tres, para otros habría sido disuasoria. Para él no lo fue. Cada día, en los largos meses de Donington Hall, si no llovía demasiado trataba de caminar esos mismos kilómetros. El parque donde se alzaba el *manor* era muy grande, y los centinelas, una vez tuvieron claro que aquellos ensimismados oficiales no pensaban fugarse, no les hacían el menor caso. Gracias a eso volvió en razonable buen tono, más esbelto que la mayoría de los Korvettenkapitánen. Luego, ya en casa, todo fue sentarse a comer y escuchar los amargos comentarios de su madre. Cierto que las fincas volvían a rendir —a Mina von Bülow le quedaban no pocas; era una terrateniente tirando más a mediana que a pequeña, si bien, y con lo poco que valía la tierra en esos días, ser una mediana terrateniente no era mucho más que ser nada—, pero hasta recuperar su nivel de renta previo a la guerra deberían pasar unos cuantos años, y más si los impuestos

asociados a la tierra, inevitables para pagar las compensaciones de guerra, terminaban siendo tan brutales como su gestor vaticinaba. Era una preocupación tan dominante que Rolf no quiso interrumpir el apasionado soliloquio de su madre con el relato de algo que, por otra parte, quien debía escucharlo antes que los demás tampoco abría la boca, concentrada como estaba en acunar y consolar al pequeño ser que aquellos días disfrutaba la dicha de sentir asomar su primer diente. De ahí que hasta después de pedir dos té y una ración de *sachertorte* —la del Operncafe había vuelto a parecerse a la del Sacher—, Rolf no quiso empezar. Lo que debía contar era demasiado trascendente para no hacerlo en condiciones de plena concentración.

—¿Recuerdas la primera vez que nos zampamos una como esta?

Señalaba la *sachertorte*, por entonces empezando a sufrir las incursiones de los dos tenedores.

—Pues claro. A una mujer nunca se le olvida el día en que le piden matrimonio de un modo tan romántico.

Sonrieron, el uno a la otra. Con aquello habían hecho tantas risas que les costaba esfuerzo no rememorar las primeras, y otro mayor no evocar lo que hicieron a continuación.

—Lo decía por lo que hablamos de vivir en Barcelona y dedicarnos a la consignación naval. ¿Lo recuerdas?

—Claro que sí.

—Bien, pues lo que me han dicho esta mañana es que la Reichsmarine quiere que nos dediquemos precisamente a eso, y que además ella corre con los gastos. Sí, no pongas esa cara... —La expresión de Queralt se había vuelto tan estupefacta como puede ser la de una señora de su casa y madre de familia—. Verás...

Minutos después Queralt se decía que lo mismo era verdad que Dios existía, y que de vez en cuando escuchaba los ruegos de los ateos. Era la única explicación que se le ocurría de que un sueño, en el que se refugiaba con frecuencia pese a considerarlo imposible, pareciera en curso de hacerse realidad.

—Bien, ¿qué opinas?

—Que si algo desearía con toda mi alma es creérmelo.

—A mí me pasa lo mismo.

—¿Te han dado alguna seguridad?

—De palabra, todas.

—¿Y ahora qué sucederá?

—El lunes 9 tengo que volver allí, para decir que sí o que no, y si fuera que sí para presentar una lista de preguntas.

—¿Qué clase de preguntas?

—Las que se nos ocurran, a ti y a mí, de aquí al domingo.

No contestó. Rolf pensaba que hacía lo que tan a menudo hacía él, pensarse las palabras antes de decir nada, pero la explicación era más prosaica: Queralt, como suele suceder a casi todas las que amamantan, y a menudo en forma un tanto intempestiva, notaba que la leche le subía. Muy desinhibida, como la buena

catalana que nunca quiso dejar de ser, sacó a la niña de su cochecito, se desabrochó la blusa, desabotonó con gran destreza la trampa de amamantar de su corsé prusiano, diseño especial del KaDeWe para madres aparatosamente nutritivas, colocó su retoño a barloche de su goloso, muy bien dimensionado mugrón de babor, y dejó que la naturaleza siguiera su curso, indiferente a cualquier mirada que le pudiera llegar. En su muy sufragista opinión, una madre tiene todo el derecho del mundo a dar de mamar donde mejor le pille, y al que no le guste que se joda o que no mire, pero en el Operncafe del Prinzessinnengärten, esa tarde, no había ningún imbécil. No por eso dejaban de llegarle miradas, pero eran de simpatía por la joven madre que componía con su hija esa visión tan hermosa. Tan esperanzadora. Queralt, por su parte, y tras comprobar que no había reacciones hostiles, sino todo lo contrario, bajaba los ojos sin dejar de sonreír, amorosa, ella también.

—La Núria se te está comiendo viva.

—No tanto. Aún quedan reservas.

Rolf componía en su mente una escena que pensaba convertir en realidad en cuanto se vieran en su habitación, la de dar un buen repaso a esas inespecíficas reservas. Queralt, que como buena esposa le conocía todas sus miradas, hasta tuvo el delicado detalle de ruborizarse. No mucho, apenas lo justo para que Rolf aceptara que no tenía derecho a quejarse. De nada.

—¿Y qué digo el lunes? ¿Hacemos, o no hacemos?

El castellano de Rolf era bueno, pero llevaba muchos meses sin practicar, salvo alguna palabra que otra en sus cartas a Queralt; no demasiadas, no fueran a ser tachadas por algún censor cuya santa madre fuera como el U-Bahn, del servicio público. A eso se debía que se le hubiese apolillado la construcción gramatical. Eso, a ella, no solo no le importaba, sino que le divertía. Bien sabía que sería cosa de semanas que Rolf construyera sus frases tan bien como si se hubiera criado en Burgos. De ahí que, a fin de sacar a la situación un poquito de punta, y privarle de la siempre indeseable solemnidad, contestara:

—Pues hacemos.

Rolf no llegó a responder. Su mente se concentraba en los inmensos, muy brillantes ojos de su mujer, la misma que le sonreía del modo más prometedor mientras, dos cuartas más al sur, el adorable bichejo glotón se ponía las botas.

## DOS APUNTES FINALES

A partir de 1920 el Etappendienst se desarrolló con extrema discreción, limitando su desarrollo a empresas irreprochables que solo al cabo de quince años empezarían a trabajar, de un modo muy activo pero en el mayor secreto, para la Kriegsmarine. Los altos oficiales de la Reichsmarine, y después de la Kriegsmarine y del Abwehr, que consideraban inevitable otra guerra contra el Imperio británico, pensaban que para ganarla sería necesario no solo un Etappendienst que funcionase a la perfección, sino que jamás fuera detectado. De su éxito dio fe que los aliados solo empezaron a tener noticias de qué fue y cómo funcionó a partir de 1946, un año después de su desaparición.

El Etappendienst tuvo dos misiones: el envío al III Reich de mercancías estratégicas por medio de los buques conocidos por «forzadores del bloqueo» —*blockadebrecher*— y el abastecimiento de las unidades de combate que operaran en sus zonas de cobertura. Los *blockadebrecher* eran barcos anónimos y muy corrientes, siempre disfrazados de neutrales, cuya misión, tras cargar mercancías de importancia estratégica —caucho y manganeso eran las prioritarias—, era ganar algún puerto del Reich. Hasta diciembre de 1943 el Etappendienst los aprovisionó a plena satisfacción, con independencia de que comenzaban a ser más los que no llegaban que los que sí. El *Osorno* fue el último que alcanzó un puerto francés, el 28 de diciembre de 1943. Entre esa fecha y el 5 de enero siguiente los aliados hundieron cuatro *blockadebrecher* que también trataban de llegar a Francia. Tras eso ya no hubo tráfico naval de superficie hacia el Reich o sus países ocupados. Sin embargo, el flujo de materiales estratégicos no cesó. El transporte lo efectuaban submarinos oceánicos alemanes y japoneses, no solo desarmados, sino en los que se sacrificaba todo a la capacidad de carga. Eso daba lugar a que su autonomía fuera reducida, siendo necesario repostarlos en alta mar, lo que corría por cuenta del Etappendienst.

La segunda misión era el avituallamiento de las unidades de combate, las cuales no solo eran los submarinos y los buques regulares de superficie, sino los cruceros auxiliares. También, y muy en especial, los avitualladores que jamás fondeaban en ninguna parte, a los que se suministraba combustible y víveres en el mar y que a su debido tiempo los traspasaban a las naves corsarias y a los forzadores del bloqueo, además de a los submarinos. En esta segunda misión los puertos españoles fueron los más activos del Etappendienst. La fórmula de actuación era sencilla: poco después de comenzada la guerra, un carguero que flotaba muy bajo, por ir muy cargado, ganaba un puerto español; se hacía internar y se quedaba por tiempo indefinido. Su tripulación no solo no desembarcaba, sino que mantenía el barco en condiciones de mar. Estos buques abastecían a los

submarinos, a veces en el propio puerto, al que accedían en las noches más oscuras y tras acuerdo con las comandancias navales, o en algún punto de la costa, resguardados de los aviones o los destructores británicos. Los más destacados fueron el *Max Albrecht*, internado en Ferrol; el *Bessel*, en Vigo; el *Thalia*, en Cádiz; el *Corrientes* —luego llamado *Moncayo*—, en Las Palmas de Gran Canaria, y el *Charlotte Schliemann*, internado también en Las Palmas, aunque solo durante un tiempo, ya que tras los ataques aéreos norteamericanos a Gran Canaria fue destinado al Índico.

No se ha computado el número de buques hundidos por submarinos, naves de combate y corsarios disfrazados que hubieran repostado en un puerto español, o tras tomar combustible, víveres, repuestos y municiones de algún avituallador que a su vez se hubiese aprovisionado en un puerto español, pero en una estimación *grosso modo* la cifra de dos mil buques, a lo largo de casi seis años de guerra, no resultaría disparatada.

Los aliados no llegaron a identificar ningún agente del Etappendienst establecido en suelo español. De hecho, solo llegaron a saber que hubo una vez un Etappendienst mucho después de que no solo ya no existiera, sino de que se hubiera borrado hasta la más ínfima de sus huellas.

\* \* \*

Al terminar la Gran Guerra Inglaterra quería embargar el *Yavuz Sultân Selim* —para ella seguía siendo el *Goeben*—, pero tras cuatro años de negociaciones aceptó, en el Tratado de Lausanne —24 de julio de 1923—, que la recién fundada República de Turquía se lo quedara. El barco se hallaba semiarrumbado en la base naval de Golcük, en la bahía de Izmir. Solo funcionaban dos de sus calderas, y los impactos de las minas de 1918 seguían sin ser correctamente reparados. Lo natural habría sido desguazarlo, pero el presidente de la República, Mustafá Kemal Atatürk, lo quería conservar. No solo por lo mucho que había costado —el Imperio otomano, sin él, quizá no habría desaparecido—, sino por simbolizar el orgullo nacional de la recién nacida república. De ahí que decidiera repararlo, costara lo que costase.

Dado lo impensable de llevarlo a un dique seco extranjero, por el riesgo de que zozobrar, el gobierno turco encargó en 1926 al astillero alemán Lübeck Flender Werke AG la construcción de un dique flotante de 26000 toneladas, y al francés Penhoet, Ateher et Chantiers de St. Nazaire, su reparación y modernización, en asociación con la Türk Deniz Kuwetleri (Fuerza Naval Turca). Tres años después, el *Yavuz Sultân Selim* era un buque nuevo. Sus turbinas y sus calderas —reconvertidas para quemar fuel además de carbón— se hallaban aún más a punto que cuando se construyó, sus sistemas de tiro eran los más avanzados de la industria, y para que desempeñara mejor su papel de buque insignia se le cerró el puente de maniobra, lo que mejoró tanto su funcionalidad como su aspecto. Tras eso se dedicó a mostrar la bandera en el Mediterráneo. Atatürk quería poner de manifiesto que la joven república laica era muy distinta del musulmán Imperio otomano; para ello tomó muchas decisiones de gran calado, como hacer que los turcos tuvieran apellidos o implantar el alfabeto romano; una de tipo menor fue simplificar el nombre del buque insignia de su flota, que pasó a llamarse *Yavuz* a secas. Jamás volvió a combatir, si bien recibió artillería antiaérea norteamericana durante la Segunda Guerra Mundial, así como un

esquema de camuflaje que al decir de no pocos le favorecía bastante. Al término de la guerra, y tras la entrada de Turquía en la OTAN, realizó sus últimos viajes diplomáticos, si bien ya era claro que su tiempo había pasado. Aun así, fue hasta 1954 el único crucero de batalla del mundo no solo a flote, sino en servicio. Ese año pasó a la reserva; ya no navegaría más, salvo remolcado. El gobierno turco propuso al alemán su recompra, para que fuera exhibido bajo el doble nombre *Goeben-Yavuz*. Pedía un precio simbólico, si bien el coste de remolcarlo hasta Kiel recaería en el lado alemán. Sin embargo, a finales de los sesenta no existía en la República Federal una corriente favorable a preservar símbolos del agresivo pasado prusiano; así, la oferta fue rechazada, con indisimulado pesar de la Bundesmarine. Con gran tristeza se decidió en 1973 que la única salida para el *Yavuz* era el desguace. Se quiso hacer con honor y solemnidad, lo que merecía el buque tras haber lucido las banderas alemana, otomana y turca durante sesenta y un años. A ese fin, el vicealmirante Hilmi Firat, jefe del Estado Mayor de la armada turca, organizó una ceremonia de arriado final de su bandera que tendría lugar en el muelle de Poyraz, base naval de Golcük, el 7 de junio de 1973.

En la ceremonia participaron algunos tripulantes del *Goeben*, el más joven de setenta y cinco años. La mayoría vino desde Alemania en vuelo regular. Unos pocos lo hicieron en un *Balkan Express* no tan exclusivo como el de 1917, aunque más cómodo y veloz. Hubo uno que prefirió venir en su propio barco. A este, los ayudantes del Koramiral Firat le facilitaron amarre junto al imponente *Yavuz*, adecentado, baldeado y engalanado como pocas veces desde que pasó a la reserva. Le acompañaban una dama de sus años, tan elegante y tan derecha como él, y unos cuantos jovenzuelos, todos ellos con un inequívoco aire de familia. El vicealmirante ofreció a los antiguos tripulantes y a sus acompañantes, si se atrevían con las empinadas escalas del *Yavuz*, echar un último vistazo a su aún precioso barco. Ninguno fue más allá de la cubierta, salvo los llegados por mar, que se animaron a observar el panorama desde los ventanales del puente del almirante, y a dar un recorrido a las torres del 283 que una vez se llamaron Anna, Bertha, Casar, Dora y Emil, y que desde 1919 eran Barbaros, Imroz, Samson, Turgut e Izmir. Tras eso se celebró la muy solemne ceremonia del arriado de bandera; tres horas después —hubo discursos, entrega de recuerdos y un discreto banquete— sobrevinieron las despedidas, muy emotivas para los ancianos alemanes, pues aunque no de primeras habían terminado por reconocerse los unos a los otros, pese al más de medio siglo transcurrido desde que pasaron a bordo del *Goeben-Yavuz* algunos de los días más interesantes, y quizá más hermosos, de su muy lejana juventud.

Todo acaba; las ceremonias militares, también. Los venerables tripulantes del *Goeben* subieron al autobús que los dejaría en una trepidante Istanbul a la que apenas reconocían, y desaparecieron. El que vino en su barco, al que los centinelas presentaban armas con gran respeto, pues llevaba una Harp Madalyasi tapando el nudo de su corbata, tras despedirse del Koramiral Firat y de su Estado Mayor, se alejó rodeado de los suyos hacia su bonito velero de dos palos, matrícula de Palamós.

Ildefonso Arenas  
Majadahonda, julio de 2018

## Nota del autor

En 1911 se daba por probable que la Triple Alianza y la Triple Entente entrarían en guerra en menos de diez años. La carrera armamentística era tan descarada que la confrontación militar se veía inevitable. No se sabía dónde podría estallar la chispa, o la crisis, que hiciera saltar todo por los aires, aunque las apuestas estaban a favor de que tendría que ver con el Imperio otomano, desde hacía varios años el «gran enfermo» de Europa.

En ese año de 1911 estalló una guerra regional entre el Imperio otomano e Italia, breve pero sangrienta, que se saldó con la pérdida para el Imperio de Cirenaica, Tripolitania y el Dodecaneso. Al año siguiente, una nueva guerra regional entre la Liga Balcánica (Serbia, Montenegro, Grecia y Bulgaria) y el Imperio otomano encendió las alarmas. Una cosa era la certidumbre de una próxima guerra continental y otra era que se organizara por un asunto tan lejano y abstruso como los Balcanes. En el otoño de ese año las potencias europeas veían con alarma que las fuerzas de la Liga, concretamente las búlgaras, se acercaban peligrosamente a una Estambul indefensa. A eso se debió que dejaran aparcadas sus reivindicaciones y enviaran fuerzas a defender una Estambul cuya caída podría alterar el orden mundial en una forma indeseable para todos.

La fuerza enviada por el Imperio alemán consistió en lo que llamaron División del Mediterráneo (MD), integrada por los cruceros *Goeben* y *Breslau*. Su presencia en Estambul entre noviembre de 1912 y marzo de 1913 resultó decisiva para defender la ciudad y, en su momento, para que se alcanzara una paz no satisfactoria para sus intereses, lo cual dio lugar a un golpe de estado de corte nacionalista que preocupó en gran medida a las potencias europeas. Se debió a eso, oficialmente, que aun habiéndose reestablecido la paz el Imperio alemán no devolviese la MD a su base de Wilhelmshaven. Los dos buques quedaron en el Mediterráneo, en misión formal de «mostrar la bandera» y contrarrestar, aunque fuera en teoría, la formidable presencia naval británica.

Desde mediados de 1913 el comandante de la MD era un almirante decidido y muy inteligente, de los aficionados a pensar y operar por su cuenta. Es esas mismas fechas se consideraba que el Imperio otomano estaba del todo en manos del Imperio británico, tanto por razones económicas (su deuda con los bancos británicos era colosal) como navales, ya que desde hacía unos años la armada otomana estaba prácticamente al mando de una misión de ciento cincuenta oficiales británicos dirigidos por un almirante. Asimismo, el Imperio otomano había encargado a dos

astilleros ingleses la construcción de dos grandes acorazados, para la cual no solo se endeudó mucho más de lo que ya lo estaba, sino que recurrió a toda suerte de loterías y aportaciones voluntarias de sus ciudadanos (las mujeres otomanas vendían su pelo, que muchas no se habían cortado en su vida, para contribuir al pago de los dos barcos), haciendo de la entrega de los buques una cuestión de orgullo nacional.

La MD había fondeado en Estambul varias veces desde su llegada al Mediterráneo. Su jefe conocía razonablemente bien al gobierno surgido del golpe de estado de enero de 1913 (el conocido como «los jóvenes turcos»), y no estaba tan convencido como sus jefes de que los lazos que lo vinculaban al Imperio británico fueran indestructibles. Aun así, tras el atentado de Sarajevo y el anuncio de la neutralidad otomana, se veía imposible que el gobierno de Estambul fuese a cambiar de criterio. Sin embargo, lo hizo. Tres meses después del comienzo de la Gran Guerra buques de combate otomanos, los mismos que antes eran los alemanes de la MD, bombardeaban Sebastopol, lanzando al Imperio otomano a una guerra para la que no estaba preparado y que sería desastrosa para sus intereses, al punto que le costó su desaparición como tal Imperio.

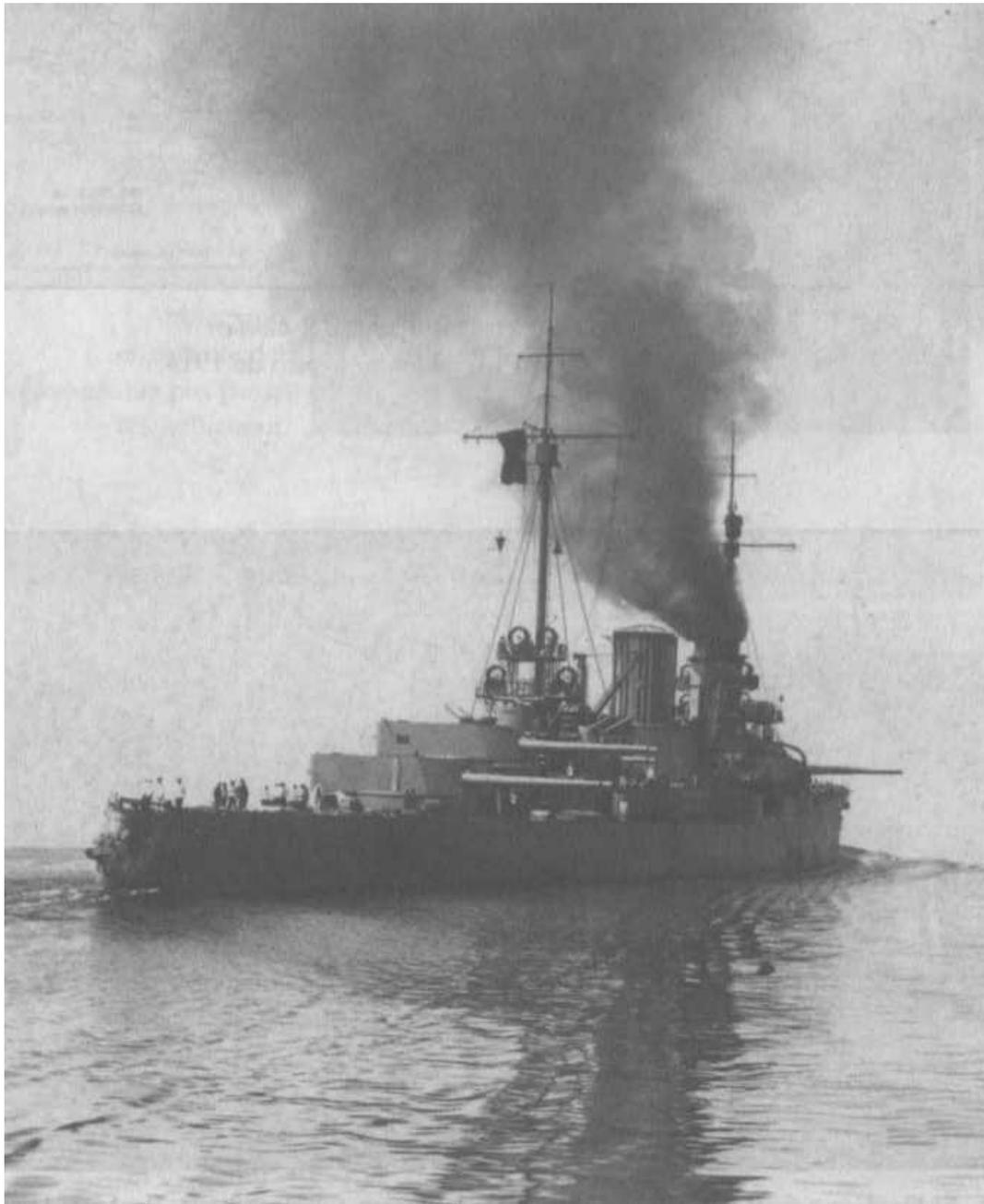
Un siglo después las razones que movieron al gobierno de los Jóvenes Turcos a unir su destino al del Imperio alemán siguen sin estar claras, si bien parece haber una cierta unanimidad en que la muy audaz acción del almirante alemán de llevar sus barcos a Estambul para ofrecerlos al Imperio otomano, esquivando con insuperable astucia a la incomparablemente más poderosa flota británica del Mediterráneo, fue uno de los dos factores desencadenantes. El otro fue la incautación de los dos acorazados otomanos, pendientes de ser entregados a la armada otomana (los marinos turcos que los tripularían estaban acampados a pocos cientos de metros de los que ya consideraban sus barcos), pues constituyó una ofensa mortal para el orgullo nacional otomano.

Explicaciones e interpretaciones las ha habido de todos los colores y todos los talantes a lo largo del último siglo, aunque la imagen de un almirante alemán que actuaba por su cuenta, aislado en medio del Mediterráneo, que, tras hacer pedazos a cañonazos los puertos argelinos de Bonê y Philippeville el primer día de la guerra entre Francia y Alemania, atraviesa el Mediterráneo hasta Estambul toreando (quizá no haya mejor palabra) a la todopoderosa flota británica, ha permanecido imborrable. Desde que supe de ella inspira mi imaginación, y pienso que la de muchas personas más. Llevo muchos años estudiando la epopeya del *Goeben* y el *Breslau*, Y al final no he podido resistirme a escribir su historia.

Este relato no es un ensayo. Es una novela, aunque solo en el plano de que algunos personajes de los que viven la historia son de ficción. Los hechos históricos relatados se corresponden al cien por cien o poco menos con los hechos acaecidos. El lector que se asome a estas páginas puede tener la certeza de que aquí no se le explica la historia de lo que no sucedió.

El título de la obra, por último, pese a que pudiera parecer novelesco, tampoco lo es. La prensa británica puso varios apodos al crucero de batalla *SMS Goeben*, y uno de ellos era *The Devil' Ship*, o *El Buque del Diablo*. El apodo también hizo gracia en Alemania, y de ahí que entre los marinos alemanes fuera usual referirse al *Goeben* como *Das Teuffelschiff*. A eso se debió que alguna prensa española, mexicana y latinoamericana también se refiriesen al *Goeben* como el buque del diablo.

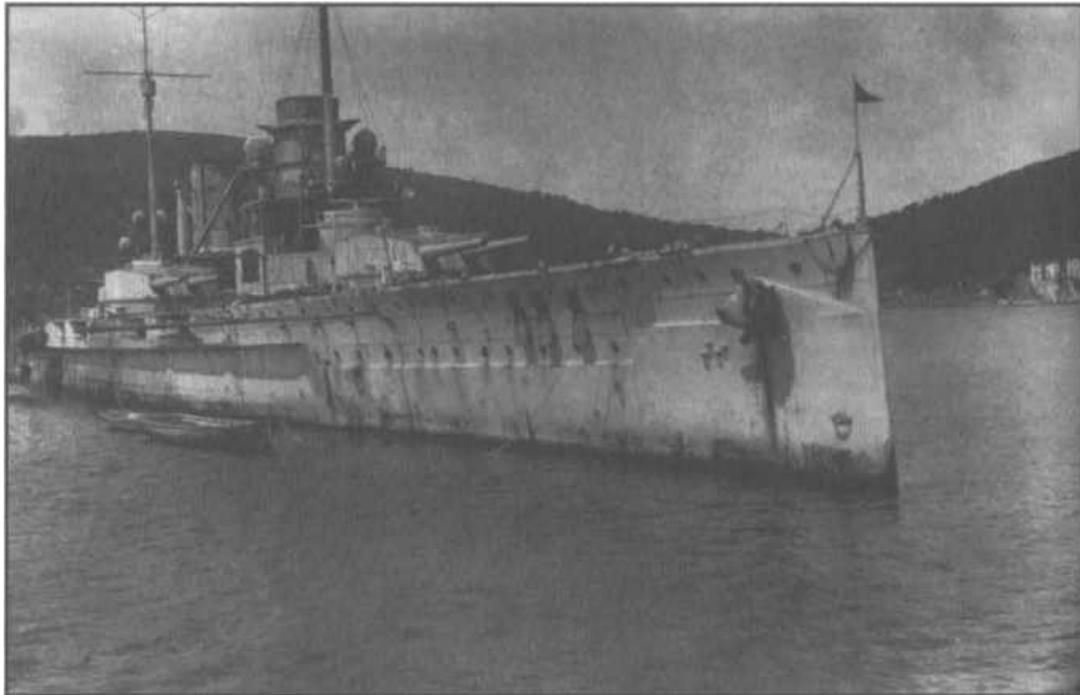
## **Ilustraciones de la obra**



El *Yavuz* navegando a poca velocidad en aguas calmas. Casi todas las torretas apuntan a objetivos a estribor.



Mapa que muestra los movimientos del *Goeben* y el *Breslau* en el mar Mediterráneo en agosto de 1914.



El *Goeben* a finales de 1918, al terminar la guerra. Claramente, en mal estado.



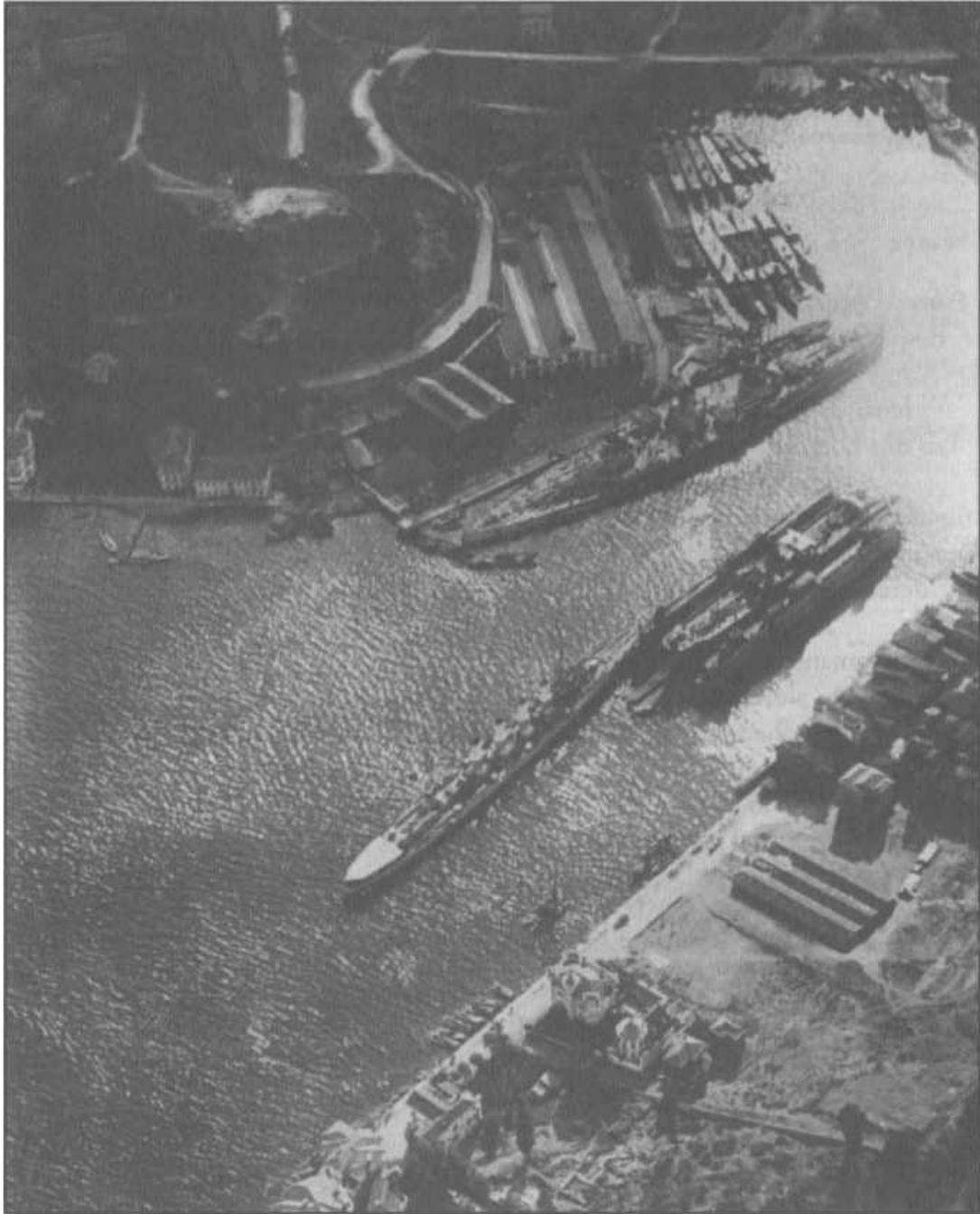
Foto de mayo de 1914, después del incendio, que apareció en la prensa de Estambul. Los dos hombres de la izquierda son funcionarios otomanos. Sentados, de izquierda a derecha, Souchon y Ackermann (comandante del *Goeben*). De pie, Busse y Wichelhausen.



El vicealmirante Wilhelm Souchon.



El almirante Carden.



Impactante foto tomada desde el zepelín alemán SL-10 el 15 de junio de 1916.

El *Yavuz*, el *Midilli* y, en el pequeño muelle, el *Urla*.

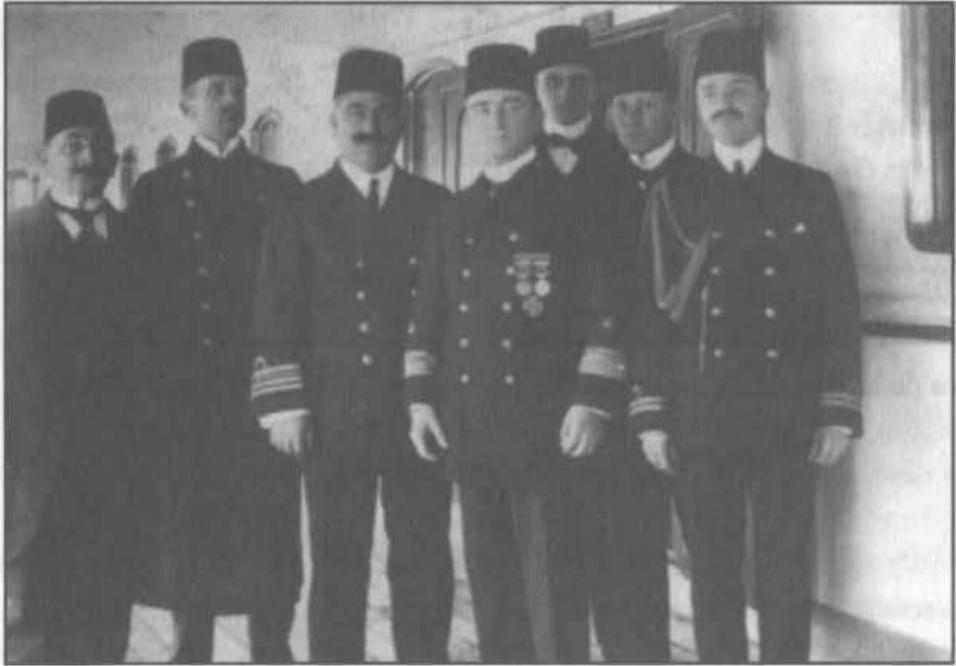
Las pequeñas embarcaciones detrás del *Yavuz* son torpederos.



El almirante Guido von Usedom.

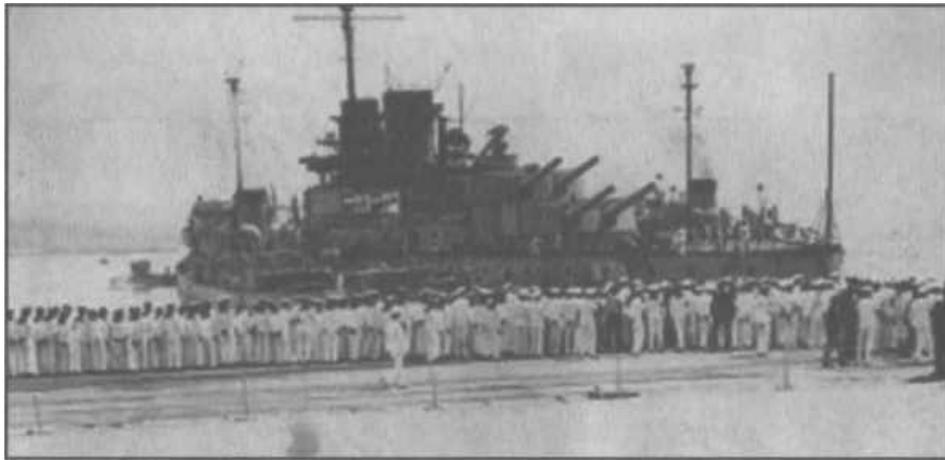
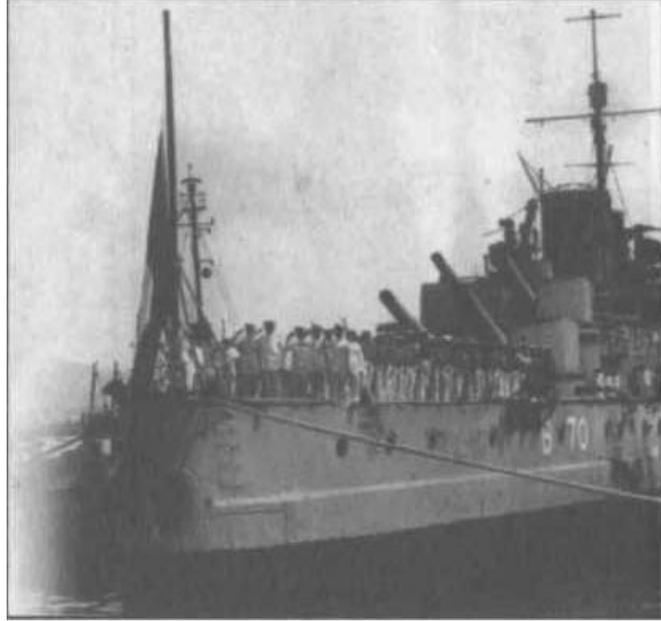


Enver Paşa.

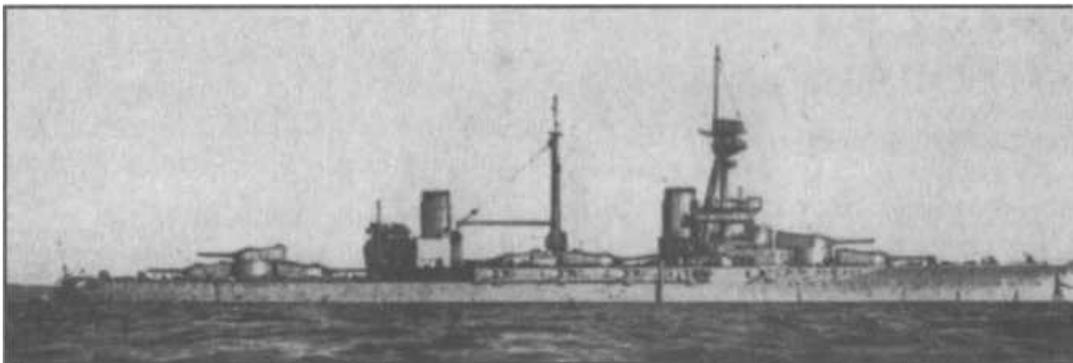


El almirante Souchon con parte de su Estado Mayor otomano-alemán.



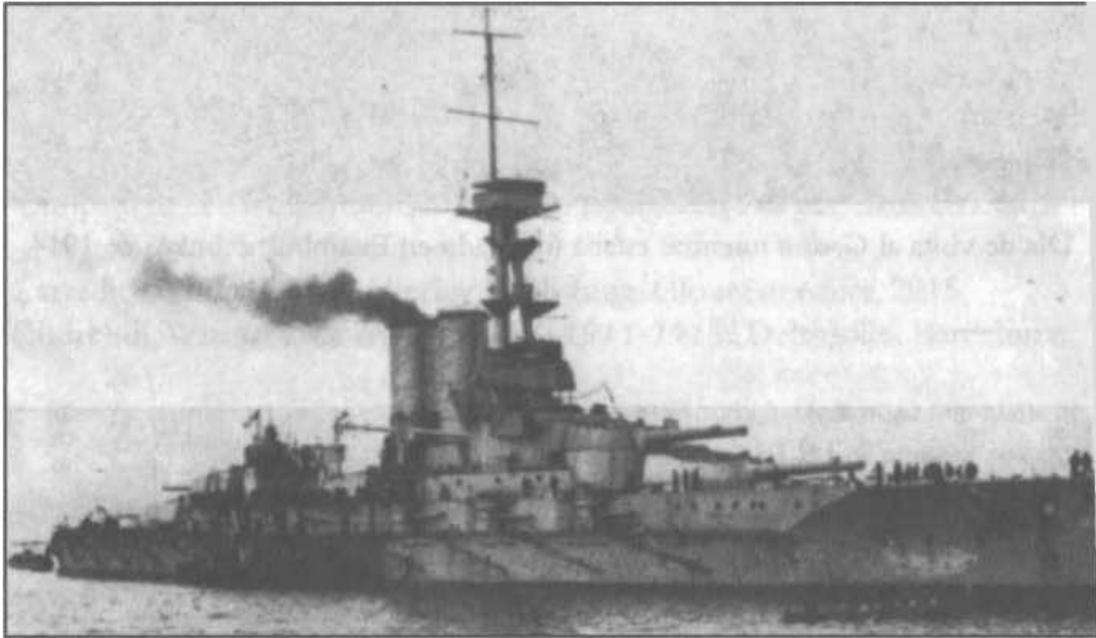


Fotos de la ceremonia de arriado de bandera del *Yamz*, al final de sus días, y como se recogió el hecho en la prensa turca.



El *Sultán Osmân-ı Ewel* y el *Refasdiye*, los acorazados otomanos que Churchill incautó y que actuaron

como detonante para que el Imperio otomano entrara en guerra.



Día de visita al *Goeben* mientras estaba fondeado en Estambul, en mayo de 1914.



Entierro de un compañero. Meses antes de la guerra, los marinos del *Goeben* contribuyeron a extinguir el incendio de un cuartel y perdieron a tres hombres. Esta foto dio la vuelta al mundo.

## Bibliografía

- ned, Feroz, *Türkey: The Quest for Identity*, Oneworld, Universidad de Michigan, Michigan, USA, 2003.
- Justin, Andreas, *Pera Palace*, Edition Raconteur, Londres, 2015.
- eyer, Siegfried, *Battleships and Battlecruisers 1905-1970*, Doubleday & Co., Nueva York, 1973.
- lachtskreuzer der Kaiserlichen Marine*, Podzun Pallas Verlag, Berlin, 1988.
- wn, Malcolm & Meehan, Patricia, *Scapa Flow*, Pan Books, Londres, 1968
- Campanera i Rovira, Albert, *Los cruceros españoles*. Real del Catorce Editores, Madrid, 2014.
- radice, Phil, *1918*, Amberley Publishing, Gloucestershire, 2015.
- rchill, Winston, *La crisis mundial. 1911-1918*, De bolsillo, Barcelona, 2015
- Clark, Christopher, *El Reino de Hierro*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2016.
- nelly Ullman, Joan, *La Semana Trágica*, Ediciones Ariel, Barcelona, 1972.
- tello, John y Jerry Hughes, *Jutland 1916*, Futura Publications, Londres, 1976.
- rk, Edward, *Inglaterra y Turquía, las causas de la ruptura*, Thomas Nelson, París, 1900
- Dáhnhardt, Dirk, *Revolution in Kiel*, Karl Wachholtz Verlag, Hamburgo, 1978.
- Juan García, José María, *La fábrica de acorazados*. Editores del Henares, Guadalajara, 2015.
- la Sierra, Luis, *El mar en la Gran Guerra*, Editorial Juventud, Barcelona, 1984.
- lson, Aidan, *The Kaiser's Battlefleet*, Seaforth Publishing, Barnsley, UK, 2016.
- nger, Ingrid, *Wilhelmshaven 1870-1914*, Enno Kramer Verlag, Taschenbuch, 1962.
- son, Edward, *Gallipoli The Ottoman Campaign*, Harper Collins, Londres, 2010.
- Heredito die: a history of the Ottoman Army in the First World War*, Greenwood Press, Westport, USA, 2001.
- mantle, Sydney Robert, *My Naval Career. 1880-1928*, Hutchinson, UK, 1949.
- drich, Otto, *Antes del Diluvio*, Plaza & Janés, Barcelona, 1975.
- ía Domingo, Enric, *¿España Neutral? La Marina mercante española en la Primera Guerra Mundial*, Real del Catorce, Madrid, 2005.
- çoğlu, Çükrü, Çanakkale. *Deniz Savaşları*, Deniz Basımevi Müdürlüğü, Estambul, 2010.
- ssler, Klaus-Volker, *Die Institution des Marineattachés im Kaiserreich*, Boppard am Rhein, 1976.
- don, Andrew, *The Rules of the Game: Jutland and British Naval Command*, Penguin Books, 2005.

eryüz, Ahmed, *Goeben & Breslau become Yavuz & Midilli*, Bilnet Matbaacilik Biltur Basım Yayın ve Hizmet A.Ş., Estambul, 2011.

İdoğdu, Raçit, *The Sultans of the Ottoman Empire*, Kültür Bakanlığı, Estambul, 2015.

Kan, Metin y Robert Johnson, *The Gallipoli Campaign: The Turkish Perspective*, Routledge, Londres, 2016.

h, Ekkehart, *Der Loyalitätskonflikt des Deutschen Offizierkorps in der Revolution. 1918-20*, Peter Lang GmbH, Londres, 1983.

pern, Paul, *The Naval War in the Mediterranean. 1914-1918*, Naval Institute Press, Annapolis, USA, 1987.

rman, Erich, *Auf dem «Seydlitz» während der Revolution und bei der Versenkung der Hochseeflotte in Scapa Flow*, Minden in Westfalen W Kohler, Berlin, 1922.

sing, Otto, *U21 rettet die Dardanellen*, Am Athea, Zürich, 1932.

vitt, Nick, *The Kaiser's Pirates*, Skyhorse Publishing, Delaware, USA, 2013.

n, Daniel, *The German Naval Mutinies of World War I*, Rutgers University Press, NuevaYersey, USA, 1969.

gh, Richard, *The Big Battleship*, Periscope Publishing Ltd, Berkshire, 1966.

, Ekrem, *Osmanlı Donanmasında Seyir Defteri*, Suna ve İnan Kiraç Vakfı, Museo Pera (Museo de Arte Moderno), Estambul, 2009.

es, Robert Rhodes, *Gallipoli*, Harper Collins, Londres, 1965.

icoe, Nicholas, *Jutland: The Unfinished Battle: A Personal History of a Naval Controversy*, Seaforth Publishing, Barnsley, UK, 2016.

p, Gerhard y Klaus-Peter Schmolke, *Die Großer Kreuzer Von der Tann bis Hindenburg*, Bernhard & Graefe, Bad Neuenahr-Ahrweiler, 1998.

er, Özdem, *Şanlı Yavuz*, Deniz Basımevi Müdürlüğü, Estambul, 2008.

p, Georg, *Das Teuffelschiff und seine kleine Schwester*, Hase & Köhler, Spantekow, 1930.

use, Andreas, *Scapa Flow. Die Selbstversenkung der Wilhelminischen Flotte*, Ullstein Buchverlage, Berlin, 1999.

gensiepen, Bernd, Dirk Nottelmann y Jochen Krüsmann, *Halbmond und Kaiseradler: Breslau und Goeben*, E. S. Mittler, Berlin, 1999.

wig, Emil, *El mundo que yo he visto*. Editorial Juventud, Barcelona, 1957.

z, Ralph Haswell, *The German Revolution. 1918-1919* (1922), Kessinger Publishing, Whitefish, USA, 2010.

Millan, Margaret, *Paris 1919*, Tusquets Editores, Barcelona, 2005.

celá, Matti, *Auf der Spuren der Goeben*, Bernhard & Graefe, Bad Neuenahr-Ahrweiler, 1979.

der, Arthur J., *From the Dreadnought to Scapa Flow*, Oxford University Press, Oxford, 1970.

ssie, Robert K., *Castles of Steel*, Vintage Books, Londres, 2007.

y, Riidiger, *Das Schicksal des Kleinen Kreuzers Dresden*, autoeditado, 2016.

Laughlin, Redmond, *The Escape of the Goeben*, MW Books, Galway, Irlanda, 1974.

son, Robert, *Revolution and genocide: on the origins of the Armenian Genocide and the Holocaust*, The University of Chicago Press, Chicago, 1992.

ssimer, Dwight, *The Baltimore Sabotage Cell: German Agents, American Triators and the U-Boat Deutschland*, Naval Institute Press, Annapolis, USA, 2015.

ler, Geoffrey, *The conspiracy behind the escape of Goeben and Breslau*, Hull University Press, Liverpool, 1996.

uits: *British Policy towards the Ottoman Empire and the Origins of the Dardanelles Campaign*, Hull University Press, Liverpool, 1996.

ne, Archibald Berkeley, *The Flight of the Goeben and the Breslau. An Episode in Naval History*, University of California Libraries, California, 1921.

row, John H., *La Gran Guerra*, Edhasa, Barcelona, 2005.

hlen, Hermynia Zur, *The End and the Beginning: The Book of my Life*, Open Book Publishers, Cambridge, 2010.

open, Ryan, *Ottoman Navy Warships. 1914-1918*, Osprey Publishing, Oxford, 2015.

nirez Gabarrús, Manuel, *Cruceros de Batalla*, Editorial Real de Catorce, Madrid, 1962.

ter, Ludwig, *Scapa Flow. Das Grab der deutschen Flotte*, Koehler, Leipzig, 1921.

lrigó, José Alberto, *El Imperio otomano en la Primera Guerra Mundial*, Galland Books, Valladolid, 2017.

gan, Eugene, *The Fall of the Ottomans. The Great War in the Middle East 1914-1920*, Allen Lane, Penguin Random House, Londres, 2015.

ger, Gerard, *Els ferrocarrils catalans*, autoeditado, 2008.

z Mateo, Carlos, *Schlachtkreuzer*, Galland Books, Valladolid, 2016.

á, Teresa, *Barcelona 1900*, Mercatorfonds, Bruselas, 2007.

eer, Reinhard, *Germany's High Sea Fleet in World War*, Shilka Publishing, Staffordshire, 1920.

malenbach, Paul, *The History of German Ships Artillery*, Osprey Publishing, Oxford, 1968.

ÿ, Gary, *Battle of Jutland through German Eyes*, Pen & Sword Books, Barnsley, UK, 2016.

tle for the Baltic Islands, 1917, Pen & Sword Books, Barnsley, 2008.

man Battlecruisers of World War One. Seaforth Publishing, Pen & Sword Books Ltd, Barnsley, UK, 2014, *German Battleships 1914-1918*, Pen & Sword Books, Barnsley, UK, 2010.

ant, V. E., *Jutland: The German Perspective*, Brockhampton Books Ltd, Londres, 1995.

mpener, Ulrich, *Germany and the Ottoman Empire*, Princeton Legacy Library, West Sussex, 1968.

hman, Barbara W, *Los cañones de agosto*. Ediciones Península, Barcelona, 2004.

der Vat, Dan, *The Dardanelles Disaster*, Duckworth Overlook, Londres, 2010.

*Grand Scuttle: The Sinking of the German Fleet at Scapa Flow in 1919*, Spellmount Ltd., Kent, UK, 1986.

*Ship that Changed the World*, Hodder and Stoughton, Londres, 1985.

z, Nicolas, *From Imperial Splendour to Internment*, Seaforth Publishing, Barnsley, 2013.

ulmaz, Naci, *Arming the Sultân. Germans Arms Trade and Personal Diplomacy in the Ottoman Empire before WWI*, I. B. Tauris, Londres, 2014.



ILDEFONSO ARENAS nació en Madrid, España, en 1947. Es consultor informático de diversas compañías multinacionales.

Ha publicado las novelas: *Álava en Waterloo* en 2012, *La duquesa de Sagan*, 2013, *La venganza catalana* 2014 y *El hijo de puta sentimental* en 2016.

Ha desarrollado una carrera literaria paralela con un seudónimo secreto.

# Notas

[1] Seiner Majestät Schiff, o buque de Su Majestad. <<

[2] His/Her Majesty Ship, o buque de Su Majestad. <<

[3] Compagnie Internationale des Wagons-Lits, o Compañía Internacional de Coches Cama. <<

[4] En 1917 la Kaiserliche Marine clasificó los seis Großer Kreuzer (o grandes cruceros) que aún le quedaban como *schlachtskreuzer* (o cruceros de batalla). <<

[5] Compañía de los Ferrocarriles de Tarragona a Barcelona y Francia. <<

[6] ¡Avante a toda máquina! <<

[7] Abreviatura de Admiralstaboffizier, o jefe del Estado Mayor del almirante. <<

[8] Acrónimo de Funkbeobachtungsdienst. <<

[9] Dentro de que no había una única traducción al español de *Hürriyet ve İtilâf Firkasi*, la expresión *Unión Liberal* fue la más aceptada en el tiempo anterior a la Primera Guerra Mundial.

<<

[10] También lo hacían las prensas francesa y española. <<

[11] British Mediterranean Fleet, o Flota Británica del Mediterráneo. <<

[12] Estrategia del exterminio. <<

[13] Antiguo barrio de Berlín, luego parte de Kreuzberg, donde a primeros del siglo XX comenzaron a establecerse emigrantes turcos. En 1914 se estimaban 1,7 millones. <<

[14] Compagnie des chemins de fer de Paris à Lyon et à la Méditerranée. <<

[15] *Tercüman-i Hakikat* significa «el intérprete de la verdad». *Takvim-i Vekayi* se podría traducir por «calendario de los hechos». *Tanin* significa «resonancia», y *Serbestî* «libertad». <<

[16] ¡Listos para abrir fuego! <<

[17] ¡Abran fuego! <<

[18] Marina de guerra imperial austrohúngara. <<

[19] *Aide-de-camp* o ayudante de campo en alemán. <<

[20] Committe of Imperial Defence. Lo formaban el primer ministro, los secretarios de Asuntos Exteriores, Guerra e India, el Chancellor of the Exchequer y el primer lord del Almirantazgo. <<

[21] Troncos de cedro alisados y pintados de gris, instalados en cureñas de cartón. <<

[22] «Ojo de halcón», en turco. <<

[23] Abreviatura coloquial de *Kapitänleutnant*. <<

[24] Literalmente «grupo de tenedor»; disparo simultáneo de tres piezas apuntando al mismo blanco, aunque con diferencias en las alzas de cien o doscientos metros. <<

[25] Nombre de la fuerza aérea alemana hasta 1916. Desde ahí hasta 1920 se llamó Luftstreitkräfte. El término Luftwaffe comenzó a usarse en 1933. <<

[26] ¡Todo a babor! <<

[27] ¡Timón a la vía! <<

[28] ¡Todo a estribor! <<

[29] Islas de los príncipes. <<

[30] Segunda escuadra de combate. <<

[31] Casco semiesférico de acero, con faldones y sujeción para máscaras antigás. <<

[32] Vehículo blindado de asalto. Primera designación de los carros de combate alemanes. <<

[<sup>33</sup>] Batalla del Káiser. Nombre que dio el general Ludendorff a un conjunto de ataques en el frente del Oeste que comenzó a finales de marzo de 1918 y terminó en el mes de julio. <<

[34] Grado informal; comienza en Rear-Admiral o contralmirante. <<

[35] Consejo de Obreros y Soldados. Meurer se expresaba en inglés. <<

[36] Consejo de Obreros y Soldados del Estado Libre de Oldenburg. <<

[37] Division de los marinos y del pueblo; fuerza revolucionaria de unos mil hombres armados. <<

[38] Equivalente al Ministerio de Asuntos Exteriores. <<

[39] *Einen Vogel haben*: expresión coloquial en la Alemania de los tiempos; daba a entender que aquel de quien se hablaba mostraba signos alarmantes de estar como una cabra. <<

[40] En 1919 era el periódico semanal de mayor difusión en las islas Orkney. <<

[41] Contralmirante Victor Stanley. <<

[42] África del Sudoeste Alemana. Hoy es la República de Namibia. <<

[43] Cruceros auxiliares. Mercantes armados, capaces de sostenerse muchos meses en el mar sin necesidad de avituallarse, y que actuaban disfrazados de barcos neutrales. <<